

Romántica

Dulce desvelo

Parte 3 de 3

Megan Marsell

Romántica

Dulce desvelo

Parte 1 de 3

Megan Marsell

Autora: Megan Marsell
Editorial: Editorial digital
Portada: Royalty free images and vectors

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares y sucesos ocurridos son producto de la imaginación de la autora o han sido usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con eventos de la realidad, lugares o personas vivas o muertas es completamente coincidencia.

Copyright © 2019 Megan Marsell

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción de toda o parte de la obra.

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información AS/RS sin permiso, por escrito, de la autora.

SINOPSIS

Tanto Beth como Maddox tienen un pasado oscuro y traumático, un pasado marcado que les causa horribles pesadillas, obligándolos a permanecer despiertos.

Cuando Maddox y Beth se conocen, establecen una conexión que los unirá cada vez más en las largas horas de desvelo.

Capítulo 38: Impasses de Fresa. PRIMERA PARTE.

Albin

En la noche me reuní con Beatrice en nuestro lugar habitual, en la cabina de cuero acolchado del salón del hotel en *Olympia* que comúnmente frecuentamos en nuestras citas anteriores. Ya no nos escondíamos, pero el lugar se había vuelto bastante cómodo para nuestras demostraciones públicas de afecto, así que no sentimos ninguna necesidad de desviarnos de nuestra vieja rutina.

Ella estaba esperando en la misma cabina cuando entré, ofreciéndole un saludo informal a la anfitriona cuando pasé. Ambos la conocíamos muy bien.

—Ordené tu bebida —me informó cuando me incliné para darle un suave beso en la mejilla. Siempre ordenaba por mí, porque siempre llegaba tarde. Era una falla social que había llegado a anticipar por mis obligaciones exigentes del hospital. Solo que esta noche llegué tarde por otra razón. Beatrice, como la mujer intuitiva que era, notó la expresión de frustración que probablemente llevaba mientras me sentaba frente a ella.

Frunció el ceño y se colocó el cabello detrás de su oreja a la vez que se inclinaba sobre la mesa hacia mí.

—¿Cómo te fue? —Preguntó con respecto a la visita de cumpleaños, pareciendo más bien preocupada por mi día con Maddox.

En secreto, durante el paseo en auto de treinta minutos hasta aquí había planeado una diatriba sobre lo injusto que era que me dejara con la responsabilidad de la supervisión de Beth. Fue una carga que lanzó sobre mis hombros como si no importara mientras ella permanecía apartada y recibía todo el crédito por permitirlo. Yo estaba destinado a lucir como el padre malo, alejándola según mi discreción. Estaba resentido por toda la responsabilidad de arruinar su cumpleaños.

Por supuesto, ahora que estaba aquí mirándola fijamente a los ojos y sintiéndome bastante miserable por enfurecerla aún más, decidí mantener mis propios sentimientos al respecto más imperceptiblemente.

Por la gracia de Dios y el personal bien pagado del hotel, mi bebida llegó en el momento oportuno. Agradecí amablemente al camarero y me volví a Beatrice con un profundo suspiro.

—Fue... —me encontré con una pérdida inusual de palabras a la vez que

tomaba un largo trago de mi whisky— desagradable. —Terminé sin convicción, sin mi gracia habitual mientras repetía el final de su visita en mi mente. Maddox no había estado feliz conmigo por despedir a Beth tan pronto. Yo no podía culparlo.

Ella frunció el ceño y tomó mi mano entre las suyas encima de la mesa.

—¿Estaban... quiero decir... ellos se comportaron? —Preguntó, con una punzada de ansiedad entrelazando su voz cuando se acercó más. Le sonreí para tranquilizarla.

—Fue completamente inocente. —No podía entender porqué estaba tan preocupada. No era como si hubiera permitido que empezaran a tener relaciones sexuales en la mesa del comedor, o algo semejante. Por supuesto, ella rara vez era racional en cualquier asunto relacionado con la seguridad y bienestar de su querida sobrina. Su ceño se profundizó y bajó la mirada.

—Temía haber tomado la decisión equivocada. —Su dedo comenzó a trazar suavemente el borde de la copa de Martini, y lo reconocí como un gesto triste dada mi experiencia ante su presencia.

—¿Desearías que hubiera sido así? —Le pregunté, inclinando la cabeza en un intento de descifrar su extraña reacción. A veces, me preguntaba si Beatrice no estaría en busca de una justificación adicional para separarlos a los dos. Secretamente, ya sabía que ese era el caso.

Sus ojos se encontraron con los míos y se encogió de hombros con delicadeza.

—Sería más fácil para permanecer... decidida, pero nunca lo hubiese deseado. —La iluminación del ambiente hizo que su rostro destellada suavemente y exageró el surco profundo y preocupante de su frente. Esto se había convertido en un largo y tedioso debate entre Beatrice y yo.

Aunque ciertamente me horrorizaba pensar en Maddox aprovechándose de Beth físicamente... sexualmente, yo estaba más inclinado en creer que esa nunca fue su intención. Había conocido a Maddox durante muchos años, y jamás había visto su comportamiento ir más allá de la de su propia autodestrucción. Simplemente no estaba en su naturaleza el causar daño intencionalmente a nadie, especialmente a Beth.

Desafortunadamente, Beatrice carecía de mi entendimiento de su psique y era impermeable a mi defensa constante del chico. Me sentía innegablemente dividido entre los dos, y mi tiempo con Beatrice se veía contaminado y amargado con el desacuerdo constante.

—En realidad, fue bastante dulce. —Bebí de mi *whisky* y le dirigí una mirada

fija sobre el vidrio—. Ellos se tomaron de la mano y compartieron historias de la infancia de Beth mientras él comía pastel. Deberías haber visto su sonrisa. —Sí. Con eso le estaba dando un golpe bajo. Beatrice no podía resistirse a la sonrisa de la chica. Tenía la esperanza de utilizar la referencia para amortiguar el golpe de la mención de su relación intensa. Por supuesto, no funciona.

Como era de esperar, su cuerpo se puso rígido y ella retiró su mano de la mía. Se encogió de hombros con rigidez y envolvió sus dedos alrededor del tallo de la copa de Martini.

—Dulce o no. —Fue su respuesta cortante. Evitó mi mirada mientras disfrutaba de su copa en silencio cortándome la posibilidad de especificar los detalles de su encuentro.

Me estaba exasperando su reacción críptica a cualquier mención de su relación. En muchos sentidos, podría sentirme identificado con su ansiedad sobre el asunto. Ambos eran jóvenes y con problemas y claramente vulnerables con sus emociones. Permitir florecer esta relación co-dependiente habría sido irresponsable por parte de sus tutores. Como sus padres, hubiera sido francamente imprudente.

No conocía a Beth, Beatrice no conocía a Maddox. Si la relación se rompiera de alguna manera, sus estados mentales y emocionales ya frágiles estarían fundamentalmente en peligro. No era posible hacer caso omiso de tales riesgos, sobre todo cuando te importaban como era nuestro caso.

Pero, por otra parte, no veía problemas en llevarlos hacia el concepto de una relación sana si se sentían inclinados a seguir viéndose uno al otro. Beatrice estuvo absolutamente furiosa por mi intención de permitir que la relación continuara, y estuve asombrado por su completa negativa a contemplar la idea. Desde luego, no estaba aceptando su supuesta dependencia de dormir, y definitivamente no estaba perdonando las relaciones sexuales entre los dos en un punto tan pronto en la recuperación de Beth... o la ausencia voluntaria de la misma. Pero sentía que con el tiempo, una orientación adecuada y un ejemplo positivo, ellos crecerían para conocer lo que una relación madura estaba *destinada* a ser, y cómo aplicar estas lecciones a sus circunstancias especiales.

Fue esa mañana que les había encontrado en su cama cuando me di cuenta, Beatrice y yo habíamos estado fijando descuidadamente un muy mal ejemplo para los dos. Se me ocurrió que carecían de toda base moral sólida para establecer el estándar en sus ideales románticos. En lugar de tener un ejemplo saludable, ellos solo estaban siendo privados de la mía y la de Beatrice. Esto no era saludable ni ideal en ninguna forma. Así fue como la convencí finalmente de

hacerla pública como mi amada.

Cuando ella accedió, debo admitir que me sentí molesto y un poco herido, ya que había hecho innumerables intentos de salir con ella oficialmente, y sin embargo, no estuvo dispuesta a dar el paso hasta que se produjo toda esta situación. Durante casi tres años nos habíamos frecuentados en forma casual, reuniéndonos en lugares secretos a través del área de los tres condados.

Al principio, yo la creí una aventurera, pensando que ella recibía algún tipo de emoción por el secreto de la cita. Después de un tiempo, había resuelto asumir que su principal motivador para permanecer oculta debía haber sido su amor por Daphne. Esto era algo que entendía y respetaba, porque esa no era mi decisión.

Ahora, comprendía que ninguna de estas cosas era la raíz de su incertidumbre para estar conmigo. Fue en estos momentos, con sus reacciones inesperadamente negativas a temas particulares que me hicieron reflexionar sobre la verdadera fuente de su renuencia.

No era solo la relación de Beth y Maddox lo que causaba eso, sino la mención de la nuestra también. Dos años atrás, en uno de nuestros largos y privados fines de semana alejados, yo había hecho una referencia muy encubierta de matrimonio. No estaba necesariamente preparado para tal compromiso en el momento, pero sentí que nos habíamos vuelto lo suficientemente cercanos para, al menos, empezar a discutir nuestras visiones mutuas sobre el tema.

Ella reaccionó como en este momento. Tensa y distante mientras bebía su copa en silencio. Yo había llegado a sentirme muy nervioso y mortificado de haberla asustado con mi declaración abrupta del tema. No era como si ya estuviera comprando los anillos. Simplemente se sentía natural que dos adultos ya mayores (y con niños) discutieran estas cosas después de tanto tiempo juntos. Fue claro que estaba equivocado. Dejamos las montañas incomodos y callados, y aunque ella finalmente accedió a verme de nuevo semanas después, me había vuelto desconfiado de su posición sobre estos asuntos.

Nunca lo volví a mencionar, y mientras nos acercábamos más a través de los años, me encontraba deseando poder hacerlo.

Y ahora, estando sentado aquí escudriñando sus ojos distantes y su postura tensa, decidí que es muy posible que estuviese loco por perseguir a esta mujer de forma tan apasionada. Las restricciones impuestas sobre nuestras limitaciones románticas siempre habían estado a la discreción única de Beatrice, y mis propias opiniones y sentimientos nunca fueron tomados en cuenta. Tenía demasiadas obligaciones para con mi propia familia y bienestar emocional para

seguir sometiéndome a una actitud tan inestable de frío a caliente.

Cuanto más *whisky* bebía en silencio, más amargo y resentido me volvía hacia ella. Al igual que con Maddox, Beatrice me dejaba perplejo con su extraño comportamiento y gestos defensivos, mientras que yo simplemente esperaba pacientemente por alguna explicación para calmar mis temores. Y al igual que con Maddox, ella nunca me ofrecía ninguna, optando en su lugar por mantenerme con los brazos extendidos. Lo suficientemente cerca como para querer más, pero lo suficientemente lejos como para creer alguna vez que sería alcanzable.

El progreso que habíamos hecho al salir en público no fue de ninguna forma por el beneficio de nuestra relación romántica. De hecho, si era realmente honesto conmigo mismo, debería admitir que la empujé hacia ello con una cantidad bastante innecesaria de esfuerzo. Tres años había pasado esperando a que ella abriera los ojos y se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo. Tres años había pasado despreciando los avances de otras mujeres, honestamente creyendo que Beatrice y yo estábamos destinados de alguna manera el uno al otro. Tres años había pasado esperando como un perro a sus pies.

Ella continuaba tensa y se negaba a mirarme mientras yo fruncía mis labios y me volvía irritado por su negativa a considerar mis propias opiniones sobre los asuntos de su (*nuestra*) relación.

El *whisky* y el ambiente cursi del salón (que ella había elegido) de repente hizo que mi estómago se revolviere. Se había vuelto un patrón bastante común de mi parte el permitir que las personas se aprovecharan de mi naturaleza paciente hasta el punto del abuso. Beatrice y Maddox, ambos, tenían el hábito de tomar constantemente y nunca ofrecer una fracción de ellos para mí. Pero a pesar de que estaba atado a Maddox por obligación, no estaba atado a Beatrice de manera alguna.

Analiqué estos pensamientos durante casi una hora en silencio a la vez que bebía y mi frustración crecía.

Di gracias a Dios por la valentía de la embriaguez mientras eventualmente miraba mi vaso vacío, ya que la falta de claridad hizo darme cuenta que... se sentía extrañamente liberador imaginarme finalmente liberado de una de estas cargas emocionales.

Me levanté de la cabina, haciendo caso omiso a la mirada suspicaz de Beatrice al mismo tiempo que sacaba un fajo de billetes y los arrojaba sobre la mesa sin orden ni concierto.

—Creo que me he hartado, Beatrice. —Y por la forma en que le hablé y le

sonreí con tristeza, hice bastante obvio que no me refería al *whisky* de treinta dólares, y que no era una indirecta para dirigirnos a la planta alta hacia la habitación cuatrocientos ochenta y uno, como habría sido en cualquier otra noche.

Mi sonrisa era de bastante alivio, y recibí una cantidad vergonzosa de placer con su expresión de alarma cuando giré sobre mis talones y salí de la sala, con treinta dólares y una mujer bastante criptica menos.

Ella ni siquiera intentó detenerme, y me fui a la cama esa noche como lo hacía cada noche. Un poco intoxicado, todavía vestido y tumbado completamente solo en mi innecesariamente grande cama con dosel. Era de arce de cerezo de la más fina artesanía. Beatrice la escogió ella misma, engañándome a esperar que la usaría conmigo. Mi lado, el izquierdo, tenía una hendidura profunda por la forma de mi cuerpo. El lado derecho, reservado para ella, se mantenía intacto y frío.

Me di la vuelta hacia mi lado con un suspiro, pero algo en mi bolsillo se movió, presionando dolorosamente mi muslo. Rodé de vuelta, buscando en mi bolsillo por el elemento infractor y mi dedo tocó el frío disco metálico. Lo saqué, sosteniéndolo cerca de mi cara para inspeccionarlo, a pesar que ya sabía lo que era, y por qué lo mantenía.

La escasa luz de la ventana proporcionaba reflejos en el liso disco de plata e intensificaba el diseño en relieve con sombras profundas. El escudo de la familia Lane se elevaba con elegancia desde la superficie mientras yo frotaba la solitaria inicial «C» entre el pulgar y el índice.

Era el sello de mi familia.

El mío estaba colocado en un colgante que rara vez me ponía, pero que siempre guardaba. Mandé a hacer un anillo para Austin cuando cumplió sus quince años, el cual para mi sorpresa, llevaba a menudo. Pero tenía algo diferente hecho para Maddox. No era una joya. Era solo un simple disco.

En el momento en que lo había hecho, no quería darle un anillo, porque me di cuenta de que él ya llevaba uno. Aunque nunca mencionaba específicamente ese modesto anillo de bronce, asumí que fue un regalo de Beth. Y como no tenía ningún deseo de convertir al chico en *Liberace*, me desvié del concepto de añadir otro.

Él no me parecía ser del tipo que usara cadenas, y no podía imaginarlo encontrando algún día un propósito para usar gemelos o una llamativa hebilla de cinturón. El disco parecía simplista y sin compromiso. En el futuro, él podría

ajustarlo en cualquier forma que quisiera.

Solo necesitaba que lo tuviera.

Después de nuestra discusión, la noche en que destruyó completamente mi tablero de ajedrez, me había sentido bastante terrible por ser tan intrusivo y presionarlo. Yo le había estado animando para transmitir algo, cualquier cosa, específico a su infancia o de lo que se sintiera cómodo trasmitiéndole a Beth en lugar de mí. Honestamente, ¿cómo podría guiarlo si no sabía nada de su pasado para basar sus ambiciones? No podría decir exactamente por qué necesitaba la información, pero utilicé la excusa de la investigación personal como justificación del momento.

Probablemente era una mentira.

Fue una tontería insistir, pero lo hice de igual manera, porque, como con Beatrice, mis emociones conducían mis acciones. Secretamente, era una necesidad familiar que él cayera en el mismo nicho cómodo que Austin. Austin me presentaba como su padre, y me permitía que lo presentara como mi hijo. Nunca se cuestionó, solo fue un hecho.

Maddox me presentaba como Albin Lane y yo lo presentaba como Maddox. Eso... me molestaba por decir lo mínimo, pero siempre había tenido demasiado miedo de causar problemas al cambiar la dinámica. Era su elección, y él *había* tomado mi nombre después de todo.

Y esa noche, mientras estaba de pie en medio de mi estudio callado y recogía los dispersos pedazos del ajedrez, dejé que ese pensamiento aliviara el dolor que su arrebató había causado. *Maddox es un Lane*. Ya fuera que él le diera o no el mismo significado que todos los demás le daban no significaba diferencia para mí. Él solo lo era.

De donde vengo, mi nombre significaba algo para la comunidad. Era respetado y tenía una cierta dignidad que todo el mundo consideraba muy alta. No estaba siendo pretencioso o vanidoso porque hacíamos algo significativo con él.

Nosotros éramos médicos y abogados y el dinero que adquiríamos era tan respetable como para lo que lo utilizábamos. Por generaciones, donamos y construimos lazos filantrópicos por todo el mundo para hacer una diferencia y cambiar el mundo con un solo nombre de dos sílabas. Siguió siendo de esa manera cuando mi familia emigró a este país hace siglos atrás, y continuó así cuando era un niño; un niño en la rodilla de su padre, deseoso de escuchar la historia de nuestro nombre una vez más y pasarlo a las generaciones futuras.

Mi padre murió mucho antes de que pudiera ver sus sueños hechos realidad,

pero los dos hijos que había traído a mi casa y privilegiados con ese nombre al menos siempre lo sabrían como un hecho sólido.

Los Lane eran hombres distinguidos.

Probablemente sonaba muy parecido a un exceso de expectativas para impartir a dos chicos, pero nunca lo consideré de esa manera. Había visto algo tanto en Austin como en Maddox que prevalecía en todos los hombres Lane, y esta fue la razón singular por la que había cedido para guiarlos y orientarlos bajo mi nombre. Los dos eran hombres distinguidos también.

Austin era extrovertido con su fuerza y energía, y aunque muchos nunca veían sus otras cualidades, también era compasivo y casi regio en su exuberancia para proteger a los que amaba. Él podía hacer sonreír a cualquier persona que se sometiera a su encanto y personalidad extrovertida. No le haría falta ser médico o abogado para cambiar el mundo, aunque yo estaba seguro que tendría éxito haciendo lo que fuera. Era mi creencia de que iba a cambiar el mundo con su amabilidad, sonrisa y conservada fuerza física.

Maddox era diferente a Austin.

Desde la primera noche que hablé con él en el hospital fue obvio que era una persona de mente muy introvertida y analítica. Todo lo examinaba de cerca y utilizaba sus hallazgos para construir sus juicios y sentimientos basados en la observación y sus propias creencias personales. Él también era claramente una persona muy generosa, fuerte y defensiva de lo que le importaba.

Pero la más admirable cualidad de Maddox debía haber sido su apasionada y feroz lealtad. Era un rasgo sutil porque rara vez permitía que cualquiera estuviera lo suficiente cerca para otorgarla. El ser tan ferozmente leal era un deber que él no se tomaba a la ligera u otorgaba a cualquiera. Con Maddox, este privilegio se *ganaba*. Él iba a cambiar el mundo con su intelecto, naturaleza sacrificada, y la devoción inquebrantable a sus principios e integridad.

Era un Lane porque vi estas características en él y sabía que estaba destinado a algo verdaderamente grande.

Pero él dio diez pasos hacia atrás después de esa noche. Se negó a permitirme cualquier entrada en su vida privada, y aunque no me arrepiento de mi intento, me sentía muy mal por la respuesta contraproducente. Quería disculparme y mostrarle el significado de su lugar en mi casa. Él no era un proyecto para mí. Hubo momentos en que temí que él pudiera haberse sentido así porque a menudo me resultaba difícil atravesar la línea entre lo que deseaba para nuestra relación, y lo que él permitiría de buena gana.

Entonces, pedí el sello esa noche desde un lugar especial en Londres, donde

mi familia mandaba a forjar con frecuencia este tipo de cosas. Era una disculpa y una promesa, todo ello envuelto en un disco de cinco centímetros.

En la mañana que había descubierto que había llegado, yo estaba ansioso e impaciente por dárselo. Sabía que él probablemente se habría resistido a cualquier regalo que sintiera íntimo o familiar, por lo que me había resignado a dejarlo en algún lugar donde no pudiera regresármelo inmediatamente. Mi turno estaba a punto de comenzar poco después de encontrar el paquete en el vestíbulo, y todavía era lo suficientemente temprano porque el sol aún no había ascendido, así que tomé una decisión de último minuto que resultó ser bastante fundamental en toda esta situación.

En ese momento, me pareció una buena idea colarme en su habitación y dejarlo encima de la cómoda mientras dormía. Me imaginé que él despertaría y lo encontraría allí, y aunque estaría curioso, no podría rechazarlo de inmediato. En cambio, simplemente lo mantendría en un lugar seguro hasta que nuestro vínculo se hubiera vuelto lo suficiente fuerte como para que él se sintiera cómodo otorgándole el significado correcto que pretendía.

La puerta de su habitación estaba cerrada con llave, y me pareció tan metafórico de Maddox que casi me reí mientras buscaba la llave de repuesto de su dormitorio en mi llavero y la deslizaba silenciosamente en la cerradura.

La habitación estaba negra y oscura, y recé porque él la hubiera mantenido limpia mientras hacía mi camino por la alfombra ciegamente hasta su cómoda, con un poco de prisa para partir hacia mi turno. Había pasado tanto tiempo desde que había entrado en su habitación que tuve que cavar en lo más recóndito de mi memoria para recordar incluso la ubicación de la cómoda.

Fui silencioso y fluido en mis movimientos, y justo cuando sacaba el disco de mi bolsillo, recibí un grito perforador de oreja que me hizo saltar y temblar cubriendo mis oídos instintivamente. El grito era... femenino y llevó un par de minutos, pero la habitación fue finalmente iluminada en la suave luz de su lámpara.

Decir que me quedé pasmado por lo que percibieron mis ojos habría sido un eufemismo atroz.

Maddox estaba entrecerrando los ojos mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos en la cama, y a su lado no estaba otra que una histérica y gritona Beth Michaels. Mi mandíbula se aflojó al mismo tiempo que él rápidamente hacía que ella se calmara, y mis ojos comenzaron finalmente a absorber mi entorno.

Había ropa... por todo el suelo alrededor de la cama. Algunas de él, y algunas de ella, y en el momento que finalmente mi mirada vagó a la envoltura del

condón en la mesa a su lado de la cama, me debatí entre dos emociones completamente contradictorias.

Horror absoluto y... bastante extrañamente... completa *diversión*.

Mientras la abrazaba, sentí que mis labios se contraían involuntariamente. Era una infracción tan normal para un chico de su edad que no pude evitar el instinto de sentirme un poco aliviado. Maddox rara vez hacía *algo* normal, y al verlo en esa posición (un adolescente siendo sorprendido en la cama con su novia) realmente me hizo sentir como su padre incomodo, horrorizado e inoportuno por una vez en mi vida.

Y si se tratara de alguien que no fuera *ella*, me habría reído y huido de la habitación para trazar varios modos de avergonzarlo sobre ello en el futuro, al igual que lo hubiera hecho con Austin si se tratara de Sabrina y él.

Pero era *Beth* por el amor de Cristo, y ella no estaba en condiciones para que se aprovecharan de ella. Su estado era grave y era voluntariamente descuidada por sus propias decisiones ignorantes. Era tan increíblemente descuidado por parte de él incluso estar considerando el sexo con ella que el horror se convirtió rápidamente en mi emoción primordial, y toda la diversión y el alivio se perdió rápidamente cuando me di cuenta de la gravedad de la situación.

Me quedé mirando el disco en mi mano mientras suspiraba profundamente y sentía pena por la forma como lo manejé. Debería haberlo ocultado y simplemente haber hecho que quitaran la enredadera para evitar futuras pijamadas. Debería haberlos llevado a un lado yo solo y explicarles por qué estaba mal. Debería haberlos informado y educarlos sobre los riesgos y guiarlos a la conducta apropiada para conducirse en una relación tan frágil. No debería haber dado a Beatrice la oportunidad de reaccionar de forma exagerada e iluminar todas *nuestras* imperfecciones también.

Tal vez fuera mejor que esas imperfecciones fuesen finalmente reveladas, pero mientras mi mano caía y me quedaba mirando el techo, tenía dificultad en decidir de qué me arrepentía más.

Sabía que podría lamentar dejar a Beatrice en la dura luz de la mañana, pero también sabía con una certeza dolorosa que ella jamás me había llegado a ver como algo más que una larga cita. Del mismo modo que sabía que era posible que Maddox nunca pudiera llegar a verme como algo más que un benefactor legal.

Mientras miraba sombríamente mi techo blanco, pasé muchos minutos finalmente abandonando los ideales imposibles que había propuesto para los dos. Beatrice nunca sería mi esposa, y Maddox nunca sería mi hijo. Tenía que aceptar

la responsabilidad por incluso permitir que esa idea creciera en esas fantásticas proporciones en mi mente.

A regañadientes dejé que la visión escapara detrás de mis ojos, y me resigné a la realidad, por una vez, al regresar el disco a mi bolsillo y rodar a mi lado de nuevo. Todavía presionaba en mi muslo y utilicé la sensación para distraerme del dolor punzante de pérdida en mi pecho mientras me rendía a la verdad que penetraba como un mantra en mis sueños.

Beatrice nunca sería mi esposa y Maddox nunca sería mi hijo.

La oscuridad de la noche y la soledad de mi habitación desnuda consolaron mi derrota y me recordó que no era posible perder a una familia que en realidad nunca había tenido.

Las siguientes tres semanas fueron dolorosamente lentas y tediosas con los pacientes y las rutinas aburridas. En un esfuerzo por mantenerme constantemente ocupado, casi tomé un turno extra en el hospital antes de reconsiderarlo.

Maddox se había ido deteriorando aún más, y me reconcilié con mantener una estrecha vigilancia sobre su salud física hasta donde pudiera. Había perdido mucho peso en los últimos meses para mi comodidad. Sabía que no había dormido mucho, y aunque la idea de la privación del sueño era espantosa, había poco que pudiera hacer.

Había considerado mis alternativas, pero él ya era mayor de edad y por lo tanto era el único responsable de sus propias decisiones médicas. No era posible desafiar su voluntad si él no buscaba el tratamiento por su cuenta... a menos que demostrara ser legalmente incompetente para tomar este tipo de decisiones. Esto nunca sucedería, porque Maddox no era nada si no completamente competente.

Quería quitarle el auto porque dudaba seriamente de su capacidad de funcionar bajo la conciencia de alerta adecuada. Pero había utilizado el auto como castigo y chantaje en el pasado, y me negaba a ir por la ruta de Beatrice, quitándole todo lo que él deseaba e insistiendo que era por su propio bien. No podía patearlo mientras estaba en el suelo, y me seguía recordando a mí mismo que rara vez conducía, y lo había hecho en condiciones similares en el pasado. No siempre relajaba mis preocupaciones.

Me sentía desesperadamente obligado a decirle que no fui yo quien rechazó tan insensiblemente su relación con Beth, pero no habría servido de nada, y no podía soportar la idea del abismo que crearía entre ella y Beatrice cuando él explicara inevitablemente la situación con mayor detalle. Así que mantuve la boca cerrada, y actué como la otra mitad de los padres crueles que los forzaban a

mantenerse separados.

Eso hizo las semanas más difíciles y que la ansiedad atormentara mientras vigilaba donde podía. Solo salía de su habitación por la mañana para ir a la escuela, y por las noches para comer o jugar juegos de video con Austin. Probablemente pensaban que no podría oírlos desde mi habitación, pero lo hacía mientras yacía en la oscuridad, forzando mis pensamientos a alejarse de la mujer de al lado.

Ella nunca llamó o intentó verme, y con cada día que pasaba me sentía simultáneamente aliviado y decepcionado por su falta de esfuerzo. Así que me mantuve ocupado con los asuntos del hospital y en mis propias preocupaciones sobre Maddox, resignado a pasar por esto hasta que algo... No estaba seguro sobre qué estaba esperando, pero sabía que estaba esperando a que algo sucediera. Tal vez estaba esperando la llamada de Beatrice, tal vez estaba esperando a que Maddox finalmente me perdonara. Simplemente estaba esperando, y no tenía ni idea de qué era lo que esperaba. Me recordaba a mi galleta favorita en particular de Beth, *Impasses de Fresa*.

Definitivamente yo seguía en un periodo de impase.

Con el tiempo dejé de recibir galletas por completo, y no pude determinar si era la ira de Beth hacia mí, o Beatrice que detuvo su aparición en mi recibidor cada mañana. No importaba; mis problemas superaban ampliamente la trivial calamidad de mi falta de productos horneados, y usé estas verdades para distraerme del hecho de que todo el mundo probablemente me odiaba.

Las noches se arrastraban lentamente en mi estudio mientras terminaba el papeleo e investigaba lo que podía sobre la privación del sueño y las pesadillas para poder cuidar mejor a Maddox. Si investigaba lo suficiente, suponía que podía ver las señales que estaban siempre presentes. Desde el día en que lo conocí en el hospital y rechazó los sedantes, siempre había estado eludiendo el sueño.

No podía decidir cómo me las había arreglado para pasar por alto completamente algo tan crítico desde el primer día. Maddox hizo un trabajo exitoso ocultándolo, de eso estaba seguro, pero eso no excusaba mi error. Tal vez mi naturaleza petulante como médico establecido me concedió una especie de falsa fe en mis habilidades de observación. Nunca se me había pasado por la cabeza que podría estar tratando con algo más grande que el simple trauma de sus cicatrices por quemaduras.

A diferencia de Austin, tenía poco de la historia del pasado de Maddox. Conocía sus cicatrices bien porque lo había tratado en varias ocasiones por

diversas enfermedades a través de los años, y aunque sabía cómo se produjo ese fuego, no tenía detalles específicos distintos que no fueran una breve mención de que su padre había muerto. Se me concedió su historial médico, pero difícilmente aludía a nada en particular al evento, aparte de su diagnóstico y tratamiento. Y las tutelas de estado, similar a la adopción de Austin, solo me permitieron limitada información sobre su madre dado que él fue entregado a su custodia a través de una fuente anónima.

Acepté la responsabilidad y la escasa información con la esperanza de que Maddox pudiera llenar los espacios en blanco para mí una vez que llegáramos a ser cercanos, ya que había sido un niño de más edad en el momento en que me fue entregado. Por supuesto, esto nunca sucedió y jamás había considerado las cuestiones subyacentes y no relacionadas que probablemente fueron enconadas desde... Dios sabrá cuándo.

El día en que traje a Austin de casa, cuando él era un niño hiperactivo de ocho años, yo había adquirido cierta experiencia en el trato con las condiciones subyacentes. Austin era un niño emblemático por trastorno de hiperactividad, déficit de atención y requería mucha atención en nuestros años intermedios juntos. Y aunque finalmente no tuvo la necesidad de medicación desde que encontró una salida en el atletismo para su abundancia de energía, todavía llenaba las prescripciones de *Aderall* y permanecía vigilante de su excelente progreso. Esto fue lo que hice. Observé y localicé el progreso y corregí lo que podía manejar.

Pero no era tan fácil con Maddox.

Las investigaciones sobre los trastornos del sueño no aliviaban mis temores, y cuanto más me adentraba en el tema, más pánico sentía sobre lo que Maddox estaba sometiendo a su cuerpo. La falta de sueño era espantosa y *podría* ser fatal. El cuerpo humano podía ser privado de sueño por no más de aproximadamente diez días. No tenía manera de determinar cuánto dormía, o la cantidad de falta de sueño que había adquirido desde esa mañana, pero los hechos me alarmaban.

En todos mis años en práctica, no había experimentado la privación del sueño inducido voluntariamente. Tenía casos leves de este tipo de cosas en mi haber; por lo general inducidos por el estrés y causando que mis pacientes se volvieran inquietos. Les recetaba un sedante y recomendaba unas vacaciones. Pero *esta* severidad no se parecía a nada que hubiera visto en mi vida. Así que tenía que volver a educarme sobre los efectos.

Había factores de salud que la privación del sueño a largo plazo afectaba en gran medida. Reducía las habilidades de pensamiento constructivo y la

inteligencia emocional, y aunque esto explicara una porción bastante amplia de los grandes defectos de la personalidad de Maddox, no me hacía sentir mejor.

A medida que los días pasaban y me sumergía aún más en el tema, solo empeoró. La insuficiencia cardíaca, derrame cerebral, trastornos del estado de ánimo, deterioro mental, deficiencia de insulina... la lista seguía y seguía, y éstos ni siquiera incluían los efectos más ampliamente conocidos e igualmente alarmantes a corto plazo.

Para mi gran sorpresa, incluso hubo varias referencias a que la privación del sueño se estaba utilizando como una herramienta para tratar la depresión. Al parecer, durante las horas intermedias de la falta de sueño, los sujetos sentían una sensación de euforia. Esto explicaba cómo Beth se las arreglaba para seguir estando tan increíblemente serena en cara a su trauma emocional y mental, lo que realmente me hizo reflexionar sobre los paralelismos entre los dos.

Y entonces, una noche, mientras esta noción revoloteaba por mi mente, por enésima vez, conecté a Maddox con Beth... y mi palma golpeó mi frente en partes iguales por la comprensión y la idiotez. Me sentí ridículamente estúpido mientras me repantigaba sobre mi escritorio con desesperación y empujaba el más reciente libro sobre trastornos del sueño a un lado.

Había pasado tanto tiempo centrándome en la falta de sueño de Maddox y sus pesadillas que fracasé completamente al considerarlos como un mero efecto secundario. Ciertamente, la privación del sueño era un efecto secundario de las pesadillas, pero las pesadillas...

Ellas eran causadas por alguna otra cosa. No solo recuerdos. Y entonces me puse de pie y corrí al estante para elegir otra fuente que había adquirido recientemente cuando Beth llegó. Con él a cuestas, regresé a mi escritorio y busqué una página en particular. No lo había leído en esa oportunidad, porque no era necesario para Beth. Ya conocíamos de su condición con detalle.

Si era sincero conmigo mismo, yo estaba completamente fuera de mi elemento. Era un médico general, y a pesar de que había incluido brevemente muchos temas durante mi tiempo de práctica y educación, la psicología nunca fue mi fuerte. Así que usé el libro recomendado por un colega mucho más capaz para guiar mis suposiciones.

Usando los indicadores, alineé todos los paralelos. Y entonces lo hice de nuevo. Y otra vez. Y una vez más para estar completamente seguro y, posiblemente, con la esperanza de que mis evaluaciones fueran defectuosas, pero no lo eran, y todo aún cuadraba. Y era justo lo que había temido.

Estaba seguro en un noventa por ciento que el propio Maddox sufría de un

caso severo y crónico de trastorno de estrés post traumático. Probablemente desde que se había producido ese fuego, él había ocultado la gravedad del mismo bajo capas de defensa y, seguramente, su propia negación. Era tan obvio que me sentí completamente inepto por no haberlo visto antes. Se abrieron muchas puertas a otras varias condiciones mentales relacionadas que mi cabeza hiló simplemente contemplándolas a todos. Era *aterrorizante*.

Pero en muchos sentidos, lo hacía más fácil. Porque a pesar de que seguía impotente, estaba bastante seguro de lo que estaba tratando. Había investigado el tema del trastorno de estrés post-traumático tan a fondo para Beatrice y Beth que estaba completamente consciente de cada tratamiento y la terapia cognitiva que existía en el estado. El pronóstico, aunque no es excelente para un caso crónico a largo plazo, era definitivamente esperanzador.

Me alteraba que aparentemente hubiera pasado por alto algo tan crítico y alarmantemente poco saludable mientras estuvo frente a mí durante cinco años. Pero no podía compensarlo, y no podía convencer a Maddox que despertara de su estado infructuoso de su condición. Tenía que simplemente estar preparado.

Así que empecé a prepararme para las repercusiones de este nuevo descubrimiento. Sabía que algo iba a ocurrir eventualmente. Con una condición severa preparándose con tal ferocidad en su mente, era solo cuestión de tiempo antes de que fuera puesto en primer plano. No tenía forma de saber cómo o cuándo se pondría en marcha un episodio para él como lo haría con Beth, pero me pareció difícil de creer que no existiera ninguno. Podría surgir por el estrés, algo tan complejo como una acumulación a largo plazo de las emociones, o podría ser algo completamente insignificante. Era totalmente impredecible y, si mis sospechas eran correctas, francamente volátil.

Así que, lamentablemente, tenía que esperar. Estaba tan exhausto de esperar que esa noción me hacía sentir frustrado y desesperado, pero tenía que ser paciente. Debido a que pronto, muy pronto, posiblemente, Maddox no sería capaz de negar la verdad, y cuando llegara ese día, yo estaría dispuesto a ofrecer todas las alternativas disponibles.

Todas las alternativas.

El pensamiento me desplomó en mi silla del escritorio con amargura. Pero me había preparado con Austin cuando tuvo la edad adecuada, y nuestra relación se mantuvo más fuerte que nunca. Sentí que podía hacer lo mismo con Maddox si eso significaba progreso.

A medida que recogía la información necesaria para esta conversación que probablemente tendríamos en un futuro muy cercano, me encontré con variados

sentimientos de ansiedad e inquietud. No era algo que querría necesariamente ofrecerle, pero si escondía la opción, solo sería alimentar su resentimiento por mí y retrasar su recuperación... *si* alguna vez él lo buscaba. Así que armé de papeleo e información y lo cerré con llave en el cajón de mi escritorio.

Al igual que Austin, él vendría a mí sobre esto tarde o temprano. Y estaría dispuesto a tragarme el dolor cuando lo hiciera, porque no tenía otra opción.

Pero por ahora esperaré y me prepararé anticipándome al inevitable y completo quiebre de Maddox.

Capítulo 38: Impasses de Fresa. SEGUNDA PARTE.

Albin

Treinta y cuatro días después del cumpleaños de Maddox, yo estaba ocupado en la sala del hospital trabajando sin parar en las últimas tareas de mi día y con una taza caliente de café en mis manos cuando oí mi nombre siendo anunciado en el altavoz.

Doctor Lane a la recepción. Doctor Lane a la recepción.

La suave voz era dulce y profesional y reconocí la punzada de fastidio en el tono de Linda cuando me llamó. Con un suspiro, me levanté de mi asiento y metí mis carpetas bajo el brazo, equilibrando el café en la otra mano mientras salía del salón y me acercaba al mostrador de recepción.

Linda tenía los dedos picoteando rápidamente en un teclado cuando deposité las carpetas con indiferencia. Ella no me ofreció una mirada, y yo reprimí poner mis ojos en blanco a su inmadurez juvenil, antes de que me diera cuenta que alguien estaba de pie delante de ella.

Beatrice.

Ella me miró a los ojos con una pequeña sonrisa que me hizo tragar grueso a la vez que vacilantemente forcé una propia. Se veía impresionante, perfecta e indecentemente petulante por molestar a la recepcionista, que había hecho más avances hacia mí de los que me importaría realmente admitir.

Beatrice caminó alrededor del escritorio hasta mi lado, apoyando su codo sobre la superficie y volviéndose hacia mí.

—¿Estás libre para cenar? —Susurró, y no pude pasar por alto la profunda tristeza que penetró sus ojos mientras nerviosamente jugueteaba con los pases de visitante que estaban alineados sobre el escritorio.

Apreté los labios y entrecerré los ojos hacia mis zapatos a la vez que incliné mi cabeza y reflexioné sobre las posibilidades de lo que ella buscaba al pedir ese compromiso. No me permitiría volver a ser engañado, y no quería invitar a la tentación que la ocasión traería. Pero de alguna manera me sentía como si le debiera una explicación de mis actos; una que pudiera otorgar sobrio y sin estar emocionalmente contaminado por la decepción ante la indiferencia de Maddox hacia mí. Así que estuve de acuerdo con un asentimiento y la conduje fuera del hospital en silencio.

Tomamos autos separados hasta una pequeña cafetería en la ciudad,

permaneciendo callados cuando entramos y elegimos una ubicación apropiada y privada en un reservado del fondo. Estaba empezando a detestar toda la idea, pero el café mediocre estaba caliente y con cafeína y yo estaba arrastrando los pies por los largos turnos y las largas noches que pasaba investigando.

—¿Cansado? —Me preguntó, mientras bebía su café y fruncía el ceño.

Asentí, relajándome en mi cabina y preguntándome cuándo iba a simplemente... «*cortar la mierda*», como diría Maddox.

—La semana fue larga. —Fijé mis ojos en las baldosas del piso y esperé. Después de todo, esperar era lo que mejor hacía.

Cuando la camarera nos preguntó por nuestras órdenes, los dos declinamos. Y entonces me sentí ridículo por incluso entrar en un restaurante, cuando ninguno de los dos teníamos intención alguna de comer. Habíamos venido para participar en una conversación privada y nada más, y eso me molestó. Eso es para lo que estaban destinados los hogares. Por supuesto, Beatrice nunca vino a mi casa, a menos que fuera en relación a Beth.

—¿Cómo están Daphne y Beth? —Le pregunté educadamente mientras bebía mi café, aunque ya sabía la respuesta que buscaba. Daphne era una adolescente que funcionaba perfectamente, y yo había aprendido lo suficiente sobre el TEPT y la privación del sueño durante el último mes para saber exactamente cómo Beth lo afrontaba.

Ella sonrió y juntó las manos sobre la mesa.

—Daphne está bien. Pasando mucho tiempo con Beth... —Su voz se desvaneció y sus ojos se abatieron. Noté el ceño fruncido que le siguió—. Beth está igual, supongo. No hay cambio —susurró a sus manos flotando sus palmas.

Quería decir algo increíblemente pomposo, como... te lo dije. Te dije que estabas ahogándola y simplemente harías que te resintiera. Te dije que esto estallaría en nuestras caras. Te dije que no estabas atacando el problema desde su raíz.

Pero apreté los labios y mantuve mis opiniones para mí mismo. Ella no las querría de todos modos. Si alguna vez las hubiera querido, no estaríamos aquí, ahora, en esta cafetería, sintiéndonos torpes y yéndonos por la tangente en vez de con los verdaderos problemas vigentes.

—Lamento escuchar eso —ofrecí, porque parecía el método más eficiente de decir que lo sabía sin parecer condescendiente y mostrarle que yo había tenido la razón, lo cual era justo como me sentía.

Ella asintió y frunció sus labios hacia la mesa, y luego nos quedamos de nuevo en silencio. Parecía bastante inútil, traerme aquí a hablar de nuestros hijos

como si no tuviéramos nuestros propios problemas. No podía decidir sobre sus intenciones, y la observé mientras pasaba su dedo por el gran tazón de condimentos.

—Te extraño —susurró casi inaudiblemente, sus dedos comenzaron a jugar con los sobres de edulcorante artificial.

Y ahí estaba.

Permanecí en silencio bebiendo mi café, porque a pesar de que la extrañaba terriblemente, no haría ningún bien declarar mis sentimientos ahora y mostrar mi evidente debilidad. Era posible que yo estuviera disfrutando mucho más de lo que cualquier caballero respetable debería sobre tener la ventaja. No que eso en verdad me importara.

Ella suspiró, y aunque me quedé estoico en el exterior, mi estómago se retorció porque esta conversación era o nuestra absolución o el final de todo lo que teníamos. Por una vez, no me iba a conformar con nada menos, y como siempre, la decisión era suya.

—¿Tiene que ver con Maddox? —Preguntó, su voz de repente dura y suplicante, mientras mi taza calentaba mis manos.

Me encontré con su mirada y estaba bastante seguro que mis ojos se habían vuelto más anchos que dos plátanos.

—¿Perdón? —Le pregunté con incredulidad. Por supuesto, nunca había explicado la razón exacta para irme, y cuanto más pensaba en ello, nuestras últimas palabras estuvieron relacionadas con Maddox y Beth, pero... ¿en verdad ella no podía aceptar que teníamos problemas propios?

Vi como Beatrice apartaba su cabello ondulado de su hombro y ponía las manos sobre su regazo, inclinándose hacia mí, con los hombros rígidos, anticipando mi explicación.

—Esto no tiene nada que ver con Maddox. Esto es sobre nosotros. —Levanté las cejas de forma deliberada y me sentí ligeramente más frustrado al ver su expresión confundida. Decidí probar mi punto con el método más eficaz posible —. ¿Cuál es tu posición con respecto al matrimonio, Beatrice? —Le pregunté llevando mi taza caliente a mis labios. Y justo como esperaba sus ojos se desviaron de mi mirada y se apartó. Alejándose—. Eso —dije simplemente, mientras mi taza se reunía con la mesa con más fuerza de lo que había previsto —. De eso es de lo que se trata esto.

Y entonces aparté la mirada. Quería sentirme presumido por ser tan preciso acerca de sus reacciones, pero no pude. Me sentí avergonzado y ridículo, casi como un niño de la escuela tratando de preguntarle a su novia por qué ella no lo

acompañaría al baile. *Y tanto que hablaba de liberación.*

No respondió durante mucho tiempo, y mi café se fue enfriando a la vez que contemplaba las consecuencias de otra descontenta salida apresurada de un asiento reservado. Justo cuando comenzaba a justificarlo, ella habló:

—Nunca te hable sobre el padre de Daphne, ¿verdad? —Caviló con tono triste, aún jugando con los paquetes de edulcorante, evitando mi mirada. Casi respondí a su pregunta, lo cual era francamente absurdo, porque era de conocimiento común entre nosotros que él nunca fue mencionado. Me sentía muy poco dispuesto a escuchar de los hombres pertenecientes a su pasado. Ya estaba lo suficiente asqueado de mis propias aficiones como para sacrificar otro pedazo de mi dignidad sobre algo tan mezquino como los celos.

Suspiró profundamente, luciendo decidida cuando se encontró con mi mirada y levantó su barbilla.

—Su nombre era Charles. —Pronunció su nombre como si fuera un insulto, y como lo esperaba mis celos se encendieron sobre este hombre que ahora podía ponerle un nombre. *Gracias.* Otro fragmento de dignidad perdida a mi naturaleza melancólica. Continuó con su mandíbula apretada y ojos distantes—. Nos casamos cuando yo era una estúpida chica de diecinueve años... —comenzó resuelta y luego pareció de repente cansada.

Yo me quedé bastante sorprendido porque nunca había sabido que ella estuvo casada. Y esto... no ayudaba a nuestra situación de ninguna manera. Algo que hizo que mi estómago se revolviere con más fervor. Siguió hablando después que recuperó su determinación.

—Él era... una especie de tirano. Cuando tuve a Daphne, todo empeoró. —Negó con la cabeza y desvió su mirada hacia el edulcorante antes que su voz se hiciera más baja y grave—. Era un hombre horrible. Me mandaba como si fuera su criada. Nunca me permitía dinero o amigos que no aprobara, y si yo lo desafiaba, entonces yo era... —Hizo una pausa y arriesgó una mirada hacia mí a través de sus largas pestañas, pero yo estaba demasiado paralizado y aturdido para ofrecer la reacción apropiada—. Castigada. —terminó en un susurro, evitando mi mirada.

Ella todavía se sentía muy distante, y aunque estaba haciendo todo lo posible por parecer tranquilo, estaba interiormente enfurecido con este Charles. Quería encontrarlo y usar en abundancia mis diligentes habilidades de bisturí. Me mantuve en silencio, sin estómago para el café y esperando a que continuara. Siempre esperando. Su rostro se transformó de repente en una expresión melancólica.

—Cogí a Daphne y me fui el día que cumplió un año. Charles se negó a darme el divorcio, pero al final... lo persuadí. —Una de las comisuras de sus labios se elevaron en una sombra de sonrisa—. La traje aquí e hice una nueva vida. La construimos juntas, y me volví independiente ya que me sentía a salvo —susurró, finalmente encontrando mi mirada y dejando caer los paquetes de edulcorante—. Nunca fue mi intención proyectar mis propios miedos en ti, Albin —rogó con sus ojos y tomó la mano que había quedado congelada alrededor de la taza. Dejé que lo hiciera. Probablemente no debería haberlo permitido—. Amo mi independencia y aunque la deseo mucho, yo sí quería estar contigo. Todavía lo hago —dijo las últimas palabras con una voz pequeña y tímida que vagamente me recordaba a Beth en mi mesa de comedor.

Estaba tratando de procesar toda la información posible y aplicarla a sus reacciones durante todo este tiempo, porque como individuo clínico, era la única manera en la que posiblemente podía comprenderlo... y todavía no estaba ayudando. Tuve la tentación de decirle que tenía una novia en la escuela secundaria que poseía una afición obsesiva a la cleptomanía. *¿Puedo revisar tu bolso, Beatrice?*

Pero cuanto más me ponía en la posición de Beatrice, más terrible me sentía por ella. Sentí sus dedos alrededor de los míos, fríos y delgados, su carne tierna me recordó que Beatrice había estado probablemente a través de casi tanta agonía como Maddox y Beth. Ella había sido objeto de abuso doméstico, o al menos eso parecía, a pesar de que por suerte, no me ofreció los detalles. Había perdido a su hermana en un homicidio violento y dado refugio a su sobrina traumatizada y...

Yo estaba rodeado de tanta desesperación y miedo que me sentí sofocado y mi bilis subió a mi garganta. Nunca fue mi deseo o intención rodearme de tales daños. Estaba cansado por mis interminables intentos de penetrar las barreras que siempre permanecían impermeables. Entre ellos tres y solo Austin, yo simplemente no podía soportar más heridas. Temí entrar en crisis antes de Maddox.

—Yo no soy ese hombre —le contesté con voz ahogada, y pude sentir la sangre abandonar mi rostro mientras la miraba a los ojos. Ella asintió con un movimiento rápido.

—Lo sé, lo siento —respondió apresuradamente, luciendo bastante desesperada cuando me agarró la mano con fuerza—. No tenía ni idea de que querías más, y tal vez estaba simplemente haciendo caso omiso de las señales para mi propio beneficio, pero yo solo... lo siento —declaró, acercándose más y

tirando de mi mano hacia su cuerpo.

Me senté en silencio y sin expresión, porque jamás quise una disculpa, y ella miró con remordimiento mi expresión en blanco durante mucho tiempo. La camarera se detuvo en la mesa con una sonrisa brillante que podía ver desde mi periferia y nos preguntó si estábamos bien.

Nos quedamos en silencio mientras la miraba fijamente a los ojos, y la pregunta de repente pareció ridículamente significativa, ya que se quedó en el aire entre nosotros. La camarera esperó, de pie en una pose incómoda y escrutando nuestras miradas fijas antes de marcharse en silencio.

—Supongo que nunca he considerado el matrimonio *de verdad*. —Beatrice frunció los labios, pensativa, y yo arqueé una ceja, bastante escéptico de que estuviese mostrando de pronto un interés simplemente para tranquilizarme. Pareció pensativa durante muchos minutos, mordiéndose el interior de la mejilla como hacía normalmente cuando se encontraba en una profunda cavilación. Y luego su pie comenzó a golpear debajo de la mesa, y reconocí el gesto como lo que hacía a menudo cuando tomaba decisiones importantes. Finalmente, su pie se detuvo, y sus labios se elevaron con lentitud en una pequeña sonrisa—. No estaría del todo opuesta a esa idea. —Sonrió con una suave caricia de su pulgar en mi mano.

Mis ojos se estrecharon y podría haberla llamado mentirosa. Podría haberle dicho que no lo creía y que me negaba a seguir atrapado en una relación sin salida por tres años más mientras ella me engañaba descaradamente. Yo podría haberle dicho que mi confianza requería más que únicamente sus reflexiones en voz alta.

Pero sus ojos y su sonrisa eran curiosamente brillantes a la vez que hablaba a la ligera y me agarraba la mano en su aquiescencia. Ella no estaba distante, y no se apartó, y de repente sentí una hinchazón de esperanza de que pudiera conseguir acceder a través de una barrera en este lío de personas con problemas. Si pudiera avanzar con Beatrice, entonces seguramente tendría esperanza de hacerlo también con Maddox.

Quería (*necesitaba*) la esperanza que su compromiso me concedería. Yo había sido desprovisto de ella durante tanto tiempo que estaba irracionalmente dispuesto a darle otra oportunidad, y encontrar la fe en que ella sería la prueba de que mi amor y persistencia lograrían algo.

No podía negar que mi escepticismo se mantenía, pero si me negaba, entonces yo no era mejor que ella; albergando viejos dolores, dudas, y permitiendo que afectara mi presente y futuro. Un Lane *jamás* era un hipócrita.

Pero incluso si ella estuviese siendo sincera y se encontrara dispuesta, aún habrían dos personas en este mundo que yo nunca dudaría en poner encima de mi deseo por ella. Porque ellos fueron mi familia primero. Y a pesar de que Austin y ella podría congeniar a las mil maravillas...

—¿Maddox? —Le pregunté secamente mientras mi mano yacía lánguidamente entre las suyas. Si hablaba en serio sobre profundizar su compromiso conmigo, Maddox estaría involucrado. Y también Beth.

Ella exhaló profundamente, desviando sus ojos de los míos con una mueca, e instintivamente supe que la barrera que habíamos superado no estaba relacionada con sus problemas con él.

—Cuéntame —ordené apartando mi mano, porque este era el momento para una genuina honestidad. Tenía que conocer su justificación sobre ser tan firme en su posición en contra de la relación de Maddox y Beth.

Los ojos de Beatrice se desviaron a mi mano retirada, frunció el ceño y se recostó contra su asiento reservado.

—Renée —susurró en un tono extrañamente derrotado y sus dedos comenzaron a agitarse de nuevo con su dobladillo de la camisa sobre su regazo—. Algunos días Beth me recuerda tanto a Renée. Son completamente diferentes, por supuesto, pero tan parecidas en sus ambiciones e independencia. Fue una de las cosas que siempre admiré de ella.

Sonrió a su regazo y se volvió triste y nostálgica de nuevo. Nunca podía hablar de su hermana sin ponerse emocional, y me preparé para las lágrimas. Ella se encontró con mi mirada de nuevo, y me quede atónito por un momento ya que no vi que hubiese lágrimas, solo creciente amargura silenciosa.

—Pero Renée tenía un defecto. Siempre perdía la cabeza por los hombres equivocados. Por lo general, no eran más que... dependientes o aburridos, pero a veces... —Hizo una pausa y me miró con una expresión ansiosa a la vez que sus dedos continuaban sus movimientos sobre su dobladillo de la camisa—. A veces eran hombres con problemas, y su compasión y curiosidad la cegaban, y esa falla la mató. —Su voz se redujo a un susurro nervioso e inclinó la cabeza—. Si Beth permite alguna vez...

—¿Qué estás insinuando? —La interrumpí en una mueca de furioso desprecio, francamente indignado por la dirección de su explicación, y retándola a admitir su propia asunción en voz alta frente a mí presencia. Yo abandonaría esta mesa, y esta cafetería, y todo este maldito pueblo si ella lo hacía.

Evitó mi mirada mientras yo me enfurecía y apretaba los puños bajo la mesa, dándome cuenta que no lo diría. *Cobarde*.

—¿Estabas a punto de comparar a mi hijo con un asesino psicópata desquiciado? —Le espeté, más como una declaración que como una pregunta, porque era evidente que lo estaba haciendo. De la misma manera que me estaba comparando con un misógino abusivo. Luché para ignorar el hecho de que por *primera vez* me había referido verbalmente a Maddox como mi hijo.

Ella palideció ante mi tono y sus ojos se abrieron cuando finalmente reunió el coraje de mirarme a la cara.

—No, yo solo no lo conozco Albin, y... —Se apresuró a defenderse cuando mis dientes rechinaron en moderación en vez de lanzar una cadena particularmente vulgar de blasfemias aprobadas por Maddox—. ¿Puedes honestamente decirme que lo conoces? ¿Qué *realmente* lo conoces? —Preguntó en voz baja y sugerente.

—Sí —contesté sin vacilar—. Él nunca... *jamás*... —Hice una pausa y sacudí la cabeza porque era simplemente demasiado terrible para siquiera pensarlo—. Ni siquiera puedo terminar esa declaración, ya que es totalmente insultante siquiera decir las palabras. —Aparté la vista, amargado y enojado con Beatrice, de nuevo.

—Lo siento, no era mi intención dar a entender... —susurró después de unos segundos de tenso silencio. Tomé otro sorbo de mi café para ocupar mi mano.

—Pero lo hiciste. Lo estás haciendo de nuevo con él, y no es justo. Él no ha hecho nada para merecer tales presunciones... —Me detuve cuando me di cuenta de su ceja arqueada. Puse los ojos en blanco con exasperación al ver su expresión escéptica—. Por favor, Beatrice. Ha sido arrestado dos veces por delitos menores. —Aludí a su historial criminal conocido y, vergonzosamente, le resté importancia a los delitos de drogas—. Y si esto es sobre el sexo... ¿cuántos chicos y chicas adolescentes de su edad hacen lo mismo? ¿Con qué frecuencia crees tú que Daphne y Darren...?

—¡Albin! —Interrumpió con una expresión de pánico antes que pudiera dar a entender que su propia hija era sexualmente activa. Yo le recetaba su control de la natalidad después de todo. Se relajó visiblemente cuando retiré mi defensa y su rostro se suavizó—. Lo sé. Es una doble moral, y no es justo para Beth. Lo siento. —Se disculpó de nuevo y era frustrante. Yo no quería una disculpa, quería ver *acción*.

Ella rogó con sus ojos una vez más, mientras se inclinaba más cerca.

—Solo no puedo... Si algo le sucede a ella porque yo estaba actuando de forma negligente... me mataría. —Su rostro se puso serio y sombrío, y yo realmente entendía su feroz necesidad de proteger a Beth. Pero iba más allá de

su deber. Continuó con un profundo suspiro—. No hay un manual de instrucciones aquí, Albin. Estoy haciendo lo mejor que puedo y aun así, no es suficiente. —Parecía desesperada y... agotada cuando desvió la mirada hacia su regazo. Me di cuenta de que realmente se sentía perdida.

Yo conocía la sensación de fracaso y pérdida porque la había sentido con Maddox durante mucho tiempo. No era mi lugar, y no era ciertamente un experto en crianza de hijos o de familias mezcladas, pero mi juicio no estaba nublado por sus circunstancias atenuantes personales.

De alguna manera sentí como si mi orientación pudiera ser apreciada.

—Tal vez estás siendo negligente en estos momentos al tratarla como a una niña incapaz. —Luché para mantener la voz calmada y fallé cuando sus ojos se elevaron hacia los míos y se ampliaron.

Odiaba ser duro con Beatrice, pero que me aspen si ella no lo necesitaba. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y frunció el ceño.

—¿De verdad crees que Beth pasaría por esa terrible experiencia solo para ponerse en una situación donde sería dañada tan negligentemente? —Le pregunté, alzando las cejas con expectación.

Beatrice negó lentamente con la cabeza y frunció los labios de nuevo, pareciendo muy interesada en mi opinión, su atención claramente fija en mí. *Casi resoplé*. Si ella hubiera estado así de interesada meses atrás, podríamos haber evitado tanta agitación indebida.

Procedí mientras me inclinaba más cerca de su cara sobre la mesa, obligado a ser de gran beneficio por una vez.

—¿No te parece que, a pesar de que ella requiere de atención especial, su juicio no ha sido dañado de ninguna manera? —Le pregunté conocedor. Si acaso, Beth sería un mejor juez del carácter que la mayoría como resultado de sus tribulaciones. Como era de esperar, Beatrice negó con la cabeza, todavía pensativa en consideración de estas verdades.

Y luego tuve que añadir mi pensamiento final para su derrota, a pesar de que sabía que iba a alterarla en demasía.

Aspiré profundamente y me preparé para un río de lágrimas mientras hacía mi última pregunta con voz baja y con remordimiento.

—¿Renée actuaría en esta situación de la misma manera?

* * *

El auto estaba cálido, oscuro y cómodo mientras salía de la cafetería, sintiéndome... más ligero. Fue más liberador que la noche que había dejado a Beatrice, porque esta vez, yo había hecho algo constructivo. Ella se quebró como

había previsto y aunque me sentía muy mal por haberla alterado, no me arrepentía de los progresos que hizo. Pude verlo en sus ojos cuando se rindió a la constatación de que se había equivocado. No se había equivocado del todo, pero ella dejó que sus emociones abrumadoras condujeran sus acciones, y ahora le correspondía reparar las relaciones que había destruido. La nuestra y la de ellos.

Y lo haría, porque a pesar que sus muros con Beth eran más altos que los suyos propios, ella sería incapaz de soportar la posibilidad de decepcionar a su hermana. Así que haría todo lo posible para ayudarla a encontrar el equilibrio adecuado con ambas relaciones.

Mientras conducía a casa completamente aliviado, comencé a hacer las estrategias de las listas y los requisitos para estas nuevas circunstancias. Beatrice debería acercarse a Maddox y observar entre ambos lo que yo vi en su cumpleaños. Ellos tendrían que actuar con responsabilidad y aplacar sus miedos al permanecer menos dependientes. Él tendría que ganarse su confianza, y yo solo podía rezar que no arruinara la oportunidad de regresar su buena voluntad. Sonreí cuando me di cuenta de que probablemente él haría casi cualquier cosa para estar con Beth.

Me gustaría aún actuar con mi instinto secundario sobre llevarlos apartes y educarlos sobre la forma correcta de desarrollar sus relaciones dadas sus circunstancias especiales. Y tal vez cuando todo esto se haya calmado, Beatrice y yo podríamos convencer a Beth y Maddox de buscar tratamiento para por lo menos solucionar sus problemas de sueño.

Eran casi las nueve cuando entré al estacionamiento y la casa parecía extrañamente oscura. Me había pasado la mayor parte de mi día en el hospital, y mi regreso a casa se retrasó por mi encuentro con Beatrice, que terminó durando casi tres horas.

Cuando aparqué y salí del coche, el suave resplandor de la luz de la sala de estar iluminaba el patio y caminé por el porche oscuro ligeramente visible. Fruncí el ceño cuando me acerqué a la puerta y me limpié los pies. Fue desconsiderado no dejar la luz encendida del porche ya que ambos sabían que yo llegaría después del anochecer.

La casa estaba en silencio cuando entré y cerré la puerta detrás de mí. Aún se encontraba de alguna forma... oscura. Fruncí mis cejas con curiosidad y deposité mi bolso en el vestíbulo antes de hacer mi camino hasta el primer tramo de escaleras, encendiendo los interruptores de luz mientras subía.

Estaba de verdad bastante exaltado sobre hablar con Maddox acerca de los eventos de esta noche. Quería informarle sobre el comportamiento adecuado

frente a Beatrice y ver la sonrisa en su cara cuando le contase que nos invitaron a cenar al día siguiente con Beth y ella. Todos necesitábamos desviarnos de la atmósfera sombría y tensa ahora común entre los dos hogares.

Mientras me acercaba al segundo tramo de las escaleras, algo crujió bajo mis pies. Di un paso atrás y examiné el marco roto, confundido. Decidiendo que se había caído de la pared, empecé a recoger los pedazos rotos de vidrio y los arrojé en un bote de basura del baño del segundo piso, antes de continuar por las escaleras hasta la habitación de Maddox.

Cuando llegué al pasillo silencioso que conducía a su puerta, encendí la luz y fruncí el ceño de nuevo. Él no había salido de su habitación desde la puesta de sol. No era particularmente raro, por lo que no le di mucha consideración y me acerqué a la puerta y llamé suavemente.

La puerta estaba lo suficientemente entreabierta para que mi golpe la abriera, y me sentí nervioso por entrar sin permiso verbal expreso. Finalmente decidí, mientras me asomaba a la cinta negra que la puerta abierta había creado, que mi noticia sería suficiente para distraerlo de mi intrusión.

Tentativamente, empujé para abrir la puerta y usé mi mano para buscar el interruptor de la luz. Cuando mis dedos encontraron el interruptor y lo giré, mi mandíbula se abrió lentamente con horror a la vez que miraba desconcertado la gran sala de delante de mí.

Era *destrucción* total.

Había ropa y papeles dispersos por el piso, tan desordenados que la alfombra de oro era apenas visible. Los agujeros y marcas cubrían las paredes, cuando entré mi pie de repente se encontró con el sofá de cuero negro volcado. Mis ojos se abrieron como platos al verlo cuando me acerqué. A medida que mi mirada absorbía más, me di cuenta que la estantería había sido volcada, y ahora yacía completamente plana en el suelo boca abajo; los libros esparcidos al azar por el perímetro.

Y la cama...

La cama fue arrasada y las sábanas llevaban rasgaduras distinguibles y harapos deshilachados y derramados sobre el piso desordenado revelaban el colchón azul pálido de debajo. Mi primera reacción al ver los restos destrozados fue alarma inmediata y preocupación. Yo estaba atónito, preocupado, enojado y Maddox no estaba a la vista.

Revisé el cuarto de baño y estaba vacío, aunque había que admitir que en mucho mejor estado que el dormitorio. Tuve que casi saltar por encima de la estantería para llegar a las puertas del balcón, pero cuando lo hice, lo encontré

vacío.

Mientras iba hacia la puerta y me preparaba a barrer la casa para buscarlo, no podía decidir si debía empezar a decidir los castigos, o simplemente sentir pánico por su seguridad. Pero al encontrar vacía y oscura cada habitación a la que entraba quedó asentando el pánico en lugar de la ira.

La cocina estaba oscura y vacía. Como el comedor y sala de estar. La televisión en la sala de estar estaba apagada, pero las luces estaban encendidas, y empecé a buscar un teléfono para llamar a las autoridades porque no tenía ni idea de lo que había pasado en mi casa mientras yo estaba fuera y los chicos se habían ido.

Subí las escaleras de nuevo para buscar el teléfono en mi estudio y traté de calmarme cuando me acerqué a la puerta y la abrí. El estudio estaba oscuro también, pero ya lo esperaba. Cuando entré en la habitación, de repente me vi sorprendido por una forma en el sillón de cuero frente a mi escritorio.

Busqué el interruptor de luz en la pared y titubeé hasta que la habitación estuvo iluminada. El sillón estaba enfrente al lado opuesto de la habitación, pero una vez que vi el pelaje familiar de color bronce que sobresalía por encima de la silla de cuero, me sentí abrumado por el alivio.

Y... ahora que sabía que estaba vivo y respirando, me sentí cómodo con la irritación y la ira que había presionado antes.

Fruncí el ceño en confusión de lo que posiblemente podría estar haciendo sentado en mi estudio en la oscuridad.

—¿Te importaría explicarme qué diablos pasó arriba? ¿Y dónde diablos está Austin? —Le pregunté cruzando la habitación con la voz más complaciente que pude lograr emular. Él no respondió y yo no me encontré con su mirada mientras rodeaba el escritorio y me acercaba a la silla detrás de él.

Me senté con un suspiro de alivio, aún desconcertado por la condición tan extraña en la que encontré la casa, cuando mis ojos finalmente se concentraron en su cara.

—Dios mío, Maddox... —susurré levantándome de la silla de nuevo y el pánico volvió a mi pecho—. ¿Qué te pasó? —Le pregunté, el terror golpeando cuando miré su rostro herido.

Su mejilla estaba roja y parecía golpeada y magullada, su labio inferior estaba lacerado y aunque al parecer ya parecía mayormente cerrada la herida, no me alivió en absoluto. Al mirar más de cerca, me di cuenta de que tenía en el cuello una marca en forma de mordida profunda y mullida, que me hizo tragar nerviosamente, mi mirada concentrándose en la inflamación y en la herida

sangrienta donde desaparecía debajo de su cuello.

Mis ojos viajaron desde su cuello hasta el cabello despeinado que parecía enredado e inusualmente desaliñado ¿y por qué no estaba hablando?

Lo miré a los ojos y estaban enrojecidos, irritados e imposiblemente oscuros, como si hubiera estado...llorando. Pero lo más alarmante de todo era la expresión que tenía mientras se mantenía sentado en la silla y me miraba en silencio.

Sereno y tranquilo.

Su cara estaba relajada y plácida y su frente y ceño inusualmente suave, su cabeza descansaba lánguidamente contra el cuero de la silla. Yo había estado vigilando tan de cerca desde el mes pasado que me había familiarizado con todas sus expresiones. *Esta* nunca fue una de ellas.

Parecía extrañamente tranquilo entre cientos de señales perturbadoras y era simplemente perturbador. Poco a poco, me senté en la silla de nuevo, y sus ojos verdes siguieron a los míos en una pendiente extrañamente fluida, a pesar que el resto de su cuerpo permanecía completamente inmóvil.

—¿Te metiste en una pelea? —Inquirí en un susurro ahogado absolviendo más detalles de su aspecto descuidado. Pero yo *sabía* que no lo había hecho. Había sido testigo de los post altercados de Maddox en el pasado, y él *no* había actuado sereno y tranquilo. Esto era diferente y él solo me miraba con la misma expresión peculiarmente sedada.

Me senté por muchos minutos en silencio examinándolo, grabando sus heridas en la memoria para su tratamiento, hasta que me volví irritado y ansioso por su completa falta de comunicación y movimiento.

—¿Podrías *por favor* decir algo? —Pedí y la desesperación debió haberse filtrado en mi tono porque él finalmente, de forma casi imperceptible, se movió. Vi su mano contraerse en el reposabrazos acolchado desde mi periferia y observé expectante mientras sus labios comenzaban a separarse y hablaba en voz baja y ronca.

—Necesito tu ayuda.

Capítulo 39: Quejas Duras de Granola. PRIMERA PARTE.

Maddox

Entrecerré los ojos ante la pregunta sobre el papel mientras mis cejas se fruncían en concentración y mis codos se hundían en el colchón.

¿En qué año Japón lanzó la Segunda Campaña Indochina-Francesa y expulsaron al estado Francés y se instaló formalmente el emperador Bao Ðại en el efímero Imperio de Vietnam?

Mi cabeza se inclinó cuando leí la pregunta por séptima vez, y estuve bastante seguro que era una oración continua, ¿verdad? Jodida mierda. Bufé y rasqué mi frente relajándome más en mi cama, acostado sobre mi estómago.

Era tarde. O, puñeteramente temprano. No que eso importara. Tenía esta maldita prueba de práctica burlándose de mí por los errores gramaticales, y rápidamente garabateé mi mejor suposición antes de pasar a la siguiente bastardización del idioma inglés.

Una lengua chasqueó encima de mi hombro al lado de la cama, y apreté los dientes.

—Eso no está bien —meditó ella en voz baja a la vez que miraba a mi respuesta en el papel una vez liso. Se había convertido en una víctima de mi agresión.

Me elevó una ceja y volví la cabeza hacia arriba para tener una mejor visión de su cara.

—¿Quiere iluminarme, señorita "Yo sé toda mierda"? —Bromeé. Bueno, mayormente bromeé. En secreto, ella había estado extrañamente molesta desde dos horas atrás.

Frunció su labio, pensativa ante la pregunta por un momento antes de emitir un suspiro de derrota.

—No puedo recordar la fecha. Solo... no creo que eso sea correcto —concluyó con un encogimiento delicado y se apartó de la cama para caminar hasta el sofá.

Suspiré bruscamente y estuve preparando para lanzar un comentario sarcástico sobre lo malditamente inútil que ella estaba siendo cuando mis ojos involuntariamente viajaron a sus piernas desnudas. Su falda de capa con gasas roja oscilaba alrededor de sus rodillas, y estuve hipnotizado por sus movimientos fluidos mientras caminaba por encima de mi desorden en el suelo.

Sacudí mi cabeza y traté de concentrarme en la siguiente pregunta.

—Dime de nuevo, ¿cómo fue que llegaste aquí? —Murmuré distraídamente mientras cazaba otro pasaje en el libro de texto. Traté de ignorar el impulso de saltar y limpiar toda la ropa sucia que estaba tirada en el suelo. Quiero decir, esa no puede ser una cualidad atractiva, ¿verdad?

La risa suave de Beth resonó en mis oídos.

—No lo hice —respondió simplemente, y su evasión a mi pregunta hizo imposible que mi frustración se calmara, pero lo dejé pasar. ¿Cómo podría cabrearme con mi chica por venir a acompañarme? No podía.

Seguí respondiendo a las preguntas de la tarea, y estaba irritado por la certeza de que iba a fallar esta prueba. Yo nunca fallaba un examen. Y esta mierda realmente estaba jodiendo con mi decisión de permanecer despierto.

Beth suspiró sonoramente desde el sofá, ganando mi atención así que giré a verla.

—Estoy aburrida —murmuró girando un brillante rizo de su cabello marrón alrededor de su dedo. Llevaba ese traje rojo sexy de San Valentín, y estaba seguro que solo estaba haciéndolo para distraerme.

Y estaría totalmente jodido si dijera que no estaba funcionando.

Traté de apartar mis ojos de su escote e ignorar la forma en que el collar que le había dado desviaba mi atención a sus tetas. Estoy bastante seguro que esa no fue la razón por la que lo compré. Estaba indignado conmigo mismo por comérmelas con la mirada, y todavía frustrado tanto por su aburrimiento como por el mío. Podríamos estar haciendo cosas mejores.

—Bueno, mierda, Beth —comencé mientras la molestia de nuevo se metía en mi tono—. Siempre podríamos tomar una puta siesta o algo así —exploté e inmediatamente me sentí como una mierda cuando su rostro decayó y ella se estremeció.

Dejó caer el mechón de cabello. Parecía que su escote cayó hasta su estómago.

—Ya hemos hablado de esto, Maddox —susurró con remordimiento, sus ojos se desviaron a su regazo.

Observé su expresión sombría por un momento, y mi culpabilidad se hinchó al atacarla tan duramente por algo que ni siquiera podía controlar.

—Lo siento —me disculpé en voz baja a su ceño fruncido y respiré hondo para calmar mi frustración. Quiero decir, era bastante jodido (y bastante raro) que yo estuviese alguna vez molesto con mi chica.

Me sentí como un malparido.

Era suficiente con que hubiese venido, y recordé eso mientras forzaba una sonrisa torcida, cuando ella me miró desde debajo de sus pestañas. Me devolvió la sonrisa tentativamente, una de las esquinas de sus labios rojos arqueándose con dulzura, porque esa sonrisa torcida era suya y de nadie más. No me pertenecía a mí. Era jodidamente suya. Estaba bastante seguro que ella también lo sabía. Era la única razón por la que yo todavía estaba aquí, en esta casa.

Me imaginé que Austin podría haber estado esperándome en la sala de estar, y cualquier otra noche, yo ya habría estado allí. Se había convertido en una especie de ritual que ambos nos encontráramos cerca de la medianoche y pasáramos unas horas en cualquier maldito videojuego que Austin hubiese elegido. Mataba el aburrimiento, y aunque rara vez hablábamos de cualquier cosa no relacionada con lo que estábamos haciendo en el momento exacto, dejaba que él me divirtiera con sus reacciones desproporcionadas por patearle el culo.

Pero por primera vez en más de un mes, no iba a abandonar mi habitación esta noche para reunirme con él. No había manera de que pudiera dejar a mi chica. Se veía tan condenadamente hermosa y sexy mientras me sonreía y se relajaba en el cuero negro... yo tenía que tocarla. Por todos lados.

Pero desde el primer segundo en que me di cuenta que estaba parada en el medio de mi habitación, toda malditamente roja y perfecta en la porquería del entorno de mi vida... ella no me lo permitió. Dijo "galleta" antes que pudiera sentir su piel o su cabello, y aunque estuve confundido y herido, me aseguró que solo estaba teniendo una mala noche. No sabía qué coño significaba eso. Para nosotros todas las noches eran «malas» a menos que estuviésemos juntos. Y ahora que por fin estábamos juntos, pensé que podría ser como en los viejos tiempos.

Vergonzosamente, la primera idea que cruzó por mi mente cuando mis ojos se posaron en ella fue... dormir. Beth era dormir, especialmente cuando estaba de pie en mi habitación a las once de la noche. Por primera vez en mi vida, me sentí como si quisiera usarla. No solo ella era dormir, sino que ella era comida y lujuria y distracción y consuelo y afecto. Fui un gran idiota por no verla inmediatamente por quién era, y no por lo que me podía ofrecer.

Esta culpa, unida a la santidad incorruptible de la palabra de seguridad, ayudó a alimentar mi decisión de mantener la distancia que me pidió porque incluso si no pudiese tocarla... o dormir, tenía suerte solo por tenerla aquí.

Vi como ella de pronto se llevó las manos a su cabello con una sonrisa y quitó los dos broches que sujetaban el flequillo hacia atrás. Mis labios se torcieron en diversión mientras los miraba en su mano petulante. Ellos siempre hacían que le

doliera la cabeza, y de cualquier manera yo prefería más su cabello suelto.

Con un suspiro sostenido, ella usó sus dedos para peinar su cabello lejos de su frente, llevándolo hacia atrás y destruyendo la línea de división perfecta de su cabello volviéndolo en ondas desordenadas de rizos alrededor de su cara. Fue un gesto extrañamente sexy, y estuve tan fascinado que casi no me di cuenta de su enfado lanzando los ofensivos accesorios para el cabello en mi piso con una mirada irritada en la zona donde aterrizaron.

—De verdad has descuidado tu cuarto —suspiró con tristeza al suelo mientras se relajaba y parecía mucho más cómoda libre del dolor del cuero cabelludo.

No pude ocultar mi ceño fruncido desviando mi mirada hacia mi trabajo.

—¿Yo... no estaba esperando compañía? —Evadí torpemente. Era como si ella solo jodidamente supiera lo mucho que me estaba molestando.

—Podría arreglarlo si lo deseas —ofreció ella con voz tímida.

—No, gracias —rechacé con brusquedad, y quizás un poco demasiado rápido mientras evitaba su mirada. Una cosa era que la dejara hacer mi comida y tararearme para dormir, pero que me condenaran si iba a sacrificar el poco de dignidad que seguramente estallaría en llamas si la veía recoger mis calzoncillos sucios del suelo. Cada hijo de puta tenía que trazar una línea en alguna parte.

Suspiró, y de nuevo estuvimos en silencio mientras yo trataba de... jodidamente... enfocarme.

Las preguntas del examen. Enfoque. Indochina. Enfoque. Imperio de Vietnam. Enfoque. Las tetas de Beth a centímetros de mi ropa sucia. Mierda.

Concéntrate. Ho Chi Minh. Concéntrate. Viet Minh. Concéntrate. Las tetas de Beth y ese collar. Mierda.

Habíamos pasado todo el mes escondiéndonos detrás de la escuela desapareciendo del almuerzo para... bueno... en verdad solo besarnos y tener privacidad para variar. A pesar que por lo general hablábamos y comíamos, cuando nos besábamos, siempre he sido amable y tierno. Por suerte, el impulso animal de poseerla nunca regresó, pero jamás pasamos de la parte de besarnos, y a pesar de que ansiaba tocarla por todas partes, nunca lo hacía.

Ella parecía disfrutar de la parte cariñosa, a pesar que ambos salíamos despeinados y más sexualmente frustrados de lo que habíamos estado alguna vez mientras dormíamos en la misma cama. Toda esta mierda de la frustración sexual estaba dañando mi enfoque, y estaba decepcionado de las anfetaminas. Quiero decir, para eso era que servían, y demonios... tenía que aprobar este examen.

—Entonces —comencé, deseoso de aliviar su aburrimiento y por lo menos entablar una conversación con ella—, ya que claramente eres tan astuta en todas

las cosas de Indochina, creo que deberías ser la jodida genio en esta prueba de práctica. —Me equilibré en un codo, levantando el papel en mi mano libre mientras lo agitaba suavemente y sonriendo.

Resopló y dobló sus piernas debajo de su cuerpo negando con la cabeza. Hice un puchero todo dramático pero estaba muy fascinado en secreto con la forma en que sus ojos brillaban. Se veía tan jodidamente descansada. Apenas podía ver sus ojeras. Empecé a reflexionar sobre preguntarle si había dormido antes que ella finalmente notara mi mohín de burla.

—Mala suerte, Lane —resopló y apoyó su codo en el respaldo del sofá con una sonrisa—. Eso es lo que te pasa por estar en curso avanzado. —Me guiñó un ojo seductoramente. No ayudando a que me enfocara.

Sonreí apretadamente sobre la mueca que luchaba por emerger sobre el sonido de ella llamándome «Lane». ¿Qué demonios fue eso? No estaba seguro de por qué, pero me molestó. En vez de actuar como un idiota sobre ello, puse los ojos en blanco divertido y devolví la hoja al libro de texto.

—Lo recordaré mañana cuando estés vuelta loca malditamente corrigiendo Trigonometría. —Sonreí de regreso, a lo que ella apreciativamente asintió susurrando un delicado "Touché".

Sonreí y volví a mi lectura del libro de texto antes de mirar a escondidas hacia ella por debajo de mis pestañas como normalmente me hacía, porque la venganza era una perra.

—Y, por cierto —empecé con una voz baja y sugerente que sabía que probablemente encontraba sexy o algo así—, puedes hacer que consiga suerte mostrándome una teta cuando quieras. —Le guiñé juguetonamente.

Con eso, sus ojos se oscurecieron repentinamente, y se enderezó en el sofá. Sus largas pestañas rozaron su frente mientras bajaba su cabeza y me miraba. Y esos labios rojos carnosos malditamente formaron una sonrisa maliciosa que de inmediato hizo que mis hormonas despertaran. Ella solo se veía tan jodidamente... diferente. Casi engreída.

Mis ojos se ampliaron, y tragué audiblemente cuando sus manos se dirigieron al borde de su blusa y comenzó a subirla. Estoy endemoniadamente seguro que estaba aturdido y sin palabras, y mi mandíbula estaba probablemente en peligro de quedar colgada. No sabía qué hacer mientras la veía levantarla y pasarla sobre su cabeza. Quiero decir, mierda, Beth. No estaba hablando en forma literal. ¿Nunca has oído hablar del coqueteo?

Por alguna razón, no la detuve.

Descartó la tela roja y luego se quedó sentada en ese sujetador de encaje rojo

que había hecho más apariciones repetidas en mis fantasías de lo que jamás voluntariamente admitiría. Poco a poco, su mano llegó a su espalda, arqueando el pecho y mirando fijamente a mis ojos con una sonrisa mientras se desabrochaba el sujetador y lo deslizaba por sus hombros.

Quería abrir mi boca y decirle lo puñeteramente innecesario que era todo este *strip tease*, pero... no podía formar las palabras, así que observé, paralizado, mientras el sujetador de encaje rojo caía por sus brazos, dejando al descubierto sus pechos y aterrizando en su regazo.

Podía sentir mis ojos oscureciéndose a medida que recorrían su pecho desnudo, y me removí involuntariamente contra la cama, mi erección presionando dolorosamente en el colchón debajo de mí. No era como si no me hubiera acostumbrado a erecciones dolorosas durante los últimos cuatro meses. Jodida caliente polla.

Ella sabía que no podía tocarla, que no podía besarla y ni siquiera podía oler su mierda. Sin embargo allí estaba... desvistiéndose y sonriéndome maliciosamente mientras se relajaba de nuevo en el sofá para empezar a enredar su rizo brillante alrededor de su dedo... medio desnuda.

Arranqué mis ojos lejos de la visión de sus pechos turgentes y ese maldito collar y el cabello rizado contra la piel pálida para calmar las hormonas y tratar de terminar mi examen.

—Touché —reconocí con voz vergonzosamente ronca luchando en centrarme en Indochina.

Ella iba a pagar por esa mierda mañana en el almuerzo cuando pudiera volver a tocarla. Esperemos.

No pude recordar exactamente cuándo se fue Beth esa mañana. Me fui al baño a orinar porque la cafeína mezclada con la erección hizo que mi vejiga rogara por la liberación. Cuando salí, ella simplemente... se había ido, y el sol estaba saliendo afuera de mis puertas francesas.

Bufé enojado y pasé los dedos por mi cabello mirando fijamente al suelo desordenado, debatiendo si lo limpiaba o no. Ella podría regresar de nuevo esta noche y me sentiría otra vez como un pinche cerdo. Decidí esperar hasta después que regresara a casa de la escuela, porque esas horas siempre eran las peores para mí y agradecería la distracción.

Me arreglé mayormente como siempre hacía y estuve fuera de la casa antes que Albin siquiera pudiera mirarme de reojo. Dejé de hablar con él de nuevo después de mi cumpleaños. Llámenme jodido infantil, pero estaba harto de su mierda. Estaba cansado de sus juegos y me negaba a hacer algo más de lo

absolutamente necesario. Iba a la escuela, obtenía las calificaciones, comía la comida, atendía mi higiene, me cambiaba de ropa, y colgaba como un maldito títere cuando repetía la farsa otra vez al día siguiente.

Recogí a Darren y le permití hablar animadamente sobre alguna nueva película mientras asentía y fingía prestar atención. Mis párpados se cerraban y luché por mantenerme coherente mientras conducía. Utilicé el recuerdo de mi chica sentada en el sofá medio desnuda toda la noche para mantenerme alerta.

Sí. Bastante jodidamente eficaz.

Cuando entramos en el aparcamiento, estaba ansioso y nervioso de que ella todavía se sintiera «mal» y que no quisiera que la tocara. Por suerte, ella salió del *Porsche* y se dirigió directamente a mí como lo hacía cada mañana. Me contuve de fruncir el ceño al darme cuenta que se veía diferente a como estaba solo unas horas atrás. Sus ojos estaban más oscuros, su cara cetrina, sus mejillas hundidas y los labios pálidos, y sus párpados morados cubrían la mayor parte de su visión. Ella parecía estar bien antes de salir de mi habitación, pero ahora se veía igual a... igual a como se veía ayer cuando nos despedimos en el estacionamiento después de la escuela.

Sonreí mientras entraba a mis brazos y agarraba mi cuello con tanta fuerza que casi me ahogue, y estuve tan puñeteramente aliviado. Envolví mis brazos en una sujeción firme alrededor de su cintura y enterré mi nariz en su capucha, siendo finalmente capaz de tocar y oler y besar a su cabeza. A pesar que disfruté mucho la visita nocturna, fue jodidamente insoportable ver y no tocar. Sonreí con tirantez cuando la liberé.

—¿Todo salió bien esta mañana? —Le pregunté con nerviosismo, rezando para la mierda que Esm no la hubiese atrapado. Esa era la última cosa que necesitábamos, y deseaba haberle prestado más atención a ese riesgo en el momento.

Ella apretó los labios y ladeó la cabeza.

—Sí. —Se encogió de hombros con indiferencia, y expulsé una bocanada de aire que no me había dado cuenta que hubiese estado conteniendo.

Ella no se estaba sintiendo «mal», y no fue atrapada. Mi chica era una condenadamente excelente delincuente juvenil.

Le sonreí con alivio y la guíé a la clase, ansiando el almuerzo, y podía notar que ella lo hacía también porque cuando mis labios se encontraron con su cuello delante de su puerta, se estremeció. Sonreí contra su piel cuando la solté y la vi entrar en el salón. Arrastrando sus pies de una manera que en verdad puñeteramente me preocupaba. No había parecido tan mal más temprano.

Alejé el sentimiento de malestar y pasé el día como normalmente lo hacía. Me clavarón en mi examen de Historia. *Una hija de puta "F"*. Eso agrió mi estado de ánimo, así que arrugué el papel en mi puño, tirándolo al basurero del pasillo mientras caminaba para encontrarme a Beth para el almuerzo.

¿Cuándo demonios yo visitaría Indochina de cualquier forma?

Al llegar me estaba esperando en su asiento con la cabeza apoyada en sus brazos. Debió haberme oído acercarme, porque cuando entré por la puerta, su cabeza de repente se volvió y me sonrió con complicidad.

Lo admito, había estado jodidamente impaciente por el almuerzo durante todo el día. Yo debería estar llevándola al comedor para que pudiera dormir porque lucía inquietantemente agotada, pero en su lugar, envolví mi brazo alrededor de sus hombros mientras se levantaba y la llevé fuera del aula hacia nuestro lugar familiar. No podía asumir toda la culpa, porque sus pasos se volvieron más vivos contra la acera a medida que nos acercábamos a los dos edificios, justo igual a como lo eran todos los días que salíamos al mediodía.

Nos deslizamos entre los edificios, y la liberé cuando finalmente llegamos al sitio y asumimos nuestra posición habitual en el suelo, uno al lado del otro en la pared. Ella sonrió mientras sacaba mi bolsa de papel marrón, y rodé mis ojos para el coño mientras se la quitaba.

Fui por las galletas primero, y no porque sabía que estarían deliciosas, sino porque tenía curiosidad sobre Beatrice. Era común en estos días que mi chica hiciera que los nombres de las galletas giraran alrededor de Beatrice, y tenía la esperanza de alguna mejoría en sus intentos de romper su determinación en contra de nuestra relación.

Por supuesto, el nombre de la galleta no era muy alentador. *Quejas Duras de Granola*.

Fruncí el ceño ante la tinta negra, frotándola con el pulgar como si pudiera borrar toda la mierda y hacer que todo fuera perfecto. *Qué puta broma*.

Con un suspiro, Beth se quitó la capucha y fruncí las cejas preocupado sobre la textura de su cabello sin brillo mientras bajaba las galletas. Había estado tan brillante anoche.

—Entonces —comenzó, apoyándose en mi lado con un bostezo profundo—. Pregunté por ahí y... finalmente descubrí quién fue el original James Bond —continuó con un bostezo diminuto, negando con la cabeza mientras me miraba de reojo—. Tenías razón. Sean Connery fue el Bond original —concedió referente a un debate que tuvimos el día anterior. Después puso los ojos en blanco ante mi expresión de suficiencia, porque... mierda, Beth. Todo el mundo

sabe que Connery fue el Bond original—. En mi defensa —añadió toda puñeteramente indignada, frotándose los ojos por las lágrimas residuales por los bostezos—. Roger Moore fue mucho mejor. —Se encogió de hombros relajándose contra la pared mientras estiraba sus piernas.

Bufé por su ignorancia y observé su pose levantando mi brazo, ella me concedió el acceso a sus hombros.

—Está bien. Podría pasar toda la hora debatiendo esa mierda. —Arqueé una ceja con escepticismo, porque... no había jodida manera que Moore fuera mejor que Connery—. Pero —continué mientras la acercaba y le plantaba un beso en la sien. Bajé mi voz para que fuera sugerente de nuevo—. Probablemente me mostrarías tus tetas para distraerme de tus insultos a las películas clásicas —murmuré contra su piel con una sonrisa. Mi mano encontró su barbilla y elevé su cara.

Me miró a los ojos con diversión y sus labios se torcieron.

—¿Discúlpame? —Casi se rio, pero la corté rápidamente al chupar el labio inferior en mi boca, y ahora, fue ella quien se quedó sin habla.

La besé despacio y con suavidad, pero mi mano estaba jodidamente muriendo de las ansias por saber si todavía estaba usando ese *brassier* rojo. No había tocado sus pechos desde esa última noche que dormimos juntos, así que estaba reacio a solo jodidamente... agarrarlas.

Pero suspiró en mi boca y abrió los labios para profundizar el beso, y la lujuria mientras nuestras lenguas se encontraron me recordó... ella no dudó anoche en mostrarlas.

Beth

La sensación de su lengua contra la mía hizo que cada célula de mi cuerpo volviera a la vida, y tragué un gemido cuando la mano de Maddox encontró mi cadera y me atrajo más cerca.

La mejor manera, *por mucho*, de estar alerta.

Todo el día había sido una lucha, y aunque nunca dejaba que Maddox lo viera, había pasado toda la clase consumiendo café de mi termo solo para mantenerme coherente. No solía esconder el hecho de que estaba muy cansada, pero sabía que probablemente insistiría en llevarme al comedor a dormir, y yo estaría perdiéndome esto.

Nuestras lenguas se entremezclan con languidez, y la forma en que se apoderó de mi cadera trajo un flash superficial de recuerdo: aquella tarde hace más de un mes cuando me apretó contra la pared de ladrillo detrás de mí. Gemí en la boca de Maddox por el recuerdo, y él torció el cuerpo para acercarse a la vez que un destello de lujuria y excitación me vigorizó un poco.

Él ya no actuaba más así. Ahuecaba mi mejilla y acariciaba mi cabello mientras su lengua se movía suavemente sobre la mía. Era tierno y amoroso, pero ya no era dominante y urgente. Sentí una oleada familiar de culpa y vergüenza por estar confundida sobre qué versión de afecto prefería.

Había momentos en que casi consideraba mencionar terapia de nuevo simplemente para obtener su anterior reacción, hasta que me daba cuenta de cuán completamente horrible y malvada eso me convertía, lo cual de nuevo hacía que mi pecho se hinchara con la culpa y confusión.

A decir verdad, estaba demasiado cansada como para hacer el esfuerzo mental necesario de encontrar los complejos significados detrás de todo esto, así que permitía que me besara así, y amaba cada segundo de su adoración reverente en mis labios y cara y cabello. Tuve que apartar la tentación de impulsar su personalidad más urgente.

Su mano comenzó a trepar por mi lado, e incliné mi cuerpo hacia él para tejer los dedos en la parte posterior de su cabello. Sonrió en el beso mientras su mano ascendía, y estuve momentáneamente confundida de su diversión hasta que su mano de repente agarró mi pecho.

Di un grito ahogado de sorpresa, y me aparté un poco, abriendo los ojos para mirar sus ojos con una sonrisa mientras se humedecía sus labios y masajeaba mi pecho con la palma de la mano con pereza. Sus ojos estaban tan oscuros que

estuve inmediatamente preocupada por la forma en que parecían muy desenfocados. Casi moviéndose de lado a lado mientras su nariz tocaba la mía con suavidad y yo gemí involuntariamente. Él no me había tocado así desde... hacia demasiado tiempo, y estaba empezando a hacer hervir mi sangre a la vez que mi respiración se hacía más profunda.

Tomó mi gemido como un estímulo, y rápidamente movió su mano hasta el dobladillo de mi sudadera con capucha, deslizándola por debajo a la vez que sus labios iban a mi cuello. Me incliné para darle un mejor acceso cuando su fría mano se deslizó por mi torso hacia mi pecho de nuevo.

—Mmm —tarareó en mi cuello, y yo empecé a morder mi labio cuando su pulgar acarició mi pezón sobre la tela—. Te cambiaste el *brassier* rojo, pero no me importa un carajo —murmuró en mi piel y metió los dedos debajo de mi sujetador, sorprendiéndome de nuevo por lo que di un grito ahogado y me arqueé contra su mano involuntariamente—. Todos ellos se ven mejor en mi piso de todos modos. — Se rio con voz ronca y continuó masajeando.

Batallé las ganas de subirme a su regazo mientras tarareaba por las sensaciones de su mano.

—¿De dónde viene todo ese repentino interés en mi ropa interior? —Le pregunté distraídamente acariciando su cabello y empujándolo más cerca. Estaba agradecida por su audacia, porque aunque realmente me encantaba el beso suave, había decidido que este era mucho mejor.

—Fuiste tan jodidamente cruel anoche —gimió en mi cuello. Yo me arqueé contra él de nuevo para acercarme—. Espero que te des cuenta que fallé esa prueba a causa de estas —murmuró y alternó con mi otro pecho mientras yo gemía.

Tejé mis dedos en su cabello y fruncí las cejas en confusión.

—¿Qué? —Le pregunté sin aliento cuando sus dientes rozaron mi oreja.

—Vas a tener que decirme cómo te las arreglaste para superar el sistema de seguridad de Albin —susurró con voz ronca en mi oído—. Porque... demonios, Beth. He estado tratando de hacer esa mierda por años —susurró y sus labios regresaron a mi cuello al mismo tiempo que me masajeaba, y su lengua encontrando mi piel casi me distraigo por completo, pero me las arreglé para apartarme infinitamente.

Me encontré con su mirada oscurecida, y él todavía estaba lamiendo sus labios y acariciándome. Yo fruncí mis cejas, confundida.

—¿De qué demonios estás hablando? —Le pregunté intentando alejarme y resistir el placer de su mano atrapada firmemente entre mi carne y mi sostén.

Sus labios se elevaron en una sonrisa, y se zambulleron en mi cuello de nuevo.

—No pretendas que no puedes recordar el *strip tease*. —Se rio soñoliento contra mi piel, y yo traté de alejarme de nuevo.

—¿Qué? —Repetí mi pregunta débilmente, porque me había perdido por completo en esta conversación y sus manos no estaban ayudando a mi enfoque. Negó con la cabeza contra mi cuello con otra risa profunda y no cesó el movimiento de la mano.

Se sentía bueno. Muy bueno. Estaba casi resignada a ignorar esta extraña conversación antes de analizarlo en verdad, pero cuando traté de alejarme de nuevo, sus labios y su lengua estaban en mi cuello, y empecé a sentirme frustrada.

Puse mis manos sobre sus hombros y traté de empujarlo, pero él no se movió, así que hice lo único que sabía con certeza que iba a funcionar.

—Galleta —le espeté con brusquedad y tal vez más irritada de lo que quería.

Su mano se retiró inmediatamente de mi sujetador y sudadera con capucha mientras se tambaleó hacia atrás con un medio gemido, medio gruñido, y volvió a su posición en contra de la pared. Sus ojos estaban cargados de sueño y apretados mientras su mano se pasaba por su cabello y fruncía el ceño sin comprender.

Enderecé mi sujetador y sudadera frunciendo el ceño al ver su expresión frustrada.

—¿Qué pasó anoche? —Pregunté en voz baja, inclinando la cabeza y tratando de alcanzar su mano. Odiaba frustrarlo y utilizar la palabra con un propósito que no estaba relacionado con el pánico era muy injusto. Se sentía como el chico gritando que viene el lobo o algo así.

Él resopló y me permitió tomar la mano, se encontró con mi mirada y arqueó una ceja.

—Entraste a escondidas en mi dormitorio, te quitaste tu camisa, me enseñaste tus tetas, ¿algo de esto te suena? —Habló en un tono áspero y levantó las cejas con expectación.

Lo miré a los ojos por muchos minutos para determinar si estaba jugando conmigo o no, o si me había vuelto tan somnolienta que simplemente entendí mal sus palabras. Pero él se puso serio. Él todavía estaba frunciendo el ceño.

—Maddox —comencé, y aclaré mi garganta porque se sentía apretada, y no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo—. Nunca dejé mi habitación anoche —le susurré con voz de disculpa sin soltar su mano y tratando de calmarlo con una

suave caricia de mi pulgar.

Sus labios enrojecidos se curvaron abruptamente en una sonrisa, mirándome con una inesperada expresión perpleja. Los míos se mantuvieron sin cambios, seguí acariciando su mano y observando confundida sus ojos verdes. Mientras miraba a mi expresión de confusión por varios segundos, su sonrisa se desvaneció lentamente a una línea apretada y frunció el ceño con suavidad.

—Dejar de joder conmigo —me susurró suavemente y apartó la mano.

Debí haber estado boquiabierta ante él.

—¡Estoy hablando en serio! —Insistí, sintiéndome bastante insultada porque no me creyera, pero Maddox bufó de vuelta y me miró con suspicacia. Me fui frustrando más a la vez que recapitulaba mi rutina nocturna en voz alta—. Hice galletas a las ocho, estuve en la cama a las nueve, leí cuatro capítulos de mi libro, utilicé mi baño a las tres y veintisiete, y luego me metí de vuelta bajo las mantas hasta que salió el sol, y nunca dejé mi dormitorio, Maddox. —Mi frustración rápidamente se volvió alarma cuando las palabras salieron de mi boca, y él se volvió visiblemente molesto.

Me miró con sus ojos verdes agitados por mucho tiempo, sin saber qué hacer con esto. Su rostro se mantenía rígido y la arruga ahora constante en su frente se profundizó mientras sus ojos todavía tenían ese movimiento extrañamente desenfocado.

De repente, se levantó del suelo de un salto y sus ojos se enfurecieron, cogió su mochila y se volvió hacia mí con una mirada rabiosa.

—Tú —dijo señalando con el dedo acusador a donde yo estaba sentada—, estás *completamente* llena de mierda —espetó, girando sobre sus talones y saliendo enfurecido por el pasaje entre los edificios mientras yo lo miraba en estado de shock.

Me tomó un tiempo recuperar cualquier pensamiento racional antes de ponerme de pie y que se me ocurriera acercarse a la cafetería para buscarlo, pero cuando entré en la puerta y miré a la mesa, me di cuenta que el asiento de Maddox estaba vacío. Me aparté de la puerta y miré al estacionamiento antes de darme cuenta que su auto había desaparecido.

Todavía confundida y lo admitía, un poco herida, entré en el comedor y caminé tambaleante hacia Daphne, porque tenía que averiguar lo que estaba pasando.

—¿Quieres, qué? —Preguntó con incredulidad mientras yo me movía de un pie a otro con ansiedad a su lado.

Gemí con frustración, careciendo de la paciencia y energía para participar en

una discusión con Daphne.

—Daphne, por favor. Yo sé cómo conducir un auto —sonaba como una niña desesperada, pero ella estaba haciéndome perder el tiempo. Ella medio se echó a reír históricamente antes de girar a su comida como un descarte claro de mi petición. Darren me miró como disculpándose desde su lado opuesto, yo respiré profundamente para calmarme.

Me incliné hacia abajo cerca de su oído, y Austin me miró con curiosidad desde el otro lado de la mesa.

—Es Maddox —susurré suplicante, y el tenedor se detuvo en el aire cuando me miró de reojo.

Me quedé de pie un rato más, sintiéndome frustrada hasta lo indecible, y preparándome para regresar a casa caminando antes que ella suspirara en derrota y comenzaba a buscar en su bolso.

—Si el *Porsche* muere, tú mueres. —Me dio una mirada afilada mientras yo cogía las llaves y le sonreía apretadamente en señal de agradecimiento. Ni siquiera esperé a responder a cualquier pregunta sino que me arrastré fuera de la habitación y me fui directo al *Porsche* amarillo.

Me confundió.

—Estúpida y costosa tecnología alemana —murmuré mientras lo sacaba del estacionamiento y descubría que tanto el freno como el acelerador eran imperdonablemente sensibles. Dejé que la dificultad de operar el vehículo bajo el ridículo agotamiento, y los estúpidos movimientos de parar y acelerar, me distrajeran de la ansiedad que brotaba en mi pecho mientras más me acercaba a nuestra calle.

Me sentí aliviada cuando vi el coche plateado en su posición habitual y recorrí nuestro camino de entrada y metía el *Porsche* en el estacionamiento. Sin dudar, me bajé y me dirigí a través del patio de la casa de los Lane. Tuve la suerte de que tanto Beatrice como Albin estuviesen todavía en su trabajo cuando entré en el porche y miré titubeante a la puerta.

No tenía forma de saber lo furioso que verdaderamente estaba conmigo o si siquiera abriría la puerta, y aún no tenía la paciencia suficiente para discutir cualquier cosa de manera eficiente. Decidiendo que no quería esperar más tiempo para averiguar qué demonios estaba sucediendo, agarré el pomo de la puerta y entré rápidamente.

La casa estaba en silencio, y parecía vacía mientras entraba a la sala de estar con timidez. Pero su auto estaba en la entrada, y estaba bastante segura que estaría en su habitación, así que con una respiración profunda, comencé a subir

las escaleras.

Era extraño cómo se sentía tan cómodo, como si yo hubiese vivido en esta casa antes, a pesar que rara vez pasé tiempo en cualquier otra habitación además de la de Maddox. Mis dedos barrieron la barandilla mientras subía lentamente y con cuidado pasaba las habitaciones de la segunda planta.

A medida que subía el segundo vuelo, mi ansiedad e impaciencia me sobrepasaron, y salté dos escaleras a la vez, casi tropezando con mis propios pies, hasta que estuve en el pasillo y acercándome a su puerta con cautela.

Estaba abierta, pero solo a duras penas, y pude detectar un leve sonido de papeleo mientras extendía mi palma contra la madera y ligeramente empujaba para abrir y poder mirar dentro.

—¿Maddox? —Llamé en voz baja cuando entré dudosa en la habitación.

Estaba de rodillas, todavía vestido con su chaqueta de cuero, y rebuscando entre un montón de lío en el suelo cuando se reunió brevemente con mi mirada y gruñó en reconocimiento. Me detuve con torpeza, viéndolo buscar en su piso por algo mientras dejaba que mi mirada vagara por la habitación que una vez había conocido tan bien.

No la había visto en más de un mes, y fruncí el ceño ante la ropa tirada por todo el suelo y colgando sobre el sofá negro a la vez que me movía incómoda. Estaba un poco desordenada, pero razoné que rara vez tenía visitantes, por lo que tenía sentido para él que se volviera un poco descuidado. La cama se mostraba en forma primordial en el espacio, y creo que pude haber expulsado un suspiro anhelante mientras la miraba recordando. Nunca había visto nada que pareciera más cómodo en toda mi vida.

Volví a observarlo inclinarse y parecía estar buscando por algo debajo de la cama.

—¿Qué estás buscando? —Le susurré con cautela, llevando mi labio inferior entre mis dientes. Quería que me explicara su extraño comportamiento antes de enloquecer con los peores escenarios posibles, pero parecía decidido mientras continuaba con su caza por debajo de la cama.

Él negó con la cabeza, y todo su cabello desordenado golpeó su alfombra, su cabeza seguía agachaba y los ojos escudriñaban la franja de espacio debajo del sofá.

—Las jodidas... —hizo una pausa y se sentó con un bufido, chasqueando los dedos y entrecerrando los ojos como si estuviera tratando de recordar algo. —Las... uh... malditas... cosas para el cabello —terminó débilmente, señalando a su cabello para dar énfasis.

Fruncí mis cejas ante su terminología. *¿Cosas para el cabello?*

—¿Lazos? —Adiviné, arqueando una ceja mientras continuaba su búsqueda, asomándose debajo de la ropa en el suelo. Negó con la cabeza, así que seguí adivinando—. ¿Um, horquillas de pelo? —Supuse débilmente de nuevo, excavando en los recovecos de mi memoria por varios términos de accesorios para el cabello, y se tambaleó fuera del suelo, girando para mirarme a los ojos.

—Sí. —Asintió rápidamente, pareciendo sin aliento, con su pecho agitado—. Jodidas horquillas de cabello. —Y entonces simplemente se levantó y me miró fijamente. Yo no sabía qué decir ni qué pensar. ¿Por qué Maddox tendría horquillas para el cabello?

—¿De quién son esas horquillas? —Le pregunté en un pequeño susurro, jugueteando con los puños de las mangas de mi sudadera.

Sus manos subieron hasta su cabello, y se apoderaron de dos puñados con un gruñido de frustración sin dejar de mirarme.

—Las que estabas usando anoche, Beth —gruñó con los dientes apretados, entrecerrando los ojos hacia mí. Me quedé paralizada.

Maddox nunca me había hablado así antes, y me sentí horrible por alterarlo, pero... yo no había usado ninguna horquilla la noche anterior, y ciertamente no en su dormitorio. Ante mi expresión desconcertada, gruñó de nuevo y volvió a escanear el suelo y a mirar bajo los pantalones vaqueros y las camisas cuando me paré y lo observé con asombro.

Sus movimientos se volvieron febriles mientras tiraba la ropa y hojas alrededor, sus ojos estaban muy abiertos y escudriñando cada artículo que revisaba, su respiración comenzó a salir en forma brusca. Maddox parecía tan desesperado y frenético mientras se dejaba caer al suelo, mirando debajo de la cama y el sofá, por tercera vez, que comencé a hacer la cosa más irracional y demencial que hubiese hecho antes.

Le *ayudé* a buscar.

Me sentí completamente ridícula cuando comencé a levantar los cojines del sofá y a pasar mis manos a lo largo de los pliegues para encontrar estas... horquillas para el cabello, pero *no* podía dejar de ayudarlo cuando se comportaba de esta manera. Siempre fuimos un equipo, y a pesar que dudaba que en realidad fuera a encontrarlos, mi primer instinto fue solo... ayudarlo. Era absurdo, pero casi le pedí que me describiera cómo eran cuando comencé a levantar ropa del suelo y explorar la alfombra dorada con mis ojos, asumiendo que mi atención debía centrarse en el suelo como él.

Me prestó poca atención mientras buscaba a su lado, dándome una mirada

ocasional de agradecimiento por mi creatividad cuando empecé a sacudir las camisas. Una gran parte de mí realmente tenía la esperanza de que los encontraría cuando comencé a buscar en los bolsillos de los pantalones vaqueros en el suelo. Esta era una locura, porque si en verdad los encontraba, significaría que pertenecían a otra chica. El pensamiento hizo que mi corazón se hundiera.

Eventualmente, me di cuenta de lo que yo estaba haciendo y, sintiéndose bastante ridícula, me giré para notar que él arrancaba las sábanas de la cama para continuar su búsqueda. Mis ojos se abrieron con horror.

—¿Estuvo ella...? —Me detuve y traté de escupir las palabras aunque aún mantenía mi cordura—. ¿Estuve... yo en tu cama anoche? —Le pregunté en un susurro ahogado. Él se giró para enfrentarse a mí, frunció el ceño y su pecho todavía estaba abarrotado, por lo que no estuve segura de lo que estaba sintiendo. ¿Estuvo alguien, alguna *chica* en su cama? ¿Estaba celosa de... *mí* o de alguien más?

Él negó con la cabeza, y suspiré de alivio, pero se volvió imposiblemente más frenético.

—Tú estabas allí. —Señaló el sofá y comenzó a caminar apresuradamente hacia mí—. Joder, justamente allí, Beth. ¿No te acuerdas? —Se detuvo a mi lado y me cogió el antebrazo con brusquedad mirando fijamente a mis ojos con una expresión delirante. Me hizo sentir tan nerviosa que estuve a punto de... ceder y admitir que sí lo recordaba.

Pero sinceramente no había estado en su habitación, así que me mantuve callada y negué con la cabeza con cautela.

Su rostro se ensombreció, y liberó mi brazo, caminando de regreso a la cama y colapsando en ella con un suspiro de derrota. Se rio entre dientes una vez y dejó caer sus manos sobre su cabeza mientras yo lo miraba fijamente.

—Uno de nosotros está malditamente loco —murmuró entre sus manos, y sinceramente, no podía decirle esto, pero... sabía que no era yo. Había estado somnolienta y desorientada por momentos, pero la noche de anoche estaba clara en mi cabeza.

Se rio sobre sus manos de nuevo y de repente saltó de la cama, corriendo hacia el sofá donde tomó el respaldo y comenzó a inclinarlo para buscar detrás de él. Lo absurdo de la situación y su persistencia estaban empezando a irritarme.

—Yo no estuve aquí, Maddox —dije firmemente cuando lo vi tirar el sofá completamente al suelo boca abajo. No me hizo caso y siguió buscando. Me estaba empezando a sentir frustrada—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Le pregunté bruscamente, y él de repente se paralizó.

Se quedó callado durante muchos minutos, mirando a la pared, donde el sofá una vez estuvo, antes de girarse a verme.

—Honestamente, no puedo recordarlo —admitió en un susurro bajo y tenso, y mi corazón se rompió un poco mientras se sentaba en el suelo desordenado frente a mí y me miraba a los ojos. Parecía tan perdido, y deseé poder quitárselo cuando me arrodillé delante de él y me di cuenta... que nunca tuvo otra chica en su habitación.

Él nunca tuvo a *nadie* en su habitación.

Suspiré y sus ojos estaban haciendo esa cosa extraña de nuevo que hizo que mi corazón golpeará con fuerza por la preocupación.

—Tal vez... —susurré y eché un vistazo alrededor de la habitación desarreglada con ansiedad—. ¿Tal vez estabas como... —Me encogí de hombros, mis manos jugueteando con mis mangas de la sudadera de nuevo a la vez que evitaba su mirada y luchaba para decir mi teoría sin insultarlo— alucinando o algo así? —Sugerí con cautela. Mis manos seguían jalando y tirando de la tela y reprimí una mueca al oír las palabras salir de mi boca y quedar colgando en el aire entre nosotros.

Después de unos segundos, me encontré con su mirada de recelo y no estuve en absoluto sorprendida por lo que vi en su expresión. Yo lo hubiera mirado del mismo modo si él me hubiera acusado de estar loca. Pareció frustrado y acusador a la vez que sus ojos se estrechaban. Tragué saliva espesa.

—¿Por qué tengo que ser yo? —Frunció el ceño severamente, y su expresión se tornó suspicaz mientras yo chupaba mi labio inferior entre los dientes. Me faltaba la voluntad de expresar más mi opinión cuando sus ojos se volvieron imposiblemente más furiosos—. Albin me contó todo sobre tu breve episodio psicótico en el gimnasio. —Se levantó del suelo, sin abandonar jamás mi mirada aturrida mientras se enderezaba y me miraba por debajo de su nariz—. Tienes un historial de perder contacto con la realidad, Beth. Yo no. —Pareció casi aliviado cuando las palabras escaparon de su boca y sus hombros se relajaron visiblemente debajo de su chaqueta.

Y la negación era obviamente un río en la tierra de Maddox también, pero yo estaría condenada si dejaba que me convenciera de creer esta... ¿cómo lo llamaba él? ¿Pendejera?

Reuní cada onza de energía que la cafeína y la ira podían proporcionar, cuadré mi mandíbula, y levanté mi barbilla mientras me levantaba del piso y encontraba su mirada enojada con la mía que se encontraba igual. Por lo menos

yo fui agradable con mi insinuación. Él parecía estar muy complacido con el suyo.

Cuadré mis hombros y entrecerré los ojos hacia él y... ¿cómo se atreve? Yo sabía dónde estaba anoche. Él seriamente necesitaba despertar y oler la privación del sueño, ¿y no era él quién estaba en las drogas? Comenzó a mirarme de esa manera que yo conocía muy bien. De la manera que odiaba del transeúnte común, y mucho más de mi propio novio.

Él me miraba como si yo estuviera loca.

Bueno, qué se joda eso y...

—Jódete —escupí, imposiblemente más insultada en su empeño de lanzar todo esto sobre mí. Me mantuve firme sin dejar de mirarlo y retándolo a que repitiera su suposición.

Resopló, y pude ver en mi periférica sus puños apretándose a sus lados, sus ojos verdes brillaron y sus labios se elevaron en una sonrisa amarga.

—¿Jódete? —Comenzó, dando un paso más cerca y casi tocando mi cuerpo a la vez que inclinaba la cabeza y me miraba a los ojos—. Podría intentar joderte a ti de nuevo —dijo acercándose, su pecho tocando el mío mientras me miraba con curiosidad a los ojos—. Pero me estaría ahorrando a mí mismo una gran *mierda* de decepción si simplemente me jodo a mí mismo —susurró, y sus labios de repente se transformaron en una mueca a la vez que se inclinaba a pulgadas de mi cara—. Después de todo, mi mano *nunca* dice "galleta" —escupió la palabra de seguridad a mi rostro con amargura, y después de un momento de analizar las palabras en mi cabeza, sentí mis labios separarse y a mis ojos abrirse en estado de shock.

Sus ojos verdes se movían de adelante hacia atrás a los míos mientras sentía el cosquilleo familiar de las lágrimas de mi reacción un tanto retrasada, y me di cuenta de lo muy intencional que todo esto era.

Tenía dos opciones, y mi mandíbula empezó a temblar con mi instinto más primario a la vez que lo miraba a los ojos que no parecían estar arrepentidos. Podría llorar y admitir que su comentario fue probablemente la cosa más dolorosa que alguien me hubiese dicho alguna vez. Podía admitir que tocó una fibra profunda y me hizo cuestionar mi valía como una mujer digna de amor y afecto y de mi futuro con bodas y niños. Podría ser una niña débil y llorona que dejaba que algún imbécil le hiciera daño con sus insultos... solo para sentirse a sí mismo mejor. Yo podría retroceder y huir de él para esconderme en mi habitación azul mientras sollozaba patéticamente.

Pendejeras.

He sido golpeada y quebrada, y casi mutilada, y Maddox Lane *no* me iba a hacer llorar con *palabras* irreflexivas. Seguir mis instintos primarios... no sería de ninguna manera suficiente, así que parpadeé las lágrimas y las aparté paralizándolo mi labio tembloroso.

El segundo instinto tendría que funcionar.

Mi mano se sacudió contra mi muslo, y sin siquiera un momento para pensar, la levanté y puse cada gramo de fuerza que pude reunir en la palma de mi mano mientras volaba hacia su cara con un golpe doloroso que resonó en las paredes blancas de la habitación.

Un agujón agudo y repentino reverberó a través de mi mano cuando conectó con su mejilla. Observé con asombro como su cabeza se tambaleaba hacia un lado y su cuerpo se balanceaba con la fuerza. Se quedó paralizado para mantener el equilibrio, con la cabeza todavía girada mientras levantaba su mano a la cara y mi mirada recorría lentamente a mi palma.

Me quedé mirando mi mano elevada y mi mandíbula quedó floja de nuevo, completamente asombrada de que yo... golpeará a Maddox y de alguna manera tuviera la energía suficiente para hacerlo con tanta fuerza. Una oleada de extraña adrenalina corrió por mi cuerpo a la vez que mi respiración se aceleraba, y extrañamente, se sentía... muy catártico. Mirar a un hombre en la cara y finalmente tener las agallas para... atacar de vuelta fue liberador de una manera que hizo que mis hombros hormiguearan con una fuerza que nunca supe que poseía.

Mucho mejor que salir corriendo llorando, decidí. Mis labios temblaron mientras abría y cerraba el puño y el agujón disminuía.

Lentamente, mis ojos vagaron de la palma de mi mano hacia la cara de Maddox, donde él se frotaba la mejilla con suavidad y me miraba asombrado. Mantuve la espalda recta y lo miré fijamente dejando caer deliberadamente mi mano a mi lado.

Yo no estaba arrepentida.

Capítulo 39: Quejas duras de Granola. SEGUNDA PARTE.

Maddox

Ella me dio una *bofetada* de mierda.

Quiero decir, había una parte en conflicto en mi conciencia que estaba bastante seguro que me merecía esa maldición. Usar su experiencia sexual fallida para enfatizar mi punto fue un imperdonable golpe bajo. Fue totalmente desconsiderado y un brutal desprecio de sus sentimientos. Sabía esta mierda, y una pequeña parte de mí se odiaba por decirlo, pero la otra parte de mi conciencia me recordó que eso cumplía mi propósito mejor que cualquier otra cosa que podría haber mencionado. Todo este numerito de inestabilidad mental era lo suyo, no lo mío.

Me había preparado completamente para la amargura y la derrota que inevitablemente seguiría después que se diera cuenta de lo acertado que había sido. Estaba preparado para suavizar mi expresión y besar su cabeza, y decirle que estaba bien. No me importaba si ella a veces tenía dificultades para discernir recuerdos reales de delirios. La amaba a pesar de todo.

Gracias a Dios, la amargura estaba dolorosamente presente en sus ojos brillante mientras su labio temblaba, y me sentí tan endemoniadamente aliviado al mirarla y preparar mentalmente mis fantásticas habilidades reconfortantes, porque ella estaba básicamente admitiendo que estuvo en mi habitación anoche. Era como si el creciente pánico que se había ido acumulando desde el almuerzo de pronto se disipara. Sus ojos estaban llenos de humedad y derrota, y ya estaba anticipando abrazarla cuando llorara.

Durante unos dos segundos.

Entonces su labio se calmó y su mandíbula se cuadró, y en vez de amargura, solo vi convicción y certeza. La visión de ello hizo que mi estómago se retorciera y revolviera a la vez que medio escuchaba la tela de su brazo moverse.

Y entonces ella me *abofeteó* para la mierda.

Y no fue como uno de esos pendejos golpecitos de niña. Casi me noqueó por la fuerza de él, y mis mejillas todavía estaban palpitando de dolor y escozor desde el interior. Quiero decir, mierda. Ella en verdad simplemente... golpeó la *completa mierda* de mí. En *verdad* malditamente dolía.

Más.

Sentí una breve hinchazón de placer que penetró en mi irritación e ira por un momento abrupto. Fue interrumpido por la expresión en sus ojos cuando me

encontré con su mirada de nuevo. Coraje. Convicción. Furia. Solía ser tímida y sumisa, pero no pude encontrar eso en sus ojos cuando me miraba. Esa parte en conflicto de mi cerebro que creía que me lo merecía quería estar orgulloso de ella, pero las otras partes de mi conciencia la ahogaron.

Lucía feroz y majestuosa y confiada, y ahora mientras estaba parado aquí frotando mi mejilla y mirando a sus ojos salvajes, me di cuenta que me recordaba a cómo se veía ayer por la noche. Casi engreída, salvo por sus mejillas hundidas y los labios secos y ojeras púrpuras que contradecían todo lo demás. Esto hizo girar mi cabeza mientras cerraba los ojos y trataba de analizar toda esta mierda de nuevo, porque su convicción estaba dañando seriamente la mía.

¿Qué era real? ¿Era *esta* Beth de pie delante de mí? ¿O era *esa* de la noche anterior? ¿O eran ambas Beth todo el tiempo y ella no lo sabía? ¿O ella estaba simplemente... jodiendo conmigo?

Simplemente ya no lo sabía, y estaba completamente jodido si me encontraba tan *confundido* sobre algo tan obvio. Quiero decir, yo la *vi* en mi maldito sofá. Vi sus tetas y mi collar, y el *rojo* estaba *allí*. Todavía podía recordar con perfecta claridad la forma en que su cabello caía sobre sus hombros y sus pantorrillas pálidas se asomaban por debajo de la falda mientras se acurrucaba en mi sofá. El recuerdo de su sedosa voz y sonrisa roja traviesa era más claro que cualquier recuerdo en mi cabeza. Ella estuvo *aquí*.

Entonces, ¿quién era esta?

Abrí los ojos y examiné su figura con sospecha. Parecía real. Se veía igual a la noche anterior, y sin embargo se veía completamente diferente al mismo tiempo. La confianza se mezclaba con aire de fatiga.

Aparté ese pensamiento y acaricié mi mejilla con suavidad al mismo tiempo que mi mente justificaba de repente por qué ella estaba actuando tan dramática hacia mi insinuación. Porque el perro culpable ladraba más ruidosamente y...

La verdad duele, ¿no es así?

Beth se acercó a mí entonces, pasando por encima de la ropa, sus ojos oscuros brillaban de nuevo con ira. Dejé caer mi mano y me enderecé mientras ella miraba a mis ojos, y oí su brazo moverse de nuevo, y luego pude sentir el aguijón cegador de otra fuerte bofetada contra mi mejilla, noqueándome de lado con fuerza, haciéndome sisear y luchar para mantenerme horizontal.

—No me duele de ninguna forma, Maddox, porque no es cierto. —Oí su voz dura frente a mí, y vagamente registré que debí haber dicho eso en voz alta. Quería maldecir mi filtro cerebral por elegir un momento tan frustrantemente inconveniente para fallar, pero... no me arrepentía. La verdad duele.

Usé un par de segundos para disfrutar del ardor antes de permitir que ella arruinara mi placer, y ociosamente aprecié que esta versión de Beth era una *fantástica* abofeteadora. Ella ni siquiera se molestó en alterar las mejillas de un hijo de puta.

Cuando finalmente giré la cara para mirarla, se había quitado la sudadera con capucha y estaba jalando el dobladillo de su camisa. *Y... ¿Qué. Demonios?* Al verla con acritud me di cuenta que esta mierda era un maldito momento déjà vu enfermo y retorcido.

—¿Qué *demonios* estás haciendo? —Gruñí, decidiendo que no importaba cuál Beth fuera real, porque evidentemente ambas eran la misma. Sacó su camisa sobre su cabeza, su cabello balanceándose sobre sus hombros mientras se quitaba el jersey y lo tiraba la tela hacia un lado.

Su mandíbula estaba rígida, y su cara estaba teñida de un rosa pálido mientras estaba con las putas tetas al aire de nuevo. Mis habilidades intelectuales debían haber estado totalmente jodidas porque, por alguna razón injustificable, dejé que mis ojos vagaran desde su rostro, bajando hacia el collar que todavía llevaba (lo cual no ayudaba a mi confusión en absoluto), y descendiendo a su sujetador blanco. Su piel lucía sonrojada contra la tela blanca y sus pechos se hinchaban sobre esta con cada resoplido.

Se encontró con mi mirada, arqueando una ceja y mostrándose muy malditamente arrogante.

—¿Qué? ¿No crees que pueda seguir adelante? —Preguntó ella en un tono sedoso y provocativo al mismo tiempo que sus manos se iban al botón de sus vaqueros, y tragué endemoniadamente grueso, sin dejar de mirar a su pecho, y preguntándome cómo diablos incluso podría enfocarme en algo parecido a las hormonas en un momento como este.

Desvié rápidamente la mirada a la pared para evitar la tentación, entrecerrando los ojos a los arañazos oscuros del sofá cuando finalmente me di cuenta de sus intenciones.

—No estoy de humor, pero gracias por la oferta —contesté secamente, sin dejar de masajear el interior de mi mejilla con la lengua cuando la oí bajar el pantalón vaquero y patearlo a un lado. Me sentí de repente inquieto al pensar que ella iba a tratar de demostrar que estoy equivocado... de esta *manera*. Solo piensa en una cosa.

Pude sentir su mirada en mi mejilla por un momento antes que de repente se metiera en mi visión. Arrugué mi nariz con disgusto por sus caderas y piernas desnudas, y traté de pensar en otra cosa mientras se movía lo suficientemente

cerca como para olerla.

Entonces ella estaba jodidamente tocándome con su carne contra mi chaqueta y sus manos agarrando mi cintura y de repente estrelló sus labios contra los míos. Un gruñido profundo se construyó bajo en mi pecho, y aparté mi rostro, usando una mano para empujar su hombro hacia atrás porque no estaba de humor para su terca pendejera. No iba a darle la oportunidad de convencerme un poco más. ¿No era suficiente que yo ya estaba puñeteramente cuestionándolo?

No estuvo complacida con mi negativa, y antes que pudiera registrar lo que estaba sucediendo, mi cara se encontró con otra fuerte bofetada que hizo que mi visión se nublara mientras tropezaba hacia un lado y empezaba a buscar a ciegas sujetar algo que me mantuviera firme.

Me las arreglé para encontrar mi equilibrio, y ni siquiera me molesté para la mierda en acariciar mi mejilla esta vez. Mis labios se torcieron en partes iguales en molestia y placer a la vez que me giraba a mirarla a los ojos con una sonrisa amarga.

Más.

Ella todavía estaba toda condenadamente engreída y determinada, caminando hacia mí de nuevo y lanzándose a mi cara, agarrando mi cabello y chupando mi labio inferior en su boca. Mis manos se movieron a los lados mientras le permitía chuparlo entre sus dientes.

Luché contra la urgencia de devolver el beso, sintiendo su cuerpo contra el mío, y su lengua acariciando mis labios en su boca. Me resistí por completo a las ganas de meter mis dedos en su cabello y atraerla más cerca. Luché contra la tentación, solo porque sabía que en *verdad* le cabrearía no conseguir su momento de oro.

Pero entonces sus manos fueron a mi chaqueta y comenzaron a abrirla, y yo me estaba cansado de todas estas tonterías y su persistencia idiota de probarse a sí misma. Con un gruñido de frustración la empujé con fuerza hacia atrás por el hombro, y fue una idea ilógica porque todavía tenía mi labio entre sus dientes.

Pude sentir el dolor punzante mientras ella se lanzaba hacia atrás, sus dientes cortando mis labios al ser jalados por su boca con la fuerza de mi empujón. Siseé, instintivamente llevando mi mano al labio a la vez que Beth tropezaba ligeramente y observaba mi mirada irritada.

Bajé la mano de mi boca y sus ojos la siguieron, ampliándose por lo que vi en mi palma. *Sangre*. Mi vista se concentró en el escarlata que manchaba mi carne, agrupándose alrededor de los pliegues de mis dedos y embalumándola mientras la frotaba. *Rojo*.

Me chupé mi labio en mi boca, saboreando la sustancia cobriza y completamente fascinado tanto por la sensación de escozor de mi saliva encontrándose con la herida y el rojo que coloreaba mis dedos.

Más.

La miré, estaba de pie en su ropa interior, blanca en vez de rojo, y estaba mirando asombrada a mi mano ensangrentada. Vestía de blanco, pero ella era *roja* también, igual que antes. Esos labios traviosos abiertos mientras acercaba su mano para limpiar la sangre residual en su boca.

Contuve una sonrisa cuando me di cuenta de lo mucho que Beth odiaba la sangre. De ninguna manera en el infierno iba a besarme ahora. Tenía que haber matado por completo el momento para ella.

Yo gané.

Luego se encontró con mi mirada, y sus ojos salvajes hicieron evidente que el hecho que acabara de cortar mi labio no afectaba su decisión en absoluto. Todavía estaba parada en medio de mi habitación, toda malditamente presumida y arqueando una ceja hacia mí con seguridad. Era casi como si le gustaba extraer sangre y golpear la mierda de mí.

Fue sin duda un poco sexy y su seguridad en sí misma mezclada con el placer del dolor punzante agitó involuntariamente aún más mis hormonas. Esto me cabreó. La última cosa que necesitaba era mi polla cediendo a sus payasadas.

De repente me recordó a esa versión engreída de la noche anterior. *Mira, pero no toques.* La forma en que había oscilado sobre mi alfombra y me había provocado con todo lo que yo deseaba, pero que no se me permitía tener. Como ella tenía que hacer ese comentario sobre mi habitación... jodidamente sabiendo lo mucho que me molestaría. Señalando todas mis inseguridades y haciéndome sentir no merecedor de todo su rojo y perfección. La forma en que ella sonreía maliciosamente y se quitaba la camisa. El guiño. El enroscarse el cabello. Los juegos.

Beth Roja. Beth Blanca. Ambas provocándome y tentándome cuando no podía tenerlas.

Jodidas calienta pollas.

Sus ojos se elevaron hacia los míos y brillaron salvajemente de nuevo, su cabello castaño todo enmarcando alrededor de su cara enrojecida mientras sus labios rojos se torcían en una mueca de desprecio y su pecho se expandió y... oops. ¿Dije eso en voz alta, Beth? Mis labios temblaron amargamente cuando me di cuenta, sí. Dije eso en voz alta.

Se abalanzó sobre mí de nuevo, y solo se lo permití para la mierda porque

Beth Roja estaría confundida, y Beth Blanca estaría muy cabreada cuando no le respondiese. Extendió una palma contra mi pecho, empujando mi chaqueta sobre mis hombros mientras yo me quedaba de pie e inspeccionaba sus labios. Todavía estaban manchados de sangre, y debía admitir, me sentía presuntuoso por su enfado cuando me quedé completamente inmóvil.

—Quítatela —ordenó sin aliento, tirando de los brazos de mi chaqueta hasta que encontró una manera ingeniosa para esquivar mi postura rígida y se las arregló para deslizarla a pesar de mi resistencia. Mantuve mis ojos en sus labios, negándome a mirar a sus tetas, o su cintura o sus caderas perfectas que estaban siendo abrazadas por sus pequeñas bragas blancas.

Una vez que quitó la chaqueta comenzó a besar mi mandíbula, abriendo la boca y mordisqueando mi barba incipiente mientras sus manos frotaban hacia arriba y abajo de mi pecho. Contuve una sonrisa de satisfacción al pararme quieto y resistirme con bastante facilidad, fijando mi atención sobre su hombro en un agujero en la pared que fue causado por un libro de texto volador. *Historia, por supuesto.*

Se impacientó imposiblemente más y apretó sus manos en puños sobre mi camisa y me atrajo hacia sí.

—Vamos —gruñó ella contra mi cuello, lamiendo y besando, y de repente su mano comenzó a viajar a un lugar que ya le estaba dando la reacción que deseaba. *Traidor de mierda.*

Siseé con suavidad a través de los dientes apretados cuando ella apretó su mano en mi entrepierna, frotando y acariciando a la vez que lamía mi cuello y empezaba a pellizcar con los dientes. Podía sentir su sonrisa contra mi piel cuando descubrió lo mucho que me estaba afectando, y me sentí humillado por la forma en que mis ojos se nublaron y mis labios se abrieron involuntariamente al sentirlo.

Esa pequeña parte de mi conciencia estaba repentinamente cansada de luchar contra el placer de ello o tal vez cansada en general, pero estaba demasiado cansado para decidir y muy, muy cansado para que me importara una mierda tomar la decisión. Yo sabía que era débil, pero por un breve momento, me permití rendirme a la abrumadora sensación de placer, volviendo la cara un poco a su cabello e inhalando a la vez que mi mano se alzaba para colocarla sobre su cintura. Mi cabeza empezó a acariciarse a sí misma en su cabello mientras ella apretaba con más fuerza, provocando un gemido involuntario y que mis dedos rozaban la piel de su cadera desnuda.

Y, finalmente, tuve que alejarme, porque ella iba a ganar este juego al hacer

alguna mierda turbia así. Que me aspen si iba a permitir que mi falta de capacidad de tomar decisiones racionales le diera la ventaja y me hiciera sentir tanto sexualmente frustrado como loco a la vez.

Además, siempre existe la posibilidad de...

Su mano encontró mi mejilla de nuevo, y dado que lo vi venir (porque honestamente, ambas Beths eran un poco predecible) mantuve mi cuello rígido y no giré mi cara mientras el ardor y el dolor puro resonaban a través de mi mejilla.

Más.

Mantuve mis ojos fijos en los de ella, sintiéndome un poco victorioso cuando su rostro decayó y gruñó con frustración. Sí. Hay un montón de esa mierda alrededor, ¿verdad? Me quedé en silencio al verla resoplar y parecía estar analizando mientras sus ojos se movían alrededor de la habitación. Se veía bastante jodidamente nerviosa y calculadora al meter su cabello detrás de la oreja y fruncir el ceño en concentración.

Pude ver las ruedas girando en su cabeza mientras se mordía el labio, pasando los dedos por su cabello, y yo odiaba informárselo a cualquiera de las Beths, pero esta mierda no iba a funcionar, por lo que muy bien podrían rendirse.

De repente, algo brilló en sus ojos, sus cejas se levantaron y suavizaron a la vez que su mirada viajaba lentamente a la mía. Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa y conocedora a la vez que sus ojos se oscurecieron infinitamente. *Bastante de Beth Roja*, me di cuenta mentalmente. Suprimí una mueca por esa sonrisa cuando comenzó a caminar hacia mí, juntando las manos detrás de su espalda y sacando un pequeño puchero. Mis ojos se estrecharon con sospecha cuando casi saltó frente de mí.

Miró a mis ojos, inclinando la cabeza con la expresión más dulce e inocente que sin duda pudo reunir después de estar a punto de patear mi culo. Casi me sentí obligado a sonreírle porque yo era más inteligente que eso, y su dulce expresión estaba contaminada con la piel cetrina y los párpados morados que me recordaban que no era tan fuerte como estaba tratando de parecer.

—Está bien, Maddox. Entiendo —respondió con una falsa sonrisa tímida y los ojos bien abiertos mientras se lamía los labios y se encogía de hombros—. Estoy segura que después de ir a terapia y mejorarme lo suficiente como para tocar otros hombres... —De inmediato mi garganta se apretó y mis puños se empuñaron mientras ella llevaba un dedo a mi pecho y lo deslizaba hasta mi barbilla—. Uno de ellos estará más que feliz de satisfacer mis necesidades. — Sus labios se curvieron en una sonrisa dulce y perezosa a la vez que ladeaba la

cabeza más y mi estómago dio un vuelco.

Sus ojos buscaron los míos y yo luchaba contra el impulso de extender la mano y agarrarla para mantenerla aquí. Nos quedamos mirando durante muchos segundos, y mi pecho jodidamente dolía con el pensamiento de alguien más viendo ese sujetador. Blanco, rojo, no importaba una mierda. *Todo* se suponía que era *mío*.

Con otro encogimiento de hombros, se dio media vuelta y se agachó para recoger sus pantalones.

Esto era tan diferente a Albin y Beatrice separándonos.

Si la dejaba ir, se iría por completo, y sentí un cosquilleo fantasma de pérdida en la boca de mi estómago que se convirtió en algo viejo y familiar como el recuerdo de abrazar mis rodillas mientras veía mi vida quemarse. La sensación de dejar que se escapara cuando solo podía tomarla en mi mano.

Me sentí tan jodidamente asfixiado mientras trataba de resistir el instinto de detenerla que empecé a jadear por aliento, empuñando mis manos en mis pantalones vaqueros a los lados para contenerme. Comenzó a alejarse, y apreté mis ojos cerrados en agonía a la vez que contemplaba permitirle alejarse. Algo ardió dolorosamente en mi garganta al imaginarme estar desprovisto de todo su sueño y galletas y lujuria y amor y afecto y comodidad.

Espontáneamente, la visión pasó por mi mente, y vi lo mismo que hizo que mis dientes y mi pecho se constriñeran adoloridos. Ella mejoraría, como *ellos* querían, y conocería el amor y el afecto de otro hijo de puta. Una vez que se diese cuenta que podría conseguir algo mucho mejor, no tendría ninguna necesidad de un pedazo de mierda loco, posiblemente alucinante como yo.

Con un grito estremecedor, abrí los ojos y seguí a su forma mientras doblaba los pantalones por encima de su brazo y comenzaba a recoger su mierda en el suelo. Mis ojos se pusieron pesados al seguir sus movimientos, mi mirada escaneando cada pequeño detalle y cicatriz en su piel, recordando cómo se sentía bajo mis manos y labios.

Esas piernas delgadas y muslos pálidos. Sus brazos, hombros, cuello y las perfectas protuberancias de su columna vertebral que descendían y desaparecían bajo sus bragas blancas. Su cintura pequeña y la forma en que sus huesos de la cadera sobresalían ligeramente por encima de la tela. No se veía así de flaca antes. Antes que todo se jodiera y todo el mundo se enterara, éramos *felices*. Si ella se quedaba, podríamos encontrar eso de nuevo, y daría todo lo que estuviese a mi alcance para hacerla sonreír, pero...

Si ella se iba, todo se iría.

Recordé cada detalle de su carne antes que se volviera imposible contener el impulso por más tiempo.

Ella es mi chica. Mi mente gritaba posesivamente en mis oídos mientras se acercaba a la puerta con su ropa en sus brazos. Mis respiraciones jadeantes se volvieron profundas y laboriosas cuando caminé hacia adelante, permitiendo que involuntariamente mis instintos controlaran mis movimientos, y la chispa apenas familiar encendieron algo profundo y animalista cuando salté por el suelo.

Sus labios rojos todavía tenían el toque de una sonrisa perezosa cuando me rendí vergonzosamente y me abalancé sobre ella, agarrándola de la cintura por detrás con una desesperación furiosa, no la sorprendí en absoluto cuando aplasté su espalda a mi cuerpo. Sus hombros se aflojaron cuando envolví mis brazos completamente alrededor de su cintura y apreté mi agarre para enterrar mi nariz en su cuello. Oliendo *mis* flores y galletas.

Podía sentir su respiración acelerándose, ver ese tinte de emoción en sus ojos que me confundía mientras le daba la vuelta y la apretaba contra la pared junto a la puerta.

Nuestras narices se tocaron y se mordió el labio, visiblemente reprimiendo una sonrisa mientras suspiraba de alegría y mi mano se extendía ciegamente a mi lado. Tomé el pomo de la puerta y la cerré de golpe con rabia, las paredes vibraron, a la vez que sus labios rojos temblaron y se retorció contra mis caderas en forma triunfal. Busqué la perilla, bloqueándola a toda prisa y mis ojos recorrieron sus hombros y mis dientes se apretaron ante la idea de ella casi dejándome.

Realmente cabreado por ello, mi puño se encontró con la pared al lado de su cabeza mientras me miraba a los ojos y sentí la pared ceder contra mis nudillos. De nuevo, sus ojos brillaron de emoción, y aunque ella estaba asumiendo una jodida posición sumisa debajo de mí, todavía lucía arrogante y petulante cuando comenzó a levantar mi camisa. Casi parecía una perra, pero... al menos era *mi* perra.

Mi chica.

Metí mis dedos polvorientos en su cabello y aplasté mis labios a los de ella con un gruñido mientras obligaba a mi lengua a entrar entre sus labios. Ella gimió, animando a este instinto enconado que hacía que mi pecho doliera y luchara por levantar mi camisa.

Era depravado, todas las miles de formas en las que involuntariamente me imaginaba tomándola mientras apartaba mis labios y arrancaba mi camisa por encima de mi cabeza. Contra la pared, en el suelo, sobre el respaldo del maldito

sofá que ella podría o no haber ocupado la noche anterior. No importaba, con tal que la hiciera mía, no me importaba una mierda dónde lo hacíamos.

Decidiendo disfrutar de este breve lapso de cordura, mis dedos fueron a las correas de su sujetador, arrancándolas con brusquedad, y vagamente registré que mis manos temblaban mientras las bajaba por sus brazos. Gimió ante mis movimientos agresivos contra su carne y arqueó la espalda contra la pared para que pudiera acceder al broche y retirarlo.

Y realmente lo intenté para la mierda, jadeando contra su cara y buscando a tientas con los dedos temblorosos luchando para quitárselo. Podía sentirla impacientándose, arqueando la espalda aún más contra mí concediéndome más espacio antes de empezar simplemente a jalar hasta que finalmente se rompió.

Con un gruñido, me tiré a un lado y palmeé sus pechos entre nosotros.

Míos.

Ella tarareó y dejó caer la cabeza contra la pared, esa pequeña sonrisa aún jugando en sus labios cuando clavé las yemas de los dedos en su carne y traté de evitar que mis manos temblaran.

De repente puso las manos sobre las mías, mirándome a los ojos mientras mis dientes castañeban y un gruñido bajo se construía en mi pecho de nuevo. Se inclinó hacia mi oído a la vez que la empujaba más contra la pared, atrapándola y ella besó mi lóbulo de la oreja.

Suspiró contra mi oído y mis manos todavía temblaban entre nosotros. Jadeé contra su cuello.

—Yo soy *tu* chica —susurró intencionalmente y llevó el lóbulo de mi oreja a su boca, y recordé vagamente ese problema de filtro de un cerebro. ¿Podría ella oírme decir toda mierda? Decidí que no importaba, porque me estaba diciendo que era mía.

Toda mía.

Gemí en su cabello ante el sonido de ella diciendo eso y de pronto sus labios estuvieron de vuelta en mi cuello, separándolos contra la piel mientras clavaba los dedos profundamente en su carne. Sentí sus dientes en mi piel cuando mordió suavemente, probablemente esperando estimularme.

—Más fuerte —gruñí en su cabello, ordenándole que me hiciera suyo. Obedientemente, sus dientes se hundieron más profundos, pero seguí repitiendo mi solicitud hasta que el agujijón era algo placentero, y con la creciente presión, mi respiración se volvió silbidos y mi visión cambió de repente. No tenía idea de por qué, ni qué estaba pasando, pero algo no estaba bien.

Era como caminar a través de una pantalla de cine en el que podía sentir y oír

todo, pero no podía conectar con mis extremidades después de ese instante inicial de dolor y posesividad. No me di cuenta hasta que traté de reducir mi agarre, y descubrí que no podía. No estaba seguro de si quería, pero dejé que mis manos agarraran su culo y la llevé a la cama. Mis movimientos se sintieron automáticos y rígidos pero no podía encontrar ese hilo que unía mis pensamientos a mi cuerpo.

El súbito entendimiento fue sorprendente e inmediatamente cubrió todos mis pensamientos de temor y miedo mientras seguía tratando de aflojar mi agarre.

Me sentí rasgando sus bragas con sus dientes aún clavados en mi cuello. Las sensaciones estaban allí cuando desabroché mis pantalones y rápidamente los deslicé hacia abajo. Todo se sentía extrañamente amplificado al contacto, pero ya no podía cambiar el curso de los movimientos.

Ella se sentía sedosa y suave pero aún así áspera cuando mis manos agarraron sus caderas, mis dedos clavándose en su carne, y aunque sabía que tenía que estar haciéndole daño, y que debería actuar con más cautela, la cautela solo... no estaba conectándose a mis dedos.

La atrapé debajo de mí en la cama deshecha, y mis caderas la empujaban contra el colchón mientras mi visión intentaba concentrarse en algo, pero todo estaba nublado y turbio. Pensé que podría entrar en completo pánico por la pérdida total de control o simplemente rendirme, y dejar que siguiera su curso. No estaba seguro de que tenía otra opción, y me asustó hasta la mierda mientras ella apartaba los dientes de mi cuello.

Y entonces ella trató de salir de debajo de mí, deslizándose por debajo de mi brazo, y pude escuchar mi voz gruñendo algo extrañamente incomprensible a mis propios oídos a la vez que agarraba sus muñecas y la sujetaba. Entonces el pánico revelador comenzó a envolverme porque estaba tan completamente... jodido, y estaba completamente indefenso. Sentí mis labios contra los suyos, lamiendo y obligando a la vez que sujetaba sus muñecas y oía un suave gemido de debajo de mí.

Pude sentir más que ver su sonrisa contra mis labios cuando abrió la boca y me aseguró que solo quería conseguir un condón. Por supuesto, mi mente sabía esto, y estaba tratando de decirle a mi cuerpo que se retirara para la mierda por dos segundos, pero estaba imperdonablemente inseguro de su capacidad para hacerlo. Luché contra ello y usé cada pedazo de resolución que pudiese acceder para disminuir mi agarre en sus muñecas.

Estuve agradecido de que todavía tuviese un atisbo de racionalidad conectada para dejarla ir... lo suficiente como para permitir que se deslizara debajo de mí.

Pero yo estuve justo detrás de ella con mis brazos alrededor de su cintura, dejando que me guiara a la cómoda que solo abrí con una mano.

El cajón era más que un revoltijo de colores desenfocándose juntos en formas difusas y mis manos las sintieron mientras mi otra sostenía su cintura y mi cara se enterró en su cabello. Podía olerlo, y podía sentirlo contra mis labios cuando mi mano encontró la caja y comenzó a arrastrarla de nuevo a la cama a toda prisa, y utilicé el olor para calmar mi ansiedad.

Su risita somnolienta sonó en mis oídos mientras la empujaba frente a mí, y me pregunté ociosamente si se estaba volviendo tan loca como yo. Ella no tenía ni puta idea de lo verdaderamente jodido que todo esto era. Quería abrir mi boca y decirle que algo no iba bien, y que podríamos hacerlo después cuando tuviese el control de mis acciones si era realmente tan importante. Pero cada vez que abría la boca, ni siquiera podía entender lo que estaba diciendo.

Fuera lo que fuese, hizo que la forma borrosa de sus labios se curvaran en una sonrisa mientras me daba la vuelta y me sentaba en la cama, tirándola a ella sobre mi regazo frente a mí. No podría decidir por qué mi cuerpo lo quería así, ella encima en vez de mí, pero es evidente que lo hacía y la mejor parte de mi conciencia funcional estaba agradecida porque esta posición disminuiría las posibilidades de que saliera herida.

Después de unos momentos de mis manos tirando y cavando en su carne, empecé a sentirla a ella deslizándose el condón en mí, mi cara todavía enterrándose en su cabello a la vez que mis manos jalaban sus caderas más cerca. Listo y aparentemente frustrado con el raro ritmo de sus dedos trabajando el látex.

Ella estaba al mando, lo que sentía extraño para mí ya que no tenía la experiencia, pero no estaba seguro de que ella tuviera otra opción, porque mis manos no hacían otra cosa que jalarla más cerca de donde mi cuerpo la deseaba. Mis dedos siguieron excavando más profundamente en sus caderas, y pude oírme gruñendo bajo cuando se elevó a sí misma y se puso en posición.

Mi boca se abrió, y no pude entender lo que estaba diciendo, pero la hizo gemir mientras dejaba caer sus labios a mi cuello. Hubo blanco y verde en mi visión cuando miré por encima de su hombro, y pude sentir ese anhelo a la vez que mis manos se clavaban profundamente en sus lados. Sin siquiera un segundo para esperarlo, ellas la empujaron hacia abajo sobre mí.

Se encontró con mi regazo cuando mis manos la obligaron a bajar, y estoy seguro que estuve tan sorprendido como Beth con el movimiento rápido. Fue jodidamente rápido. Demasiado duro. No me gustaba ni un poco. Pude sentir su

grito de asombro en mi piel mientras su cuerpo se ponía rígido y no sabía si era de shock o pánico, pero tenía la esperanza y puñeteramente rezaba que mi cuerpo le permitiera tener el control de nuevo si decía esa palabra.

Yo quería quedarme quieto, darle tiempo de reaccionar antes de decidir cómo combatir esta maldita incapacidad de controlar nada. Pero mis caderas comenzaron a mecerse ligeramente y mi lengua estaba en su cuello a la vez que mis dedos se clavaban profundamente en sus caderas. A medida que mi lengua se encontraba con su carne ella comenzó a respirar con dificultad, y pude sentirla contra mi piel, estremeciéndose y caliente. Le estaba rogando con mi beso en su cuello tanto como podría manejar.

Por favor, joder, no lo digas.

No porque quisiera seguir adelante. Sino porque quería que ella tuviera la razón y se probara a sí misma. No porque podía oírme gemir de placer ante la sensación extrañamente amplificadas de todo, y ni siquiera porque se sentía absolutamente jodido perfecto para esa parte de mi conciencia que tenía el control.

No quería que lo dijera porque yo iba a ser un maldito monstruo cuando lo hiciera, y no podía liberarla. Mis caderas seguían balanceándose en contra de mi voluntad, y estaba tratando de convencerme que mis manos estaban paralizando sus caderas hasta que supiera si estaba bien. Pero no podía decidir qué tan cierto era eso.

Mis ojos nunca se cerraron, o incluso parpadearon mientras mi nariz comenzó a empujar su lóbulo de la oreja y pude sentir su respiración constante contra mí de nuevo. No podía determinar si se trataba de un signo positivo o si debería empezar a... atacar a mi propia mente para liberarla.

Pero entonces ella levantó la cara de mi cuello, y apenas pude distinguir la forma difusa de sus labios cuando se curvaron en una sonrisa y se meneó dentro de mí victoriosamente.

El sonido que escapó de mi boca me alarmó a la vez que mis manos apretaban imposiblemente más fuerte. Pude ver sus labios creciendo en una amplia sonrisa (blanco entre rojo) mientras se mecía de nuevo para volver a crear intencionalmente mi reacción.

No podía visualizar sus ojos con claridad, y era difícil juzgar su expresión, pero la sonrisa parecía bastante orgullosa, todavía un poco arrogante y segura de sí misma justo antes que sus dedos empezaban a tirar de mi cabello. Permití que su placer calmara el pánico mínimamente. Se veía tan petulante, provocándome que continuara, que la parte funcional de mi conciencia deseaba poseer la

capacidad para ponerle los ojos en blanco.

¿Qué quieres? ¿Una puta estrella dorada? Pensé molesto por su petulancia y viendo como su sonrisa crecía increíblemente más amplía.

Sus labios se movieron en una nebulosa difusa mientras hablaba bajo y suavemente:

—Prefiero mucho más la plateada, pero gracias por preguntar.

Justo cuando me acordé de la maldita falta del filtro del cerebro y estaba pensando en usarlo para explicar que algo no estaba bien conmigo, mis manos de pronto se movieron más abajo, y tomaron dos puñados de su carne para levantarla, temblando al sentir las sensaciones amplificadas y de repente empujándola hacia abajo en otro movimiento repentinamente rudo.

Al parecer, todo lo que mi cuerpo necesitaba era un comentario sarcástico para estar seguro de que ella estaba lo suficientemente bien para continuar. Quería sentirme aliviado de que mi cuerpo, incluso en su estado más vil, se daba cuenta que ella era valiosa, pero no podía sentirse aliviado en absoluto.

Porque repitió el elevamiento y empujé tan jodidamente agresivo que estuve completamente aterrorizado, atrapado en el interior de mi mente mientras veía la forma de sus labios y escuchaba nuestros gruñidos de placer. Mis manos seguían repitiéndolo, y traté de apartar los sentimientos y los sonidos de golpes de piel contra piel cuando su voz se hizo más fuerte y hacía eco en mis oídos.

Creo que era frenético y urgente, pero viré la atención, tratando de bloquearlo para no tener que verme a mí mismo actuando tan puñeteramente animal. Solo presté atención a los sonidos que mi chica estaba haciendo, y aunque obviamente no eran gritos de pánico o miedo, no me hizo sentir mejor.

Sus rodillas acariciaban mis caderas mientras la movía, y aunque sabía que no lo hacía, se sentía como si me estuviera frotando con papel de lija. Cada pequeño toque era exagerado y sorprendente como su aliento contra mi cara que se sentía como fuego mientras jadeaba y aullaba.

Algo oscuro y aterrador comenzó a construirse en mi estómago y mis manos se movieron más rápido y más fuerte al sentir su piel alrededor de mis dedos. La intensidad de la misma hizo que mi corazón latiera muy erráticamente, y mi pánico creció en proporciones épicas cuando tontamente comencé a enfocarme en mis propios movimientos y sonidos.

Eran tan desesperados y guturales, casi como si mi cuerpo estuviera tratando de purgarse de algo mientras mis manos y caderas trabajaban furiosamente. Era tan condenadamente terrible que me preguntaba si la presión que se estaba construyendo no eran náuseas, porque me habría encantado haber vomitado en

ese momento cuando me oí y me sentí a mi mismo follar a mi chica como un maldito salvaje.

La presión construyéndose estaba unida con sus labios de nuevo en mi cuello, sus dientes hundiéndose en ese mismo lugar, y el dolor de ello amplificándose todo lo imposiblemente posible a la vez que mis manos comenzaron a empujarla hacia mí con más fuerza, mis gemidos transformándose en desesperados y afilados gruñidos ásperos.

Podría haber pasado horas, o podría haber sido minutos mientras mis manos y caderas comenzaron a moverse casi con violencia, llenando mis oídos con las bofetadas persistentes de la piel y los gruñidos y gemidos ahogados a la vez que mis brazos ardían por el esfuerzo.

Sentí y escuché impotente mientras se intensificaba, hasta que de repente, todo cambió y se desplomó de manera tan inesperada que hizo que mi estómago girara. La presión se rompió abruptamente en una implosión cegadora que pensé que seguramente me quebraría.

Todo se sentía terriblemente doloroso y destructor cuando mi cuerpo se convulsionaba y mi mente instintivamente retrocedía lejos de toda sensación. No era de ninguna forma placentero, y las sensaciones amplificadas se sentían por completo tan insoportable que no me estaba estremeciendo y encogiéndome por la satisfacción de un orgasmo.

Era total y puta tortura, y luché por apartarme mientras mis sonidos guturales de repente se volvieron gritos de agonía contra su hombro. Mi cuerpo, piel y extremidades ardían con un violento zumbido reverberante hasta que pude sentir la humedad en mis mejillas contra su piel, y finalmente todo terminó.

Mi mente se quedó en blanco por una cantidad inconmensurable de tiempo hasta que recobré gradualmente el control de mis movimientos. Mi cara fue la primera, y la enterré profundamente en su hombro para luchar contra la memoria residual de la sensación angustiosa de la que aún quedaban persistentes punzadas de placer doloroso.

Mis manos vinieron después, y removí mis dedos de su carne con tanta prisa que apenas pude registrar el movimiento en mi mente borrosa a medida que avanzaban para abrazarla por la cintura. Vagamente pude darme cuenta que ella estaba jadeando en mi cuello, sus dientes aún ligeramente unidos a la tierna y palpitante herida por mordedura mientras me aferraba mortalmente a ella, haciendo una mueca con cada movimiento repentino.

Beth debía haber pensado que yo estaba disfrutando mucho de toda la jodida experiencia porque podía sentir sus labios curvándose en una sonrisa en mi

cuello mientras las deslizaba de sus dientes y suspiraba. No estaba seguro de si debía estar enojado al respecto, resentido, vengativo, o cualquiera de las otras emociones que habría esperado a sentir después de tanto dolor infligido en mi contra.

Realmente no podía sentir nada más que el zumbido persistente de la confusión, hasta que mi pecho comenzó a sentirse pesado y cargado con algo sofocante. Entonces, inesperadamente, un sollozo ahogado de repente estalló de mi garganta, haciendo que mi cuerpo resbalara sobre su piel húmeda. Traté de reprimirlo por el mayor tiempo posible. Conteniendo la respiración y apretándola con fuerza, antes de que decidiera que solo era condenadamente inútil. Rindiéndome por quinta vez en ese día, permití que la presión en mi pecho se rompiera y se liberara a su propia jodida voluntad.

No tenía voluntad hoy.

Usé su hombro para ahogar mis sollozos mientras mi cuerpo comenzaba a mecerse involuntariamente para calmarse a sí mismo. Mis lágrimas empaparon su carne, y ella debió haberse (por fin) dado cuenta que algo andaba mal, porque todo su cuerpo se puso rígido, y trató de retroceder. La sostuve firmemente en su sitio contra mí, y no lo estaba haciendo para mantenerla allí. Solo estaba abrazándola con fuerza porque estaba cagado de miedo que ya no estuviese lo suficiente conectado a mi propio cuerpo.

Su respiración se hizo más rápida, y pude sentir sus manos a ambos lados de mi cabeza, tratando de subir mi cara.

—¿Qué va mal? —Preguntó con voz alarmada y sin aliento mientras la mecía sobre mi regazo. Solo negué con mi maldita cabeza, porque, ¿cómo explicabas algo así? Mi pecho produjo los llantos más profundos y más patéticamente desesperados, como si mi cuerpo necesitara deshacerse de los restos de lo que sea que no pudiera malditamente purgar. A pesar de que era humillante, me permití expulsar cada llanto contra su hombro porque el orgullo estaba tan lejos de ser una prioridad, que solo era vergonzoso.

Podía sentir la alarma de Beth crecer mientras continuaba sus infructuosos intentos de alejarse y mirar mi cara, pero la abracé con fuerza, tal vez demasiado apretado, y en verdad no podía conseguir que me importara una mierda hacerlo.

Con el tiempo ella calmó sus intentos con un gemido y volvió a acariciar mi cabello a la vez que descansaba su mejilla en mi hombro.

—Por favor, Maddox. Me asustas —declaró en un susurro desesperado y estrangulado en mi cuello, y si yo no estuviera ocupado sollozando incontrolablemente, me habría reído como la mierda de ella.

¿Ahora te estoy asustando?

Ella me dejó mecarme y llorar por muchos minutos hasta que de repente levantó su mejilla con un jadeo.

—Déjame tararearte para dormir —habló con rapidez y facilidad como si simplemente supiera que esto pudiera curarme. Sus dedos empezaron a acariciar mi cabello con caricias más conocidas e intencionales.

Su oferta cayó en mi cabeza cuando finalmente permití que mis sollozos disminuyeran a respiraciones profundas y calmantes de flores y galletas mezcladas con sudor.

Dormir.

Joder, sonaba realmente inútil para mí por alguna razón.

Giré la cara para descansar mi mejilla en su hombro y miré fijamente por la ventana, aún balanceándonos hacia adelante y hacia atrás. Utilicé mi claridad visual que había recuperado en su mayoría para escanear los árboles desnudos fuera de la ventana hasta que finalmente me di cuenta que... no estaba cansado.

No estaba lleno de energía o despejado y mi cuerpo todavía se sentía completamente agotado desde la piel de mis dedos, a mis pies, hasta la punta de mi cabello, pero no estaba cansado. Solo estaba... aquí. Nada más y nada menos.

Había pájaros negros volando y piando, encaramándose en las ramas desnudas de los árboles por el río, y mientras nos balanceaba ligeramente a mi chica y a mí sobre el borde de mi cama en mi habitación destruida, lo deje ir, y me rendí.

—No estoy cansado —le respondí en un susurro áspero que sonaba muerto incluso a mis propios oídos, y no tenía ni idea de qué diablos estaba mal conmigo, pero me sentía tan indiferente que estaba totalmente aliviado. Razoné que esto tal vez era lo que se sentía después que alguien finalmente se rindiera. Solo... acabado.

Detuve mi balanceo y quité mis brazos de su cintura, empujando sus caderas suavemente para indicar que estaba listo para que se quitara. Ella se echó hacia atrás con vacilación, finalmente capaz de ver mi rostro mientras sus manos dejaban de acariciar mi cabello. Cuando su mirada confundida se encontró con la mía, su rostro rápidamente se transformó en una expresión horrorizada y de consternación. Supuse que debía parecer una mierda, pero solo le di un codazo, de nuevo, hasta que se bajó de mi regazo porque ella se veía perfectamente bien. Yo estaba agradecido de no tener que preocuparme por eso, y era extraño que la mortificación que debería haber estado sintiendo por lo que acababa de suceder nunca en verdad llegase.

Pude sentir su mirada ampliándose al mirar mi cara mientras yo recogía mis pantalones y me los ponía con cuidado, todavía muy sensible en ciertas áreas. Y después solo agarré mi chaqueta, buscando en los bolsillos por mis cigarrillos, y me dirigí a la puerta del balcón.

Hice una pausa mientras me acercaba, mi mano flotando sobre la perilla.

—¿Estás bien? —Le pregunté en mi tono de voz ronca y monótona, solo porque tenía que hacerlo.

Solo porque ella era más importante que cualquier cosa que me pasara a mí, y no estaba seguro de que alguna vez pudiera realmente renunciar a eso.

No me giré para mirarla y ella contestó con un pequeño y tenso: "Yo estoy bien", enfatizando en el "Yo", porque yo no podía mirar a sus caderas, donde estaba seguro que vería mis manos. Podría hacer frente a esa mierda más tarde si realmente tenía que hacerlo, pero en este momento estaba dejándolo ir.

El aire de abril todavía tenía un toque de frialdad, pero estaba en su mayoría lleno de humedad cuando salí y me hundí contra el revestimiento blanco de la casa. Empujé mis rodillas a mi pecho y miré fijamente a las aves negras del patio que acudían a los árboles a lo largo de la orilla del río. El viento se sentía frío y calmante contra mi pecho húmedo y desnudo cuando encendí un cigarrillo, pero no fumé de él.

Yo solo dejé que jodidamente se quemara.

Capítulo 40: Profanadas exquisiteces de Mazapán.

Beth

Me quedé de pie, mirando la habitación que había sido un santuario tan perfecto. Era cálida y acogedora, y ofrecía cada pequeña comodidad que jamás hubiera deseado. Ahora solo era destrucción. Los agujeros en las paredes y sábanas rasgadas y el sofá acostado boca abajo en el suelo ya no la hacían atractiva.

Profanación.

Mi estómago se revolvió y cada centímetro de mi cuerpo por debajo de la cintura me dolía y latía mientras comenzaba a buscar en el piso mi ropa. Me la puse rápido y de a poco, haciendo una mueca de dolor cuando abotoné mis jeans y forzando a la bilis en la garganta a bajar por lo que acababa de ocurrir.

Maddox había estado equivocado desde el principio. Él no era el monstruo. Yo lo era.

Había algo sobre Maddox parado teniendo la intención de lastimarme (incluso solo verbalmente) que me dio una especie de enfermo subidón de poder. En ese momento, en realidad nunca se me ocurrió que todo iba muy mal, porque se sentía tan bien finalmente estar... en control. Era absolutamente repulsivo cómo me hizo sentir extrañamente reivindicada, como si yo estuviera luchando contra alguna horrible excusa de ser humano en vez de con Maddox.

Me dejé llevar desde la segunda bofetada cuando le oí pedir más, a la vez que me acusaba de que yo era quien estaba loca.

Oh, yo estaba definitivamente loca.

Y entonces me encontré decidida a demostrar que podía seguir adelante y ser la chica normal que siempre supe que él merecía, porque a pesar de que se había equivocado al decir que yo no podía, tenía razón al mismo tiempo. Fue el peor momento para probarme a mí misma, pero se sintió como la mejor oportunidad en ese momento. La adrenalina y la confianza recorrieron mi cuerpo mientras me desnudaba y me decía a mí misma que le demostraría lo contrario. Yo había sido tan arrogante.

Él se había resistido, y la gloriosa confianza que había sido embriagadora se había tambaleado, haciendo que mi ira aumentara. Y la ira había desatado una bravuconería que me dijo... que podía defenderme, y que él no me haría daño. Yo sabía que podía golpearle, y que él nunca tomaría represalias porque me

amaba. Utilicé su propio amor por mí contra él... con el propósito de hacerle daño. Fue tan despreciable que sentí el vómito creciendo en mi garganta al recordar cómo incluso me las arreglé para romper su determinación.

Fue lo más bajo de lo bajo. Sabía cuál sería la única cosa que podría inflamar la pasión en sus ojos por mí de nuevo. El entendimiento me hizo increíblemente más decisiva mientras me encontraba con su mirada e involuntariamente sonreía, incapaz de ocultar mi propia presunción sobre mi idea tan genial. Yo había sabido que él no sería capaz de resistirse si amenazaba con dejarlo: una vez más, usando su amor por mí contra él.

Yo era realmente malvada.

Y había funcionado. Todo había ido según lo planeado, y permití que él me dominara a la vez que secretamente... *yo había estado dominándolo a él.*

Me pregunté si era así como Maddox se había sentido cuando me trató de manera similar detrás de la escuela; el día que yo le rogué que no se mudara de la casa de Albin, y le permití que me dominara contra la pared de ladrillo. Me pregunté si se sintió asqueado y disgustado consigo mismo. Me pregunté si se cuestionó si en verdad tenía un alma. ¿Se odiaría a sí mismo de esta manera? Probablemente lo hizo, y fue mi culpa por siquiera incitarlo.

Él me había dicho una y otra vez que yo era su chica. «Mía». Gruñó en mi cara, palmeando mis pechos mientras le temblaban las manos y sus dedos se clavaban profundamente en mi carne. Sus dedos me habían hecho daño al cavar tan hondamente y sus ojos se volvieron frenéticos y fríos, pero el dolor yo lo podía manejar. La desesperación en su voz cuando me dijo que yo era suya... eso fue lo más insoportable de todo. Su tono brusco había hecho doler mi pecho, rompiendo la adrenalina creada por el subidón de poder lo suficiente para hacerme dar cuenta de que nunca podría permitirle creer algo diferente. Así que, le dije que yo era suya, porque siempre lo sería. Sin importar lo que sucediera.

Me acerqué con cuidado a su cuarto de baño, pasando por encima de la ropa y los papeles dispersos en la alfombra y parpadeando para contener las lágrimas a la vez que mis manos temblorosas buscaban una toalla de mano debajo del lavamanos. Las demás empezaron a caer al suelo cuando me giré para abrir el grifo y humedecer la toalla con agua hirviendo. Al mismo tiempo que observaba el aumento de vapor, llevando mi mirada hacia el espejo frente a mí, se forzó un tirón seco de mi abdomen, casi causando que mi cuerpo se doblara sobre el lavabo mientras luchaba por tragarlo. Aparte de las lágrimas y los labios hinchados, estaba visiblemente ilesa. ¿Cómo eso era siquiera justo? Me habría hecho sentir mejor si hubiera poseído algo tangible y evidente para cargar como

una señal roja intermitente que dijera claramente: "Yo hice algo horrible para merecer esto, aquí mismo".

Pero no había nada que mirar fijamente en mí salvo el pálido pánico y la repugnancia absoluta.

Era extraño cómo me había sentido tan orgullosa en ese momento, anticipando por completo toda la cosa, de hecho. La emoción de mi valentía y determinación me había mantenido avanzando, incluso cuando Maddox no podía ponerse el condón.

Recuerdo lo que dijo mientras se había dado la vuelta y sentado en la cama, tratando de alcanzar mi cintura para tirar de mí sobre su regazo: "Muéstrame que lo deseas", me había ordenado, apretando mis muslos y acercándose más, sus ojos se enfocándose en mis labios sonrientes. Porque, por supuesto, yo lo deseaba, y aunque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, yo se lo había demostrado de la mejor forma que había podido. Le había puesto el condón. Lo había visto a él hacerlo la última noche que habíamos dormido juntos y estaba bastante segura de que la acción dejaría claro que yo era una participante dispuesta. Me imaginé que disminuiría su probable culpabilidad después del acto.

Luego, cuando me levanté por mí misma y me preparé para el próximo reto, su boca se abrió de nuevo. "Esto", empezó a decir, sin dejar de mirar con fijeza mis labios. "Es lo que se siente ser follada por completo". Su voz tensa había mantenido una punzada extraña de tristeza mezclada con ira, pero sus palabras me habían excitado aún más, provocando un gemido cuando dejé caer mis labios en su cuello. Entonces, él me había empujado hacia abajo.

Había sido un tipo diferente de dolor que el dolor que había sentido en mis caderas. Había ido dentro de mí y quemándose y el pánico invadió mi pecho, mientras daba un grito ahogado y apretaba los ojos cerrados, era inevitable, pero yo había apretado mis rodillas alrededor de sus caderas, luchando contra el pánico y tratando de respirar de manera constante mientras él había empezado a balancear sus caderas y a gemir en mi cuello. En cualquier otra circunstancia, hubiera sido excitante. Su lengua había salido, lamiendo de una manera externa hasta que de pronto, había empezado a besar mi piel, casi con dulzura, un cambio completo en su comportamiento. "Por favor, joder, no lo digas", me suplicó en un susurro ahogado en mi cuello entre besos, aun moviendo sus caderas suavemente y con su agarré en mi carne apretándose. Su petición había reafirmado mi resolución a medida que continuaba respirando en su piel, obligándome a calmarme con imágenes mentales de momentos tranquilos.

Bastante irónico que la mayoría de ellos involucraran al propio Maddox.

Cuando ya no pude sentir el pánico y el dolor había comenzado a ceder, había levantado mi cara y me había sentido victoriosa mientras me movía contra él sin ningún problema en absoluto.

Ese no era el caso ahora, parada sobre el lavamanos hasta que estuve segura de que podía abandonar los alrededores del inodoro sin vomitar en el suelo. Le di la espalda al espejo y miré por la puerta del baño abierta hacia el balcón. Con un profundo suspiro tembloroso para intentar sofocar las lágrimas, me dirigí hacia donde sabía que él estaba.

No era como yo había imaginado que sería nuestra primera vez verdadera. No era como yo había imaginado que sería *algún* tipo de sexo. Había sido rápido y frenético, y sus manos me habían magullado. No había habido declaraciones de amor, susurros de devoción, o gestos cariñosos. No había habido promesas o tiernas caricias. No había habido unicornios ridículos o estúpidos cuentos de hadas de jodidos arcoíris.

Había sido pura avidez.

Lo peor de todo fue que... me gustó tanto que nunca me di cuenta de lo que había estado pasando. No había sido el sexo lo que me emocionó, ni haber conseguido mantener la calma. Para ser sincera, el sexo había sido apenas agradable para mí en absoluto. No se había sentido como el día en medio del prado, o en la noche del Día de San Valentín, o incluso la primera vez que lo habíamos intentado. Se había sentido apresurado, codicioso y egoísta, y yo había amado el hecho de que él había estado recibiendo tanto placer de *mi* cuerpo. Eso había sido lo único que había hecho que fuera agradable para mí. El verlo necesítandome tanto que por fin había dejado colapsar la fachada perfecta de control me había dado un extraño sentido de auto validación. Me había sentido de nuevo poderosa, y lo había mordido más fuerte porque sabía que le gustaría, y quería que le gustara. Pude probar la sangre en mi boca, pero el movimiento de nuestros cuerpos había sido suficiente distracción del fluido gusto cobrizo, y no había permitido que me afectara. Me había sentido tan realizada.

Yo era una completa idiota.

En este momento, mientras caminaba con cautela hacia las puertas del balcón, no podría siquiera decidir si él había... terminado. Me imaginé que lo había hecho, pero luego él había comenzado a llorar en mis hombros, profundos y agonizantes sollozos que nos sacudieron uno contra el otro. Mi confianza y sensación de poder se habían derrumbado y disipado bajo el sonido de su angustia. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que le angustiaba.

Un millón de pensamientos habían pasado por mi mente mientras luchaba por levantar su cara, pero había sido en vano, y me había sentido ligeramente en pánico mientras él había sacudido nuestros cuerpos hacia atrás y adelante, su llanto incesante.

Yo había razonado que la causa de todo esto... de todo... debió haber sido su falta de sueño. Si él dormía solo un poco, incluso por un par de horas, yo sabía que se sentiría mucho mejor.

Hasta que vi su rostro.

La ligera brisa azotó mi cabello cuando llegué a las puertas del balcón y lentamente salí de la habitación, emergiendo en silencio al aire húmedo de abril.

Estaba apoyado contra el revestimiento blanco con las rodillas levantadas hacia el cielo y su pecho aún desnudo. Sus ojos estaban inmóviles mientras miraba por delante hacia el río, y su desordenado cabello iba en todas direcciones a causa de mis dedos. No reconoció mi presencia cuando me arrodillé junto a él e inspeccioné su rostro.

Yo hice esto, y la comprensión de ello hizo que cubriera mi boca horrorizada con mis manos cuando vi las heridas que *infligí*.

La herida en su mejilla que ya se estaba amoratándose de un descolorido púrpura y rojo era de mi mano. El corte en el labio que empezaba a cicatrizar era de mi beso. La profunda y magullada marca de mordisco en su cuello era de mis dientes. Incluso los arañazos en sus hombros desnudos eran de mis uñas.

Mis lágrimas volvieron borrosa mi visión mientras mi mano temblaba contra mi boca abierta. Yo había *sido* está figura quebrada antes. Había habido una vez cuando yo fui la víctima y verme a mí misma convertir a Maddox (la persona que amo y aprecio) en *mi* víctima... era horrible más allá de toda comparación. Mis propios demonios me habían convertido en uno.

Con una respiración profunda para ahogar el sollozo que amenazaba escapar de mi pecho, levanté la toalla mojada en su cara para limpiarlo. Hizo una ligera mueca cuando la toalla caliente tocó su mejilla, y alejé mi mano bruscamente, su mirada finalmente vagando hacia la mía. Llevé la toalla de nuevo a su mejilla con cuidado, limpiando los restos de lágrimas y sudor. Él se limitó a mirarme a la cara sin expresión. Cada centímetro de su piel estaba bajo mi estrecha vigilancia mientras las fibras se deslizaban sobre su carne, y no pude dejar de notar... que la arruga se había ido.

Cada pliegue se había ido.

Su frente estaba completamente lisa, y la tranquilidad en sus ojos era interminable. Para el observador común, podría parecer como si estuviera...

calmado, incluso sereno, pero, por supuesto, yo conocía a Maddox mejor que eso. Conocía las emociones de una víctima mejor que eso.

Él estaba derrotado.

Era la derrota unida con entumecimiento, mezclándose juntos en una vasta reserva de vacío y una negativa a luchar más. Ver esa expresión en el rostro de Maddox hizo que mi estómago se revolviera por última vez, y pude sentir las náuseas haciendo erupción en mi estómago. Me apresuré hacia atrás frenéticamente y encontré el borde del balcón en el último momento. Miré hacia abajo, al immaculado césped verde de los Lane tres pisos por debajo de mí mientras yo vomitaba, mi cabeza encajada entre dos raíles y mi cuerpo retorciéndose y luchando por expulsar todo el contenido de mi estómago.

Maddox nunca se movió. Él simplemente observó.

Cuando todo el contenido de mi estómago había terminado salpicado a través del césped de abajo, y yo estaba jadeando y secándome las lágrimas, utilicé la toalla tibia para limpiar mi propia cara. Maddox permaneció impassible cuando me di la vuelta y me apoyé en la barandilla.

—Lo siento —me atraganté, mi garganta todavía cruda y ácida, y creo que los dos sabíamos que no estaba disculpándome por el vómito. Su mirada se apartó de la mía y descansó su cabeza sobre el revestimiento para seguir mirando hacia el patio trasero. Se encogió de hombros, y noté el cigarrillo completamente quemado en su mano, una larga estela de cenizas que indicaban que él ni siquiera lo había levantado. Miré tristemente como una ligera brisa barrió a través del patio, crujieron las ramas desnudas que rodean la propiedad, y sopló las cenizas sobre el borde del balcón.

—Vete a casa —dijo abruptamente, con voz áspera, quedando extrañamente inmóvil mientras el viento apenas le revolvía el pesado cabello humedecido—. No puedes estar aquí. —Si él me hubiera estado mirando, habría visto el dolor y el remordimiento destellando en mis ojos ante sus palabras.

—Puedo quedarme por un rato...

—No puedes *estar* aquí —repitió más fuerte, cortándome a mitad de la frase. Si hubiese creído que no sería posible sentirse peor, habría demostrado estar equivocada.

Cuando no hice ningún movimiento para irme, él finalmente encontró mi mirada, y por un segundo vi una chispa de molestia.

—No puedes *estar* aquí —rechinó de nuevo.

Yo solo lo miré, porque si me iba, no tenía ni idea de cómo sería mañana. No podía dejarlo así, así que no me moví, y me sentí aliviada al ver otro destello de

molestia mientras nos mirábamos uno al otro.

La molestia era algo.

La molestia no estaba siendo derrotada.

Su mano se movió lo suficiente para desechar el cigarrillo en su mano y su nariz se dilató.

—Mierda, no *puedes* estar aquí, Beth. ¡Dije *vete a casa!* —Espetó con su voz ronca, y fue duro, pero indiferente al mismo tiempo, como un mal actor que lee las líneas de una página, excepto que Maddox estaba leyendo las líneas de su guion familiar de enfado, y no era una sensación real. ¿Cómo era eso posible? Sabía que lo estaba presionando al quedarme. Yo sabía que podía mantenerme plantada en el balcón y esperar a que hablara o tratar de pedir disculpas de nuevo. Yo podría haber continuado presionándolo si no hubiera sido testigo de las consecuencias de hacerlo. Me puse de pie y sacudí mis vaqueros mirando fijamente su expresión de forzada molestia. Esto era lo mejor que podía conseguir. No podía conseguir una sonrisa o la calidez de amor en sus ojos. Solo podía conseguir falsa molestia, y yo merecía cada pedacito de ella, o mejor, la cosa real.

Regresé a la habitación, mirando hacia afuera por la periferia de mis ojos notando que su cuerpo se relajaba y volvía a su mirada a ninguna parte. Una vez que estuve dentro y mirando a todo de nuevo, la destrucción y la profanación, mi mirada se posó en un mueble perfecto en la habitación.

La estantería.

Se encontraba perfectamente sana y salva en medio de un caos absoluto en la pared blanca de mi santuario. Se veía grande y triunfante, como si dijera: "Salí de esta batalla viva y bien, cuando todo lo demás cayó muerto".

Era una fortaleza orgullosa que trascendió todo y sobrevivió, incluso después de la pelea.

No fue derrotada.

En mi camino hacia la puerta, me detuve y utilicé cada pedacito de mi energía para derribarla, viendo cómo se caía al suelo con un fuerte estruendo y rompiéndose mientras los libros se derramaban de ella como si fuera sangre.

Porque *nada* salía de aquí con vida.

Maddox

Ella no podía *estar* aquí, maldición.

En cualquier lugar excepto aquí.

Yo no quería ser esto a su alrededor, y dudaba de que pudiera manejar su actitud arrogante y terca cuando se diera cuenta de lo quebrado que me había permitido convertirme. No quería su impaciencia, y no quería su agresión. Y *realmente* no quería que me abofeteara de nuevo cuando ni siquiera podía reunir suficiente emoción para seguir enojado por ello.

Mi integridad física podría estar en peligro por mi novia de cincuenta kilos, y ni siquiera podía sentir la humillación que el pensamiento debió haberme provocado.

Jodidamente ridículo.

No supe cuánto tiempo estuve sentado en el balcón viendo las aves en el río después de que Beth se fue, pero me aterraba la idea de tener que volver a entrar. El sol apenas se movió en absoluto, lo que significaba que no había pasado mucho tiempo cuando oí pasos en mi habitación. Sin embargo, se sentía como si hubieran pasado años, y todo estaba tan tranquilo, dolorosamente tranquilo, hasta que oí los pasos y luego una voz.

—¿Maddox? —La voz baja de Austin sonó desde el interior de mi habitación, y esperaba realmente que él condenadamente se fuera y ni se le ocurriera buscarme aquí, pero mi suerte era una gran mierda como para conseguir eso.

Lo vi emerger, saliendo hacia el balcón mientras sentía su mirada hacer agujeros en mi cara.

—¿Qué sucedió? —Preguntó, mirando hacia atrás y hacia delante, de mi cara a la habitación detrás de él. Él podría estar horrorizado, pero no lo mostró en su cara. Los pájaros seguían posados.

Mierda, yo era patético.

—Me follé a Beth —murmuré con honestidad, y mi voz estaba muy chirriante y repugnante, y ni siquiera conseguí que me importara un poco. No conseguía que me importara nada.

—¿Qué dijiste? —Preguntó confundido caminando a mí alrededor para entrar en mi campo de visión, y... maldita seas Austin. Estás bloqueando a los pájaros.

—Me follé a Beth —repetí con la misma voz indiferente que no coincidía con lo que mis emociones en el tema deberían haber sido—. Ella vomitó allí —añadí en el último momento, señalando el borde del balcón y me pregunté por qué me

sentí obligado a mencionar esto.

Austin miró el lugar que señalé hace un momento y luego volvió a mí con una expresión confusa.

—Entonces, te follas a una chica, y ella vomita. ¿Qué más hay de nuevo? — Se burló ansioso mientras sus ojos se tensaban y se concentraban en mi cara.

Claro. Una broma.

Divertidísimo.

Se removió sobre sus pies con torpeza y yo miré por encima de su hombro sin reconocer su broma y continué observando los pájaros. La multitud era enorme, y todos convergían en las ramas y la orilla del río. Cubrían todo de negro.

—¿Así que tú y Beth hicieron todo eso? —Preguntó, mirando las puertas dobles con sorpresa. Su cabeza se inclinó un poco, y tarareó en sus pensamientos antes que yo pudiera responder, no que hubiera planeado hacerlo—. ¿Es el sexo entre ustedes siempre tan... *destrutivo*? —Indagó, su voz una octava más alta que de costumbre, y yo realmente quería divertirme con eso. Pero no podía.

—No lo sabría, fue la primera vez —le contesté con ligereza, sin estar realmente de humor para discutir esto. Vi cómo su boca se transformó en una «o» de entendimiento silencioso, y sus cejas se elevaron, antes de surcarse en confusión.

—Ya veo... —Austin se movió torpemente de nuevo, rascándose la parte posterior de su cuello a la vez que se sentaba en cuclillas a través del balcón y empezaba a murmurar—: Creo que todos lo asumimos, ya sabes. Con ella durmiendo aquí, y los almuerzos y mierda, y... —se detuvo, haciendo una mueca, y luego resopló ruidosamente, entrecerrando los ojos hacia mí—. Maldita sea, Maddox. Dame un respiro aquí. No quiero hablar de ti follando a Beth, por el amor a Dios.

Existe un Dios.

Nos quedamos en silencio por un largo rato, porque era lo mejor. Aún incómodo para Austin, pero mejor para mí y los pájaros negros continuaron sus conversaciones privadas sobre varias ramas mientras yo los observaba atontado. Nos sentamos, y el sol se movió más rápido hacia el horizonte conforme pasaban los minutos en silencio. En realidad el tiempo no era algo tangible para mí, y yo astutamente dejé mi mente y pensamientos en blanco en cuanto a lo que había sucedido en la habitación. No estaba seguro de por qué Austin se quedó, por qué le importaba lo que pasó en el cuarto, o por qué él estaba agazapado allí, mirando la casa y sentado conmigo como si no tuviera alguna mierda mejor que hacer. Tampoco le pedí que saliera, y me senté y observé todas las aves que

finalmente alzaron el vuelo en un manto de oscuridad que bailaba y zigzagueaba más allá del río.

Él habló por fin.

—Todo está en verdad mal, ¿no es así? —Susurró en un tono extrañamente triste que despertó mi atención por lo que cambié mi mirada hacia él. Él suspiró y finalmente se dejó caer sobre sus cuclillas, tomando el lugar que Beth había ocupado, y sacudió la cabeza—. Tú, Albin, Beth, demonios, incluso Darren y Daphne. Todo está mal, nada está bien y... —Sus ojos luego se estrecharon con irritación, y no me miró mientras su voz se hacía más fuerte y más agitada, pero no era necesario—. Nadie está diciendo lo que hay que decir en toda esta jodida situación, y está empezando a cabrearme, Maddox. —Cuando dijo mi nombre, finalmente me miró a los ojos. Parecía bastante enojado. Tenía muchas ganas de que me importara mierda, pero no lo hacía.

Puso los ojos en blanco cuando no le di la respuesta que probablemente había esperado, y luego, porque era Austin, él continuó hablando.

—¿Bueno, vaya, Em? ¿Cuál podría ser esa cosa en particular? Hmm, buena pregunta, Em. Bien, permíteme responderte —se respondió a sí mismo con sarcasmo, pero estaba mirándome directamente. Era como si estuviera teniendo un momento Darren. Todo-maldito-sabiondo y sarcástico y a solo un paso de una referencia detallada de la flor para ser la propia encarnación del cabrón. Sus ojos castaños brillaron con ira, sus fosas nasales se dilataron mientras me miraba—. Crece de una puta vez —dijo sin rodeos, haciendo una pausa para contemplarme con ceño y probablemente concederme la oportunidad de responder dado que lo estaba mirando de regreso sin ninguna expresión en mi cara, pero no tenía ninguna intención de hacerlo. Con un gruñido de frustración, continuó en un tono frenético—. Tanto Beth como tú. Actúan como si tuvieran el maldito derecho a todo pero no toman nada. Albin y Beatrice los separaron, y todo el mundo está de acuerdo en que fue un error, pero... *mierda*, Maddox. —Se rio sin humor, sacudiendo la cabeza y rompiendo mi mirada—. ¿Qué demonios has hecho para incluso ganar algo de confianza por parte de alguno de ellos? ¿Crees que son la primera pareja en ser separados por sus padres? —Arqueó una ceja inquisitivamente y se enojó aún más cuando no respondí.

No tenía nada que decir sobre ello. En parte porque era cierto, y en parte porque me negaba a admitirlo en este mismo segundo. Observé una sola de sus cejas arquearse, y sus ojos se oscurecieron mientras apretaba los puños.

—Pendejeras —escupió, levantándose de su posición y de pie junto a mí, agitando los brazos frenéticamente a la vez que su diatriba explotaba en sílabas

duras y maldiciones—. La tierra no gira alrededor del maldito Maddox Lane y la maldita Beth Michaels. Los cuatros estamos de tu lado, a la espera de que saques tu cabeza de tu culo y pruebes que están equivocados actuando como un maduro jodido adulto por una vez en tu vida. Pero nunca lo hiciste, maldición. Y ahora todo está mal, y nosotros estamos pagando el precio, así que... *vete a la mierda* —escupió mordaz, el pecho agitado mientras su dedo me señalaba—. Vete a la mierda y que se vaya a la mierda Beth, y... *vete a la mierda por follar a Beth*. Estoy saltando del maldito vagón y me llevó a Sabrina conmigo, y si Darren y Daphne tienen un poco de sentido común, ellos nos seguirán, porque tú nunca vas a cambiar tu mierda y no valdrá la pena hasta que lo hagas —terminó, permaneciendo aun hirviendo mientras lo miraba a los ojos.

Él todavía tenía esos pequeños hoyuelos en sus mejillas cuando resopló, y en verdad lo hizo mucho menos intimidante.

Y si se tratara de cualquier otra persona en vez de Austin diciéndome esta mierda y gritándome como en verdad me lo merecía, me habría mantenido mirando el río y le restaría importancia, ya que no habrían tenido ninguna respuesta para mí, solo preguntas y acusaciones. Yo no necesitaba esta porquería. Necesitaba respuestas y yo... no las tenía, maldición.

Pero Austin las tenía.

—¿Cómo lo arreglo? —Le pregunté, y si quedara algo de orgullo en mí, nunca lo habría mirado a los ojos y, básicamente, rogado que me dijera cómo él hizo que todo funcionara: cómo se las arregló para ser el buen hijo, cómo se las arregló para tener amigos sin cagar todo sobre ellos, cómo se las arregló para amar a Sabrina de la manera correcta, o cómo se las arregló para dejar atrás el pasado que podría haber sido y no fue.

—¿Qué. Necesita. Arreglarse? —Apretó los dientes, aun mirando hacia abajo mientras yo apartaba su mirada y meditaba sobre su pregunta como si fuera el último punto en el examen final de toda mi puta vida.

¿Todo?

Instintivamente había abierto la boca para responder a su pregunta con esa palabra exacta, pero la cerré, porque no era lo suficientemente bueno y... *joder*, hasta yo podía ver eso.

¿Así que hizo todo mal la primera vez?

Mi mente se volvió remolinos y torrentes de palabras y recuerdos ya que luchaba por seguir las pistas sobre algo que me pudiera dar la respuesta correcta.

¿Qué necesitaba arreglarse?

Beth, Albin, Beatrice, follar, rojo, blanco, negro, tarareo, dormir, recuerdos,

sueños, vigilia, sudoroso, jadeante, llorando, buscando, ardor, tos, asfixia, pérdida, apego, aferramiento, deslizándose, vagando, abandono, luchando, derrotando, acabado, abandonar, dejar ir...

—Yo —le confesé en un susurro ahogado, buscando su mirada y suplicándole, porque sabía cuán cierto era. No era Albin o Beatrice o Beth Roja o Beth Blanca o incluso la falta de sueño lo que jodió todo y me hizo así. Fui yo, todo el tiempo, fui yo. Toda esa otra mierda a la que culpar, y sería siempre volver a lo mismo cuando llegaba al principio: Todo estaba jodido, pero nada se podía comparar a la comprensión de que me sentía completamente infectado, en el fondo de mi alma. Era una herida abierta, palpitante y dolorida, pero en algún punto se convirtió en una infección que invadía cada celda diminuta de mí mismo. Pensé que Beth era la medicina, pero ella siempre fue una curita. Era tan malditamente injusto de cualquier manera.

Los ojos de Austin se suavizaron cuando me miró, sentado en el balcón, dándome por vencido, admitiendo la derrota, sin camisa en el aire frío de abril con contusiones y heridas en el exterior. Era todo lo que tenía para dar, y lo que debió haber sido la respuesta correcta porque él volvió a su posición en la barandilla con un suspiro.

—No tengo todas las respuestas, hombre. No soy el jodido doctor Lou aquí, ¿vale? No siempre he sido tan equilibrado como parezco —respondió, imitando mi pose con sus rodillas dobladas hacia arriba y su mano agarrando los cordones de sus zapatos. Quería estar decepcionado de que él me acabará de poner en toda esa jodida epifanía de mierda y ni siquiera fuera a ayudar, pero... sonaba más como un descargo de responsabilidad mientras él eventualmente continuaba—. ¿Recuerdas el verano pasado? ¿Cuando fui a ver el campus de la Universidad en *Nashville*? —Murmuró, mirándome brevemente y apartando su mirada cuando asentí. Me acordé de Albin y él haciendo todo una gran parafernalia por ello, algo sobre el programa de atletismo que nunca presté atención porque no podía ser más aburrido. Los hombros de Austin bruscamente hicieron el más extraño movimiento, y yo estuve momentáneamente aturdido. Sus ojos brillaron de dolor e ira a la vez que su postura se volvía más protectora hacia sí mismo, encorvándose, se encontró con mi mirada y me mostró su debilidad pura por primera vez en la historia—. Fue solo una coartada que Albin creó para mí —admitió, y Austin rara vez susurraba, pero habló ahora como si temiera que alguien pudiera oírle.

Eran las ocho y cincuenta y tres, y he usado el tictac del reloj en el escritorio de Albin para contar los segundos hasta que llegó a casa. Era extraño cómo la

oscuridad del estudio lo amplificaba, pero... un montón de cosas eran extrañas. Mi presencia aquí era extraña, eso es una maldita certeza. El que yo enviara a Austin con Beth para asegurarme de que estuviera bien; eso era extraño. Su promesa de quedarse allí hasta que terminara con esto también fue probablemente un poco extraño. Yo llamando a Sabrina Hale para pedirle un favor no era solo extraño, sino un puñetero y entero sacrílego.

Sin embargo, lo haría de nuevo en un segundo.

Si alguien me hubiera dicho doce horas atrás que estaría haciendo esto, me habría reído de ellos, y los acusaría de ser otra de mis alucinaciones. Así de extraña era esta mierda en este mismo momento. El reloj marcó y se movió mientras contaba los segundos en mi cabeza, y lo use como una digna distracción de todo lo que posiblemente me podría enviar a un pánico absoluto. Mi entumecimiento emocional se desvanecía poco a poco, pero aún así se estaba desvaneciendo. No podía dejar que Albin viera eso.

Debían haber sido las nueve cuando por fin oí la puerta principal abierta y sus pasos resonando por los pasillos. Él nos llamó a Austin y a mí, pero no moví ni un músculo. Tenía miedo de que si lo hacía, no me detendría, y me escabulliría como un conejo asustado.

Subió las escaleras y probablemente fue a mi habitación, pero eso no era nada comparado con lo que yo estaba a punto de hacer. Él entendería eso más tarde, sin embargo por ahora, él estaba abajo de nuevo, buscando y encontrando nada más que habitaciones vacías.

Mi respiración se mantuvo estable, lo cual me sorprendió. No coincidía con la ansiedad que se arrastraba lentamente en mi pecho mientras sus pasos se detenían finalmente fuera de la puerta del estudio. Cuando la abrió y entró, oí un jadeo débil y sus manos buscando en las paredes.

Cuando la habitación fue finalmente iluminada y bañada en una luz suave, pude oír el alivio e irritación presente en su voz cuando habló.

—¿Te importaría explicarme qué diablos pasó arriba? ¿Y dónde diablos está Austin? —Preguntó a la vez que cruzaba la habitación. Yo no iba a responder a ninguna de esas preguntas. Ambas involucraban a Beth, y si pensaba en ella... Yo me acobardaría hasta la mierda.

No más de eso.

Así que me quedé en silencio e inmóvil mientras él entraba en mi visión frente al escritorio y se sentaba.

—¡Dios mío, Maddox... ! —Susurró cuando su mirada se encontró con mi cara y se levantó de su asiento en estado de alarma—. ¿Qué te pasó? —Sus

grandes ojos examinaron mi cara, y de alguna manera me había olvidado de ello. Me pregunté ociosamente cuán mal me vería. Mi chica podía ser dura como una hija de puta.

Era una pregunta más que no podía responder, y lo vi bajar su cuerpo de vuelta a la silla mientras lo evadía.

—¿Te metiste en una pelea?

Como si me hubiera creído si se lo dijera. Lo dudaba.

—¿Podrías *por favor* decir algo? —Finalmente ordenó, y su voz estaba mezclada con desesperación y alarma cuando decidí que era ahora o nunca.

Abrí la boca para murmurar las palabras que yo había estado ensayando en mi cabeza durante las últimas dos horas, pero todo lo que salió fue un rasposo:

—Necesito tu ayuda.

Eso no era necesariamente una mentira ni nada por el estilo, pero no era lo que yo quería que fuera. ¿Qué es lo que *quiero*? ¿Violines de mierda y el jadeo de una multitud? Estaba empezando a sentir la reticencia de continuar en este camino, y batallé para controlarlo.

Los ojos de Albin se ampliaron por un breve momento antes de que visiblemente forzara su expresión de neutralidad. Me imaginé que había querido escuchar esas palabras desde hace bastante tiempo.

—Lo que sea, solo dime lo que necesitas —dijo con una cantidad asombrosa de convicción. Su sinceridad me trajo una punzada de culpa que me hizo tragar grueso mientras mi mano temblaba contra el apoyabrazos de cuero. ¿*Por qué debería sentirme culpable*? Reflexioné en mi interior. Necesité a Beth durante los últimos tres meses, ¿y dónde coño estuvo su sinceridad, entonces?

Seguí construyendo casos contra Albin en mi mente para hacer lo que estaba a punto de hacer más fácil, y pude ver su expresión volverse cada vez más escéptica y prudente mientras pasaban los segundos.

—Austin —comencé y me detuve para aclararme la garganta porque estaba ronca de tanto gritar y llorar como una pequeña perra. Sus cejas se fruncieron ante la mención de mi hermano, pero permaneció en silencio esperando a que continuara.

No estoy seguro de cómo me vería en el exterior, pero por dentro yo estaba luchando por mantener este exterior ridículamente calmado y orando como el infierno de que estuviese teniendo éxito.

—Quiero lo que hiciste por Austin —terminé, y observé las emociones parpadear en su cara. En primer lugar, la confusión y la curiosidad, y luego el cálculo mientras se esforzaba por encontrar el significado de la declaración sin

obligarme a explicar, por lo cual estuve agradecido. Pude discernir el segundo exacto en que finalmente entendió lo que quise decir, porque su rostro perdió todo su color. Su cabeza comenzó a sacudirse lentamente, casi involuntariamente.

—Yo no sé si eso es buena idea, Maddox. —Su voz sonaba estrangulada y suplicante, y vi sus dedos en el escritorio cerrándose y abriéndose en un gesto ansioso.

—¿Te estas negando? —Le pregunté secamente mirando a sus manos, y estaba esperando en secreto que él dijera que sí. Si él se negaba, y yo no podía continuar con esto, entonces no sería mi temor lo que me detuviera. Solo sería otro modo de control por parte de Albin. Yo podría vivir con eso.

—No —susurró en voz baja llena de derrota después de un largo rato, y mi estómago se hundió. La única vez que él tenía que ir en contra de mí, no lo hizo.

Tan jodidamente típico.

Sus manos dejaron la mesa, y no pude encontrar su mirada cuando comenzó a mover su llavero. Él utilizó una llavecita de oro para desbloquear uno de sus cajones, y cuando la carpeta de manila amarillo se unió a la madera oscura de la mesa, mi boca se secó. Se veía tan modesta e inocua. Solo una carpeta de color amarillo pálido. Yo no sabía lo que estaba esperando mientras me inclinaba tentativamente hacia adelante en mi asiento y la miraba con recelo. ¿Tal vez una caja negra con alambre y picos de cromos dentados o alguna mierda así? Hubiera sido más apropiado que esta pequeña carpeta amarilla. Busqué con un trago seco que hizo que mi garganta doliera, y lo manejé como si fuera la caja de negro que había esperado. No lo abrí.

La mirada de Albin estaba fija en la carpeta que puso sobre mi regazo. La expresión de dolor y derrota grabada en sus facciones fue casi doloroso a la vista, y más que un poco desconcertante. Había sido una suposición muy fácil para mí, que él había querido esta mierda desde años atrás.

Sin decir palabra, se levantó de su asiento y viajó al estante que estaba al cruzar la habitación en los que estaban sus suministros médicos. No me opuse mientras recogía diversos artículos y se arrodillaba a mi lado para inspeccionar la herida de mordida infligida por Beth en mi cuello.

—Esto podría infectarse —susurró con tristeza, y me senté inquebrantable mientras limpiaba cuidadosamente, con la carpeta amarilla quemando agujeros en mis manos mientras yo la sostenía sin fuerzas en mi regazo.

No intercambiamos ninguna otra palabra.

Beth

Era un poco extraño cómo tres personas podían llegar a tener toda una conversación solo con sus ojos, y de alguna manera entender todo lo que la otra persona estaba tratando de transmitir.

Éramos Daphne, Austin y yo cuando Beatrice llegó a casa a las nueve.

Ella apoyó los codos en la isla, picando en la comida sobrante que había cocinado para Austin y Daphne porque había estado trabajando hasta tarde, y la habitación estaba completamente en silencio. No era un silencio extraño o incómodo, sino más como... la calma después de la tormenta, ese tipo de silencio. Tal vez Beatrice era intuitiva acerca de este tipo de silencio porque me lanzó una pequeña sonrisa y preguntó:

—¿Está todo bien?

Ahí estaba la palabra «bien» de nuevo.

Asentí e intenté una sonrisa forzada que solo la volvió más curiosa por la tensa atmósfera de la habitación. Luego comenzó secretamente a indagar a Austin y Daphne por los detalles de su día. Austin envió a Daphne una mirada que mostraba claramente su ansiedad por mentirle, y Daphne ofreció a mi expresión de pánico una sonrisa de alivio, a la vez que intentaba distraer a Beatrice con su calificación en una prueba práctica de historia. Austin me miró como disculpándose, y yo sonreí en agradecimiento mientras Daphne se robaba el espectáculo y actuaba sin fallas.

Beatrice no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

La llamada de la escuela sobre mi repentina desaparición era más o menos inevitable, pero era obvio que no la había recibido todavía porque se veía inusualmente animada. Sí, animada. Desde la noche del cumpleaños de Maddox había estado tímida y hosca, así que verla animada era más bien algo muy importante para Daphne y para mí.

Yo podría haber mostrado más interés, pero mi cabeza estaba en otro lugar completamente diferente, más que todo en la casa de al lado con Maddox, y le estaba lanzando a Austin miradas de vez en cuando, porque no debería estar aquí conmigo. Maddox estaba allí solo, salvo por Albin, de quien yo tenía serias dudas sobre si sería nada más que una molestia para Maddox dado el estado en que yo había dejado su casa.

La culpa demoledora de mis acciones se hinchó de nuevo dentro de mí mientras azotaba mi masa de galletas y bloqueaba las voces detrás de mí. No

podía encontrar la energía para fingir que todo estaba «bien», y desde luego no podía manejar la explosión de Beatrice cuando se enterara de mi salto de clases. Para ir a ver a Maddox. Para victimizar a Maddox. Para tener sexo con Maddox.

Antes de que ella finalmente se excusara de la cocina, vino a mi lado y me susurró en voz baja al oído:

—Es demasiado tarde para hacerlo esta noche, pero mañana tú y yo vamos a tener una discusión.

Todo mi cuerpo se congeló, la bandeja del horno estaba medio llena con las *Profanadas exquisiteces de mazapán* cuando me di cuenta de que mi suposición original fue claramente errónea. Ella lo sabía. Ella debía haberlo sabido, y esta discusión iba a ser tan desagradable que tenía que esperar hasta mañana. Escuché su salida de la cocina sin mirarla a los ojos. Seguramente habría visto el pánico en mis ojos, y yo estaba segura de que esa era su intención desde el principio. Hacerme esperar y carcomerme en mi ansiedad hasta que decidiera castigarme más.

¿Podría este día ser peor?

La tensa atmósfera de la habitación pareció intensificarse después de que ella se fuera, y ninguno de los tres hablamos mientras esperábamos a que las galletas se hornearan. Daphne me preguntó sobre los eventos de la tarde solo una vez antes de darse cuenta de que no era algo que estuviese dispuesta a discutir por el momento.

Austin lo sabía.

Eso fue evidente desde el segundo en que había entrado por la puerta y utilizado sus grandes ojos marrones para escanear cada centímetro de mi piel visible. Se había puesto cómodo y negado a irse por alguna razón desconocida por mí, así que simplemente le había hecho la cena y agradecido la distracción.

Me estaba preguntando cuánto tiempo podría quedarse allí.

Estábamos los tres sentados en el mostrador de la isla de granito oscuro en nuestras respectivas sillas, Austin más alejado de mí en el final, y Daphne a mi lado, jugueteando inútilmente con las bolsas Ziploc claras y espátulas cuando ocurrieron tres cosas a la vez. En primer lugar, el temporizador sonó con fuerza en la estufa. Las galletas estaban listas. En segundo lugar, el celular de Beatrice sonó en su bolso al lado del horno de microondas, un tono de llamada chillón programado específicamente para el doctor Lane. Por último, hubo tres golpes secos y fuertes en la puerta principal que se oyeron hasta en la cocina a pesar del temporizador y el teléfono celular.

El silencio fue tan abruptamente interrumpido que me hizo estremecer

mientras corría a la cocina y rápidamente apagaba el temporizador y el horno. El teléfono celular de Beatrice seguía sonando mientras ella atendía a los visitantes en la puerta principal, y entrecerré los ojos a su bolso negro con molestia antes de que ella finalmente corriera a la cocina para responderla. Estaba un poco sin aliento cuando respondió a la llamada del doctor Lane con una sonrisa y se relajó contra el mostrador.

Miré con curioso sigilo y regresé a mi asiento mientras hablaban, en el supuesto de que Maddox hubiera sido capturado al saltar clases también y horrorizándome ante la idea de él estando en más problemas. Mientras hablaba con el doctor Lane, la sonrisa de Beatrice cayó lentamente y sus ojos de inmediato se lanzaron hacia mí y se ampliaron.

Mierda.

Rápidamente cambié mi mirada hacia mi regazo, acariciando el borde de mi sudadera y deseando que hubiera un agujero cercano para yo arrastrarme hacia él y morir. La expresión horrorizada y triste en el rostro de Beatrice debía significar que ellos lo sabían *todo*.

Antes de que pudiera reunir el nivel apropiado de alarma, dos figuras entraron en la cocina. Me sorprendí mientras Darren y Sabrina se encontraron con mi mirada aturdida, con sonrisas y con gracia caminaron al lado de sus compañeros.

Mis cejas se fruncieron en confusión luchando por prestar atención a todo lo que me rodeaba.

—¿Ahora mismo? ¿No puede esperar hasta que...? —Beatrice se detuvo y mordió el interior de su mejilla distraídamente sosteniendo el teléfono en la oreja —. ¿Debo hacerlo? —Susurró, y de repente me di cuenta de que Darren y Sabrina hablaban bajo en los oídos de Daphne y Austin.

¿Qué demonios está sucediendo?

Dejé de prestarle atención a Beatrice para centrarme en el intercambio entre mis cuatro amigos y alarmándome cuando el rostro de Daphne se puso pálido y se encontró con mi mirada. Austin no parecía tan afectado por lo que Sabrina le dijo, y ella se sentó a su lado, sonriéndome cálidamente.

—¡Oh, galletas! —Exclamó alegremente y olfateó el aire—. Almendra, ¿verdad? —Preguntó, entrelazando su brazo con el de Austin, una ceja rubia se arqueó con curiosidad. Esto era extraño. A Sabrina nunca le importó un carajo las galletas. Acababa de abrir la boca para entrar en pánico más verbalmente cuando Beatrice cerró su teléfono y se volvió hacia mí.

Sus ojos se encontraron brevemente con todos los demás y me sentí como si estuviera siendo dejada de lado de un enorme secreto. Eso me estaba

enfureciendo.

—Beth, creo que... —comenzó Beatrice, pero se detuvo a negar con la cabeza, como si necesitara volver a empezar—. Lo que quiero decir es que tal vez... —se detuvo y las otras cuatro personas en la habitación estaban mirando a todas partes excepto a mí.

Con un suspiro, Beatrice caminó detrás de mí y agarró mis hombros, en silencio pidiéndome que dejara el banquillo. Obedecí, y cuando me dio la vuelta y me llevó a la ventana de la cocina, me volví imposiblemente más confundida. Antes de que pudiera molestarme y preguntarle qué demonios estaba sucediendo, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad del patio trasero, y pude ver claramente una forma en la glorieta.

—Ve —fue todo lo que dijo, y no esperé por cualquier indicación adicional de permiso mientras saltaba hacia la puerta y la abría. Era demasiado bueno para ser verdad, y en algún lugar en el fondo de mi mente me di cuenta de esto cuando crucé el patio. Beatrice nunca me habría dejado salir de casa tan tarde, para ver a Maddox, de entre toda la gente, pero yo estaba tratando de evitar la sensación persistente de aprehensión mientras me acercaba al cenador.

Maddox estaba sentado en su lado del banco cuando yo vacilante tomé el mío. Llevaba la chaqueta y me ofreció una pequeña sonrisa a la vez que cruzaba los brazos sobre la mesa, poniendo su mejilla sobre sus brazos, mirándome. Estaba cansado, y se notaba. Yo estaba agradecida por la oscuridad de la noche porque no podía ver sus heridas.

Lo miré con ansiedad mientras él fijaba su mirada hacia la mesa de madera. Me moría de ganas de cerrar la distancia entre ambos, pero sabía que no podía, así que imité su pose, y apoyé la mejilla en mis brazos. Sobre todo, me sentí estúpida, y los sonidos del río me estaban arrullando en un estado demasiado relajado, dadas las circunstancias.

—Austin tuvo una vez un enamoramiento muy desagradable con el reggae —susurró bruscamente, mirándome a los ojos con una sonrisa ladeada.

Evasión.

Era frustrante, y no estaba de humor para juegos. Pero si esto era lo que Maddox necesitaba (por ahora), entonces se lo daría. Le devolví la sonrisa con rigidez.

—La música reggae no es tan mala —defendí en voz baja con un encogimiento de hombros mientras me aprendía de memoria las líneas de su rostro en la oscuridad.

Él puso los ojos en blanco y comenzó a tocar la madera con los dedos.

—La música la podía soportar, pero ese hijo de puta tenía que llevar esas feas gorras arco iris y todo —se quejó a la vez que yo reflexivamente bufaba ante la imagen mental que su comentario creó.

La cosa de evitar todo estaba haciendo que mi pecho se sintiera más ligero, así que continué.

—El primer sueño húmedo de Daphne fue de Freddy Krueger —le ofrecí apreciativamente, y su espalda se levantó y cayó con su suave risa. Se veía mucho mejor que cuando lo dejé en el balcón, y me sentí totalmente aliviada mientras relajaba mi mejilla en mis brazos y me llenaba de su diversión. Esto no era tan malo. Tal vez todo podía ser salvado, y Maddox no sentía por mí lo que yo sentía hacia Lou.

En secreto, eso había sido un enconado pánico desde que salí de su casa.

—No estoy sorprendido —admitió después de que su risa se apagara con un encogimiento de hombros. Pasamos unos minutos mirándonos el uno al otro a los ojos. Todavía parecía muy agotado, y por un momento, me permití imaginar que era noviembre de nuevo, y estábamos compartiendo las vergüenzas más sórdidas de nuestros amigos para mantenernos mutuamente despierto.

Buenos tiempos.

—Darren tenía un piercing en la lengua, y se puso tan infectado y asqueroso que casi tuvo que someterse a una operación —ofreció, arqueando una ceja. Eso realmente no me sorprendió mucho.

—Daphne dijo que Sabrina se orinaba en la cama hasta que tuvo doce años —repliqué, y él hizo una mueca, finalmente sentándose y metiendo las manos en los bolsillos.

—Todo el mundo sabe eso, Beth. —Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír ligeramente mientras buscaba algo en su bolsillo y comenzaba a jugar con ello con aire ausente—. Es un jodido milagro que el sobrenombre de "Pee-Pee-Sabrina" no la persiguió después de la secundaria —reflexionó distraídamente. No podía ver el objeto mientras lo pasaba de dedo en dedo, pero cogí un breve atisbo de brillo por la escasa luz de la luna.

Me senté con un suspiro. El tiempo de evadir había terminado.

—¿Qué está sucediendo, Maddox? —Le susurré aterrorizada, y la alegría que se mostraba en sus ojos se desvaneció por completo. Comenzó a morderse el labio y a rebotar la rodilla por debajo de la mesa sin mirarme a los ojos mientras observaba su comportamiento ansioso con cautela.

Le permití todo el tiempo que pudiera soportar. Se miró las manos intensamente durante muchos minutos, jugando con el objeto brillante a la vez

que los sonidos del río hacían que todo pareciera muy tranquilo. Era una mentira. La evasión era una mentira, y quería saber qué demonios estaba sucediendo.

Antes de que pudiera perder el control por completo y explotar hacia él con impaciencia, suspiró largo y agónico, dejando caer su frente en la madera de la mesa en señal de rendición.

—Estoy tan jodidamente cansado, Beth —admitió en voz baja, sin levantar la cabeza. Su voz era tan espesa con el dolor y la derrota que decidí que las reglas del territorio neutro en el cenador ya no aplicaban.

Traté de deslizarme con cautela a su lado, pero terminé cortando apresuradamente la distancia entre ambos y envolviendo sus hombros en el abrazo más posiblemente apretado que pude conseguir. Se puso rígido momentáneamente pero finalmente se relajó y levantó un brazo para enredarlo alrededor de mi cintura.

Yo no merecía nada de su afecto, la verdad sea dicha. Yo le había hecho daño una y otra vez, y ni siquiera era digna de su amable conversación, por no hablar de su ternura. Pero él me apretó con fuerza a su lado, por fin levantando la cabeza y plantando un beso en mi sien antes de acariciar su nariz en mi cabello suavemente. Me hizo sentir increíblemente peor.

Abrí la boca con la intención de pedir disculpas de nuevo. Podría decir las un millón de veces y todavía no significarían nada, pero las disculpas eran todo lo que tenía. Lou no se disculpó ni una vez. Tal vez eso me hacía menos monstruo. Si él estuviese dispuesto a perdonarme, entonces tal vez con el tiempo, yo podría perdonarme a mí misma. Por desgracia, nunca tuve la oportunidad.

—Me voy —murmuró en mi cabello, acariciándolo suavemente por mi espalda con sus dedos.

Parpadeé confundida, mirando hacia el río y tratando de entender sus palabras. *Yéndose.*

—¿Decidiste mudarte? —Fruncí el ceño. Tenía sentido. Si había sido atrapado escapando de clases entonces Albin y él probablemente tuvieron otra pelea. No podía esperar que se quedara en un entorno tan incómodo solo por mí. Era molesto, pero razoné que en realidad no cambiaría mucho.

Iba a asegurarle que no iba a cumplir mi amenaza de ir la terapia cuando sentí que él negaba con la cabeza.

—No exactamente —admitió, finalmente apartando el rostro de mi cabello para mirarme a los ojos. Mi ceño se profundizó cuando giré mi cuerpo hacia el suyo. Sus ojos oscuros estaban aprehensivos, clavados en los míos y su agarre en

mi cintura apretado—. Me voy a Chicago —susurró con remordimiento.

Demasiado lejos fue la primera reacción que mi mente pudo producir con éxito. Simplemente no podía entender ese tipo de distancia entre Maddox y yo, y mi estrangulado "¿Por qué?" Fue la única respuesta que pude transmitir de forma coherente a través de la constricción repentina de mi pecho.

Abruptamente él apartó mi cabeza de su hombro, abrazándome fuerte mientras hablaba en mi cabello. Empezó a contarme de una conversación que tuvo con Austin. Algo sobre Austin yendo a encontrar a sus padres biológicos el año pasado. Traté de comprenderlo, pero él estaba hablando muy rápido. A medida que hablaba, comprendí que aparentemente era una justificación desesperada. Incluso yo podría darme cuenta de eso, aunque no podía comprender por qué. Nada de lo que decía tenía sentido.

Las únicas palabras que penetraron por completo mi conmoción y el pánico fueron:

—Voy a encontrar a mi madre.

Yo había vuelto a mi lado de la banca. Las reglas de área neutral del mirador se habían restablecido a toda fuerza. Yo no había hablado durante mucho tiempo, y mi mente todavía estaba tratando de captar la gravedad de la partida de Maddox.

—¿Crees que... c-cuánto tiempo...? —Balbuceé torpemente, mis palabras tan desorganizada como mis pensamientos.

Por suerte, Maddox me conocía lo suficientemente bien como para entender lo que estaba intentando preguntar.

—No lo sé —respondió vacilante mientras un rocío ligero de lluvia comenzaba a caer. Esa respuesta era tan ridículamente inaceptable que mi cabeza giró bruscamente para mirarlo a los ojos.

—¿No lo *sabes*? —Traté de inyectar mi voz con veneno e ira, pero salió como un sollozo patético. Sus ojos se fijaron de nuevo en sus manos, el objeto había desaparecido, y su pelo estaba humedecido por el aire brumoso.

—Tal vez... ¿antes que terminé la escuela? —Ofreció con el ceño fruncido y mirando calculadoramente a sus manos. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

—Iré contigo —le supliqué con desesperación, y su cabeza comenzó a negar antes de que pudiera terminar—. Puedo hablar con Beatrice y ella...

—Joder, Beth —suspiró, finalmente encontrándose con mí mirada, y yo sabía que nunca me lo permitiría—. Los dos sabemos que no puedes venir —agregó en una voz racional, y tú sabes que las cosas están mal cuando Maddox se convierte en la voz de la razón. Así que le concedí ese punto, pero había otras

pajillas que coger.

—¿Y si lo hace peor para ti, Maddox? ¿Y si... ella lo hace de nuevo? —Cubrí de mala gana, y el breve destello de dolor en sus ojos me aseguró que él entendió a donde quería llegar con eso.

—Tal vez lo hará —respondió rotundamente con un tenso encogimiento de hombros, como si no le afectaría tanto como los dos sabíamos que lo haría. Entonces yo realmente tendría que seguir su rastro para escupir en su cara. A lo sumo. Sin embargo, él ya no iba a rendirse a mí.

Esta idea suya era realmente admirable, o completamente loca, y no había manera de saber cuál de las dos era.

Pero Maddox estaba decidido a averiguarlo. Me di cuenta entonces, mientras observaba su mandíbula cuadrada y la mirada decidida que... esta era una de esas cosas que él tenía que hacer. Por su cuenta. Para bien o para mal. No era algo que pudiera ayudarlo a lograr, y me dolía hasta el infinito. Me pregunté... ¿fue así como él se sintió cuando me fui a *Phoenix*?

Estaba rezando para que el miedo que sentía no fuese evidente en mis ojos al mirar los suyos.

—Antes de que comience el verano —reiteré en un tono de mando que me sacudió a pesar de todos mis esfuerzos. Él asintió, y el movimiento hizo que un mechón cayera de su cabello, obstruyendo su ojo. Corté la distancia para apartarlo—. Prométemelo —le susurré suplicante.

Sus puños estaban entrelazados con tanta fuerza en la mesa que sus nudillos se habían vuelto blanco.

—Estaré en casa antes de que comience el verano, lo prometo —me aseguró, y aunque su voz sonó profunda con convicción y honestidad, no hizo nada para calmar mi miedo.

Asentí, y él se levantó lentamente del banquillo. Me quedé congelada en el sitio. No tenía sentido para él hacer esto ahora. Estaba demasiado cansado, y estaba demasiado lluvioso y era muy tarde para conducir con seguridad. No podía entender su justificación por no esperar más, pero temía que expresar esta preocupación en voz alta me haría parecer egoísta e insolidaria cuando le rogara que se quedara, así que no lo hice, y la boca de mi estómago se retorció y revolvió.

La lluvia caía con más fuerza ahora, golpeando sobre el techo de tejas de la glorieta mientras se acercaba detrás de mí y me atraía hacia él. Sus fuertes brazos envolvieron mis hombros, su rostro encontró mi cuello y me besó con dulzura. Me negué a decir adiós, y él debió haber compartido mi sentimiento sobre ello,

porque tampoco lo hizo. En cambio, simplemente me apretó de nuevo contra su pecho, plantando besos fríos alrededor del collar que llevaba y susurrando en mi oído que me amaba.

Logré una sonrisa y mi mejor esfuerzo para no llorar cuando le dije:

—También te amo. —Debía de ser lo suficientemente difícil para además añadir el peso de mis emociones por encima de los suyos.

Cuando sus brazos me soltaron, se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—Cúbrete de la lluvia cuando te vayas —me ordenó, prediciendo correctamente que me iba a quedar hasta que partiera. Asentí, aturdida y sin mirarlo a los ojos. Yo quería ahorrarme la culpabilidad de ver el dolor y el miedo en mis ojos.

Mis ojos se quedaron fijos en el río, y podía sentirlo yéndose del cenador sin siquiera mirar por encima del hombro. Se sentía como si un pedazo de mí misma hubiese sido arrancado de mi cuerpo, y de repente, yo estaba helada. Mis dientes comenzaron a castañear, y no hubo realmente un momento monumental en el que supe que él se había ido. A decir verdad, me senté durante mucho tiempo y todavía esperaba girar la cabeza y verlo detrás de mí. Pero yo no podía sentir su electricidad. Solo podía sentir frío, humedad y temor.

Un mes.

Después de mucho tiempo de haber estado sentada sola en el mirador, la luna estaba completamente cubierta por las nubes, y la oscuridad se sentía sofocante. Levanté mi rígido cuerpo tembloroso desde el banquillo y envolví la chaqueta de Maddox con fuerza alrededor de mi torso. Yo quería ir a casa, pero mi única casa se acababa de ir en su auto, para buscar a la única persona que podría dañarlo y victimizarlo incluso más de lo que yo podía.

Tendría que conformarme con lo segundo mejor.

La lluvia golpeaba mi cabello mientras caminaba a través del patio, y el agua en el suelo me salpicaba con cada paso, empapando la parte inferior de mis vaqueros al acercarme a la casa. No escapó de mi noción que el *Audi* de Maddox estaba ausente de la calzada de los Lane.

Llamé con fuerza a la puerta, esperando cinco segundos y luego golpeé fuertemente de nuevo. Mis dientes aún estaban castañearo con violencia cuando finalmente se abrió. Parpadeé las gotas de lluvia lejos de mis pestañas, agarrando la chaqueta de cuero con más fuerza, haciendo caso omiso de las voces que de repente me llamaban desde el otro lado del patio, y me encontré con la mirada cansada y angustiada del doctor Lane.

Se hizo a un lado sin decir nada cuando entré, y luego cerró la puerta detrás de mí con un suave clic, silenciando el ruido de la lluvia en el exterior. Compartimos una breve mirada, y aunque él nunca abrió la boca, fue la conversación más larga que habíamos tenido. Sus ojos tristes hablaron en alto volumen a los míos.

Mientras seguía de pie empapada y tiritando en su brillante vestíbulo, finalmente me di cuenta de que el doctor Lane probablemente amaba a Maddox tanto como yo lo hacía, y eso era decir bastante. Creo que probablemente él llegó a la misma conclusión, porque su mirada cambió a una de comprensión cuando miró a mi insensible y temblorosa forma.

Nuestro mutuo amor y preocupación por Maddox nos hizo gemelos en una manera que posiblemente nadie más podría entender. Esto fue probablemente por lo que no se opuso cuando me observó subir la escalera hasta el tercer piso de la habitación... lo más cercana a casa que podría conseguir. Instintivamente sabía que Albin no haría que me fuera, y no importaba lo que Beatrice ni nadie más tuviera que decir al respecto, yo no tenía planes de hacerlo hasta que Maddox estuviera en casa, también.

Capítulo 41: *Trozos de Chips Ahoy*. PRIMERA PARTE.

Beth

La noche de la partida de Maddox fue probablemente la noche más larga de mi vida. Me había quedado despierta muchas noches en el pasado, pero ninguna de ellas era realmente comparable. Después de subir por las escaleras hasta el tercer piso, me adentré dentro de las ruinas de mi santuario, y supe lo que tenía que hacer.

Empecé a recoger los pedazos y limpiar el desastre que habíamos hecho.

Si lo analizaba como un todo, parecería algo de enormes proporciones y ciertamente resultaría bastante abrumador. Así que en lugar de centrarme en el cuarto completo, mentalmente la separé en secciones y comencé a abordar solo lo que era directamente visible e inmediatamente alcanzable. Acababa de empezar a limpiar la alfombra dorada cuando oí golpes suaves en la puerta del dormitorio. Había estado preparada para la resistencia de Beatrice a mi plan improvisado, así que cuando la puerta se abrió de repente, me quedé desconcertada cuando no fue ella quien estuvo parada en el otro lado.

En vez de Beatrice, mis cuatro amigos entraron con cautela en el dormitorio, cada uno observando las consecuencias del altercado entre Maddox y yo con expresiones variando desde la preocupación hasta el horror. Me quedé parada en el medio del cuarto, todavía empapada y congelada hasta los huesos con las manos llenas de escombros, cuando Darren inmediatamente se sentó en el suelo para empezar a ayudarme con la tarea de limpiarla.

El papel en mi mano se arrugó bajo la presión de mi puño fuertemente cerrado a la vez que mi expresión se volvió casi asesina. En ese momento tuve la extraña sensación de estar siendo invadida, como si la destrucción había sido un hecho personal e íntimo que no quería que nadie más presenciara ni mucho menos que lo tocaran. Esto hizo que mi cara ardiera con la humillación y la ira porque la privacidad de Maddox y mía estaba siendo de alguna manera invadida.

Pero cuando Darren me miró a los ojos, su cabello rubio creando un velo bloqueando a los demás, su súplica silenciosa estaba grabada profundamente en su ceño fruncido y en la parte baja de su frente. Él se sentía inútil y estaba muerto de preocupación por su amigo, y... ¿tal vez incluso por mí? No podría estar segura exactamente por qué estaba preocupado, pero yo estaba segura de esto: la impotencia es una sensación inusual. A menudo se manifestaba en una

necesidad abrumadora de ser constructivo, y yo no estaba de humor para negarle a alguien el cumplimiento de esa necesidad, mucho menos a Darren.

Y así, con un suspiro de derrota, le permití continuar limpiando los papeles y la suciedad de la alfombra sin interferencias. A su lado, Austin se rascó la nuca y expulsó una exhalación sonora cuando sus ojos examinaron pensativos la estantería caída. Sin hablar, él caminó con cuidado hacia donde reposaba, y sin ayuda comenzó a levantarla de nuevo a su posición contra la pared. Daphne se trasladó hacia los libros en el suelo y comenzó a recogerlos, ofreciéndome una sonrisa triste hacia donde estaba acucillada, recolectando ropa y papel.

Después de unos minutos, me di cuenta que los sonidos de la actividad habían cesado bruscamente. Pasé mi mirada por las personas en la sala, y todos ellos estaban mirando expectantes a Sabrina. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta con los labios fruncidos cuando me miró de vuelta.

—Me gustaría ayudar, Beth, pero todo este... trabajo manual... simplemente no es mi punto fuerte. —Ella se encogió de hombros con un movimiento de cabeza, estremeciéndose con el término «trabajo manual». La descarté con la mejor sonrisa que pude forzar mientras que los demás pusieron los ojos en blanco y continuaron limpiando.

Pareció como si hubiésemos pasado horas arreglando el suelo, limpiando escombros y libros y ropa, y nadie realmente habló a menos que se relacionara con la tarea en cuestión. Darren y Austin comenzaron a discutir sobre cómo arreglar los agujeros en las paredes. Me desconecté de ellos. Pero cuando Daphne se dirigió a la cama, me elevé de mis cuclillas, tensándome en alarma.

—La cama es mía —le informé con rigidez, como si estuviera pidiendo un pedazo de una magdalena y no una parte de la destrucción. Sus ojos se abrieron en estado de shock, pero ella se retiró con un asentimiento y en su lugar ofreció buscar un armario de ropa de cama para adquirir nuevas mantas y sábanas que yo pudiera usar.

La noche avanzó a medida que trabajábamos, y poco a poco, la alfombra dorada quedó completamente libre de escombros. El mobiliario empezó a quedar enderezado contra las paredes. La cama había sido agraciada con nuevas sábanas y mantas que no me eran familiares pero que no estaban contaminadas con cada uno de nuestros errores. Coloqué su chaqueta de cuero a salvo sobre el sofá, y mis ojos de vez en cuando se desviaban hacia donde estaba reposada.

Sin ningún temor, y con una ligera instrucción de Austin, hice cinco cargas de ropa. Si a Albin le importaba que cinco adolescentes estuviesen hurgando en sus armarios de ropa y cuarto de servicio, nunca dijo nada al respecto. Tiré cada

nueva carga de ropa limpia sobre la cama recién hecha y comencé el deber de doblar y ponerlas en perchas. Lavar la ropa de Maddox fue la tarea más extrañamente reconfortante, y me permití creer que tal vez (si tal cosa fuera posible) en un futuro lejano, cuando todo fuera mucho menos complicado, este sería uno de mis deberes rutinarios. Permití que esa fantasía me calmase. Eso fue... hasta que me paré delante de la puerta de su armario, con los brazos llenos de camisas y pantalones vaqueros, con una mirada ansiosa y mi corazón latiendo irregular y salvajemente.

Sabrina, sintiendo de alguna manera mi dilema, se levantó de su posición en el sofá y me quitó las perchas de mis manos.

—No te acostumbres a esto. —Sonrió. La vi abrir la puerta del armario mientras yo me apartaba y retorcí las manos con nerviosismo. Buscó a tientas por un momento antes que el armario se iluminara de repente. Era la única parte de la habitación de Maddox que nunca había visto antes, y mi repentina curiosidad me venció. Mi cuello se esforzó para poder observar mejor desde mi posición apartada mientras ella deslizaba perchas hacia un lado para dejar espacio. A medida que los colgaba, hice observaciones cuidadosas sobre los detalles de su armario: el inesperado orden, el tamaño promedio, la cantidad de ropa, y los tipos de zapatos en el piso debajo de ella. Todo el concepto de su armario parecía totalmente inocuo, tremendamente fascinante y absolutamente aterrador.

El cabello dorado de Sabrina rozó sus camisas oscuras cuando se volvió y escrutó las hileras de ropa. Ella descifró el sistema que él había utilizado, colgando meticulosamente la ropa de acuerdo a su estructura. Mi pecho se sentía pesado al observar a otra mujer guardar la ropa de Maddox. Con ánimo sombrío, la vi obtener una entrada inusual y rara en la psique de él que yo no tenía forma de obtener desde donde estaba parada, pero que de repente ansiaba. Yo era consciente de la amargura y la envidia que esta imagen debería haber convocado, pero en vez de amargura, me sentí tristemente incapaz, un poco inadecuada, e irónicamente... impedida.

Todo el mundo finalmente se marchó después que el sol saliera, y Daphne me envolvió en un cálido abrazo antes de salir de la habitación.

—No vas a volver a casa, ¿verdad? —Preguntó ella después de soltarme. No hice ademán de seguirla. Con una sonrisa triste y una negación de la cabeza, me acosté en la cama, pasando mis manos a lo largo de los pliegues del nuevo edredón para alisarlo. Era de color marrón.

Ella frunció el ceño mirando alrededor de la habitación por la que todos nos

habíamos esclavizado tanto.

—Beatrice estará molesta —susurró en voz baja antes de ofrecerme una mirada de reojo—. Pero de todos modos podría ser lo mejor. Ustedes dos necesitan un poco de espacio —dijo, y pude sentir la doble connotación en sus palabras cuando desapareció de la puerta.

Cerré la puerta detrás de ella, más cansada de lo que me hubiese sentido en mucho tiempo, y apoyé mi espalda contra la cama. Las naranjas suaves de la puesta de sol se filtraban a través de las puertas del balcón amplificando el tono dorado de la alfombra mientras mis ojos absorbían la nueva escena delante de mí. Estaba impecable con la excepción de los agujeros que todavía estaban presentes en las paredes blancas.

Me quité la sudadera y los zapatos antes de caminar hacia el vestidor. Abrí los cajones y empecé a sacar su ropa de noche. Su franelilla blanca y sus pantalones de pijama oscuro me quedaban enormes, pero eran reconfortantes y suaves. Usé su cuarto de baño y mi cepillo de dientes azul que todavía estaba allí para cepillarme los dientes. Rechacé las mantas no familiares y me metí en la calidez que estaban destinadas a proporcionar. Acurruqué mis dedos de los pies contra las sábanas frescas y acaricié su almohada.

Cuando finalmente me quedé sin tareas para ocupar mis manos y mente, permití que la angustia de su ausencia me tragara entera.

Dormir. Me di un atracón de ello.

No fui a la escuela por el resto de la semana. Yo dormitaba en la cama de Maddox y conscientemente me sumergí en pesadilla tras pesadilla. Me despertaba sacudiéndome, sudando y temblando de terror y desesperación, pero de alguna manera me las arreglaba para encontrar la voluntad necesaria para obligarme a caer en la inconsciencia de nuevo, una y otra vez.

Esto hizo que el tiempo pasara más rápido.

Hubo momentos en que me despertaba y el sol emitía sesgos brillantes de luz en toda la habitación inmaculada, iluminando y exagerando los agujeros en la pared y haciendo que mis ojos se desviarán a los únicos defectos visibles. Lo peor era despertarse por la noche. Con excepción de las eventuales gotas de lluvia, todo estaba extrañamente silencioso y tranquilo. La quietud me hizo añorar el caos y el ruido a la vez que metía la manta debajo de mi barbilla y me acurrucaba más en su seguridad. En estos momentos, la habitación se sentía extrañamente ajena para mí, lo cual parecía irracional, porque había dormido en ella muchas noches antes, pero nunca había dormido aquí tan sola.

Jamás miré al reloj en la mesita de noche, y mi única referencia de tiempo era

el sol y la oscuridad. Era un completo aislamiento, pero yo no estaba despierta para realmente sentir el peso del mismo. No había comido, pero no tenía hambre. Bebí del grifo del baño en las raras ocasiones que dejaba la cama para ir al baño, pero no tenía sed. Solo me sentía cansada. Al tercer día, me sentí bastante sorprendida por la falta de visitantes. Se sentía tan liberador ser olvidada y que me dejaran tranquila para descansar, que mi mente se curara a sí misma lo mejor que podía a través del atracón de sueño.

Por supuesto, eso no duró.

—Tu pelo es como... como... —La nariz de Sabrina se frunció desdeñosamente cuando miró mi cabeza desde donde estaba en la almohada—. Ni siquiera voy a perder mi arsenal de creatividad para insultarlo como se lo merece. —Suspiró y se sentó elegantemente en el borde la cama.

Ella básicamente había entrado en la habitación sin mi permiso, y yo había maldecido a Austin por haberle dado la llave. Era bastante extraño que entre todos los demás, fuera Sabrina la primera persona que se acercara a mí.

Bostecé y di la vuelta para darle la espalda.

—No voy a regresar a casa, así que ni lo intentes. —Mi voz sonaba débil por la falta de uso, y me sentí un poco patética en ese momento mientras apretaba mis rodillas contra mi pecho y me acurrucaba más en las mantas. Pero mi estado de ánimo se había vuelto amargo a causa de mi atracón de sueño y el constante agotamiento de despertar por las pesadillas aterradoras.

Razoné en que si no puedes sentirte patética porque tu novio te folle y después huya rápidamente del estado, ¿entonces cuándo puedes hacerlo? Apenas contuve el impulso de decir esto en voz alta, ya que en mi corazón yo sabía que Maddox no se merecía eso.

—Sí, sí, no vas a regresar a tu casa. Adolescente rebelde. Amante despreciada. Lo que sea —respondió ella con ligereza, poniéndose de pie y caminando alrededor de la cama para que pudiera verla. Luché contra el impulso de rodar de nuevo. Hubiera sido un poco demasiado infantil. Con una sonrisa, ella se sentó en cuclillas junto a la cama, y bastante abruptamente, su rostro se transformó en la expresión más encantadora y tierna—. Beth —susurró, inclinándose lo suficientemente cerca para descansar la barbilla en el colchón a pocos centímetros de mi cara. Ella seguía sonriendo dulcemente mientras continuaba hablando en un susurro suave que acarició mi cara con el aroma de un chicle de menta—. En este momento eres, y por mucho, la perra más hedionda de *Forks*, y si no levantas tu culo y tomas una ducha, voy a hacerte daño físicamente cuando te obligue a hacerlo.

Ante mis ojos entrecerrados, ella echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó. Sabrina tenía la risa más detestable que hubiese oído alguna vez. No era nasal o algo así. Simplemente no coincidía con su cuerpo. Era fuerte y gutural, y surgía desde las profundidades de su vientre. Supuse que era más que una carcajada profunda, y me fastidió mientras apartaba las mantas de mi cuerpo y me dirigía al cuarto de baño para ducharme las tres noches de sudor de mi cuerpo y el cabello.

La ducha de Maddox se veía exactamente igual ahora a como lo había hecho la única vez que la había usado. Su champú estaba colocado en el mismo lugar, y lo usé sin dudarlo, su olor flotando a mi alrededor para reconfortarme mientras masajeara mi cuero cabelludo. Utilicé su jabón para limpiar mi cuerpo y enjabonarme con su olor. Usé su crema de afeitar y maquinilla para afeitar mis piernas. Todo parecía y olía a Maddox y el agua caliente alivió mis músculos. Le agradecí interiormente a Sabrina por obligarme a hacerlo. Cuando el agua finalmente se enfrió, salí de la ducha y utilicé sus toallas para secarme. Era lo mejor que me había sentido en días.

Cuando salí, la cama estaba desnuda, y un nuevo conjunto de sábanas estaba sobre el colchón. Sabrina hizo un gesto con una mano perfectamente arreglada a la cama desnuda, y para mi sorpresa, comenzó a colocar la sábana. Parecía un acto tan doméstico y tan fuera de su carácter. Esta noción solo se amplificó por la profunda arruga de concentración entre las cejas mientras luchaba con la elástica de la sábana ajustable. Sintiéndome bastante divertida, empecé a ayudarla con la tarea, descubriendo que estar en silencio con ella era bastante agradable.

Demasiado agradable.

—No te acostumbres a esto tampoco. Y también, Daphne y Beatrice están armando unos buenos berrinches allá, ¿sabes? —Preguntó, arqueándome una ceja, a la vez que metíamos la sábana bajo el colchón, antes de añadir con una sonrisa entrecortada—: Y Austin realmente pasó tres horas de la ciudad ayer por la noche cazando una bolsa de galletas *de trozos de Chips Ahoy*, solo para comer una y tirarla a la basura.

—¿Entonces por qué no han venido a verme? —Suspiré apáticamente al mismo tiempo que evitaba hábilmente el tema de las galletas del cual no estaba de humor para discutir. Lo cierto era que no me importaba, pero parecía que era la pregunta correcta. Me estaban dando mucho espacio.

Sabrina se encogió de hombros sin encontrar mi mirada.

—Eso probablemente es mi culpa. Los amenacé con diversos métodos de

daño corporal si molestaban tu momento de perra perezosa y taciturna. —Una de las esquinas de sus labios se elevó en una pequeña sonrisa mientras estirábamos la sábana sobre el colchón.

—¿Y qué te motivo a ser defensora de mi "momento de perra perezosa y taciturna"? —Le pregunté secamente, aunque estaba bastante perpleja. Sabrina y yo nunca había sido lo suficientemente cercanas como para justificar eso.

—Maddox me lo pidió —contestó sin vacilar, y ante mi postura rígida y mirada plana, añadió—: Aunque no usó el término exacto "defensora de momento de perra perezosa y taciturna". Por supuesto, tampoco lo haría. No es una frase lo suficientemente vulgar. —Ella suspiró al mismo tiempo que me lanzaba una esquina del edredón. Mis cejas se fruncieron en confusión. Ella continuó con su atención fija en la ropa de cama—. Verás, cuando Austin se fue a ir a buscar a sus padres, yo me molesté. —Se encogió de hombros, y luego se echó a reír al mirarme a los ojos—. Vale, estaba absolutamente cabreada —admitió, bajando su mirada a las almohadas y ofreciéndome las fundas antes de continuar—. Él estaba teniendo toda esta crisis de identidad, y cuando se fue a buscarlos yo me sentí... —Se detuvo, dejando la almohada medio cubierta y apartando su mirada hacia ningún punto en particular—. Me sentí como si lo que yo le ofrecía aquí, en esta vida, no era lo suficientemente bueno —terminó en un susurro mirándome de reojo. Ella pareció un poco incómoda con su confesión cuando se aclaró la garganta con delicadeza y volvió a su tarea—. De todas formas, supongo que Maddox se imaginó que podrías necesitar a alguien con una perspectiva entendedora o algo así. Él me pidió que te cuidara. —Se encogió de hombros, y mi pecho se llenó de repente con un peso muy sofocante.

Dejé caer mi almohada, agarrando mi pecho mientras mi rostro se contraía de dolor. Ni siquiera me di cuenta de que me sentía de esa manera hasta que oí las palabras salir de su boca. *Me sentí como si lo que yo le ofrecía aquí, en esta vida, no era lo suficientemente bueno.* Un sollozo ahogado escapó de mi pecho, y Sabrina me miró con alarma e incredulidad.

—¿Estás llorando? —Preguntó estúpidamente a la vez que las lágrimas comenzaban a bajar por mis mejillas, y le lancé una mirada de exasperación. Su boca se torció en una mueca de desaprobación—. Contrólate. Estoy segura que no es tan malo como parece. —Cruzó los brazos sobre su pecho y me miró con incertidumbre, como si no estuviera segura de cómo lidiar con mis emociones exteriorizándose.

De repente sentí el impulso más arrollador de solo... contarle todo. Maddox era la única persona con la que realmente hablaba, pero incluso con él había

cosas que no podía decir. Me di cuenta que nunca había sido realmente abierta y franca con nadie. Era como si hubiera una puerta que bloqueaba una habitación llena de agua, y que estuviera estremeciéndose y rompiéndose por la presión, esperando únicamente la oportunidad de explotar y ahogar al transeúnte más cercano. En verdad no fue como si yo hubiera sentido que Sabrina era la mejor candidata para escucharlo o para comparecerse. A decir verdad, era que ella estaba allí y era conveniente.

Empecé con la presión más urgente.

—Estoy aterrorizada por él —admití, y era la verdad. Mi propio dolor y rechazo y todo lo que sentía era eclipsado por el terror de que él estuviese en algún sitio, donde le estuvieran rompiendo el corazón y todas sus esperanzas mientras que yo me quedaba en su cama, sin poder hacer nada.

Sabrina no dijo nada, en vez de ello se sentó en la cama y acarició el espacio a su lado, como si sintiera mi necesidad de decirlo todo. Por ello, acepté la oferta, hundiéndome a su lado con mi cabello goteando sobre la ropa de cama, y comencé a hacer mi purga.

Debí haber hablado por horas, y por suerte ella me escuchó sin interrumpirme ni una vez. Sus ojos azules estudiaron atentamente mi cara cuando le confesé todo lo que había enconado muy dentro de mi mente durante la última semana. Le conté sobre el día de la destrucción, con un rubor rojo muy profundo que no hice ningún intento de ocultar. Le dije cómo me sentí poderosa y perdí el control. Admití lo mucho que había herido a Maddox esa tarde. Incluso le dije sobre el sexo y lo doloroso que había sido para ambos. Describí la sombra que su sangre había dejado en su cuello y cómo me había parecido que la hierba se veía exuberante y viva cuando había vomitado sobre ella desde el último piso.

Cuanto más hablaba, más empezaba a darme cuenta de las verdades sutiles que en verdad nunca se me habían ocurrido en ese entonces. Tal vez yo había estado demasiado cansada como para procesarlo por completo, o quizás las heridas estaban demasiado frescas como para abordarlas desde una perspectiva racional en el momento en que había ocurrido, pero de repente me di cuenta que esas dos personas de las que había estado hablando por horas no eran de ninguna manera Maddox y Beth. Lo sentí en las profundidades de mi alma mientras describía nuestras acciones, hostilidad y desenfreno imprudente. Esas dos personas fueron la manifestación de todo el mal que se les había hecho, y el entendimiento hizo que abruptamente parara de hablar, dejando por la mitad mi explicación sobre la caída de la estantería y que quedara colgando en el aire entre Sabrina y yo.

Yo fui el Lou de Maddox. Él fue mi Janice. Yo lo victimicé, y él me abandonó. Me pregunté si él siquiera se dio cuenta de ello, dondequiera que estuviera. Yo experimenté un doble anhelo entonces. Uno era estar cerca de él y decirle que finalmente descifré lo que sucedió ese día por lo que podía disculparme apropiadamente. El otro era estar cerca de él y aferrarme a lo que habíamos tenido, y que era más que seguro que ahora estuviese destruido, para que nunca me abandonara.

Sabrina me miró con recelo desde su posición a mi lado.

—¿Entonces tiraste la estantería? —Ella habló por primera vez en dos horas, pero yo cerré mi boca. Esa conversación había cumplido su propósito, y yo tenía una mejor visión ahora. A pesar que no tenía ninguna forma de ponerme en contacto con Maddox para finalmente explicar mi comportamiento, me sentí ligeramente reconfortada por el hecho de que tendría este conocimiento cuando regresara.

Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir hasta que volviera a casa.

Le sonreí a Sabrina y me paré de la cama.

—Tiré la estantería, pero mírala ahora. —Asentí hacia la dirección donde estaba parada orgullosa y sin cambios. No había sido conquistada por mucho tiempo, y yo había terminado con los atracones y las purgas.

Maddox

Joder, el *Audi* olía... realmente horrible. Mi nariz se arrugó, y empecé a mirar hacia el asiento trasero buscando la fuente del olor ofensivo. Tenía más residuos de bolsas de comida rápida de lo que voluntariamente permitiría que alguien viera alguna vez. Tenía que haber algo allí que puñeteramente apestara, e iba a sacarme del auto si no lo encontraba.

—Eres túúúúú —se burló una voz cantarina a mi lado y apreté mi mandíbula. Cerré los ojos y me hundí en mi asiento con respiraciones profundas y calmantes. *Ella no está aquí*. Repetí una y otra vez en mi mente, y cuando mis ojos se abrieron, estaban viendo directamente a los de Beth—. Sí, lo estoy —susurró con una sonrisa y se recostó en el asiento del pasajero, su falda roja derramándose sobre mi tapicería y marcándolo todo de forma incorrecta.

—No. No estás aquí —repetí, evitando su mirada, y luego añadí en un susurro apenas audible—: Y yo no apesto. —¿*Verdad?* Eso iba a hacer que diera una mierda de impresión, si se diera el caso que fuera a dejar alguna impresión.

Ella resopló, y conseguí resistir la tentación de mirar a sus piernas, o inclinarme y oler su cabello rizado. *Maldita impostora*. La primera vez que apareció en mi asiento del pasajero, yo había estado conduciendo y casi había estrellado el *Audi* contra un condenado poste telefónico. Ahora, ella simplemente «decidía» surgir de la nada... esporádicamente. Era un fastidio.

—Sí lo haces.

Mierda. No esto de nuevo.

—No, no lo hago. —Suspiré, aún negándome a mirarla a los ojos.

—Qué sí —respondió con un chirrido, y pude oír su ropa moviéndose mientras se acercaba a mi lado. Me burlé interiormente. *Como si Beth alguna vez hubiera chirriado*.

—Qué no —bufé molesto, deseando que ella se fuera a la vez que apretaba el volante de la frustración. Yo no quería aguantar esta mierda hoy.

—¡Qué sí, que sí, que sí! —Repitió odiosamente cerca de mi oído.

Mis manos agarraron el volante con rudeza cada vez que su voz repetía "que sí" hasta que ya no pude aguantarlo más.

—¡Cierra la maldita boca! —Espeté, finalmente encontrándome con su mirada para observarla con furia. *Mierda*, ella era una zorra insufrible.

Sus labios rojos se volvieron en un puchero, y pivoteó su cuerpo para apoyar la cabeza contra la ventana de cristal.

—Heriste mis sentimientos —susurró ella con el ceño fruncido, bajando su mirada a sus manos sobre su regazo y armando un buen espectáculo... como siempre. La visión de esa expresión en la cara de mi chica llevó una punzada superficial a mi pecho, pero solo porque era instintivo. Tuve que recordarme a mí mismo que *esta no* era Beth. Ella no tenía sentimientos que herir.

Puse los ojos y cambié mi mirada hacia el edificio.

—Sabes, este es un mal momento para mí. Vuelve cuando esté cerca de un área que tenga algo afilado, para poder arrancarme mis malditos ojos —le respondí distraídamente a la vez que mis ojos recorrían la calle de nuevo. El sol acababa de ponerse, y el cielo estaba bañado en tonos suaves de color naranja y rosa. Primavera en *Chicago*.

—Maddox —chasqueó la lengua con desaprobación y apoyó su pie sobre mi tablero. Hice una mueca de lado molesto, y pareció complacerla—. ¿Tienes que ser tan cruel con tu propia psique? —Sonrió concedora a la vez que yo luchaba por ignorar su presencia.

Era como si con cada segundo que pasara me volviera más loco. Quiero decir, ella seguía regresando. *Ya muy bien puedo despedirme de mi teoría de Adderall*. Después que por fin hubiese dejado la línea fronteriza de *Forks*, me había estacionado y había dormido durante horas y horas dentro del *Audi*. Yo no podía seguir viajando en un estado tan incoherente. Solo sabía que tenía que salir de *Forks* primero, porque si no me hubiese ido en ese momento exacto, nunca habría sido capaz de hacerlo.

Esa ronda de sueño me había llevado a Chicago de forma segura, y desde que llegué, lo había estado eludiendo tan bien que me había sentido bastante orgulloso de mi control. Por supuesto, eludir el sueño tenía sus inconvenientes. El más notable... *ella*.

—No estamos locos —se defendió ella con indignación mientras bajaba su pie elevado—. Los locos no *saben* que están locos. Es lo que los hace *tan condenadamente locos* —explicó, y desde mi periferia pude ver que levantaba su cabello, apartándolo de su cara—. Deja de actuar todo como esa película... —su voz se apagó como si estuviera pensando mientras amontonaba sus rizos y los dejaba caer en cascadas sobre sus hombros—. Inocencia Interrumpida2. —Resopló con brusquedad y se rio. Yo puse los ojos en blanco mirando al parabrisas. Ella siempre pasaba más tiempo hablando consigo misma que yo.

Oh, espera un minuto. Yo también hago eso, ¿verdad?

Estoy tan malditamente jodido.

Después que su risa cesara, suspiró largo y tendido, y entonces el vehículo se

quedó en un silencio glorioso. Utilicé la oportunidad para concentrarme en la casa e hice mi mejor esfuerzo para bloquearla a ella. Era lo mejor que podía esperar en estas circunstancias, y realmente tenía que mantener el control hoy. Hoy era el día en que iba a... hacerlo para la mierda. Sin más excusas.

Había estado en *Chicago* durante dos semanas, y no he hablado con *ella* todavía, a pesar que solo me tomó cinco días encontrarla. Fue sorprendentemente fácil con la información de la carpeta de Albin. Ella había vivido en la misma casa antigua desde hace tres años.

Esta mañana era mi primer intento de verla... de espiarla. Lo que sea. Era la primera vez de cualquier manera. No podía ver autos estacionados en la acera, y he pasado la mayor parte de la noche escudriñando la fachada exterior de su casa. Parecía casi en ruinas, y me encontré consultando en varias oportunidades la carpeta amarilla de manila para verificar la precisión de la dirección. Ninguna de las ventanas fue iluminada durante toda la noche, y ya estaba dudando sobre si ella estaba o no estaba en casa. O si esta era siquiera su casa.

Mi mente de forma frenética había estado creando escenarios e ideas mientras miraba mi parabrisas. Si yo era muy afortunado, ella no tendría otra familia. Eso es lo que le había pasado a Austin, y yo sabía que lo había devastado. Su madre y su padre se habían separado, pero ambos se habían vuelto a casar y tuvieron hijos para el momento en que los encontró el verano pasado. Aún así, yo no podía negar la expresión de aceptación en sus ojos cuando me había contado la historia de su experiencia. Ellos no lo querían en sus vidas, y él me había dicho lo felices que eran. No lo volvió ni un poco resentido, aunque *debería* haberlo hecho sentir de esa forma.

—Siempre supe que era una posibilidad —había explicado en mi balcón la noche que me fui de *Forks*—. Ellos no fueron crueles ni gSabrinaros conmigo, solo no tuvieron espacio para mí en sus vidas. —Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa, como si eso fuera lo que hubiera estado esperando. Ante mi expresión de incredulidad continuó—: No tenía ningún derecho de irrumpir en sus vidas y comenzar a exigir alguna mierda. —Quería decirle que sí, que sí tenía derecho a ello. Él era su maldito hijo, por el amor de Cristo, pero antes que pudiera decir las palabras, rápidamente agregó—: Yo ya tenía todo lo que necesitaba aquí, Maddox. Solo tenía que descubrir eso por mí mismo.

Así que los había dejado ir, y eso se había demostrado con claridad en su rostro. Yo había estado anonadado de que él fuera capaz de hablar de ellos con tanta indiferencia. Yo ni siquiera podía oír la palabra «Chicago», sin retraerme en mí mismo. Pero Austin encontró aceptación al confrontar lo que había

perdido.

Eso era lo que yo quería.

Más que nada en el mundo.

Una parte de mi mente sabía que mientras más terrible ella fuera conmigo, más fácil sería dejarla ir. En el mejor escenario posible, yo me disculparía por todo lo que hice, y luego me iría antes que consiguiera arruinar su nueva vida también. Ella no me perdonaría, pero yo nunca he esperado que lo hiciera de todos modos.

Esto era una experiencia ridículamente egoísta, y demonios, yo lo sabía. Sabía que yo era el único que saldría beneficiado en esta jodida decisión. Y que al hacerlo, le estaría haciendo daño a ella, le estaba haciendo daño a Beth, y... solo Dios sabía a quién más. Pero no había albergado ninguna duda esa noche en el balcón que me tenía que crecer un par de bolas y que tenía que enfrentar esta mierda. Sin más atajos.

—¿Por qué no me llamas? —Susurró Beth de repente con voz cautelosa, sacándome de mi reflexión silenciosa. Mis manos se apretaron alrededor del volante, de nuevo. Por qué ella estaba sacando a relucir esto *de nuevo*, y justo en este exacto momento, era algo que jamás podré comprender.

—Vete a la mierda —gruñí bajo en mi pecho mientras luchaba por no hacerle caso. Ella realmente aparecía en los momentos más inoportunos, y no estaba de humor para esta discusión.

Esta disputa siempre se desarrollaba de una manera irritantemente predecible. Yo empezaba con recordarle que la casa de Beatrice no tenía un teléfono. Que tanto ella como Daphne tenían sus propios teléfonos celulares, y que probablemente ellas nunca vieron la necesidad de realizar el gasto extra de comprar otro. Por otro lado, Beth nunca había tenido la necesidad de adquirir un teléfono celular. Por ende, yo llegaría a la conclusión de que no había manera directa de ponerme en contacto con Beth por teléfono. A lo que mi compañera insufrible e incorpórea contrarrestaría con un recordatorio de que yo podría llamar directamente a Daphne, y ella me permitiría hablar con Beth. A lo que yo contrarrestaría con que no deseaba molestar a Daphne, y a lo que ella de nuevo contrarrestaría con que dudaba que Daphne se sintiera molesta por ello. A lo que yo contrarrestaría con un "Vete a la mierda".

¿Ven? Yo nos estaba ahorrando una mierda de tiempo.

—Pero tú *quieres* que me quede —murmuró ella enredando un mechón de cabello alrededor de su dedo. Era tan jodidamente asqueroso. Yo no podía decidir qué era más preocupante, si su presencia aquí, o que yo en realidad lo

aceptara *cada vez*—. Quieres hablar conmigo, así que ¿por qué no tomas el teléfono y llamas? —Preguntó de nuevo.

—Ya he terminado de hablar *contigo* —le informé con brusquedad.

Beth contaba con todos los demás en *Forks*, y me había asegurado de que todo el mundo supiera que yo quería que ella fuera cuidada antes de partir. Incluso alisté a Sabrina.

Austin me había contado lo mucho que a ella se le había dificultado cuando él estuvo lejos, y...

No tengo ni puta idea.

Solo sentí como si ella pudiera ayudar a mi chica de una forma en la que nadie más podía. También le había pedido que se mantuviera pegada a su lado durante la escuela, ya que sabía que Beth tendría dificultad en caminar a clases con Austin o Darren. Daphne era una gran amiga y era prima de Beth, pero nadie, y quiero decir *nadie*, se metía con Sabrina Hale. Y supe después de haberla llamado esa noche... que no estaría tan preocupado por Beth cuando estuviese en *Chicago*.

—Si alguien la toca, le arrancaré sus malditas pelotas —me había asegurado con firmeza, y luego había añadido—: O tetas. Cualquiera sea el caso. —Había oído su encogimiento de hombros por el teléfono, y yo había sabido que ella estaba hablando muy en serio. Sabrina era así de dura.

Beth se quedó en silencio durante unos segundos antes de emitir un resoplido fuerte.

—¿Sabes qué, Maddox? —Me miró entonces, metiéndome presión en su asiento, y yo evité su mirada mientras su boca se abría y cerraba varias veces, aparentemente siendo incapaz de completar su idea.

¿Mi idea? Mierda, esto era confuso.

—Lo que sea —finalmente escupió y se hundió en su asiento, cruzando los brazos sobre su pecho con una expresión furiosa. Yo la había hecho enojar. Contuve una sonrisa de satisfacción.

—Bien —concluí, bastante complacido por haber ganado por fin una discusión.

—¡Bien! —Gritó en una concesión enfurecida, su escote agitándose por sus jadeos, mirando hacia adelante. Ella siempre se ponía de este mal humor justo antes de desaparecer.

Cerré los ojos y apreté mis dientes. Odiaba admitir que yo la quería aquí. Despreciaba la idea de que su presencia me ofreciera la más pequeña cantidad de consuelo, solo porque se *veía* como mi chica. Odiaba el poder que tenía sobre mí

debido a este hecho. Odiaba que ella estuviera a punto de irse, y realmente odiaba para la mierda que odiara que estuviera a punto de irse.

—¡Bien! —Grité finalmente con molestia, y cuando abrí los ojos, el asiento del lado estaba vacío de nuevo.

Pasé mi tiempo concentrándome bastante minuciosamente en la puerta amarilla del edificio. Se veía tan malditamente abandonado que me estaba haciendo dudar de mi intento. Probablemente podría haber llamado a Albin para pedirle más ayuda. Él tenía acceso a los registros médicos, y muchos más recursos de lo que yo podría obtener. Pero no podía llamar a Albin, y aunque había estado dándole a Beth Roja excusas idiotas durante los últimos días de por qué no podía llamar a Beth tampoco, sabía que no tenía nada que ver con la logística de los teléfonos celulares.

No podía llamar a ninguno de ellos hasta que estuviese seguro que yo podría ser mejor. Como Austin.

A las nueve, había decidido irme y estaba comprobando el indicador de combustible del *Audi* considerando llenar el tanque. Razoné que podría encontrar mi dirección más tarde, porque de repente estaba jodidamente cansado.

Antes que pudiera girar la llave en el encendido, vi la puerta amarilla moverse ligeramente. Mi mano se congeló en la llave, y mi cuerpo se puso rígido por la anticipación cuando se abrió lentamente. Una mujer con el cabello largo y oscuro emergió, protegiéndose la cara del sol de la mañana con una mano y cerrando la puerta detrás de ella. Llevaba un abrigo largo, de color marrón que le llegaba hasta sus pantorrillas y escondía la mayor parte de su figura. Me estiré sobre el tablero para obtener un vistazo a su cara, pero ella ya estaba bajando las escaleras y caminando en la dirección opuesta.

Solté la respiración que no me había dado cuenta que estaba sosteniendo, y mi corazón de repente comenzó a latir salvajemente en mi pecho, ante la mera visión de una mujer que posiblemente podría haber sido mi madre. No había ninguna maldita manera que yo fuera a caminar hasta su puerta, si y cuando ella regresara.

Dejé que mi cabeza cayera sobre mi asiento con una exhalación temblorosa y esperé.

No estaba seguro de lo que estaba esperando, pero tenía la sensación que debería saberlo. Mis ojos se cerraron por un par de segundos, pero se abrieron abruptamente cuando me di cuenta del riesgo que implicaba. Vi un par de niños caminando por la acera con mochilas en sus espaldas. Negué con la cabeza rápidamente para detener ese tren de pensamiento. Estaría fuera pronto.

Ella regresó después de solo doce minutos con una bolsa de papel marrón aferrada a su estómago. Tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, pero pude ver su cara más claramente cuando se acercaba a su edificio.

Tenía que ser ella.

Me había pasado cientos de noches dibujando su cara, y aunque esta cara se veía más pálida, más vieja, y pálida, tenía un noventa por ciento de certeza que era la misma persona. El entendimiento hizo que me tensara en mi asiento. La vi subir las escaleras y abrir la puerta hasta desaparecer en el interior. No le puso seguro a la puerta. Permití que ese detalle me distrajera, y de alguna manera me las arreglé para pasar cincuenta minutos diseccionándolo en mi mente. Ella tomó un riesgo sin sentido al no cerrar la puerta. Entonces decidí que el asunto no necesitaba mucho análisis, sino más bien un método de mierda para señalar lo obvio.

A las once, me había cansado de vigilar la puerta a la espera de más movimientos. No estaba seguro de si quería que ella saliera o no, pero de una cosa sí estaba seguro: si terminaba con esto ahora, yo podría estar de vuelta en la carretera para irme a *Forks* por la noche.

Con un suspiro de agonía, llevé una mano temblorosa a la manija de la puerta, solo para apartarla de nuevo. Hice esto cuatro veces antes de conseguir jalarla y abrir la puerta. Incluso entonces me quedé sentado en mi asiento, tocando nerviosamente el volante y resoplando con tanta frecuencia que casi me mareé. Después de treinta minutos, me las arreglé para salir del coche, y mantuve mis ojos fijos en mi reflejo en mi ventana. Me mordí el interior de mi mejilla y pasé los dedos por mi cabello y deseé haberme quedado con mi puta chaqueta de cuero porque de repente se sentía como una noción muy reconfortante. Entonces, el pensar en mi chaqueta me hizo pensar en Beth, y preguntarme si ella la estaba usando en este preciso momento en lugar de la sudadera con capucha.

Permití que la visión que ese pensamiento había creado me distrajera por un segundo mientras apoyaba la frente en el techo metálico fresco del *Audi*. Me imaginé a mi chica caminando a clase junto a Sabrina, con mi chaqueta de cuero nadándole en su cuerpo y en ocasiones inclinándose para inhalar mi olor. Me imaginaba el reflejo del sol en su cabello y embelleciendo los tonos castaños en los tonos rojizos que se escondían debajo del marrón plano. La imaginé sonriéndole a algo, y permití que se transformara en risas. La risa se sintió cercana, como si estuviera justo al lado de mi oído, haciendo eco en mi cabeza melódicamente y obligando a mis labios a curvarse hacia arriba en una involuntaria sonrisa.

Levanté la cabeza del auto y giré, abriendo mis ojos y permitiendo que mi sonrisa creciera y se convirtiera en una de alivio silencioso.

Allí estaba ella. Toda puñeteramente roja y perfecta con la expresión más compasiva y tierna. Quería abrazarla y besarla en sus labios rojos. Si solo estuviera un poquito más loco, tal vez eso hubiera sido posible.

Sus ojos marrones brillaban mientras me miraba y sonreía cálidamente.

—Tú me deseabas aquí. —Ella suspiró, pareciendo bastante feliz cuando asentí en concesión. Ella no era real, pero yo estaría condenado si me prohibiera a mí mismo el consuelo que me concedía en este momento. Lo necesitaba más que nada.

—Yo siempre te deseo —le dije con sinceridad, finalmente permitiéndome creer que se trataba de mi chica y no una materialización de mi incoherencia, porque ayudaba con lo demás. Traté de ignorar la falta del tirón en mi pecho que la visión de mi chica habría generado normalmente. Traté de ignorar el aún presente vacío que me había plagado mientras sus labios rojos sonreían.

Ella se rio y puso los ojos en blanco, apartándose del auto y saltando hacia adelante. Su falda roja se balanceó y ondeó en la brisa cuando se giró hacia mí.

—¿Vienes o qué? —Sonrió, y yo inhalé una profunda bocanada de aire primaveral de *Chicago* para calmar mis nervios. Ella era tan jodidamente perfecta. Incluso me presionaba para hacer lo que sabía que necesitaba, pero que tenía demasiado miedo para llevar a cabo por mi cuenta.

Me arrastré a su lado, y nos quedamos en la calle, ambos mirando a la puerta amarilla. Ella siguió saltando delante de mí, haciéndome acercarme más con sus sonrisas tranquilizadoras y suave risa. Cuando estuve lo suficientemente cerca para ver la veta de la puerta de madera, Beth y todo su rojo saltaron los dos escalones y se volvió hacia mí, expectante. Mi corazón empezó a zumbiar en mi pecho de nuevo y mi respiración se aceleró. Mis palmas estaban pegajosas de sudor mientras caminaba hacia donde ella estaba, subiendo los dos escalones con aprehensión y descontento.

Y luego, de repente, estaba condenadamente allí: en la puerta, cara a cara con el amarillo y mi manifestación mental de una novia parada a mi lado en ropa provocativa con una sonrisa alentadora en sus labios rojos. Levanté mi puño mirando sus ojos de gacela marrones e hice un millón de rezos silenciosos mientras lo mantenía en el aire.

Ella suspiró y comenzó a retorcerse las manos en un gesto extraño de ansiedad.

—Te amo —susurró sin romper mi mirada, y aunque sabía que yo me lo

estaba diciendo a mí mismo, me dio la fuerza que necesitaba.

Mi puño asentó tres golpes normales a la madera y mi cuerpo se puso rígido en anticipación mientras esperaba. Beth estaba allí, meneando las caderas de lado a lado, balanceando la falda roja alrededor de sus rodillas, y con las manos cruzadas delante de ella, sus labios fruncidos, y la cabeza baja. Analicé su postura para distraerme hasta que finalmente escuché movimiento en el otro lado de la puerta. Mi pulso se aceleró y mi garganta se contrajo con mis tragos a la vez que mantenía un pie plantado más firmemente que el otro, disponiéndome inconscientemente para huir.

1 Se refiere a qué pensaba que las alucinaciones surgiendo por la toma de estimulantes, ya que obviamente en estos momentos no está tomándolos.

2 *Girl, Interrupted*. 1993. Película protagonizada por Winona Ryder y Angelina Jolie. Película sobre Trastorno de la Personalidad.

Capítulo 41: *Trozos de Chips Ahoy.* SEGUNDA PARTE.

Maddox

Antes que este plan pudiera evolucionar a acción, el pomo giró y la puerta amarilla fue abierta. Mi corazón se aceleró aún más y se tambaleó cuando miré a la rejilla de oscuridad abriéndose y a la cara emergiendo. Tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre y tuvo que entrecerrar los ojos para mirarme, levantando lentamente su mirada.

Tragué saliva y sentí que mis puños se apretaban por su propia voluntad. Mi estómago se hundió y... era jodidamente tarde para volver atrás, me di cuenta, sus ojos se encontraron con los míos. Yo no podría haber roto mi mirada de la de ella para mirar a Beth si hubiera querido... y medio lo quería. Parecía como si estuviéramos teniendo algún tipo de épica pausa embarazosa. Sus ojos estaban planos y completamente carentes de toda emoción y profundidad mientras miraban a los míos. Convocó una inquietante sensación que subió a mi garganta y forzó otro trago más grueso de aprehensión.

De pronto, algo en sus ojos cambió y abrió violentamente la puerta. Sorprendido por el movimiento rápido, me estremecí y me preparé para un impacto, aunque no tenía ni idea de qué temer. En lugar del impacto que estaba esperando, ella se paró en la puerta abierta con una expresión de puro pánico en su rostro. Se quedó allí solo una fracción de segundo antes de volar hacia adelante y agarrar mi cara entre sus manos.

Sus ojos se volvieron salvajes y muy abiertos cuando escrutaron mi cara, a solo unos centímetros de distancia.

—¿Cuál es tu nombre? —Preguntó ella con voz bastante ronca. Me quedé aturdido, jodidamente de piedra y sorprendido por su comportamiento mientras ella apretaba frenéticamente mi cara—. Tu. Nombre —repitió en un susurro frenético que me sacudió.

—E-Ed-Edw... —tartamudeé sin decir nada antes de controlarme lo suficiente como para responder por completo—. Maddox Adler. —Usé el nombre con el que ella estaría familiarizada.

Su inhalación brusca de aire fue interrumpida por su cuerpo chocando inesperadamente contra el mío, y yo luché por mantenerme derecho, sus manos dejaron mis mejillas y se envolvieron con fuerza alrededor de mi cuello. Yo medio me quedé allí, parado en la entrada sin responder y desconcertado con mis

manos descansando lánguidamente a mis costados mientras me abrazaba. Aparté la emoción que luchaba por emerger sobre la idea de que mi madre me abrazaba. Si yo iba allí, estaría completamente jodido.

Desde encima de su hombro, mis ojos se desviaron hacia el rojo, y estuve de repente mirando a la sonrisa de Beth. Ella levantó las manos en un gesto expectante, obviamente animándome a devolver el abrazo a la vez que mi madre se aferraba a mí con firmeza. Vacilante, levanté mis manos, viendo los labios rojos de Beth elevarse en una sonrisa más amplia de ánimo cuando los permití rodear su cintura.

Fue el maldito abrazo más embarazoso que jamás hubiese experimentado. La incomodidad de la situación me tenía aún un poco rígido, y ese hecho solo fue amplificado por su figura rígida y cuerpo huesudo presionado contra el mío. Seguimos así durante mucho tiempo y mi malestar creció, pero no estaba seguro de si apartarme sería de mala educación.

Decidí que realmente no me importa una mierda.

Cuando mis manos dejaron su cintura y le di con suavidad un codazo en sus hombros, sentí pánico por un momento de que ella no me soltase y tuviese que o empujarla con más firmeza o soportar el resto de su... lo que sea que fuera esto. Ninguna opción parecía aceptable en ese momento. Afortunadamente, ella debió sentir mi cambio porque se retiró lentamente de nuevo hacia la puerta, con los ojos fijos en los míos durante todo el tiempo.

Mi pecho se sentía frío y vacío, y me di cuenta que debí haber estado inyectando todo mi desprendimiento en mi mirada fría cuando la miré aturdido, pero el abrazo me había molestado más de lo que yo quería admitir, o de lo que quería que ella se diera cuenta.

Ella también olía como la mierda, observé secamente.

Oí la risita suave de Beth a mi lado y mis labios temblaron en contra de mi voluntad, porque... *maldita sea*, ella siempre tenía ese efecto en mí, sin importar la situación. Aparentemente malinterpretando mi diversión, mi madre cogió mi mano y me tiró suavemente hacia la puerta con una sonrisa repentina. Permití que me jalara a la vez que mis ojos se encontraban con los de Beth. Ella frunció el ceño ante mi expresión de renuente desaprobación y saludó con la mano para que fuera por mi propia voluntad. Perra.

Mi madre me empezó a lanzar preguntas mientras me llevaba a través de la puerta a una habitación oscura llena de hedor que me hizo retroceder instintivamente.

—¿Cómo estás? ¿Dónde has estado viviendo? ¿Te quedaste en la ciudad?

Nunca me atreví a irme. ¿Todavía tocas el piano? ¿El espagueti sigue siendo tu comida favorita? —Finalmente se volvió hacia mi expresión plana, y sus ojos, aunque ya no estaban carente de emoción, todavía parecían grises y vacíos con apenas un atisbo de emoción debajo.

Permanecí en silencio con mis ojos moviéndose alrededor de la habitación llena de hedor. Yo no estaba seguro de lo que estaba destinado a ser. ¿Tal vez, cuarto de estar o una sala de estar? ¿Quizás incluso una salita o un estudio? Se veía horrible, y podía oír el rasgueo revelador de bichos en las paredes. Había un sofá en el otro extremo de la habitación que parecía marrón pero que probablemente alguna vez fue de un beige claro. ¿En qué tipo de agujero de mierda esta mujer estaba viviendo?

Cuando mi mirada se desvió de nuevo a la de ella, se estaba retorciendo las manos con nerviosismo, escaneando la habitación con sus grandes ojos vacantes de emoción.

—¿Puedo ofrecerte algo de be...? —Ella se detuvo bruscamente con una rigidez notable y apartó la mirada de la mía, desvaneciendo todo rastro de emoción—. No deberías estar aquí —susurró con brusquedad, y yo estuve agradecido hasta el infinito de no haber dejado que mis emociones esperanzadoras me penetraran.

—Lo sé —le dije con sinceridad antes de mirar por encima de su hombro y buscar por mi lado para mi salvavidas. La encontré en la puerta agitando su falda roja de lado a lado y sonriéndome con dulzura. Ella empezó a tararear algo en voz baja, y cuando lo reconocí como el tema *Scooby Doo*, una suave risa escapó de mis labios. Sus labios rojos se curvaron en una sonrisa y ella me guiñó un ojo.

Estando ya suficientemente distraído del dolor que sus palabras amenazaban con producir, me giré hacia mi madre y aclaré mi garganta.

—Solo vine a pedir disculpas, y después me iré —hablé con rigidez mientras sus ojos examinaban mi cara de esa forma incomoda de nuevo.

—Sacaste su nariz —soltó ella y se acercó otro paso antes que sus cejas se fruncieran en voz baja—. ¿Pedir disculpas? —Preguntó, inclinando la cabeza y buscando mis ojos.

Asentí con brusquedad y de alguna manera reuní el coraje para seguir adelante. Creo que solo había bloqueado todas las emociones, y el entumecimiento lo hizo posible.

—Sé que la cagué en ese entonces y que arruiné tu vida, y solo quería que supieras que yo estuve-estoy-muy arrepentido. —Mi voz estaba tan controlada, que incluso me sorprendió *a mí*. En mis oídos, podía escuchar la voz

tranquilizadora de Beth, pero no podía discernir sus palabras.

Sus ojos grises se estrecharon y frunció el ceño aún más, estudiando mi cara otra vez y acercándose otro paso.

—¿Qué acabas de decir? —Preguntó, y pude ver sus manos en mi periferia apretándose en puños a los costados.

Repetí mis disculpas de nuevo, aunque esta vez me abstuve de usar el improperio. Me pregunté si tal vez eso había arruinado la sinceridad de la disculpa, aunque ella solo pareció volverse más confusa y molesta a la vez que se acercaba aún más. Me estaba preparando de nuevo para recibir un golpe, sabiendo muy bien que permitiría que esta mujer me dañara físicamente y que no haría ni una maldita cosa para detenerla. Desde algún lugar de la habitación, pude oír el resoplido suave de Beth.

—¿De qué tienes que disculparte? —Rechinó y pude ver su mandíbula apretándose, a la vez que sus ojos brillaban con la humedad y yo luché para permanecer calmado. La odié en ese momento mientras me paraba en su agujero de mierda que supuestamente era un apartamento y miraba a su figura parecida a un esqueleto temblar. Como si esto no fuera lo suficientemente difícil, ella quería que yo dijera las malditas palabras y todo. ¿No podía simplemente aceptar una maldita disculpa? ¿No podía darme eso?

—Lo siento por el... fuego, y lo siento por no haber ayudado... —Mi voz tembló y estaba rezando que no me hiciera decir más. La voz de Beth en mi oído estaba susurrando sobre las cosas más estúpidas: la temperatura perfecta para que las chispas de chocolate se derritieran, la forma correcta de cortar la carne vacuna, contra la corriente para obtener la máxima sensibilidad. Ella utilizó pedazos del pasado en un intento de calmarme.

Apenas funcionó.

Mi madre palideció y retrocedió antes de sacudir la cabeza.

—Debemos sentarnos. —Hizo un gesto hacia el sofá, y en la oscuridad de la habitación, apenas pude vislumbrar un brillo tenue en su mejilla. El entendimiento de que ella estaba llorando me hizo enfurecer, aunque no sabía si era contra ella, o contra mí mismo. Pero caminé hacia el sofá oscuro y tensamente bajé para sentarme en el borde del mismo.

Beth estaba ahora a mi lado, y me sonrió con ternura.

—Una vez que tienes tu bandeja de saltar lista tienes que ser rápido, midiendo el punto de calor del aceite que estás utilizando. La preparación adecuada es la clave, Maddox. —Ella tenía la expresión más severa en su rostro, y fui capaz de recordar con claridad el día en que me había dicho esas palabras.

Yo estuve agradecido por esta versión de Beth Roja. Ella era mucho más realista. Me permití una sombra de sonrisa y me moví para mirar a mi madre.

La habitación estaba en silencio, y yo no iba a hablar primero. No me sentía cómodo en el sofá, pero no me atreví a moverme un centímetro. De vez en cuando, Beth hablaba y mencionaba algo familiar y relajante. Después de lo que pareció una hora de silencio todavía entre nosotros, mi nariz había comenzado a aclimatarse del hedor en la habitación. Mis manos estaban todavía húmedas, pero mantuve las palmas hacia abajo sobre mis rodillas, negándome a estremecerme cada vez que ella hacía un movimiento.

Mirarla se sentía tan diferente y extraño. Había pasado tanto tiempo mirando a caras que no se parecían a las mías. La gente a veces hacían intentos para vincular las características de Albin y las mías si no estaban enterados de nuestra situación, pero en verdad no había ninguna. Aquí, yo estaba mirando las cosas que eran familiares en mi propia cara. Yo había esbozado sus labios y el mentón durante años, pero realmente mirarlos, sintiéndolos tangibles, me dieron una sensación extraña y falsa de pertenencia.

Se apoyó en el brazo de una silla cercana y empezó a alisar su cabello con las manos. Había una ventana detrás de ella, iluminando su silueta y haciendo imposible que pudiera seguir viendo su rostro con claridad. Yo estaba agradecido.

—Te culpas por algo —susurró dejando caer sus manos en su regazo.

Una risa sin humor surgió de mi pecho antes que pudiera reprimirla.

—¿Hay algo por lo que no *debería* ser culpado? —Le pregunté sin humor, ignorando el sonido de chasqueó de desaprobación de Beth a mi lado. Ella estaba actuando demasiado bien como Beth.

—Dime por qué piensas esto —susurró en un siseo casi venenoso, y pude ver la silueta oscura de sus hombros ponerse rígidos por la tensión. Pude sentir una esquina de mis labios elevarse en una mueca dura a la vez que mis ojos se estrechaban.

La Beth a mi lado tuvo solo un suave suspiro de derrota y una palabra para ofrecer a este intercambio: "Maldita sea".

—Lo pienso porque lo hice—gruñí descaradamente mientras mi ira y el resentimiento se mezclaban y consumían mis emociones—. Lo pienso porque yo soy el hijo de puta que dijo "Hey, es cálido y seco, y hay una gran jodida cantidad de tela aquí. Vamos a usar velas —escupí secamente, sintiendo menos satisfacción por su mueca de dolor de la que había esperado. Yo sabía que estaba mal, pero no tenía ningún control sobre el creciente volumen de mi voz—. Lo

creo porque lo vi quemarse para la mierda hasta la muerte y no hice nada. ¿Es eso lo que quieres oír? ¿Eres feliz ahora? —Terminé, o al menos pensé que lo había hecho, pero sorprendiéndonos a ambos, mi cuerpo se tambaleó hasta elevarse, y miré con desprecio a su silueta—. Lo pienso porque mi madre me botó como un pedazo de basura a la calle. Dime si estas respuestas te satisfacen, mamá, porque yo podría seguir durante horas. He tenido diez malditos años para pensar mucho sobre ello. —Me burlé, y... *joder, eso se sintió bien*, por aproximadamente un minuto, y luego me quedé horrorizado por mi arrebato y de inmediato me hundí de vuelta en el sofá—. Lo siento —me atraganté con remordimiento, tratando de recuperar el control de mis emociones al inhalar el olor del aire profundamente. ¿Qué diablos estaba haciendo? Había perdido de vista mi objetivo, y Beth había convenientemente desaparecido de mi lado. No logré nada con esto. Austin no tenía ni puta idea de lo fácil que le había resultado a él.

El cuarto oscuro cayó en un silencio incómodo, y después de muchos minutos de observar su figura rígida en mi periferia, comencé a formar un plan de escape. Mi mente lo calculó ociosamente: podía levantarme del sofá, pasar la cocina, y salir por la puerta en tres segundos si corría lo suficientemente rápido. Y confíen en mí. Correría lo suficientemente rápido.

Después de unos veinte minutos de este silencio acusador, un gemido abrupto surgió de ella, y desvié mi mirada lo suficiente para ver que cubría su boca con su mano. Fruncí mis cejas y dejé caer mi cara en mis manos, sintiendo la culpa de mi arrebato consumiéndome con remordimiento. Mi plan de escape se estaba viendo tan atractivo que me acerqué más al borde del sofá, listo para partir.

De repente, ella habló con una voz uniforme y sin tono, desvaneciendo todas las pruebas de su gemido.

—Sé que no me has visto durante los últimos diez años, así que realmente no podrás apreciar lo que estoy a punto de decir, pero... —Hizo una pausa, y pude ver que desviaba su cabeza para mirar por la ventana, la línea suave de su perfil iluminada y aguda—. Nunca me he sentido más merecedora de la muerte que en este momento —terminó en voz tan baja que tuve que forzar mis oídos para oír.

Sus palabras me desconcertaron, y mantuve mi cuerpo quieto y preparado para escapar. *La preparación adecuada es la clave, Maddox*. Con un suspiro agonizante, se levantó de su posición y se acercó a mí. Mi cuerpo vibraba de tensión a cada centímetro que se acercaba a mí. Cuando llegó lo suficientemente cerca, se agachó, inclinando la cabeza para mirar a los ojos. Su ceño fruncido parecía lleno de repugnancia y asco, y la visión de ello hizo que mi estómago se

revolviera a pesar de mi insistencia para permanecer sin ser afectado.

—El fuego fue por una falla eléctrica, Maddox —susurró ella, permitiendo que su cara se relajara mínimamente mientras se acercaba más a mis rodillas. Mis cejas se juntaron en confusión a la vez que me apartaba y pegaba mi espalda en el sofá. Sin embargo, ella se acercó más y continuó—: Yo nunca te he culpado, y tú no puedes tomar ni un gramo de culpa por nada. —Su expresión se volvió furiosa a la vez que se acercaba a mí, ahora lo suficientemente cerca como para tocar mis rodillas mientras yo me apartaba. Sus manos agarraron bruscamente las mías y las apretó con fuerza mirándome a los ojos con una expresión frenética—. No te lo permitiré.

—¡Deja de mentir! —Un grito ensordecedor y sorprendente surgió de mi garganta, me tambaleé del sofá y me lancé hacia la puerta.

—Por favor no te vayas. —Mi mano acababa de agarrar el pomo cuando ella suplicó en un gemido de dolor y desesperación.

Podría haber sido capaz de ignorar la petición si no hubiera estado reforzada por sollozos fuertes y agonizantes que desgarraban mi conciencia. Golpeé la palma de la mano contra la puerta con un gruñido penetrante de frustración y me di la vuelta desplomándome contra ella en derrota. Ya sea que quiera admitirlo o no, ella tenía más poder sobre mí que nadie, incluyendo a Beth. Me hizo sentir increíblemente más resentido y amargado.

Mi cuerpo se deslizó por la puerta y me apoyé contra ella con las rodillas contra mi pecho. Listo para irme, sabiendo que no podía, y odiando cada puto segundo de ello. ¿Y dónde *coño* estaba Beth cuando la necesitaba? Mi cabeza descansaba contra la madera mientras miraba fijamente hacia delante. Me senté por un largo tiempo en la oscuridad contra la puerta, y los únicos sonidos de la vivienda eran sus constantes sollozos ahogados y el rascado distante de la plaga. Cerré los ojos y envolví mis brazos alrededor de mis rodillas. Me imaginé que estaba en mi cama con mi chica. Sus pies fríos acariciaban mis tobillos, y yo estaba sonriendo en su cabello. Estuve dormido en cuestión de segundos.

En algún momento de la tarde, había bajado mi cuerpo y lo había acurrucado contra la puerta. No pude dormir mucho antes que me despertara con un recuerdo violento de las llamas lamiendo mi pecho. Me senté con brusquedad, frotando frenéticamente mis ojos y temblando contra la madera de color amarillo. Al principio había olvidado dónde estaba, y me tomó un momento de pánico para volver a estar lúcido y lo suficientemente coherente para recordar todo. Mi respiración se escapó en jadeos, y mi rostro humedecido se sentía frío y pesado.

Me tomó un buen tiempo recuperarme del sueño mezclado con el pánico de despertar de él en un lugar desconocido. Ansiaba desesperadamente un cigarrillo y me maldije por dejarlos en el auto. Forcé a mis oídos para escuchar cualquier movimiento dentro del edificio oscuro, demasiado ansioso para comenzar a buscar por mí mismo. Después de muchos minutos de no oír nada, me levanté de mi posición y me paré con torpeza estirando mis músculos rígidos.

Decidiendo que podía salir sin ser notado y abrumado con el deseo que se apoderó de mí, giré delicadamente el pomo de la puerta y la abrí. Crujió ligeramente, obligándome a detenerme y fruncir el ceño con desdén a las bisagras anticuadas. Eventualmente, conseguí abrirla lo suficiente para deslizarme fuera y cerrarla con suavidad. Ya había empezado a oscurecer, y podía sentir el aire enfriándose por el sol poniente. El aire de la noche era sorprendentemente fresco en comparación con el olor al que casi me había aclimatado.

Caminé directamente hacia el *Audi* y cogí un cigarrillo en cuestión de segundos. Y entonces recibí esta... oportunidad. Podría haberme ido entonces mientras me inclinaba sobre mi asiento y cogía mi encendedor de la consola. Yo podría haber escapado de toda esta jodida situación y continuado con mi vida.

Pero no podía hacerlo, y si fuera sincero conmigo mismo, en verdad no tenía nada que ver con su petición de que me quedara. Tenía curiosidad sobre la mierda que ella había dicho, y quería saber lo que significaba. Quería saber por qué, si ella realmente no me culpaba, me había enviado lejos. Siempre fue más fácil para mí creer que ella me odiaba por lo que sucedió. Tenía sentido para mí. Hacía que todo encajara y cayera en el lugar correcto mientras más pensaba en ello en los últimos años. Ahora solo tenía preguntas, y consumían todos mis pensamientos.

Me senté en la escalera de entrada de su casa y fumé mi cigarrillo, mirando los coches y a la gente y dejando mi mente en blanco por el momento, hasta que la puerta detrás de mí se abrió. Volví la cabeza y entrecerré los ojos contra los rayos del sol que cayeron sobre mi cara.

Su mirada estaba plana y vacía, aunque aún así interrogante. Era interesante ver cómo cada una de sus emociones se hallaba atada en el «nada en absoluto» que ya estaba presente en sus ojos.

—Temía que te hubieses ido —admitió en voz baja, su mano aún permanecía en la perilla. Yo levanté mi mano sin decir palabra en explicación antes de mirar de nuevo a la calle.

Después de un momento oí cerrarse la puerta, y antes que pudiera

preguntarme si ella había vuelto a entrar, estaba sentándose a mi lado.

—No deberías fumar. Y no deberías maldecir tampoco —me reprendió con desaprobación.

Me reí sin alegría.

—¿En verdad? —Arquee una ceja por su audacia. No tenía derecho, y me di cuenta cuando sus ojos se posaron sobre su regazo con desaliento que también sabía eso. Tomé ese breve momento de su abatimiento para realmente verla, y deseaba poder encontrar una palabra mejor que «cadáver famélico», para describir cómo se veía, pero no pude. No se parecía en nada a la mujer que una vez me arrulló para dormir e hizo mis comidas. No podía imaginarla en una cocina o haciendo cualquier actividad doméstica aunque quisiera. Era una poco jodidamente abominable cómo se las había arreglado para lucir así de... muerta.

Tardíamente, olí un aroma muy distintivo que emanaba de su alrededor, e hice una mueca de disgusto cuando la vi mecerse un poco.

—Estás borracha —acusé agriamente, incrédulo de que ella hubiera intentado reprenderme por fumar cuando estaba bebiendo.

Encontró mi mirada y frunció el ceño, las líneas alrededor de sus ojos y labios se acentuaron por su expresión.

—No iba a hacerlo, pero yo... yo... no fue mucho —tartamudeó, sus ojos brillando con un esmalte muy particular de embriaguez cuando me miró suplicante. Aparté la vista, molesto, preguntándome ociosamente la frecuencia con la que ella no «tomaba mucho».

Consideré que tal vez era un mal momento para hacer mis preguntas dada su falta de sobriedad, pero la quietud de la noche y mi reposo reciente me había hecho sentir más fuerte, y no sabía cuánto tiempo duraría esa fuerza.

—¿Por qué? —Le susurré a mis pies, y no tuve la necesidad de hacer la pregunta completa porque ella la había estado esperando. Suspiró.

—No sé si en verdad podrías comprenderlo.

—Esa es una respuesta de mierda. —Tiré el cigarrillo y utilicé la punta de la bota para aplastarlo contra el concreto.

Después de una pausa pesada, sentí su mano descansando sobre la mía.

—Mírame —apeló con tristeza, y lo hice. Ella negó con la cabeza, su cabello grueso y grasoso golpeando la tela en su hombro—. No, Maddox. *Mírame*. —Hizo un gesto medio lento que recién notaba ahora, y luego a la puerta detrás de ella—. ¿Acaso esto luce como una madre capaz para ti? —Preguntó, y pude detectar el tono de auto-odio en su voz a la vez que retiraba su mano y miraba al suelo con amargura—. Yo morí con tu padre, y no hay manera de regresar de

ello. Bebo todos los días hasta que no puedo pensar en nada más, y luego me desmayo, a veces sobre un montón de mi propio vómito, todo el tiempo deseando por el desahogo de la muerte, a pesar de saber que no la merezco — terminó y me observó a través de sus párpados muy cargados.

Hablé antes que tuviera la oportunidad de reflexionar realmente sobre mis palabras:

—Genial, es bueno saber que mi talento para el puto dramatismo absurdo es hereditario —le respondí con amargura. Su mueca fue satisfactoria—. Por supuesto, al menos cuando yo lo hago no estoy hiriendo a nadie más que a mí mismo —escupí y regresé mi mirada hacia la calle en una negativa a ver el aguijón en su expresión. En secreto, me pregunté sobre cuán ciertas eran mis palabras pero sabía que ella no tenía forma de darse cuenta que yo no tenía a nadie a quien hacer daño. Mi resentimiento creció.

—¿Me creerías si te digo que lo lamento? —Preguntó con voz suplicante, y yo bufé de regreso. No dejé de notar cómo la sartén había cambiado de mango tan drásticamente. Joder, me regodeé en ello—. No tenía idea que pensarías durante todos estos años... —Su voz cambió hacia una voz obvia en un intento de explicarse.

—Déjame ver si entiendo esto —empecé y me volví hacia ella, un poco altivo por tener el control pero cabreado y ligeramente incrédulo. Ella asintió y esperó a que formara mi evaluación. Sonaba tan malditamente ridículo—. Me enviaste lejos porque no podías ser una buena madre... no, no, no. Espera. No era que no podías, sino que no *querías*. —Se estremeció y su rostro se contorsionó en una expresión de dolor, pero continué—: ¿No me ofreces esta completamente jodida excusa vana y pobre antes de enviarme lejos, y sin embargo, de alguna manera un niño de nueve años de edad se supone que lo entendería? —Mi enojo aumentó con la verdad en mis palabras, y pude verlo reflejado en sus ojos como remordimiento. Me volví frenético y casi maníaco mientras me reía y sonreía con resentimiento—. ¿Tú de alguna manera imaginaste que cuatro años en casas de acogida del estado, las cuales, claro está, están llenas con una sobreabundancia de completos malditos psicópatas con baja calificación para dar cuidados, era mejor que estar con mi madre? —Le pregunté con incredulidad, mi pecho se sintió repentinamente pesado con respiraciones fuertes y duras que picaban en mi garganta.

Fue entonces cuando me golpeó, y se sintió como si todo mi mundo estuviera girando en su eje. Había estado sobreviviendo durante todo ese tiempo con una simple verdad... y era *todo una mentira*. Debería haber hecho que me sintiera

mejor y me reivindicara, pero no fue así. Me hizo sentir malditamente enfermo. Todos los años que pasé odiándome, solo me odiaba porque estaba muy seguro de que ella me odiaba. Si nunca hubiese estado bajo la percepción que mi madre (la única persona en el mundo que se suponía me quería incondicionalmente) me odiaba, entonces yo podría haberme perdonado a mí mismo un día, *yo lo sabía*. Podría haber sido feliz y normal, y... mejor.

Me sentía tan condenadamente robado.

Mi cuerpo comenzó a mecerse sin pensarlo, casi como aquel día con Beth, y mis brazos envolvieron mi torso. Todo era diferente. Todo era mejor. Todo era peor. Tenía ganas de llorar al principio, pero luego quise gritar. Antes que pudiera abrir la boca, mis emociones cambiaron de nuevo, y entonces quería malditamente romper algo.

Sobre todo, quería que me lo regresaran todo. Quería recuperar todo lo que ella no había permitido que tuviera. Quería los cumpleaños y las cenas y el arrullo. Quería regañarla por beber y cuidar de ella mientras se sanaba. Quería verla pasar su duelo y saber que yo no lo causé.

Esa era otra cosa que ella me robó. Antes que pudiera controlar la corriente abrumadora de emoción que la súbita comprensión lanzó inesperadamente sobre mí, un sollozo ahogado surgió de mi pecho, y la sentí tambalearse a mi lado.

Ella me robó mi tiempo de *duelo*.

Había estado tan jodidamente ocupado en llorarla a ella, que nunca tuve la capacidad de llorar a la única persona que murió. Nunca llegué a llorar a mi padre ni a hacer duelo por su muerte. Él aún seguía siendo esta deuda no pagada en mi memoria que nunca pude acceder porque *la pérdida de ella* lo eclipsó todo en mí, incluso él, y había estado creciendo todos estos años, infectándose y esperando la oportunidad de obtener mi atención.

Ahora, estaba ahogándome, y tenía que forzar la cabeza entre mis rodillas para controlar mi respiración dificultosa. Sentí su mano en mi espalda y en mi cabello, pero era demasiado de una sola vez. Nueve años de agonía completamente velada y descuidada me golpearon sin previo aviso, y sentí la angustia devorándome. Me permití recordar cosas sobre él que nunca había intentado siquiera recolectar. Recordé su cartera de piel y cómo siempre me fascinó. Él me había dejado abrirla y jugar con el dinero y las tarjetas de identificación, y mi embeleso lo divertía. Él me había levantado sobre sus hombros durante los desfiles callejeros. Siempre me había traído a casa un regalo cuando regresaba de un viaje de negocios. Se había disculpado en mi nombre y había culpado a mi madre. Él me había entrenado para softbol por dos

años y me había animado a seguir siendo disciplinado con mis clases de piano a pesar que yo me frustraba fácilmente. Él fue cariñoso, atento, y con cada nuevo recuerdo que surgía mi cuerpo temblaba con más violencia por los sollozos.

Ella se acercó a mi lado y me sujetó en un abrazo apretado y áspero, balanceándome con dulzura mientras yo lloraba y finalmente conseguía mi oportunidad de duelo. Le permití cualquier consuelo que ese gesto le concediera, porque ese no me ofrecía a mí ninguno en absoluto.

Me quedé mirando fijamente al papel y mordí el interior de la mejilla ausentemente. Tenía esas líneas azules y los márgenes rojos con los que estaba tan familiarizado, pero no podía encontrar las palabras. Alcé la mirada cuando oí un fuerte ruido de la sala y dejé caer el papel, corriendo por la habitación hacia el pasillo. Mi madre estaba allí, apoyada contra la pared en un estado de estupor, y le tomó a sus ojos varios segundos enfocarse en los míos. Apreté mi mandíbula y me acerqué a ella, agarrando su brazo con firmeza y ayudándola a entrar a la habitación al final del pasillo.

—No quise que... tú... no-no aquí. Vete. —Arrastró las palabras con torpeza, tropezando con sus propios pies a medida que yo soportaba su peso y la acomodaba sobre la cama. Se acomodó en la suciedad de su ropa de cama y mis puños se cerraron con fuerza a mis costados a la vez que hacía planes para limpiarlas. Simplemente no era jodidamente habitable. Su cabello cubría la pálida palidez de su cara cuando comenzó a murmurar casi incoherentemente—. No deberías estar aquí.

Puse los ojos en blanco y me volví para salir de la habitación, apagando la luz al pasar por el interruptor y cerrando casi toda la puerta detrás de mí. Todavía podía oír el rasgueo de los bichos y los insectos mientras regresaba a mi lugar en el sofá, mis mantas y almohadas amontonadas en el extremo donde yo había dormido las dos noches anteriores.

Desde que mi eje había sido girado, dormir era peor en algunos aspectos, mejor en otros. Algunos sueños se hicieron menos frecuentes, mientras que otros surgían más. En su mayoría los de él. La herida que me había devorado tres noches atrás seguía abierta y adolorida. No se sentía como si fuera a disminuir alguna vez, y me preguntaba cómo podría hacerlo. Era como la primera vez que en verdad había perdido a alguien que amaba. Era una tortura.

Conteniendo la emoción que se levantó en mi pecho, volví mi atención al papel y presioné la pluma en el mismo. Era una maldita cosa tan fácil por hacer. ¿Entonces, por qué se me estaba dificultando tanto? Probablemente ya sabía la respuesta a eso. Con una exhalación temblorosa, empecé a mover el lápiz

rápidamente, sin siquiera molestarme en volver a leerlo una vez que lo terminé. Lo doblé cuidadosamente y lo guardé en el sobre, sellándolo antes que pudiera cambiar de opinión y volver a escribirlo de nuevo.

Salí a fumar un cigarrillo, y el aire fresco era irónicamente agradable. Antes de terminar, caminé una cuadra de la carretera y me detuve en un buzón de correo. Deslicé el sobre en el interior y lo sostuve por unos momentos con aprehensión. Con un aumento final de determinación fui capaz de dejarlo caer, viéndolo desaparecer en la oscuridad.

Beth

Me había convertido en un cohete. Traté de invocar una metáfora más apropiada para cómo me sentía, pero no salió nada lejos de esa en particular. Los programas de noticias cubrían el despegue de cohetes cada vez que sucedía. Ellos no lo hacían solo porque es una cosa interesante de ver. La gente ve los lanzamientos porque están a la espera de que algo salga mal. Todos ellos están esperando que el despegue encuentre alguna circunstancia horrible y explote en miles de millones de diminutas partículas matando a todo el mundo a bordo en el proceso. El momento en que el «accidente» ocurre, el canal que lo emite ha recibido el mejor premio gordo. Todo el mundo quiere un asiento de primera fila ante una buena catástrofe fatal.

Por otra parte, tal vez me he vuelto demasiado cínica para mi propio bien.

Sin embargo, así era como me sentía. Me había convertido en este espectáculo para los que me rodeaban, y me sentía como si estuvieran esperando a que una circunstancia horrible sucediera. Lo que me parecía ridículo porque... ¿no lo sabían? Yo ya había experimentado mi explosión hacia el olvido. Llegaron tarde para el espectáculo.

No habrá altos ratings para ellos.

Todos comenzamos una rutina muy predecible, y aunque sabía que debía casi haber matado a Beatrice darme mi espacio en la casa de Albin, lo hizo. No sé cómo sucedió. Tal vez fue Sabrina, o tal vez el propio Albin fue mi defensor en darme mi «momento de perra perezosa y taciturna». Tal vez Daphne jugó un papel también. No podía saber, y mientras pasaban las semanas, encontré que me resultaba por completo imposible que me importara.

Caminaba a mis clases con quien fuera que tuviera la clase más cercana. Mantenía mi cabeza abajo. En realidad no estaba haciéndolo para ocultarme o algo así. La suciedad en el suelo era mucho más atractiva que las mismas miradas y viejos susurros. La tierra era siempre nueva. Algunos días era de barro, y otros días tenía más bien una consistencia arenosa. Algunos días estaba más roja que otros, y si yo era realmente afortunada, algunos días mis ojos caerían sobre un papel o envoltura de dulces abandonado. No hubo intención de tener un significado oculto en ese pensamiento, pero era del todo apropiado. Para quién, no podría decirlo. Tal vez para todo el mundo.

Por otra parte, tal vez estoy siendo demasiado analítica para mi propio bien.

Los almuerzos se volvieron muy normales, y descubrí (para mi sorpresa) que

eso me cabreaba. Todo el mundo existía como si todo estuviera perfectamente bien y una parte enorme de nuestras vidas no estuviera vacante en el asiento contiguo al mío. Austin y Sabrina sonreían y se besaban, y Daphne y Darren susurraban de ida y vuelta llevando sonrisas similares de satisfacción. Todos estaban tan asquerosamente plácidos. Hacían intentos para incluirme en la conversación solo para ser evadidos por mi actitud «Me importa una mierda». No les afectaba. Fastidiosa y bastante imposiblemente, todos parecían identificarse con mi estado de ánimo.

Después de mi primer día de regreso a clases, empecé a irme a casa con Austin y Sabrina. Cuando Austin me había encontrado esperando por su Jeep, sus cejas se habían elevado por la sorpresa.

—¿Necesitas que te lleve? —Había preguntado con incertidumbre, permaneciendo a una distancia prudente. Asentí sin decir nada y entré en el vehículo, a pesar que sus palabras no eran exactamente una invitación. Él no pareció importarle, y Sabrina, que se había convertido en mi sombra siempre presente, había encontrado el cambio en la rutina bastante divertido.

—Por lo menos haz que te ofrezca un dulce primero. —Había dicho ella aquel día, aunque me di cuenta de que estaba contenta con mi comodidad recién encontrada en su presencia. O por lo menos lo que ella pensaba que era comodidad. A decir verdad, yo estaba esperando para mi momento Austin. No quería que él adivinara lo que venía.

Daphne estaba herida y molesta por mi distancia aunque lo negaba siempre que Sabrina se atrevía a mencionarlo. Quería consolarla pero no me encontraba en ninguna posición para hacerlo. Me negué a regresar a la casa de Beatrice, y me daba cuenta que Daphne se sentía incómoda al visitarme en la casa del doctor Lane. En su lugar, he tratado de estar lo más disponible posible para ser su compañía en la escuela.

Uno de los primeros días en los que regresé a la escuela, ella me había jalado hacia un lado y me había preguntado:

—¿Vas a estar bien? —La preocupación y el temor en sus ojos me exasperaron. Para aligerar lo que probablemente ella sentía que era una situación muy grave, me reí y le di unas palmaditas en la cabeza.

—Te preocupas demasiado. Solo estoy durmiendo a que los Lane, no voy a mutilar mi carne con hojas de afeitar ni nada así. —Parecía haber calmado suficiente sus temores por el momento, por lo que ella había sonreído y se había ido conmigo a clase, teniendo mucho cuidado de no hablar de los temas prohibidos de Maddox o Beatrice. Yo sabía que quería ayudar de alguna manera,

pero la verdad, no había nada que pudiera hacer excepto darme espacio. Creo que ella se dio cuenta de esto después de muchos días de hacerme las mismas preguntas.

Cuando llegaba a casa con Austin, entrábamos a la casa de los Lane, y yo subía las escaleras hasta el tercer piso. Él nunca hizo ningún intento de detenerme o hacerme compañía. El pobre chico probablemente estaba más nervioso en mi presencia de lo que yo estaba con la suya.

Nunca me puse la chaqueta de cuero de Maddox, pero de vez en cuando me inclinaba hasta donde yacía sobre el sofá e inhalaba en ella. Simplemente no se sentía correcto usarla. Se sentía como admitir que era un recuerdo y no algo por lo que él planeaba regresar a casa.

Pasaba mi tiempo haciendo varias cosas, sobre todo revisar las pertenencias de Maddox bastante descaradamente. Justifiqué eso con que era su novia, y me sentía con derecho ya que sabía que yo le habría permitido el mismo privilegio si pudiera. A veces Sabrina volvía a casa con Austin y me hacía compañía mientras yo hacía los deberes en su cama. Maddox había dejado su *iPod*, y yo escuchaba su música cuando hacía la tarea, e incluso utilizaba sus libros de texto en lugar de los míos. Tenían varias hojas de tareas destrozadas descuidadamente entre las páginas, flecos de papel de cuaderno colgando hacia fuera en todas direcciones, y por alguna razón, esto me hacía sonreír. Ensayos a medio terminar y hojas de cálculo con la letra de Maddox me saludaban con cada vuelta de página, y se sentía como una sorpresa cada vez.

En las noches saqueaba sus cajones del tocador y utilizaba su ropa. Cuando usé su camiseta blanca y calzoncillos oscuros, me sentí como si fuera *suya*. Era un poco ridículo, y podía imaginar la expresión de su cara cuando lo descubriera. Decidí imaginarlo divertido en vez enojado por ello.

Su mesa de noche era más intrigante... y exasperante. En el cajón de abajo (que era claramente su cajón muy privado de «adolescente hormonal») había hecho varios descubrimientos espantosos. Siempre he sabido que me iba a encontrar algo menos que decoroso mientras saqueaba la habitación de un adolescente. Había sido prudente y estado segura de que cualquier cosa que encontrara no me molestaría, pero la revista pornográfica que estaba escondida profundamente en el cajón amenazó con dañar esa resolución. Hice una mueca ante las fotos de los pechos y poses repugnantes antes de arrojarla airadamente hacia un lado y continuar con mi misión. Las notas de las chicas fueron lo peor. Siempre había sabido que Maddox era atractivo y buscado por la mayoría de las mujeres de nuestra edad, pero las cosas que le escribían eran sorprendentes.

Debió haber obtenido cientos de notas con los años, pero solo guardó estas... las notas más sucias, profanas y libertinas que describan las distintas fantasías protagonizándolo a él. Me tomó solo un segundo imaginar por qué guardó estas antes de levantarme airadamente y arrugarlas en mis puños.

Había ignorado la gruesa capa de polvo que recubría el mango del cajón que claramente significaba el desuso y había reunido los elementos ofensivos. Los había tirado al cesto de la basura con una sonrisa. Por desgracia, eso había alimentado mi curiosidad y celos, y la puerta del armario había comenzado a burlarse de mí con los tesoros ocultos que residían dentro. El único lugar donde no podía aventurarme. Casi le había pedido a Sabrina que la vaciara para mí en una de sus visitas regulares pero temía que ella invadiera su privacidad. Ni siquiera se sentía bien cuando yo lo hacía, y aunque mi culpa duraba poco cuando consideraba su falta de comunicación y su repentina partida, el espionaje finalmente perdió su brillo.

Nunca sabía a qué hora Albin regresaba a casa, porque siempre estaba en la habitación de Maddox haciendo estas cosas. Tarde en la noche cuando mi estómago retumbaba, me escapaba a la planta baja y hacia la cocina. Me hacía algo pequeño y sencillo, todo el tiempo prometiéndome en silencio pagarle a Albin antes de regresar a la habitación.

Pasaba la noche revisando los cuadernos de dibujo y leyendo hasta que el sol se elevaba, a menos que estuviera particularmente cansada. En esos casos, dormía con la luz encendida. Me duchaba en su baño cada mañana antes de encontrarme con Austin en la planta baja para ir a la escuela. Pasaba a Albin en el pasillo, y sin decir palabra me ofrecería una triste sonrisa cuando se disponía a salir para el hospital. Nunca mencionó a Beatrice, y aunque él todavía parecía bastante deprimido, me preguntaba cuán cercanos aún eran, y si Beatrice le estaba ofreciendo algún tipo de consuelo durante la ausencia de Maddox. Tenía la esperanza que lo hiciera.

Y así el día escolar comenzaba, y se repetiría la rutina sin vacilar. Era previsible y aburrida, y aunque tenía un gran grupo de amigos listos para apoyarme, estaba sola.

Mis ojos se conocían la página del calendario de «mayo» como la palma de mi mano. Nunca necesité pedirle a alguien que me recordara qué día de la semana era. Mi mente se había convertido en perfecta sintonía con las pequeñas columnas negras de los números y las casillas en blanco. Todos los días se sentía como si un pedazo de mi nave espacial obliterada hubiera sido devuelta a mi fuselaje destrozado. Dios, me había convertido en una completa reina del drama.

Para el momento que la cuenta atrás había llegado a tres días, todo mi cuerpo empezó a tararear con anticipación. Paseaba por la alfombra dorada de la habitación y batallaba para encontrar cosas para mantener mi mente ocupada por las noches. Incluso si hubiera sentido la necesidad de dormirme, simplemente no habría sido posible. Yo estaba nerviosa durante el día en la escuela, casi vibrando con mi afán por el final del día. Corría a las clases, como si la acción hiciera que el día escolar pasara más rápido. Daphne y Sabrina luchaban para seguir mi ritmo y de vez en cuando fallaban en ello.

La hora estaba acercándose, y mientras la última mañana de la escuela se acercaba, me encontré encaramándome en la ventana de bahía de los Lane, mirando ansiosamente a la entrada y esperando que el *Audi* plateado se materializara de repente. Albin me pasó en su camino hacia la puerta para trabajar, y a pesar que dudaba que lo admitiera, podía verlo tarareando con la misma anticipación cuando me sonrió y salió de la casa.

Austin finalmente bajó las escaleras pasando su mano por encima del hombro de Albin al llegar a la puerta.

—Vamos, dama sexy. Último día de la escuela secundaria de tu servidor. Sé que no quieres llegar tarde o algo así. —Sonrió, sus hoyuelos apareciendo cariñosamente. Le devolví la sonrisa y lo seguí, tratando de ignorar las sensaciones duales de vértigo y ansiedad.

El día escolar zumbó con entusiasmo, y cada estudiante parecía vibrar con la emoción que traía el verano. No tuvimos asignaciones ni deberes, y pasamos la mayor parte del día limpiando nuestros armarios. En el momento que la última campana sonó yo era un manojo de nervios. Sabrina me encontró en mi escritorio y me llevó al estacionamiento, hablando amigablemente sobre los planes de Austin y ella para el verano y la Universidad. Ambos estaban entusiasmados ya que Albin había sugerido que adquirieran una vivienda fuera del campus.

Daphne y Darren eran puras sonrisas, y todo el mundo parecía estar exaltado. No podría decir si era por el final del año escolar, el inminente regreso de Maddox, o incluso ambos, pero por una vez me permití reír y sonreír con ellos mientras Austin nos llevaba a casa.

Estaba tan ansiosa cuando nos acercamos a la calle que contuve la respiración. Estaba esperando ver el coche en la entrada, a pesar que ya le había dado a Maddox un buen período de gracia de cuatro días. No sabía en qué tipo de condiciones para manejar se encontraba. Sin embargo, cuando nos detuvimos en el estacionamiento y lo encontramos vacía, mi estómago se hundió en la

decepción. Austin lo supo y me lanzó una sonrisa superficial de tranquilidad por el espejo retrovisor.

Estábamos entrando en la casa cuando la voz chillona de Daphne me alertó de su presencia en el patio de al lado. Estaba corriendo hacia nosotros desde la carretera con algo en la mano, y cuando por fin se acercó a mí, sus ojos eran cautelosos. Extendió la mano y el sobre hacia mí, y con un poco de aprensión, se lo quité. No había dirección de remitente, pero reconocí la letra de inmediato. Me hundí en el suelo y rápidamente lo abrí, tratando de ignorar los ojos en mí, y el susurro de Daphne a Austin:

—Es de Maddox.

Lo abrí frenéticamente, aterrorizada de que algo fuera mal, de que algo le hubiera sucedido. Cuando rompí el sobre y saqué la carta, me tomó tres segundos leerlo.

Beth,

Te amo. Te extraño. Necesito más tiempo. Lo siento.

M.

Capítulo 42: Waffles de Vainilla. PRIMERA PARTE.

Beth

Mis ojos estaban fijos en la pequeña mesa frente a mí, mirando una delgada cruz en el libro infantil que acababa de descartar. *La caída de Freddy, la hoja*. Desvié mi mirada sin expresión a la pequeña ventana de la oficina con un suspiro inaudible y observé algunas hojas caer hacia el suelo desde un árbol cercano. Solté un bufido.

Freddy, la hoja cayendo, estaba destinado a simbolizar la pérdida de un ser querido. Al parecer, los cadáveres en descomposición son comparables al follaje en el campo de psicología. Era completamente ridículo pensar que algún niño pudiese obtener una visión profunda con esas tonterías.

Puse mis ojos en blanco y dejé caer mi cabeza hacia la silla, buscando una posición cómoda. Mi subidón de cafeína se desvanecía y esta señora se estaba tomando bastante tiempo haciendo... lo que sea. Eso me molestó, como sucedía con muchas cosas en estos días, y empecé a reflexionar sobre cuán decepcionado Albin estaría con mi comportamiento si solo me fuera. Con el ceño fruncido, me di cuenta de que estaría muy decepcionado.

La puerta de la oficina finalmente se abrió y mi cabeza se elevó para ver a la mujer entrando. Ella era todo cabello: negro y brillante y cayendo hasta la cintura mientras hacía malabares con una abundancia de elementos sobre sus manos. Se encontró con mi mirada y sonrió, aunque la sonrisa fue truncada por la bolsa de papel que estaba colgando de sus dientes. Vi como ella cambiaba su maletín para su otra mano y usaba su zapato de tacón para cerrar la puerta detrás de ella. Llegó a su escritorio, lo miró pensativamente por un momento, y luego simplemente en un solo movimiento dejó caer todo sobre su superficie. Con un asentimiento, ella rodeó el escritorio y se sentó en su asiento, pero no antes de meter con rapidez la mitad de la blusa que se había salido fuera de la falda.

Cristo, puse los ojos en blanco de mujer era claramente despistada.

Cuando por fin se encontró con mi mirada, parecía estar sin aliento, pero sonrió ampliamente.

—Lamento hacerte esperar. Tengo un niño de seis años de edad —explicó mientras agitaba una mano descartándolo, como si esto fuera una excusa obvia para cualquier cosa. Frunció el ceño a una pila de carpetas en su escritorio y empezó a revisarlas sin dejar de hablar—. Entonces, señorita Lane, ¿cómo está

hoy? —Preguntó.

Todo mi cuerpo se puso rígido, y estoy segura que mis uñas se clavaron en la tapicería de los apoyabrazos.

—Señorita Michaels —corregí secamente con los dientes apretados.

—No, yo soy la doctora Sarah en realidad. Encantada de conocerte. —respondió sonriendo sin dejar de revisar las carpetas. Resoplé fuertemente.

—No, yo soy la *señorita Michaels* —anuncie, visiblemente perturbada por su error.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Oh. —Arqueó las cejas con sorpresa—. Lo siento. El doctor Lane me llamó, y supongo que asumí... —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco—. Estoy quedando como una tonta, ¿verdad? —Preguntó con una expresión de disculpa.

Hice lo que pude para relajarme y excusar su error antes de explicar.

—El doctor Lane es un amigo de la familia.

—Vale. —Sacó una carpeta y se hundió en su asiento, exhausta—. Solo dame un momento —pidió, llevando sus dedos a su sien y frotándola por un segundo. Cuando su mirada se encontró con la mía, una vez más, me miró pensativamente—. ¿Quieres hablarme sobre tu reacción cuando te llamé por el nombre del doctor Lane? —Me preguntó en voz baja.

Hice una mueca y llevé mis rodillas a mi pecho, abrazándolas fuertemente mientras lo consideraba. Finalmente respondí abiertamente, como Albin me había pedido que hiciera.

—Su hijo y yo tuvimos una relación, y supongo que ser llamada por su nombre solo... —dejé la hablar emitiendo un suspiro de frustración y le disparé una mirada que dejaba claro que ella no recibiría ninguna explicación más que esa.

Asintió con comprensión y comenzó a escribir con rapidez en un bloc de notas cercano.

—Estabas en una relación —afirmó mientras escribía—. ¿Pero ya no más? —Se encontró con mi mirada e inclinó la cabeza inquisitivamente.

Le di la versión corta con una voz tensa y los puños apretados.

—Él se fue para ir a encontrar a su madre biológica y no ha regresado. —Fue más fácil de decir de lo que esperaba, y liberé a mis pantorrillas de mi abrazo mortal.

—Él no ha regresado —murmuró escribiendo de nuevo—. ¿Y ya no se están comunicando? —Me preguntó con aire ausente, y tuve que reprimir un gruñido.

—No esperaba que esto fuera acerca de Maddox —espeté con altivez.
Se encontró mi mirada y asintió antes de regresar a su libreta.

—Maddox —anotó mientras su pluma se movía.

¿Hablas benditamente en serio?

—Mira, señorita... Michaels —dijo con un suspiro, depositando su pluma y cruzando los brazos sobre el pecho con una expresión firme—. El doctor Lane me dijo que podrías ser difícil, y lo entiendo. —Se encogió de hombros y se echó el pelo negro sobre un hombro—. Pero es probable que haya algo que debas saber acerca de mí. Me tomo en serio mi trabajo.

Solté un bufido pero ella lo ignoró.

—Si recibo una reacción por una mención de este Maddox, entonces voy a hacerle frente. Si recibo una reacción por una mención de payasos vestidos de travesti, voy a abordar eso después. El punto es, esta es mi oficina, y vamos a hacer las cosas a mi manera. No me importa lo mucho que el doctor Lane me ruegue, no tengo ningún interés en forzar a alguien a hablar conmigo. Es un desperdicio de mi precioso tiempo, tiempo que podría emplearse en ayudar a alguien que realmente quiere ser ayudado. —Se encogió de hombros de nuevo y levantó un dedo para señalar la puerta—. Así que si no quieres estar aquí, entonces ahí está la puerta, no dejes que te golpee en el culo en tu salida.

Me quedé en silencio y miré las hojas que caían afuera. Por supuesto que no quería estar aquí, pero mis pies no se movieron para alejarme de la presencia de esta señora insufrible.

Después de unos minutos de silencio, ella suspiró, y pude verla cruzar sus brazos sobre el pecho de nuevo.

—Hagamos un trato ¿De acuerdo? —Preguntó en voz baja, y sin esperar respuesta, añadió—: Vamos a hablar hoy, y al final de la sesión, te daré una serie de evaluaciones. Si tú crees que cualquiera de ellas es falsa o si todavía tienes dudas sobre el martes, entonces nunca tendremos que hablar de nuevo, ¿vale? —propuso, inclinando la cabeza hacia un lado.

Me pregunté cómo podía saber que mis dudas acerca de ella siendo capaz de ayudarme me estaban haciendo sentir tan adversa a sus preguntas. Siendo sincera, tenía razón. Ella podría estar aprovechando su tiempo en ayudar a alguien que *pudiese* ser ayudado en vez de estar dando vueltas conmigo. Era una pérdida de tiempo en cualquier caso.

Pero me recordé a mí misma que tenía mis razones para venir hoy aquí, y que no iba simplemente a irme y a descartarlas. A pesar que estaba completamente desinteresada en sus «evaluaciones», y no tenía ningún deseo de discutir sobre

Maddox, asentí y traté de relajarme en mi silla, mirándola de nuevo a los ojos.

Ella no me dio una sonrisa amplia y satisfactoria como Albin lo hubiera hecho.

—¿Maddox y tú se comunican? —Repitió y levantó su bolígrafo.

Luché contra mi frustración por tener que explicar sobre la carta pero me las arreglé para ser breve y simple.

Frunció los labios en una mueca y siguió escribiendo.

—¿Hace cuánto recibiste la carta? —Preguntó, aun escribiendo.

Hice una mueca y sentí que mi pecho se contraía dolorosamente como siempre lo hacía cuando hablaba de esto.

—Hace diez semanas —le respondí en un susurro.

—¿Por qué crees que no ha vuelto? —Continuó con otro movimiento de cabeza, después se encontró mi mirada con una expresión curiosa.

Desvié mis de nuevo hacia la ventana mientras recordaba mi primera conversación con Albin, a solas.

Me quedé en silencio en la puerta del estudio observándolo con curiosidad, tratando desesperadamente de controlar la adicional oleada de malestar que se apoderó de mí al verlo.

Albin estaba encorvado sobre su escritorio leyendo un montón de papeles, tenía un bolígrafo en una mano y la otra jugueteaba distraídamente con la esquina de una página. Tenía el cabello completamente arreglado, y aunque sus gafas hacían difícil ver sus ojos con claridad para cualquier constatación, el hundimiento de su postura le hacía parecer cansado.

Después de un tiempo, comencé a sentirme como una intrusa al permanecer de pie y mirando. Justo cuando empecé a irme, Albin levantó la vista de su escritorio, sus ojos se abrieron ampliamente detrás de sus gafas de lectura. Con un aumento adicional de la tensión sobre su aprecio, tuve un momento de limbo, decidiendo si debía o no hablarle, o cobardemente abortar a mi tarea original. Con una mirada desagradable al pasillo vacío que conducía al tercer piso, me volví hacia él yforcé una sonrisa.

Todavía era incómodo estar a solas con un hombre y mi sonrisa vaciló ligeramente cuando una vez más me di cuenta que no había nadie más en la casa. Esto era tan irracional, tener miedo de estar a solas con Albin. Sabía que probablemente se haría daño a sí mismo antes que hacer daño a otro ser vivo, pero yo aún así tenía esa punzada de temor que despertaba mi instinto irracional: luchar o huir.

Sus labios se elevaron en una pequeña sonrisa de regreso.

—Beth —me saludó en voz baja con un asentimiento titubeante y poco a poco se echó hacia atrás en su silla.

A decir verdad, realmente no había hablado con Albin desde el cumpleaños de Maddox. Era un poco inquietante comprender que había estado viviendo bajo su techo durante las últimas seis semanas y lo había visto casi todas las mañanas, pero todavía sentía pánico sobre el hecho de acercarme de manera tan directa y tan privada. Realmente había considerado llamar a Albin con el teléfono celular de Daphne o Sabrina para tener esta conversación. Una idea absurda pero no pude evitarlo.

Mientras libraba mi batalla mental, Albin apoyó las manos sobre su regazo y simplemente sostuvo mi ansiosa mirada. Su sonrisa era todavía cálida y acogedora, y sus ojos eran pacientes. Me tomó un segundo darme cuenta que me estaba otorgando el tiempo que necesitaba para reunir el coraje para entrar. Mi sonrisa se volvió un poco más genuina al comprenderlo, y aproveché su tolerancia para no presionarme a mí misma. Después de unos minutos, fui capaz de cruzar el umbral, y su rostro pareció decir que estaba satisfecho con mi progreso. Su paciencia me pareció un poco condescendiente, pero alejé esa sensación y caminé por la pared más cercana a un pequeño sofá en el lado opuesto de donde él estaba.

Esto es bueno, internamente suspiré de alivio cuando me hundí en el pequeño sofá contra la pared. Había espacio entre nosotros y el escritorio. Yo estaba bordeada y cómoda mientras apretaba mis rodillas contra mi pecho y las abrazaba. Ahora, tenía que armarse de valor para hablar con él. Esto era tan frustrante, si no aún más, que el no ser capaz de entrar en el armario prohibido de Maddox. Parecía un concepto tan simple, solo abrir la boca y hablar. Algo que hubiera sido una interacción trivial dos años atrás ahora era una batalla épica de nervios e incapacidad. Hubiera sido mucho más fácil si Maddox, Beatrice, Sabrina o Daphne hubiesen estado en la habitación con nosotros.

Albin siguió sentado y esperando pacientemente a que yo luchara para superar mi aversión. Podría haber vuelto a su tarea anterior para permanecer ocupado mientras me calmaba, pero no lo hizo. Mantuvo nuestro contacto visual en mínimo, en ocasiones extendiendo su mano para rascar su ceja o meciéndose un poco sobre su asiento. Después de diez minutos de respiración tranquilizante y de casi hacerme un agujero en mi labio, me sentí lo suficientemente cómoda como para intentar hablar.

—¿C-Cómo estás? —Le pregunté, ligeramente vacilante y abrazando mis rodillas.

Su sonrisa se ensanchó y se hundió aún más en su asiento con alivio.

—Bien, Beth. ¿Cómo estás tú? —Preguntó él, elevando las cejas de manera significativa.

Me relajé un poco más y reprimí una mueca.

—Me las arreglo. Lamento haberte interrumpido —me disculpé, sintiéndome un poco culpable por ocupar gran parte de su tiempo con algo tan aparentemente simple.

Se encogió de hombros y apoyó las manos cómodamente sobre su regazo, de nuevo.

—No es ninguna interrupción, la verdad. En todo caso, es una distracción bienvenida al tedio del papeleo. —Él sonrió genuinamente.

—¿Por qué siempre haces tanto papeleo? —Le pregunté en un susurro, inclinando mi cabeza para descansar mi mejilla sobre mis rodillas. Él siempre estaba en su estudio haciendo papeleo. Yo no podía entender por qué su trabajo lo ameritaría. ¿No es eso lo que las enfermeras hacían?

—Bueno, añado notas a cada uno de los archivos de mis pacientes y el transcriptor tiene que añadirlas a la computadora. No es necesario, pero hasta el más mínimo detalle de mi examen podría ser fundamental para el diagnóstico.

Le envolví más en la conversación con respecto a sus papeleos para condicionarme a mí misma a su presencia. Eso me hizo sentir más cómoda para hablar, y me sorprendí al saber la cantidad de tiempo que gasta en aras de su práctica. Obviamente, él se tomaba muy en serio la responsabilidad de sus pacientes. Me lo imaginé extendiendo esa meticulosidad a Maddox antes que lo adoptara, y la sombra de una sonrisa elevó mis labios.

—Una vez resolví un diagnóstico crítico al notar una uña dañada del pie. —Él levantó una ceja con fervor.

Apreté los labios y asentí sin siquiera considerar realmente su declaración. Se quedó en silencio por un segundo antes que yo decidiera que estaba lo suficientemente cómoda como para continuar con mi misión.

—Quiero información sobre la madre de Maddox —dije con toda la firmeza que pude, que...en realidad no fue mucha.

Sus cejas cenicientas se elevaron en su frente.

—¿Puedo preguntar por qué deseas esta información? —Preguntó en ese tono paternal molesto de sabelotodo que hizo que mis ojos se estrecharan en respuesta.

—¿No te parece un poco extraño que Maddox no haya hecho ningún contacto durante dos semanas? —Le pregunté, el vacío ya familiar en mi pecho

palpitando exageradamente.

Albin frunció el ceño y desvió la mirada hacia sus manos en su regazo.

—No me parece extraño, Beth. Maddox se pondrá en contacto con nosotros si lo desea —respondió con voz suave.

Lo miré boquiabierta hasta que se encontró con mi mirada de nuevo.

—¡Tal vez él no nos está contactando porque algo está mal! —Mi voz se elevó, horrorizada por su falta de preocupación.

Suspiró y apoyó un codo en su apoyabrazos, dejando caer la cabeza hacia el puño doblado casualmente.

—¿Qué podría ir mal? —Preguntó en el mismo tono que hizo que mis dientes chirriaran.

—Bueno, veamos. —Arrastré las palabras deliberadamente mientras hacía palanca con mis dedos flojos en mis piernas y los utilizaba para contar—. Accidentes vehiculares, tiroteos al azar de la ciudad, robos, enfermedad repentina e incapacitante, aviones cayendo al azar del cielo. En realidad casi cualquier cosa puede suceder y nosotros nunca lo sabríamos, Albin. ¿No te preocupa ni siquiera un poquito? —Le pregunté, incapaz de creer que él iba simplemente a descartar cualquier preocupación en absoluto.

En secreto, el vacío doloroso en mi pecho se estaba convirtiendo en pánico de que algo muy malo le hubiera pasado a Maddox. Era estúpido e irracional imaginar que la conexión entre nosotros fuera tan fuerte que yo sentiría de alguna manera si él estaba en problemas, pero no podía quitarme la idea de la cabeza.

El rostro de Albin se hundió momentáneamente antes que su expresión cambiara a una de cuidadosa neutralidad.

—Lo siento mucho, Beth, pero me temo que Maddox simplemente no quiere volver a casa... aún —añadió la última palabra demasiado tarde para mi gusto.

Bufé y apreté los puños aún más alrededor de mis pantorrillas.

—¿Cómo lo puedes saber a ciencia cierta? —Casi lo desdeñé por su actitud indiferente respecto a algo tan crucial.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos con una pesada pausa.

—Su tarjeta de crédito —murmuró, arrastrando su mano por la cara y mirándome a los ojos de nuevo—. He estado siguiendo los estados de cuenta minuciosamente, y ha tenido una actividad constante durante las últimas seis semanas. Hubieron algunas compras inusuales, pero la mayoría son indicativas de Maddox: Gasolina, alimentos, cigarrillos, incluso blocs de dibujo. —Se encogió de hombros mirándome en tono de disculpa.

La revelación creo una guerra entre mis emociones. Aunque estaba totalmente aliviada porque Maddox estuviese aparentemente bien, la noción de que él estaba en alguna parte, siendo perfectamente capaz de conducir, fumar, e incluso dibujar a la vez que elegía no ponerse en contacto conmigo, me hizo sentir una profunda sensación de... irrelevancia. Pude sentir mis ojos ardiendo con lágrimas que luché por reprimir. Desplegué mis piernas y le fruncí el ceño a mis manos que se entrelazaron sobre mi regazo.

—¿Puedo ver los estados de cuenta? —Susurré abatida. Miré suplicante a Albin a través de mis pestañas.

Suspiró y se pasó la palma de la mano por la cara una vez más.

—Te dejaré una copia en tu puerta por la mañana, ¿de acuerdo? —Ofreció, y yo asentí de acuerdo levantándome del sofá. No se me había escapado que él ni siquiera se refería a ella como la habitación de Maddox ya, sino la mía. ¿Era realmente tan fácil para Albin perder la fe en él?, me pregunté—. ¿Me prometes una cosa, Beth? —Preguntó antes que yo llegara al umbral. Me volví hacia él y casi resoplé ante la ironía de otra promesa. Levanté las cejas, expectante, mirando a Albin suspirar y frotar su frente—. Yo necesito que empieces a aceptar la... posibilidad que él no regrese. Maddox está tratando de encontrar su lugar en el mundo, y ese podría estar aquí con nosotros, o podría estar allí con ella. Necesito que consideres estas posibilidades y te prepares —suplicó con la mirada triste.

Mi mandíbula se apretó, y huí de la habitación, corriendo por el pasillo de la tercera planta. Yo no quería decirle a Albin algo de lo que me arrepentiría más tarde.

Porque Maddox volvería a casa. Su lugar estaba aquí, con nosotros.

A la mañana siguiente, había un sobre asomándose por la parte inferior de la puerta del dormitorio como él había prometido. Me pasé todo el día escudriñando los estados de cuenta bastante escrupulosamente. Fui capaz de hacer varias estimaciones dada la información que Albin había proporcionado.

Maddox estaba fumando demasiado, pero él no estaba comprando mucha gasolina para el Audi, lo que sugería que se encontraba mayormente estacionado. Había utilizado dos cuadernos de dibujo, y tres paquetes de lápices. Había comprado mantas y ropa de cama y otros artículos para el hogar, tales como toallas de baño y de cocina. Había comprado una gran variedad de productos de limpieza en las últimas cuatro semanas, todos para un entorno familiar. No estaba comiendo lo suficientemente sano, por lo general pedía la misma comida para llevar en un restaurante chino. Compró calcetines, una

pequeña cantidad de prendas de vestir, artículos de higiene, y calmante extra fuerte para el dolor. Todas estas cosas me llevaron a una conclusión: Maddox estaba bien y al parecer se había establecido en otro sitio.

No me habría llevado mucho localizar la dirección del restaurante, pero no lo hice, porque Albin tenía razón en una cosa. Dependía de Maddox encontrar su lugar y cuando él volviera a casa por su propia decisión, sería verdadero y sincero y correcto.

Solo esperaba que él lo comprendiera pronto...

La doctora Sarah pasó otro momento escribiendo antes de encontrar mi mirada.

—Entonces, ¿cómo te sentiste cuando te diste cuenta que había una posibilidad que Maddox no volviera? —Me preguntó en voz baja.

Solté una bocanada de aire y entrecerré los ojos.

—Olvidada. Abandonada. Solitaria. Con el corazón roto. Desamparada. Preocupada. No sé —me quejé y desvié mi mirada de nuevo—. Solo acepté la posibilidad hace poco, como Albin lo pidió. Esa primera conversación fue solo el comienzo. —Me encogí de hombros y tragué el nudo que se formó después de admitirlo en voz alta.

Albin y yo teníamos una rutina en la que me gustaba ir a verlo todos los miércoles para conseguir los estados de cuenta de las tarjetas de crédito de Maddox. Mientras pasaban las semanas, me iba sintiendo mucho más cómoda en el sofá en el interior de su estudio. Él me dejaba entablar una conversación casual antes de pedirle los documentos. Eventualmente, él los colocó sobre el sofá esperando por mí cuando entraba. Todavía hablaba con él, porque me sentía culpable por casi todo: vivir en su casa, exigir documentación privada, no hacer un intento más decidido para estar en su presencia.

—Te ves cansada —señaló después de unos segundos de silencio, y se encogió de hombros—. El doctor Lane dice que tienes algunos problemas con dormir. ¿Es eso cierto? —Murmuró, y pude oír su bolígrafo moviéndose a través del papel.

—Sí —fue lo único que ofrecí. Yo ya había decidido ser honesta. Era la única manera de hacerlo bien. Y hacerlo bien era la única manera de hacerlo plenamente. Y hacerlo plenamente era la única forma de saber si ella podría ayudarme a lograr la única tarea que me había conducido aquí, en primer lugar, a pesar que dudaba que lo consiguiera. Más importante, también hacerlo plenamente cabrearía por completo a Maddox. Una sonrisa vengativa estiró mis labios.

—¿Podemos hablar de eso? —Preguntó, y yo negué con la cabeza—. Bueno, ¿de qué podemos hablar, Elizabeth? —Inquirió en un tono irritado. La miré a los ojos.

—Beth —le corregí, sintiéndome bastante divertida al ver que escribía eso—. Hay algo específico de lo que quería discutir —solicité, y en su movimiento de cabeza ocioso, expliqué—: Verás, hay ese armario...

Según pasaban las semanas, la ira, el resentimiento y el rechazo que sentía como resultado de la continua falta de contacto o regreso a casa de Maddox llegó a ser centralizado en un deseo abrumadoramente intenso: ese maldito armario.

Estaba tan determinada a entrar en él que me persuadí a mí misma para intentarlo en varias ocasiones. Llegaba tan cerca que podía sostener el pomo antes de sentir como si mi corazón fuese a explotar en mi pecho. Yo intentaba, con muchísimo esfuerzo, calmarme y ajustar mi mente al concepto de abrirlo, pero nunca funcionaba. Incluso había utilizado la técnica de la desensibilización de Maddox para dar un paso y detenerme el tiempo suficiente para llegar a estar completamente relajada. Esto solo funcionó hasta que estuve a medio metro de distancia, y luego la cercanía del armario hacía que cualquier tipo de relajación fuera imposible.

Lógicamente, me daba cuenta que no había nada que temer de él. Sabía que Lou no estaba escondido en el armario a la espera de atraparme dentro como antes. Yo sabía cómo se veía, y sabía que era inofensivo. Pero mi cuerpo y mi mente no se convencían, y la respuesta que causó fue inevitable. Me llevaba horas calmarme después de un intento fallido, y pasaba ese tiempo maldiciendo el hueco de la vida de Maddox que no podía atravesar. Necesitaba entrar en ese hueco al igual que necesitaba un sueño placentero o su afecto. Se convirtió en una fijación obsesiva que consumía cada segundo en el interior de la habitación. Mis ojos se desviaron hacia la puerta y se entrecerraron con decisión. Hubo un día en que lo había intentado cuatro veces, y había fallado cada vez, lo cual me hizo sentir desesperadamente derrotada.

—¿Un armario? —Preguntó la doctora Sarah y yo asentí con la cabeza al tiempo que recordaba mi mejor intento para abrirlo.

Acababa de salir de la ducha de Maddox, y estaba mirando mi cara en el espejo empañado. Me veía tan rota como me sentía y eso me hizo frustrarme palpablemente. Sabrina había dejado algo de ropa sobre la cama, y me las puse apresuradamente, desviando mis ojos a la puerta del armario más o menos a cada segundo. Ella me dijo que Daphne había estado preguntando por mí, preguntando cuándo o si alguna vez volvería a casa. Estaba enojada conmigo

misma por alejar a todo el mundo. Había estado sintiendo esta sensación de completa alienación de todos a mí alrededor, y lo odiaba. Odiaba lastimar a Daphne y a Beatrice y a Sabrina. Odiaba ser incapaz de lidiar con cosas como cualquier persona normal haría. Odiaba a Lou por convertirme en esta persona.

Con una última mirada a la puerta del armario, volví puños mis manos y me paré de la cama, sintiéndome frustrada y culpable y significativa para todos excepto para la única persona que más importaba. Me arrojé hacia el armario corriendo, cerrando los ojos mientras mis manos encontraban el mango de metal frío y lo apretaban con fuerza.

¡Joder, solo ábrelo! Me grité internamente en un intento para hacer que mi mano se moviera. El corazón me latía de forma irregular en mi pecho fuertemente constreñido, y mi respiración empezó a escaparse por jadeos bruscos.

Es solo un armario. No hay nada dentro. Tú no serás encerrada dentro. Es solo un armario. Traté de calmar mis nervios con la lógica a la vez que apretaba el mango. Yo ya estaba perdiendo la batalla cuando comencé instintivamente a escuchar sonidos que provenían del otro lado de la puerta. Mi respiración entrecortada se aceleró, y pude sentir a cada una de mis células retroceder ante la idea de la puerta delante de mí. Mi alarma interna sonaba con tanta violencia que me estremecí, la perilla sacudiéndose ruidosamente con mis temblores. Pude sentir las lágrimas arrastrarse por mi mejilla, ya fuera por miedo o por frustración, mientras yo deseaba que mi mano solo girara la perilla.

Pero no giré la perilla. Me apresuré hacia atrás y lejos de la puerta con hiperventiladas respiraciones que volvieron mi visión irregular y poco clara cuando me lancé a la cama. Me acurruqué bajo las mantas de color marrón dando un grito ahogado y lloré durante horas. Sujeté mi almohada y me odié a mí misma por no ser lo suficientemente fuerte como para seguir allí, y por no ser lo suficientemente débil como para dejarlo ir.

Mi respiración se había acelerado solo por el recuerdo. La doctora Sarah me dio tiempo para calmarme mientras el silencio caía alrededor de la habitación.

—¿Tienes miedo de lo que está en el armario, o de estar atrapada dentro? — Preguntó ella en voz baja, después que mi respiración estuviera calmada por varios minutos.

—A las dos cosas —le respondí.

Ante su expresión plana, le expliqué mi experiencia con Lou con mayor detalle. No quería necesariamente hacerlo, pero una pequeña burbuja de emoción se formó mientras transmitía con voz temblorosa el cuento de él escondido en el

armario, y luego de él atrapándome en el interior por semanas. Le conté sobre las dos veces que casi escapé y expliqué que fui lanzada de nuevo en el armario, pero solo después de haber sido castigada por Lou por mis intentos fallidos de escapar. Dejé por fuera los detalles más sutiles; el hambre, los sonidos que venían de mi madre desde el otro lado de la casa, mi ruego a Lou por cosas ridículas como agua y permiso para usar el baño. Lo mantuve muy preciso y relacionado directamente con el armario. De aquí era que venía la burbuja de emoción. Esta de seguro era la forma de ayudarme, (a diferencia de discutir sobre Maddox). Estaba complacida de comenzar finalmente con lo importante.

Después de haberle contado sobre mi experiencia con el armario, ella tuvo más preguntas, por supuesto. Qué le pasó a mi madre, a dónde fui a vivir, donde vivía ahora y por qué eso ocurrió, y así sucesivamente. Yo estaba agradecida de que fuéramos capaces de simplemente embarcar los detalles sin discutir mis «sentimientos» sobre ellos. Tardíamente, me di cuenta de que ella parecía estar apresurándose sobre la mayor cantidad de detalles posibles. Me pregunté si no era para el beneficio de tener la mayor cantidad posible de imágenes para hacer su sesión posterior de «evaluaciones».

—Tu tía, Beatrice —comenzó la doctora Sarah al mismo tiempo que escribía en su bloc de notas que había trasladado a su regazo—, ¿cuál es tu relación con ella ahora que te quedas con el doctor Lane? —Preguntó después de haberle hablado sobre el debacle de dormir, omitiendo cuidadosamente los intentos sexuales.

Con una sonrisa tenue, transmití la primera conversación que habíamos tenido desde que yo... me mudé... con el doctor Lane.

Era sábado por la tarde. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza y estaba segura que estaba experimentando una leve abstinencia de cafeína, por lo que había bajado las escaleras con la intención de obtener un refresco de la nevera de los Lane. Tenía semanas sin verla, así que estuve más que un poco sorprendida al encontrar a Beatrice sentada en la sala de estar cuando entré.

Ella estaba sentada en el sofá, hojeando una revista, y al acercarme levantó la mirada con una extraña mezcla de shock, alivio, alegría, tristeza y culpa que inundó su expresión al notarme. Rápidamente se recuperó de la sorpresa de mi presencia y desechó la revista con una cálida sonrisa.

—Tenía la esperanza de que eventualmente te vería. —Se rio con nerviosismo y extendió su cabello sobre su hombro mientras yo seguía con torpeza mi camino a la cocina—. ¿Considerarías sentarte conmigo hasta que Albin regrese? —Preguntó con una sonrisa de esperanza y ojos suplicantes.

Mierda. Interiormente denigré mi disgusto por el conflicto a la vez que me arrastraba a una silla cercana y me dejaba caer con irritación sobre la tapicería de felpa. Ella sonrió más ampliamente por mi consentimiento y se posó cerca del borde del sofá, encarándome.

—¿Qué está haciendo Daddy C? —Le pregunté un poco sarcásticamente, utilizando el particular apodo de cariño de Maddox con diversión plácida. Yo sabía de dónde había sacado ese nombre, al igual que Beatrice.

Ella rodó los ojos con sutileza ante mi broma pero decidió hacer caso omiso de ella.

—Se está cambiando de ropa. Vamos a salir a comer esta noche. No creo que estarías interesada en unirte a nosotros, ¿verdad? —Preguntó retorciendo sus manos sobre su regazo.

Hice una mueca por su intento y negué con la cabeza.

—No estoy de humor para salir —le respondí con honestidad. Sobre todo contigo, añadí mentalmente.

Ella apretó los labios y asintió solemnemente.

—¿Y si nos ofrecemos a quedarnos, supongo que todavía no estarías interesada?

Sentí una punzada de vergüenza por tratarla tan mal y luché para alejarlo a la vez que me levantaba y la miraba sin vacilaciones.

—No, gracias —le contesté con medio sinceridad y me di la vuelta para irme. Su voz me obligó a detenerme en la entrada.

—Sabes, Beth, aunque he estado a punto de tener una crisis de nervios este último mes por preocuparme por ti, he sido tremendamente paciente con tu insistencia de permanecer en esta casa y de dejarte ser. Lo menos que podrías hacer es ofrecerme la cortesía de una conversación educada. —Sus duras palabras fueron suavizadas por el susurro tenso con las que las pronunció.

Me volví hacia ella con indignación y levanté la barbilla.

—¿De qué exactamente debemos hablar? Tal vez debería comenzar con tu completa falta de intentos para venir a verme. Mejor aún, también podríamos hablar sobre la manera fascista en la que unilateralmente conseguiste destruir mi relación con Maddox. Por otra parte, esa no es una conversación muy educada, ¿verdad? —Me burlé a la vez que envolvía mis manos en puños a mis costados. Beatrice retrocedió ante mi tono insensible.

Sus ojos se abrieron como platos y avergonzados, y me pareció haberla oído suspirar a la vez que empujaba su pelo detrás de su oreja y desviaba la mirada hacia su regazo.

—Sé que tomé algunas malas decisiones cuando te prohibí ver a Maddox. Lamento mucho no haber sido más racional, pero te prometo que sí me di cuenta que no fue mi momento más brillante. Sin embargo, espero que perdones mis errores y reconozcas mis buenas intenciones —susurró implorante, a la vez que me lanzaba miradas de reojo a través de sus pestañas.

Yo chasqué la lengua y crucé los brazos sobre mi pecho con amargura. Porque de hecho, no era tan satisfactorio cuando hablaba así. No era satisfactorio en absoluto. Yo podría haber continuado reprendiéndola por ello, pero su aceptación arruinó por completo el placer de hacerlo.

—Mantequilla de maní y jalea —susurró con brusquedad, suavizando las arrugas invisibles en su falda.

—¿Discúlpame? —Espeté, pasando de un pie a otro.

Ella se encontró con mi mirada y levantó su propia barbilla.

—Ayer por la noche comiste mantequilla de maní y jalea. —Se levantó del sofá y puso sus manos sobre sus caderas—. Bebiste un vaso de leche y tomaste una ducha esta mañana a las siete. El jueves por la noche, comiste una ensalada de atún para la cena. Usaste tu jersey azul ayer por la mañana, no te lavaste el cabello, y te raspaste el codo en algún momento entre ese entonces y ahora. No utilizaste una bandita pero te aplicaste un ungüento. —Se acercó más, mirando el pequeño rasguño en el codo que resultó de un accidente sin importancia en el balcón, y continuó—: Dormiste tres horas anoche, solo una la noche anterior, y dos el jueves. El miércoles por la noche no dormiste en absoluto, y pasaste veinte minutos en la cocina decidiendo si el café combinaría con la pizza congelada que estabas cocinando. Tu ciclo es regular, no estás ganando peso, pero tampoco lo estás perdiendo. Cuando duermes, lo haces con la luz encendida, lo más alejada de la puerta, en el lado que da a la pared. —Se detuvo frente a mí y arqueó una ceja antes de añadir—. Oh, y ahora mismo, tienes un dolor de cabeza porque no has tomado nada de cafeína desde ayer por la tarde.

Me quedé bastante boquiabierta ante la precisión de sus declaraciones, aunque también estaba, sin duda, un poco asustada.

—¿Me estás... espiando o algo así? —Le pregunté con incredulidad.

Ella echó la cabeza hacia atrás con una risa suave y musical antes de negar la cabeza.

—No te estoy espiando, Beth. Tú eres mi responsabilidad. ¿Sinceramente creías que iba a abandonar mis deberes de velar por tu bienestar? —Preguntó, inclinando la cabeza—. Si hubiera dudado por un segundo que no estarías

perfectamente segura estando en casa de Albin, habría intervenido de inmediato. —Se encogió de hombros y se dirigió de nuevo al sofá, hundiéndose en él con una expresión de suficiencia y sonriéndome—. Soy una madre, querida. Solo porque no me ves, no significa que yo no te veo. —Me guiñó un ojo y levantó su revista, volviendo a su lectura casual.

—¿Cómo...? —Detuve la pregunta, y ella simplemente sonrió sin mirarme a los ojos.

—Pasé muchas noches durmiendo aquí y comprobándote. Albin, Sabrina y Daphne también me dan actualizaciones cuando les pregunto. —Me lanzó una mirada desde su revista antes de añadir en un murmullo—: Guarde un poco de ropa de repuesto en la habitación de huéspedes del tercer piso que le pido a Sabrina que te traiga de vez en cuando. Daphne duerme allí a veces, cuando no me siento cómoda dejándola sola en casa. Aunque, le pedí que lo mantuviera entre nosotras y te diera tu espacio, así que no la ataques por no decirte. —Se humedeció el dedo y pasó la página de su revista con indiferencia—. Deberías ir a verla alguna vez, tal vez —murmuró frunciéndole suavemente el ceño a la página.

Yo estaba echando humo cuando finalmente llegué a la nevera y cogí una lata de refresco del peldaño superior. Parecía que todo era una total mentira. Todo este tiempo me habían hecho creer que estaba siendo totalmente independiente, y sin embargo, todo el mundo había estado ayudando a Beatrice a vigilarme. Su admisión de conocer cada pequeño detalle me molestó hasta lo indecible. Quiero decir, yo ni siquiera estaba pendiente de mi ciclo, y sin embargo, ¿de alguna manera ella sabía si era o no regular? Era asqueroso y entrometido hasta un grado preocupante. Era indignante saber que ella había estado observando todos mis movimientos con tanta atención. Era espeluznante e intrusivo y tan... exageradamente maternal.

Luché con desesperación para suprimir la sonrisa irritantemente involuntaria que elevó mis labios mientras subía las escaleras hasta el tercer piso.

La doctora Sarah rio, colocando todo su pelo negro y brillante sobre sus hombros.

—Sabes, ella tiene razón —añadió, una vez que recobró la compostura—. Una madre siempre lo sabe todo. —Suspiró y comenzó a escribir de nuevo—. ¿Entonces, cómo están las cosas ahora? —Preguntó sin cambiar su mirada del papel.

—No nos ignoramos mutuamente, pero tampoco hablamos con normalidad

—añadí en respuesta, recordando nuestras interacciones breves por toda la mansión. No tenía forma de saber con qué frecuencia Beatrice se quedaba, pero tenía la sensación que era con frecuencia. En todo caso, al menos encontré consuelo con el hecho de que Albin tenía a alguien. De eso estaba agradecida. Especialmente ahora. Había estado preocupada cuando ellos no planearon una fiesta de Cuatro de Julio como había sabido que la habían estado planeado desde Año Nuevo. Me preguntaba cuál era el motivo de ello: Maddox o yo. Tal vez ambos.

Ella asintió pensativa antes de encontrarse con mi mirada de nuevo.

—¿Y Daphne? ¿Cómo es tu relación con ella ahora?

Seguí con mi recuerdo sin dudar, sintiéndome de alguna manera cómoda al hablar con Sarah. Me preguntaba cuándo o si podríamos volver a la cuestión del armario y razoné que mientras más rápido explicaba todo lo demás, más rápido lo descubriría.

Esa noche, decidí visitar a Daphne, solo por si acaso se había quedado a dormir. Caminé a hurtadillas hacia el otro lado del pasillo, mirando alrededor furtivamente y medio esperando ver los pequeños y brillantes ojos de Beatrice en alguna pintura cercana. Cuando me acerqué a la puerta en el otro extremo del pasillo, inmediatamente noté la pequeña rendija de luz que se filtraba a través de la parte inferior de la puerta. Sonreí acercándome y estuve momentáneamente sorprendida por la pequeña y rara chispa de vértigo que me invadió.

Daphne me había dado espacio, y con toda honestidad, no había pasado más de un total de tal vez cinco horas en su presencia desde que había comenzado el verano. Sabrina era una buena amiga, y era muy fácil hablar con ella, pero extrañaba pasar tiempo con Daphne y su excitable actitud contagiosa.

Cuando golpeé suavemente la puerta, me quedé impresionada por la velocidad en la que se abrió de golpe. Daphne estaba en la puerta con una enorme sonrisa y rebotó sobre las puntas de sus dedos de los pies antes de que, básicamente, me lanzara hacia ella.

Se rio y me devolvió el abrazo con entusiasmo.

—¿No tienes idea de lo difícil que es dar a alguien "espacio" cuando estás a solo treinta metros de distancia! —Exclamó cuando me soltó y corrió hacia la cama con un salto.

Me sentí culpable por evitarla y fruncí el ceño hacia mis zapatos con vergüenza mientras se lo decía.

—Pssh. —Agitó la mano en un gesto desdeñoso y le dio unas palmaditas al

espacio a su lado—. Yo empecé a pensar en que el "espacio" en verdad significa "si la dejas en paz ahora, entonces más tarde podrás intentar peinados de moda del verano sobre ella, y ella no podrá enfadarse". —Se rio con un brillo en sus ojos cuando me reuní con ella en la cama.

Puse los ojos en blanco y me acosté frente a ella, con la cabeza apoyada en el codo.

—Peinados de culpa. Divino —suspiré, pero mis labios temblaban en confortable diversión y estoy bastante segura que ella lo vio.

—No seas tan solemne, ahora —chasqueó la lengua a la vez que imitaba mi pose y añadía con una sonrisa—: Me estoy dejando crecer mi pelo este verano, lo juro por Dios. Nada puede hacer que me lo corte. —Me reí ante su determinación ya que siempre parecía vacilar una vez que le llegaba a los hombros.

Pasamos horas hablando de varias cosas sin importancia. Ella quería el cabello más largo, y quería probar cosas nuevas en el mío. Y yo a regañadientes le di un pase porque estaba en lo cierto sobre que soy fácil de influenciar por la culpa.

Para las tres de la mañana, ella estaba bostezando sin control, y detuve nuestro encuentro para que pudiera descansar.

—¡Espera! —Agarró mi codo cuando fui a levantarme de la cama. Arqueó una ceja con curiosidad ante su expresión frenética—. Vas a volver ¿verdad? ¿Tal vez podríamos pasar el rato mañana o algo así? —Preguntó con una mirada esperanzada que hizo que mi culpabilidad creciera. Asentí y le aseguré que yo sería menos «clueca», como ella lo llamaba, antes de retirarme a la habitación de Maddox.

Comencé a sentir esta extraña sensación de total alienación de los que me rodeaban, y no pude determinar bien por qué. Quiero decir, sí. Yo había estado pasando grandes cantidades de tiempo encerrada en el cuarto de Maddox mientras esperaba a que regresara, pero al ver a Daphne básicamente rogando por mi atención hizo que me sintiera desgarrada. Incluso Beatrice estaba esperando alrededor solo para que la notara. Ambas básicamente abandonaron la comodidad de su hogar para asegurar mi bienestar en este. No parecía justo que se quedaran y que permitiera que eso continuara.

Capítulo 42: Waffles de Vainilla. SEGUNDA PARTE.

Beth

Suspiré inclinando la cabeza hacia atrás en la silla. Daphne y yo pasábamos más tiempo juntas ahora, pero no tanto como antes. Ella no conseguía hacerme hablar de Maddox o de su madre y por lo general manteníamos nuestras interacciones alegres y fraternales. Temí que estaba tomando por sentado su compañía, y esa noción me hizo daño.

Otro problema sorprendente que había llegado a encontrarse durante los meses anteriores fue mi falta total de contacto humano. Nadie me ha tocado, porque los hombres no podían y las mujeres no pensaban en cosas como esas. Yo había tenido este problema antes de *Forks*, antes de Maddox, pero ahora que sabía cómo era que se sentía realmente el afecto sincero, yo sabía de lo que me estaba perdiendo y lo anhelaba. Daphne me abrazaba quizás una vez por semana más o menos o cuando su entusiasmo lo ameritaba, pero ¿cómo iba ella a saber que estaba hambrienta de contacto? No podía saber algo así, y me encontré a mí misma haciendo cosas inusuales cuando ella estaba presente: como sujetar su mano, rozar su hombro con el mío, o en general solo tocar algo que tenía pulso por alguna vez. Ella nunca cuestionó mis gestos casuales y cariñosos, pero temía que pronto empezaría a asustarla. La gente no se daba cuenta de lo vital que podía ser el toque humano. Maddox solía tocarme con afecto todos los días. Podía sentir el calor de su amor y el consuelo de su ternura a través de su toque eléctrico. Ahora estaba completamente vacía de afecto, y me hacía sentir menos humana, completamente intangible, como si de alguna manera me hubiera convertido en un fantasma caprichoso que rondaba la sombra de su espacio.

—Pero te quedaste —aclaró la doctora Sarah, y yo asentí en respuesta. Pareció confundida, así que le expliqué con expresión avergonzada.

—No conseguí forzarme a irme. —Daphne seguía tratando de dominar mi culpa garantizándome que Beatrice y ella no se quedaban allí solo por mí. Insistía que a Beatrice le gustaba quedarse con Albin y que ella disfrutaba al verla feliz. También disfrutaba el baño extravagante adjunto a la habitación de invitados, y yo estaba bastante segura de que estaba haciendo planes para redecorar... todo.

Ella tarareó analíticamente y cruzó las piernas debajo de la mesa sin dejar de escribir.

—Has utilizado la palabra "alienación". Esa es una sensación extraña. ¿Qué hay sobre esta Sabrina de la que hablabas antes? ¿No son cercanas? —Preguntó sin encontrar mi mirada, y yo tragué con fuerza.

El palpitante en mi pecho creció por una fracción de segundo y fruncí el ceño profundamente a mis zapatos llenos de barro.

—Lo era —le susurré con voz tensa antes de aclararme la garganta y explicar —: Austin y ella se fueron a la universidad hace dos semanas. —Ellos habían querido adelantarse para empezar a instalarse en su vivienda fuera del campus en WU. Ambos estaban tan emocionados por ir...

—¿Puedo ayudar? —Susurré tentativamente en el umbral de la puerta de Austin mientras Sabrina y él metían la ropa en una caja grande de cartón. La mirada de Austin se desvió a la mía y se abrió de sorpresa. Yo nunca había hecho ningún esfuerzo en acercarme a él en el interior de la casa, pero yo no quería hacerlo a solas. Sabrina estaba aquí ahora, así que me sentía lo suficientemente cómoda como para ofrecer la ayuda.

Austin sonrió ampliamente y se elevó de sus cuclillas, cruzando los brazos sobre su amplio pecho.

—Hmm, no estoy seguro de si me sentiría muy feliz de que botes mis revistas pornográficas también. —Me miró fijamente antes de emitir una risa suave y retomar su posición.

Mis dedos inquietos fueron a las mangas de mi sudadera.

—Viste eso, ¿eh? —Hice una mueca a la vez que mis mejillas ardían de vergüenza porque él había visto las revistas pornográficas de Maddox en el cesto de basura. Sabrina simplemente puso los ojos en blanco empezando a empacar toda la parafernalia de béisbol.

—Verás, Beth, hay ciertas reglas cuando vives en el espacio de un hombre —comenzó él con un tono serio, y envolví mis brazos alrededor de mi torso, ya que latía y dolía con el vacío de saber que realmente no vivía en el espacio de Maddox. Solo vivía en la impresión sombría de ella—. Escucha atentamente, Rosie cariño —agregó con una mirada de reojo en su dirección. Ella lo ignoró y siguió empacando otra caja. Austin continuó—: Los hombres consideran sagradas algunas cosas específicas: pornografía, el control remoto, la no existencia de los tampones, la pornografía —lo recalcó mirándome y continuó —; las bebidas alcohólicas, y por el amor de Dios, Beth... —se detuvo y se enderezó de su cuclillas con una mirada firme—. Nunca, jamás, jodas con la pornografía de un hombre —terminó con desaprobación.

Puse los ojos en blanco pero asentí para que no continuara explicando sus

reglas.

—Entonces, ¿necesitan ayuda o qué? —Murmuré cortada mientras apretaba mis brazos con fuerza alrededor de mí misma.

Austin frunció sus cejas y ladeó la cabeza, probablemente porque estaba esperando una risa, pero yo no estaba de humor para hacerlo. Asintió y se encogió de hombros.

—Claro —respondió en voz baja apuntando a su escritorio.

Pasé los siguientes treinta minutos en silencio empaquetando sus libros y papeles en una caja. Con cada cosa nueva que abandonaba su escritorio, o suelo, o cajones, no pude evitar sentir como si esto fuera demasiado. Después de mucho tiempo, me di la vuelta y decidí decírselo.

—¿Y qué pasara con Albin? —Le pregunté con una voz gruesa. Austin me miró con una expresión confusa mientras Sabrina seguía tomando sus cosas y las metía en las cajas. Mis puños se apretaron a mis costados—. Lo estás abandonando —le susurré con los ojos entrecerrados. Lógicamente, sabía que Austin tenía que irse a la universidad, pero no podía detener la ira que estaba creciendo en mí sobre que alguien más estuviese dejando a Albin.

Lentamente, él se levantó de su posición y negó con la cabeza.

—Me tengo que ir, ¿sabes? Albin va a estar bien, y además, nos mantendremos en contacto —trató de tranquilizarme, pero algo en sus palabras solo hizo que mi ira creciera aún más.

Elevé mi barbilla y lo miré desafiante a la vez que permitía que mi furia controlara mi cuerpo y palabras.

—¿Es eso lo que pensaste cuando le dijiste a Maddox que se fuera? Porque estuviste completamente equivocado. —Casi podía ver como mis palabras duras lo golpeaban mientras se estremecía visiblemente y palidecía bajo mi mirada. Él comenzó a negar con la cabeza, y Sabrina finalmente paró con su trabajo para mirarme boquiabierto con total incredulidad. Yo nunca había hablado así a su alrededor y ciertamente nunca había dejado claro que estaba buscando culpar a su novio sobre la partida de Maddox.

—Jamás le dije que se fuera —susurró Austin, pero el diminuto borde de remordimiento que existía en su tono delató su culpabilidad.

—¡No, no le dijiste esas palabras exactas, pero fuiste quién lo sugirió! Tú eres la razón por la que se fue —escupí con resentimiento. La pequeña alarma en mi cabeza empezó a sonar, recordándome que yo estaba tratando de discutir con un hombre que tenía tres veces mi tamaño y que probablemente podría matarme con una mano antes que tuviera la oportunidad de correr.

Por ese pensamiento fue por el que escapé con ansiedad de la habitación y volví a la de Maddox.

Esa noche, Sabrina vino a mi habitación con un golpe duro en mi puerta. Antes que incluso intentara abrirla, se abrió de golpe y entró con brusquedad, lanzando la puerta a su espalda.

—¿Quién demonios te crees que eres? —Exigió con una voz tan mordaz que hizo que mi estómago se hundiera. Me senté atónita en la cama mientras se acercaba y me fruncía el ceño—. Tú, infantil, pequeña... De todas las personas... ¡¿Cómo te atreves?! —Gritó, su pálida piel volviéndose en un curioso tono de rojo. Tragué saliva, ya que nunca había presenciado este lado de ira de Sabrina antes. Ella comenzó a caminar por la alfombra sin dejar de criticarme—. ¿Tienes alguna idea de lo culpable que él se ha sentido por todo esto, y entonces ahora tenías que venir y ser lo suficientemente ridícula para alentarlo? —Se detuvo en frente de la cama, rabiosa y completamente hermosa en su furia a la vez que su cabello rubio platino acentuaba el rojo en sus mejillas—. Si no te retractas antes que nos vayamos mañana, que Dios me ayude, Beth, nunca te perdonaré por arruinar lo que estaba destinado a ser un nuevo comienzo para nosotros —prometió con su pecho agitado y sus ojos azules afilados fijos en los míos.

Las lágrimas picaban mis ojos, y asentí sin hablar, temerosa de que mi voz me traicionara por mi miedo a perder su amistad y la vergüenza que sentía por tratar a Austin tan insensiblemente.

Su rostro se suavizó ligeramente cuando una lágrima traicionera se deslizó por mi mejilla y la limpié de un manotazo.

—No estoy tratando de actuar como una perra —espetó ella con enojo residual.

Hubo una pausa, y luego se me escapó una risa maníaca. Con los ojos muy abiertos, me puse una mano sobre mi boca, preparándome para su ira de nuevo por reírme ante el contraste de sus palabras y el tono. En cambio, ella puso los ojos en blanco, y una sonrisa se extendió por la comisura de sus labios a la vez que se dejaba caer sobre la cama.

—Lo siento —murmuró, permitiéndose una sonrisa y un movimiento de cabeza—. No me gusta cuando la gente jode a mi hombre —explicó con un encogimiento de hombros.

Yo le sonreí y emití una disculpa en voz baja que ella aceptó antes de envolverme en un fuerte abrazo. Las lágrimas escocieron mis ojos de nuevo por el significado de este abrazo. Era una despedida.

—Solo estoy a una llamada de distancia —susurró en mi cabello con sus brazos apretándome con fuerza contra ella. Asentí contra su hombro y la solté con una sonrisa forzada.

Esa noche, le escribí una carta a Austin y la deslicé debajo de su puerta. En parte porque estaba demasiado avergonzada para enfrentarme a él en persona, y en parte porque no quería decir otro adiós. Una pequeña parte de mí sí lo culpaba, al igual que una pequeña parte de mí culpaba a Beatrice. Aunque no pude olvidarlo, acepté el hecho que nunca fue su intención alejarlo.

La doctora Sarah me miró durante un largo tiempo después que le conté acerca de aquella noche dos semanas atrás. Mantuvo sus piernas cruzadas y el bolígrafo colgando extrañamente sobre su bloc de notas. Sus ojos marrones se clavaron en mí con una expresión neutral mientras seguía sentada inmóvil. Me hizo sentir incómoda, y tuve esta necesidad de seguir hablando, a pesar que el recuerdo había terminado allí. Me rasqué la ceja y crucé mis tobillos, inclinándome hacia un lado de la silla antes de cambiar mi posición.

—¿Por qué estás aquí? —Preguntó después de cinco minutos de silencio cargado. Su expresión no había cambiado de ninguna manera, pero el tono de su voz parecía controlado y decisivo.

Me mordí el labio por un segundo y mi pierna comenzó a rebotar con ansiedad.

—Quiero entrar en el armario —le contesté con sinceridad, con un tono que imitaba el suyo.

Negó con la cabeza lentamente, y noté que era la única vez que yo había hablado en la que ella no había escrito algo.

—No, quiero que me digas sobre el momento exacto en que te decidiste a venir aquí. No te guardes ninguna impresión o pensamiento —solicitó.

Aunque me sentía molesta por su resistencia a mi explicación, hice lo que me pidió y recordé la conversación entre Albin y yo tres noches atrás.

Fue un miércoles, y yo iba a coger los estados de cuenta de la tarjeta de crédito de mi sitio en el sofá, pero estaba teniendo otro mal día. Sabrina y Austin acababan de irse, y Daphne y Darren estaban lejos de campamento (una última escapada sin observación paternal antes que la escuela se reanudara). Me estremecí al pensar en lo que estarían haciendo.

Sin mucho para mantenerme ocupada, pasé mis horas viendo la puerta del armario y deseando tener la capacidad de superar mi miedo. El círculo vicioso era tedioso y me había cansado de intentar abrirla, así que tenía que conformarme con mirarlo fijamente.

Me sentía más que feliz de estar acompañada con otra persona por un rato, y tenía la esperanza que la conversación de Albin me pudiera distraer y hacerme sentir normal por un tiempo.

Cuando llegué al estudio, él estaba detrás de su escritorio como de costumbre y me dio el tiempo que necesitaba para entrar. El sobre grande estaba apostado sobre el sofá de cuero marrón, como siempre, y lo aparté hacia un lado antes de sentarme abrazando mis rodillas, como de costumbre. A decir verdad, siempre estaba impaciente por leer el contenido del sobre. Era el único vistazo que tenía ahora de Maddox. Podía pasar días diseccionando las compras que hizo e imaginando lo que estaba haciendo con ellas. Era totalmente patético, pero me daba algo que esperar.

Pero, todavía ansiaba la compañía de alguien más, así que dejé el ritual de obsesión para después de mi tiempo con Albin.

—Buenas noches —logré decir en voz baja y sin dudar mientras Albin me miraba desde detrás de su escritorio.

Él se hundió aún más en su asiento, con una sonrisa familiarmente aliviada en sus labios al mismo tiempo que me regresaba el saludo.

—¿Estás emocionada por el inicio a clases? —Preguntó casualmente, apoyando su frente sobre su puño y mirándome con ojos llenos de afecto.

Resoplé y tomé el dobladillo deshilachado de mis jeans.

—Eufórica —contesté secamente, provocando una risa de Albin. Apoyé la mejilla en mi rodilla.

Su risa cesó y sus ojos se volvieron escudriñadores.

—Te ves muy cansada —suspiró, pareciendo decepcionado por mi falta de sueño. Yo medio me encogí de hombros y metí mi labio inferior entre mis dientes, evadiéndolo. Dormía cuando era absolutamente necesario. Él subió la mano desocupada a su frente y comenzó a frotarla con suavidad—. Es casi inquietante, lo similares que son los dos —susurró, con breves destellos de consuelo y arrepentimiento brillando en sus ojos antes que se volvieran de nuevo neutrales.

Sabía lo que quería decir, pero su comentario me sorprendió tanto que lo miré boquiabierto.

—No soy como Maddox —insistí, sintiéndome momentáneamente enfurecida ante su sugerencia. Por alguna razón, me había ofendido ser vista de esa manera. Sabía cómo la gente veía a Maddox, cómo él trataba a los demás. Yo era tímida y solitaria, pero no era insensible ni dura con los demás. Tenía pesadillas que me mantenían despierta, pero no fumaba ni tomaba drogas para

escapar de ellas. Me gustaba estar sola en el interior de su habitación, pero no me pasaba el tiempo aferrándome al pasado dibujando y revolcándome en mi miseria.

¿Cierto?

La mirada de Albin se volvió arrepentida, pero en lugar de rescindir su insinuación, la explicó.

—No del todo, pero en muchos aspectos son comparables. Ambos tienen hábitos mutuos de evitar el sueño, pero eso es obvio. Ambos prefieren estar solos que en compañía de otros. Ambos tienen una obsesión con mantenerse independiente de cualquier tipo de asistencia. Algunos días, cuando te escucho en esa habitación, es casi como si él nunca se hubiese ido —murmuró, moviendo su mirada por toda la habitación, pensativo.

Entrecerré los ojos, hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—Estás comparando todas las cosas mal. No soy cruel con la gente, y yo no me meto en problemas —discutí con firmeza y él arqueó una ceja.

—Aún —murmuró, y yo retrocedí con incredulidad a la vez que seguía mirándolo boquiabierto. ¿Qué diantres haría que cualquier persona pensara que yo alguna vez tendría ese tipo de comportamiento? Sintiendo mi confusión ofendida, continuó con ojos calculadores—: Hablando solo por lo que he visto, te estás volviendo más como él todos los días. No ha escapado de la atención de ninguno de nosotros que has dejado de cocinar por completo, lo cual solía ser tu pasatiempo favorito. Es como si te estuvieras encogiendo para caber en sus zapatos —reflexionó en voz baja, frunciendo los labios en concentración.

Su resumen fue como una flecha a través de mi pecho ya herido. ¿Y si me estaba convirtiendo en Maddox? ¿Y si me convertía en esa misma alma impermeable que lastimaba a todo el mundo a mi alrededor con negación y mi propia amargura interna? ¿Y si me convertía en el mismo demonio que más odiaba de la persona que más amaba? ¿Y si ya era demasiado tarde y solo podría ser la chica que se quedaba mirando a una puerta de armario durante todo el día y se imaginaba un grupo totalmente distinto de "y sí"?

Qué se joda eso.

Yo era mejor que Maddox. Yo era más, y era sincera, y cuando hacía una promesa, me aseguraba de cumplirla. Y eso era realmente el quid de toda la cuestión. Promesas. Se suponía que debían ser mantenidas y protegidas por la confianza entre las dos personas involucradas. Maddox había perdido la mía. Era justo devolverle el favor.

Parpadeé alejando las lágrimas que me quemaban por la revelación y

levanté mi barbilla. Aparté mis rodillas de mi pecho y planté firmemente los pies en el suelo. Albin me empezó a mirar más cautelosamente cuando mi postura se fue volviendo más desafiante y decisiva.

—¿Y si necesito ayuda? —Le pregunté con una voz sorprendentemente firme. La frente de Albin se frunció en confusión, así que añadí las palabras que me mantendrían inquieta y ansiosas en los días venideros—. ¿Y si quiero terapia?

Su frente fruncida se alisó lentamente, y creo que sus labios se separaron momentáneamente por el asombro. El repentino destello de emoción y júbilo desenfrenado en sus ojos me abrumó antes que él visiblemente detuviera su reacción.

—Supongo que eso te haría muy diferente a Maddox —confirmó, enderezándose en su asiento para apoyar sus manos sobre su escritorio. Me di cuenta de que estaba luchando para mantener su expresión cuidadosamente indiferente y que estaba fallando miserablemente en ello. Me pregunté por qué esto le emocionaba tanto.

—Está bien —le dije con recelo, habiendo ya tomado una decisión—. Entonces, ¿qué sugieres? —Sonreí, viendo cómo la comprensión aparecía en su rostro y sus ojos se ampliaban.

—Ummh... —Balbuceó a la vez que el entusiasmo abrumador brillaba de nuevo en sus ojos. Su mano fue a un tarjetero en su escritorio y comenzó a hojearlo apresuradamente mientras hablaba en un tono frenético—: Bueno, tengo un par de colegas que se concentran en las características específicas de tu condición. He hablado con ellos antes, y todos tienen diferentes métodos de terapia. Creo que probablemente podría beneficiarte de un veterano del campo. Teniendo en cuenta tus experiencias pasadas, alguien firme, pero aún así tal vez poco ortodoxo para mantenerte interesada. Una mujer, por supuesto. Hay algunas personas en el área que se centran en diferentes técni... ¡oh! Quizás alguien que se especializa en cognitivo...

—¡Espera! —Ordené, levantando una mano a la vez que intentaba procesar sus palabras apresuradas. Odiaba cuando él se ponía a actuar como todo un doctor.

Me miró y sonrió ampliamente.

—Disculpa mi apresuramiento. Casi estoy esperando que cambies de opinión de un segundo a otro. —Su sonrisa murió abruptamente y su mirada se volvió vacilante cuando soltó las tarjetas del tarjetero—. Beth, deberías tomarte tu tiempo para pensar bien en esto —dijo con voz desanimada, y la ausencia de su anterior entusiasmo me desinfló—. Yo solo no podría soportar ilusionar a...

Beatrice para que después no continúes con ello —aclaró, su expresión manteniéndose cuidadosamente estoica. No se me escapó notar que él habló sobre «las ilusiones de Beatrice», pero que en verdad quería decir «mis ilusiones».

Mi sonrisa retornó al darme cuenta de por qué Albin había estado tan emocionado antes. Él sabía que haría a Beatrice feliz, pero también estaba recibiendo algo a cambio: la oportunidad de ayudar a alguien que lo necesitaba. Este era un privilegio que Maddox nunca le había concedido, a pesar que era bastante probable que Albin pasara años intentándolo.

Bueno, yo iba a ser esa persona. Eso solo solidificó aún más mi determinación. Los pros comenzaban a ser mayores que los contras.

—Yo siempre cumplo lo que digo —le aseguré con firmeza, dándome cuenta que ese era un rasgo más que me hacía diferente a Maddox. Además, si tenía siquiera una fracción de oportunidad para entrar en ese armario, lo aprovecharía.

Él entrecerró los ojos por un momento, escrutando mi expresión determinada, antes que sus labios se elevaran lentamente en una firme sonrisa tenue.

—Si estás segura —suspiró, actuando distante, de una forma muy poco convincente.

—Lo estoy. —Asentí, sintiendo mucho placer cuando vi el entusiasmo volver a su expresión. Intentando que se sintiera tan útil como sin duda deseaba serlo, añadí—: Y confío en que encontraras a la persona adecuada. —A decir verdad, mis nervios sobre todo el asunto comenzaban a surgir, y me aseguré de añadir mis restricciones cuando él comenzó a hojear el tarjetero de nuevo, asintiendo ante cada advertencia. Cuando él descubrió mi miedo a ser encerrada después de ser evaluada, él me aseguró que Beatrice jamás permitiría que tal cosa sucediera, y dado que ella sería la responsable de los aspectos legales de ello, eso me dio una pequeña fracción de tranquilidad.

Me puse de pie para irme, metiendo el sobre bajo el brazo, y él me miró con curiosidad, con su entusiasmo peligrando por desaparecer. Así que monté un pequeño espectáculo, mordiéndome los labios y tirando de los extremos de las mangas tímidamente.

—¿T-te importaría, quizás... —me detuve en una falsa apariencia de incertidumbre—, organizarlo todo para mí? —Mantuve una expresión cautelosa.

Su sonrisa se ensanchó a la vez que asentía y volvía a la tarea de buscar contactos, con un aire de satisfacción y logro mientras trabajaba. Lo miré por

última vez antes de salir del estudio, y sentí una punzada en mi pecho cuando me di cuenta que esta era obra de Maddox. Había apartado a Albin durante tanto tiempo que él había perdido la fe en sus propias habilidades. Él no había estado actuando condescendiente o mostrando actitud de superioridad cuando sonreía aliviado por mi progreso; al contrario, él se estaba sintiendo orgulloso de mí y de sí mismo. Se estaba sintiendo realizado y solidario y agradecido por la oportunidad de experimentarlo conmigo.

Ese era el lugar de Albin en el mundo, y sin ese propósito, se sentía perdido e impotente. Tenía más dinero que la mayoría de la población de Forks combinados, pero todas esas cosas no significaban nada para él. Yo había querido pagarle desde mucho tiempo atrás para vivir en su casa, y había una gran variedad de maneras en que podría hacer eso. Allí me di cuenta de que nada de lo que le diera a Albin sería tanpreciado para él como el don de darle un significado.

La doctora Sarah sonrió a su bloc de notas y pasó varios minutos escribiendo mientras yo esperaba. Una mirada al reloj me dijo que mi «sesión» había terminado diez minutos atrás. Yo estaba lista para volver a la habitación y ociosamente consideré revisar el nuevo estado de cuenta de la tarjeta de crédito cuando regresara, mientras ella seguía escribiendo.

—Okidoki —exclamó, hundiéndose finalmente de nuevo en su silla y sonriéndome—. Estoy lista para hacer mis evaluaciones, señorita Michaels —se regodeó.

Puse los ojos en blanco y agité mi mano.

—Por supuesto —refunfuñé con amargura, preguntándome cuánto tiempo tomaría esto. Yo le seguiría la corriente a Albin en casi todo, pero si ella no me podía hacer entrar en ese armario, eso es todo lo que sería. Seguirle la corriente.

Se aclaró la garganta y usó sus manos para unir todo su cabello brillante en un nudo encima de su cabeza. Su mirada era intensa y calculadora cuando se encontró con la mía.

—No vas a mejorarte —afirmó claramente, y mi boca se abrió para protestar antes que elevara una mano—. Sin hablar mientras yo evaluó —ordenó en voz baja, y cerré mi boca observando su mirada escrutadora—. No vas a mejorarte porque no lo estás haciendo por ti misma. Estás aquí para vengarte de Maddox, y para complacer al doctor Lane y a tu tía, pero no lo estás haciendo por ti —continuó, inclinándose hacia adelante a la vez que mi mirada culpable se desviaba a la ventana—. Toda esta obsesión que tienes con el armario es solo la manifestación de un deseo por la lealtad de Maddox. —Se encogió de hombros,

y yo me encontré con su mirada con una expresión divertida. *¿En serio?* Esto era realmente balbuceo psicológico. Ella sonrió y continuó—: Su habitación lo simboliza a él, y el armario es ese pequeño rincón al que no puedes acceder. Probablemente es comparable a la parte de su corazón que está reservado para su madre, pero no voy a explicar en ello. —Agitó su mano en una manera despectiva, y yo sofoqué una risita burlona.

¿No podría simplemente querer entrar al armario?

—Quieres culpar a los demás por su partida porque estás acostumbrada a ello. Puedes culpar a Lou por casi todo lo que va mal contigo, con la excepción de la pérdida de Maddox. En su lugar, optas por culpar a los transeúntes que ahora tengas más cerca mientras ignoras el hecho de que nadie tiene la culpa, en el gran esquema de las cosas. —Cruzó las piernas y se dejó caer en su silla. Yo tragué el nudo que se formó en mi garganta. Evité su mirada cuando continuó—: Te sientes alienada porque te alienas a ti misma de los que te rodean. Tuviste un breve período de tiempo en el que les permitiste acercarse, pero ahora recordaste lo que es perder a alguien a quien amas, desde que Maddox se fue.

Me puse de pie entonces y coloqué mi cabello detrás de las orejas, no necesariamente porque estaba en desacuerdo con ella sobre cada juicio, sino porque estaba demasiado cansada para escucharlo si no estaba relacionado directamente con el armario. Cuando me puse de pie, ella se levantó conmigo y suspiró, recogiendo la bolsa de papel marrón que había llevado y vaciando su contenido sobre el escritorio sin ningún tipo de ceremonia.

—Galletas —afirmó, removiendo la pequeña bolsa plástica y sacando lo que parecía ser simples waffles de vainilla. La miré a los ojos y arqueé una ceja, cruzando los brazos sobre el pecho con exasperación. Ella sonrió—. Las galletas diarias que una vez hiciste eran una expresión de tu lado social. Era especial para ti, y aunque es posible que no te des cuenta, era incluso más especial para ellos. Sin ese puente que tú creaste, no tienes ninguna manera de conectarte a ellos o de mostrarles cómo te sientes. Ese es el motivo, señorita Michaels, de por qué te sientes tan alienada.

Miré una vez más a su expresión de suficiencia antes de salir corriendo hacia la puerta de su oficina. Ella era ridícula y exasperante. Yo solo quería *entrar en el armario*. No tenía nada que ver con Maddox. Me pude dar cuenta de inmediato que sería extremadamente difícil conseguirlo con esta mujer. Dudaba que valiera la pena.

No me golpeó hasta la una de la mañana mientras estaba acostada en la cama de Maddox, y cuando lo hizo, me envolvió con un anhelo tan instantáneo que no

pude contenerme.

Volé por la puerta y bajé saltando las escaleras, arreglándomela para caerme solo una vez. Cuando llegué a la cocina, mis manos temblorosas encontraron cada interruptor en las paredes e iluminaron los electrodomésticos de acero inoxidable con una luz fluorescente brillante.

Abrí los gabinetes inferiores, moviendo ollas y sartenes muy sonoramente para una casa llena de personas dormidas, pero mi estado actual no permitió que me interesara. Encontré una sartén grande y lo tiré a un lado, emitiendo un sonido metálico resonante reverberando a través de la habitación a la vez que repetía la acción de nuevo. Cuando me di cuenta que no había de lo que buscaba, lágrimas incontrolables picaron en mis ojos, y mis manos trabajaron febrilmente para ahondar más en los estantes.

Justo en el momento en que me moví a un gabinete paralelo, y mis manos comenzaron a sacudirse violentamente con el afán desenfrenado que no estaba siendo satisfecho, noté una forma fuera de la periferia de mi visión. Di un grito ahogado, tambaleándome detrás sobre las frías baldosas del piso y me cubrí la boca en estado de shock al mirar a un Albin sin camisa que estaba parado en la puerta.

Sus ojos cargados de sueños se entrecerraron ante la luminiscencia de la luz.

—¿Qué diantres es todo el alboroto por aquí? —Preguntó con voz gruesa con el sueño, se notaba que solo era semi-coherente.

Yo podría haberme sentido culpable por despertarlo y perturbar la paz de la casa si la urgencia de mi repentino deseo no fuera tan abrumadora.

—¿Por qué no tienes una bandeja para hornear?! —Grité con voz tan frenética que incluso me alarmó a mí.

Albin se frotó los ojos con confusión.

—¿Discúlpame? —Murmuró.

Mi pecho subía y bajaba por la respiración agitada.

—¿Una bandeja para hornear, Albin! ¡No tienes *ninguna*! —En algún momento durante nuestro intercambio, las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas, y ahora estaba haciendo todo lo posible para suprimir el sollozo que se estaba construyendo en mi pecho.

Justo cuando la urgencia de mi voz debió haberlo alertado lo suficiente para responderme, Beatrice entró disparaba a la cocina, con el pelo cayendo en una maraña y sus ojos bien abiertos mirándome alarmada.

—¿Qué sucede? —Preguntó, pasando a Albin mientras él repetía rápidamente mi acusación de no poseer una bandeja para hornear. Ella frunció el ceño a mi

cara manchada de lágrimas a la vez que yo abrazaba mis rodillas contra mi pecho.

—¡No puedo hacer galletas sin una bandeja para hornear! —Le aclaré en la voz más patética que se rompió en un sollozo. Yo no podía entender por qué estaba siendo tan absolutamente irracional y ridícula, pero de alguna manera solo necesitaba hacer las galletas. Era un anhelo tan fuerte que no podía imaginar salir de la cocina hasta que lo hiciera. Le transmití esto a Beatrice en la voz más cuerda que pude conseguir y la miré con pánico y confusión cuando salió volando de la cocina.

Con mucha frustración, volví a los gabinetes para reanudar mi búsqueda por algo adecuado para hornear. Me preguntaba qué tan mal resultarían las galletas si las horneaba en una sartén. Bastante mal, decidí con molestia. ¿Quién diablos no posee una bandeja de hornear? Más importante aún, ¿cómo demonios yo terminé viviendo en una casa donde no tengan una?

Justo cuando estaba empezando a admitir la derrota y considerando volver a la habitación para burlarme de mi histeria absurda, Beatrice entró en la cocina, todavía vestida con su pijama de seda, con una gran caja en sus brazos. Albin se la quitó, aún mirándome con una expresión de preocupación mientras la colocaba sobre el mostrador con cautela. Oí un «tintineo» muy distintivo que me alertó sobre el contenido de la caja, y me levanté de un salto desde mi posición en el suelo para acercarme a ella. Albin y Beatrice se sentaron al lado del mostrador mientras yo sonreía a la caja sintiendo alivio. Ella había tomado todo lo que yo podría llegar a necesitar para hacer galletas, y usé mis manos para limpiar mis mejillas a la vez que le agradecía avergonzada.

Ella sonrió y pasó sus dedos por el cabello despeinado.

—No hay ningún problema, querida —me aseguró con un bostezo, estirando su mano para rascar su tobillo.

Trabajé de forma fluida por toda la cocina y ellos simplemente me miraron con sonrisas somnolientos, el silencio volviéndose reconfortante. El eco de la cuchara de madera azotando la masa me tranquilizó más allá de toda comprensión. Era familiar y pacificador. Mis sollozos residuales se mezclaron con los sonidos consoladores y suaves de colocar la masa en los moldes para galletas proporcionadas.

Esperamos que se hornearan, y ninguno de ellos me habló mientras observaba la puerta del horno con impaciencia. No estaba acostumbrada a sus aparatos, pero eran modernos y tenían buen mantenimiento, así que ya ansiaba utilizarlos más.

Una vez que por fin pude sacarlas, le di una a Beatrice y a Albin. No pareció importarles el hecho que aún estuviesen calientes y carecieran de la firmeza adecuada de la galleta. Cuando mencioné esto, ambos se rieron de mí, pero me sentí mucho mejor.

Estaba segura que la doctora Sarah había plantado esto en mi cabeza, y en cualquier otro caso, me habría sentido indignada por su papel en la causa de mi histeria momentánea. Pero el eco vacío de mi pecho disminuyó mientras tomaba asiento al lado de las personas más cercanas a quienes yo podría llamar padres y compartí lo mejor que pude ofrecer de mi lado social.

Los dos estaban eufóricos cuando les informé al día siguiente que me gustaría mucho volver a ver a la doctora Sarah. Tal vez hacerlo de la manera difícil no fuera tan horrible después de todo.

La escuela iba a empezar en solo dos semanas, y la doctora Sarah había insistido en que participara en por lo menos dos sesiones por semana. A medida que nuestras sesiones preliminares pasaban, se volvió más fácil pasar por alto sus métodos «poco ortodoxos» y su actitud autoritaria con cada nuevo análisis que me llevaba a la habitación de Maddox. Ella me hizo retroceder a mi vida en *Phoenix* antes del incidente, y gradualmente conseguimos hablar sobre las particularidades de la misma.

Ella era paciente, al igual que Albin, y nunca expresó ningún deseo inmediato de evaluarme. Insistió en que fuéramos lento y que buscaríamos solucionar cualquier dificultad. Aunque me esperaba algunas cosas, como la pequeña cantidad de medicamentos que tomaba y que era administrada por Albin, ella era completamente diferente a cualquiera de mis terapeutas anteriores y disfrutaba presentarme conceptos no tradicionales.

Estaba a punto de salir de su oficina el día antes que la escuela comenzara cuando ella me detuvo con otra de estas ideas no convencionales.

—¿Qué? —Le pregunté atónita a la vez que su sonrisa se ampliaba y se convertía en una risilla.

—Creo que sería muy efectivo en ti. Por supuesto, nada excesivo, y tu instructora será femenina. —Se encogió de hombros, tomando su bloc de notas y haciendo una anotación mientras continuaba—: Puedes elegir Karate, o solo autodefensa general. Realmente, las posibilidades de patearle el trasero a un maniquí son infinitas —se rio de nuevo, y yo asentí en acuerdo, recordando brevemente la catarsis de golpear a Maddox antes que el eco vacío de mi pecho me superara.

—Está bien —le contesté con voz tensa antes de salir, muy agradecida de que

nuestra sesión hubiese terminado y que ella no pudiera discutir aún sobre esta reacción particular. Sin embargo, la firmeza en su mirada me dijo que lo haría eventualmente.

Fui a la escuela a la mañana siguiente con Daphne y Darren. El auto estaba silencioso y pesado con desaliento porque estábamos regresando con tres personas menos en nuestro círculo habitual. Las hojas de otoño caían alrededor de la plaza de aparcamiento donde el *Audi* debería haber estado estacionado. Las personas que serpenteaban por los pasillos y el patio interior eran ajenas sobre la gravedad del significado del día.

Yo estaba empezando de nuevo sin Maddox. En silencio reconocí que no había otra opción. El vacío de su ausencia, aunque estaba disminuida, nunca cesaba. Cuando subí mi capucha sobre mi cabeza para comenzar a desplazarme con lentitud para la primera clase de mi último año, me acordé de él. Imaginé su brazo alrededor de mi cintura, su suave electricidad, y su gloriosa vigilancia para mantenerme a salvo y contenida.

Pero él se había ido.

Capítulo 43: Oreos de doble crema.

Maddox

La luz del sol se filtraba a través de una franja abierta de las pesadas cortinas y bañaba mi sofá en un haz polvoriento. Rápidamente cerré los ojos al oír sus pasos acercándose a la puerta principal. Mantuve mi respiración constante y comprendí que ella pensaría que estaba dormido, siempre conseguía fingir dormir cuando ella salía de la casa por las mañanas. Sabía a dónde iba, y solo la había detenido una vez.

Pero casi deseé no haberlo hecho. Ella había pasado todo el día y la noche sin licor, pero su cuerpo se había vuelto tan dependiente a la mierda del alcohol que quitárselo la incapacitaba. Ella no podía levantar su vaso de agua sin que sus temblores la derramaran sobre el borde, y ni siquiera podía calmarlos cuando finalmente lograba beber. Así que a la mañana siguiente, solo fingí que dormía cuando se fue. No podía evitarlo, y tampoco podía verla irse a comprarlo.

Había estado en *Chicago* por seis semanas, y había estado viviendo aquí durante cuatro de esas. Mi relación con mi madre se había vuelto delicada, en el mejor de los casos. En el peor, era inexistente. Seguía tratando de cuidar de ella, y ella continuaba intentando alejarme, exigiendo que me fuera para que pudiera jodidamente pudrirse en la soledad. Era la cosa más triste y patética que hubiese visto nunca. Ella no estaba mintiendo cuando me dijo que pasaba sus días bebiendo hasta el olvido.

No me quedé porque quisiera verla marchitarse, me quedé porque tenía que creer que esta vida con ella, la vida que había soñado durante tanto tiempo, no era tan horrible como me había parecido el día en que había llegado. Me quedé porque era codicioso y ansiaba su aceptación. Me quedé porque mi padre me había criado para creer que esta mujer era infalible y pura y digna de nuestro amor incondicional y respeto. Me quedé porque quería todo de vuelta, lo cual era irónico, porque había llegado a dejar todo ir.

El día que le envié la carta a Beth, sentí como si un pedacito de mi alma muriese. No solo estaba rompiendo mi promesa, sino que no tenía idea de cuándo o si alguna vez volvería a *Forks*. A decir verdad, yo subsistía con la base de día a día ya que vivir en el presente inmediato era la única manera de retener una fracción de optimismo. Podía imaginarla leyéndola, y odiaba ser ese hijo de puta que probablemente le rompió el corazón. Una pequeña voz en mi mente se

preguntaba si no estaría mejor sin mí de cualquier manera. Después de todo, yo era lo único que la estaba restringiendo de conseguir algo mejor, habiéndola básicamente amenazado con dejarla si terminaba rindiéndose a la ayuda de un maldito estúpido psiquiatra. Analizándolo, probablemente fue un método imperdonable de control hacia ella y a su unión conmigo el limitar sus opciones, y ahora me encontraba sintiendo la esperanza que ella no hubiese escuchado una palabra de lo que había dicho, ahora que ya no estaba allí para ayudarla. No dejé que estos pensamientos se mantuvieran por mucho tiempo, porque no podía soportar la idea de Beth encontrando a alguien mejor una vez que pudiera, aunque sabía que se lo merecía. Yo siempre lo había sabido. Todo este maldito fiasco solo demostraba aún más eso. No podía decidir si quería que se diera cuenta de eso o no.

Después de decidir quedarme en *Chicago* con mi madre, había hecho algunas compras para este agujero de mierda. Se sentía mal usar la tarjeta de crédito que Albin me había dado para las emergencias, pero lo justifiqué con que él igualmente ganaba todo un mierdero de dinero. Encontraría una manera de devolverle todo el dinero más adelante, porque no podía comprar nada con el dinero de ella.

Cuando le había preguntado a mi madre cómo se las arreglaba para sobrevivir sin trabajo, su respuesta me había enfurecido. Mi padre tenía un seguro que recibió después de su muerte, y el seguro del dueño de la casa de mi quemada y arruinada infancia había otorgado una considerable suma de dinero también. Ella había jodidamente desangrado estos fondos para alimentar sus hábitos en los últimos diez años. Era repugnante e insolente, y si no hubiera creído posible perder aún más el respeto por ella de lo que ya había hecho, lo hubiese hecho. Ella había estado avergonzada al admitir cómo el dinero que había sido destinado para resolver nuestras vidas fue básicamente malgastado en su adicción. Esa fue la razón por la que no la había dejado ir a beber ese día. Yo había usado su culpa por el dinero para convencerla de no comprar más licor.

Por supuesto, ahora me había resignado a solo escucharla salir de casa, escucharla regresar, y escuchar cerca de la puerta de su dormitorio mientras ella consumía con avidez. Nunca me había sentido tan puñeteramente incapaz de ayudar a alguien en toda mi vida. El alcohol ya no era solo un modo de escape para ella, era una necesidad química. A pesar que me daba cuenta que su problema probablemente estaba fuera de mis capacidades, me tragué el miedo a fracasar y decidí intentarlo de todos modos.

Le compré comida y la obligué a comer. Limpié su casa, si se puede llamar a

este lugar así. Limpié durante días y coloqué una gran cantidad de trampas para capturar a los roedores que vivían en las paredes. Mientras me veía limpiar los pisos y fregar las paredes y techos, insistía que me detuviera, y al darse cuenta que no lo haría, ofrecía dócilmente su ayuda, a lo cual siempre me negaba. Había considerado simplemente mudarla de aquí por completo, pero sin importar lo porquería que fuera este sitio, estaba a gusto aquí. En algún rincón en mi cabeza, había comparado a su casa con ella y pensado que si podía hacer que los pisos y paredes estuvieran limpios y habitables, tal vez tuviese un poco de esperanza de arreglarla a ella también.

Le compré nueva ropa de cama y almohadas y pasé horas fregando la mugre de su colchón cuando rechazó mis repetidas ofertas para comprar uno nuevo. Los baños eran repulsivos. Ella había gemido varias disculpas al mirarme limpiar el vómito que llevaba años en las baldosas. Mi limpieza finalmente hizo una diferencia. Después de dos semanas, me sentí lo suficientemente cómodo con el estado de las cosas. No era bonito ni brillante o prístino, pero estaba lo más cercano posible a inhabitable.

Mi siguiente tarea fue obligarla a limpiarse a sí misma. Ella había perdido cualquier hábito de higiene, y era más que un poco espantoso. La mujer que solía obligarme a lavarme los dientes tres veces al día y lavar cada centímetro de mi cuerpo tenía meses de suciedad en sus pies. Había protestado antes que la amenazara con despojarla de su ropa y tirarla en la bañera yo mismo. Al darse cuenta que yo era físicamente más fuerte, finalmente accedió. Usé la lavandería al final de la manzana para clasificar y lavar su ropa. Tiré más de lo que lavé. Todo el asunto era muy parecido a cuidar de un niño, y la tarea constante de hacerlo mantuvo mi mente alejada de los recuerdos de *Forks*.

Oí sus pasos acercándose a la puerta de la calle y me quedé inmóvil en el sofá mientras entraba. Se limpió los zapatos ahora que había hecho un esfuerzo evidente para mantener limpio este agujero. La escuché caminar por el pasillo hasta su dormitorio y cerrar la puerta.

Incluso a cientos de kilómetros de distancia, en *Forks*, nunca me había sentido tan lejos de ella como lo hacía en ese momento.

Esa noche, después de toda la limpieza de las últimas dos semanas, las preguntas comenzaron.

No solo las mías, sino las de ella también.

—¿Por favor, cuéntame? —Declaró por tercera vez mientras estábamos sentados en la mesa de la cocina en mal estado y comíamos nuestra comida comprada.

Suspiré y aferré mi tenedor fuerte ensartándolo a una zanahoria.

—No quieres saberlo —le contesté con sinceridad, levantando la vista para encontrarme con su mirada.

Tenía los ojos inyectados de sangre, y me di cuenta que no estaba completamente sobria. Ella siempre estaba medio sobriedad alrededor de la hora de la cena lo cual aprovechaba al máximo antes que se retirara a su habitación para reencontrarse a sí misma con la botella. Frunció el ceño a su recipiente de comida y buscó en él sin hacer nada. Nunca comía lo suficiente.

—Fue malo, ¿verdad? ¿Las personas con las que estabas? —Preguntó en un pequeño susurro sin mirarme a los ojos.

La mitad de mi conciencia estaba indecisa sobre transmitir toda mi experiencia en el sistema, porque sabía que solo agrandaría su culpabilidad. No quería ser el responsable de aumentar su espiral descendente ya violento. La otra mitad, mucho menos moral de mi conciencia, quería ganar la reivindicación de contarle *todo*. Y, mierda, tenía historias que la mantendrían despierta en la noche revolcándose en la culpa por su error de apartarme.

Sin embargo, no podía hacerlo. No parecía satisfactorio ver a esta cáscara de mujer convertirse en una cáscara de una cáscara de mujer. Sería contraproducente y malicioso de mi parte contarle esas experiencias. Suspiré y pasé los dedos por mi cabello, incómodo.

—No todos ellos. —No era una mentira. Encontró mi mirada e inclinó un poco la cabeza con curiosidad.

—¿Quieres contarme sobre *algo*? —Solicitó tomando un pequeño bocado de sus fideos.

Se sentía violento hablarle de Albin. Era como mezclar petróleo y agua, y no me gustaba la idea de que ella conociera sobre ese lado de mi vida. Por desgracia, era la única buena experiencia que tenía para retransmitir.

—Cuando tenía trece años, estaba en el hospital con gripe —empecé a decir, eligiendo empezar con mi primera interacción con Albin. Dejó caer su tenedor y se inclinó hacia delante, escuchando con atención—. Come tu comida, o no diré nada más —le solté con molestia, y rápidamente empezó a comer de nuevo. Respiré hondo y comencé a hablarle sobre el hombre con quien había pasado los últimos cinco años de mi vida. Le hablé de su trabajo y lo bien que me había cuidado. Todo era muy mecánico por alguna razón, pero mientras hablaba en cierto modo me mantuve impasible. Me di cuenta que cuanto más le ofrecía, más comía, así que continué y le hablé de su casa de tamaño mansión en *Forks* y nuestras noches jugando al ajedrez. Incluso le ofrecí una breve descripción de la

ciudad. Esquivé cualquier cosa negativa sobre nuestra relación y lo mantuve directamente relacionado con él como fuera posible.

Para el final de la historia, ella había comido toda su comida y medio frunció el ceño hacia el recipiente vacío como si hubiera perdido sus únicos medios para conseguir información de mí.

—Parece un hombre muy agradable. —Sonrió después de una pausa, y se apartó el cabello detrás de la oreja. Yo todavía estaba comiendo así que simplemente asentí en acuerdo, mientras me observaba. Me había acostumbrado a ser observado cuando comía, y una ligera sonrisa elevó mis labios hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo, de lo que estaba recordando—. Tal vez podría conocerlo algún día —aludió, y los fideos que había estado tragando se atraparon en mi garganta con tos.

Negué con la cabeza con vehemencia mientras farfullaba en mi puño, encogiéndome ante la idea de los dos conociéndose cara a cara. No podía desentrañar el pensamiento de Albin reuniéndose con esta mujer. Me sorprendió que me sintiese así, pero me di cuenta que estaría completa y jodidamente avergonzado y expuesto si sabía cómo ella vivía. De nuevo, aceite y agua.

Después de un momento de protesta mutua, finalmente abandonó el tema, y le permití retirarse de la mesa a su dormitorio.

No dormí esa noche y mientras estaba acostado en el sofá me quedé mirando el techo. Era arriesgado, y sabía que Beth Roja probablemente estaba esperando que yo estuviera lo suficientemente incoherente como para aparecer de nuevo. No podía decidir cómo me sentía al respecto. Ella era puñeteramente molesta, pero no la había visto desde el día que llegué y estaba perdido como la mierda. Tuve cuidado de apegarme a mis reglas de sueño antes de Beth. Una vez que empezaba a balancearse por el cansancio, me permitía dormir para mantener los peores síntomas en la raya. No podía decidir si quedarme despierto intencionalmente con el propósito de volver a verla era ridículo o no. Sin embargo, mantuve la posibilidad en el fondo de mi mente. Si alguna vez la necesitaba con mucha desesperación, todo lo que tenía que hacer era evitar dormir durante el mayor tiempo posible, y ella estaría allí.

Le di a mi madre el resto de la semana para hacer sus preguntas, siempre en la mesa del comedor cuando estaba más lúcida. Ella quería saber sobre mis calificaciones y la escuela, lo que trajo a colación el tema obvio de que estaba faltando el último mes de clases. Me encogí de hombros y evité sus preguntas sobre si había planeado volver o no. Le dije que estaba pensando demasiado lejos, terriblemente lejos. Nada de lo que pueda suceder después de la puesta de

sol diario existía para mí. No pude responder a estas preguntas, por razones obvias.

Yo no sabía dónde estaría.

Se sentía como estar en el otro lado de la cerca de nuevo, y aunque la hierba no fuera más verde en realidad, era familiar, y me había puesto a mí mismo en la posición de ser el responsable.

Mientras las noches pasaban, ella comenzó a hacerme preguntas que provocaron una línea de pánico en mi pecho.

—¿Cómo sucedió eso? —Me había preguntado una noche cuando comíamos, sus ojos escrutando fijamente la cicatriz en forma de dientes en un lado de mi cuello.

Mis dedos habían temblado y tuve que contenerme de tocar la marca de Beth en mí.

—No estoy seguro —evadí en un murmullo, cambiando rápidamente de tema—. ¿Alguna vez hablas con la abuela? —Le pregunté con astucia, no estando realmente interesado en discutir sobre las otras dos personas que me habían abandonado, pero sabiendo que el tema sería suficiente para distraerla.

Justo como había esperado, su mirada se volvió amplia y ansiosa.

—¿Te refieres a los padres de Ed? —Preguntó inútilmente, con su mirada fija en su envase de alimentos. Asentí y la miré expectante. Por supuesto que no me refería a sus padres. Yo nunca los conocí antes. Ni siquiera estaba seguro de si existían. Suspiró y me dirigió una breve y nerviosa mirada desde debajo de sus pestañas—. Ellos murieron hace unos años. Tu abuelo se fue primero —susurró, encontrando mi mirada atónita—. Ataque al corazón —explicó con una expresión de disculpa—. Tu abuela tuvo un derrame cerebral —terminó en un murmullo lleno de remordimiento.

Dejé que la información de la muerte de mis abuelos se impregnara por completo antes de responder.

—Lástima que nunca pude pedirte disculpas. Deben haber... —Mis palabras fueron interrumpidas por la repentina pregunta de si *ellos* me culpaban por la muerte de mi padre. Después de todo, tampoco hicieron ningún intento en ponerse en contacto conmigo. Había asumido siempre que los tres compartían el mismo sentimiento. Pero ahora que sabía la verdad de por qué mi madre me envió lejos, acaso eso significaba...

Su mirada vagó a la mía y tragó con fuerza.

—No es lo que piensas —susurró, jalando una servilleta de cerca, su mirada cambió a su vacío absoluto común—. Para cuando se dieron cuenta de lo que

había sucedido, los convencí que era probable que ya estuvieras instalado en una casa nueva, con una nueva familia —explicó en una voz impasible—. Ellos te habrían querido, pero yo tenía miedo de que todavía estuvieses demasiado cerca de mí, así que te oculté —terminó, como si estuviera explicando el contenido de su recipiente de comida para llevar y no algo que se debería considerar como muy cerca a la sustracción de menores.

Estaba tan furioso que mi contenedor de alimentos voló de la mesa, salpicando contra la pared en un aerosol horripilante de fideos pegajosos mientras yo echaba humo contra ella. Algo más que ella malditamente me robó: cualquier relación que pudiera haber tenido con mis abuelos, y ahora ambos estaban muertos, y yo no tenía esperanza de reparar la distancia entre nosotros. Tantas cosas que ella me había robado, tantos lazos con mi verdadera familia, y en vez de reconocer mi ira, ella simplemente me ofreció una disculpa inadecuada y completamente jodida y huyó a su habitación como una cobarde.

Las siguientes noches, hablamos más sobre mis abuelos y de su razonamiento para esconderme de ellos. Yo no estaba satisfecho con sus explicaciones, y todas las noches me iba de la mesa frustrado y amargado con su insolencia. Sus disculpas eran vacías y no significaban nada para mí. Ella no me ofrecía ningún consuelo, solo confusión y resentimiento con cada confesión.

Mientras las noches pasaban y mis preguntas se reducían a comentarios ociosos y en ocasiones ofensivos respecto a sus pobres decisiones y cuánta rabia me inculcaban, comenzó a tomar la iniciativa de nuevo.

—Eso es muy bonito —susurró una noche. Mi mirada siguió a la suya hacia mi mano que sostenía el tenedor. Estaba mirando el anillo de *Claddagh*. Permanecí en silencio, comiendo, sin reconocer su comentario. No era exactamente una pregunta, pero sus ojos eran tremendamente curiosos sobre la única pieza de joyería que llevaba. Incluso más que Albin, y yo no podía imaginar hablarle de mi chica. El simple pensamiento de traerla a la conversación se sentía como una profanación de su nombre. Ni siquiera quería decirlo en presencia de tal desesperación y hostilidad sin adular. Ella era especial y sagrada, y no iba a someter a que se dijera su nombre en voz alta en este maldito infierno. Era una sensación imposible tenerla en la punta de la lengua y al borde de mi alma, y aún así no permitirme reconocerla.

Era difícil mantener el aceite separado del agua, y con cada día que pasaba, empezaba a preguntarme sobre el otro lado de la cerca, incluso dándome cuenta de lo mucho que lo extrañaba. Era tan jodido. Sin importa a dónde fuera o con quién estuviese, todavía anhelaba otra cosa y ni siquiera podía mantenerme al

día con lo que ya tenía. Yo lo quería todo pero sabía que eso no era posible. Se sentía como si cada célula de mi ser se dividiera por la mitad entre aquí y allá. Sin importar lo mucho que trababa de creer que debería estar agradecido por tener por fin a mi madre, siempre mi ira volvía en corto tiempo, y sin pensarlo acariciaba ese pequeño anillo de bronce.

Era cuatro de julio, y yo finalmente estaba dibujando de nuevo. Me había tomado un tiempo encontrar una tienda que tuviese mi tipo exacto de cuaderno de bocetos y lápices de grafito, pero me las había arreglado para abastecerme de ellos. Los fuegos artificiales y desfiles por las calles cercanos hacían ruidos sordos que flotaban en medio de la parte exterior de la casa. Destellos brillantes de pirotecnia iluminaban la sala de estar parcialmente oscurecida, definiendo con más precisión el momento en que estaba ilustrando en el papel ante mí: Beth viendo los fuegos artificiales de Año Nuevo en la orilla del río en *Forks*.

Mi visión estaba un poco fuera de foco, y hacía la tarea de tener precisión del lápiz casi inviable, pero no pasaría mucho tiempo ahora. Una sonrisa tiró de mis labios mientras apartaba un mechón de cabello de mi frente y continuaba dibujando en semi satisfacción.

Después de minutos de escuchar al lápiz y las crepitaciones y viendo los colores parpadeando sobre el papel, escuché un suave susurro flotando a través de mis oídos que despertó mi atención. Mantuve los ojos fijos en la cara en mi regazo mientras me esforzaba por escuchar más, rezando para que ella regresara esta noche. Más bien descaradamente lo había planeado así, y mi alivio fue palpable cuando finalmente le oí claramente.

—Hmm —tarareó una vibración suave, y poco a poco levanté la mirada de mi regazo a la figura roja de pie delante de mí. Beth estaba mirando el dibujo, y tomé un momento para apreciar cada rizo de su cabello, cada línea de sus labios rojos, y la suavidad de sus ojos marrones con una ceja arqueada—. No me gusta —susurró, finalmente, encontrándose con mi mirada con el ceño fruncido en desaprobación a la vez que las luces de los fuegos artificiales bailaban sobre su piel luminiscente.

Hice una mueca y pase los dedos por mi cabello a la vez que giraba la página.

—Lo sé —concordé y contemplé iniciar uno nuevo mientras ella vagaba por la habitación desnuda, con la falda roja balanceándose casi ilusoria alrededor de sus rodillas. A decir verdad, ya no me gustaban mis bocetos tampoco.

Ellos nunca eran a color.

No podía mostrar los rojos feroces ocultos bajo el cabello marrón o el rosa suave de su rubor. Todo era jodidamente gris y plano con lápiz y papel. *Indigno*.

Beth no era gris. Era roja y marrón y rosa y azul y naranja y jodidamente... viva. No había suficientes colores en el espectro para pintarla, pero si pensaba que podía, me gustaría pasar el resto de mi vida intentándolo.

Con un suspiro, tiré el cuaderno de dibujo hacia un lado y centré mi atención en Beth. Estaba escudriñando cada rincón de la habitación que había limpiado con mucho esfuerzo.

—Polvoriento —murmuró pasando un dedo a lo largo del sofá, haciendo una pausa para mirarme antes de sentarse.

Hice una mueca de nuevo y apreté descuidadamente el lápiz en la mano contra mi muslo.

—No tengo ni puta idea de cómo limpiar un sofá —expliqué con sequedad, odiando cómo ella siempre se las arreglaba para señalar las peores cosas.

Se encogió de hombros y se recostó en el sofá mientras yo diseccionaba sobre la mecánica de las alucinaciones y si su peso dejaría una huella o no.

Mierda, tenía que dormir un poco.

—Tenemos que hablar —dijo en una abrupta fuerte voz que me sorprendió brevemente. Estaba acostumbrado a su ser molesto y fastidioso, pero no brusca. Sus ojos se estrecharon antes de cambiar a nada en particular—. Te estás olvidando de algo —susurró en un tono extrañamente acusador, y mis cejas se fruncieron en confusión. Después de un momento de silencio se volvió hacia mí, metiendo una pierna por debajo de la falda y descansando su brazo sobre el respaldo del sofá—. Algo que se te entregó, Maddox. No te hagas el estúpido conmigo —dijo con desprecio, y yo en realidad me alejé para la mierda ante su ira.

—No sé de qué coño estás hablando —le escupí fastidiado, considerando irme a dormir justo en este segundo. Ella no estaba siendo amable. No estaba siendo nada como mi Beth.

Resopló, un mechón de su cabello volando lejos de su cara y sus ojos brillaron con furia.

—El sello —dijo entre dientes con veneno, y mi corazón se hundió en mi estómago cuando me di cuenta de lo que quería decir.

La noche que había dejado *Forks*, Albin me había dado en silencio un símbolo que había reconocido como su sello familiar. Yo había visto el anillo de Austin antes, y el colgante que Albin raramente llevaba, pero nunca me había preguntado por qué yo no tenía algo similar. Albin había deslizado silenciosamente el disco metálico pequeño dentro de mi bolsillo derecho de la chaqueta antes de que saliera de la casa. Ni siquiera me había dado cuenta hasta

que había estado en la glorieta con Beth. Lo froté entre mis dedos, utilizando la escasa luz de la luna para inspeccionarlo con mis ojos cansados antes de rápidamente regresarlo a mi bolsillo para concentrarme en nuestro intercambio, decidiendo examinarlo más tarde, cuando me hubiese ido.

—Lo olvidé —admití en un susurro tenso. Me di cuenta que lo había dejado en la chaqueta cuando se la di a Beth esa noche. No fue mi culpa. Había estado demasiado cansado para recordar cualquier detalle concreto de esa noche.

Beth resopló y su labio se curvó en una mueca a la vez que se inclinaba hacia adelante, a centímetros de mi cara.

—Ni siquiera te lo mereces, de todos modos. —Su mirada de asco golpeó en el costado de mi cara justo cuando asimilé sus palabras. Tenía razón, por supuesto, pero no quería esta versión de mi chica. Ella estaba enojada conmigo. La única razón por la que había evitado el sueño era para poder verla observar los fuegos artificiales desde la ventana mientras dibujaba. En cambio, ella solo llegó para reprender mis errores.

Con un profundo gruñido de frustración tiré el cuaderno de dibujo en el suelo y rápidamente puse mi cabeza sobre la almohada en mi extremo del sofá. La ahuequé un par de veces y cerré los ojos, listo para dormir.

—Tatatea para mí —ordené con sequedad, viendo la parte posterior de mis párpados.

—No —se burló con incredulidad desde algún lugar a mi lado.

Cerré los puños con fuerza y me tambaleé desde mi posición para hacer frente a ella con una mirada asesina.

—¡Eres mía! —Rugí en su cara, malditamente cabreado que esta noche no fuera de la manera en que lo había planeado. Su rostro permaneció inexpresivo mientras escupía en voz alta en su cara—. ¡Haz lo que te digo! —Hice hincapié en esto señalando a mi pecho y ella simplemente me miró—. Si quiero que hagas algo para la mierda, lo haces —terminé con un gruñido. ¿No era así como toda la cosa de la alucinación se suponía que funcionaba de todos modos? ¿No tengo ningún tipo de control? Sus labios rojos se curvieron en una sonrisa y se inclinó casualmente contra el sofá mugriento.

—Bueno, controlarme con amenazas te ha funcionado muy bien en el pasado, ¿no es así? —Cantó con una expresión de suficiencia.

Mis puños se fueron a mi cabello, y lo apreté con fuerza en señal de frustración.

—No es lo mismo —insistí, simplemente deseando que cooperara conmigo, solo por una vez. Su suave risa me acarició mientras forzaba a mis ojos a

cerrarse—. ¡Joder, hazlo! Yo no quería...

—¿Maddox? —Una voz tímida desde la entrada de repente me interrumpió y mi cabeza se sacudió con el sonido. Mi madre estaba repantigada contra la pared, obviamente borracha y entrecerrando los ojos para concentrarme en mi cara—. ¿A quién le estás hablando? —Preguntó en el estupor, balanceándose hacia adelante un poco antes de enderezarse de nuevo.

Solté el agarre de mi cabello, rastrillando mis dedos a través de él por un momento antes de levantarme del sofá y avanzar hacia ella.

—Nada —murmuré avergonzado a la vez que la agarraba del brazo y la llevaba al dormitorio. Ella me miró con desconfianza cuando la acosté sobre el colchón, pero yo sabía que probablemente no recordaría este momento mañana.

Beth se había ido cuando volví al sofá y acomodé mi cabeza en la almohada. No tenía la ventaja de su tarareo, pero el profundo auge de fuegos artificiales cerca me arrulló a un sueño inquieto mientras luchaba por apagar la culpa sobre haber dejado descuidadamente atrás el escudo de Albin.

Fue en este estado mental en el que me encontré en el cementerio de la ciudad al día siguiente. Le había preguntado a mi madre si quería acompañarme, pero ella estaba demasiado borracha como para siquiera pararse derecha. El familiar disgusto de su condición me consumió mientras buscaba las filas de lápidas por mi padre. Solo había visto su parcela una vez, el día en que fue enterrado. Dado que no recordaba mucho de ese día, pasé al menos una hora recorriendo la colina del sur de los jardines.

Encontrarla fue un momento mucho menos profundo de lo que esperé. Las parcelas circundantes estaban decoradas con banderas y flores y recuerdos de sus seres queridos. Mi padre estaba en una losa plana solitaria con su nombre y la fecha de la muerte grabada en ella. Me enfureció. Mi madre debió haber estado visitándola y dejando muestras de su amor y afecto por él en vez de ahogarse en su dolor como una maldita ingrata.

Me pasé todo el día sentado al lado de la tumba, mirando el vaivén de los árboles cercanos y disfrutando de la tranquilidad de la zona. Traté de hablar al principio, porque era una cosa realmente cliché y comúnmente familiar que hacía la gente cuando visitaban las tumbas. En su mayoría, me sentí estúpido, así que eso no duró mucho. Era demostrar mucha locura exterior, incluso para mí.

Al menos podía *ver* a Beth Roja.

El calor del sol de julio era incómodo, pero no hice ningún movimiento para irme hasta que el sol empezó a ponerse. Con una silenciosa promesa de volver, salí y realicé los recados de noche para la casa.

Cuando regresé a la tumba el día siguiente, pues... probablemente llevé la mierda un poco demasiado lejos. Quiero decir, obviamente no era un concurso ni nada de «La tumba de mi padre tiene más flores que la de tu padre». Pero era la única manera que tenía de mostrar a la gente que mi padre era especial para alguien. Me pregunté cuántas personas habían visitado las tumbas cercanas y las tumbas que estaban desnudas. La idea me hizo atragantar brevemente por un nudo en la garganta sin dejar de mirar su lápida. Su jodidamente floreada lápida.

Me pasé el resto de mi semana en esa forma, sentado al lado de su tumba preguntándome varias cosas: qué diría si pudiera ver a mi madre en este momento, cuán decepcionado estaría en mi fracaso por hacerla cambiar, qué tipo de consejo me daría para ser considerado digno de su alabanza.

Un domingo por la noche, me pregunté de repente mientras estaba sentado al lado de su tumba, lo que sería tener un padre en este momento de mi vida. Justo cuando la pregunta resonaba en mi cabeza, sentí una punzada aguda de remordimiento por haber pensado eso. Albin había sido algo así como un padre para mí. No éramos cercanos, y él no podía cumplir esa función en completa totalidad, pero eso era todo mi culpa, no debido a ninguna falta de voluntad de su parte.

Pasé el día siguiente reflexionando sobre nuestra distancia y mi hábito de mantenerlo alejado. Y entonces me sentí culpable por pensar en Albin en la tumba de mi verdadero padre. Y entonces me pregunté si la culpa no había sido mi principal justificación para mantenerlo alejado en primer lugar. Nunca había hecho el duelo por mi padre ni había aceptado que se había ido. ¿No tenía sentido que nunca permití que Albin fuera un «padre» porque mi propio padre nunca había sido despedido?

Era confuso, y todas las noches que me iba a casa para alimentar a mi madre borracha, estas preguntas me seguían. Yo la veía tropezar saliendo de su habitación y sentarse frente a mí en la mesa. Siempre le contaba de mis visitas a su tumba, pero no estaba seguro de si lo estaba haciendo para hacerla sentir mejor o para hacer que se sintiera avergonzada por no haber ido también. Ambas reacciones me ofrecían igual satisfacción.

Pero entonces sucedió. Hubo ese momento de claridad cuando de repente todo se juntó y empezó a tener un poco de sentido. No fue algún gran momento para mí. Fue muy simple y automático, como un reflejo natural que siempre se había escondido en algún lugar debajo de la confusión.

Fue un jueves por la noche, y el lugar de comida para llevar en la esquina estaba jodidamente abarrotado. La gente se agolpaba en el pequeño mostrador

mientras yo esperaba que cantaran mi orden, pero ellos estaban hasta el culo y cortos de personal. Golpeé mis dedos con impaciencia en la formica del mostrador, dejando que mis ojos se desviaran en los «mensajes de inspiración» que recubrían la pared, que eran en realidad proverbios muy mal traducidos.

Después de muchos minutos de pie y esperando, mirando mal a la gente gSabrinara que me empujaba con sus hombros, la empleada en el mostrador finalmente me miró. Su largo cabello negro estaba sudoroso y pegándose a su cara cuando me miró con ojos desorbitados.

—Nombre —solicitó, y yo apenas reprimí poner los ojos en blanco por la rara y excepcional desorganización de su servicio al cliente esa noche.

—Maddox Lane —hablé sobre las voces que me rodeaban, sintiéndome perturbado cuando negó con la cabeza.

—Tenemos un Adler —respondió ella, sosteniendo mi bolsa de comida y entregándomela con incertidumbre. Pagué con mi tarjeta de crédito y le arrebaté la bolsa de su mano, huyendo de la asfixia del pequeño espacio y el aire de comprensión. Una vez que estuve fuera y que pude pensar con claridad, en realidad solo me golpeó para la mierda.

Había dicho mi nombre adoptado por hábito o instinto, pero no había estado usándolo desde que había llegado. Y ahora Lane sonaba familiar y confortable, mientras que Adler sonaba extraño y torpemente forzado. Me pregunté cuándo permití que eso pasara... ¿Cuándo me convertí tan alienado de mi naturaleza y tan adaptado a mi crianza? No podía decidir si fue en el momento en que mi madre me había enviado lejos, o en el momento en que había tomado el nombre de Albin. Tal vez fue mucho después de las dos cosas, pero la realidad de ello fue evidente.

Esa noche, después que mi madre se hubiera desvanecido por completo, me encontré fumando un cigarrillo en el interior de una cabina de teléfono que parecía casi como una antigüedad en la manzana. El aire era seco y caliente, y sin la refrescante brisa suave que la puesta de sol ofrecía yo estaba sudando la jodida gota gorda dentro del espacio confinado. Era imperdonable de mi parte, pero marqué el número que conocía lo suficiente como para recordar por capricho, e inserté dos centavos.

Lo escuché sonar, con una mano dentro de mi bolsillo, sosteniendo el teléfono entre mi oreja y mi hombro a la vez que mis ojos se movían por la acera con paranoia. Tenía la esperanza de no poder ser rastreado por esto. No me haría ningún bien empezar a mezclar el agua y el aceite ahora.

Se oyó un clic, y luego una suave voz que yo conocía muy bien.

—Hola —respondió Albin, y casi pude oírle quitarse las gafas ya que imaginaba que estaba sentado en su escritorio.

No respondí. Nunca planeé hacerlo. Solo quería escuchar algo tangible desde el otro lado de la cerca, aunque solo fuera por un segundo. Era realmente estúpido y descuidado pero tener la conexión con el otro lado me hizo sentir tan cerca como posiblemente podría conseguir dadas las circunstancias. Mis oídos se esforzaban por escuchar cada ruido minúsculo en segundo plano.

—¿Hola? —Repitió.

Traté de mantener mi nariz lo más lejos del receptor como fuera posible para que no sonara como algún puto y espeluznante perverso llamando a la línea en su estudio, pero mi sonrisa fue imposible de suprimir. Pude oír una breve y distante aleatoria de papeles mientras repetía lo mismo de nuevo, aunque esta vez más tranquilo. Si cerraba los ojos y bloqueaba los ruidos del *Chicago* nocturno, casi podía imaginarme a mí mismo en su estudio, siendo destrozado en un juego de ajedrez.

Elegí ese momento de reflexión idiota para regresar a mi cabina de teléfono anticuada y sucia, escuchando atentamente el sonido de su suspiro de exasperación y estático en el receptor.

—No estoy especialmente de humor para entretener adolescentes aburridos —insistió en un tono que me hizo resoplar a pesar de todo mi intento de contenerme. Aspiré una bocanada de aire, determinado a permanecer en silencio para escuchar por un segundo más, hasta que volvió a hablar—. ¿Maddox? —Declaró en un susurro cautelosamente esperanzado que hizo que todo mi cuerpo se pusiera rígido, alarmado. Levanté la cabeza de mi hombro, agarrando el receptor ruidosamente y mirando a la palanca de plata del teléfono público en pánico antes que continuara a toda prisa—: No, no cuelgues —suplicó, y me congelé con mis dedos demorándose en el mango—. No tienes que hablar si no quieres hacerlo —me aseguró en voz baja después de un minuto de silencio, y permití a mi mano caer lentamente a mi lado—. Siendo sincero, solo estoy contento de saber que estás bien —suspiró con alivio.

Había una pequeña repisa interior de la cabina donde pude sentarme casi cómodamente mientras depositaba más cambio y simplemente sostenía el teléfono en mi oreja, dejando caer la cabeza hacia atrás contra el cristal. Suspiró de nuevo en el teléfono, y aproveché por completo mi lapsus temporal de juicio y cerré los ojos, permitiéndome imaginar estar de vuelta a *Forks*.

—Aquí todo el mundo está bien —finalmente habló, y los sonidos de papel habían cesado por completo mientras yo permanecía en silencio. Si a él no le

importaba que no hablara, entonces yo estaba feliz de mantener ese límite—. De hecho, Austin se va a la universidad mañana. Creo que está impaciente por mudarse a una casa con Sabrina. Dios sabe que no quiero investigar ese entusiasmo particular —se burló, y mi sonrisa se ensanchó al imaginarme a Austin yendo a la universidad. Entonces dejé de imaginarlo, porque Sabrina estaba allí, y esa era una imagen mental jodidamente horrible. Con cada segundo que pasaba, mi mente se tambaleaba por tener una conexión con el otro lado de la cerca, y estaba deseando con todo mi ser que dijera algo acerca de mi chica.

Cualquier cosa.

Por desgracia, continuó sin decir su nombre.

—Darren está bien. Él viene de visita... muy a menudo. —¿Qué?—. Daphne y él han planeado una especie de elaborado viaje de campamento, que es algo más de lo que no estaré pidiendo detalles —murmuró con esa voz paternal extrañamente disgustada que me hizo sonreír. No podía imaginarme a Daphne Jonathan bajando sus estándares para dormir en el desierto incluso si lo intentara. Darren, por otro lado... era *exactamente* algo que él haría.

Mierda, he extrañado a ese jodido pendejo.

Seguí depositando cambio en el teléfono público mientras él hablaba sobre absolutamente nada de importancia. El suave sonido de su voz familiar era genial y todo eso, pero mi frustración por su rechazo flagrante de todas las cosas de Beth estaba creciendo en proporciones épicas a medida que los minutos se convertían en horas. Luego de escuchar sobre las recién pasadas ordenanzas de la ciudad, la incompetencia de su paisajista, un paciente con un destornillador clavado en su brazo, y el último turbio drama del personal de enfermería del hospital, estaba seguro que se había quedado sin temas para discutir.

Me dio la razón cuando finalmente suspiró en el teléfono:

—Mira, Maddox... si este es Maddox, y si no es así, entonces solo parezco un increíble idiota por hablar conmigo mismo durante más de dos horas —divagó mascullando antes de detenerse con otro suspiro—. Me voy a la cama, pero eres bienvenido a llamar de nuevo —ofrecido en una voz suave y sincera.

Coloqué el receptor de nuevo en su lugar y salí de la cabina sintiéndome molesto. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Si no mencionaba a Beth, entonces yo estaría obligado a llamar de nuevo hasta que lo hiciera.

Y que me aspen si ese hijo de puta astuto no tenía toda la razón.

Durante el resto de la semana, pasé las calientes tardes de verano con mi padre biológico, y las noches ventosas de Chicago con mi padre adoptivo. No le hablé a ninguno de ellos. El cementerio estaba tranquilo y sereno como siempre,

y la cabina telefónica antigua era un pequeño pedazo de paraíso en el infierno solo por la voz que me hablaba.

Cuando llamé de nuevo la segunda noche, la alegría en la voz de Albin había sido evidente. Sus temas siguieron siendo cuidadosos e imparciales, y no podía entender por qué simplemente no me daba... algo. Cualquier cosa en absoluto. Como una maldita... descripción de su estilo de cabello o de los zapatos que llevaba ese día. No estaba siendo quisquilloso. Solo quería que dijera su nombre, probar que todavía existía. Pero nunca lo hizo.

El miércoles por la noche fue peculiar. Su línea estaba ocupada, y me dio la impresión que la había dejado descolgada. No era propio de él tomar llamadas en la noche en esa línea. Con frustración, seguí intentando hasta que estuve seguro que era demasiado tarde para que él todavía estuviese despierto. Cuando él contestó, finalmente, no ofreció ninguna explicación, pero estuvo inusualmente entusiasta en su diálogo. Su voz era más ligera y modulada con un regocijo que me desconcertó, sobre todo teniendo en cuenta su tema de elección, que fue la más reciente adición al acuario del hospital decorativo: Bob, el pez globo.

Era una puñetera tortura no ser capaz de preguntarle acerca de Beth. No pude contar el número de veces que casi había perdido mi resolución y hablado, esa noche en particular. Pero luego, al final de su discusión de un solo lado, de nuevo expresó su preocupación frecuente sobre si era o no realmente yo llamándolo, y me recordó una vez más que era lo mejor no hacerlo.

Sabía que si algo realmente terrible le hubiese sucedido a Beth, probablemente él me lo habría dicho, así que de nuevo estaba confundido sobre por qué no la mencionaba. Él ni siquiera mencionó a Beatrice, y las menciones de Daphne eran escasas y siempre siguiendo menciones directa de Darren.

Cuando regresaba a la casa de mi madre en la noche, me tumbaba en el sofá sucio y recordaba todas sus palabras y comentarios, tratando de unir las piezas en una visualización de la pequeña ciudad que extrañaba. Entonces, justo cuando me preguntaba por qué seguía estando tan decidido a mantenerlo en una distancia tan grande y obviamente dolorosa, escuchaba a mi madre vomitar en algún lugar de la casa, y la realidad me consumía.

Yo le daba de comer, la mantenía segura y tan sana como ella lo permitiría voluntariamente, cuidada y casi limpia, y sin embargo ella estaba todavía vacía y carente de cualquier luz o algo parecido. Si fuera totalmente honesto, me hacía sentir abrumadoramente insignificante para ella, como si no le ofreciera suficiente propósito a su vida para recuperarse y cambiar sus maneras. Cada vez que me ordenaba que me fuera, siempre insistiendo en que no quería que la viera

en ese estado, sentía otra oleada de furia y resentimiento, pero siempre estaba mezclado con el rechazo y la falta de esperanza.

Bien, se estaba volviendo tedioso comer comida tailandesa.

Era la primera noche fría de septiembre, y mi madre estaba teniendo un muy raro buen día. No había vomitado, había comido el desayuno antes de salir de casa esta mañana, y solo bebió una botella. Esto significaba que estuvo borracha y totalmente desmayada al mediodía, pero no consumió nada más cuando se despertó a las cuatro. Era condenadamente patético cómo algo así me podría levantar el ánimo, pero lo hizo. Y estaba cansado de la comida tailandesa.

Iba a probar algo nuevo con la esperanza que su noche pudiera ser tan buena como la mía. En solo tres horas, estaría en el teléfono público hablando con Albin. Algo a lo que aspirar. Me decidí por pizza porque no he comido eso desde que había llegado, y... bueno, esto era *Chicago*. No *Tailandia*. Ya no más putos fideos para mí.

Manejé de vuelta a la casa con la ofensivamente grande caja con el delicioso olor flotando a mí alrededor. Había comprado otros artículos para la comodidad de la noche, como ponche de frutas, el helado favorito de mi madre, y... *Oreos de doble crema* que me habían suscitado una reacción muy anhelante y dolorosa mientras las pasaba en el pasillo, a pesar que sabía que no le llegaban ni a los talones a las galletas que realmente anhelaba. Las luces de la ciudad eran brillantes y coloridas, y me pregunté si mi chica había estado alguna vez en una ciudad de este tamaño antes. Me pregunté si *Phoenix* se parecía en algo a esta y dudé que lo hiciera. Me pregunté si alguna vez sería capaz de enseñárselo. Me pregunté sobre lo que llevaba puesto, o lo que escuchaba, o lo que comía, y me pregunté cómo le iría en su primer semestre del último año. Me preguntaba y sonreía cada vez que me imaginaba las respuestas. Me preguntaba, y me moría un poco para la mierda cada segundo que tenía que preguntarme sin poder estar seguro.

Mi sonrisa se había ido para el momento en que llegué y abrí la puerta. El interior de la casa urbana ahora tenía un olor débil de mezcla de cloro con el polvo y el moho. Me limpié los zapatos, porque en el transcurso de los últimos dos meses me había convertido en un hijo de puta neurótico sobre mantener la mierda limpia.

Metí mis llaves en mi bolsillo y caminé a través del vestíbulo hacia la cocina. Al pasar por la sala de estar, vi a alguien en el sofá por la esquina de mi ojo. Mi sonrisa regresó brevemente cuando me di cuenta que mi madre estaba en realidad en la sala de estar, lo cual era algo que ella nunca hacía.

Cuando mis ojos se posaron en ella, mi sonrisa desapareció de nuevo, y mi visión se tornó roja.

—¿Qué demonios estás haciendo?! —Grité, asustándola visiblemente ya que se estremeció. El cuaderno de bocetos que había estado en sus manos cayó al suelo y sus ojos grandes y vacíos estaban llenos de curiosidad y miedo.

Se retorció sus manos cuando vio confusa mi expresión enojada.

—No sabía que pudieras dibujar —susurró, dejando caer su mirada al cuaderno de dibujo en el suelo entre sus pies.

Pisoteé a través del cuarto, mi mano encrespándose en un puño a la vez que dejaba caer la caja de pizza en el sofá y me inclinaba para recuperar el cuaderno de bocetos.

—Y yo no sabía que no podías respetar la privacidad —gruñí, mirándola lleno de indignación.

Ella resopló, su expresión inmutable cuando levantó la caja de pizza hasta su regazo.

—Tú no me has dado ni una gota de privacidad, y esta es mi casa —reviró con ironía. Entrecerré los ojos a su insinuación. En cualquier caso, la privacidad se ganaba. Percibiendo mi argumento, desvió la mirada vacía de la caja a su regazo—. No quise hacerlo. Estaba buscándote después que me desperté, y lo vi allí. No debí haberlo hecho —admitió en un suspiro y abrió la caja para quitarle una porción de pizza que empezó a comer.

Yo no estaba de acuerdo ni en desacuerdo. Simplemente cogí una rebanada y empecé a comer en el sofá junto a ella. Estaba comiendo sin mi intervención, y sentí una breve sensación de alivio por no tener que forzarla como lo hacía a veces.

Después de unos momentos de silencio, la pregunta inevitable llegó.

—Entonces... ¿quién es ella? —Preguntó mi madre en un tono cauteloso.

—Nadie —respondí rápidamente sin mirarla a los ojos.

La hija de puta de todas las blasfemias.

—Hmm —tarareó pensativa masticando y yo estaba prácticamente rellenando mi puta cara. Razoné que si mi boca estaba llena, no podía esperarse que respondiera a nada—. Ella ciertamente no luce como "nadie" —murmuró después de tragar, y pude sentir su mirada en mi cara mientras masticaba mi pizza y sentí la incómoda sensación de aceite y agua mezclándose. Permanecí en un silencio evasivo, y me di cuenta que estaba carcomiéndole cuando tarareó de nuevo—. ¿Es ella la responsable por el anillo? —Preguntó, una punzada extraña y fugaz de curiosidad cubría su comportamiento. Cuando no contesté de nuevo,

la punzada de curiosidad cambió a frustración—. ¿La amabas? —Preguntó en voz baja, y casi me atraganté para la mierda con mi bocado de pizza.

La miré a los ojos entonces, porque era físicamente imposible no responder. Cada fibra de mi ser protestó a su declaración.

—En presente. No en pasado —corregí con sequedad, odiando para la mierda las palabras siendo dichas en tiempo pasado.

Algo irreconocible destelló en sus ojos antes que de nuevo se volvieran vacíos.

—¿Dime su nombre? —Suplicó, y la forma en que elaboró su pregunta en realidad me hizo considerar contestar. Era una súplica profunda para mostrarle algo de mí, algo que solo se iba dando cuenta que había mantenido oculto todo este tiempo. Ya sabía que existía y que la amaba, así que me imaginé que darle un nombre no sería el fin del mundo.

Suspiré y levanté la segunda porción de pizza de la caja.

—Beth —respondí en un murmullo derrotado. Y luego, porque no tenía ningún tipo de control cuando se trataba de este tema, añadí automáticamente sin pensar—: Su nombre es en realidad Elizabeth, pero ella prefiere que la llamen Beth. —No hacía ninguna diferencia, pero había pasado mucho tiempo sin siquiera decir su nombre, y no había visto a Beth Roja desde el cuatro de julio. Era como la incapacidad de un hombre hambriento de parar de hablar de su comida favorita.

Sus ojos brillaron de nuevo en esa forma peculiar a la vez que descartaba la caja junto a ella y se volvía hacia mí implorante.

—¿Me la muestras? —Suplicó de nuevo, tratando de alcanzar el cuaderno de bocetos y extendiéndomelo con incertidumbre. Quería que le mostrara esta parte de mí mismo. No quería toparse con él por accidente.

Fui incapaz de negarle su petición, siendo el hombre hambriento que era. Depositó mi rebanada de pizza parcialmente comida en la caja y le quité el cuaderno de bocetos de sus manos. Abrí la primera página, y se deslizó más cerca de mí, más cerca de lo que estaba acostumbrado, y después de un momento, con cuidado puso su cabeza en mi hombro.

Fue torpe y temporalmente me dejó pasmado. Era lo más parecido a afecto del que habíamos experimentado desde que había llegado. La cuidaba y tocaba cuando tenía que arrastrar su culo borracho a la cama, pero no había cariño alguno en nuestra única interacción, solo necesidad. Era casi como si hubiéramos perdido de alguna manera la humanidad que hacía ese tipo de interacción posible. Tal vez mi padre era la fuente de la suya. Tal vez Beth era la

fuente de la mía.

Aparté ese pensamiento para analizarlo más adelante mientras ambos mirábamos hacia abajo a la cara en el papel.

—A ella le gusta cocinar —ofrecí tímidamente, porque a pesar que solo había dibujado su expresión confiada, el momento que había robado era de la noche que ella había cocinado para nosotros en la cocina de Albin. Mi madre levantó la mano y tocó las finas hendiduras de las líneas de su rostro.

—Ella es muy hermosa, Maddox —murmuró con satisfacción. *¿Satisfacción?* Desvié mis ojos a su cara y se abrieron en estado de shock por la sonrisa que llevaba. Era una expresión increíble de satisfacción, una que no eclipsaba el vacío en sus ojos, pero al menos la igualaba. Y eso era algo gigante—. Háblame de ella —susurró, levantando la vista para encontrarse con mi mirada brevemente antes de volver a fijar su atención en la página.

Yo estaba tan terriblemente complacido con su felicidad que no pude evitar hacerlo.

—Ella es tímida a veces, y odia emperifollarse —le ofrecí, girando la página a otro dibujo, este completo solo hasta la mitad. Mi madre repitió el movimiento de trazar las líneas a medida que continuaba—: Algunas personas piensan que es terca, pero están equivocados. Ella solo es determinada. Es una sobreviviente. — Sonreí ante la expresión firme que había ilustrado. Mi madre volvió a sonreír, dándome otra breve mirada.

—Como tú —agregó, y yo resoplé. Di vuelta a la página de nuevo, pero mi respiración se detuvo, y regresé la página de nuevo, casi arrancándola con las prisas para ocultar la imagen. *Ese* dibujo era un poco demasiado de Beth para que nadie lo viera. Mi madre chasqueó la lengua con desaprobación cuando aclaré mi garganta, distrayéndola con una imagen de Beth en la glorieta.

Pasamos casi dos horas en el sofá mientras yo le enseñaba a mi chica. Su sonrisa no vaciló durante todo el tiempo que le trasmití todas las cualidades y la personalidad de Beth, y poco a poco, se transformó en historias de las escenas que elegí para ilustrar: ella en la tienda de libros en nuestra primera cita, su ceño fruncido a Daphne el día en que «tomó prestada» su espátula de suerte y se la devolvió rota sin ninguna explicación, e incluso en la tarde en la semi pradera. Cada vez que volteaba una página, daba un cauteloso vistazo para asegurarme de su clasificación *PG*, y mi madre me daba otra mirada de desaprobación por dibujar a una chica envuelta en mis sábanas.

Pero con el tiempo ella quería saber cosas acerca de Beth que los dibujos no podían mostrar: por qué no podía tocar otros chicos, por qué tenía esa cicatriz

allí y por qué ella dormía en mi cama. Se estaba revelando demasiado sobre el pasado de Beth, y él mío también, explicando todas estas cosas.

Pero seguí haciéndolo.

No podía explicar por qué mierda no podía mantener mi maldita boca cerrada, pero seguí yendo y viniendo. Con cada respuesta que le daba, ella tenía tres preguntas más, y porque eran de mi chica, solo seguí respondiéndola. Se sentía mal, no solo por mezclar el aceite y el agua, sino por revelar estos detalles privados del pasado de Beth con alguien que ni siquiera conocía. Pero también se sentía tan bien hablar de ella, y la aparición constante de la sonrisa poco familiar de mi madre solo animó a mi disposición.

Con el tiempo, la pizza se enfrió, y mi madre supo... más o menos todo lo relacionado con mi chica. En algún momento de la discusión, había tomado mi mano entre las suyas y ahora estaba girando el anillo de bronce alrededor de mi dedo.

—Entonces, ¿qué pasó? —Preguntó, su sonrisa había vacilado hasta que se había transformado en una línea apretada que obligó a mis labios a imitarla—. ¿Por qué no estás con tu Beth? —Susurró, todavía girando el anillo en mi dedo.

Fruncí el ceño hacia abajo en el anillo y contemplé brevemente el brebaje de una mentira antes de pensarlo mejor.

—Ella todavía está en *Forks*. —Me encogí de hombros evasivamente, sin decir en pocas palabras lo que ambos probablemente ya sabíamos: no estaba con mi chica porque estaba con mi madre.

Se quedó en silencio por un momento mientras mi anillo se deslizaba alrededor de mi carne hasta que mi madre empujó bruscamente mi mano, apartándose de mi hombro y mirándome con ojos furiosos.

—¡Tonto! —Gritó en una exhibición tan poco común de rabia que me estremecí y retrocedí. Sus fosas nasales se dilataron, y sus manos vueltas puños temblaron, ya fuera de furia o por los efectos de seis horas de sobriedad, no estuve seguro.

Esperaba su culpa y el remordimiento y el espiral descendente, pero no... la *ira*. Su pecho se agitaba enfebrecida y se levantó del sofá, desafiante.

—¡Tenías todo, y lo tiraste por la borda por *esto*! —Gritó ella, al mismo tiempo que hacía un gesto a la habitación.

Yo no podía creer su descaro.

—Bueno la manzana no cae lejos del árbol lunático, ¿verdad? —Gruñí con resentimiento, mi ira reemplazando rápidamente la sensación de mi momento-Beth. *Muchas jodidas gracias.*

—Tú... —Se detuvo y comenzó a pasearse por la habitación con un fuerte y frustrado rugido. Me quedé de piedra. Era el espectáculo más flagrante de emoción que había hecho desde que había llegado. De repente se dio la vuelta para mirarme, sus ojos brillando con lágrimas sin dejar de temblar ante mí—. Simplemente no lo entiendes, ¿verdad? —Gruñó.

Me quedé boquiabierto hacia ella desde el sofá, incrédulo.

—De hecho, no, no lo hago. Todo lo que haces es bastante jodidamente increíble —le escupí con frustración.

Ella negó con la cabeza con vehemencia, todo su cabello volando alrededor de su rostro en un halo salvaje de la oscuridad.

—Cómo elegí vivir es débil y egoísta, Maddox, pero no increíble en lo más mínimo —insistió, y yo negué con la cabeza en desacuerdo.

—Esa es una maldita forma de lavarse las manos. Si me amabas, habrías querido mejorar —diferí venenosamente, mis propias narices comenzando a flamear por la completa ridiculez de sus argumentos antes de añadir—: Permitirías que te ayudara.

Dejó caer la cabeza, todavía temblando a la vez que su cabello escondía su expresión. Guardó silencio por un momento, llevando sus temblorosas manos a la cara y ahuecando sus mejillas.

—Te quiero más que a nada en el mundo, y esa es la razón por la que necesito que entiendas que *no puedes ayudarme* —susurró con voz dolida. Levantó la cara y el vacío de sus ojos era penetrante.

Suspiré y arrastré una palma sobre mi cara mientras continuaba con una ansiedad desconocida.

—Pero *puedo*. Sé que es imposible que lo dejes de una vez, pero hay lugares... hospitales y clínicas que se especializan...

Su risa sin humor interrumpió mi explicación y me enfureció aún más. Había pasado mucho tiempo buscando alrededor de la ciudad por algo adecuado, y ahora ella estaba jodidamente riéndose de mí. Encontró mi mirada con una expresión calculadora, frunciendo los labios y manteniendo lo demás inmóvil. Justo cuando estaba pensando en continuar, suspiró dolorosamente.

—¿Dime, Maddox? —Comenzó, caminando hacia el sofá y tomando una posición a mi lado. Tomó mi mano de nuevo, desenroscando el puño que había hecho, y contuve las ganas de apartarla antes que comenzara a girar mi anillo, continuando en un suave susurro—: ¿Qué harías si recibieras justo en este instante una llamada diciéndote que Beth murió?

En verdad aparté mi mano con enojo por eso, levantándome del sofá y

mirándola.

—No es lo mismo, y nunca, *jamás* di... —Vacilé cuando un dolor profundo penetró mi pecho, sofocando cualquier palabra o respiración.

Yo habría jodidamente muerto.

Si algo le pasara a mi chica... eso solo no era siquiera comprensible.

Quería argumentar que no sería como ella, que no era lo mismo, que yo sabía que solo estaría haciéndome daño a mí mismo, porque no tenía forma de saber qué tan cierto sería eso. ¿Si pudiera estar seguro que la gente que amaba podrían ser felices sin mí? Quizás. No lo sabía, y oré a cualquier puñetera deidad que estuviese escuchando que nunca tuviera que averiguarlo.

La parte más sorprendente de todo esto no era el hecho que ella rechazara mi ayuda, porque eso era algo con lo que me había acostumbrado a lo largo de estos meses, era cuán enormemente familiar toda la situación me parecía. Me tomó una cantidad inexcusable de tiempo para darme cuenta por qué.

Nunca había entendido por completo a Albin hasta que había tenido que ver a mi madre apartándose de mí en cada intento sincero de ayuda. No había ninguna maldita miseria peor que ver a alguien que amas sufrir mientras rechaza tu ayuda. Sentí una profunda sensación de terror al mirar a su forma en el sofá sabiendo que yo le había hecho esto a Albin. Por supuesto, mi situación palidecía en comparación con la de ella, pero realmente no creía que la gravedad importara mucho.

Y entonces solo puñeteramente... lo entendí.

Por primera vez, realmente *entendí* a Albin. Realmente comprendí su desesperación por verme progresar y crecer superando el dolor de perderlo todo, y en verdad sentí que *lo* conocía, como si *conociera* lo profundo de su alma. La suya era mucho más pura y respetable porque yo era un completo desconocido para él, y *esta...* esta era mi carne y sangre sentada delante de mí. Pero nunca se me había ocurrido que él alguna vez me considerara como algo menos que eso.

Sin decir otra palabra, me di vuelta y la dejé allí, dirigiéndome al único lugar en la ciudad que me ofrecía algún consuelo.

Encendí un cigarrillo cuando entré en la cabina telefónica, sosteniendo el receptor negro entre mi oreja y mi hombro mientras buscaba el rollo de monedas en mi bolsillo y comenzaba a insertarlos. Introduje su número de prisa, sintiendo la tensión de la realidad abandonarme cuando escuché el sonido reverberante.

Primero, el clic familiar de la conexión con el otro lado de la cerca y luego el suave y expectante "Hola" de Albin.

Suspiré lejos del micrófono y me senté en la cornisa, forzando mis oídos para

escuchar los ruidos de fondo como hacía a menudo. Nunca escuchando nada que no fuera el revoloteo ocasional de papeles, pero incluso el sonido estático del silencio de su estudio se sentía familiar.

—Estaba empezando a pensar que no llamarías —comenzó. Sonaba diferente. *Distante*. Yo llegué tarde, y tuve que luchar contra el impulso de pedir disculpas por mi tardanza apretando mis dientes para controlarme. Otra larga pausa de silencio hasta que él continuó—: Está lloviendo aquí. —*¿Acaso no llueve siempre?*—. Vi en las noticias que hoy estaba fresco en donde te encuentras. No recuerdo si alguna vez tuviste una preferencia. —Se detuvo de nuevo, su suspiro creando un siseo, y él no pudo recordarlo porque nunca le había dicho mi preferencia—. Austin llamó esta mañana después de sus clases, y parece feliz. Creo que su entrenador podría...

Mis cejas se fruncieron en confusión a causa de su silencio abrupto. Podía oír su respiración surgir a través del receptor, pero él solo... dejó de hablar. Empecé a golpear mi dedo del pie contra el suelo con impaciencia cuando la pausa continuó. Mis ojos se movieron alrededor de la acera, mirando el tráfico sin verlo realmente.

—Maddox, no puedo... —finalmente continuó en un susurro antes de apagarse en otro silencio. Mis manos se apretaron en puños en señal de frustración hasta que terminó con voz cansada—: No puedo seguir con esto. Si quieres hablar conmigo, entonces habla conmigo. Si necesitas ayuda, entonces con mucho gusto te la ofreceré. Pero no puedo seguir hablando de nada. — Esperó exactamente cinco segundos antes de suspirar y colgar con el clic que rompió la conexión con el otro lado de la cerca.

No podía seguir hablándome de nada, y yo no podía ofrecerle nada si no le podía ofrecer todo. Sabía esto ahora. Antes de mi madre, hubiera parecido una cosa muy pendeja por decir de su parte, pero yo hablaba con la nada todos los días.

Cuando regresé a la casa, la sala estaba vacía, mi cuaderno de bocetos estaba abandonado sobre el sofá. Estuve dando vueltas a la habitación al final del pasillo, y la puerta estaba entreabierta. Le di un codazo para abrirla con la mano, con los ojos cayendo inmediatamente sobre la forma de mi madre sentada en el borde de su cama. Las luces estaban encendidas y tenía una botella en la mano cuando se encontró con mi mirada. Supuse que había comprado dos después de todo.

Me miró aturdida mientras me paraba en la puerta por muchos minutos hasta que sus labios se curvaron en una sonrisa vacía.

—Entiendes ahora, ¿verdad? —Preguntó en voz baja.

Brevemente desvié los ojos a la botella en la mano antes de volver a mirarla a los ojos.

—No te puedo ayudar —admití en total derrota, a pesar que mi determinación protestó en voz alta en el zumbido de mis venas.

Tan seguro como que ahora conocía la miseria de Albin, conocía la otra cara de la moneda igual de bien, si no mejor. No se podía ayudar a alguien que no lo quería, alguien que no sentía que fuera siquiera posible o que lo mereciera. Me había convertido en el hombre distante del otro lado del teléfono, esperando a alguien que finalmente se extendiera y hablara, sabiendo todo el tiempo que nunca lo haría. Sería convertirla en la reclusa amarga que se vería obligada a esconderse dentro de su dormitorio, constantemente molesta y resentida por quien nunca dejaba de intentarlo. Más importante que eso, ella se sentiría aún más furiosa consigo misma por no ser suficiente cambiar para mí. Yo lo sabía, porque había sido esa persona una vez antes.

Su sonrisa se mantuvo incluso cuando negó con la cabeza con tristeza, con los ojos vidriosos desviándose a mi mano.

—Pero apuesto a que puedes ayudar a alguien más —susurró, y seguí su mirada al anillo de bronce de Beth que observé con suavidad. Su sonrisa se había ido cuando me encontré con su mirada de nuevo y veía su garganta moverse cuando tragó. Se puso de pie, colocando la botella en el suelo a sus pies antes de caminar hacia mí.

Buscó mis ojos por un momento al pararse delante de mí, y luego sonrió de nuevo, aunque las lágrimas en sus ojos la traicionaron.

—Dile a tu Beth que más le vale que sea buena para ti —se atragantó.

Sus ojos brillaron cuando la envolví en mis brazos y la aplasté contra mi pecho, porque no podía quedarme si no podía ayudarla. Los dos sabíamos eso. Enterré mi cara en su hombro para ahogar los sollozos que nos sacudieron a ambos.

—Siempre lávate los dientes tres veces al día —sollozó en mi pecho, y yo asentí. Lloramos al unísono sin dejar de abrazarnos, y le permití un último momento para ser la madre que había querido ser, pero no pudo—. Siempre di "por favor" y "gracias", y mantén la puerta abierta a los extraños —se quedó sin aliento y nos estremecíamos uno contra el otro, yo seguí asintiendo mientras ella señalaba casi todos los buenos modales que me había enseñado en gruesos murmullos contra mi pecho.

Mis sollozos se habían vuelto lágrimas silenciosas para el momento en que

había concluido sus órdenes maternas, y elegí ese segundo exacto para comenzar a seguirlos.

—Gracias —le susurré en su cabello y de mala gana ella me liberó limpiándose los ojos.

Cuando nuestras miradas llorosas se encontraron, estaba muy claro por qué le estaba dando las gracias. Le estaba dando las gracias por Albin y Beth y Darren y Austin, y aunque me tomó diez años verlo por lo que era, le estaba dando las gracias por el don de su sacrificio. Porque a pesar que estaba equivocada en muchos aspectos, y no siempre fue perfecto, me llevó a esa gente y a ese lado de la cerca. Podía haberme mantenido con ella y yo habría sido feliz sin conocer nunca nada diferente, pero ella quería más para mí que esto. Su visión de que yo tuviera la perfección completa era extrañamente egoísta en su insistencia en poner distancia entre mí y cualquier parte de mi familia restante, pero no por ello fue menos sacrificio. Podía ver eso ahora. Yo podría respetarlo. Yo podría perdonarlo. Yo nunca podría volver a tomarlo por sentado.

Sus ojos llenos de lágrimas me vieron con gratitud, y terminamos nuestro adiós improvisado con un último abrazo y recordatorios tensos de que aún nos amábamos. Ella seguía siendo mi madre, y yo seguía siendo su hijo.

Me giré dejándola en la puerta de su dormitorio y su pequeña sonrisa me siguió. Recogí lo que necesitaba en mis brazos. Dejé el cuaderno de dibujo tirado en el sofá para que ella aún sonriera al ver a mi chica. Yo sabía que imaginaría lo feliz que Beth me estaba haciendo.

Corrí al *Audi* y lo metí todo en el interior a la vez que trataba de ignorar el agudo dolor que envolvía mi pecho por dejar a mi madre voluntariamente. Manejé lejos de la acera frente a su casa. Pasé por delante de la tienda de la esquina donde compraba su licor y por la sucia cabina telefónica que había sido mi conexión con el otro lado de la cerca. Pasé el restaurante de comida tailandesa que nos había alimentado en los últimos tres meses, donde me di cuenta que yo era un Lane. Pasé el cementerio de la ciudad ubicado en la colina sur donde mi padre estaba, donde finalmente me di cuenta que ser un Lane no me hacía menos Adler. Conduje lejos del infierno y no miré atrás.

Mi madre quería que yo tuviera el paraíso, y el paraíso estaba en *Forks, Washington*.

Capítulo 44: Mostachones Monumentales de Coco. PRIMERA PARTE

Maddox

Me llevó treinta y tres horas de conducción continua alcanzar los límites de la ciudad de *Forks*. No dormí ni comí, y solo me detuve para poner gasolina cuando fue absolutamente necesario. Probablemente violé cada restricción de velocidad en el proceso, pero no podía conseguir que esas trivialidades me importaran.

El viaje no se parecía al que había hecho a *Chicago* cuatro meses atrás. En aquel momento, sin importar lo mucho que había tratado de convencerme de lo contrario, había estado huyendo de algo: de Beth y lo que nos habíamos hecho el uno al otro, de Albin, de Daphne y Beatrice cuando ellos se enteraran de cada una de mis cagadas. Sin embargo, en este viaje, yo estaba corriendo hacia algo y dejando algo más detrás. Con cada kilómetro que ponía entre mi madre y yo, sentía la parte de mi alma que era devota a ella gritando como protesta. En cambio, la parte de mi alma que necesitaba arreglo, la parte reservada a Beth, Albin, y a todos los demás, esa parte de mi alma vibraba de impaciencia para que me apresurara a llegar a *Forks*.

Las dos sensaciones contradictorias estaban en guerra con cada una de mis emociones, y pareció imposible estar ansioso o desconsolado por más de un minuto durante todo el viaje. Era muy parecido a ser empujado hacia el oeste a la vez que me arrastraban hacia el este. Si no hubiese tomado una decisión, probablemente me habría devuelto.

Cuando finalmente llegué a *Forks*, era un jodido manojito de nervios. Mi mente había estado tan fija en ese objetivo durante todo el viaje que ni siquiera me había detenido a considerar la hora en la que llegaría. Eran solo las ocho de la mañana, lo que significaba que todo el mundo estaría en el trabajo o en la escuela.

Al acercarme a la carretera que llevaba a la blanca mansión que era bastante mi hogar, empecé a escudriñar cada helecho y plantas del vecindario buscando cambios. En realidad no había mucho que notar con excepción que los árboles ya habían florecido. Cuando me fui, todo había estado desnudo y apenas empezando a brotar por la primavera. Ahora estaban exuberantes, y aunque el otoño inminente ya estaba empezando a hacer caer las hojas, parecía animado y verde.

Me estaba poniendo sentimental por el jodido *follaje*.

Una sonrisa de auto-desprecio elevó mis labios cuando doblé la última esquina y avisté la casa. Pero mis ojos nunca tuvieron la oportunidad de examinarla en profundidad, porque cuando vi el patio delantero de los Jonathan, mi pie pisó el freno y el *Audi* chirrió deteniéndose repentinamente en medio de la carretera de grava.

Me invadió el terror de que ya fuera demasiado tarde y... *mierda*. Estaba apenas empezando a golpearme este hecho, cuando agarré mi volante y miré el gran cartel de «Se Vende» en el jardín de Beth que... demonios, era totalmente posible que yo nunca fuera capaz de recuperarla. Era la primera vez que me permitía realmente *considerar* lo que le había hecho.

Desde la perspectiva de Beth, ¿Yo... hui? ¿Podría ella pensar eso? ¿Estaría equivocada en pensarlo? El recuerdo de ese día final y lo que había hecho me golpeó con una aplastante ola de terror. No había tenido el tiempo en *Chicago* para considerarlo por completo porque estaba muy ocupado con mi madre, pero ahora... ahora parecía como lo más importante del planeta. No solo me fui, y no solo ella me había entendido por completo y había apoyado mi elección, sino que yo había roto la promesa de regresar y ni siquiera había mantenido el contacto. Ni siquiera me atreví a concebir las posibilidades de que es lo que sentiría por mí ahora, o de que creería que yo sentía por *ella*.

Cristo, realmente lo había jodido todo.

Justo cuando estaba empezando a regalarme a mí mismo una horrenda y jodida crisis llena de odio contra mí mismo y arrepentimiento, un movimiento de la casa de al lado me llamó la atención. Moví mi mirada para ver una cabeza rubia emergiendo de la puerta cuando Albin se agachó para coger un periódico. Ni siquiera levantó la vista al dar un paso hacia atrás y cerrar la puerta. Me acordé que Albin probablemente podría decirme a dónde se habían ido Beatrice y las chicas. Esto no había terminado aún. Yo había rastreado a mi madre por todo el país. Podría hacer lo mismo por Beth. Pero primero, tenía que controlar mi mierda y enfrentarme a él, así que me dirigí hacia la casa y me metí en el camino de entrada.

Y entonces, me sentí jodidamente nervioso de nuevo. Puse mis ojos en blanco cuando de hecho revisé mi pelo en el espejo retrovisor. Mi cabello realmente tenía que haber sido mi última preocupación porque mis ojos estaban oscurecidos por la falta de sueño y todavía estaban un poco rojos e hinchados por mi emotivo adiós y los momentos de agonía que siguieron. Pasé un minuto alisando mi cabello y las arrugas de mi ropa antes de decidir que era una causa

perdida y salir del coche. El aire olía a... humedad y verde y fresco y vida y sencillamente a... hogar.

Me estaba poniendo sentimental por el jodido *aire*.

Resoplé molesto conmigo mismo y empecé a acercarme a la casa. Era una ansiedad diferente al tipo que había sentido cuando encontré a mi madre. Esto era impaciencia, no miedo. Salté los escalones, observando la fachada bien cuidada con una sonrisa tenue cuando llegué a la puerta e hice una pausa con abrupta incertidumbre.

Llame a la puerta.

Llamé porque a pesar que este era un hogar para mí, no tenía forma de saber si sería bienvenido o querido aquí. Con cada segundo que pasaba, mi corazón se aceleraba con las posibilidades de no serlo, y entonces mi impaciencia se volvió temerosa. Me pregunté si en el caso que ni Beth o Albin me quisieran, ¿regresaría a *Chicago*? Negué con la cabeza objetando ese pensamiento fugaz. Me quedaría y seguiría intentándolo porque ellos valían la pena. Pero me estaba sintiendo más aterrorizado. Realmente jodidamente aterrorizado. Removí mis pies y traté de encontrar algo que hacer con mis manos que colgaban a los lados. Estaba mareado por la ansiedad hasta que la puerta finalmente se abrió.

Albin hizo una especie de parpadeo mientras me quedaba frente a la puerta y empujaba mis puños profundamente dentro de mis bolsillos para ocuparlos. Él se veía exactamente igual, desde su cabello hasta el pliegue de su pantalón. A medida que el silencio crecía, mi puñetera ansiedad temerosa aumentó, y me costó encontrar algo inteligente que decir. Esos eran siempre los momentos en los que decidía decir la maldita cosa más retrasada del planeta, así que no me sorprendí en absoluto por lo que surgió de mi boca.

—¿Qué tal? —Pregunté, fingiendo frialdad e internamente pateándome a mí mismo en la cabeza cuando observé su expresión sin emoción.

Albin pareció ser sacudido de su asombro al oír mi saludo denso.

—¿Qué tal? —Pareció burlarse, sus labios retorciéndose en una triste sonrisa.

Yo estuve agradecido de por lo menos el cambio de atmósfera e hice una mueca.

—Temía que estuvieras trabajando —murmuré desviando la mirada detrás de su hombro hacia el vestíbulo.

—Tengo turno de tarde —susurró con aire ausente, respondiendo a mi pregunta silenciosa, yo luché por mantenerme cómodo bajo su mirada calculadora. Asentí carraspeando con suavidad y volví mi mirada hacia la punta de mis botas. Le di un empujón a una hoja roja humedecida y apreté mis puños

fuertemente en los bolsillos. Él jadeó, casi inaudiblemente, y dio un paso atrás —. Lo siento, pasa. Por favor —me ofreció con voz llena de pánico, y di un suspiro de alivio extrayendo mis puños cerrados de mis bolsillos y dando un paso hacia adelante.

El vestíbulo estaba exactamente igual a como lo recordaba, él caminó por delante, guiándome a la sala de estar, de vez en cuando mirándome sobre su hombro. Cuando entré, me quedé desconcertado por los cambios en la sala. Los muebles habían sido reacomodados lo cual era el cambio más obvio, pero también había nuevas cortinas y decoraciones esparcidas alrededor. Se veía bien y cómodo. La nueva disposición de los muebles tenía sentido porque se tomaba en cuenta el espacio. Era más colorida y vibrante. Él se volvió hacia mí con una sonrisa tensa e hizo un gesto para que me sentara en el sofá, por lo que me hundí allí, con un suspiro de satisfacción mientras los tapizados suaves y lujosos me acunaban. Contuve el ceño al observar la habitación. Era probablemente la evidencia más notable de cuánto tiempo había pasado. Realmente no me gustaba eso.

Él se sentó justo enfrente de mí en un gran sillón y apoyó el tobillo sobre su rodilla.

—¿Cómo estás? —Preguntó casualmente, pero su mirada vigilante delató la cautela que lo embargaba.

—Bien. —Me encogí de hombros, todavía permitiendo que mis ojos vagaran por la habitación—. ¿Tú? —Le pregunté, odiando jodidamente la forma en como nos tratábamos como si estuviéramos caminando sobre vidrios rotos. Me pregunté cuán ridículo sería jalar al adulto del sillón beige y simplemente... abrazarlo hasta la inconsciencia. Probablemente... jodidamente ridículo, decidí.

—Bien. —Asintió con la cabeza, cambiando su mirada hacia su regazo y extendiendo su mano para rascar su ceja. Asentí en respuesta, viendo como sus labios se elevaban en otra sonrisa forzada—. ¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad? —Preguntó, mirándome por fin a los ojos antes de añadir—: ¿Dónde te estás quedando?

Mi corazón se hundió hasta mi estómago cuando me di cuenta que él asumió que yo solo estaba de visita.

—¿Qué te hace pensar que no voy a quedarme aquí? —Pregunté con una doble connotación que no estuve seguro que él entendiera.

Elevó las cejas, extinguiendo inmediatamente la breve chispa de esperanza en sus ojos.

—Tocaste a la puerta —explicó con voz controlada.

Resoplé y pasé los dedos por mi cabello.

—No sabía si sería bienvenido todavía—me defendí y al instante luché para dominar mi enfado.

Él suspiró, un sonido extrañamente triste, y se frotó su frente de atrás hacia adelante.

—Esta siempre ha sido tu casa también, Maddox —murmuró, pero pareció frustrado antes de controlarse y encontrar mi mirada—. ¿Qué necesitas? —Preguntó. Fruncí el ceño en confusión, por lo que explicó con una expresión plana—: ¿Dinero? ¿Documentos? ¿Ropa?

—¿Qué? —Pregunté negando con la cabeza, pero él ya estaba sacando su billetera de su bolsillo trasero—. Jesús, Albin, no quiero dinero —insistí mortificado. ¿Él en verdad pensaba que solo regresaría aquí para desangrarlo un poco más? Era horroroso. Se encontró con mi mirada y suspiró de nuevo, más frustrado, dejando caer su billetera. Me levanté sintiéndome herido, cansado y decepcionado—. ¿No puede ser que solo quiera volver a casa? —Le pregunté con pesar a la vez que era más que seguro que mis ojos se humedecían y brillaban con el dolor de su humillante asunción. En verdad no me quería ir, pero su insinuación fue ofensiva y degradante. Tal vez debería haber hecho lo del abrazo, después de todo.

Sus ojos azules se entrecerrados por un segundo, observando mi expresión herida con cuidado antes que su rostro y postura se desmoronaran.

—Lo siento. —Suspiró con remordimiento y desvió la mirada, avergonzado—. No debería haber hecho suposiciones. Supongo que solo ha sido... —Se detuvo con una exhalación antes de mirarme a los ojos y negar con la cabeza—. Soy un imbécil —declaró.

Relajé mis puños tensos y me senté en el sofá, sus ojos siguieron los míos.

—Ya somos dos —susurré y me pregunté mientras él se encogía de hombros si habría captado mi petición de disculpa silenciosa—. Debe ser algo de los Lane —dije en voz baja y me pasé los dedos por mi asqueroso pelo. Ducharse era sin duda una prioridad, y reflexioné sobre la comodidad de mi gran cuarto de baño a la vez que me encontraba con su mirada, su expresión me cortó a mitad de un suspiro—. ¿Qué?

Sus cejas estaban profundamente fruncidas mientras me miraba en silencio durante mucho rato. Cuando finalmente habló, su voz estaba cargada de cierta emoción insondable.

—¿Alguna vez te consideraste un Lane? —Me preguntó al mismo tiempo que visiblemente trataba de controlar su reacción expresiva.

Mi corazón se hundió un poco más y desvié la mirada. Traté de pensar en todo lo que probablemente le había hecho pasar en los últimos cinco años para hacer esa simple y pequeña pregunta tan importante para él. Era realmente imperdonable. Yo había hecho cosas terribles, y mi comportamiento había sido monstruoso... la mayoría de las veces. No podía imaginar que algún día simplemente se olvidara de toda esa mierda y aceptara cualquier disculpa que pudiera ofrecer. Las disculpas son una mierda. Las disculpas eran palabras mezcladas con sinceridad que de igual manera se sentían vacías. Las acciones hablaban más que las palabras, y yo podía hablar más fuerte que cualquier otra persona si me hacían enojar lo suficiente.

Me encontré con su mirada, Albin casi se estremeció por mi expresión furiosa, pero no estaba enojado con él. Estaba enojado conmigo mismo por no aceptar su sinceridad y volverlo tan condenadamente sumiso a todas mis bufonerías estúpidas. Mientras recordaba la sensación de miseria absoluta que había sentido cuando mi madre me apartaba, decidí que no podía permitir que se siguiera sintiendo así.

—Mi madre es una borracha —le confesé en voz baja y sus cejas se fruncieron más. Me incliné hacia delante con un suspiro, apoyando los codos sobre las rodillas, y empecé con voz cansada—: La noche del incendio era su aniversario...

Era todo lo que Albin había deseado y más. Ahora podía explicar la historia completa, tanto mi versión como la de ella, a pesar que estaba cansado de hablar sobre ello y cansado de vivirlo y listo para superarlo y seguir adelante. Él estuvo visiblemente desconcertado por como yo de repente me sumergí en mi recuerdo del incendio y todo lo que pasó después. Sus ojos, cautivados y compasivos nunca dejaron los míos mientras yo hablaba. Casi podía verlo absorber mis palabras como si fueran lo más importante para él... en el mundo. Nunca interrumpió para hacer preguntas y yo me esforcé en contarle todo de forma en que él no tuviera ninguna. Todo, hasta el día en que había sido admitido en el hospital fue explicado con completo detalle, y su concentración no vaciló cuando empecé a recordar el tiempo de mi estancia en *Chicago*. Sus ojos se abrieron como platos y horrorizados cuando expliqué la total gravedad de la condición de mi madre, y aparté la mirada avergonzado mientras le hablaba de la casa y la forma en que habíamos vivido. Cuando le conté sobre cómo había tenido que cuidar a mi madre, limpiar su vómito y asegurarme de la simplicidad de su higiene, me sentí vulnerable y avergonzado. Decidiendo que no me podría sentir aún más humillado, incluso le conté de la tumba de mi padre y las grandes

cantidades de flores que había dejado.

Era jodidamente temprano para empezar a contarle... todo. Siendo sincero, simplemente entré por la puerta y se lo tiré todo como un jarro de agua fría. Pero yo no tenía casi nada que ofrecer ya, a Albin, sobre todo.

Por fin había comprendido el alma de Albin después de cuidar a mi madre durante tanto tiempo, y ahora él conocía la mía.

Creo que era probable que ambos estuviésemos exhaustos después que mi boca finalmente dejase de moverse. Relajé mi cabeza contra el respaldo del sofá suave y disfruté de la comodidad de la casa de Albin. No eran solo los lujos que su dinero podía suministrar. Realmente no podría identificar la causa exacta, pero era más sutil e impreciso y solo... seguro, incluso acogedor.

Me estaba poniendo sentimental sobre los jodidos *muebles*. Mierda, tenía que dejar de hacer esto.

Con un suspiro me encontré con la mirada de Albin, y él me estaba mirando fijamente. Había piedad en su mirada, y realmente lo odiaba, pero no retrocedí o me enfadé como de costumbre. Él podía tenerme lástima si realmente lo quería. Yo era un hijo de puta lamentable, después de todo.

Se enderezó en su silla, después de haber estado relajado durante mi largo relato y me miró con absoluta sinceridad.

—Gracias —respondió en voz baja, y sentí un calor extraño arrastrarse por mi cuello hasta la punta de las orejas. Se aclaró la garganta, interrumpiendo mi momento de vergüenza, y sonrió—. Podremos hablar sobre ello más adelante, cuando estés más descansado, si lo deseas —agregó, y yo realmente no estaba seguro de lo que quedaba por discutir, pero asentí con mi cabeza mostrándome de acuerdo. Frunció los labios, mirándome pensativo mientras me relajaba en el sofá y preguntó con expresión dudosa—. Entonces, ¿de verdad quieres quedarte?

Gemí internamente, a sabiendas de que tendría que tragarme mi orgullo y decir las palabras porque él se merecía por lo menos eso. Cuando me había adoptado, nunca me preguntó. Fue su única voluntad lo que me había llevado a estar en su casa. Era malo e injusto el tener esa clase de ventaja cuando él era quien me ofrecía algo de valor.

Suspiré y me enderecé, mis miembros sintiéndose pesados y rígidos cuando me encontré con su mirada y la sostuve con firmeza.

—¿Puedo por favor, quedarme aquí y... vivir contigo, Albin? —Pregunté con seriedad, haciendo que cada pizca de mi deseo por este lado de la cerca penetrara en mi voz y mirada anhelante. Hubo de nuevo esa sensación extraña de calor en las puntas de mis orejas al ver sus labios elevarse en una sonrisa conocedora. Mi

súplica no era realmente necesaria, y él nunca me haría rogar y arrastrarme para ser admitido en su casa. Sin embargo, ese no fue realmente el punto de ello.

Su sonrisa se hizo más amplia, llegando a una risa, hasta que de repente se tambaleó, y su rostro palideció. Fruncí el ceño, mirando cómo él se levantaba de su silla y desviaba su mirada nerviosa a la escalera que estaba al otro lado de la habitación.

—Yo... tengo que hacer una breve llamada. ¿Esperaras? —Preguntó con una voz extrañamente ansiosa, suplicando con la mirada. Confundido, asentí y lo vi cruzar la habitación y subir las escaleras.

A decir verdad, yo estaba un poco avergonzado por haber pasado por toda la mierda de sacrificar mi dignidad y que él en realidad no me hubiese dado una respuesta. Me tragué el miedo que aumentó y esperé a que regresara. Eventualmente, me puse ansioso y sentí una abrumadora necesidad de ver mi habitación de nuevo, de ver algún tipo de prueba de que yo aún tenía un espacio en la casa.

Me levanté del sofá y subí silenciosamente las escaleras, absorbiendo todos los pequeños detalles que habían cambiado desde mi ausencia. Descubrí que todas las ventanas tenían cortinas nuevas y eran... bueno... un poco jodidamente extravagantes y femeninas para mi gusto, pero... si eso era lo que a Albin le gustaba... lo que sea. El pasillo del segundo piso tenía alfombras nuevas que recorrían la longitud y reprimí una risita burlona al nuevo fetiche extraño de decoración de Albin. Supuse que ya que Austin y yo habíamos estado fuera de la casa, él probablemente se había aburrido. *Austin*. Suspiré caminando por el pasillo pasando su puerta, e hice una nota mental para conseguir su número de teléfono de Albin.

Al pasar por la puerta del estudio de Albin, su voz baja me detuvo, y me quedé cerca de la franja abierta para escuchar su conversación como un imbécil entrometido.

—¿Qué quieres decir? —Susurró, y se quedó en silencio. No había otros sonidos emergentes mientras forzaba a mis oídos para escucharlo—. Porque... es importante para mí, y teniendo en cuenta nuestras... circunstancias especiales, necesitaba saberlo —hizo una pausa y mis cejas se fruncieron por el contexto de la conversación unilateral. Después de muchos segundos de silencio, me pregunté si él había colgado antes que finalmente hablara de nuevo, en una voz firme y atípicamente exigente—. Para todos los efectos él es mi hijo, y espero que le extiendas el mismo respeto que yo les otorgó a tus hijas, no voy a tolerar... —Su voz se detuvo con brusquedad y casi consideré entrar a

preguntarle con quién coño estaba hablando antes que él suspirara—. Lo siento... Lo sé, lo sé. No es mi intención estar a la defensiva, ¿pero con honestidad puedes...? Yo tampoco quiero discutir —concordó con la segunda parte y de repente se echó a reír, aliviado—. Ahora, eso, probablemente pagaría por verlo. Darren mencionó muñecos carbonizados —se rio de nuevo y su mención de Darren me sacó de mi concentración y de nuevo surgió la añoranza de ver mi dormitorio.

Crucé el pasillo y subí la segunda escalera, todavía observando cuidadosamente los pequeños cambios en toda la casa. Me detuve en la puerta y me quedé mirándola pensativamente antes de agarrar el picaporte y abrirla.

No estaba muy seguro de lo que había estado esperando; si la destrucción de mi último recuerdo, o la norma reconfortante de su aspecto habitual antes de ese día. En realidad lo que me encontré no fue ninguna de las dos cosas. Estaba sobre todo limpio y el mobiliario estaba en el mismo lugar, pero era diferente. Cuando entré, me percaté del edredón de color marrón en la cama, un breve destello de recuerdo me obligó a retroceder y apartar los ojos contra el recuerdo estremecedor de mis últimos minutos en esa cama.

Di un paso más en la habitación, desviando mi mirada de la cama y observando todo con cautela. Realmente ya no se sentía como mi habitación y eso me molestaba jodidamente. Se sentía diferente y más ligero. Las nuevas cortinas blancas transparentes colgaban de las puertas francesas amplificando los rayos del sol e iluminando la habitación, echando luz donde siempre había habido sombras merodeando. Tardíamente, empecé a notar cosas, cosas pequeñas, como un par de zapatillas de deporte en la puerta que no eran mías y un cepillo de cabello tirado sobre la cómoda. Artículos de mi ropa se asomaban por la cesta de ropa sucia que antes se encontraba en el interior del armario, y ahora se hallaba asentada justo al lado. Había una camisa oscura muy pequeña cubriendo todo el brazo del sofá, y fruncí las cejas a ese artículo de ropa que definitivamente no era mío. Casi parecía como si perteneciera a una chica. Acababa de agacharme para recogerla cuando oí pasos y volví la cabeza para encontrar a Albin parado en la puerta.

Mis ojos eran interrogantes mientras recorrían la habitación. Él simplemente me miró hasta que el entendimiento me golpeó.

—Alguien ha estado viviendo aquí —declaré y me sorprendí por la pizca de celos que se filtró en mi voz. Me preguntaba si él había encontrado a alguien más, y entonces... ¿le había dado mi habitación? Esto me molestó y mi dolor fue palpable cuando me encontré con su mirada con una expresión acusadora.

Hizo una mueca, pasando los dedos por su cabello y asintió.

—Verás, esa es la cosa... —se interrumpió con cautela. Yo no dejé de mirarlo a los ojos y levanté las cejas, expectante, necesitando algún tipo de explicación de por qué él había sencillamente... entregado mi mierda a otra persona. Antes que pudiera enfurecerme por completo porque alguien había estado en *mi* habitación y que probablemente habría revisado toda *mi mierda*, él suspiró—. Esta es la habitación de Beth ahora.

Habíamos bajado porque Albin se sintió incómodo estando en *la habitación de Beth*. Estábamos parados en la cocina, donde él había insistido en buscarme una bebida ya que mi boca se había quedado seca hasta los huesos.

Desde la noche en que me fui. Beth había estado viviendo en mi habitación desde la noche en que me fui. Mi cabeza realmente no podía asimilar aquello.

—Como Beatrice y Daphne ya estaban pasando mucho tiempo aquí —continuó Albin con su explicación, su espalda sobresaliendo de la nevera—. En verdad no tenía sentido que mantuviera la hipoteca. Ella puede ser muy sosegada, siempre y cuando sus hijas no estén involucradas —balbuceó sacando un vaso del armario—. Daphne estaba en la habitación de invitados en el tercer piso, pero cuando la habitación de Austin se desocupó, ella quiso el espacio. —Se puso de pie frente a mí, sosteniendo el vaso de... algo mientras lo miraba boquiabierto.

—Lo siento. ¿Podrías regresar a la parte en la que Beth está viviendo en mi jodido cuarto? —Le pregunté, no necesariamente enojado, sino aún confuso. Sus cejas se fruncieron y empezó de nuevo a decir la misma explicación antes que lo detuviera—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Acusé, entrecerrando los ojos—. Todas esas veces que llamé, ¿por qué nunca dijiste nada? —Le pregunté poniendo el vaso sobre el mostrador.

Sus cejas se fruncieron antes que sus labios se elevaran una sonrisa.

—¿Así que sí *eras* tú quién llamaba? —Preguntó, cruzando los brazos sobre su pecho.

Puse mis ojos en blanco.

—Si yo lo hubiera sabido, habría... —Me detuve y me pregunté... ¿qué habría hecho? Definitivamente habría dicho *algo*. Todas esas noches que había pasado allí sentado en silencio, y Beth estaba aquí. Era asombroso.

Suspiró y se dirigió hacia el otro lado de la cocina.

—Si te lo hubiera dicho, habría sido una forma injusta de conseguir que me hablaras. —Hizo una pausa antes de añadir con una mirada por encima de su hombro—. Yo quería saber que hablabas porque estabas listo, no debido a una

reacción por Beth —culminó y cogió una bolsa transparente del mostrador.

Supuse que podía ver su punto, pero... maldita sea. Yo podría haber estado escuchando su voz también. Me molestó un poco. Sin embargo, tampoco podía negar mi alivio. Beth no se había mudado. No solo no se había mudado, sino que había optado por vivir en mi dormitorio. Tal vez ella había estado esperándome durante todo este tiempo. La posibilidad me hizo sentir simultáneamente eufórico y con el corazón roto. Eufórico, porque significaba que había querido estar cerca de mí, y con el corazón roto, porque la había hecho esperar durante mucho tiempo, y ahora no tenía forma de saber si ella lo perdonaría.

Albin se detuvo frente a mí y levantó su muñeca, mirando su reloj.

—Mi turno empieza en diez minutos, pero discutiremos los arreglos esta noche cuando todo el mundo esté en casa —ordenó, y mi estómago se llenó con punzadas de ansiedad porque me di cuenta de a quién incluía ese "todo el mundo". Beth estaría aquí. Esta noche. Apenas contuve una completa reacción humillante por esta noción—. Regresaré a casa antes porque Beatrice tiene que conducir y Daphne y Beth tienen... compromisos previos. Mientras tanto —continuó, y colocó sobre mi pecho una bolsa, sonriendo alegremente—. Ten una galleta.

Miré hacia abajo a la bolsa en mis manos cuando él salió de la casa, el plástico transparente era familiar y fresco en mi palma. La tinta negra en la parte frontal de la bolsa de Beth tenía un cuidadoso título que adornaba el pequeño rectángulo blanco. *Mostachones Monumentales de coco*. Sonreí.

Un millón de pensamientos corrieron por mi cabeza cuando recorrí la casa vacía, tocando las nuevas y pesadas cortinas que adornaban las paredes y familiarizándome de nuevo con la mansión al mismo tiempo que apretaba la bolsa de galletas en mi mano. Hice algunos planes, como decidir finalmente tomar una ducha y limpiar el *Audi*. Pero una vez que me quedé solo y toda distracción había cesado, mis pensamientos se dirigieron a mi madre, y me pregunté qué estaría haciendo. La imaginé bebiendo como solía empezar a hacer a esta hora de la mañana, y un repentino pánico invadió mi pecho.

Un millón de posibles e igualmente ridículos escenarios inundaron mi cerebro, y aunque me di cuenta de lo aleatorio que ellos podrían parecer, me preocupé.

¿Y si ella se caía por las escaleras? ¿Y si se asfixiaba en su propio vómito cuando se desmayara esta noche? ¿Y si ella no comía lo suficiente y moría de hambre? ¿Y si... y si algo pasaba y yo nunca lo sabría y ella no tenía a nadie más para que la ayudara? ¿Y si mi preocupación y la preocupación por su bienestar

arruinaban cualquier oportunidad que tuviera de disfrutar de algo?

Solo había una manera de asegurar que ella fuese atendida, y sabía que simplemente tenía que pedirle a Albin que hiciera algunas llamadas, y lo resolverían. Había hecho suficiente investigación sobre la atención domiciliaria cuando estaba en *Chicago* para saber que esa era la opción más realista. No sería un familiar, y no tenía forma de saber si ella aceptaría, pero lo intentaría. Y Albin estaría complacido de que le ofreciera la oportunidad de aliviar mi ansiedad. Pondría lo que pudiera en sus manos porque sabía que compartir lo que llevaba sobre mis hombros solo nos volvería más cercanos. Maldije el tener que lanzarle esa responsabilidad, a pesar que me daba cuenta que él estaría más que feliz de ayudar.

Siendo sincero, maldije mi esclarecimiento más que nada. Lo odiaba más que al alcohol que mi madre bebía o la sensación de ver a mi chica gritando y ensangrentada en el suelo del gimnasio. Era necesario, pero eso no hacía que no lo odiara jodidamente menos.

Una vez que elegí, no había punto medio, y no había vuelta atrás. La cerca que separaba los dos lados se había convertido en una barrera impenetrable y maciza. No habría cartas entre mi madre y yo. Ni llamadas silenciosas o promesas de visitas. Si alguna vez hablaba con ella de nuevo, sería porque ella me buscaba, y sabía que no debía esperar eso. El vínculo entre nosotros se rompió irrevocablemente cuando nos liberamos de ese abrazo en el interior de su dormitorio.

Si yo no supiera el daño que causaría, todavía podría mantenerme en contacto. Podría tener una apariencia de felicidad y normalidad con Albin sin dejar de tratar de ayudar a mi madre. Podría continuar con mis inútiles intentos de convencerla en recuperarse. Podría experimentar hito tras hito de mi juventud y sentir el resentimiento de saber que ella no estaría allí para experimentarlo conmigo. Podría pasar mis próximos años de crecimiento atado a una visión imposible de una vida en la que ella estaba presente y era saludable y feliz porque aún tendría la esperanza. Yo podría odiarla a ella y a mí mismo cuando eso nunca sucediera.

Nunca sería capaz de conseguir la felicidad, de hacer que alguien más fuera feliz. Se convertiría en un círculo vicioso de obligación y resentimiento y yo sería responsable de todo el auto-odio de mi madre cuando fallara en convertir en realidad mi visión de nuestra felicidad.

La única manera de complacer a todo el mundo era cortar el nudo y nunca mirar hacia atrás. Todo o nada, la aplastante realidad de las decisiones. De

hecho, bastante monumental.

Continué maldiciendo mi esclarecimiento que me forzaba ver esta verdad lógica en lugar de seguir al anhelante deseo de tenerlo todo. No se trataba de ser egoísta o altruista por primera vez en mi vida. Se trataba de aceptar que los ideales no eran alcanzables, y que había que elegir la mejor alternativa posible para todos los involucrados.

Donde ganaba, perdía. Mi confianza en mi decisión no había vacilado desde que me fui de *Chicago*, pero no aliviaba el dolor de saber que había abandonado todos los ideales que había sujetado durante los últimos diez años. No borraba el dolor de perder a mi madre, ya de una vez por todas.

Beth

El olor de gimnasio y de cuero encendió mis sentidos y mi puño voló al saco frente a mí con facilidad. Golpeó sordamente, pero la verdad ni se movió o desplazó por mi mínima fuerza. Eso no me importaba. Seguí golpeando y mis manos se sentían como malvaviscos con los guantes de boxeo que llevaba.

Los de Daphne eran de color rosa.

Ella gruñó a mi lado mientras efectuaba sus propios golpes y su cara enrojecida era casi cómica. Tenía una pequeña mueca en su cara a la vez que golpeaba su saco como si fuera algo personal que la hubiera ofendido de alguna manera.

La dura voz de Irina rompió mi escrutinio.

—Ojos al frente, Michaels —regañó desde el otro lado del gimnasio y reorienté mi atención a mi saco de boxeo. Respiré hondo y traté de hacer lo que Daphne estaba haciendo, lo que Sarah nos había animado a hacer. Lo imaginé como un delincuente y comencé a golpear. Probablemente me veía como una completa tarada con mis puños agitándose hacia delante. Estas clases de boxeo en realidad no estaban destinadas para el propósito de perfeccionar mi técnica. Se suponía que serían simplemente catárticas y liberadoras. Lo cual eran.

Mi enfoque indiferente a su deporte desagradó a Irina.

—Mantén los hombros rectos, Michaels —instruyó, y gruñí internamente a la vez que mis golpes se volvían más duros y más fuertes. La ira siempre era una buena proyección emocional para esta actividad, como Sarah a menudo me recordaba.

Esta era solo mi tercera clase de boxeo. Era demasiado pronto para decidir si me gustaba o no, pero no podía negar la liberación que me concedía. A diferencia de Daphne, yo lo prefería en vez del yoga o como yo lo llamo: «Limbo Tortura». Mi favorito hasta ahora tendría que ser los cursos de Judo. El Judo era realmente interesante y de bajo impacto. No se trataba de mi propia fuerza, sino del uso de la fuerza de los demás en contra de ellos. Estaba bien ser una chica pequeña en el Judo, no importaba. En el boxeo... no tanto.

—¡Estás golpeando alto de nuevo! —Espetó Irina con obvia molestia, pero el triple *ding* de la campana indicó que se había acabado el tiempo. Sonreí por dentro. Salvada por la campana. Irina se tomaba demasiado en serio su trabajo.

Daphne resopló y se volvió hacia mí con una gran sonrisa.

—¡Me estoy volviendo muy buena en esto! —Exclamó y levantó un puño

enguantado en un rosa fuerte con entusiasmo.

Puse mis ojos en blanco, sudando un poco y apartando con torpeza el cabello humedecido de mi cara mientras golpeaba su guante con mi sencillo guante rojo.

—Claro, Al. Si yo fuera un saco de boxeo que te encontrara en un callejón oscuro, estaría petrificado —murmuré, haciéndola que dejara de sonreír ligeramente. La culpa me consumió por desalentar su disfrute de la actividad—. Estoy bromeando —sonreí. Se sentía vacía. Probablemente parecía así también. Había otra vacuidad, una que no era visible y concreta para la gente que amaba. Estaba agradecida por su naturaleza oculta y podía llevar su carga por mi cuenta.

Daphne se encogió de hombros, y nos tomamos nuestro tiempo para retirar nuestros guantes y cintas en el vestuario. Daphne era demasiado buena conmigo. Cuando le había contado sobre los planes de Sarah para inscribirme en todas esas clases, ella se unió a mí emocionada. Era dulce y desinteresado de su parte ser un gran apoyo cuando yo era obviamente una horrible compañía. Su entusiasmo rara vez vacilaba a causa de ello. Ella se había animado por completo, comprando lo necesario (en ocasiones en color rosa) e investigando las formas para destacarse. Sentí una punzada en mi pecho vacío porque mi espíritu comúnmente arruinaba nuestras clases vespertinas.

Ella estuvo inusualmente callada en el viaje a casa mientras yo miraba hacia fuera al verde de la vegetación que se desdibujaba al pasar, y me odiaba a mí misma por molestarla. Era finales de septiembre y estaba bajando la temperatura de nuevo. No estaba segura de si le daba la bienvenida al cambio de estación o lo resentía. Yo quería congelar el verano y permanecer en el estancamiento que me había dado esperanza, y sin embargo, a la vez quería que todo pasara y se convirtiera en un recuerdo lejano.

—¿Quieres hacer algo el fin de semana? —La voz de Daphne me sacó de mi reflexión silenciosa y me encogí de hombros como respuesta. Nosotras no solíamos hacer nada los fines de semana. En su mayoría, era yo quien no hacía nada en absoluto. Mañana por la mañana, tendríamos otra lección con otro instructor y eso me mantendría ocupada por la mañana hasta que lo repitiera.

Mi existencia era aburrida y llena de horarios que estaban destinados a mantenerme distraída y centrada, todo al mismo tiempo. Los lunes tenía a Sarah, los martes eran el judo, los miércoles eran mis tardes con Albin, los jueves eran con Sarah, viernes eran el boxeo, y los sábados eran el yoga. Era un ciclo vacío de escuela, oficinas, gimnasio, cocina y dormitorio.

Odiaba parecer desagradecida por el apoyo de todos. Albin, Daphne, Beatrice e incluso Darren eran más que fantásticos. Sarah había pasado una ingente

cantidad de horas preparando el esquema del tratamiento perfecto para mí, equilibrando la medicina tradicional y sus propios métodos de terapia para que pudiera obtener el mayor beneficio. En el gran esquema de las cosas, era eficaz, por lo que podía ver.

Todavía no podía entrar al armario, pero notaba cómo me sentía cada vez más cómoda con intentarlo, aunque ya había renunciado a hacerlo en las semanas anteriores. Había pensado que había hecho un gran avance el día anterior cuando Darren de alguna manera me convenció para que le diera un breve golpe con el puño. Yo había estado molesta con él mientras estábamos sentados en el comedor y él había extendido su mano sobre la mesa, animándome con suavidad. En ese momento, no podía comprender su repentino interés, y Daphne se había indignado con su persistencia. Lo hice mayormente para que ella parara con sus protestas estridentes en su oído, pero un pequeño de dolor en lo más recóndito de mi mente quería la liberación que una crisis nerviosa supuestamente me otorgaría. En lugar de ello, rápidamente golpeé sus nudillos con los míos y me retiré antes que Daphne pudiera siquiera darse cuenta que todo había terminado.

Me quedé muy sorprendida de que a pesar de que se sintió incómodo y fugazmente alarmante que mi piel tocara la suya, lo había hecho sin ninguna gran ansiedad en absoluto. Fue pequeño, y no iba a intentar nada más allá que ese simple gesto, pero me sentí esperanzada y emocionada por la prueba de mi progreso. Darren había estado todo presumido y extrañamente emocionado también. Supuse que se había sentido un poco favorecido, siendo el único chico además de Maddox que me había tocado con éxito desde el incidente de hacía dos años.

Por desgracia, Sarah había estado en desacuerdo y agrió mi sensación de triunfo.

—Es solo que la medicación nubla la respuesta —me informó con una sonrisa triste, la mía decayó en respuesta. No quería que tuviera falsas esperanzas por los efectos artificiales de la medicación, y aunque lo respetaba me molestaba al mismo tiempo. Se había sentido genial saber que estaba haciendo progresos. Ella me aseguró que la mejoría estaba allí, pero no era sólida y sustancial para mí. Yo quería pruebas. Resistiéndome y aferrándome a la única luz tenue de positividad que había tenido en meses, la ignoré e hice *Mostachones Monumentales de coco* negándome a abandonar mi sensación de triunfo.

Ahora, todo el asunto parecía ridículo y trivial e imposiblemente bobo. Suspiré cuando doblamos la esquina de nuestra calle y ociosamente me pregunté

qué hacer para la cena. Solo cocinaba tres noches de la semana, y esta noche era noche de Albin. A él le gustaba la carne de res. Fui construyendo rápidamente una lista mental de guarniciones cuando lo vi.

Mis ojos se desviaron a la calzada y captaron un destello de plata.

Mi corazón dejó de latir, justo antes de comenzar a golpear contra mi caja torácica. Podía sentir mi cara palidecer y mis labios separarse justo en el momento en que todo el mundo se congeló y mi mente se quedó en blanco. Y luego me estrellé contra un torbellino de pensamientos y emociones que hicieron que mis manos temblaran a la vez que instintivamente llegaban a la manija de la puerta y comenzaban a hurgar para abrirla.

—¡Beth! —Daphne me detuvo de mi corta salida del auto en movimiento, y me encontré con sus ojos, porque no podía confiar en mi mente lo suficiente como para saber si era real, y aunque eso debía haberme molestado, no lo hacía. La expresión que tenía Daphne mientras miraba por delante en el camino de entrada y el *Audi* que estaba estacionado allí, confirmó mi visión e hizo que mi corazón golpeará imposiblemente más fuerte, hasta que era un "woosh whish, woosh whish" errático que nublaba mi audición. Daphne se encontró con mi mirada frenética, y su ceño se frunció profundamente por la preocupación. Yo no podía detener mis manos o mantener mi respiración estable, y podía sentir mis labios volverse secos y fríos. No podía recordar haber sentido tanto de cualquier cosa desde el día en que él se había ido.

Me preocupaba desmayarme, y mi preocupación solo sirvió para magnificar mi pulso errático. Yo estaba tan alerta que podía sentir cada pequeña cosa, mis sentidos hiper-conscientes e inconscientemente busqué sentir una corriente suave de electricidad que podría estar cerca.

—Daphne —jadeé mi súplica y mi mano temblorosa se mantuvo en la manija de la puerta mientras ella me miraba fijamente. El auto estaba yendo solo a paso de tortuga al tiempo que sus ojos se clavaban en los míos, en conflicto por una fracción de segundo, hasta que finalmente se quebraron. Algo en mi mirada debió haber resuelto su conflicto, porque el pie de repente pisó el acelerador. Nos tambaleamos hacia atrás en nuestros asientos cuando ella rápidamente cerró la distancia entre el *Porsche* y el camino de entrada.

Yo estuve fuera del carro y lanzándome hacia la puerta de la mansión antes que Daphne pudiera incluso llegar a abrir la puerta del coche. No parecía real, que en realidad él pudiera estar aquí, en esta casa, en este mismo instante. Hizo que mi pecho vibrara más rápido a medida que salía disparada por la puerta principal. Mis pies me llevaron sin pensar a través del nivel inferior de la casa en

busca de su presencia. Cuando no lo encontré, me lancé por la escalera hasta el segundo piso, solo apenas dándome cuenta que la puerta del despacho de Albin estaba entreabierta e iluminada.

Volé a la gran oficina, esperando encontrar lo que buscaba en el interior, pero en lugar de encontrar a Albin detrás de su escritorio en el teléfono, Beatrice estaba parada estoica a su lado. Él se levantó desde su posición y dejó caer el receptor en su escritorio cuando entré. Me di la vuelta para marcharme, para seguir buscando hasta que lo encontrara, pero la voz de pánico de Albin me detuvo.

—¡Beth, espera! —Me llamó. Apenas fui capaz de plantar mis pies en el suelo para mirarlo, pero lo hice.

Me enfrenté a él y me sorprendí por la expresión de pánico, que tanto él como Beatrice llevaban. Me aterrorizó.

—¿Dónde está? —Rechiné, mi voz gruesa y pesada con una emoción que momentáneamente me asustó aún más. Me estremecí por la pura desesperación que coloreó mi voz y mis acciones, pero no podía controlarla, a pesar que me daba cuenta que esta reacción en particular era muy poco adecuada.

Albin levantó las manos en una especie de gesto de sumisión, sus ojos alarmados estaban fijos en los míos.

—Te estás agitando, Beth. Necesitas calmarte antes... —Pero yo ya había dado la vuelta y salí del estudio, porque Beatrice había hecho un gesto mirando al techo sobre nosotros y me dio la información que necesitaba.

Subí el segundo tramo de escaleras trepando dos escalones a la vez con la voz de Albin siguiéndome. Ignoré sus llamadas porque mi cuerpo estaba actuando por su propia cuenta, buscando lo que sabía que estaba muy cerca y sintiéndose cada vez más impaciente con su prolongada ausencia. Mi visión de túnel me condujo por el pasillo y la puerta cerrada de la habitación que había conocido solo mi soledad durante los últimos cuatro meses. Me disparé a través de esta también, ya no siendo capaz de manejar la anticipación y la ansiedad de por fin verle.

Y él estaba allí, en la cama, sin camisa, acostado boca abajo, con la cara hundida en la almohada.

Mi cuerpo se convirtió en un recipiente independiente que vibraba con deleite ansioso mientras miraba su espalda desnuda subiendo y bajando a un ritmo constante. Podía sentir los bordes de su zumbido estático, y quería más. Me dolía el corazón al verlo, constriñéndolo dolorosamente en mi pecho y haciéndolo hincharse con meses de emoción contenida y descuidada que había sido

reservada solo para él. Y mi mente... mi mente gritaba su oposición férrea a las dos reacciones, porque...

Mi cuerpo, corazón y mente... todos ellos fueron heridos por él.

Vi su espalda elevarse con un profundo suspiro.

—No te estoy evitando Albin. Solo estoy... cansado —dijo de repente contra la almohada. Creo que podría haber jadeado ante el sonido de su voz, mi cuerpo, corazón y mente reconociéndolo y reaccionando ante el murmullo aterciopelado de varias maneras. Mis brazos se envolvieron apretadamente alrededor de mi torso mientras yo sentía el vacío llenándose y brevemente contemplando si debía permitirlo o no.

Maddox, probablemente después de haber oído mi jadeo, echó la cabeza hacia un lado y me miró. Cuando mis ojos finalmente se encontraron con los suyos, fijos y ampliados, era como estar rasgada en tres. Mis brazos se apretaron alrededor de mi torso controlándome. Sus ojos estaban oscuros y cansados, rojos e hinchados, adormecidos y vacíos, hasta que se encontró con mi mirada y de repente brillaron y resplandecieron. *Hermosos*. Mi cuerpo, corazón y mente inundaron mis instintos con impulsos confusos y abrumadoramente contradictorios.

Quería abrazarlo.

Quería besarlo.

Quería apuñalarlo en el puñetero pecho y decirle que se largara de *mi* jodida habitación.

Mis pies me mantuvieron firmemente asentada y pegada a la alfombra mientras él salía de la cama con un movimiento extrañamente torpe y se tambaleaba hasta el suelo, con sus ojos fijos en los míos. Sus labios se separaron en el momento en que se paró en el otro lado de la cama, pero ningún sonido surgió. Solo se quedó boquiabierto mirándome con una expresión indescifrable, trasasándome con su penetrante y brillante mirada verde. Su cabello caía en sus ojos, más largo de lo que nunca lo había llevado. Si pudiera haber apartado mis ojos de su mirada cautivadora, probablemente habría estado mirando a su pecho desnudo.

O apuñalándolo.

Mis rodillas estaban débiles, y el contraste puro de mi debilidad ante la fortaleza que había sentido solo unos minutos atrás me hizo enojar. Tanto fue así, que mis manos se cerraron en puños apretados debajo de mis costillas y temblaron con... alguna emoción. Demasiadas emociones. Mi pecho se sentía apretado y dolorido por la presión. El "*woosh wish*" en mis oídos empezó a

distorsionarse y crujir. Mi visión distorsionada se volvió nublada y decidí que tal vez Albin había tenido razón acerca de estar demasiado agitada. Me pregunté, mientras la expresión de Maddox se transformaba en una de miedo abyecto, si él podría ver las emociones en mi cara mientras yo temblaba. Me pregunté por qué tendría miedo. Me di cuenta, demasiado tarde para frenarlas, que las lágrimas se habían formado y comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

—Beth. —La voz de Albin detrás de mí rompió con brusquedad nuestra unión de miradas. Me giré agradecida hacia donde él se encontraba justo fuera de la puerta, en el pasillo. Estaba mirando por encima de mi hombro a Maddox, y después desvió sus ojos hacia los míos—. Tenemos un asunto que atender —afirmó con firmeza, sus ojos azules firmes e implacables, porque sabía que era el momento para mi medicación, y él probablemente pensó que realmente, *realmente*, la necesitaba.

Increíble...

Traté de levantar la barbilla en una especie de muestra de desafío, pero fracasé miserablemente, ya que me estremecí.

—Puede esperar —le susurré más como una súplica que como una demanda.

Despacio, Albin negó con la cabeza con objeción.

—Si te ocupas de eso ahora, podrás tener toda la tarde —razonó con una voz suave y persuasiva, tratando de tranquilizarme. Giré mi cabeza para ver a Maddox por el rabillo de mi ojo, poniéndose una camisa, y tragué por la ansiedad de tener que irme—. Él no se va a ir a ninguna parte, Beth —me tranquilizó Albin, leyendo correctamente mi vacilación.

Derrotada, salí de la habitación, pasando rápidamente a Albin y bajando las escaleras, mientras ellos tenían un breve intercambio de miradas que me causó demasiada curiosidad. Albin caminó detrás de mí hasta que entré en el estudio y me dirigí directamente al pequeño vaso transparente y la botella de agua en su escritorio. Beatrice había desaparecido, y me pregunté cuánto tiempo le tomaría entrometerse en todo este asunto.

Cogí el pequeño vaso y tragué el medicamento justo cuando Albin rodeaba el escritorio y se sentaba en su silla. Yo sabía que él no pensaba dejarme ir sin más.

—Toma asiento y relájate por un minuto —suplicó en voz baja mientras mi mano sacudía la botella de agua con ferocidad. Solté un bufido y surgió como un quejido a la vez que mis ojos se iban a la puerta ligeramente abierta. Pero mi pecho dolía demasiado para mi gusto. Necesitaba respirar y pensar y centrarme antes que pudiera siquiera comenzar a considerar acercarme a Maddox.

Me fui al sofá y me hundí en su reconfortante cuero. Apoyé la cabeza hacia

atrás y cerré los ojos, pasando por las diversas visualizaciones recomendadas por Sarah que estaban destinados a relajarme. Albin se quedó callado y quieto mientras yo luchaba por calmar mi acelerado corazón y las irracionales emociones.

Durante todo este tiempo que él había estado lejos, el recuerdo de su efecto en mí parecía abstracto y remoto, pero todo se sentía perfectamente familiar ahora. Traté de sujetar la parte de mi instinto que gritaba y saltaba y me decía que fuera con él justo en este instante. Lo encerré y se sacudió en su jaula, poderoso y salvaje en su necesidad por el zumbido eléctrico de Maddox.

Era poco saludable. Podía ver esto ahora. Antes de la partida de Maddox, yo habría saltado en la cama con él y habría dejado que mis instintos y emociones me consumieran. Ahora, el concepto parecía absolutamente atroz. Llenaría mi cuerpo y tal vez incluso mi corazón, pero ciertamente no mi mente o mi conciencia. Me daba cuenta ahora de lo importante que ellos eran. Me permitió un breve momento de orgullo para convertirme en un individuo semi-racional, (incluso cuando se trataba de Maddox). Incluso cuando parecía imposible.

No estuve segura de cuánto tiempo me senté con los ojos cerrados, pero debió haber sido un buen rato. Poco a poco, mi pecho comenzó a sentirse más ligero, la presión disminuyendo a un latido soportable, y permanecí inmóvil al sentir mi respiración y el pulso calmado. Cuando abrí mis ojos, la oscuridad fuera de las ventanas me sorprendió, al igual que la presencia no anunciada de Beatrice al lado de Albin. Yo no estaba muy apurada, y aunque las jaulas todavía temblaban, estaba en una mejor posición para enfrentarlos.

Suspiré y me enderecé en mi posición encontrándome con sus miradas interesadas.

—Me siento mejor —les informé, repentinamente agotada a la vez que mis mejillas se sonrojaban por la vergüenza—. No sé qué me ha pasado —mentí. Yo sabía exactamente que me pasó, y sus claras expresiones escépticas dejaron claro que ellos también lo sabían.

El rostro de Beatrice se transformó en una mueca, sus ojos parpadeando nerviosamente hacia la puerta.

—Deberías quedarte aquí un poco más, Beth —susurró.

Dejemos que la intromisión comience...

La expresión de Albin estaba controlada, pero su mirada de reojo a su compañera delató su preocupación. Creo que probablemente Beatrice había estado ligeramente celosa de mi relación de Albin durante esos meses, y me sentí un poco culpable por ello. Yo la había alejado, discutido con ella con frecuencia,

y decidí aceptar su compasión en lugar de la de ella. Pocas cosas podrían haberla vuelto más loca, (una de ellas estaba arriba en este mismo segundo).

Pero no se trataba de ella, y no se trataba de Albin o de Sarah o de Daphne o de Austin o incluso de Maddox. Esto era sobre mí y nada me podía haber impedido levantarme del sofá y salir de la habitación.

Si alguien preguntara, no podría decir exactamente por qué se produjo mi siguiente reacción cuando abrí la puerta de la habitación y lo vi en el borde de la cama. Fue una completa vuelta de trescientos sesenta grados a lo que yo había sentido en el primer instante en que lo había visto: desesperación, anhelo, impaciencia y rabia.

Ahora, él estaba mirándome y mostrándose preocupado y cariñoso, levantándose de la cama y caminando hacia mí. Ahora, la electricidad zumbaba, pero se sentía casi demasiado tangible por lo que mis dedos traidores se retorcieron y se contrajeron por el contacto. Ahora, me sentía esclavizada por mi deseo y reacciones, y aterrada de volver a entregarme a ellos de nuevo. Ahora, estaba francamente furiosa porque él me había dado estas cosas para luego quitármelas.

—Sal —gruñí.

Él se quedó inmóvil, a medio paso, su expresión retorciéndose a una de dolor.

—Beth, déjame...

—¡Sal de aquí! —Repetí, con las manos temblando de nuevo. No por debilidad esta vez, sino por fuerza inútil. Toda la escena era demasiado parecida a nuestro altercado final e hizo que mi furia aumentara—. Este es mi cuarto, y quiero que salgas. Ahora. —Mi voz tembló cuando viajé a la cómoda y abrí los cajones, arrojando su ropa mientras él se quedaba en el medio de la habitación, congelado y horrorizado.

Sus manos estaban un poco extendidas y sujetaban ausentemente la ropa que volaba hacia él.

—¿No puedes ni siquiera permitirme hablar? —Preguntó con voz frustrada lo cual obligó a detener mis acciones.

Me giré para mirarlo de frente y mi mente furiosa se complació por la expresión de absoluto pánico que sustituyó a la frustración que había oído.

—Has tenido casi cinco meses para hablar —gruñí y le arrojé la última pieza de ropa a la cara.

Es cierto que habría tenido sentido para mí, al menos, escuchar lo que quería, (si él me quería a mí), pero el segmento de mi mente que se mantuvo protegiéndome estaba aterrorizado de averiguarlo. Mi ira no me hizo sentir

poderosa. Era totalmente hueca y sistemática.

Su mandíbula se tensó, los hombros rígidos al desviar su mirada de la mía y fijarse en las manos llenas de camisetas y calzoncillos.

—Yo solo quería... —Pero mi mente no quería saber, así que fui a la ofensiva.

—¿Volver para una repetición de "follar y huir"? —Espeté, mi corazón hundiéndose fuertemente con mis palabras que aunque sabía eran un golpe bajo, en verdad no me importaban. Él ya me había lanzado su buena cantidad de golpes bajos. Solo parecía justo devolvérselos.

La cabeza de Maddox se elevó, y la expresión de su rostro era simultáneamente de alivio e impacto. Sus ojos muy abiertos y su cara palideció consiguiendo solo amplificar el boqueo de sus labios entreabiertos y la comprensión de que él no había estado esperando mi reacción. Tomé su momento de estupor horrorizado para abrir otro cajón.

Ya que él no estaba haciendo ningún movimiento para salir, caminé por la habitación, eligiendo un camino alejado de los bordes de su zumbido eléctrico, y corrí a la habitación de invitados que Daphne había dejado semanas atrás. Metí la ropa a través de la puerta sin siquiera molestarme en entrar, y volví a los cajones, reuniendo más ropa y lanzando respiraciones duras. Maddox se quedó congelado y aturdido mientras hacia el segundo viaje y me enojé al no poder vaciar su armario, también.

Para el cuarto viaje, Maddox se estaba quebrando lentamente de su pose inmóvil y me siguió hasta el pasillo cuando lancé el último montón de ropa a través de la puerta y la cerraba de golpe detrás de mí. Me volví hacia él, y nos paramos en el vestíbulo; yo resoplando y temblando por furia vacía, y él llevando la misma expresión de pánico que me confundía. Me pregunté si él estaba esperando que le pegara de nuevo o algo así. Su pánico era desconcertante. A decir verdad, golpearlo parecía absurdo y frustrante y su maldita mirada desconsolada me quitaba cualquier gramo de satisfacción que hubiese podido recibir.

Su mirada nunca dejó la mía al tiempo que sus brazos soltaban la ropa que sostenía, dejándola caer al suelo con un golpe ahogado. Sus ojos, atormentados y asustados, me molestaron.

—Dios, Beth —habló desesperado y suplicante y comenzó a acercarse a mí con pasos cautelosos, como el depredador que se acercaba a su asustada presa. Yo retrocedí, pero golpeé la puerta mientras él se aproximaba—. No fue nada de eso, tienes que creerme.

Mi cuerpo estaba entusiasmado y ansioso mientras los bordes de su estática me atrapaban. Mi corazón, reacio pero palpitante, lo quería más cerca. Mi mente gritó y se tambaleó cuando se acercó lo suficiente para que el aire circundante se convirtiera en un murmullo lleno que crepitaba sobre mi piel. Mi resistencia, aunque dolorosa, podría mantenerse si él sencillamente... no me tocaba. Me apreté más contra la puerta y moví mis ojos por la sala, buscando una vía de escape, pero solo encontré la mirada inquietante de Maddox.

—Solo déjame explicarme —persuadió él con su voz melodiosa, pero fue traicionado por su propio temblor a la vez que yo retrocedía de la comodidad que su proximidad creaba. Estaba tan cerca que podía oler su aroma y contar sus pestañas. Podía ver las cicatrices en su cuello y labios que yo había causado y me centré en ellas para mantenerme controlada. Negué con la cabeza con vehemencia cuando él levantó su mano y se acercó a mí. Cerré los ojos con fuerza y resistí la contracción de la punta de mis dedos que exigían sentir su carne.

De repente, su mano estaba ahuecando mi mejilla y enviando brillantes chispas viciosamente calmantes reverberando a través de mi cuerpo. Di un grito ahogado e involuntariamente me derretí ante su toque perfecto, hasta la última gota de ansiedad y la furia fundiéndose en la distancia más allá de la estática. Y entonces su cálida mejilla estaba contra la mía y su cuerpo se mecía contra mí. Me sentía impotente a la vez que las jaulas se sacudían y explotaban con satisfacción. Era la tortura más dulce...

—Lo siento —susurró contra mi mejilla y me acarició el cabello. Cuando fui capaz de sentir plenamente mi ira, de nuevo, supe que estaba dirigida a él tomando ventaja de su efecto sobre mí. Con amargura, llevé mis manos a sus hombros para empujarlo, pero era débil. Yo era débil. Él me hacía débil. Detestaba eso.

Cálidas lágrimas pincharon mis ojos de nuevo y me sentí incrédula cuando él suspiró contra mí en felicidad inocultable. *¿Felicidad?* Él estaba feliz. Mi mente no dejó de repetir este hecho una y otra vez. Yo había pasado los últimos casi cinco meses en una sensación de vacío, sintiéndome insignificante y sola, y ahora él estaba sintiendo la felicidad.

—Nunca he estado tan cerca de odiarte —me atraganté y empujé más fuerte, porque era la verdad absoluta.

Su cuerpo se tensó alrededor del mío cuando intenté alejarlo de nuevo y sus suspiros satisfechos se volvieron jadeos de pánico.

—Por favor —rogó, un sonido satisfactorio en contra de mi carne. Empujé

más y sus brazos me apretaron más a la vez que repetía su declaración con una desesperación palpable que podría haber roto mi decisión sino lo tuviera tan claro. Seguí empujando, resistiendo a la consecuencia sedante de su zumbido eléctrico mientras él seguía suplicando contra mi mejilla y me agarraba con más fuerza, hasta que de repente se puso de rodillas. Me quedé en un asombro estupefacto cuando enterró su cara en mi estómago y abrazó mis muslos con fuerza—. Por favor —rogó de nuevo, enterrando su cara con mayor profundidad. Mis brazos estaban flojos e inseguros, y miré hacia abajo a su cabeza. Después de un momento, comencé a sentir la humedad de las lágrimas que penetraban en mi camisa y humedecían mi vientre.

Él me quiere. Mirar hacia abajo a su cabello despeinado acurrucado en mi estómago fue surrealista, y me pregunté por un momento si no me estaba imaginando todo esto. Él estaba en sus benditas rodillas, arrastrándose. Surreal sería el eufemismo del siglo.

Mi cuerpo, perfectamente complacido con su contacto, se mostró satisfecho. Mi corazón, al escuchar sus súplicas y sentir sus lágrimas, sufrió aceptándolo porque *él me quería*, y sin duda nada más importaba. Mi mente, viendo su espectáculo dramático, puso los ojos en blanco en exasperación y se enfureció aún más por sus intentos. Sin embargo, no fue por ninguna de esas razones por lo que loforcé a que se apartara.

Los ojos de Albin y Beatrice se encontraron con los míos mientras subían la escalera con precaución, observando la escena de la ropa desechada y la forma arrodillada de Maddox justo cuando él sujetaba su cabello desgreñado.

—Joder —repetía él a la alfombra en un susurro ahogado. Me atormentaba saber que yo había causado su dolor. Agrídulce.

Me di cuenta de que probablemente habían venido para asegurarse de mi bienestar después de mi reacción anterior, pero yo no lo necesitaba, y mi firme mirada saltando de ellos hacia Maddox les dijo que... *él* podría necesitarlo, si es que permitía tal cosa. Me di la vuelta y me alejé de él en el pasillo con Beatrice y Albin parados a su espalda, incómodos e inseguros. Entré en mi habitación, me encerré en el interior, y traté de no llorar por la pérdida del ronroneo eléctrico.

Mi alma superaba a mi cuerpo, corazón y mente, y estaba desesperada por la paz necesaria para encontrar su propio deseo. Maddox podía esperar a que ella llegara a su conclusión. Él me debía por lo menos eso.

Capítulo 44: Monumentales Mostachones de Coco.

SEGUNDA PARTE.

Maddox

—Maldita sea —maldije de nuevo viendo lastimosamente la puerta cerrada, liberando mi cabello y enjuagando mis lágrimas. Estaba tan puñeteramente enfermo y cansado de llorar. Estaba tan enfermo y cansado de estropearlo todo.

Estoy tan jodidamente jodido.

Ella me odiaba. Era aún peor de lo que me había permitido imaginar. El hecho que Albin me hubiera aceptado regresar como el hijo pródigo me había dado una falsa sensación de esperanza de que ella me dejaría explicarle, y que comprendería. Pero no lo hizo y no estaba del todo seguro de si podría culparla. Nunca había actuado así de imbécil, y eso era decir mucho. Me la follé y me fui sin volver a tener ningún tipo de comunicación en absoluto. ¿Cómo podría *no* odiarme?

Ella tenía un vacío particular en sus ojos la primera vez que nuestras miradas se encontraron en el dormitorio, y yo simplemente supe que estaba jodido. Me recordó a cómo se veía la primera noche que nos conocimos: cansada, adormecida, y existiendo sin vivir. Flaca. Muy flaca. Y pálida. Y seguía siendo la cosa más jodidamente hermosa que hubiese visto nunca.

Un arrastre de pies detrás de mí, seguido por un suspiro familiar, me alertó sobre la presencia de Albin en la escalera. *Genial*, pensé con amargura sobre el hecho que hubiese visto cualquier parte de lo que acababa de ocurrir. *Añadan sal a la herida*. Rememorar mi comportamiento de cómo le rogué a Beth de rodillas que me escuchara fue humillante. Mis inhibiciones se perdieron en las emociones que nuestra reunión había producido. Ahora me sentía como un completo idiota y había testigos. *Perfecto*.

No me volví a mirarlo mientras dejaba caer mi cara en mis manos.

—Ella me odia —murmuré, como si eso le explicara mi teatralidad y absolviera mi vergüenza.

Oí el suave arrastre de pasos aumentar y, después sentí sus dedos en mi cabello, acariciando mi cuero cabelludo con cautela. Fue un gesto extrañamente afectuoso que me desconcertó por un instante. No era propio de él en absoluto.

—Déjame hablar con ella —una voz femenina que definitivamente no *era* de Albin me sorprendió y mi cabeza se sacudió con miedo hacia el sonido por

encima de mi cabeza. Beatrice estaba de pie a mi lado, acariciando mi cabello con suavidad y sonriéndome con calidez. Sus ojos como los de Beth eran familiares y enternecedores, pero no tenían ni una pizca del desdén que estaba esperando. Su expresión era de compasión maternal, de la que yo no había visto *realmente* depositada en mí durante diez años. Era como si de alguna manera hubiera sido transportado a una versión distorsionada de la «Dimensión Desconocida de Forks». Me levanté lentamente, infinitamente más humillado e inquieto. Lancé mis ojos nerviosos a Albin quien observaba su actitud maternal con una expresión de júbilo. *Sí, decidí. Definitivamente era un momento en la Dimensión Desconocida.*

Mis ojos la siguieron mientras caminaba hacia la puerta de Beth y tocaba, pidiendo en voz baja permiso para entrar. Y entonces me entró el pánico, preguntándome qué iba a decirle, y si nos apartaría incluso más de lo que ya estábamos, porque esa tenía que ser su intención. Ella me odiaba, también.

Siguió tocando, y el sonido de las protestas de Beth se escuchó a través de la madera. Beatrice se volvió hacia Albin y yo y puso sus ojos en blanco, pronunciando, "chicas". Albin se rio en voz baja, y, sinceramente, no me gustaba la idea de que ella interfiera pero era un completo cobarde de mierda para decirlo.

Después de unos segundos de suave persuasión (y una abierta tensión incomoda que llenó todo el pasillo por parte de Beatrice), el clic de la cerradura sonó, y Beatrice pudo entrar.

Albin llegó a mi lado y se quedó mirando la puerta cerrada conmigo cuando ningún sonido emergió. Esperamos por lo que pareció una eternidad, ninguno de nosotros habló mientras nos esforzamos por oír lo que estaba ocurriendo en su interior. Yo deseaba tener visión de rayos X o audición súper sensible o el jodido don de leer la mente.

De repente, un grito penetró las paredes, de una incrédula y escéptica y enfurecida Beth:

—¿Me estás tomando el puñetero pelo?

Albin trató de persuadirme para que cenara, pero yo no tenía apetito. Cuatro horas después, Beatrice todavía no había salido de la habitación de Beth y mi malestar se multiplicaba con cada minuto que pasaba en el que ella no lo hacía. Albin seguía insistiendo en que había "visto a esas dos en ello antes" y que no era "ni breve, ni agradable". Los gritos habían cesado y el tercer piso se llenó con un cierto silencio que me desconcertaba.

Me sentía nervioso deambulando de la casa porque estaba incómodo. Yo

todavía no sabía a lo que estaría jugando Beatrice, y me estremecía al pensar en la bienvenida que recibiría de Daphne. Me quedé en la habitación de invitados para pasar la noche debido a estas razones. También, porque era lo más cerca que Beth me permitiría estar.

Estaba bastante jodido cuando se trataba de ella y pasé mucho de mi tiempo reflexionando sobre los diversos métodos de regresar a sus buenas gracias. Tenía un montón de tiempo, después de todo. Vivíamos en la misma casa. Ella no podía evitarme para siempre, pensé, y yo haría cualquier cosa. La seguiría a cualquier lugar y me aseguraría de ser el único que le diera lo que ella necesitara. Abriría los frascos de pepinillos que no pudiera abrir y cogería los platos de los estantes más altos a los que ella no pudiera llegar. Si lo pedía, me humillaría a mí mismo de formas bastante perturbadoras solo para hacerla sonreír.

Comería jodida tierra por Beth Michaels. Basura, insectos, toda esa mierda asquerosa.

Sin importar lo desesperado que pareciera, continué inventando tramas de grandeza, cabalgando en un maldito caballo blanco y todas esas tonterías. Era ridículo y patético. Ella tenía ese efecto en mí. Me encontraba en el borde de la línea entre la aceptación y determinación. La aceptación era la deprimente admisión de derrota de que Beth podría no volver a ser mi chica. Esa idea era impensable. Pero la determinación tenía su propia fina línea entre dulcemente entrañable y jodidamente espeluznante. El equilibrio era imposible de encontrar. Y con la marejada de personas que ahora residían en la casa, yo estaba en inferioridad numérica entre los dos bandos.

Y aún había muchas cosas que quería saber, como el «asunto» que Albin y Beth tuvieron que atender el cual él se había negado a explicar, y qué había sido tan monumental para ella ayer. Me había perdido mucho de todo y ahora me sentía intrusivo y excluido, el extraño que siempre había querido ser, excepto que ahora, quería estar *dentro*.

A las diez, oí salir a Beatrice. Estaba tumbado en la cama de invitados, en la oscuridad para poder ver la luz de debajo de la puerta cuando se abriera la suya. Me levanté desde mi posición y esforcé mis oídos para escuchar el movimiento de Beatrice al bajar las escaleras. Todo se quedó en silencio después de eso y sopesé si ir a su puerta. Desafortunadamente, darle espacio parecía que era lo correcto, así que lo hice.

Noté que hacer «lo correcto», a menudo apestaba.

En cambio, me tumbé en la cama y vi la línea fija de debajo de mi puerta, esperando que ella emergiera algo más tarde esa noche. Esperé durante dos

horas, los ojos fijos en el espacio entre la alfombra y la puerta, solo esperando. No sabía si ella estaría durmiendo, pero no había manera posible de que yo pudiera hacerlo hasta que me hablara de nuevo. Estaba seguro de que mis sueños serían peores desde que decidí dejar a mi madre. Sabía que sería horrible y doloroso y tenía que tener algo que me hiciera sentir que había valido la pena antes que pudiera voluntariamente someterme a ello.

Reflexioné sobre los recuerdos y pesadillas de Beth. La imaginé cayendo dormida y despertando con miedo y con temor, y me dio una punzada en el pecho. Iría con ella, decidí finalmente. Tumaría la maldita puerta y me acostaría a su lado para darle su sueño. Seguramente Beatrice me mataría, pero valdría la pena.

A medianoche mis párpados revoloteaban y mi respiración regular me estaba arrullando para dormir. El viaje había sido largo y agotador. Estaba considerando simplemente rendirme cuando vi que la cinta en la que mis ojos se habían fijado se iluminaba lentamente. Me espabilé a mí mismo para estar en plena alerta tan rápidamente que mi jodida cabeza dio vueltas. Escuché el ruido sordo de sus pasos y deseé que ella se detuviera en mi puerta y llamara. Sin embargo, no lo hizo. Siguió caminando hasta que bajó las escaleras. Exhalé un suspiro que no me había dado cuenta que había estado conteniendo y me levanté.

Salí de la habitación y decidí seguirla, aunque me di cuenta que estaba cruzando esa línea fina hacia lo jodidamente espeluznante. La verdad, siempre existiría mañana para actuar todo considerado. Caminé en silencio a través de la casa a oscuras, esperando encontrarla en la cocina, pero la encontré vacía y oscura como todo lo demás. Me estaba frustrando y desesperando para el momento en que decidí ir afuera, y me sentí como un idiota sabiendo que probablemente no iba a encontrarla allí. Iba a dar la vuelta para verificar si se las había arreglado para volver a la habitación sin que me diera cuenta cuando la vi.

Mi condenado corazón se disparó cuando vi su silueta oscura más allá de la glorieta. Era importante y significativa para nosotros, y ella todavía iba allí. Fue la primera vez desde nuestra confrontación que sentí un destello de esperanza. Entonces me acordé de sus palabras y de cómo ella básicamente me había dicho que me odiaba, y sentí náuseas. Tragué hondo y fui hacia ella, imaginando que esto era probablemente el final de todo en el lugar exacto en que todo comenzó.

Ella estaba abajo, por la orilla del río cuando llegué al cenador, y vi algo negro en la mesa de madera. Me agaché y sentí el cuero fresco de la chaqueta. Inmediatamente me zambullí en el bolsillo y extraje el pequeño sello por el cual me preocupé por tanto tiempo de vuelta en *Chicago*. Traté de recordarme a mí

mismo que yo aún tenía a Albin. Me la puse porque el aire de la medianoche se sentía frío y húmedo.

Sin querer apresurarme a que me arrancaran mi maldito corazón, me acerqué al banco y planté mi culo sobre la mesa mientras la observaba. Ella estaba de pie sobre las rocas, mirando hacia el río, con los brazos cruzados alrededor de su pecho. La plata embotada de la escasa luz no hizo a su pelo resplandecer o brillar como el sol o cualquiera de esas estupideces. La hacía lucir gris, al igual que en mis bocetos.

Con lo que pareció ser un suspiro, ella finalmente se volvió hacia mí y empezó a cruzar el campo oscuro entre nosotros. Si hubiera tenido la energía necesaria, mis músculos se habrían contraído con fuerza, preparándome para lo inevitable de la amarga mueca que cubría su cara. Ella nunca encontró mi mirada cuando se acercó y eligió una viga para apoyarse. No quería estar cerca de mí. Eso solo alimentó mis náuseas.

Mis cejas se fruncieron cuando miró hacia el agua y metió la mano en el pecho de su sudadera. Lo que sacó fue un sobre grande, grueso, y lo arrojó sobre la mesa con un enojado «golpe» que me sobresaltó. Ni siquiera apartó sus ojos de las ondas del agua cuando me acerqué con cautela y lo recogí para inspeccionarlo.

Lo que encontré en el interior fueron páginas y páginas de los estados de cuenta de la tarjeta de crédito, de mayo a septiembre. Me concentré en las compras que había hecho para obtener algún tipo de idea de lo que debía estar pensando. Todo era una mierda bastante aburrida: artículos de limpieza, alimentos, gasolina y cigarrillos en su mayoría, hasta que...

—Las flores eran para la tumba de mi padre —le expliqué, rompiendo el silencio al remover abruptamente los papeles. Fue un poco presuntuoso de mi parte asumir que ella pensaría que eran para otra chica, pero me sentí obligado a informárselo.

Se metió un mechón de cabello descarriado detrás de su cabello y asintió sin mirarme a los ojos. Fruncí el ceño, regresando las hojas de papel al sobre, totalmente perdido. No sabía lo que ella quería. Esa cosa de leer la mente habría llegado a ser muy práctica en ese preciso instante. Pero conociendo mi suerte, ella sería la única persona existente inmune a ello.

No me miró a los ojos.

—Me dejaste —susurró de repente, acusadora. Sus puños se apretaron a cal y canto debajo de su caja torácica mientras abrazaba su torso.

Podía sentir mis ojos y mandíbula contraerse.

—Estoy aquí ahora —me defendí, incapaz de discutir esto.

Sus ojos de repente se sacudieron hacia los lados, mirándome a los ojos y parpadeando con lo que algunos podrían confundir con furia si no la conocieran. Yo lo hacía.

—Simplemente no lo entiendes —espetó ella, la falsa furia que estaba proyectando me obligó a tragar con dificultad—. Me... *dejaste* sin más. Y si me hubieras tirado tu anillo en mi cara y me hubieses dicho que había terminado, me hubiera ido mejor —gruñó, y con una voz mucho más suave, más triste, añadió—: Por lo menos en ese caso yo no habría estado... —Su voz se rompió y desvió la mirada hacia el río sin concluir su idea.

Sus ojos reflejaban de repente meses llenos de algo que ni siquiera podía realmente comprender, y yo odiaba hasta la mierda no saber la profundidad de ello. Tuve ese momento extraño y realmente molesto de estupefacción mental en el que no pude encontrar una respuesta apropiada, y mi sensación de distanciamiento aumentó hasta un grado frustrante. Quiero decir, ella había básicamente admitido que nosotros habíamos terminado, o por lo menos ella había estado pensando en que yo lo había hecho sabrá Dios desde hacía cuánto tiempo. No podía pensar en nada que decir que no estuviera lleno de ira y enfado. El hecho que toda esta *conversación* pareciera como si fuera crucial para el destino de todo mi jodido futuro con ella en realidad no estaba ayudando, tampoco. Era una increíble cantidad de presión.

Inseguro y cauteloso, le respondí en un susurro entrecortado sin estar seguro de que incluso quisiera que ella entendiera.

—Solo porque no estuviera, no significa que no fuera tuyo. —Tenía muchas ganas de preguntarle si ella era mía, pero decidí que todavía no estaba preparado para esa respuesta.

Se quedó inmóvil contra la viga de madera sin dar ninguna indicación de que le importara una mierda.

—Eres un imbécil —susurró, los músculos de su mandíbula tensándose y apretándose.

Dejé caer la cara, avergonzado, y suspiré.

—Sí —concordé—. Pero me estoy esforzando en no serlo —declaré, mirando a su cara buscando algún tipo de reflexión sin ningún éxito.

Su cabello golpeó su rostro por una fuerte brisa y mis dedos se retorcieron para apartarlo.

—Debiste dejarme entrar —habló hacia el río, fija e implacable en su negativa de encontrarse con mi mirada—. Yo hubiera entendido si tú solo me

hubieses... llamado o algo, pero... —Se detuvo abruptamente y luego pareció como si no fuera a continuar.

Pero...

Pero ella no podía entender.

Pero ella no me podía perdonar.

Pero ella me odiaba ahora.

El silencio se asentó y me sentí frustrado y enojado de que no pudiera completar la frase. No estaba seguro sobre si otorgar una respuesta sería conveniente, pero yo necesitaba que entendiera que no estaba solo apartándola a ella. Se me ocurrió que por mucho que me sintiera como excluido de todo, el escaso conocimiento de su vida durante los últimos meses hacía que pareciera una extraña en la mía. Me pregunté cómo podría posiblemente transmitir lo mucho que yo había pasado para llegar hasta aquí, hasta ese momento con ella, y si eso supondría alguna diferencia.

Esa desesperación comenzaba a aumentar, así que resolví que podía usar su silencio para finalmente intentarlo. Con una respiración profunda empecé.

—Cuando llegué a Chicago y encontré a mi madre, ella estaba muy...

—Beatrice me lo contó todo —me interrumpió con una escueta respuesta.

Beth

—Beatrice me lo contó todo —interrumpí, sin saber si podría aguantar oírlo todo de nuevo. Las olas del río ondulaban con un chapoteo relajante que su voz de terciopelo no interrumpía. Estaba ansiosa por ver si mi confesión le hacía molestarse con ella, pero no lo miré. No podía, de la misma manera que no podía estar cerca de su zumbido de electricidad. No podía pensar con claridad con la distracción que su proximidad traía.

Cuando Beatrice había entrado en mi dormitorio horas atrás, había esperado su desaprobación del afecto de Maddox hacia mí para consolar la parte de mí que lamentaba dejarlo allí, en el pasillo, llorando. De hecho, era la única razón por la que había permitido que entrara en primer lugar. Claramente, había estado sorprendida cuando ella le había defendido.

—Ya ha sufrido mucho, Beth —había pronunciado con un cierto destello de piedad distinguible en su mirada. Estaba más que incrédula y frustrada, pero una vez que ella se había sentado y comenzado a retransmitir lo que Albin le había contado, todo quedó muy claro.

De la misma forma en que una madre cerdo adoptaba una camada de cachorros abandonados, Beatrice se sintió atraída por el abandono de Maddox y el mal trato de la madre de él. Todo tenía sentido. Cualquier madre con medio corazón se entristecería por la historia de Maddox. La hizo resplandecer con carácter maternal porque era el hijo de Albin, y ella era, en muchos sentidos, su otra mitad. Estaba asumiendo su papel con entusiasmo, lista para protegerlo de los que le causarían daño, porque Beatrice era simplemente Beatrice.

Era la cosa más dulce y molesta del mundo.

Me había pasado horas canalizando todo lo que Maddox había soportado durante su tiempo en *Chicago*. Su madre siendo una niña insoportable, y la obligación que él había sentido para cuidar de ella como si fuera una. Honestamente, yo no entendía su lógica en absoluto. Todavía la odiaba con cada célula de mí ser. No sentía lástima por esa mujer. Una verdadera madre no habría dejado que nada le impidiera cuidar a su hijo. Beatrice sabía lo que Janice desconocía: los hijos son lo primero antes que todo lo demás, incluido el dolor por el duelo.

Maddox estaba desgarrado entre dos obligaciones. Eso, podía entenderlo. Podía entender que eligiera a su madre sobre todo lo demás. Lo que no podía entender era por qué él se había cerrado en sí mismo. Peor que eso, no podía

entender por qué había incluso decidido regresar.

Calmé mis nervios cuando finalmente me volví hacia él, necesitando satisfacer mi curiosidad. Seguía sentado encima de la mesa de madera con los pies sobre el banco. Su mirada estaba fija en sus manos que flotaban, cerradas, entre sus rodillas entreabiertas. Su cabello estaba mucho más largo, y me ocultaba sus ojos.

—Volverás —dije con confianza. Sus ojos finalmente se elevaron para encontrarse con los míos, oscuros y verdes y confundidos. Reformulé—: Sabes que ella está ahí fuera, y que te necesita. Regresarás a ella de nuevo. —No pude contener el temblor de mi voz. Había pensando sobre ello durante horas, y mi mente siempre llegaba a la misma conclusión: *Se iría* de nuevo.

Negó con la cabeza en objeción, pero sacudí la mía enseguida.

—Actúas como si fueras la única persona que hubiese perdido su madre —Mi voz todavía temblaba de emoción. Tragué mientras trataba de mantener mi mirada en la suya, pero era difícil. Mi visión se volvió acuosa con lágrimas que no serían suprimidas y las parpadeé para alejarlas, enviando empapados senderos que cayeron precipitadamente sobre mis mejillas frías. Me abracé más fuerte mientras que él visiblemente luchaba por apreciar el significado de mis palabras, inclinando la cabeza y entrecerrando los ojos para concentrarse.

Su fuerte aspiración de aire y mi respiración irregular fueron lo único que se escuchó por un largo rato. Utilicé ese tiempo para intentar frenar mis emociones, pero fue inútil. Yo había estado reprimiéndolas, incluso de Sarah, y ahora ellas no podían ser contenidas. Mi mandíbula tembló cuando finalmente desvié mi mirada de su mirada desconsolada. Supe entonces que comprendió lo que quería decir.

—La elegirías a ella antes que a mí —dijo con una voz suave que provocó un abrupto sollozo involuntario de mi pecho.

Quise negarlo pero no pude. Mi amor por Maddox era interminable e infinito y sin embargo, por un momento con mi madre, de buena gana renunciaría a él. Era imperdonable. No me acordaba de mis últimas palabras con ella o la forma en que su cabello olía, y daría cualquier cosa por tener todo de vuelta. Si pudiera hacer retroceder las manecillas del reloj y haber sido la despreocupada chica de catorce años de edad de nuevo, cuya madre era su mejor amiga, lo habría hecho. De verdad, lo tiraría todo por la borda: Daphne, Beatrice, Albin, *Forks*, todo. No podía conciliar las dos conclusiones contradictorias que me hacían tanto un ser humano capaz como un completo monstruo. La culpa no era una palabra lo suficientemente fuerte para describir lo que sentía. Todos ellos se merecían

mucho más.

Durante la mayor parte del día, me sentí superior a Maddox por ser racional y en un estado mental más saludable. Pero ahora era evidente que Maddox me había superado en su resurgimiento. Él estaba dispuesto a finalmente dejar ir su pasado y seguir adelante, mientras que yo tenía esta verdad latente que yacía bajo la superficie, que me decía que nunca dejaría de aferrarme a lo que se había ido.

Me sentía agotada por el día y la semana, y los últimos cinco meses y dos años. Me desplomé contra la viga de madera en la que había estado apoyada y abracé mis rodillas fuertemente contra mi pecho. Giré la cara lejos de Maddox mientras lloraba porque no quería que viera esta debilidad en mí. Me quitaba la ventaja que me alimentó la mayor parte de la noche.

A causa de los sonidos de mis propios sollozos ahogados y castañeteo de los dientes, no pude oírlo saltar de la mesa y acercarse, pero pude sentirlo. Realmente no me importaba. Mi débil sumisión a su zumbido parecía insignificante en el gran esquema de las cosas. Pude sentirlo detenerse antes de tocarme y eso me enfureció al saber que mi comportamiento anterior me estaba privando de lo que obviamente quería.

—Está bien. —Su voz sonó genuina y precavida cuando me consoló. Yo negué con la cabeza contra mis rodillas con fiereza.

—Soy una persona horrible —me ahogué, porque quería que no estuviera de acuerdo, y no tenía ni idea de si lo haría. Hubo un momento de tenso silencio en el que casi pude sentir el conflicto beligerante en su mente. También pude sentir cuando finalmente decidió arriesgarse y se movió lo suficiente para tocarme.

No luché contra él cuando sus brazos me rodearon por mi costado, enviando su corriente relajante fluyendo sobre mi carne. Mi sollozo se transformó en un suspiro cuando levanté la cabeza y desplegué mis rodillas, ávida de todo el consuelo que él me proporcionaría. Me incliné hacia él, sintiendo su alivio por mi aceptación cuando se sentó, tirándome sobre su regazo y sosteniéndome con firmeza mientras la falta de luz y su cabello oscurecían sus facciones. El olor de su cuello y las sensaciones de sus manos frotando mi espalda eran completamente maravillosos, pero no pude sonreír.

—Está bien —repitió, esta vez a mi cabello. Pude sentirlo tomar una larga inhalación y empujar su nariz profundamente. Sus brazos se apretaron a mí alrededor, aplastando mi hombro en su pecho de una forma que debió haber sido dolorosa—. Si fuera posible, y yo pudiera hacerlo, también me gustaría que la eligieras —dijo en un tono serio en mi cabello causando otro sollozo culpable de

mi pecho, porque yo no podía ser tan sacrificada con respecto a él. Sus brazos se apretaron aún más a mí alrededor y yo giré mi pecho para que mi hombro no se clavara en su esternón.

Rindiéndome, aspiré con avidez para controlar mis sollozos y respiración irregular. Su firme abrazo y caricia constante en mi cabello aliviaron un poco mi culpa porque sabía que yo aún blandía cierto poder sobre su felicidad. No le absolvía, y no me hacía dispuesta a perdonar cada uno de sus errores, pero sí que aliviaba mi confusión, aunque fuera un poco injusto.

Cuando mis sollozos finalmente cesaron y pude desviar mi rostro hacia el río, apoyando la mejilla en su pecho, me sentí en paz. El chapoteo del río y la sensación de sus manos, cara y cuerpo contra mí eran inequívocamente serenos. En cualquier otro momento, habría sido la perfección absoluta. En cambio, yo tenía todas esas preguntas y confusas anomalías que finalmente penetraron en mi tranquilidad.

Sin mirarlo a los ojos, me apreté más a él.

—¿Por qué no me llamaste o continuaste escribiendo, o... algo? ¿Cualquier cosa? —Le pregunté.

Sus brazos se apretaron imposiblemente más firmes.

—Yo era tan jodidamente débil, Beth —suspiró contra mi cuero cabelludo, cálido y estremecedor—. No estoy seguro de que pueda justificarlo —murmuró, pero continuó antes de que pudiera protestar—. Había probablemente un millón de razones. No quería ser una carga para ti y no quería ser... tentado por algo más fácil. Además, eres mi aceite. —Se encogió de hombros, como si eso fuera algo que tuviera sentido. Confundida, fruncí el ceño, pero se apresuró a añadir—: No importa. Es realmente estúpido.

—Lo es —concordé con voz cortante, incapaz de comprender su justificación y sin querer aún pretender que lo hacía. Él inhaló como si fuera a hablar, pero rápidamente lo soltó y se quedó en silencio sin dejar de abrazarme. Mi desacuerdo no había manchado la tranquilidad del momento y mis ojos se sentían pesados.

Después de muchos minutos, suspiró en mi cabello, profundo y aparentemente derrotado.

—Sé que no significa mucho, pero te equivocas al decir que te dejaré de nuevo. No lo haré —prometió—. Haré que esto funcione, ya lo verás. Incluso si... incluso si me *odias* ahora —susurró. Mi cabello y la suavidad de su declaración hizo que sus últimas palabras fueran difíciles de escuchar, pero no imposible.

Puse mis ojos en blanco y me presioné más contra él.

—No te odio.

Te amo, imbécil melodramático.

No me gustó la necesidad de negar cualquier cantidad de mala voluntad, así que me guardé ese hecho para mí misma.

—¿En serio? —Preguntó, inseguro pero esperanzado.

Mi frustración se encendió, y en un momento de emoción descontrolada, no pude soportar que él no supiera cuánto dolor me había causado.

—No es que te odie, Maddox. Odio que me rompieras el corazón —gruñí a través de los dientes apretados. Hubo una fuerte inhalación de aire contra mi cuero cabelludo antes que sus brazos se apretaran y me aplastaran todavía más cerca.

—Mierda, Beth —dijo en una voz llena de pánico y apresurada—. Joder, lo siento tanto. Por favor, créeme. Nunca quise... Siempre querré hacerte feliz a partir ahora. Solo dime cómo y lo haré —insistió fervientemente, una de sus manos empuñando el cabello debajo de mi oreja a la vez que presionaba mi cara cerca de su pecho.

Podía sentir su fuerza vacilante en sus brazos mientras trataba de mantenerla firme e implacable. Sabiendo cómo se sentía estar tan absolutamente fatigado en todos los sentidos de la palabra, suspiré y me sentí mucho más vieja de lo que debería ser.

—Estoy cansada. Me quiero ir a la cama —le respondí, apartando la cara del río y hacia su pecho para tomar una bocanada completa de su fragancia.

Con una pausa y un suspiro de agonía, me levantó del suelo y con cautela extendió su mano. Sus ojos estaban aún muy oscuros y tristes, las líneas perfectas de sus labios dibujadas hacia abajo en un gesto duro mientras me escudriñaba. Tomé su mano y sin pensarlo dos veces lo llevé a la casa, dejando el sobre de papeles desechados en la mesa, porque ya no lo necesitaba. Caminamos en silencio, sus pasos no coordinaban con los míos, y me pregunté cómo era posible sentirse tan ligera y tan pesada a la vez.

Entramos a la casa en silencio, y retiré mi mano de la suya cuando empecé a subir la escalera. Un vistazo por encima de mi hombro a su mirada cabizbaja me hizo notar su descontento. La oscuridad de los pasillos y el silencio de la casa hicieron que sus inhalaciones superficiales parecieran laboriosas a medida que ascendíamos a la tercera planta.

Me detuve en la puerta de la habitación de invitados y me volví hacia él, pero él ya estaba inmóvil, mirando sus zapatos.

—¿Podemos hablar mañana? —Preguntó en un susurro, mirando tristemente a la puerta frente a la que estaba parada. Puse mis ojos en blanco y giré el pomo, observando sus cejas frunciéndose en confusión cuando entré y encendí la luz. Entré y vi la ropa tirada al azar en el suelo donde la había lanzado.

Mientras me agachaba para recuperar un par de calzoncillos negros y una camiseta blanca, él entró detrás de mí. Me volví con una mueca tímida y apreté la ropa contra mi estómago.

—Duermo con esto —murmuré en explicación y sus ojos se abrieron momentáneamente. Mi vergüenza fue clara cuando me atraganté con ansiedad—. Sabrina confiscó mis pijamas —me defendí, recordando el día en que ella había insistido en que saliera de la cama y se había negado a devolverme mi único par de pijamas. De cualquier manera me gustaba más dormir con la ropa de Maddox, pero era demasiado incómodo admitirlo delante de él.

Una triste sonrisa elevó sus labios antes que desapareciera y fuera sustituida por una máscara sin emociones.

—Buenas noches —dijo y abrió la puerta para mí, mientras yo resoplaba hacia él. La expresión de desconcierto en su rostro cuando deslicé un dedo por una de las presillas de su cinturón y tiré de él hacia adelante en el pasillo conmigo fue casi cómica—. ¿Qué? —Murmuró, visiblemente perplejo.

Puse mis ojos en blanco de nuevo.

—Dije que estaba cansada. Quiero dormir un poco. Tú dijiste que harías lo que fuera por hacerme feliz, ¿cierto? —Pregunté, levantando mis cejas, expectante. Por una fracción de segundo, sus ojos brillaron de esa forma eufórica, antes de suspirar.

—Eso es probablemente una jodida mala idea, con Beatrice y todo... —se detuvo con una voz nerviosa al tiempo que deslizaba su mirada ansiosa por el pasillo. *Como si me importara.*

—En primer lugar —espeté residualmente, y seguí tirando de él hacia adelante hasta que sus pies se movieron con los míos y sus pasos me siguieron por el pasillo—. Tú y yo tenemos dieciocho años. —Abrí la puerta de mi dormitorio y no me molesté en encender la luz cuando entré—. Y Beatrice ha demostrado ser... impredecible. Ella puede o matarnos u organizarnos una fiesta. Ya no hay forma de saber qué hará. —Me encogí de hombros y me volví hacia él.

Tenía una expresión de pesar en su rostro tan puro que me sobresaltó.

—¿Me perdí tu cumpleaños? —Preguntó tenso mientras permanecía de pie con torpeza en la puerta. Asentí con la cabeza y rápidamente me alejé de él para

entrar en el cuarto de baño.

Cerré la puerta para cambiarme y tratar de apartar el resurgimiento del dolor al recordar mi decimoctavo cumpleaños una semana antes. Había sido un día sin incidentes en el que todo el mundo había tratado de levantarme el ánimo, sin ningún éxito. Lamentablemente, yo había estado completamente insufrible y no encontré ningún motivo de celebración.

Cuando salí del baño vestida con su ropa, él estaba de pie en medio de la habitación, con las manos metidas profundamente en los bolsillos de su chaqueta. Se veía que se sentía fuera de lugar, pero en realidad, él siempre se veía como si estuviera destinado a estar parado en la oscuridad, en esa posición con los ojos desplazándose por la habitación.

Cuando su mirada fue hacia mí, mi cara se sintió caliente y enrojecida. Vacilante vagué hasta la cama, sintiendo sus ojos en mí todo el tiempo. Sus calzoncillos eran cómodos y familiares colgando de mi cintura, pero me sentía desnuda y expuesta, así que rápidamente salté sobre la cama y me deslicé bajo la cobertura de las mantas.

Se quedó dudando en medio de la habitación antes que se quitara lentamente la chaqueta y la arrojara sobre el sofá. Se inclinó para desabrocharse los zapatos, quitándoselos y colocándolos a un lado. Estaba inquieta bajo las sábanas, impaciente por su presencia, y miré ansiosamente cuando él viajó hacia el lado opuesto de la cama y jalaba las sábanas. Sus ojos estuvieron fijos en los míos cuando se metió dentro de las sábanas y se acomodó a mi lado.

Estuvo callado y calmado mientras ambos nos acostamos de espaldas en la oscuridad, y a pesar que estaba impaciente y ansiosa por estar en sus brazos, vacilé.

—Sabes —le susurré, y sentí su cabeza girar en la almohada hacia mí. Tragué saliva—. Esto no hace que todo esté bien —le advertí, finalmente volviendo la cara para mirarlo a los ojos. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad dolorosa—. Es que... no quiero malentendidos —le aclaré, era incapaz de darle falsas esperanzas, pero necesitaba el sueño, la comodidad, y el afecto que él me otorgaba. Posiblemente era un poco injusto y odiaba sentirme como si lo estuviera utilizando. Me sentí un poco más tranquila cuando escruté a fondo los círculos oscuros alrededor de sus ojos que indicaban su necesidad de descansar.

Él asintió sombríamente, su garganta moviéndose, antes de volver su cara de nuevo hacia el techo.

—¿Crees que tal vez...? —Susurró justo cuando empecé a girar mi cuerpo hacia el suyo. Hizo una pausa y cerró la boca abruptamente. Detuve mis

movimientos y lo miré implorante. Me miró de reojo, tenso—. ¿Tengo alguna oportunidad? —Preguntó, rígido e inmóvil y suplicante.

Fruncí el ceño y terminé de girarme de lado, metiendo la mano debajo de la almohada mientras lo miraba fijamente. Consideré la posibilidad de que Maddox estaba aquí y presente y su promesa de nunca irse, y supe que él tenía todas las posibilidades. Él ya tenía mi corazón y mi alma. Era imposible combatir ese tipo de anhelo por felicidad y amor, sobre todo ahora que sabía lo que era ser privada de ello. Pero yo simplemente asentí sin añadir ninguna de esas cosas en voz alta, porque la confianza se ganaba y por fin me había dado cuenta de lo frágil que mi cuerpo, corazón y mente podían ser. Ante mi asentimiento, él se alivió visiblemente, cerrando los ojos con un suspiro agradecido, y entonces se volvió hacia mí.

Su brazo colgó a través de mi torso y me atrajo hacia él con firmeza. La sensación de su pecho contra mi mejilla y sus piernas entrelazadas con las mías era familiar y relajante y *correcta*. Los pantalones vaqueros que él llevaba eran gruesos y raspaban mis piernas desnudas, y me rompí el cerebro tratando de recordar dónde habría quedado su pijama. Me pregunté si se lo había llevado a *Chicago*, y me imaginé que debió haberlo hecho. Entonces me sentí ridícula por pensar en ello y regresé mi atención a lo que su mano estaba haciendo en mi cabello, acariciando y manoseándolo a lo largo de mi espalda.

Su cabello era suave. La longitud agregada por sus meses fuera hacía que acariciarlo se sintiera de alguna manera diferente, pero al mismo tiempo era tranquilizante. Era Maddox, solo que ahora había más de él. Su tiempo lejos lo había cambiado de alguna manera, y yo me sentía a la vez entusiasmada y asustada por descubrir cómo.

Sentí su exhalación cansada y aliviada en mi cabello, sus labios en mi cuero cabelludo, sus dedos de los pies en mis tobillos, y sonreí. Por primera vez en muchos meses fue natural y no forzado, y permití que mi miedo, ira y dolor se derritieran cuando comencé a tararear esa canción familiar. Podría haber sido un momento fugaz de alegría pura, pero me deleité con la sensación de sus manos cariñosas y de sus pies y sus labios. Yo simplemente no conocía la profundidad de su devoción o determinación, y tal vez él nunca conociera la profundidad de los míos. Sentí un peso aplastante de inquietud al saber que había muchas cosas que no se habían dicho. Me hice una promesa a mí misma en ese instante, cuando lo noté caer en la inconsciencia, me esforzaría en darle una oportunidad a Maddox, de la misma manera que él lo haría en complacerme.

Mañana empezaría a ver el panorama general. Pero esa noche, acurrucada

dentro de las paredes blancas de un santuario revivido, dormiríamos,
pacíficamente entrelazados.

Capítulo 45: Florentinos Flotantes.

PRIMERA PARTE.

Beth

¿*Arándanos o frambuesas?* Reflexioné en silencio, la púrpura vivaz viéndose más atractiva que su compañera de color rosa. Mis ojos saltaron de uno a otro, evaluando los pros y los contras de los diferentes sabores con jarabe. Y crema batida. Y espolvoreo. ¿Y chocolate?

¡*Ooh! Chispas de chocolate...*

Cuando Daphne había llamado a mi puerta para despertarme para la clase de yoga (que *no* tenía planes de asistir), había estado fastidiada y en el borde homicida. La calidez y comodidad de los brazos de Maddox y respiraciones superficiales contra mi cabello habían sido imposibles de abandonar. Con una ternura suave que mi cólera hizo casi inviable, me había curveado de debajo de su brazo y salido al pasillo.

—Oh, Dios mío. —Había sonreído parada en el pasillo, después de haber visto a Maddox dormido en la cama antes que pudiera cerrar la puerta—. Han estado mimándose y siendo asquerosos, ¿verdad? —Había bromeado, eliminando mi atontamiento del sueño con su aceptación inmediata. Realmente había esperado que hiciera una escena, así que sus bromas relajadas y gran sonrisa eran más que un poco sorprendentes. Cuando cuestioné su extraña aprobación, simplemente se había encogido de hombros—. He extrañado tu "Cara Maddox" y de todos modos, siempre supe que él regresaría. Llámalo *intuición*. —Había guiñado un ojo, tocándose la sien, y después había saltado por el pasillo, prometiendo cubrirme si Kate, la instructora de yoga, preguntaba sobre mi falta.

No la había visto tan jovial en meses, y tenía curiosidad sobre si había estado ocultándome su felicidad todo este tiempo, o si Daphne estaba simplemente feliz porque se había dado cuenta hace mucho tiempo que Maddox era mi llave a la alegría. Quizás esa fuera la profundidad de su amor fraternal por mí. Estaría mintiendo si dijera que no podía honestamente sentirme relacionada. Me encantaba ver su «Cara Darren», después de todo, no es que estuviese admitiendo siquiera tener una «Cara Maddox».

Ahora, el frío de la nevera abierta estaba disipando poco a poco mi aturdimiento, transformándolo en un deseo con el cual era muy familiar. Cocinar.

Habría poca o ninguna esperanza de volver a dormir ahora. Con una sonrisa tirante, elegí los arándanos y me dediqué a reunir todo lo necesario sobre la encimera de granito. Me puse de puntillas, rebotando un poco mientras revoloteaba por la cocina y trabajaba. Era increíble cuánta diferencia podría hacer unas simples ocho horas de sueño ininterrumpido.

Sarah, una vez me había dado un severo sermón sobre la importancia del sueño. Había hablado monótonamente sin cesar sobre sus efectos tanto en la salud emocional como en la física. Yo medio la ignoré porque no habíamos llegado al punto donde las discusiones que involucraban mis hábitos de sueño eran encontradas con más que una evasión molesta.

Odiaba cuando ella tenía razón.

Me sentía reanimada y lúcida de la noche de sueño ininterrumpido. El velo de agotamiento levantado hacía que todo pareciera vivo, opaco, y obvio como si todo lo que había necesitado antes estaba demasiado cerca para ser visto. Ahora, mis músculos se sentían más fuertes, mi mente se sentía más nítida, y mis ojos, aunque pesados y cansados por la pérdida de sueño, estaban abiertos y más alertas de lo que habían estado acostumbrado durante meses.

Ansiosa por una salida de todo este vigor, le hice panqueques a Maddox con arándanos y con exceso de coberturas. Arreglé su tocino y huevos en una de esas repugnantes caras felices que usualmente me daban náuseas. Exprimí jugo fresco y estaba demasiado excitada para estar avergonzada por la necesidad demasiado familiar de hacer alarde de mis escasas aptitudes. Hice un ligero desastre en la cocina y no me detuve a limpiar nada cuando estuve lista.

Recogí su desayuno extravagante y lo llevé arriba, luchando contra los impulsos conflictivos tanto de caminar más rápido como de tomar mi tiempo. Cuando llegué a la puerta, abrí con cuidado con dos dedos, lamiendo mis labios en concentración y sosteniendo la bandeja de desayuno con cuidado.

Mis cejas se arrugaron en confusión cuando no encontré su forma dormida tumbada en la cama hasta que un ruido desde el baño me alertó de su presencia. Yo estaba actuando calculadoramente mientras arreglaba su desayuno sobre el colchón y esperaba su aparición. Arranqué un arándano de la bandeja y me lo metí en la boca cuando mi estómago sonó, pero en realidad, no quería comer. Mi subidón del sueño inducido por Maddox hacía que pequeñas cosas como la comida parecieran intrascendentes frente a la emoción de *verlo* comerla. Recordé lo mucho que él disfrutaba de mi cocina, y estaba ansiosa por disfrutar de su placer después de la tempestad de los días anteriores.

El pomo de la puerta finalmente tembló, y miré fijamente al abrirse. Los ojos

de Maddox estaban de nuevo ocultos por su cabello, pero su rostro estaba pálido e inquieto. Estaba usando lo mismo de la noche anterior, todo arrugado y descuidando su apariencia. Fue un pensamiento extraño que me dio ganas de hacer cosas estúpidas, como cepillar su cabello y elegir su ropa para el día. Y luego darle de comer. Y luego abrazarlo. Y luego besarlo. Y luego... interiormente puse mis ojos en blanco.

Él se congeló cuando me vio en el medio de la cama, sentada bastante erguida, ansiosa, y con todo un festín extendiéndose frente a mí. Sus hombros se relajaron visiblemente.

—Me preocupaba que te fuiste —murmuró y apartó su cabello de la frente. Yo me quedé sin palabras y extrañamente tímida al tiempo que él finalmente evaluaba la oferta de alimentos que aparecía en la pequeña bandeja delante de mí. Sus cejas se fruncieron en confusión, y pude sentir mi cara arder cuando aparté la vista, tragando con ansiedad.

—No comiste nada anoche. —Me encogí de hombros con despreocupación, acariciando el borde de sus calzoncillos. El calor en mis mejillas se intensificó.

—Oh —murmuró con evidente sorpresa. Podía sentir sus ojos en mi rostro inflamado cuando vagó tentativamente a la cama, tomando una posición igual a la mía y sentándose cómodamente—. No deberías haberme hecho nada —susurró por fin con voz tan abatida que arrugó mi pecho y de repente envió mi subidón mañanero a mis pies.

—Está bien si no quieres. —le aseguré con expresión controlada subiendo mis ojos a los suyos. Desafortunadamente, mi estúpida voz tuvo que reflejar todo el dolor que su rechazo de mi ofrenda había causado.

Me agaché para eliminar la comida delante de él.

—¡No! —Exclamó con rapidez. Sus manos arrastraron la bandeja en su regazo—. Lo quiero —insistió, con los ojos muy abiertos y perplejos.

Tensa y aprehensiva ahora, me retorcí las manos mientras él cortaba su pila de panqueques, apresuradamente sumiendo el tenedor a su boca. Tomé este tiempo para llenarme de terror irracional por no usar las frambuesas. O chispas de chocolate. O el espolvoreo. Sus ojos se cerraron mientras masticaba, suspirando suavemente por la nariz. Sin ser capaz de discernir su reacción, si fue positiva o negativa, empujé mis rodillas a mi pecho y las abracé con fuerza.

Cuando abrió los ojos, estaba tan abrumada con alivio al ver que sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa que inmediatamente liberé mis rodillas.

—Joder, extrañé tu cocina —se rio suavemente y cortó otro trozo, devorándolo con entusiasmo. Me acomodé a mí misma en mi codo, apoyando la

mejilla en la palma de mi mano observándolo disfrutar con comodidad familiar. Sus ojos verdes bailaban con satisfacción al ver mi expresión cuando me miró. Sonrió más ampliamente, los ojos arrugándose en los bordes—. ¿No tienes hambre? —Preguntó. Negué con la cabeza. Su sonrisa vaciló.

—Ya comí —mentí rápidamente para aliviar su preocupación. Él me miró con escepticismo pero continuó comiendo sin insistir y me alegré, porque verlo comer era mucho más gratificante que comer yo. Seguí observándolo en silencio y se sentía indescriptible ver y oír su evidente placer con mi creación.

Mientras nos sentamos sin ningún intercambio de palabras, me sentí más prudente y reflexioné sobre la mejor manera de encarar nuestro alejamiento y cuestiones obvias. Había toda una lista para elegir, y él ni siquiera conocía la magnitud de *mis* traiciones todavía. No estaba en tan completa negación como para no poder aceptar mi cuota de culpa.

Podría haberlo encontrado.

Yo había sabido dónde y cómo y había sentido en lo profundo de mi alma que me había necesitado, y sin embargo había elegido no hacerlo. Si fuera totalmente honesta, había tenido más que ver con mis propias inseguridades (inseguridades que habían aumentado por su ausencia silenciosa) que en mi insistencia por darle espacio. Esta era una sola verdad en un mar infinito de hechos ocultos. Ninguno de nosotros los tenía todos.

La forma en que el peso adicional hacía su caída del cabello era nueva, extraña, y las líneas de su frente parecían más definidas. Solo había estado ausente durante cinco meses, y la caverna que nos separaba se sentía demasiado enorme para soportar. Me imaginé que Sarah me diría una porquería sobre permanecer "fiel a mis sentimientos", y dado que había descubierto que ella rara vez se equivocaba, me decidí a hacer precisamente eso.

—Cuéntame de Chicago —Finalmente rogué, rompiendo el silencio. Me sentía alienada de él, y me daba cuenta que a diferencia de los otros a los que quería, ninguna cantidad de galletas o comida jamás podría remediar eso. Me sentí culpable cuando sus ojos brillaron con una desesperación dolorosa, e inmediatamente rescindí—. No tienes que hacerlo. Solo que hubiera preferido oírlo de ti que de Beatrice —le expliqué. Se sentía raro tener todas estas partes externas retransmitiendo nuestra información de ida y vuelta. Yo quería (no, *necesitaba*) la inclusión que la comunicación de Maddox me concedía.

Sonrió con rigidez y negó con la cabeza, su cabello cayendo de nuevo en sus ojos. Mis dedos se retorcieron para apartarlos.

—Te lo contaré, es solo... es solo que es un poco jodido —confesó,

mostrándose extrañamente avergonzado y vulnerable a la vez que mordisqueaba su tocino y evitaba mi mirada. Antes que pudiera ofrecer mi suave apoyo, hizo una mueca, apartando con fuerza su cabello lejos de su cara para poder verme. Sus ojos eran cautelosos y cansados—. Solo quiero ser honesto acerca de todo, y para serte sincero, estoy puñeteramente aterrorizado de que pienses mal de mí —explicó, tenso e inmóvil.

Fruncí el ceño y me levanté mirándolo fijamente, devastada de que a él siquiera se le ocurriera una cosa así y sabiendo que era mi propia culpa.

—Ya te lo dije, Maddox —murmuré tragando y apartando la mirada de su intensa mirada mientras me preparaba para dar garantía de la única manera que sabía cómo hacerlo—. Nada podría hacer que te amara menos.

La habitación cayó en silencio, y aunque no me arrepintiera de mis palabras, estas se quedaron en el aire entre nosotros con una magnitud tácita que me hizo sentir incómoda. Maddox y yo éramos un hecho, como arroz inflado y malvaviscos; cuando los unes obtienes una delicia, pero separados, no son más que ingredientes, sosos y sin sabor. Podríamos haber estado experimentando un obstáculo gigantesco, pero no había llegado a ser tan pesimista como para creer que no podríamos superarlo. La suave luz de las cortinas claras de la puerta del balcón iluminaba la pared donde desviaba nerviosamente mis ojos. No podía decidir si quería que él reconociera mi promesa críptica o simplemente la ignorara por completo.

En vez de hacer cualquiera de ellas, simplemente comenzó con un tranquilo:

—Bueno... no me tomó mucho tiempo encontrarla...

* * *

Pasamos todo el día en la cama, la bandeja con el desayuno desechada en el suelo a nuestro lado mientras finalmente se le concedió la oportunidad de hablar. Yo ya conocía la esencia del mismo y solo interrumpía cuando tenía preguntas. Maddox estaba incómodo, pero estaba siendo más honesto de lo que podía imaginar que sería.

Cuando me habló sobre sus *alucinaciones* de mí, estuve aturdida. Realmente no sabía cómo reaccionar y él se negó a mirarme a los ojos.

—Ella más que nada me molestaba hasta la mierda, pero... ya sabes, ella era... parecía como tú, así que... —se interrumpió con un trago nervioso, rascándose la parte posterior de su cuello. Yo estaba asustada por él, y una parte de mí se sentía aliviada al descubrir que él no tuvo ningún recurrencia desde Chicago. Sin embargo, otra parte de mí estaba... ¿halagada? Y luego otra parte de mí se sentía culpable por estar contenta con algo que era claramente perturbador. Era

imposible de conciliar, y estaba orando para que la única causa fuera su falta de sueño, porque eso era algo que podría evitarse fácilmente.

Yo escuché, cautivaba con todos los detalles, y con el tiempo dejé de tratar de ocultar mis piernas, colocándolas cómodamente expuestas mientras continuaba. Quería saber cosas ridículas, como si ella era amable o si cocinaba o si le tarareaba para dormir mientras estuvo allí. No me sentía celosa o posesiva, solo curiosa. Haciendo una mueca, él negó con la cabeza.

—Creo que se nos dificultó bastante ser así de cercanos —admitió en voz baja. Supuse que debió de ser incómodo, y él estuvo de acuerdo, triste que su comportamiento hubiese sido insensible a veces, lo cual me pareció un poco estúpido. Él cambió rápidamente de tema cuando se lo dije, así que pensé que lo mejor era guardar silencio.

Horas y horas se llenaron con la suave voz de Maddox, y mi atención nunca se desvió. Me levanté dos veces para ir al baño, siempre volviendo a mi posición en la cama delante de él, moviéndome inconscientemente más cerca de él mientras las horas pasaban. Él hizo lo mismo, y algo extraño comenzó a cambiar en la atmósfera entre nosotros a medida que las horas pasaban.

Por primera vez *en mi vida* vi a Maddox ruborizarse cuando comenzó a contarme sobre el estado de su madre y sus responsabilidades para cuidarla. Mi actitud protectora ardía cuando lo imaginé en un entorno tan pobre e inadecuado.

—Había ratas y moho por todo el lugar. Era tan jodidamente... repulsivo, Beth —confesó con la mirada baja—. E incluso conseguir que se duchara fue una batalla. Nunca mejoro en realidad—susurró, desolado y ruborizado de vergüenza. Ese fue el primer momento en el que de hecho estuve realmente *agradecida* por lo que Janice había hecho por Maddox. Siquiera la simple idea de él pasando toda su vida cargada de esa clase de miseria era insoportable. Fue en ese momento que otro deseo repentino me llamó la atención.

La noche anterior, había anhelado su cariño. Pero mientras me sentaba frente a él y oía los detalles de su sufrimiento, yo quería ser quien lo consolaba. Quería desaparecer el dolor de sus ojos cuando miró a lo lejos y habló de su padre. Se veía como una isla, solo y solitario en su dolor. No era correcto.

Cogí su mano sin dudarle, arrastrándome un poco más cerca de él para poder estar más cómoda. Sus ojos se levantaron para encontrarse con los míos, suaves e interrogantes mientras nuestras rodillas se tocaban y nuestras manos descansaban entrelazadas sobre mi regazo. Usé mi dedo para trazar las venas entre sus nudillos, contemplando fijamente nuestras manos fusionadas. Después de un momento, sentí su otra mano rozando mi mejilla, moviéndose para meter

mi cabello detrás de mi oreja mientras él continuaba hablando.

Sabía que Albin y Beatrice probablemente estaban bastante curiosos sobre nuestra no emergencia en la habitación mientras la tarde iba y venía, pero nunca nos interrumpieron. Tenía la sensación de que probablemente sabían lo que la atmósfera cambiante entre nosotros había hecho bastante evidente: no estábamos evitándonos. Estábamos tratando de encontrar ese lugar donde nos encontrábamos, conectábamos, y nos convertíamos en el mismo equipo que una vez había ayudado el uno al otro, sin importar lo ridículo de nuestros métodos, como mi búsqueda de horquillas para el cabello no existentes, o Maddox pasando horas tratando de manosearme.

Sarah había tenido razón sobre mis galletas siendo mi conexión con la gente a mí alrededor, pero las galletas no eran una fuerte conexión suficiente para mí y Maddox. Lo habían sido meses atrás, pero ya no. Necesitaba algo más fuerte, más sólido. Había hecho el desayuno esperando inconscientemente poder cerrar esa brecha y hacer sentir nuestra interacción familiar, pero eso solo tuvo éxito en que me sintiera como una cocinera competente. Él mostrándome la parte de sí mismo de la que había estado avergonzado y mis toques sutiles de afecto y consuelo sin prejuicios... *esta* era nuestra fuerza por ahora.

Para el tiempo en que la noche había comenzado a acercarse, creo que Maddox se había quedado sin cosas de que hablar. Se quedó quieto y en silencio frente a mí, viendo a mi dedo jugar con el anillo de bronce que llevaba mientras mi dedo se deslizaba sobre su mano, ligero como una pluma. Miré el reloj, dándome cuenta de lo tarde que era y recordando mi fracaso en hacerle cena a Albin la noche anterior. No quería perder la fuerza de mi vínculo con los demás solo porque Maddox había regresado a casa. Ni siquiera había hecho mis galletas nocturnas. Me decepcioné de mí misma por ser incapaz de encontrar un equilibrio adecuado. Suspiré, la mirada de Maddox finalmente se encontró con la mía.

—Quiero quedarme —le susurré con honestidad, apretándole la mano para dar énfasis—. Pero realmente quiero hacer algo especial para la cena—le rogué por su entendimiento con mi mirada y fui recompensado con un gesto medido.

—No quiero que Albin piense que lo estoy evitando tampoco —murmuré, y luego se detuvo, haciendo el mismo gesto de meter mi cabello detrás de mi oreja. Sonreí cuando me encontré con su mirada—. Y tú no desayunaste —suspiró con conocimiento, con los ojos apretándose alrededor de los bordes.

Abrí mi boca para recitar mi mentira automática antes de cerrarla avergonzada. Aquí él había sido completamente honesto conmigo y yo ya había

empezado a mentir. En lugar de ello, firmemente sostuve la mirada y cedí.

—Lamento haberte mentido.

Él suspiró, frunciendo el ceño con suave irritación.

—No empieces con esa mierda de "lo siento". Solo... come. Cuídate mejor. — Su voz era baja, tierna, y sus ojos se detuvieron de nuevo en nuestras manos agarradas.

Mi pecho se hinchó, presionado con la enormidad de una petición tan simple e instintivamente me lancé a él. Se sorprendió claramente cuando mis brazos rodearon su cuello, tirando de él hacia adelante, y enterrando mi cara en su cuello caliente. Las lágrimas que siguieron a la vez que él se recuperaba y me devolvía el abrazo con vigor entusiasta no fueron causadas por anhelos o desesperación o amargura o incluso lamento.

Lloré porque Maddox nunca quería una disculpa pero siempre perdonaba. Yo quería ser ese tipo de persona, para él más que nadie. Enterré mi cara más profundamente, viendo la cicatriz que había infligido cuando había sido una extraña incluso para mí misma, y aunque sabía que nunca me lo permitiría, anhelaba decirle cuánto lamentaba eso. Moví mi cara y me disculpé con mis labios apretándolos contra la marca en forma de media luna. Su caricia con su nariz en mi oído y sus manos presionándome más cerca confirmó que había sido la disculpa más adecuada posible. Pude sentir sus propias disculpas en las puntas de los dedos cuando acarició mi cabello y por la calidez de sus labios cuando los presionó contra mi sien.

Salimos de la habitación diez minutos más tarde, tomados de la mano y robando vistazos de ambos a medida que descendíamos las escaleras. Había sido solo un breve momento de absolución, nuestros besos cubriendo el cuello y las orejas y diciendo todo lo que las palabras no podían, pero su significado fue infinito.

* * *

Los sonidos de tenedores y cuchillos golpeando la porcelana fina llenaban la habitación y yo miré a los ocupantes de la mesa con ojos cautelosos.

Todos nosotros estábamos comiendo la cena que me había pasado dos horas preparando. Beatrice estaba sentada en un extremo de la mesa y Albin en el otro. Daphne había invitado a Darren que realmente no había dicho dos palabras desde que entró por la puerta, con la excepción de un bajo "bienvenido" a Maddox, enfatizándolo con una de esas raras palmadas en la espalda que los chicos solían hacer. Me imaginé que él probablemente podía sentir la tensión palpable que rodeaba todo el evento. Maddox y él había compartido una mirada

breve y significativa que supuse significaba el acuerdo de hablar más tarde. Maddox y yo nos sentamos frente a ellos, nuestra alegría calmada de nuestro abrazo anterior estaba sustituida por aprehensión.

Ahora era bastante evidente que *todo el mundo* sabía que habíamos dormido juntos anoche. Saltaba a la vista. Los oscuros ojos de Daphne revoloteaban de persona a persona alrededor de la mesa, su expresión era una extraña mezcla de preocupación y fastidio. Darren estaba comiendo su comida con precaución, lanzando miradas nerviosas a Maddox que estaba sentado frente a él. Mi mente vibró en fácil observación de la atmósfera mientras Beatrice y Albin miraban a su comida en un silencio incómodo.

Incóóómooodooo.

Lo que no hubiera dado por haber tenido a Austin sentado al otro lado de la mesa, con sus habilidades sin precedentes para romper la tensión. En su lugar, Maddox estaba sentado rígido a mi lado con las orejas de los colores de los tomates. Miré sus manos cortando su carne con una precisión innecesaria. Por enésima vez ese día, él levantó una mano para apartar el cabello de los ojos.

Albin fue el primero en hablar, e incluso él parecía tenso y extrañamente evasivo.

—Todo está absolutamente delicioso, Beth. Gracias —declaró, levantando su copa. Todos los demás me miraron estando de acuerdo y asintieron murmurando antes de regresar a su malestar silencioso.

Toda la tensión en el aire me estaba afectando. Mis músculos estaban tiesos; mis hombros y cuello dolían. Mi revitalización anterior por el sueño estaba cayendo rápidamente en el olvido. Mis manos tenían un ligero temblor que sacudió mi bebida a pesar de mis intentos de calmar mis nervios. Maddox me miró desde su periferia, inspeccionando cómo el agua en el vaso se ondula. Tragando, él movió su mano vacilante a mi rodilla debajo de la mesa. Pero yo no estaba de acuerdo con que él simplemente me calmara. Ya había descubierto que su ronroneo eléctrico solo era efectivo a corto plazo. A pesar que habría ayudado, era algo para ser apreciado, no abusado. Y él tocándome con el único motivo de calmar mi ansiedad (y yo estando emocionada por aceptarlo) era definitivamente un abuso. Suspiré y dejé caer el tenedor con un ruido metálico que hizo que todos se inmutaran.

Yo estaba a punto de hacer a Sarah una mujer muy orgullosa.

—¡Vale! —Exclamé, incapaz de soportarlo por un minuto más y ganándome otro estremecimiento colectivo cuando las miradas de todo el mundo se elevaron para encontrarse con los míos. Levanté la barbilla y crucé los brazos sobre mi

pecho—. Vamos a hablarlo porque me está poniendo nerviosa, ¿por favor? — Pregunté, pero todos parecían estar con la boca abierta sin decir nada, así que continué sin respuesta y miré a Beatrice a los ojos—. Maddox y yo estamos durmiendo juntos. —Diez ojos ampliamente abiertos—. Quiero decir... en la misma cama. —Resoplé y me froté la frente con fastidio—. Sí, tuvimos una pequeña... pelea, pero estamos tratando de resolver las cosas. No tiene que ser tan gran alboroto. Todos somos adultos aquí, ¿así que por favor podemos dejar de fingir y saludar a los elefantes de color rosa en la habitación?

Mis hombros se relajaron por haber señalado la tensión en voz alta, y estuve bastante agradecida por ello. Mi pecho se sentía un poco más ligero, y podía respirar mejor. Suspiré, sonreí, y recapturé mi tenedor para continuar comiendo. Podía sentir cinco miradas muy distintas quemando mi cara, pero por una vez, me sentí ligera a causa de ello. Había hecho lo que ninguno de ellos pudo conseguir. Como un perro queriendo un premio, no podía esperar para decirle a Sarah sobre esto.

Los labios enormes de Beatrice se apretaron lentamente.

—Me gustaría que mantuvieran la puerta abierta —respondió en voz baja. Porque era claramente una petición y no una orden, yo audazmente me encontré con su mirada y asentí en acuerdo. Era una petición fácil de aceptar, y con mucho gusto iba a trabajar para ganar su confianza. Suspiró y volvió a su comida con un suave—: Y empezaras a utilizar control de natalidad. —Estuve agradecida de que Maddox hubiese dejado de comer para mirarme boquiabierto porque su repentino chisporroteo seguramente habría hecho que se atragantara. Sus ojos brillaron de una manera extraña cuando se desviaban hacía los míos y los de ella de nuevo, incrédulo, con pánico y... ¿esperanzados? Beatrice le miró a los ojos—. Y tu cabello está demasiado largo. Veo que te frustra y eso me frustra. Voy a hacer una cita —añadió con una voz de mando, sin dejar de comer.

Maddox todavía tenía esa expresión extraña en su rostro, pero asintió vacilante, las orejas y el cuello cada vez con un tono increíblemente más rojo de vergüenza.

Sonreí alegremente hacia ella. El comentario anticonceptivo nos había humillado, pero ella había saludado a su elefante rosa, y estaba contenta de que no estuviera haciendo un escándalo por todo el asunto de dormir.

Daphne fue la siguiente. Se enderezó en su silla con una expresión sombría.

—Estoy cansada de todo este mal humor ridículo. ¡Estamos-viviendo-en-una-mansión-gente! —Dio énfasis a sus palabras con golpes duros, como si estuviera hablando con imbéciles. Los labios de Darren se curvieron en una sonrisa con

un movimiento apenas perceptible de la cabeza. Daphne continuó—: Todos tenemos a alguien especial, un pozo sin fondo de dinero, y sin defectos mayores de salud. ¿Por qué la angustia?

—No es sin fondo, Daphne —interrumpió Albin con una expresión herida.

Ella puso los ojos y desestimó sus objeciones con un aleteo de su mano.

—Ah, y si estamos "airando las cosas", rompí el jarrón en el segundo piso — y tomó rápidamente un sorbo de su bebida. Los ojos de Beatrice se movieron rápidamente hacia Daphne, pero antes de que pudiera regañarla, Darren abruptamente la interrumpió, sorprendiéndonos a todos.

—Entonces, si ustedes dos se casan —reflexionó agitando su tenedor entre Beatrice y Albin—, ¿no haría eso a Beth y Maddox, como... primos o una mierda así parecida? —La expresión de su rostro era una de pura curiosidad mientras apretaba los labios. Los ojos de Maddox se elevaron con una lentitud fluida.

—No, y sacar ese tema es una cosa realmente malparida por hacer—le susurró con una mirada firme. Darren puso los ojos en blanco.

—Sin embargo, hablando técnicamente, lo serían. ¿Cómo primos políticos adoptados, verdad? —Le preguntó a los demás—. ¿Verdad?

Beatrice y Albin parecieron analíticos mientras se miraban el uno al otro. Me preparé para negar que la lógica.

En su lugar, Maddox se puso rígido.

—Daphne, Darren fue el que rayó tu *Porsche* —escupió con prisa frenética y rápidamente se metió una gran cantidad de brócoli en su boca. La cabeza de Darren se elevó, encontrándose con la mirada evasiva de Maddox con una expresión pálida.

—Tío... ¿Qué. Mier...?

—Lenguaje, por favor —interrumpió Beatrice con su rostro severo.

La expresión de asombro y herida de Darren era lamentable mientras susurraba maliciosamente:

—*Traidor*. Solo espera a que Sabrina regrese... —Hizo una demostración no tan sutilmente arrastrando el dedo por la garganta. Fruncí el ceño, confundida, sin saber lo que quería decir. La atención de Maddox fue capturada y levantó la mirada.

—Espera. ¿Fue ella quien quemó mis efigies?

Los ojos de Daphne se movían hacia atrás y adelante entre ellos, la confusión grabada en sus facciones delicadas al interrumpirlos.

—¿Qué quiere decir con "fue Darren"? —Todo el mundo se quedó en silencio

mientras ella unía las piezas y de repente se volvió hacia Darren con ojos furiosos—. ¡¿Fuiste tú?! —Gritó.

—¡Alto! —Exclamé rápidamente, previendo una batalla épica de chillidos que realmente no había tenido la intensidad de incitar.

Daphne cerró la mandíbula apuñalando su comida con una fuerza innecesaria. Darren mantuvo su mirada estrecha pegada encima de la mesa a Maddox, que todavía no se había recuperado completamente de su mortificación y mantuvo la mirada desviada hacia el plato. Gemí internamente cuando todo el mundo siguió comiendo de esta manera.

Darren, que nunca dejaba que alguien tuviera la última palabra, respondió con un tono plano, con los ojos fijos en Maddox y con una sonrisa tirando de sus labios.

—Sigo diciendo que estás a un pequeño paso gay de convertirte en un completo Springer.

La mesa estalló de repente en Maddox vulgar y molesto; Daphne gritando enojada, Darren defendiéndose ofendido y medio divertido con los dos; la suave reprimenda de Beatrice de varios improperios, y los vanos intentos de Albin a aplacarlos con su voz. Sus ojos estaban parpadeando en diversos grados de furia, irritación, pánico y la desaprobación.

Probablemente fue un poco inapropiado, pero la risa brotó dentro de mí de manera tan abrupta que se escapó en una carcajada profunda tipo las de Sabrina.

* * *

Mientras subía las escaleras, anhelé la seguridad de mi sudadera para esconderme. *Eso es lo que te pasa por no usarlo en la casa.* Sabía lo que había que hacer, y sabía que no habría evasión de preguntas después que lo hiciera. Caminé por el pasillo por un momento, preparándome y deseando que Albin y yo fuéramos lo suficientemente cercanos para tener algún tipo de código secreto para estas cosas.

Maddox y él estaban en su oficina discutiendo su regreso a la escuela y otras cosas de las que no podía concentrarme. Acababa de terminar la cocción de mi lote de *Florentinos Flotantes* por la noche y había aplazado tomar mis medicamentos por el suficiente tiempo como para esperar a un Albin muy insistente, persiguiéndome. Me pateé a mí misma por poner esta tarea en su cuidado. Yo podría haber manejado la dispensación mi propia medicación, pero quería hacerle sentir tan implicado como fuera posible. Ahora estaba lamentando mi decisión mientras inhalaba tranquilizándome y entraba en la habitación.

Maddox estaba sentado frente a él en la esquina designada para el ajedrez y se

reía, de mejor humor desde que mi ataque de risa inapropiada hubiese fundido la tensión en la cena. Estaba de espaldas a mí, con los codos apoyados en las rodillas mientras evaluaba sus piezas de ajedrez. Albin estaba inclinado hacia atrás con una sonrisa y acababa de abrir la boca para decir algo cuando su mirada se cruzó con la mía.

—Beth —exclamó a modo de saludo, enarcándome una ceja—. Te estaba esperando desde hace horas. —Su sutil reproche no me pasó desapercibido mientras Maddox giraba para mirarme a los ojos, tanto su sonrisa como sus ojos amplios por la sorpresa ante mi repentina aparición. Por supuesto, para él era repentina. La cabeza de Albin se balanceó despreocupadamente hacia el escritorio—. Te está esperando —fue todo lo que dijo teniendo la intención de continuar con su juego. Traté de apartar mi molestia con su referencia relajada a la pequeña copa colocada en su escritorio. No tenía idea de las preguntas y respuestas que seguirían entre Maddox y yo.

Me retorcí las manos, tirando de los extremos de las mangas mientras la mirada de Maddox vagaba hacia la copa con confusión. Medité brevemente las consecuencias de pedirle que se fuera. Albin me concedería la privacidad sin dudas ni vacilaciones, estaba segura. Pero a pesar que me daba cuenta de eso, también sabía que había terminado con eso de esconder cosas en aras de evitar el conflicto. Era mejor superar esto de una vez.

Me acerqué sin pestañear a la mesa, sintiendo la mirada perpleja de Maddox sobre mí durante todo el camino. Rápidamente cogí la copa, levantándola a mi boca y tragando las dos pastillas en su interior. Las tragué con la botella de agua que estaba puesta a su lado y me volví. El rostro de Maddox estaba en blanco, los labios entreabiertos mirando la taza vacía y el agua. Acababa de abrir la boca cuando intervine rápidamente.

—¿Cansado? —Le pregunté, mi voz demasiado boyante para no despertar sospechas. Albin me entrecerró los ojos, jalando su oreja y mirando a Maddox, cuyos ojos nunca abandonaron la mesa. Él inclinó la cabeza, un pliegue curioso se formaba entre sus ojos—. *Estoy cansada, ¿y tú?* —Repetí.

Maddox se encontró lentamente con mi mirada y asintió, volviéndose a Albin con una cara pálida. Desvié mi mirada mientras él y Albin se daban las buenas noches, sintiéndome intrusiva, pero demasiado paranoica para arriesgarme a dejarlos solos. Lo seguí por la puerta con la cabeza baja, sintiendo ya el pánico de la próxima confesión y los resultados de ella. Después de la tercera escalera, su mano rozó la mía, entrelazándola con mis dedos y mirándome fijamente.

—¿Qué fue eso? —Preguntó finalmente, deteniendo sus pasos en la parte

superior de las escaleras y, volviéndose hacia mí con ojos preocupados.

—¿Qué fue qué? —Le pregunté, actuando como una idiota. Me quedé de pie ante él, sosteniendo su mano y barriendo su cara con mis ojos. Sus labios estaban ligeramente separados y estaban húmedos, llenos y atractivos. No pude recordar una vez que hubiese sentido tal deseo repentino de darle un beso en todos los diez meses que nos conocíamos. Pasé mis ojos por los finos pliegues de color rosa y anhelé envolver mis dedos alrededor de su cuello, atrayéndolo y tocando mis labios con los suyos. ¿Y si esta fuera mi última oportunidad? Incluso si nunca le decía sobre la terapia, lo conocía lo suficiente como para saber que él no se permitiría a sí mismo ser físico conmigo de nuevo después *de ese día*. ¿Qué nos quedaría entonces?

Tal vez solo un beso...

Ladeé mi cara analizándolo, inclinando mi cuerpo al suyo de forma inconsciente mientras arrastraba mi lengua por su labio inferior. Su ingesta enérgica de aire interrumpió mi momento idiota. Me puse rígida y rápidamente me giré, caminando hasta que llegamos a la habitación. Debería haber aprendido ya lo que lograba tirándome hacia él.

Sentí su mirada siguiéndome cuando abrí el cajón de la cómoda, habiendo reemplazado toda su ropa más temprano esa noche. Girándome hacia él, hice un teatro en ilustrar esto y evadir.

—Guardo toda mi ropa en la habitación de invitados. No tiene sentido tener un armario vacío —y para enseñarlo la cerré con mi cadera. Sus labios se fruncieron mientras se apoyaba en la jamba de la puerta, mirando hacia abajo a sus pies.

—Estás tomando medicación —afirmó, mirándome a través de sus pestañas y cabello. Sintiendo mi corazón hundiéndose y apaliando simultáneamente, asentí sin explicar y dispuesta a mantenerme firme.

Realmente quería estar orgullosa de mí misma por avanzar en la terapia, sin estar avergonzada o asustada. Quería ser capaz de compartirlo con Maddox porque había sido mi mejor amigo y eso es para lo que los mejores amigos existen. Pero yo era un idiota porque su rostro era plano y se endureció al mirarme. Sus fosas nasales se dilataron y su mandíbula se cuadró, sus puños apretados a los costados.

—Está bien si es privado —espetó, los dientes apretados mientras tragaba nerviosamente—. Pero si estás enferma, por favor dímelo.

Capítulo 45: Florentinos Flotantes.

SEGUNDA PARTE.

Maddox.

Tenía que ser el hijo de puta más desafortunado en la faz de la tierra. Todo iba tan bien. *Demasiado bien*. Demasiado bueno para ser verdad. Realmente debería haberlo sabido.

Beatrice no estaba actuando como una perra, Daphne no había amenazado el bienestar de mis testículos, y Darren había entendido pese a haberlo delatado con Daphne. Incluso había prometido venir y pasar el rato en las tardes. Albin había elaborado un plan para conseguir que volviera a la escuela y tenía la esperanza que no sería retenido un año por mi ausencia. Él estaba feliz de tenerme en casa, y ya había dispuesto el cuidado de mi madre. No me dio ningún detalle. Yo no quería ninguno. Las cosas entre nosotros se estaban volviendo fáciles y podíamos hablar libremente ahora, sin ningún tipo de mierda surgiendo entre nosotros. Fue un buen día. El primer buen día que había tenido desde que podía recordar.

Y, Beth... bueno... habíamos tenido una noche entera de sueño, un día entero solo sentados en la cama y estando cerca, y la mierda estaba mejorando. Lo único que había faltado por decirme esta mañana era que me amaba, y no le había dicho a Beatrice que el control de natalidad era completamente innecesario. No estaba contento con la posibilidad de que ella lo necesitara ni nada. Simplemente quería decir que *ella* no había saltado a negar que estuviéramos intimando. Si no hubiera tenido ningún deseo de estar conmigo en absoluto, lo habría dicho. Tuve tanta esperanza en ese momento que casi eclipsó mi completa humillación. Por no hablar, que había estado *tan* jodidamente cerca de *besarme* ahí afuera, lo sentí. Y ahora... ahora *esto*.

Tan malditamente típico.

Ella sostuvo su ropa en sus manos (mi ropa) y su mandíbula cayó un poco mientras me miraba boquiabierta. Mantuve mi postura rígida, preparándome para que la realidad finalmente viniera a aplastarme como sabía que lo haría. Negó con la cabeza.

—Yo no estoy... bueno, no estoy técnicamente *enferma*, solo... —se detuvo y se dirigió al sofá, sentándose en el cuero y cruzando sus piernas debajo de su cuerpo. Sus ojos se clavaron en el espacio a su lado, moderada y cuidadosa, y me

empujé contra la pared, en respuesta a su silente solicitud con temor.

Ya había tenido más que suficiente de esta mierda de suspenso para toda una vida.

—Solo escúpelo, Beth —le supliqué hundiéndome en el cuero a su lado. Tantas circunstancias estaban pasando por mi cabeza, haciendo que mi preocupación floreciera en un completo pánico.

Hundió su barbilla, escudando su cara de mí mientras sus dedos toqueteaban nerviosamente y sin descanso a sus mangas. Demonios, conocía el gesto lo suficientemente bien como para saber que estaba bastante perturbada.

—Tengo miedo —finalmente admitió, mirándome a través del velo de su cabello.

Pocas cosas asustaban a Beth.

Mi respiración empezó a acudir en jadeos agudos a la vez que tontamente recorría las posibilidades de diversas enfermedades que amenazaban la vida. *Cáncer, trastornos en la sangre, insuficiencia de órganos, degeneración ósea*. La mayoría eran cosas al azar que había visto en los últimos años, todos los pacientes reemplazados por Beth, sufriendo y deteriorándose en una cama de hospital. Vivir con Albin durante tanto tiempo me había hecho consciente al ver tantas cosas horribles.

—Yo tengo miedo —Mi bufido sonó estrangulado cuando respondí. Honestamente no sabía si podría lidiar con que algo estuviese mal con ella. Esto se suponía que era el cielo, no el infierno.

Inhaló lentamente y giró su cuerpo hacia mí, con los ojos ya brillantes y temerosos. Sus dedos todavía estaban tirando de sus mangas y tragué grueso cuando mis ojos se fijaron en sus temblores inquietos.

—Te iras —se atragantó, sujetando con fuerza el material.

Elevé mis ojos hacia ella, incrédulo y un poco cabreado.

—¿Qué mierda te haría pensar algo así? —Le pregunté, finalmente calmando sus dedos cuando cubrí su mano con la mía, liberándolos y extendiéndolos—. Dime, *por favor* —rogué aferrando su mano, buscando sus ojos frenéticamente.

Su mandíbula y sus labios temblaban, haciendo que mi pánico aumentara.

—Esa medicina fue recetada por... mi terapeuta —susurró. Cerró sus ojos y contuvo una mueca, aflojando su agarre en mi mano.

Parpadeé mirando a su forma rígida por un largo rato. Sus ojos castaños estaban asustados y alarmados cuando los abrió despacio.

—¿Entonces no estás... enferma? —Pregunté finalmente, aún recuperándome de la conmoción. Cuando negó con la cabeza, lento y comedido, por fin me

permití sentirme aliviado. La atraje hacia mí y la aplasté contra mi pecho, enterrando mi cara en su pelo—. ¡*Nunca* vuelvas a hacerme esa porquería de nuevo! Jodido Cristo, Beth, me asustaste hasta la mierda. —Traté de calmar mi voz y el pánico respirando su aroma, dejando que me tranquilizara.

—¿No estás... enojado? —Preguntó en mi pecho, todavía rígida en mi abrazo. Realmente no me importaba una mierda si tenía límites o lo-qué-jodidamente-fuera. Yo aún estaba conmocionado por el alivio de saber que no iba a morir en un futuro muy próximo. Ella siempre me volvía tan malditamente irracional.

Enterré mi nariz más profundamente en su cabello, negando mi cabeza con honestidad, sabiendo que tendríamos que discutirlo pero sintiéndome demasiado exhausto ahora como para gastar la energía necesaria. La besé en la cabeza y me aparté, deseando que pudiéramos saltarnos toda esta mierda y solo ser felices, como en la cena cuando ella se echó a reír. Sus ojos seguían cautos y desconcertados cuando desapareció en el cuarto de baño para ir a la cama.

La seguí, ya había desempacado mis pijamas y apenas me tomé el tiempo para lavarme los dientes antes que estuviera saliendo del baño. Ninguno de los dos se movió para cerrar la puerta mientras nos metíamos bajo las sábanas, con avidez abrazándonos en nuestra pose familiar. Me aferré a su suavidad y calidez, anhelando desvanecer todas las partículas y piezas de ropa entre nosotros. Quería sentir su calor y pulso contra mi piel para tener un recordatorio constante que las palabras de mi madre eran solo una posibilidad ficticia y causada por locura pasajera, y que nunca tendría que vivir su dolor. El tarareo suave de Beth me hizo dormir en cuestión de minutos, la suave luz que se derramaba sobre nosotros desde el pasillo fue un consuelo más que un estorbo.

El sábado fue mi día, pero el domingo fue el de Beth. Ella estaba sentada a mi lado en el sofá de cuero mientras mordisqueaba un sándwich. Yo me había tragado el mío desvergonzadamente como un hijo de puta *Neanderthal*. Cómo ella no se sentía completamente asqueada por mi actuación era algo que nunca comprendería, pero allí estaba, con puras jodidas sonrisas y movimientos sutiles para acercarse a mí. Interiormente puse mis ojos en blanco por su sigilo fracasado, solo quería que dejara de actuar tan jodidamente aprehensiva.

Cuando había despertado y encontrado de nuevo otra comida sobre elaborada esperándome, estuve un poco molesto. Tímidamente, ella había admitido que había pasado hambre y simplemente no le gustaba la idea de hacer la comida solo para sí misma. Escéptico pero contento de que hubiese hecho un esfuerzo por cumplir con mi solicitud de la mañana del día anterior, me había reunido con

ella finalmente en el sofá para comer.

—Lo peor es el yoga —continuó con una expresión amarga que me hizo reír entre dientes con pereza. Me había estado explicando su horario durante la última hora. Antes de eso, había explicado la terapia y la medicación con más detalle. Nuestras trece horas de sueño la habían vuelto ansiosa e inusualmente abierta. O tal vez había sido solo su honesta liberación de la cena la noche anterior, no estuve seguro.

Ella trató que hablara más sobre *Chicago*, pero yo quería pasar un día sin tener que pensar o hablar de ello. Joder, era demasiado agotador emocionalmente. Después de habérselo dicho, le pedí que en cambio me hablara de *su* verano. Y por supuesto, de la terapia. No estaba emocionado sobre el concepto de Beth divulgando todo sobre nosotros a un completo desconocido. Me hizo sentir incomodo y preocupado cuando admitió que yo había sido nombrado en más de una ocasión. Además no estaba emocionado con la idea de ella boxeando con alguien que podría golpear sus bonitos dientes.

Pero me tragué esa mierda y estampé una sonrisa, porque yo *estaba* muy emocionado sobre el destello de logro y orgullo que había en sus ojos cuando hablaba de ello. Me repetí a mí mismo una y otra vez que eso era lo único que importaba.

—Yoga. —Apreté los labios y aparté mi cabello lejos de mis ojos—. ¿No es donde te vuelves toda flexible y mierda, que tienen esos nombres extraños, como "Joroba de Zebra" o algo así? —Le pregunté, sonriendo. Su risilla fue como un sople de aire fresco, y me deleité con ello descaradamente cuando echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó.

—Esa misma. —Asintió con una sonrisa irónica—. Aunque fue sumamente recomendado por Sarah, así que... —dejó de hablar con un encogimiento de hombros, suspirando. Había nombrado a esta mujer, Sarah, más en las últimas dos horas que a Beatrice y Daphne combinadas. Sentí envidia de que aquella desconocida probablemente supiera más de ella que yo.

Vislumbré la insidiosa proximidad de Beth y suspiré, exasperado con su tímida mierda. Sin pensarlo mucho, me acerqué más, sus ojos vigilantes cuando nuestras partes se encontraron. Probablemente debería haber sido un poco más cuidadoso al hundirme más cerca, pero finalmente me decidí, *a la mierda*, y descansé mi cabeza en su hombro. Bostecé, retirando el cabello de mis ojos y estuve secretamente agradecido de que Beatrice hubiera sido insistente sobre cortármelo. Ella volvió la cabeza un poco, mirándome a la vez que lentamente se relajaba por lo repentino de mi proximidad.

Nos sentamos en silencio así durante mucho tiempo. Cogí su mano y tracé las líneas de su palma con mi dedo, como ella me había hecho el día anterior, disfrutando en general de las caricias casuales que a veces solíamos hacer sin darnos cuenta. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes que dejáramos de hacerlo. Tal vez nunca lo hiciéramos.

—¿Podemos hablar sobre el día que te fuiste, cuando nosotros...? —Dijo interrumpiendo mi reflexión silenciosa. Su voz se desvaneció al mismo tiempo que mi cuerpo se ponía rígido.

Cerré fuertemente los ojos, sin saber si estaba listo para comenzar siquiera a pensar en ello, y mucho menos a hablar sobre ello.

—¿De verdad tenemos que hacerlo? —Pregunté, rogando e inclinando mi cabeza para mirarla.

Frunció el ceño y miró hacia otro lado, mordiéndose el labio antes de contestar.

—Parece bastante importante, ¿no lo crees? —Sus ojos se clavaron en los míos, estaban tan ansiosos como probablemente yo me sentía y apreté mis dientes. Decidí que era posible que lo necesitara más que yo. Como ella siempre había sido tan insegura y nerviosa, me imaginé que todo ese día probablemente destruyó todo lo bueno que yo había hecho alguna vez por su confianza y todo lo demás.

Me alejé de ella y rápidamente solté todo lo que ya sabía que nunca sería suficiente.

—No quise decir ninguna de esa mierda, solo estaba un poco... loco y fuera de mí. La tomé contigo como un imbécil y luego... —me detuve al recordar su palma golpeando mi cara y suspiré—, me merecía lo que hiciste y más.

—Nadie merece eso, Maddox —se opuso con voz afligida, negando con la cabeza y con su labio aún atrapado entre sus dientes, tiró sus rodillas contra su pecho. *Genial*, suspiré, odiando verla en esa maldita posición fetal.

—¿Incluyendo a Gratton? —Forcé una sonrisa, intentando aligerar la mierda, pero no funcionó.

Ella movió sus ojos hacia el suelo y tragó saliva.

—Te forcé a que me hicieras el amor.

Mi mandíbula se apretó con incredulidad, y bufé.

—Beth, eso... *eso no* fue hacer el amor —respondí, mi voz filtrándose con disgusto porque nunca le había dado una base adecuada para que comparara. Ese día era todo lo que ella conocía, y... ni siquiera podía recordar haber tratado a la basura de Stanley tan atrocemente. Mi pecho dolió cuando las imágenes

inundaron mi cabeza, de forma espontánea. Mis dedos en su carne, empujando y lacerando. Me estremecí por el recuerdo y desvié mi mirada, incapaz de verla a los ojos. Estaba amargado por sacar el tema cuando las cosas habían sido tan agradables. Beth suspiró.

—La semántica no es importante. Fue mi culpa.

Negué con la cabeza, riendo sin humor a la vez que evitaba su mirada.

—Se necesitan dos.

Y así pasamos la siguiente hora, yendo y viniendo, peleando como perros ansiosos sobre quién tenía la culpa. Ella se culpó a sí misma por perder el control, pero también lo hice yo. Se culpaba por victimizarme, y yo me culpaba por victimizarla a ella. Se culpó a sí misma por ser emocionalmente impredecible, y yo me culpé a mí mismo por ser un completo y jodido loco.

—Pero, Maddox —resopló, su cara enrojecida y exasperada—. Yo *sabía* lo que estaba haciendo. Fue manipulación clásica —casi gritó, toda nerviosa por nuestro acalorado intercambio.

Negué con la cabeza, rechinando los dientes.

—Y yo *sabía* que me estabas manipulando, Beth. Joder —gruñí en frustración—. Dame un poco de crédito.

—Sabía que te arrepentirías —continuó, ignorando mi lógica. Después, agregó asintiendo con la cabeza—: Solo estaba siendo egoísta.

No podía soportar oírla denigrarse tan jodidamente, así que seguí argumentando.

—Te *dejé* hacerlo y ni siquiera pude detenerme.

Ella resopló.

—Yo no quería que lo hicieras.

—Yo no quería que tú quisieras que lo hiciera —repliqué.

—Bueno, le conté a Daphne y a Sabrina todo sobre el fuego y tu madre —confesó, levantando la barbilla, sus ojos brillaron con furia.

—Le dije a mi mamá todo sobre ti y Lou —respondí sin inmutarme, encogiéndome de hombros.

—Bueno, solo fui a terapia para cabrearte —escupió, completamente frustrada. Se detuvo—, y para poder husmear en tu armario —agregó en voz baja todavía un poco malhumorada.

Confundido y un poco decepcionado por su confesión, casi me detuve y le pedí que continuara. En cambio, me froté la cara y suspiré.

—No importa —dije casi con total honestidad—. No vas a convencerme de que eres una zorra horrible, así que por favor, deja de intentarlo.

Gimió, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá. Me miró de lado por un segundo.

—Di algo malo acerca de mí —susurró.

—¿Qué? No —Me negué, horrorizado, alejándome más de ella.

—¿Por favor? —repitió.

—Realmente creo que esto es algo que necesitas hablar con tu terapeuta — dije con los ojos muy abiertos, porque eso *no podía* ser saludable.

Resopló y se sentó con la espalda recta, mirándome a los ojos.

—¿No lo ves, Maddox? Me has puesto sobre un pedestal y yo no soy perfecta. —Levantó la barbilla, sacando su pecho con confianza—. Dilo. Yo no soy perfecta.

Apartando la mirada, negué con la cabeza.

—No.

Molesta, resopló de nuevo.

—Tiene que haber algo sobre mí que... te cabreé hasta el infinito. —Cuando no pude contestar, dejó escapar un suspiro de derrota. A decir verdad, el hecho que se denigrara a sí misma me cabreaba hasta el infinito, pero antes que pudiera decirlo, la miré a los ojos y supe que no sería suficiente. Sus ojos se cerraron y torció sus labios en una mueca mientras continuaba—: Hacer honor a tu interpretación distorsionada de mí es... es demasiada presión, Maddox. —Abrió los ojos, triste y suplicante.

Joder, me quejé y me hundí en el cuero, luchando contra el impulso de patear mis pies como un petulante niño de dos años de edad.

—Bien —le respondí secamente, pellizcando el puente de mi nariz y cerrando los ojos. Busqué algo sobre Beth que me molestara y me frustrara que no estuviera relacionado con su propia interpretación distorsionada de sí misma, porque lo vería como hacer trampa. A decir verdad, me costó mucho encontrar algo y mis ojos se abrieron. Miré hacia el frente, preguntándome cómo era eso posible. Incluso Beatrice y Albin se enfadaban entre sí, estaba seguro de ello. Y sin importar lo difícil que me resultara, podría incluso recordar que mi mamá y papá discutían cuando era pequeño.

Beth estaba esperando, lamiéndose los labios con anticipación mientras yo luchaba por encontrarle un defecto. Ella tenía razón. Nadie es perfecto. Entrecerré los ojos inspeccionando su cara, repitiendo los últimos diez meses lo mejor que pude, y finalmente lo conseguí.

—Eres —comencé y me animó con un brillo entusiasta a sus ojos—. A veces, quiero decir, puedes ser un poco... —me callé, preocupado por herir sus

sentimientos, pero su asentimiento de persuasión me impulsó a la vez que respiraba agitado—. Irrazonable. —Ya está. Lo dije. Beth era irrazonable. Me preparé para una especie de amargura, pero en cambio, sonrió y asintió con la cabeza. Animado, agregué—: ¿Incluso, irracional? —Y me encogí de hombros.

Levantó las manos en el aire.

—Lo sé, ¿verdad? —Se echó a reír, un sonido de profunda liberación—. Estoy totalmente loca, ¡lo juro! —La miré mientras reía y soltaba un bufido hasta que después de un buen rato consiguió controlarse—. Gracias —dijo finalmente, pareciendo aliviada a la vez que otra picara risa escapaba de sus labios.

Apreté los labios cuando la observé y de pronto, tuve curiosidad.

—Ahora yo —le pedí.

—¿Eh? —Preguntó mirándome a los ojos. Su sonrisa vacilante.

—Ahora yo —repetí, poniendo mis ojos en blanco—. Tengo mi propio pedestal aquí. Bájame.

Palideció, sus ojos cada vez más amplios.

—¿Por qué? De ninguna manera —insistió—. Ya te llamé imbécil, ¿eso no cuenta?

Entrecerré los ojos.

—No. Eso es jodidamente injusto. Yo te mostré lo mío, es tu turno —insistí antes de agregar de manera significativa—: Deja de ser tan *irrazonable*.

Tragó saliva, nerviosa, retorciéndose las manos, y esperé. Metió su labio inferior entre sus dientes, mordiéndolo y aparentando estar en profunda concentración. Ahora que entendía su comportamiento anterior, me incliné hacia delante en previsión, curioso y ansioso. *Somos una pareja bien jodida*, pensé jovial, divirtiéndonos al insultarnos el uno al otro. Su Sarah tendría un día de fiesta...

De repente, se agitó, volviéndose hacia mí con una expresión vacilante.

—Tengo uno —declaró, y asentí con entusiasmo, frunciendo la frente en absorción. Se aclaró la garganta y dijo—: Eres demasiado duro contigo mismo y...

—No cuenta —interrumpí con brusquedad, recordando cómo pude haber usado la misma excusa.

Se encontró con mi mirada y frunció el ceño.

—No me dejaste terminar. —Con otro suspiro, continuó—: Piensas que no eres merecedor de ciertas cosas, por lo que te privas a ti mismo de ello y a veces... terminas hiriendo mi... los sentimientos de las otras personas —

terminó, descansando sus manos sobre su regazo.

Pude sentir el pliegue entre mi frente profundizarse mientras fruncía el ceño.

—¿Cómo así? —Le pregunté.

Se removió incómoda, desviando la mirada hacia sus manos sobre su regazo.

—Ya sabes, como con la comida de ayer —susurró, mirándome a través del grosor de sus pestañas. Por mi expresión todavía confusa, explicó—: No creías que te la merecías, ¿verdad? ¿A pesar que la querías? —Asentí con la cabeza con honestidad, recordando lo mal que me había sentido porque ella había pasado tanto tiempo haciéndome el desayuno—. Bueno, no era tu intención, pero yo puse mucho esfuerzo en ello, y lo único que escuché fue que tú no querías eso —finalizó, su cara en un curioso tono de rojo cuando tragó saliva.

—Oh. —Apreté los labios y asentí en entendimiento, a pesar que ya lo había comprendido para ese momento. La conocía mucho más de lo que ella creía. Le sonreí, pero negó con la cabeza.

—Se aplica a *otras* cosas, Maddox —agregó, alzando las cejas significativamente y volviéndose más roja. Sintiendo como si me estuviese perdiendo de algún significado críptico, esperé una explicación más detallada. Gimió, colgando su cabeza hacia atrás de sus hombros y cerrando los ojos—. *Otras... cosas específicas de pareja* —aclaró en un susurro tenso. Cuando finalmente abrió los ojos, solo podía imaginar la expresión que yo llevaba, plana, incrédula, jodida... confundida, o algo así de aproximado.

—Como el sexo... —evadí rotundamente. Solo había estado en casa durante dos días y ni siquiera sabía si ella seguía siendo mía. Empecé a preguntarme si esta cuestión decidiría el destino de eso, y no me gustó ni un poco. Podía sentirme alejándome y cerrándome a mí mismo ante la idea de ello.

—¡No! —Sacudió la cabeza con vehemencia, con el cabello volando alrededor de su cara—. No me importa el sexo, lo prometo. Si tú no lo quieres, es... sin sentido y medio vacío. Ni siquiera vale la pena en verdad discutir sobre ello —*Ouch*— si piensas en ello. Me refiero a las cosas más simples... —Estaba tensa de nuevo, ansiosa y tirando de las mangas mientras terminaba y me miró expresivamente. Igual que la noche anterior. Se lamió los labios, desviando su mirada de la mía y sonrojándose aún más antes de soltar abruptamente—: es un poco confuso.

—Sí —concordé con fervor, y luego frustrado, le pregunté—: ¿puedo ampliar mi anterior elección de defecto? Porque tus señales contradictorias de verdad están superando todo lo demás. —Rastrillé mis dedos por mi cabello y sacudí la cabeza con fastidio. Primero me hace rogarle y arrastrarme solo para conseguir

que me hablara, me dice que soy un imbécil, y básicamente me dice que estoy jodido. Ahora, ella está casi diciendo que me ama y pidiéndome que la bese. Contradictorio no empezaba a describirlo.

Haciendo una mueca, asintió con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Estoy loca, ¿recuerdas? —Espetó, señalando su pecho y dejándose caer de nuevo en el sofá con un chillido suave.

Mi cara se hundió a la vez que inclinaba mi cabeza contra el sofá y la miraba jugar con las puntas de su cabello y entrecerrar sus ojos, concentrada. La forma en que rascó su cabeza traicionó la perplejidad con la que se perdía en sus pensamientos.

—Hey —dije en voz baja, interrumpiendo su concentración y su mirada se encontró con la mía de nuevo. Llevé la mano a su mejilla, apartando su pelo—. No creo que estés loca. Y puede que no seas perfecta, pero eres perfecta para *mí*. —Tentativamente bajé mi dedo a su cuello, tragando nerviosamente a la vez que lo deslizaba por la suavidad de su carne. Me miró a los ojos con curiosidad cuando mi dedo cayó por debajo de su cuello, explorando justo debajo de él y encontrando lo que buscaba con relativa facilidad. No pude reprimir mi sonrisa de comemierda cuando jalé la cadena, sacando el collar del algodón oscuro de su suéter. Debía admitir que había estado buscándolo durante los últimos dos días, pero ella siempre lo había mantenido oculto. No tenía manera de saber si aún lo llevaba. En realidad era toda la prueba que necesitaba. Todo lo demás que sucedió en los dos últimos días fue solo la guinda de mi pastel de validación.

—¿Qué? —Sonrió confusa, vislumbrando la medalla de caballo que le había dado para el Día de San Valentín. Levantó la mano, acariciándola suavemente mientras entendedora aseguraba—: Nunca me la quito —y bateó sus pestañas un poco, pareciendo intencionalmente avergonzada.

Con mi confianza en aumento, me acerqué más liberando la cadena alrededor de su cuello. Moviendo mi mano a su mejilla, le eche un vistazo a la plenitud de sus labios, en suplicante silencio. Sus ojos se volvieron pesados y acristalados mientras me imitaba, nuestras caras acercándose el uno al otro hasta que nuestras narices estaban rozándose. Saboreé su caliente aliento contra mi piel al inclinar mi cara más cerca, finalmente tocando con mis labios los suyos. Era algo tan propio de nosotros que tuviéramos nuestro primer beso desde mi regreso de esta manera, sin fanfarria o declaraciones épicas. Solo culpando al acaparamiento y las simples verdades sobre sándwiches de carne asada y los problemas de abandono.

Mi beso fue suave y casi tan tierno como lo permitió mi emoción. Ella

suspiró, curvando los dedos alrededor de mi cuello y acercándose más. Pude sentir sus labios elevarse, reprimiendo una sonrisa a medida que mis manos se enredaban en su cabello. Me permití profundizar el beso lo suficiente para sentir la punta de nuestras lenguas surgir y apenas tocarse.

Nos alejamos al mismo tiempo, pero nos mantuvimos cerca cuando nos hundimos en el cuero. Colgué mi brazo sobre el respaldo del sofá, tocando mis labios con la punta de la lengua y sonriendo cuando ella me sonrió. Me agarró la mano que colgaba sobre su hombro, jugando con el anillo un poco más a la vez que yo olía las flores y las galletas de su cabello.

—Revisé todas tus cosas y tiré tu porno —soltó, con una brusquedad abrupta que definitivamente no estaba esperando.

Sí. Eso me detuvo. Mis ojos inconscientemente viajaron a mi mesita de noche antes de desviarse rápidamente de nuevo a los suyos. Me miró con expresión culpable, enrojecida y asintió.

—Las cartas y *todo* —susurró humilde, sugestivamente, de manera significativa.

Si hubiera habido un agujero en el medio de mi piso, me habría metido en ese hijo de puta y muerto de vergüenza. En cambio, suspiré y besé su sien, el calor arrastrándose hasta mi cuello mientras tragaba grueso.

—Mostré accidentalmente a mi madre un dibujo de ti, medio desnuda —murmuré contra su piel.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—No lo hiciste. —Asentí con la cabeza en tono de disculpa mientras ella lentamente se giraba a su cómoda posición a mi lado. Nos sentamos perfectamente quietos, ambos analizando diferentes cosas a la vez que el silencio crecía a nuestro alrededor.

Se sentía como si un enorme peso hubiera sido levantado de mis hombros, uno que ni siquiera me había dado cuenta que existía. Todavía teníamos nuestros defectos y conflictos, pero había quedado extremadamente claro que ninguno de los dos tenía intención de irse. Yo todavía era su completo lunático de mierda y ella seguía siendo mi chica.

Mi irrazonable, confusa, entrometida chica, que odia el porno.

* * *

—No, no. ¿Ves aquí? —Murmuró Darren, empujando el papel debajo de mi nariz y señalando—. Dice una cucharadita y media de bicarbonato de *sodio*. No *polvo* para hornear —cogió el papel y empezó a inspeccionarlo más de cerca mientras yo fruncía mis cejas.

Miré hacia el tazón con duda.

—¿Cuál es la diferencia? —Le pregunté con fastidio, añadiendo más mierda en el colador.

Cacao en polvo, bicarbonato de cacao, lo que sea... putas crípticas recetas de internet.

Darren se encogió de hombros, frunciendo los labios hacia el papel e inclinando la cabeza.

—¿"Batir los huevos a punto de nieve"? ¿Qué diablos se supone que significa eso? —Murmuró, finalmente encontrándose con mi mirada y arqueando una ceja —. ¿Dónde diablos encontraste esta receta? Está empezando a sonar pervertida.

Gemí y le arranqué de nuevo el papel.

—Deja de tratar de confundirme. Ya es lo suficientemente difícil. —Tomé una respiración profunda y me puse de nuevo a hacer mi trabajo, Darren me miraba con diversión desenmascarada mientras torpemente caminaba hacia la cocina para la tercera ronda de *Maddox Vs. Electrodomésticos, et al.* Ya había terminado mi horrenda carga de tarea en la noche, así que tenía tiempo suficiente para volver a intentarlo.

Tenía tantos trabajos de recuperación de mierda que hacer para la escuela que me había visto obligado a aceptar la ayuda de Beth para lograr terminarlo. Era eso o repetir un año. Albin parecía un poco preocupado de que su dinero no estuviese ayudando tanto como normalmente lo habría hecho, pero no me importaba trabajar por ello. Después de todo, yo era quien la había cagado. La semana había transcurrido como un borrón después que regresé. No fue tan raro como hubiese esperado. La escuela, a diferencia de la casa, realmente no había cambiado en lo más mínimo. Seguía acompañando a Beth a las clases, llevando sus libros cuando me lo permitía, aunque ahora no le gustaba mucho que la relajara. De todos modos, ya no lo necesitaba tanto.

—¿Cuál intento es este? —Preguntó Darren, sentado encima de la mesa y jugando con la pequeña botella de extracto de vainilla. Él vino a casa con la excusa de esperar a que Daphne y Beth regresaran a casa después de sus clases de boxeo del viernes por la noche, pero yo lo conocía mejor. Ese hijo de puta estaba disfrutando de cada segundo de esta mierda.

—El tercero —respondí con aire ausente y continué robando la despensa ridículamente surtida de azúcar en polvo. No estaba acostumbrado a ver tanta mierda en la cocina de Carli... *mi* cocina. Había cosas que no tenía esperanza que hubiera, pero por-todo-lo-sagrado, Beth tenía una botella entera de licor de cereza, puesta allí, esperándome. Era una señal, podía sentirlo. Fue oficial

cuando una búsqueda del estante superior reveló una lata de cerezas agrias: esta nueva receta era la ganadora.

—¿Y qué tipo de pastel es este? —Preguntó Darren detrás de mí.

Me volví hacia él, después de haber encontrado el azúcar.

—Bosque Negro —murmuré. Estaba tratando de ganarme a Beth para mi gran petición, pero ya no estaba seguro de si profanar su cocina para ello fuera una buena forma de lograrlo. Tenía mucho tiempo para empezar de nuevo si lo jodía antes que volvieran a casa, pero no sabía si podría limpiarlo todo.

Además, me había perdido su cumpleaños como un completo imbécil. Sabía que nunca aceptaría un verdadero regalo, y ella me había hecho un pastel para el mío. Yo estaba tratando de volver a lo de me muestras lo tuyo y te muestro lo mío. Por supuesto, hornear estaba tan fuera de mi elemento que era ridículo. Las horripilantes salpicaduras que cubrían mi camisa lo confirmaban: *debí haberle dibujado algo*.

—Me siento como un idiota —admití mirando mi camiseta.

La experiencia me estaba haciendo lo suficientemente maricon como para considerar usar unos de los delantales de mi chica. Habían grandes grumos de harina y huevos crudos y... algo que ni siquiera podía recordar el nombre cubriendo mi pecho. Estaba pegada a mis brazos de una manera grotesca e incómoda. Reflexioné sobre quitármela antes de finalmente claudicar y jalarla por encima de mi cabeza. Mientras me quitaba la camiseta, agradecido de haberme dejado mi franela sin mangas después de haberme despertado y vestido a toda prisa para ir a la escuela, tracé varios métodos de venganza contra la batidora eléctrica responsable de mi situación.

Realmente tienen que poner una advertencia en esa hija de puta...

—Te ves como un idiota. —Darren se rio, esquivando la camiseta que le tiré a la cabeza—. No puedo creer que estés usando una franela sin mangas. Tenía razón sobre que te convertirías en esos idiotas que viven en los parques de casas rodantes—continuó, aparentemente divertido consigo mismo mientras yo ignoraba la centésima referencia de "Springer" de la semana. Secretamente avergonzado, consideré explicar que me gustaba dormir con Beth... vistiendo lo menos posible... en una manera no muy sexual. Decidí que nunca lo entendería y puse mis ojos en blanco antes de continuar. Él me miró cuando empecé a medir el azúcar, frunciendo las cejas en profunda concentración. Perturbando mi total enfoque, preguntó—: De nuevo, ¿por qué no dejas que te ayude? He hecho un pastel antes.

Yo deshice la inquebrantablemente azúcar en el colador.

—Porque es... es una de esas cosas que es más especial cuando la haces por ti mismo —bufé y ponderé tentar mi suerte al quebrar otro huevo. Ya había destruido una docena.

Negó con la cabeza e inspeccionó la botella de licor.

—No sé si Beth estará de acuerdo. De hecho —suspiró y se encontró con mi mirada, estoico y sombrío—. Creo que cuando vea la cocina, probablemente utilizara toda esa mierda de Judo para golpearte. —La expresión seria en su rostro era a la vez divertida y preocupante. Quiero decir, ella haría una excepción por mí. Al menos, eso fue lo que me repetí a mí mismo cuando lamí mis labios y traté de romper otro huevo.

Dos horas, seis huevos, una discusión con Darren sobre que no podía emborracharse con el licor de cereza, y dos mezcladores dañados más tarde, yo estaba adornando la puñetera torta más jodidamente fea que hubiese visto en mi vida.

Albin había entrado una vez para ver de qué se trataba toda esa risa.

La expresión de horror en su rostro me había asustado.

—Ella va a encontrar esto ya sea bien entrañable o atroz —había dicho antes de añadir—: ¿Se lo vas a pedir hoy? —Molesto, yo había asentido y lo había visto salir, lanzando una mirada nerviosa al lío que cubría la encimera.

—¿Por qué? —Incliné mi cabeza, malhumorado mientras extendía el glaseado sobre el pastel—. ¿Por qué todo el pastel de mierda se está desmoronando así? Eso no está bien, ¿verdad? —Le pregunté, frunciendo los labios en deliberación. Supuse que hacer virutas de chocolate no tenía ningún jodido sentido.

Darren vio el cuchillo con una sonrisa siniestra.

—Amigo, *creo* que se supone que tienes que esperar a que se enfríe *antes* de glasearlo. —Entrecerré los ojos por el momento inoportuno en que me otorgaba esta información antes que el sonido lejano de la puerta del frente cerrándose me sobresaltara. Miré hacia él con ojos frenéticos, pero ya era demasiado tarde. Beth y Daphne vinieron directamente hacia la cocina, la cara de Daphne excitada y sonrojada y Beth carcajeándose.

Darren saltó del mostrador, ambos congelándonos parados en el medio de la destruida cocina: yo cubierto de masa pegajosa y él pareciendo sospechosamente culpable escondiendo rápidamente la botella de licor en su espalda.

—¿La viste...? —Beth se detuvo abruptamente, los ojos muy abiertos mientras inspeccionaba la cocina, horrorizada.

Mierda, gruñí internamente.

La sonrisa de Darren se volvió vengativa al alejarse de mí.

—Todo es culpa de Maddox —espetó, con el dedo apuntando a mi ansioso rostro. Entrecerré los ojos cuando articuló: "*La venganza es una perra*", y se acercó a Daphne. Se encogió de hombros con indiferencia y colgó su brazo alrededor de sus hombros—, yo traté de ayudar.

Pendejo.

Enderezándome, me volví hacia Beth yforcé una sonrisa.

—Es un pastel de cumpleaños —le expliqué extendiendo mi mano a modo de introducción. Mis dientes rechinaron ante el resoplido delicado de Daphne al observar la horrible masa de color marrón oscuro. Beth frunció el ceño y lanzó sus ojos hacia atrás y adelante entre mí y la atrocidad de pastel. No llevaba su capucha, pero en su lugar, vestía una camisa ajustada que probablemente estaba destinada a ser adecuada para su clase de boxeo. Su cabello estaba atado en una cola de caballo que colgaba sobre un hombro mientras se quedaba boquiabierta. Afortunadamente, todos los dientes parecían estar presentes y completos.

—Nunca me hiciste un pastel —intervino Daphne, para el desconcierto de Darren, e hizo un puchero. Él me miró furioso.

—¿Tú... horneaste un... pastel? —Preguntó Beth, como si tratara de hacer que las palabras tomaran forma y estuviese imposibilitada para hacerlo.

Tragando, asentí y esperé su juicio mientras miraba hacia atrás y adelante con una expresión en blanco. *Entrañable. Atroz. Entrañable. Atroz.* Su labio tembló una vez, dos veces, y luego se transformó en una sonrisa incrédulamente brillante.

Entrañablemente atroz, entonces.

Le devolví la sonrisa de alivio cuando lentamente se acercó a mí a través de la cocina.

—Es posible que necesitemos una nueva mezcladora —informé, apartando el cabello, que aún no había sido cortado, de mis ojos y sonreí ampliamente, decidiendo que sería provechoso explorar toda esta entrañable mierda.

Se detuvo en la encimera, su sonrisa vaciló momentáneamente cuando la vi bloquear su mandíbula antes de poner sus ojos en blanco.

—No importa. —Se rio y se inclinó sobre el pastel para inspeccionarlo. Me encontré con la mirada incrédula de Darren y murmuré: "*Entrañable*", burlonamente.

Él chasqueó la lengua y sacó a una decepcionada Daphne de la cocina.

Beth seguía sonriendo e incluso sonrojándose un poco cuando hundió su dedo en glaseado.

—Sabes, siempre te imaginé como alguien que usaría una caja de mezcla — murmuró, levantando su dedo a su boca y lamiéndolo. Mis ojos estuvieron fijos en el gesto, viéndolo desaparecer entre sus labios.

Abajo, chico.

Mi expresión confusa debió haber sido evidente cuando descansó con los codos sobre el mostrador.

—Ya sabes, las cajas de mezclas prefabricadas —explicó, encogiéndose de hombros.

—¿Hay cajas con mezclas prefabricadas?

Sonriendo tristemente, asintió hasta que sus ojos se desplazaron por toda mi apariencia, ensanchándose. Hice una mueca cuando inspeccioné mi pecho, recordando cómo la segunda mezcladora había sido aún más violenta que la primera.

—Tú... tú tienes un poco de algo... —Se interrumpió, su mano haciendo una pausa con incertidumbre mientras cogía mi barbilla, deslizando su pulgar sobre la piel e inspeccionándola inexpresivamente.

—La mezcladora ganó la batalla, pero confía en mí —arqueé una ceja a la defensiva—, yo gané la guerra. —Hice un gesto hacia el aparato ahora destrozado que yacía impotente al lado de la basura y sonreí. Con una respiración brusca, me volví hacia ella, listo para cortar por lo sano antes que se diera cuenta que realmente había destruido dos mezcladores, aunque, en mi defensa, la primera había sido totalmente accidental.

Cuando me encontré con su mirada me estaba observando con la misma expresión en blanco. Me preocupé, comprendiendo que podría ser que mi chica tuviera algún tipo de apego anormal a los aparatos eléctricos.

—¿Qué pasó? —Pregunté y oré por no haber destruido uno de sus favoritos o algo así.

Siguió parpadeando y mirando antes de dar un paso hacia mí y responder con una voz extrañamente tensa.

—Maddox, estás... estás *cubierto* de chocolate. En... la cocina, usando... — Sin poder continuar, se detuvo con los labios entreabiertos, su mirada cada vez más intensa de una manera que comprendí.

Había pasado casi una semana desde el beso en el sofá, pero la incertidumbre seguía allí, flotando en el aire entre nosotros como un cáncer. Nos robábamos besos inocentes mientras pasábamos por el pasillo, cada vez que alguien salía de la habitación, y antes de ir a la cama, pero no era realmente lo mismo. Pensé que ambos estábamos probablemente cagados de miedo de desatar toda la fuerza de

nuestro deseo como la última vez. Era por eso que quería ganármela y finalmente pedirle lo que Albin había estado sugiriendo desde hace días... con una molesta frecuencia.

No podía estar seguro de si era por la imagen de yo cocinando o por verme cubierto de chocolate, pero... *claramente* se excitó con ello. Su cabeza se inclinó infinitesimalmente, sus ojos se centraron en mis labios mientras preocupadamente tiraba de su cola de caballo. Murmuró algo que juré sonaba como "*sucio*", antes de encontrar mi mirada de nuevo, soltando su cabello.

Como imanes hormonales adolescentes, los dos estuvimos de pie paralizados en un segundo y chocando en el siguiente. Ansiosamente aplasté mis labios en los suyos, tirando de su cintura hacia mí a la vez que ella apretaba los puños en mi camisa y me atraía más cerca. Nuestros labios se abrieron en el mismo segundo, presionando con valentía nuestras lenguas juntas y lanzándonos dentro y fuera de la boca del otro, por primera vez en meses. Creo que fue el beso menos agraciado que he experimentado en mi vida; nuestros dientes y nariz se golpeaban mientras ella se tambaleaba hacia atrás, tirando con las manos y la boca antes de golpear en la encimera. Se levantó a sí misma sin romper el beso, ahora estando nivelada con mi altura y acercándose más a la vez que ambos temblábamos de excitación.

Me permití cinco segundos para sentir su lengua contra la mía, nuestra respiración irregular y desigual antes de alejarme, jadeando.

—Demasiado —jadeé, moviendo la cabeza y enterrando mi cabeza en su hombro. Este fue nuestro verdadero problema desde el principio. Seguíamos embotellado la mierda hasta que estallaba en una maraña volátil de lenguas y emoción. Nos volvía impredecibles y temerarios. Sus manos acariciaron mi cabello suavemente mientras yo luchaba por calmar mi furiosa... todo, mis brazos abrazando su cintura a mí con fuerza. Me besó en el cuello, una disculpa silenciosa que realmente no era necesaria, y eventualmente me devolvió el abrazo con un suspiro.

Finalmente dispuesto a admitir cuando necesitaba ayuda manejando la delicadeza de nuestra situación, levanté la cabeza. Ella había llegado muy lejos y lo había hecho tan bien. Estaba cansado de ser excluido, y también, quería saber cómo hacer las cosas bien, cómo estar con ella, y en verdad solo una persona me lo podía decir.

Como había estado ocurriendo con frecuencia en los últimos tiempos, comencé a considerar su progreso en la terapia y una vez más no me gustó cómo quise excluirme voluntariamente a mí mismo de ello. Incluso Albin y ella tenían

la suficientemente confianza para hablar sobre ello y sin embargo yo había sido solo mínimamente comprensivo con ello. Me molestaba más de lo que quería admitir no poder ser lo suficientemente bueno para estimularla activamente. Obviamente, era algo de lo que ella se sentía orgullosa. Quería confiar en que ella no pasaría al siguiente hijo de puta una vez que estuviese lo suficientemente bien. Y tal vez si yo pudiese demostrarle esa confianza, me ganaría la suya de nuevo al final.

Encontrando su mirada de disculpa, cerré mi mandíbula y pronuncié la petición que me había atormentado durante días:

—Quiero conocer a Sarah.

Capítulo 46: Sandies Reservadas.

Beth

Los sonidos de una tonada de Darren sin sentido y calmante flotaban por el vestíbulo de la oficina de la doctora Sarah. Era bastante temprano, los rayos del sol todavía brillaban intensamente a través de la gran ventana al lado de la entrada. Me froté los ojos con las mangas de mi sudadera e hice una mueca, mi pierna subiendo y bajando. La espera era insoportable. Me esforcé para escuchar algo, anhelando la visión de rayos x, o algún tipo de audición sobrehumana, pero no obtuve nada. Ni un murmullo o voz ahogada. Solo la tonada genérica de Darren.

Me sentía atrapada en el interior del pronóstico local del *Canal del Tiempo*.

Tiré de mis mangas y lancé mi cabeza hacia atrás, mi inquietud parecía molestar a la rubia recepcionista. *Qué se joda*. Ella pasaba demasiado tiempo leyendo revistas del corazón. Las sillas de plástico, curvas y modernas y diseñadas para la comodidad hacían que mis huesos dolieran. Mis ojos estaban fijos en el pomo de la puerta, deseando que se abriera y que Maddox emergiera, sonriendo.

La doctora Sarah no me había dejado unirme a ellos cuando Maddox y yo llegamos en la mañana. De hecho, yo había entrado a su oficina y me había sentado en el sofá al lado de él, esperando estar presente durante su discusión. Pero la doctora Sarah había entrado y rápidamente me había echado. Alguna mierda sobre "la honestidad es más fácil entre dos" y "tres son multitud".

Había estado bastante molesta por su despido, mirando a Maddox por ayuda, pero en su lugar, me encontré con que él solo lo había... aceptado.

Tal vez su plan siempre había sido hablar a solas con ella.

No pude localizar el origen de mi ansiedad durante la reunión. Estaba preocupada sobre que a Maddox no le gustase Sarah, de este miedo estaba segura. No había nada que quisiera más que su total apoyo, y eso en el mayor de los casos ya era frágil. Sentía como si su conversación de esta mañana moldearía su impresión de la terapia en general. Yo tenía más razones además de mí persona para tener la esperanza de que él saliera de allí con una opinión positiva.

Al mismo tiempo, quería que a Sarah le gustara Maddox. Temía que ella fuera a ver algo en él que la obligara a desalentar nuestra relación. Durante la semana pasada, ella había ofrecido más consejo de relaciones de los que a veces podría

soportar. Ella quería que yo, "Me relajara y dejara que sucediera", y que "Descubriera lo que él está buscando antes de lanzarme al vacío". (Ella había guiñado un ojo con eso). Quería que nosotros "construyéramos el tipo de confianza y comodidad que nos hiciera admitir cosas asquerosas y horribles", y "Buscáramos el «número uno» antes que yo permitiera que el «número dos» nos convirtiera en «tres»". *Lo que sea que se suponga que signifique eso*. Ella quería que aprendiéramos de nuestras "Muchas, muchas, *muchas*, meteduras de pata durante nuestro tiempo nadando en el río del «Nilo»" y utilizáramos esa sabiduría para "«Obtener» lo que una relación está realmente a destinada a ser". Ella quería que yo "estuviese abierta, incluso si eso me hacía quedar como una chica idiota y ñoña" y le diera a él el tiempo para "Ajustarse a la vida Lane, y la sobrecarga de estrógeno una vez que la testosterona llenara su hogar".

Ella quería que yo fuera "paciente".

A la mierda con la paciencia, pensé con amargura.

La paciencia era obviamente necesaria, pero vivir con Maddox no era tan glamoroso como yo soñé una vez. Había un muro invisible que nos separaba que solo se dejaba caer en privado, e incluso entonces, solo caía en forma parcial. Me pregunté cuánto tiempo estaría obligada a golpearla antes que la pared finalmente cayera y pudiésemos ser «nosotros» de nuevo. No podía decidir siquiera quién era el responsable de su presencia. Probablemente yo todavía estaba un poco escéptica sobre la profundidad del compromiso de Maddox, pero él tenía sus propias reservas, cualesquiera que fueran. ¿Qué malo era que yo solo quisiera que todo fuera perfecto, por una vez? Archivé esta pregunta para una discusión posterior con Sarah o Albin, o incluso Maddox si el momento era adecuado.

Esta última semana había sido incómoda, por decir lo mínimo. Maddox y yo habíamos hecho una pausa en nuestra reconexión por su regreso a la escuela. Él había sido saturado con todas las tareas de recuperación y había accedido a dejarme ayudar, pero solo después de una discusión *muy* larga. Por lo tanto, nos despertábamos, nos vestíamos en dormitorios separados, bajábamos y comíamos con Daphne, Beatrice y Albin, y yo iba a la escuela con Daphne mientras él recogía a Darren. Cuando llegábamos, Daphne y yo nos separábamos mientras Maddox me acompañaba a clase. En su mayoría había sido como antes, con pequeñas diferencias.

La primera mañana de vuelta, había decidido que no quería su zumbido eléctrico calmándome mientras entrábamos a la escuela. Él había parecido un poco herido cuando lo aparté por primera vez, pero no podía permitirlo. No

había querido que él creyera que su toque era mi motivación para estar a su lado. Caminaba con Maddox porque *disfrutaba* de su compañía, no porque *necesitaba* su efecto calmante.

Había sido difícil negarme a mí misma y sacrificar lo que fácilmente podría haber hecho cada experiencia placentera, pero lo había hecho. Maddox había estado preocupado por mi recuperación. Él había temido que eso haría que mi deseo por él se disipara porque ya no lo necesitaba. Si yo pudiera demostrarle que no lo necesitaba ahora, entonces tal vez él entendería que yo estaba a su lado porque era amable, comprensivo, divertido, hermoso y leal, y las sensaciones de sus dedos contra mi carne eran solo una de las razones en una larga lista de lo que hacía mi deseo por Maddox tan permanente. Cuando le había dicho lo mucho que había significado para mí hacerlo por mi cuenta, él medio lo había entendido, y eso se había mostrado en su pequeña sonrisa de aliento. Pero yo sabía que le molestaba, y a su vez, eso me molestaba.

Con todo, nuestras interacciones se habían vuelto benignas... lo cual no era necesariamente algo malo. No era como si la conexión se hubiera atenuado. Solo estaba siendo... *controlada*.

Bueno... hasta el viernes, sonreí ausentemente, recordando lo que había ocurrido después de mi clase de boxeo con Daphne.

La forma en que lo había atacado fue realmente imperdonable. La deliciosa mancha de pasta marrón justo debajo de su mandíbula estaba rogando por atención, y mi lengua había anhelado otorgársela. Él me encontró a mitad de camino cuando volé contra su cuerpo, envolviendo sus dedos alrededor de mi cintura y atrayéndome más cerca a la vez que nuestros labios se encontraban. Estaba rezando cuando separé mis labios para que él *realmente* me besara por una vez, y fui recompensada en su totalidad cuando su lengua se hundió en mi boca. Cada bocanada de aire escapó de mis pulmones, mis ojos rodaron hacia atrás, mis rodillas se debilitaron, los pájaros cantaban, las nubes se abrieron, la melodía lejana de «aleluya» podía escucharse... toda esa basura cliché que básicamente significaba, *tu lengua sacude mi bendito mundo*.

Maddox con franelilla + masa de pastel x (boxeo + endorfinas) = cachonda Beth.

Es una ecuación básica.

Pero había sido demasiado. El chorrillo había pasado de ser un goteo a una precipitante cascada en cuestión de segundos, y no habíamos estado preparados para la intensidad del mismo. A decir verdad, probablemente me lo habría cogido sobre la encimera de la cocina, y esto solo sirvió para demostrar lo

irracional que era mi estado de ánimo.

Todavía no estábamos listos para ello. Incluso una completa idiota como yo podría ver eso. Él acababa de renunciar a su madre, perdiendo el único lazo de sangre que tenía en este mundo, y yo apenas comenzaba a luchar en contra de mi condición y a aceptar lo muy lento y dificultoso que podría ser. Maddox y yo éramos frágiles y delicados. Podría haberme tomado mucho tiempo, pero finalmente estaba comenzando a apreciar la responsabilidad de nuestras numerosas cargas. Tenía que darles la atención y el respeto que se merecían si quería mejorar por fin.

Con este pensamiento, mi estado de ánimo se hundió increíblemente, y fruncí el ceño a mis desgastados puños. La evidencia del último año en *Forks* se notaba en el deshilachado de su tela oscura. Fruncí mis cejas cuando la inspeccioné y reflexioné sobre comprar una nueva, pero eso no sentía correcto.

Antes que pudiera dejar que mi mente divagara lo suficiente como para distraerme por completo, escuché un ruido curioso surgiendo de su oficina. Mi columna se enderezó. Era como... un murmullo ahogado en una voz profunda. Definitivamente Maddox. Me deslicé furtivamente de mi silla a la puerta, con los ojos fijos en la recepcionista que estaba absorbida por la revista. Me instalé a un par de metros de la puerta, mis oídos esforzándose en dirección a la madera oscura.

Entonces no hubo nada más que silencio.

Era francamente espeluznante. Me mordí mi labio y empecé de nuevo a rebotar el talón del pie de forma distraída. Mis ojos se mantuvieron enfocados en la perilla mientras luchaba por conseguir escuchar más. El número suave de Darren finalmente terminó, cambiando a una nueva canción con un silencio estático.

Fue entonces cuando lo escuché.

Un completamente innegable, "¿Quién *carajo* te crees que eres?", vino ondulando de la oficina en forma de la voz enfurecida de Maddox.

Me estremecí tan abruptamente que las patas de mi silla chirriaron sobre el linóleo.

La recepcionista ni siquiera pareció inmutarse mientras se lamía la punta del dedo y pasaba una página.

Yo todavía estaba procesando la nueva ocurrencia cuando la puerta se abrió de repente. Cada músculo de mi cuerpo se tensó al ver salir a Maddox, sus cejas juntas y sus fosas nasales dilatadas. Sujetaba su chaqueta en su mano, sus dedos apretándose en ella en un tembloroso puño al tiempo que sus ojos me buscaban.

Cuando su mirada furiosa aterrizó en la mía, palidecí, tragando con fuerza, pero entonces, algo en mi expresión hizo que su propia cara se suavizara mínimamente.

—¿Podemos irnos? —Me imploró, extendiendo su mano, con la palma hacia arriba, hacia mí. Estaba visiblemente tratando de controlar su ira, sus ojos fijos en los míos a la vez que sus dedos se flexionaban en el cuero.

Tomé su mano sin dudarle, y era cálida y suave cuando sus dedos se entrelazaron con los míos. Pillé los ojos de Sarah y su pequeña sonrisa al pasar por la puerta.

—¡Te veré pronto, Maddox! —Gritó tras nosotros.

Sus pasos eran apresurados y fuertes contra el piso cuando él gritó lo suficientemente alto como para hacer una escena

—¡Vete al grandísimo infierno!

* * *

Frente a mí, Maddox apoyó el codo en el respaldo del asiento de su cabina, mirando ceñudo por la ventana, sin decir palabra. Había insistido en llevarme a desayunar, aunque no podía entender por qué. Era evidente que él no estaba de humor para salir a ninguna parte.

El viaje hasta aquí desde la oficina de Sarah había sido cualquier cosa menos tranquilo. Dos autos delante de nosotros se habían cruzado sin señalización. Esto produjo una serie de improperios y furiosa diatriba de Maddox en lo que él se refirió como: "La Masacre de la Señal de Cruce de *Forks*", el querer meter varios cruces (con señas) en traseros fue mencionado con frecuencia. Entonces, cuando llegamos al restaurante, el hombre que estaba saliendo no mantuvo la puerta abierta para mí. Maddox había conseguido frenar cualquier diálogo directo con él, pero yo estaba bastante segura que si no hubiera estado presente, habría habido un *interesante* intercambio de palabras. Cuando pedimos nuestra comida, la ausencia de la necesidad de escribir nuestros pedidos de la camarera lo había molestado y resultó en su promesa de "perder seriamente su mierda si ella jodía nuestra orden".

Su actitud me estaba estresando hasta el infinito. Apreté los dientes y los labios y dejé que él resolviera sus frustraciones antes de decir algo que lo volviera peor. Y *realmente* esperaba que él estuviera luchando con resolver sus frustraciones mientras estaba allí sentado, moviendo sus dedos con su brazo colgando fuera de la cabina. Me preocupaba a veces que él no estuviera seguro de cómo hacer eso ya. Antes, fumaba un cigarrillo o se desquitaba con Austin o simplemente evitaba a las personas por completo. Él ya no tenía ninguno de esos

lujos. Ahora solo tenía que dejar que todos lo vieran y aprender a dejar ir las cosas.

El dejar ir las cosas no era el fuerte de Maddox.

Cuando nuestra comida llegó, entrecerró los ojos hacia los platos e hizo una lista mental de todo lo que habíamos pedido: Tostada francesa para mí con azúcar en polvo y un poco de tocino y jamón y huevos para él, revueltos con queso. Contuve mis deseos de poner los ojos en blanco cuando le pidió un poco lacónicamente a la camarera que nuestro dispensador de servilletas fuera relleno. Ella no pareció en absoluto molesta por su actitud y rápidamente acomodó cada petición. Razoné que probablemente lidiaba con imbéciles más a menudo de lo que desearía.

Comimos en completo silencio. No era uno sociable o cómodo, sino uno incómodo y sofocante. El aire alrededor de nosotros estaba tan cargado de su frustrada tensión que era contagiosa. Casi exploté contra la camarera cuando nos preguntó si rellenaba nuestras bebidas por cuarta vez. Eventualmente, yo había perdido mi apetito y había comenzado a pinchar mi tostada sin ningún interés.

—No tienes hambre —declaró Maddox en voz interrogante. Cuando levanté la mirada hacia él estaba mirando su plato, apuñalando su jamón con sus ojos estaban entrecerrados—. No comiste mucho anoche —acusó, dejando caer su tenedor y levantando la mirada hacia la mía.

—¿Cuánto fue lo que comí? —Le pregunté, curveando una ceja.

—La mitad de una enchilada y dos bocados de arroz —respondió de inmediato, y dio un fuerte tirón de su pajilla.

Simplemente me quedé mirándolo fijamente, mi tenedor atravesando mis dos tostadas.

—Bueno, no tenía conocimiento que alguien estaba manteniendo un registro de mi consumo de calorías —le contesté toscamente.

Puso sus ojos en blanco, arqueando un lado de la mejilla hacia arriba.

—Dijiste que te cuidarías. Joder, discúlpame por preocuparme. —Desvió la mirada hacia su plato de nuevo, sus ojos ahora imposiblemente más irritados.

Simplemente genial...

—Esto no va a funcionar —murmuré, dejando caer mi tenedor y presionando la espalda contra la cabina con un suspiro.

Él resopló mirándome por un instante.

—¿Qué no va a funcionar?

—¡Esto! —Espeté, agitando la mano hacia atrás y adelante entre nosotros. En vez de mirarme a los ojos, se giró rígidamente a la ventana a su lado, mirando

fuera de ella sin ver, los músculos de su mandíbula tensándose—. ¿Vas a decirme lo que pasó esta mañana o simplemente pasaras un período indefinido de tiempo con mal humor? —Le pregunté.

Puso los ojos en blanco de nuevo, pero no se encontró con mi mirada.

—No estoy de mal humor —respondió con brusquedad, apoyando el codo en la mesa y pasando los dedos por su cabello.

Yo simplemente esperé, mirando como los bordes de sus ojos se arrugaban cuando se entrecerraban contra el sol.

Finalmente, sus ojos recorrieron la mesa y se fijaron en los míos. Levanté las cejas con escepticismo. El ligero ablandamiento de sus facciones indicó su derrota.

—Vale —se quejó, recuperando su tenedor—. Estoy de un humor de mierda. Lo siento —admitió, lanzándome una breve, y casi arrepentida, mirada.

Aspiré profundamente, tratando de disminuir mi propia frustración porque solo alimentaría la suya.

—Está bien —le aseguré finalmente, metiendo mi cabello detrás de mí oreja.

—No, no lo está —protestó, con su rostro hundido, y empujó su plato de comida a mi lado de la mesa con un ruido metálico. Antes que pudiera preguntarle, se levantó con rigidez de la cabina y se acercó a mi lado, deslizándose junto a mí. Pasó su brazo alrededor de mi cintura y me empujó más cerca, presionando un beso rápido y duro en mi sien—. Soy un imbécil —se reprendió frunciendo el ceño a la mesa.

Apoyándome en su lado todavía rígido, le miré y consideré discutir. Por supuesto, con Maddox eso era inútil, así que en vez, decidí ir al grano.

—¿Qué sucedió? —Sabía que no era de mi incumbencia, y la oficina de Sarah era una especie de santuario verbal, pero mi curiosidad estaba royéndome sin piedad. Sabía lo que Maddox había planeado discutir con ella. Tendría que ser estúpida para no hacerlo.

Estábamos progresando en nuestra relación emocional. Todavía teníamos pequeños momentos como estos; (pequeñas peleas insignificantes que estaba segura que cada pareja tenía). Pero eran fugaces y rara vez hacían que mi confianza en nosotros vacilara. Sin embargo, había otros momentos, aparentemente insignificantes pero totalmente reveladores.

Él me salvó de tropezar con los bordillos sin dudar, como si fuera su segunda naturaleza. Siempre sabía qué libro sacar para mí en las tardes cuando todavía no estábamos lo suficientemente cansados como para ir a la cama. Él me dejaba la almohada más esponjosa, y yo *sabía* que llevaba camiseta sin mangas

porque quería estar más cerca de mí. A cambio, yo quitaba las cebollas de cada receta porque él las odiaba. Si veía su *iPod* tirado en cualquier parte, lo colocaba en su cómoda porque él siempre perdía esa maldita cosa. Pasé dos días enteros disuadiendo a Beatrice sobre remodelar la tercera planta porque sabía lo mucho que él disfrutaba de la rutina y la familiaridad. Él sabía que debía decirme que me veía bien cada vez que usaba el suéter marrón porque era bastante apretado y eso me hacía sentir cohibida. Yo sabía que a veces a él le gustaba usar su toque para aliviar mi ansiedad porque le hacía sentirse valioso, y eventualmente se lo permitía.

Estábamos sincronizados de las formas más extrañas, pero funcionaba. Cada día traía la promesa de una nueva lección, una nueva pieza de conocimiento acerca del otro, la cual añadíamos a nuestro creciente arsenal. Como pareja, Maddox y yo éramos una certeza. No hacía falta decirlo. Nuestro amor podría solo crecer con el tiempo. Era definitivo. Nuestra relación emocional era muy parecida a la planificación de una elaborada cena italiana: podríamos pasar nuestra mañana arruinando lote tras lote de pasta, pero cuando llegaran las seis de la tarde, lo tendríamos listo, porque lo empezáramos una y otra vez hasta que lo hiciéramos bien.

Sin embargo... nuestra relación *física*...

Su mandíbula se tensó cuando evadió mis ojos, mirando sus huevos y pinchándolos con un diente de su tenedor. Las curvas de sus labios estaban apretadas en una línea fina, y el cabello que enmarcaba su rostro acentuaba las sombras de su ceño fruncido.

Su negativa a responder, mezclado con su estado de ánimo era desalentador, y pude sentir mi propia cara hundirse.

—¿Es tan malo? —Le pregunté, mirando hacia mi regazo y manoseando los extremos pelados de mis mangas.

Obviamente, mi condición era un enorme obstáculo, para ambos. No debería molestarme dado que había llegado a un acuerdo con mis limitaciones físicas antes de siquiera saber que Maddox estaba regresando a mí. Sin embargo, sí me molestaba. Nuestra previa irresponsabilidad con respecto a nuestra relación sexual había sido una estupidez, pero innegablemente satisfactorio... a pesar de nuestras fallas. Pero me negaba a ser imprudente de nuevo. Si la doctora Sarah desalentaba una relación sexual, seguiría su consejo.

Maldita sea el infierno...

—No comiences con esa jodida mierda, Beth. Ahora no —rogó él con voz frustrada, sus dedos deslizándose a través del lío de su cabello. Cerró los ojos y

apretó los dientes—. Te culpas por puñeteramente *todo*, pero confía en mí —Se rio con amargura, sacudiendo la cabeza—. Esta es *toda* mi culpa. —Su garganta se sacudió con un trago rápido y se apartó de mí, entrecerrando los ojos a nada en particular.

—¿Qué? —Pregunté, confusa.

Se aclaró la garganta, pasando de un lado un poco y apoyando el codo sobre la mesa.

—Soy yo, no tú. —repitió, con una exhalación fuerte. Su mirada se volvió evasiva y ansiosa mientras el silencio avanzaba. Cuando finalmente captó mi expresión desconcertada, resopló, poniendo los ojos en blanco—. Ella dijo que estás bien, ¿vale? Dijo que... —Hizo una pausa, moviéndose incómodo de nuevo, antes de susurrar—: que hacer que te... *excitaras* o *lo-que-carajo-sea*... era como, una especie de carrera de obstáculos en tu caso o algo así. —Un sonrojo profundo se deslizó hasta mis mejillas cuando terminó—: Si tomamos las cosas con calma y... seguimos su consejo, tú podrás... —se detuvo, agitando la mano sugestivamente, aunque un poco hostil.

Yo estaba un poco aturdida.

Y mareada.

E irónicamente... excitada.

—¿De verdad? —Chillé, mi columna enderezándose cuando me giré hacia él.

La visión de mi repentino placer pareció hacer que sus ojos brillaran un poco, pero no pasó mucho tiempo para que se atenuaran de nuevo. Miró hacia adelante con una expresión en blanco.

—Sin embargo, dijo que aún hay un montón de mierda que quiere cubrir contigo.

—¿Cómo qué? —Le pregunté, mi entusiasmo solo vaciló infinitesimalmente.

Hinchando las mejillas, lanzó un suspiro agudo y se alborotó el cabello.

—Demonios, Beth. No tengo ni puñetera idea. Alguna mierda sobre "intimidad" y "afecto", y solo Dios sabe qué más —se mofó.

—¿La intimidad versus afecto? —Musité con curiosidad. Nunca sabía qué temas podía esperar, por lo que no fue una sorpresa que tuviese que filtrar a través de las definiciones técnicas en mi mente. Yo realmente no veía mucha diferencia entre los dos y me pregunté cuán subjetivo sería.

La mano de Maddox, todavía envuelta alrededor de mi cintura, me apretó hasta que me encontré con su mirada. Sus ojos eran indagadores y había un borde de ansiedad en ellos que no pude explicar.

—Entiendes la diferencia, ¿verdad? —Preguntó a la vez que golpeaba su pie

contra el suelo. Lentamente, negué con mi cabeza, curiosa en cuanto a su opinión sobre el tema. Pero ante mi respuesta, su pie se quedó quieto y un breve destello de cólera se extendió por todo su rostro. Cerró la mandíbula y apartó la mirada, murmurando bruscamente—: Solo una cosa más que jodí...

¿En serio?

Un poco picada, giré mi cuerpo hacia él, doblando mi pierna a la altura de la rodilla.

—¿Cuál crees *tú* que es la diferencia? —Le pregunté, porque su pregunta había sido formulada un poco condescendentemente. Yo no estaba traumatizada emocionalmente o algo así. Podría no haber tenido su nivel de experiencia, pero él básicamente había insinuado que mi respuesta era equivocada y que él era el culpable por ello. Me hizo sentir como una impresionable niña de cinco años de edad, que yo, ciertamente, *no* era. Volvió la cabeza para mirarme y quitó el brazo de mi cintura.

—La intimidad es... —se detuvo, frunciendo el ceño y tirando distraídamente la servilleta sobre la mesa—. Es como... —Se detuvo de nuevo, cerrando la boca y pareciendo incapaz de terminar.

Lanzó una exhalación frustrada y de pronto se inclinó hacia mí. Me dio un beso en la frente sin propósito. Mantuvo sus labios allí rígidos, su aliento cálido y haciendo cosquillas en la parte superior de mi cuero cabelludo. Dejé que mis ojos se cerraran y suspiré; complacida con la dirección que esto estaba tomando. Hasta que él se apartó y asintió con decisión.

—Eso fue afecto sin intimidad —explicó, aunque su voz no era condescendiente. Era una declaración de un hecho. No dejé de notar el hecho que él había, en su mayoría, admitido que solo me ha ofrecido afecto desde su regreso, como los pequeños besos en la frente que se habían convertido en una fastidiosa costumbre entre nosotros.

Sin embargo, antes que pudiera comentar sobre esa idea, sus labios de repente se estrellaron contra los míos. Di un grito ahogado de sorpresa cuando él forzó mis labios a abrirse con su lengua y me apretó más cerca. Mis manos fueron a sus hombros para no perder el equilibrio hasta que me di cuenta que él estaba *besándome*, besándome. Quería devolverle el beso, pero no podía seguir el ritmo de los dardos rápidos y golpes de su lengua. Las líneas duras de su cuerpo estaban extrañamente rígidas y tensas contra el mío mientras yo luchaba por igualarlo. No es que no me gustara el beso, pero era tan... *feroz*. Se sentía ávido y repentino, lo cual no era necesariamente algo que no pudiera disfrutar, pero que me recordó a la sensación vacía del día en que tuvimos sexo, antes que él se

fuera.

Estuve casi agradecida cuando él se alejó después de solo unos breves segundos. Se chupó el labio inferior en su boca y se quedó tieso cerniéndose sobre mí en la cabina, con una mano apoyada en la parte superior del mismo. Sus ojos se suavizaron cuando nuestros ojos se encontraron, y llevó su mano a mi mejilla.

—Eso fue intimidación sin afecto —suspiró, sus ojos oscurecidos. Antes que pudiera conectar completamente los puntos, sus labios estaban en los míos de nuevo, pero esta vez, con más suavidad. Apretó los labios contra los míos lánguidamente, acariciando mi mejilla acalorada con la yema de su dedo pulgar, y el gesto no llevaba ni un gramo de frustración o impaciencia del beso anterior. Él casi parecía... tierno.

Le devolví el beso con un suspiro, y me permitió empujarlo hacia atrás, mis dedos encontrando el camino a su cabello. Cuando nuestros labios se separaron, nuestras lenguas se deslizaron una contra la otra sin problemas, introduciéndose en nuestras bocas y asomándose de nuevo. Cuando él se apartó por última vez y se acomodó en su lugar, él no necesitaba explicar su último ejemplo para mí.

Descubrí que yo prefería una combinación de ambos, y estoy segura de que él pudo sentirlo en mi sonrisa aturdida cuando aclaré la garganta y me enderecé.

* * *

Esa noche mientras terminaba de lavar los platos de la cena, yo estaba nerviosa y... un poco cabreada. Las demostraciones anteriores de Maddox me habían distraído por completo de mi pregunta inicial. Yo quería saber lo que había causado su petulancia y rabia total de antes. De camino a casa, le había preguntado de nuevo, pero solo me había concedido un críptico y lacónico, "Hay algunas cosas sobre las que simplemente no puedes hablar con cualquier maldito extraño, Beth".

Bueno, yo podía hablar con Sarah de cualquier cosa. De hecho, ella siendo una extraña lo hacía de alguna manera más fácil. Siempre que la veía recordaba esa habilidad en ella, y sabía que mi privacidad era una responsabilidad que tomaba muy en serio. Ella no le diría a Maddox sobre mi tratamiento.

Pero no podía simplemente negar su malestar.

Maddox y yo no éramos semejantes en todos los aspectos. Yo era una persona privada, pero él era una maldita fortaleza. Me había llevado casi un año moverme dentro de su mente, e incluso ahora, me sentía como si él solo me mostraba lo que quería. Frustrada y derrotada, me quedé junto a Beatrice y sequé los platos, asintiendo con la cabeza a sus comentarios casuales sobre el segundo

piso, que era su más reciente desafío de diseño. Yo ya estaba cansada en el momento que habíamos terminado. Por lo general pasaba mi noche con Daphne y Beatrice en la sala de estar, pero no tenía ánimos de ello. Ni siquiera me sentía capaz de hacer las *Sandies Reservadas* que me había inspirado a hornear esa tarde.

Maddox se había ido al estudio con Albin como siempre hacían después de la cena. Los pensamientos sobre la cama de Maddox hizo que mis extremidades se sintieran pesadas, y esperaba que no le importará terminar pronto la noche, considerando que nos habíamos despertado tan temprano para ir a ver a Sarah. También me daría la oportunidad de hablar realmente con él. Al menos allí, en la cama, yo sabía que su pared personal era más endeble, y de alguna manera me sentía más cerca de él. Quizás intentaría preguntarle de nuevo.

Con pasos pesados, subí las escaleras y me acerqué a la oficina de Albin, lista para tomar mi dosis regular y determinar si Maddox estaba cansado o no. Cuando llegué a la puerta, esta se encontraba abierta, como siempre, y su voz salió flotando vagamente en el pasillo. Lo que escuché me hizo parar en seco.

—... entonces salió de la nada, esa perra jodedora de mente con su terapia vudú de mierda, Albin. —La voz de Maddox era baja, pero clara—. Solo pareció tan... trivial con todo lo que ha pasado desde entonces hasta ahora, pero... pero ahora estoy con la mente jodida y es como una constante puñetera molestia, ¿ves? —Mis cejas se fruncieron ante su tono ansioso y me giré, apoyándome contra la pared.

Sarah es la dueña de la jodida manipulación psicológica, pensé de acuerdo, recordando mi histeria sobre la bandeja de hornear galletas después de mi primera sesión con ella. Solo podía imaginarme cuál sería su versión de bandeja de hornear galletas. Las posibilidades eran infinitas.

—Es que... —continuó Maddox en un susurro plano— me parece tan puñeteramente masoquista... *ya sabes...* y luego... sentir eso de nuevo. ¿Y si...? —Hizo una pausa y su voz bajó, había una vulnerabilidad extraña en su murmullo— ¿... y si me duele como antes?

—Creo que si no lo descubres, vas a ir a un médico. Fin de la discusión —respondió Albin, con voz consternada.

Un millón de pensamientos se agolparon en mi cabeza por sus palabras.

No pasó mucho tiempo para que Maddox respondiera con un gemido ahogado.

—No tú también.

—Podría ser grave —presionó Albin en un tono preocupado—. Si es tan malo

que tienes miedo de probarlo, entonces tal vez deberías ir de todos modos.

Hubo un bufido aireado de Maddox y luego un movimiento suave de tela.

—No tengo miedo —murmuró con rigidez.

—¿Oh? —Preguntó Albin dubitativo—. ¿Así que es perfectamente normal que un joven de dieciocho años de edad se abstenga de masturbarse durante cinco meses, entonces?

—*Jodido Cristo, Albin* —susurró Maddox en voz baja—. ¿A dónde diablos se fueron tu sutileza y discreción?

El suspiro de Albin sonó exasperado.

—No hay nada por lo que avergonzarse, Maddox.

Maddox resopló y se produjo un golpe suave que sonaba muy parecido a una pieza de ajedrez.

—Para la gente normal, no hay nada de qué avergonzarse. Pero la gente *normal* no siente orgasmos en forma de dolor agudo, así que creo que puedes ahorrarme la mierda clínica de "es perfectamente natural".

Fue entonces cuando supe que Maddox había acudido a Albin por lo que fuera que no se sentía cómodo hablando con Sarah. No tenía mucho sentido, y aunque me alegré de que decidiera hablar con alguien, nunca había estado tan confundida, así que seguí escuchando. Espié bastante descaradamente por otros cinco minutos hasta escuchar todo lo que necesitaba saber: él último orgasmo de Maddox había sido estando conmigo. Había sido doloroso. *Insoportable*. Él estaba demasiado avergonzado como para ir a un médico y demasiado aterrado para sentirlo de nuevo y determinar si había sido solo un síntoma fugaz de su falta de sueño y el uso de drogas fuertes.

Esperé a que su discusión cambiara a otra cosa antes de entrar por la puerta. Los ojos de Maddox estuvieron abatidos tan pronto tomé mi medicación. Murmuré algo sobre estar cansada y rápidamente salí de la habitación, corriendo hasta el tercer piso y tirándome en el sofá de Maddox. Fingí trabajar en mi tarea de inglés, mientras me sentaba en silencio, pero no lo estaba.

Yo estaba furiosa porque me había estado ocultando eso, durante todo este tiempo.

Miré al papel y mi ira creció hasta convertirse en presión ardiente detrás de mis ojos. Ni siquiera levanté la vista de mi libro cuando Maddox entró en la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Se paró en medio de la habitación por lo que parecieron siglos mientras mis ojos seguían fijos en la página. Lo podía ver en mi periferia, observándome a mí y lanzando su mirada alrededor de la habitación. Su expresión parecía en conflicto mientras

permanecía allí; ocasionalmente pasándose los dedos por su cabello y soltando respiraciones bruscas, como si fuera a decir algo, pero no lo hizo.

Finalmente, pude oírle moverse, su respiración acelerándose en forma sutil.

—Uh —comenzó, pero se detuvo. Mis dientes estaban apretados cuando elevé mis ojos hacia él, analizando su expresión rígida cuando miró a la puerta del baño con cara pálida. Sus labios se separaron con una inhalación rápida cuando lo decidió con los ojos apretados—. Voy a tomar una ducha muy rápida —y tragó visiblemente. Bajó la cabeza y resopló dirigiéndose hacia el baño, abriendo la puerta y cerrándola un poco demasiado enérgicamente.

Maddox nunca se duchaba en la noche.

Mi furia aumentó.

Se engrosó y empujó en el interior de mis costillas hasta que mis exhalaciones eran erráticas e incontrolables. Maddox ni siquiera se había llevado la ropa con él, estaba tan concentrado y nervioso que probablemente lo había olvidado. Las lágrimas escocían en mis ojos con cada segundo en que no oía la ducha comenzar.

Él estaba allí... *estancado*.

Tomó veintisiete minutos para por fin escuchar los sonidos del grifo abriéndose. Cerré mi libro y lo tiré sobre el cuero con un plano «clap». Me levanté y caminé y tiré de mi pelo y golpeé el dedo del pie y gruñí a la cama y... *¿cómo se atreve?*

Me sentía poseída cuando irrumpí en el cuarto de baño, solo tardíamente agradecida de que él ni siquiera pensara en bloquear la maldita cosa. El vapor ya había comenzado a empañar el gran espejo mientras me miraba de vuelta, con fosas nasales y los ojos bordeados de rojo.

Pero mi ira vaciló al oír la voz de Maddox.

—¿Beth? —Estaba detrás del vidrio Beatricerilado, y solo apenas pude distinguir su silueta. Algo sobre el sonido de su pregunta, su vulnerabilidad, y el tono de su voz apretó de mi corazón lo suficiente como para disminuir la hinchazón de mi rabia.

Sobre todo, me sentía herida.

—¿Cómo pudiste? —Me atraganté, cerrando la puerta detrás de mí. Él se quedó en silencio mientras yo caminaba hacia la ducha y apretaba mi mano contra el vidrio, el agua corriendo por ella como lágrimas de cristal—. ¿Cómo pudiste ocultarme eso? —Exigí, a pesar que surgió tan inseguro y herido como probablemente me sentía.

Me hundí en el solitario escalón de la puerta de cristal mientras él permanecía

en silencio. Dejé que el vapor me envolviera hasta que las puntas de mi cabello comenzaron a enrollarse al azar encrespándose en contra de mi cabeza. Observé las díscolas pulverizaciones de su agua golpeando el vidrio y deslizándose hacia abajo lentamente.

—Me escuchaste hablando con Albin, ¿verdad? —Acusó, sin embargo, su voz era tensa y causaba un eco extraño contra el azulejo y el vidrio.

—Sí —le confesé, y después de un momento añadí—: Debiste habérmelo contado. —Mi ira estaba regresando con cada segundo de su silencio—. ¿Por qué no me lo dijiste? — Le pregunté, mi frustración filtrándose en mi tono con duras inflexiones—. Se supone que debemos trabajar juntos —terminé, mirando a través del cristal y viendo su forma paralizada.

Con el tiempo lanzó un suspiro, pero permaneció inmóvil.

—Beth, no puedo...

—¿Qué tan malo fue, Maddox? —Le pregunté con preocupación. El decir que me sentía muy mal habría sido un eufemismo. Nunca había entendido completamente su reacción ese día mientras él nos había mecido hacia adelante y atrás en el borde de su cama. Me había imaginado que él solo necesitaba dormir un poco. Nunca me hubiera imaginado...

—Malo —ofreció con voz cortante.

—¿Y tú has... desde entonces? —Presioné, molesta por su continua evasión.

—No.

Suspiré, apoyado mi cabeza contra la puerta y fijando mis ojos en los extremos que se encrespaban de mí cabello.

—Tal vez Albin tiene razón —susurre, tragando inquietamente—. Si es tan malo... quizás deberías ir con un doctor.

—No es nada —espetó, a pesar que cada una de sus palabras y acciones lo contradecían.

—Entonces vas a... —Me callé, mi confianza vacilante a la vez que mis mejillas empezaban a calentarse. Al darme cuenta de lo estúpida que estaba siendo, puse mis ojos en blanco y solté—: ¿Vas a masturbarte, o qué?

Vagamente pude discernir sobre la forma de su brazo, elevándose a medida que su cabeza se caía, su palma cubriéndole la cara.

—Dios, por favor mátame... —murmuró ahogadamente.

—Si quieres privacidad, me puedo ir —le ofrecí con una rabieta, frustrada de que se negara a siquiera discutir *conmigo*. Ahora entendía su incapacidad para hablarlo con un extraño, pero estaba tan lejos de ser una extraña que él debería haber sido capaz de hacerlo. En su lugar, él estaba de pie allí, avergonzado y sin

palabras. Con cada segundo que se negaba a hablar, mi enojo florecía. El hecho que yo hubiese sacrificado mi dignidad en el pasado para tener una conversación similar sobre mis propias incapacidades de complacerme a mí misma solo me hizo sentir increíblemente más furiosa. ¿Habíamos estado siempre tan desequilibrados? Por otra parte, esta nueva realización de que él sentía la necesidad de estar avergonzado *me* hizo sentir avergonzada por esos momentos, por primera vez.

Mi resentimiento era palpable.

—¿Tienes alguna idea de cuán completa y jodidamente mortificante esto...? —comenzó finalmente, en un tono irritado, pero fue interrumpido por el golpe de mi puño contra el cristal, el traqueteo ruidoso amplificado por las paredes resbaladizas.

—¿Mortificación? —Intervine, con voz incrédula en plena ebullición—. ¿*Me* estás hablando sobre mortificación? —La habitación pareció aún más silenciosa que antes, mi respiración se escapaba en soplos duros. Mis manos estaban apretadas en puños, las uñas clavándose en mi palma—. ¿Cómo teniendo a mi novio pasando tres meses utilizando una "técnica" solo para poner sus manos en mis tetas? ¿Qué hay sobre perder mi virginidad con él y arruinar todo el momento porque yo no podía manejar ni un poco de dolor? —Cuando todavía se mantuvo en silencio, mi cabeza se sacudió, y empecé a pensar de nuevo en esos meses, en contra de mi voluntad. Continué con voz incrédula—. Dios mío, Maddox. Ni siquiera podía decirte la palabra "orgasmo". ¿Crees que nunca me sentí avergonzada al hablar de estúpidos y puñeteros unicornios todo el tiempo? —Asombrada, me reí, terminando—: Joder, sucede que conozco una o dos cosas sobre estar completamente mortificada, gracias.

Me levanté entonces y aparté mi cabello de mi cuello, dando un paso fuera de la pequeña plataforma y caminando hacia la puerta. Mi pecho dolía y burbujeaba, y no era justo que yo le pudiera mostrar mis defectos, mientras él mantenía ocultos los suyos. Él tuvo la oportunidad de darme eso de nuevo, mostrarse a mí, y en su lugar, optó por lidiar con ello a puerta cerrada, cuando yo podría haber hecho lo mismo con facilidad y salvarme a mí misma de una gran cantidad de humillación. Pero solo estaba dispuesta a presionarlo hasta llegar a un punto. Hasta que él me encontrara en el medio y me diera la oportunidad de aceptar cada parte suya, él estaba estancado.

Mis dedos se cerraron alrededor de la perilla de latón, resbaladiza con la condensación y me di la vuelta dispuesta a dejarlo allí solo, asustado y preocupado.

Entonces oí un fuerte y contundente «clic».

Me volví lentamente a ver la puerta de la ducha entreabierta, mis dedos se deslizaron fuera de la perilla.

—Entra.

* * *

El espejo estaba empañado casi en su totalidad cuando finalmente me paré desnuda en el medio del cuarto de baño. Volví a mirar a mi forma difusa y me pregunté por qué estaba de repente tan nerviosa. Había tomado una ducha con Maddox antes. En verdad, él ya había visto cada parte de mí. Sin embargo, de alguna manera me sentía diferente. Estaba más flaca ahora, y sabía que él lo odiaba, pero mis nuevas rutinas en el gimnasio me hacían parecer más tonificada. Suponía que yo era aún más atractiva ahora que entonces. Yo estaba feliz con el pequeño tamaño de mi cintura y la firmeza de mis pocas curvas. Yo era una joven de dieciocho años de edad, delgada, con el cabello largo y bonitos dientes. ¿Qué podía ser tan terrible?

Mis pechos se volvieron más pequeños cuando perdí peso, recordé.

Fruncí el ceño al mirarlos. Las cicatrices esparcidas por debajo solo se sentían como una extensión de mí ahora. Yo hablé con Sarah sobre todas ellas por completo, había divulgado mis inseguridades y cuán decidida estaba de ocultarlas. Todo era inútil. Las cicatrices eran tan parte de mí como la marca de nacimiento en mi pantorrilla, finalmente comprendí. No tenía ninguna prisa para hacer alarde de ellas pero mirarlas no hacía girar mi estómago como antes.

Tomando una profunda bocanada de aire caliente y húmedo, decidí que Maddox y yo habíamos demostrado ya lo poco que nos importaba las cicatrices del otro. Puse mis ojos en blanco y me dirigí a la ducha, manteniendo mi barbilla alta mientras abría la puerta y entraba. La cerré detrás de mí con el mismo «clic» y encontré a Maddox bajo la ducha, de espaldas a mí.

Tragué saliva cuando mis ojos le recorrieron, los músculos definidos de su espalda afilada a la vez que el agua caía por su cabello aplanado. Esta corría por su cuerpo en torpes arroyos, trazando la suave línea de su columna vertebral y curvándose sobre la firme redondez de su trasero. Observé sus músculos tensos cuando me acerqué, los sonidos de mis pies golpeando contra el suelo de la ducha. Extendí la palma de mi mano en su espalda, y él se sacudió, el agua estrellándose y cayendo sobre sus hombros.

Envolví mis brazos alrededor de él y apoyé la mejilla en su espalda caliente, dejando que el agua encontrara mi carne cuando se desviaba de su camino. Corría sobre nosotros como si fuéramos un solo cuerpo, mis pechos aplastados

en su piel mientras su espalda subía y bajaba con respiraciones rápidas. Pero él no se movió.

—¿Maddox? —Susurré, ladeando mi cabeza para ver su rostro. Movié la mano hacia atrás y aplasté su palma contra mi muslo, pero por lo demás se mantuvo inmóvil, mirando con ansiedad hacia adelante. Pregunté en voz baja—. ¿Debería yo...? —Y dejé que una de mis manos vagaran hasta que sentí el vello suave y húmedo. Su aliento siseó cuando mis dedos rozaron su longitud, los músculos de su espalda rígidos contra mi pecho.

—No tienes que hacerlo —respondió secamente, poniendo la mano en mi muñeca y apartándola.

Suspiré con fastidio, pero asentí y esperé a que él lo hiciera solo. Su mano se quedó en mi muslo, su pulgar frotando círculos en mi piel.

Y luego hubo esta especie de aire incómodo. La que ocurre cuando tú quieres masturbar a tu novio para descubrir si le hará daño, pero él no te lo permite y es demasiado cagado para hacerlo por sí mismo. ¿Qué es lo que se hace exactamente en esta posición?, me pregunté, moviendo mis pies contra el azulejo.

Bueno, yo tenía una nueva afición por la honestidad, ¿no?

—Deja de ser tan cagado —finalmente suspiré, a pesar que yo estaba entrando en pánico en mi interior. No le permitiría ver mi propio miedo por causarle dolor una vez más—. Seré como... —Hice una pausa, mordiendo mi labio—. Como arrancar una curita. —*que eyacula...*

—Yo no soy un cagado —insistió, pero el temblor de su voz reveló sus nervios.

Mis cejas se elevaron, y considere señalar su flagrante cobardía, pero pensé que no ayudaría al asunto de ningún modo.

—Entonces demuéstalo. —En cambio lo desafié, y lo busqué con mi mano de nuevo. Cerré mis dedos alrededor de su longitud, y su respiración se profundizó, las yemas de los dedos en el muslo temblaron. Mi mente dio vueltas con curiosidad mientras su pene parcialmente erecto comenzaba a crecer dentro de mi palma.

Su espalda onduló con tensión, pero él no me alejó.

Volví la cabeza y apoyé la frente contra el espacio entre sus omóplatos. Mi mano le acarició lentamente desde la base hasta la punta, convocando lo que recordaba de nuestro tiempo anterior. Su respiración se aceleró a la vez que presionaba su espalda aún más contra mí. No podía decidir si estaba tratando de acercarse más a mi cuerpo o alejarse más de mi mano.

Me paralicé cuando sentí su mano enjabonada envolverse alrededor de la mía, entrelazándose a través de mis dedos. Estaba temblando. Creí que me obligaría a detenerme. En su lugar, comenzó a guiarme a lo largo de su longitud, con la cabeza caída mientras soltaba un suspiro desigual agonizante. La transferencia del jabón hizo que mi mano se deslizara más fácil contra su piel. Sus dedos temblorosos se apretaron alrededor de los míos, pautando mi ritmo al mismo tiempo que sus caderas comenzaban a moverse minuciosamente en nuestras palmas. Metió la barbilla en su pecho, y me imaginé que estaba viendo nuestros dedos deslizándose conjuntamente sobre su erección. Sin decir palabra me instruyó, retorció nuestra mutua caricia alrededor de su punta, y mi propia respiración comenzó a acrecentarse. Mis caderas se movieron contra las suyas, sin permitir nunca que nuestra piel se apartara a la vez que el agua caliente se precipitaba sobre nosotros y salpicaba contra nuestros nudillos.

Levanté la cara para presionar un beso firme contra su palpitante espalda, anhelando la suavidad de sus labios a la vez que mis dedos le exploraban. Fue entonces cuando por fin se giró, nuestra piel resbalándose contra el otro cuando soltó mi mano solo para recolocarla de nuevo cuando estuvo frente a mí. Su mano libre acunó mi mejilla mientras yo observaba su inquieta mirada sobre mi cuerpo. Él tragó saliva, sus ojos deslizándose nerviosamente sobre mí a la vez que sus dedos se cerraban alrededor de los míos.

Yo ya no estaba muy nerviosa por ser vista así. La forma en que bajó sus cejas mientras retomaba lentamente nuestras caricias y se quedaba mirando mi pecho hizo su deseo por mí evidente. Su pulgar acarició mi mejilla y fue un poco más incómodo acariciarlo en esta nueva posición, así que me presioné más cerca, inclinándolo hacia adelante.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me di cuenta que estaba soltando jadeos cortos, y nuestras manos se aceleraron. No pude descifrar por completo lo que decían sus ojos que estaban fijos en los míos, los rizos de su oscurecido y mojado cabello oscurecido se enmarañaron en su frente, pero era inquietante. Sus cejas se juntaron y exhaló entrecortadamente, mirándome a los ojos con una expresión conflictiva. Él abrazó la sensación, rotando sus caderas, y sin embargo se resistió a ella, apretando los dientes mientras su mano se movía con una incierta rigidez mecánica.

Envolví mi otra mano alrededor de su cuello y tiré su cara hacia la mía, ofreciéndole un beso alentador y casto. Fue difícil empujarlo hacia mí; su cuerpo estaba muy rígido por la tensión, así que me puse de puntillas para llegar hasta él. Sus labios estaban apretados en una línea firme, y tomó un momento para que

cediera, regresándome el beso en forma vacilante. Pero entonces, cuando apreté mis dedos, él gimió contra mis labios y los músculos de su mandíbula se constriñeron.

Su placer estaba superando incesantemente su miedo.

Su mano se aceleró de nuevo, los bíceps duros en sus brazos se flexionaron mientras nuestros cuerpos comenzaban a sacudirse por el movimiento. Yo estaba un poco intrigada, preguntándome si él siempre se venía tan... ¿rápido? Mantuvo un ritmo constante al mismo tiempo que sostenía sus labios en los míos, respirando entrecortadamente contra mí a la vez que el agua se sacudía de nuestra carne con los movimientos de los brazos.

Y entonces él gimió y sus cejas se juntaron, me sentí aterrorizada de que le estuviera haciendo daño. Afortunadamente, su mano se deslizó por mi mejilla y rozó el costado de mi pecho, y me di cuenta que él estaba disfrutando... que incluso quería más. Arqueé mi pecho ofreciéndoselo agradeciendo en silencio de que al menos teníamos eso. Su condicionamiento en mi mente y cuerpo no había sido arruinado por su ausencia.

Con un gruñido al tiempo que nuestras manos se apretaban, ahuecó mi pecho y comenzó a amasarlo, separando sus labios contra los míos mientras jadeaba salvajemente. Nuestros labios se deslizaron una contra el otro a la vez que las sacudidas tensas de sus brazos movían su cuerpo. Él levantó su rostro y sus ojos eran oscuros, caídos y con suficiente lujuria para distraerlo, evidentemente, de su nerviosismo. Lamí mis labios, y aunque mi brazo estaba empezando a arder, anhelé ir más rápido solo para deleitarme con sus reacciones. Se acercó más y vio cómo sus dedos masajearon la piel de mis pechos mientras nuestras manos rebotaban entre nosotros. Sus cejas se juntaron más fuerte cuando él movió su pulgar sobre mi pezón, sus dientes capturando su labio inferior y formando el gesto de "Jjjj" presumiblemente de un comedido "Joder".

Agarró mi pecho y tiró de mi parte superior del cuerpo hacia él, dejando caer su cara en mi cuello. Comenzó a plantar besos torpes y urgentes en mi oído, su mano ya no temblaba cuando me guiaba con empujes agudos y rápidos a lo largo de su longitud.

—Tan jodidamente bueno... —dijo contra mi piel, con voz tensa y ronca.

No podía negar mi propia excitación cuando él gruñó en mi cuello y continuó masajear mi pecho. Mis caderas se movían y yo estaba jadeando, frotando mis muslos a la vez que mi brazo ardía por el esfuerzo. Sin previo aviso, su mano estaba bajando de mi pecho y se presionaba en la unión de mis muslos. La sensación de sus dedos repentinos y ansiosos me hizo gemir, mi estómago

comenzó a enrollarse en esa única forma casi familiar. Mi cabeza se nubló y me quedé sin aliento cuando ellos me abrieron, forzándose más adentro y tocando todas las cosas correctas. Pero me resultaba difícil concentrarme en su rostro y respiración a la vez que nuestras manos se movían, así que le cogí la muñeca y devolví la palma de su mano a mi pecho.

—Déjame tocarte —declaró, aunque obedeció y continuó acariciándome. Abrió la boca en mi cuello, chupando la carne a la vez que su agarre se aflojaba alrededor de la mía. Pero yo simplemente pasé la mano libre por su cabello, tratando de aliviar su preocupación mientras besaba la parte superior de su cabeza, porque yo era más inteligente de lo que él me daba crédito. Al centrarse en mí, podía olvidarse de sí mismo, y yo estaría demasiado distraída para siquiera darme cuenta de ello. Finalmente entendí sus reacciones cuando lo había tocado mientras me desensibilizaba todos esos meses atrás.

Podía sentir sus piernas súbitamente temblando y nuestros brazos rebotando rítmicamente, la carne dentro de mi mano estaba cada vez imposiblemente más dura mientras su erección se hinchaba. Me di cuenta cuando estaba cerca porque su gruñido se transformó en un gemido quejumbroso y su mano se deslizó hasta mi hombro, sujetándola en alarma. Levantó la cara con una sacudida brusca, y sus ojos estaban muy abiertos, la lujuria y el deseo y el amor mezclado con terror absoluto. Cuando sentí sus movimientos vacilar, apreté mi mandíbula y aceleré mis movimientos, su gemido con la boca abierta confirmó que le gustaba, pero estaba acobardándose... de nuevo.

Su frente cayó contra la mía mientras empezaba a jadear ruidosamente, sus caderas empujando hacia nuestras palmas involuntariamente. Lo sentí dar un tirón en mi mano.

—Mierda —silbó de repente.

Cuando lo miré, sus ojos fuertemente cerrados, cada músculo de su cuerpo poniéndose rígido, su mandíbula cuadrada y se estremeció. Mantuve los ojos fijos en su expresión para detectar cualquier signo de dolor, acariciando su cabello mientras su erección comenzaba a palpar en mi mano.

—Santo. *Joder* —gruñó sin aliento, arrugando la nariz en una forma que no pude determinar si era una reacción positiva o negativa. Pero entonces sentí que algo caliente golpeaba mi estómago, y su mano estaba enredada en mi pelo, presionándome más cerca mientras emitía un largo y estridente silbido entre sus dientes apretados.

Entonces su mano se quedó inmóvil en la mía, y pude sentir la tensión disipándose de su cuerpo, su pecho agitado con respiraciones ruidosas y

erráticas. Su cuerpo se aflojó a la vez que soltaba mi mano y el hombro, solo para serpentear sus brazos alrededor de mi cintura y rápidamente enterrar su cara en mi cuello.

—¿Eso fue... bueno? —Le pregunté con voz temblorosa, envuelta por él y aún insegura, deslizando mis dedos por su cabello mojado. Era la primera vez que me daba cuenta de lo similar que parecía el placer y el dolor en la cara de alguien.

Él jadeó en mi piel, aplastando su pecho fuertemente contra el mío.

—Muy bueno —respondió con voz fatigada, pero satisfecha, antes de agregar —: Jodidamente fantástico.

Mi sonrisa debió haber sido lo suficientemente grande para dividir mi cara cuando él finalmente arrastró sus labios de mi piel a mi boca. Apartó el cabello mojado de mi cara mientras me besaba lánguidamente, barriendo su lengua contra la mía brevemente antes de separarse, solo para plantar otro suave beso en mi frente. Cuando se inclinó hacia atrás, se veía tan aliviado y relajado que le brillaban los ojos al mirarme. Me devolvió la sonrisa con su propia perezosa sonrisa torcida.

Luego bajó la vista a mi pecho y curvó una ceja, levantando una mano para acariciarlo juguetonamente.

Pasamos la siguiente hora familiarizándonos con la *intimidad* en la brumosa ducha, las manos enjabonando lugares que nunca fueron olvidados, pero que definitivamente fueron extrañados. Nuestros dedos masajearon el cuero cabelludo a la vez que nos otorgábamos suaves besos y caricias al azar en la piel del otro. Porque la intimidad estaba bien por sí sola. Al igual que el afecto.

Pero juntos, los dos eran perfectos.

1 También se llaman galletas de pedacito de cielo, es una galleta de nueces, con mantequilla y azúcar pulverizada.

Capítulo 47: Hijos de putas Gráficos Ácidos.

PRIMERA PARTE

Maddox

Mi primera conversación a solas con Sarah no fue bien.

La expresión en el rostro de Beth mientras salía de la habitación fue casi cómica. Tenía esos ojos grandes y el labio inferior atrapado entre sus dientes, cogiendo las mangas de su sudadera. Miró de un lado hacia otro entre la doctora Sarah y yo como si estuviera dejando a un conejo y un león en la habitación. Mientras me quedaba allí sentado en el sofá viéndola salir, me pregunté quién era el león.

La puerta se cerró detrás de ella con un clic, y encontré la mirada de esta chica Sarah. Estaba usando algo que creo que Daphne señaló como una «falda lápiz», pero para mí, solo se veía como algo salido de una decente película de porno bibliotecario. Tenía las piernas bronceadas también. Como... *muy* bronceada. Y una de esas blancas camisas de botones apretadas, con el bastante liberal número de *tres* botones desabrochados. Cabello largo, piernas largas, grandes tetas, labios rojos. *Escote, escote, escote.*

Si no estuviera perdidamente enamorado de Beth, querría cogerme eso.

Por así decirlo, solo tenía ojos para una, así que disfruté de la vista por un momento y luego puse mi mejor cara. La chica Sarah era hermosa en el exterior, pero era esta extraña parte integrante de cada decisión de Beth. Por lo tanto, ya tenía poder sobre mí. Odiaba volverme todo hombre de las cavernas y mierda y «marcar mi territorio», pero no podía negar la amenaza que sentía. Me imaginaba que mis opciones eran o bien rebelarme, o besar su trasero y rezar hasta la mierda que yo le gustara.

La mierda que hago en el nombre del amor...

—Señor Lane —saludó Sarah, finalmente acomodándose en su asiento. Le llevó como veinte minutos llegar desde la puerta a su escritorio con toda la mierda que había acumulado en sus brazos. Su oficina era también una completa zona de maldito desastre, con archivos y documentos y libros esparcidos por todo el lugar. Mi atención se dirigió de nuevo a ella por el sonido del clic de su bolígrafo. Se reclinó en su asiento y empezó a escribir algo, pequeños garabatos rápidos.

Le apostaría a cualquier persona diez dólares que su escritura era ilegible.

—¡He oído hablar tanto de ti! —Exclamó, finalmente elevando la cabeza para mirarme a los ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica, y apoyó los codos en el escritorio y la barbilla en sus nudillos—. Estoy sorprendida de verte hoy aquí —añadió con voz burlona.

—Tenía algunas preguntas sobre Beth —le expliqué, haciendo toda mi cosa de estar cómodo sin inmutarme. Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué me pregunta a mí y no a la propia Beth? Ella tiene una voz agradable. Estoy segura que prefiere que oigas la suya en vez de la mía. Soy conocida por balbucear —balbuceó.

Por lo menos era honesta.

—Yo tenía preguntas sobre la condición de Beth —aclaré—. Puedo hablar con Beth todo el tiempo, ella simplemente no tiene la información que estoy buscando.

—Hmm —tarareó, asintiendo—. ¿Vino a un terapeuta para hacer preguntas? —Preguntó. Asentí con una expresión de «obvio», y ella sonrió—. Hacer preguntas es mi trabajo, pero le propongo un trato... —Cogió su bolígrafo y libreta. *Un trato...* solo había hablado con ella durante tres minutos (tres) y ya me irritaba hasta la mierda. Comenzó a garabatear algo más mientras terminaba —: Responderé a cada una de sus preguntas por cada dos de las mías que conteste. —Y luego me miró expectante.

Joder, gemí interiormente. Debería haber sabido que me lanzaría una mierda como esta. Al igual que ya sabía que iba a soportarlo porque... todo lo relacionado con Beth tenía ese tipo de efecto en mí. Pero no me iba a gustar.

—Dos por uno no es justo —suspiré de ese tipo de ya-estoy-vencido.

Su lenta y pequeña media sonrisa me mostró que se dio cuenta de esto.

Por supuesto.

—La vida no es justa —me guiñó un ojo y transformó su postura a una de total atención, brazo contra la mesa, los ojos bajos, pluma moviéndose, espalda recta—. ¿Cómo se siente sobre estar aquí, señor Lane? —Comenzó.

—Me siento jodidamente maravilloso. Siguiente.

—No, no, no, no —chasqueó la lengua, levantando la vista hacia mí a través de sus pestañas con una sonrisa traviesa—. A nadie le gustan los sabelotodo, señor Lane.

—A nadie les gustan tampoco las zorras entrometidas, pero a ti te pagan, ¿verdad? —Sonreí. Vale. Eso fue bastante duro, incluso para mí. Me sentí culpable. Un poco. En realidad, no.

—Sí, me pagan —respondió, con su sonrisa ampliándose—. Y será mucho más cuando le cobre al doctor Lane por dos pacientes esta semana, en lugar de uno. A menos, por supuesto, que desee cooperar...

Mi sonrisa se desvaneció lentamente y cambió a una mueca dura. Esta perra me estaba jodidamente *sobornando* para hablar, y yo acababa de regresar a Albin. La última cosa que quería hacer era costarle dinero y mierda innecesaria. *Qué puta*. Bufé y controlé mi enfado.

—Me siento irritado. —¿Ves? Podía hacer esa mierda de honestidad también.

Ella asintió, claramente satisfecha mientras escribía algo entre las pequeñas líneas amarillas de su bloc de notas. Probablemente algo así como: "se irrita por las zorras entrometidas".

—¿Cómo han ido las cosas desde que regresaste a *Forks*? —Continuó.

—Las cosas están bien.

—¿Bien?

—Buenas —le aclaré.

—¿Buenas?

—Sí. Bien. Buenas. *Joder* —murmuré la última parte, pero ella debió de oírlo.

—¿*Joder*? —repitió, levantando la vista hacia mí—. ¿Has estado haciendo algo de eso?

Negué con la cabeza.

—Estoy seguro que Beth se lo he dicho —le respondí, aunque... honestamente estaba un poco desconcertado y preguntándome si no lo había hecho. Ella sonrió con paciencia.

—Lo habría hecho, pero Beth no es el único pedazo de culo en el condado, si entiende lo que digo —respondió.

Mi mandíbula cayó, y estaba demasiado ocupado con estar sorprendido para sentirme insultado. Durante unos cinco segundos, por lo menos.

—No me he cogido a nadie más que a Beth desde que nos conocimos, no que eso sea algún maldito asunto tuyo. —Mi irritación rápidamente se fue convirtiendo en indignación, pero me había ganado mi pregunta, así que la pregunté antes que tuviera la oportunidad de responderme—. ¿Cómo puedo ayudar a Beth? —Indagué con rigidez, el tono de mi voz era un agudo contraste con las intenciones de mi pregunta. Esta era toda la razón por la que había venido aquí en primer lugar. Ya no estaba seguro de cómo proceder. Y no solo me refería a nuestra relación sexual, por supuesto. Quiero decir, síp, *obviamente* que ese iba a ser un puente que requeriría cruzar, pero no tenía ninguna prisa.

Solo necesitaba saber cómo manejarla.

Y entonces, pensando en ella de esa manera, me sentí un poco jodido por considerarla como alguien que necesitaba «manejo». Pero Beth no era como solía ser. Ella había sido una vez tímida y callada. Ahora, cuando algo la cabreaba, ella lo dejaba salir. Era más directa y no le gustaba guardarse la mierda. Estaba seguro que era un resultado de su tratamiento, las lecciones de lucha y los estímulos constantes para purgar sus emociones.

Ni siquiera sabía cómo besarla ya. No sabía cuándo estaba bien tocarla o cuando era aceptable actuar protector y cabreado. No sabía cuándo apartarle la silla o abrirle la puerta del auto. No sabía cuándo decírselo o dónde mis manos deberían ir. No sabía si podría ser una parte activa de su terapia y ofrecer mis... ventajas de tocarla.

No sabía qué clase de amor necesitaba que le mostrara ahora.

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza hacia atrás.

—Bueno, eso es bastante amplio, señor Lane. Si hubiera sabido que jugaría sucio, habría sido un poco más dura con usted. —Sus labios se convirtieron en un pequeño puchero, pero finalmente respondió con un suspiro—: Puede ayudar a Beth estando allí para ella, mostrando afecto sin expectativas, y lo más importante, arreglando su mierda juntos. Ahora, Háblame de tu madre.

—En primer lugar, esa no es una pregunta —evadí—. ¿Y qué quieres decir con "afecto sin expectativas"? ¿Acaso ella piensa que espero algo? —Le pregunté, un poco frustrado.

—¿Espera algo? —Preguntó ella sin variación en su tono.

—¿Usted espera que yo esperé algo? —Repliqué, porque parecía como si ella lo hiciera. Por otra parte, todo el mundo lo hacía.

—¿Usted espera que yo espere que usted esté esperando algo? —Respondió con una mirada calculadora.

Whoa.

—¿Qué? No. Deja de hacer eso —le exigí—. No puedes responder a las preguntas con preguntas.

—Usted fue el primero en responder a mis preguntas con preguntas. ¿Es ese su método preferido de evasión?

Alguna parte tranquila en mi interior suspiró mientras el otro hijo de puta, mucho menos racional, brotó y espetó:

—No, mi método preferido de evasión sería decirte que te fueras a la mierda, lo cual está solo a aproximadamente una pregunta de distancia, solo para que lo sepa.

Su espalda se enderezó, y ella jodidamente *sonrió*.

—¡Oh, eres divertido! —Exclamó vertiginosamente, tomando su pluma y moviéndola rápidamente sobre el papel con una risita.

Así fue como los siguientes veinte minutos parecieron ir. Le daba respuestas escuetas sobre mi familia o el pasado o cualquier puñetera pregunta al azar que ella me lanzara, y, a cambio, recibía un grano más de conocimiento sobre Beth para añadir a mi verdaderamente pequeño arsenal. Le di el paradero de mi madre y mi padre, y me dijo cuán suave y afectuoso un simple masaje de espalda podría ser para Beth. El fuego y mi reunión con Albin fue explicado a cambio de su sugerencia de ofrecerle a Beth la mitad de mi cómoda, dado que ella nunca usaría mi armario y yo sospechaba que no le gustaba no poder llamar ya a mi habitación como suya.

No fue hasta que sus preguntas de repente cambiaron a la follada anterior de Beth y mía que me sentí incómodo.

—¿Te gustaría decirme sobre lo que pasó ese día que te fuiste de la ciudad? —Preguntó ella.

—No —respondí sin pensarlo.

—¿No? —Repitió, alzando las cejas y deteniendo su pluma. Cruzó las piernas detrás de su escritorio y se reclinó hacia atrás, inclinando la cabeza. Su expresión gritó "*mina de oro*" mientras preguntaba—: ¿Por qué?

—Es solo que... no es algo de lo que esté orgulloso. No tiene sentido hablar de ello. Beth y yo ya discutimos toda esa mierda —razoné. Me moví en mi asiento y rodé los hombros por debajo de mi chaqueta. Me hubiera gustado no haber usado esa hija de puta. De repente tenía calor. Me estaba ahogando.

—Soy consciente que lo discutiste con ella, pero me gustaría que lo discutieras conmigo. Y, no, no. No intentes esa porquería de "no es una pregunta".

Mierda. La perra me veía de cabo a rabo. Tragué saliva y lo hice rápido.

—No había dormido en mucho tiempo, tomé unas pastillas, vi una mierda flipante, me involucré en una pelea con Beth, me la cogí, sentí un montón de agonía, y abandoné la ciudad. —*Joder*, mi garganta se sentía toda apretada y mierda. Levanté una mano y la aclaré en forma encubierta, después pasé la mano por mi pelo y comencé a mirar a mis zapatos.

—Maddox —comenzó la doctora Sarah con una voz suave y grave—. Esto no es algo con lo que debas escatimar de detalles. Ya no me gusta este juego —decidió, sacudiendo la cabeza. Con un suspiro, concluyó—. Cuéntame todo sobre ese día, cada detalle posible, y yo te daré el resto de la hora para

preguntarme todo lo que quisieras. Incluso lo extenderé, sin cobrarle nada al doctor Lane.

Mis ojos saltaron hacia ella y se estrecharon en respuesta. Estaba malditamente escéptico y me pregunté por qué una profesional pagada haría un trueque de su tiempo pagado por algo así como los detalles de un día oscuro. Para mi sorpresa, ella parecía hablar completamente en serio, por lo que lo consideré, porque primero, yo era un poco masoquista, y segundo, todo lo que en verdad quería era información sobre Beth. La mayor parte de las preguntas que tenía sin duda *no* serían adecuadas para nuestro formato actual de discusión. Necesitaba un pedazo de tiempo para taladrar sin juicio o interrupción o retortas maliciosas. Pero lo jodido era que yo no podría mentir o editar. Probablemente ella lo sabría, comparando mi versión con la de Beth.

¿Puedo honestamente contarle a la Bibliotecaria Traviesa sobre follar a mi chica como un completo salvaje?

A la mierda mi vida. Sería un bastardo si no lo intentaba.

Me recordé a mí mismo que la causa era más que digna mientras respiraba hondo y comenzaba:

— No sé cuánto tiempo había estado despierto...

Era extraño cómo había cambiado la actitud de la doctora Sarah cuando la mierda se volvió profunda. Permaneció inmóvil mientras transmitía la historia de Roja Beth. Como... aterrorizantemente quieta, a excepción de su mano. A veces, ni siquiera miraba hacia abajo en el papel cuando su pluma se movía de izquierda a derecha. Seguí mirándola al hablar, extrañamente incómodo con el contacto visual. Ni siquiera parecía estar parpadeando. Esto hizo que mis ojos quemaran.

Y acalorado. *Joder, había calor.* Sentí gotear sudor en la parte posterior de mi cuello mientras transmitía mi tiempo de Beth en la escuela ese día y el haberme largado como un imbécil loco. Mi espalda comenzó a picar cuando le expliqué cómo había destrozado mi habitación en busca de las horquillas para el cabello. Mi piel se estremeció cuando recordé mi discusión con Beth en voz alta, las bofetadas, el placer, el rojo y el blanco y... todo.

Cuando llegué a la parte de inmovilizarla contra la pared, sentí un nudo en mi garganta, y me odié a mí mismo y a mi polla por endurecerse al recordarlo. Cuando le expliqué el sexo real y mi casi inexistente estado mental, la habitación se sintió casi húmeda.

Me quité la chaqueta y me examinó de cerca, lo cual me hizo retorcerme.

Y entonces solo quise acabar de una vez e irme, así que rápidamente le relaté

la conversación que había tenido con Austin, y después con Albin, y después con Beth, y luego mi conducción mientras dejaba *Forks*. Creo que lo dije para que «Me dejará de mirar de esa jodida forma».

Mierda, yo estaba tan loco.

—Espera. Estás dejando algo por fuera —finalmente interrumpió, levantando la mano. Sus cejas se fruncieron y confirmando mis sospechas anteriores, comparó mi versión con la de Beth y preguntó en voz alta—. Justo después de... lo que te refieres como "la cogida vergonzosa"... algo estaba mal, ¿no? Tú... —Hizo una pausa y comenzó a hojear las páginas amarillas mientras me sentaba en mi asiento rígido, dándome cuenta de lo que había dejado por fuera—. ¡Ah! —Murmuró cuando se detuvo en una página y entrecerró los ojos—. Estabas llorando y meciéndote hacia adelante y hacia atrás. ¿Por qué? —Preguntó, alzando la mirada a mis ojos entumecidos. Inclino la cabeza, con el cabello oscuro derramándose sobre el papel—. ¿Estabas triste por lo que acababa de suceder? —Cubrió.

Yo podría haber aceptado fácilmente eso, pero por alguna razón, simplemente no se sentía bien en mi estómago. Nada de eso lo hacía. ¿Qué hace uno cuando no puede mentir y no puede soportar la idea de decir la verdad? Me froté la nuca y abrí la boca, pero terminé cerrándola de nuevo. No estaba seguro de cómo decirlo exactamente.

—Sé un hombre y escúpelo, Lane —ordenó ella pacientemente.

Mis ojos se estrecharon de nuevo y resoplé, la parte trasera de mi cuello y mis orejas ardiendo.

—Cuando me vine, me dolió como un hijo de puta.

Sus ojos no parecieron ampliarse o cambiar por lo que pareció una eternidad, hasta que, finalmente, frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo una sensación de ardor? Existen antibióticos para ese tipo de cosas...

—¡No! —Interrumpí con voz ofendida—. No fue... físico o algo así, era como... si el dolor se sintiera bien, entonces... el placer... venirse... era como... *joder*, sabes lo que estoy diciendo —finalmente murmuré, mirando al otro lado, molesto y... Cristo, estaba malditamente *avergonzado*.

—Oh —susurró con un asentimiento, finalmente comprendiendo a la vez que comenzaba a escribir de nuevo.

Aproveché la oportunidad para comenzar con *mis* preguntas. Mi recuento había acabado.

—Quiero hacer el amor con Beth —dije descaradamente. Había ganado el

derecho a decir esto, me imaginé, así que continué, a pesar de su expresión de sorpresa al escucharme hablar de nuevo—. Quiero hacerlo bien. Lo jodí la última vez y sé que eso va a surgir de nuevo porque tenemos dieciocho y dormimos en la misma cama y vivimos en la misma casa y poseemos todo el equipamiento adecuado. Sería jodidamente injusto para Beth solo evitarlo indefinidamente. Ella... —Me detuve y reprimí un suspiro mientras le explicaba —: siempre ha estado un poco obsesionada por esa clase de mierda. —Puse los ojos y rápidamente agregué—: A mí no me importa esperar.

—Beth anhela afecto y la intimidad —declaró Sarah después de mi verborrea—. Creo que ella solo tiene dificultad en distinguir ambas, por lo que se manifiesta con fuerza en ambos sentidos. Me gustaría tener la oportunidad de cubrir eso con ella antes que los dos empiecen a follar como conejos —agregó secamente, pero yo me estaba mordiendo la lengua.

Mi chica conocía la diferencia entre afecto e intimidad. Yo le había enseñado toda esa mierda. En vez, seguí escuchando sobre la confianza de Sarah en la habilidad de Beth para tener una relación sexual y me controlé. Era lo que necesitaba saber: con un poco de tiempo y paciencia, Beth podría conseguir fácilmente un aprobado para tener sexo.

Me puse de pie cuando terminó y agarré mi chaqueta, listo para irme lo más rápido posible.

—¿Ha pasado desde entonces? —De pronto preguntó, arrugando su frente y deteniendo mis pasos hasta la puerta. Ante mi expresión confundida, explicó—: ¿Los orgasmos dolorosos?

—No lo sé —respondí con torpeza, moviendo de un pie a otro. Ella encontró mi mirada con una expresión de complicidad.

—¿No has tenido uno desde entonces?

Mi respiración se detuvo y lo único que pude hacer fue negar con la cabeza y evitar sus ojos. Quiero decir, *maldita sea*. Había estado un poco ocupado durante el verano. La última cosa que había estado en mi mente era tener pajas o echar un polvo.

—Hmm —tarareó, sus labios formando una línea inclinada en su rostro mientras concluía—: Beth está más lista para el sexo que usted, señor Lane. Usted ni siquiera sabe si todavía existe el problema.

Ella tenía razón.

Tragué saliva mientras imaginaba pasar por *eso* de nuevo, y me estremecí involuntariamente. *De ninguna puñetera manera*. Y entonces estuve un poco horrorizado de no haberlo considerado. Y entonces estaba... sin palabras, porque

el sexo estaba de repente (inconscientemente) fuera de toda consideración para mí. Es un motivo de ruptura para mí. Sería célibe antes de pasar por ese tormento de nuevo, simple y claro.

Se sentía como si acabara de hacer toda esta mierda por nada, y encima de eso, ahora tenía que quitarme de encima cualquier y todos los avances sin siquiera hacerle saber a ella que yo era sexualmente disfuncional.

De verdad, a la mierda mi vida.

—Siempre podrías intentarlo, ¿sabes? No puedo estar segura, pero las dosis altas de metanfetamina y tanta falta de sueño es una explicación fácil para eso — se encogió de hombros.

—¿Intentarlo? —Repetí confundido.

—Sí, ya sabes. Azotar el mono. Acariciar el salami. Pulir el roedor de un solo ojo, hacer el arrastre de los cinco nudillos, flotar el jalón, menear la serpiente...

Realmente debería haberla interrumpido para que dejara de mirarme con esa estúpida expresión condescendiente. Pero no pude encontrar mi voz. Esta perra estaba sugiriendo que me masturbara y ni siquiera me conocía. Me estaba pidiendo que me arriesgara a sentir dolor insoportable y *sonriendo* mientras surgía con más variaciones creativas del acto. Era in-jodidamente-creíble.

—... limpiar tu rifle, buscar en la torre del poder, descargarte. Ya sabes, luchar con el dragón —finalmente terminó con un encogimiento de hombros—. Por supuesto, si no lo haces, te recomiendo ver a un médico tan pronto como sea posible. Y si no haces eso, te recomiendo seriamente que reconsideres estar en una relación en primer lugar. —En este punto giró su bloc de notas y añadió—: Beth necesita a alguien que esté dispuesto a admitir cuando existe un problema, y tú... bueno, necesitas más de lo que puedo ofrecer en una sola sesión. Deberías regresar—ofreció, pero después al ver mi expresión, suspiró y apoyó la barbilla en la palma de su mano.

Ella sabía que no lo haría. Lo pude ver en su mirada penetrante y sus labios fruncidos.

—¿Eres un chico con problemas que no puede admitir algo tan simple como tener miedo a masturbarte por el bien de este "amor" que supuestamente sientes?

Me quedé en silencio y rígido y realmente solo quería irme. Ella frunció el ceño y miró hacia otro lado.

—En verdad estoy un poco decepcionada. Beth realmente podría beneficiarse de ese tipo de atención por parte de un individuo sano. Creo que los tres esperábamos que fueras él, pero a lo mejor no lo eres —decidió.

Justo así.

Justo como si no fuera algo importante que básicamente hubiese admitido desalentar la relación de Beth y mía. Justo como si no estuviera diciendo básicamente que Beth estaría mejor con otro hijo de puta.

Yo no podía respirar. Beth tenía en gran estima la opinión de esta jodida perra, y ella no estaba de mi lado. Fue el peor resultado posible para toda la mañana, y yo estaba... con el corazón puñeteramente roto y avergonzado.

Pero yo no era bueno en estar afligido y avergonzado.

Yo era bueno en ser un idiota.

Mis puños se apretaron y mi visión se tornó roja mientras explotaba.

—¿Quién carajo te crees que eres? —Y apreté mi mano con tanta fuerza en mi chaqueta, que se sacudió. Ella me miró, pero yo ya me dirigía a la puerta, abriéndola con fuerza y buscando a Beth en mi prisa para irme para la mierda de ahí.

Mientras me alejaba pisoteando, sosteniendo la pequeña mano de Beth en la mía, Sarah dijo que me vería pronto.

Nunca pensé que esa perra tuviera razón.

* * *

Era lunes por la tarde, solo dos días desde la última vez que había venido aquí a la oficina de la doctora Sarah. Realmente no me gustaba estar en esta habitación. El suave suspiro de Beth a mi lado consoló ligeramente mi ansiedad, pero no lo suficiente. *¿Qué diablos estoy haciendo aquí?* Me pregunté por enésima vez desde esta mañana.

No era que yo fuera un bicho raro encapotado o algo así, pero... *puñetero infierno*, esta perra Sarah estaba *loca*.

No como *mi* tipo de locura. No como cualquier tipo normal de locura. Era la clase de jodida locura *terrorífica* porque no parecía una locura. Así que, me sentía furioso. Porque esta vez, había sido *mi* mente y cuerpo frenándonos, y yo no era como Beth. Ella era buena en el manejo de ese tipo de mierda, y yo era...

Bueno en evitar.

Y esto era lo que malditamente odiaba de la doctora Sarah. Ella había estado en lo correcto esa mañana, y ella sabía que yo sabía que ella tenía razón. Ella también sabía que yo era demasiado jodidamente orgulloso para alguna vez admitir esa mierda, así que había dejado que nos alejáramos, sabiendo que yo estaría de vuelta.

Y yo estaría jodido si no estuviera aquí (dos días después) sentado en su maldito sofá y despidiéndome de cada pizca de mi dignidad. La doctora perra era una jodedora de mentes. Simple y clara. Ella podía ver en mi cabeza y girarla de

modo que un pequeño comentario tocaría una fibra sensible y me hiciera entrar en pánico. Ella había usado eso en mi contra. Había meneado su camino en mi cabeza y plantado semillas de duda, me había hecho sentir como si estuviera deteniendo a Beth y que ella estaría mejor con otra persona. Ella sabía cómo usar mis peores temores en mi contra para hacer su mierda. Era sádico. Era malvado. Era poco ético.

También era tan jodidamente... *genial*.

Tal vez era por eso que estaba aquí ahora. Estaba demasiado intrigado con el arte de joder las mentes para mi propio bien. Quiero decir... *mierda*. ¿Cómo diablos *hizo* eso?

Después de que en realidad había saltado mi propio obstáculo, me quedé analizando la sesión y su serie de preguntas. Para ese momento, yo no había notado ninguna rima o razón en ellas, pero mientras más me obsesionaba (y mierda, yo era realmente bueno en obsesionarme) más que empezaba a ver los patrones sutiles. Yo quería ver más.

Pero también sabía que el encanto de su destreza jodedora de mentes no era la razón por la que estaba aquí en este momento. Yo estaba aquí porque había una chica hermosa a mi lado esta vez, y ella necesitaba que enfrentara mi mierda antes que pudiera tener la esperanza de enfrentar *nuestra* mierda. Yo supe en el segundo en que salimos de la ducha que era un caso perdido. Sus ojos estaban tan condenadamente ligeros y felices, y... bueno, está bien, ella era un poco cachonda también, pero sobre todo, ella estaba solo feliz.

No había mejor sensación en este mundo que verla feliz y sentirse como si *esto* pudiera funcionar. Esto podría ser permanente y bueno en todas las formas correctas.

Todo lo que tenía que hacer era conseguir que la doctora Sarah viera mi devoción.

Yendo contra viento y marea u orgasmos terribles, estaba decidido a hacer este trabajo de mierda. No había otra opción para mí.

Miré a mi chica sentada a mi lado, tomándose un capuchino con los pies metidos debajo de su cuerpo. Se veía tan jodidamente cómoda en esta oficina, toda acurrucada en el sofá. Y linda. Derramó una gota de su café en su sudadera negra y se limpió con amargura.

—Mierda —maldijo en voz baja, frunciendo el ceño en una pequeña mueca.

Cristo, le había dado una maldita boca tan sucia.

Tal vez yo podría darle algo digno de tener en esta ocasión. Y eso era realmente la esencia de ello, pensé. El arte de joder las mentes era intrigante,

pero no era nada en comparación con la posibilidad de ayudarla... de entenderla.

Beth me pilló mirando y luego se encontró con mi mirada, poniendo los ojos en blanco mientras sus labios temblaban. Le sonreí de vuelta.

Yo le había dado más que mi boca sucia, supuse. Tenía mi dormitorio, mi casa, mi baño, mi corazón... mis bolas. Lo tenía todo, todo el tiempo que lo quisiera.

Ella no era la causa, ella era la razón.

Cuando la doctora Sarah entró, ni siquiera mostrándose sorprendida de verme allí sentado, la brillante y loca perra. Solo caminó a trompicones con un montón de mierda en sus manos y se dejó caer en su silla, recuperando su libreta y bolígrafo y mirando hacia arriba con una pícaro sonrisa concedora.

—Es muy bueno verlo de nuevo, señor Lane. Vamos a empezar esta fiesta, ¿de acuerdo?

* * *

Solo acompañaba a Beth a sus sesiones de los lunes, dejando el jueves para lo que quisiera discutir con Sarah en privado. Insistió que no existía tal discusión, pero no me importaba una mierda. No quería que editara cosas por mi causa, y Sarah estuvo de acuerdo en que era lo mejor.

Sarah también sugirió que tuviera mi propia sesión de jueves, con otro terapeuta masculino si lo prefería. Ella siguió presionando, diciendo lo mucho que la atención individual podría ayudarme a conseguir sacar la mierda de mi pecho. Tenía muchas recomendaciones para la posición del pobre hijo de puta que quería que yo hablara por una hora a la semana, pero siempre me negué.

Un jodedor de mentes a la vez, por favor.

No estaba acostumbrado a oír a Beth hablar tanto. Parecía tan a gusto, charlando con Sarah mientras usualmente yo observaba y analizaba sus interacciones. Luego nos íbamos y nos dirigíamos a casa, y ella siempre cocinaba algo específicamente para mí. Nunca se dijo en voz alta, pero yo siempre lo supe.

Las noches tenían su propia rutina. Beth y yo ahora nos duchábamos juntos.

Cuando habíamos traído a colación a Sarah que ya lo habíamos hecho una vez, ella no había parecido estar en contra de ello. No necesariamente, a favor *de* ello. Pero no en contra. Beth y yo habíamos dejado esa sesión con miradas de complicidad.

No fue un «no».

Ninguno de nosotros tuvo que siquiera decirlo en voz alto cuando llegó la hora. Ella solo me había seguido al baño y se había desnudado conmigo. Retire

cada referencia de «a la mierda con mi vida» que había hecho esa semana mientras entrábamos en la ducha esa noche.

Ducharme con mi chica era la mejor parte de mi día. Era un hecho conocido común que yo me bañaba por las mañanas. Siempre lo había sido. Me gustaba la forma en que me despertaba y me lavaba la mierda de la noche anterior. Pero las noches ya no eran una mierda, y las mañanas eran apresuradas. Duchas desnudas aceleradas era jodidamente inaceptable.

Descubrimos que las duchas eran un lugar perfecto para ser íntimos y cercanos. Nuestra cama era agradable y todo, pero Beatrice era realmente una verdadera puñetera rigorista acerca de la mierda de la puerta. *Siempre* estaba abierta. Si no fuera por la ducha, nunca tendríamos una mota de total privacidad. No podía quejarme de ninguna manera, dado que aún podíamos dormir juntos, e incluso Beth había declarado que los dos teníamos dieciocho años y que no se nos podía ordenar mantener la puerta abierta. Pero estábamos viviendo bajo el techo de Albin, y lo hacíamos más por respeto que por cualquier otra cosa, así que las duchas eran nuestra oportunidad única para la total privacidad.

Por desgracia, no eran realmente eróticas ni nada.

Con la excepción de lavarlos, ella no había tocado mi pene desde la última noche. Lo mismo sucedía con ella. Yo estaba tratando de seguir su curso de la terapia, y esperando alguna indicación de que *ese* tipo de intimidad era aceptable. Sarah probablemente tenía algún tipo de plan o lista de control o alguna mierda así. Posiblemente habíamos acelerado el proceso un poco, pero había funcionado. Si no por nada más, por lo menos estábamos cómodos desnudos alrededor del otro y tocándonos sin la inmediata promesa de llegar al orgasmo.

Pero nunca me masturbaba tampoco. La mano de Beth alrededor de mi polla había medio arruinado eso para mí. Ahora, se sentía puñeteramente aburrido. Soso. Patético.

Aunque, solo porque nunca nos íbamos por el camino sexual no significaba que no estuviese erecto desde el segundo en que entrábamos en el baño hasta que ella me tarareaba para dormir. Beth estaba bastante familiarizada con mi erección para ahora. Se encontraba entre nosotros en la ducha y se aplastaba contra ella cuando nos tumbábamos en la cama.

Ellas deberían estar tratándose de nombre de pila ahora.

Septiembre se convirtió en octubre, y yo nunca había estado tan jodidamente contento con una rutina en toda mi vida. Ahora me daba cuenta de por qué me gustaban las rutinas. Sabía qué esperar, cuándo esperarlo, y las pequeñas

sorpresas en el medio eran suficientes para hacer que mis días se sintieran adecuadamente impredecibles. Desde el amanecer hasta la puesta del sol, seguía nuestro nuevo flujo.

Nos despertábamos e íbamos a la escuela. Me rompía el culo para subir mis calificaciones y enmendar las clases que me había perdido. Me relajaba con Darren y me metía con Daphne. Beth se centraba en sus pequeños retos, como usar baja la capucha más o caminar más lejos de los casilleros. No era algo de recuperación pronta ni nada parecido. Los cambios que hacía en sus rituales del día a día eran tan sutiles que la mayoría nunca se daban cuentas.

Yo lo hacía.

Me gustaba ver la capucha baja y siempre lo declaraba cuando me encontraba con ella en el patio.

Entonces, un lunes en el almuerzo, ella irrumpió en el comedor. Mi clase de comercio había terminado temprano, y no la había esperado, a pesar que me sentía como un pequeño cachorro perdido y patético cada vez que caminaba sin ella. Terminé llegando a la mesa antes que nadie más y había estado mirando a la puerta, esperando, durante al menos diez minutos.

Su sonrisa era visible desde el otro lado de la habitación, y mis labios imitaron automáticamente su sonrisa. Tenía la capucha hacia abajo, como solía hacer en el almuerzo. Su cabello era inusualmente salvaje a medida que caía alrededor de su rostro, pareciendo revuelto por el viento o alguna mierda así. Sostuve su mirada divertido mientras se dirigía a través del cuarto, corriendo hacia mí. Mi espalda se enderezó en su acercamiento impaciente y no pude contener la ampliación de mis ojos cuando ella saltó sobre mí.

A horcajadas.

Jodidamente montándome.

Su peso fue sutilmente rebotando a la vez que sus piernas descansaban sobre mis caderas y lanzaba sus brazos a mi cuello, plantando un beso (rápido y duro) en mis labios y apartándose. Estaba sonrojada y jadeando, y se acercó más a mis caderas cuando se apartó para mirarme a los ojos.

Tragué saliva y mis manos fueron a sus muslos sin notar casi las miradas escandalosas de la multitud del comedor. Entonces me di cuenta de que estaba hablando.

—Toqué a Benjamin —comenzó en un suspiro, liberando mi cuello y aún sonriendo como el puñetero gato de *Cheshire*—. Rocé su hombro, totalmente por accidente, y no me asuste ni nada —inhaló, continuando su rápido recuento mientras agitaba sus manos animadamente, haciendo un gesto hacia su hombro

izquierdo—. Todavía se sintió un poco... no sé... ¿erróneo? Extraño, ¿tal vez? Pero no fue como un completo ataque de pánico, ¿sabes?

Le devolví la sonrisa y escuché como si estuviera embelesado. Aunque, sin duda, su forma de revolotear montada sobre mí me estaba haciendo difícil concentrarme, sus muslos internos rodeando mis caderas. Hoy llevaba el apretado suéter marrón debajo de su sudadera con capucha, y podía imaginarme perfectamente la forma en que abrazaba sus pequeñas caderas y pechos turgentes. Me estaba distraendo.

Bueno, eso y el hecho que yo quería reventar la cara del maldito Benjamin Brown.

No era que me sintiera inseguro, pero no estaba acostumbrado a ver a Beth de esa manera. Su puño ocasionalmente chocando con Darren ya hacía quemar mi pecho salvajemente. Quería saltar sobre la mesa y acabar con él, a pesar que me daba cuenta de era *solo* Darren. No le haría daño, y él solo tenía ojos para el culo de Daphne. Pero aún así me hacía sentir... como un imbécil posesivo o algo así.

No podía conseguir controlarlo.

Porque estaba ocupado siendo enroscado en un puño apretado que quería romper la puñetera cara de Brown. Sonreí con rigidez y apreté los dientes mientras le mentía:

—Eso es tan jodidamente increíble, Beth. —La tensión en mi voz debió haberme traicionado porque su sonrisa empezó a desvanecerse lentamente.

—¿Qué va mal? —Preguntó, preocupada, una pequeña arruga formándose entre sus ojos.

Fue entonces cuando me di cuenta que mi estúpida mierda estaba arruinando esto para ella. Era una cosa muy importante, uno de los mayores logros hasta el momento, y yo estaba sentado aquí con una hermosa chica en mi regazo y estropeando su felicidad con mi mierda posesiva. Sonriendo con la mayor facilidad que pude reunir, me incliné y le di un beso, con promesas.

—Podemos hablar de eso más tarde con Sarah.

Frunció el ceño y se levantó de mí, tomando el asiento a mi lado y asintiendo con la cabeza. Cogió un libro y comenzó a leer en silencio. Me sentía como si acabara de ser golpeado en el estómago. Ella vino a mí sonriendo y emocionada y feliz, y un pequeño tono de mi voz tenía la capacidad de acabar con eso. Por completo.

Pasé el resto del día tratando de preguntarle sobre el evento, con la esperanza de agitar su entusiasmo, de nuevo, pero siempre era a medias.

Esa tarde, la doctora Sarah nos estaba esperando en su oficina. Cuando Beth y

yo estuvimos finalmente acomodados, lo primero que salió de la boca de mi chica fue:

—Toqué a Benjamin Brown hoy, y algo anda mal con Maddox.

Wow. Ella trabaja rápido.

La doctora Sarah y Beth me miraron, expectantes, y me retorcí bajo su escrutinio.

—Bueno, algo va bien y algo va mal. ¿Abordemos este último en primer lugar? —preguntó la doctora Sarah cuando no ofrecí voluntariamente información.

—No es nada malo —insistí, volviéndome hacia Beth y repitiendo—: En verdad, no es nada malo. Solo... me atrapaste con la guardia baja o una mierda así. Es... es una estupidez. —*Y vergonzoso.*

—¿Estupidez? —Preguntó Sarah.

—Sí, es... ni siquiera vale la pena mencionarlo. —Me encogí de hombros. Ella tarareó, asintiendo mientras escribía.

—No vale la pena mencionar. ¿Por qué?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Beth con esta expresión irritada.

Ambas me estaban mirando. Joder, odiaba cuando hacían eso. Era una rareza para todo centrarse en mí al mismo tiempo.

—Deberías sacarlo de tu pecho, Maddox —advirtió Sarah con voz cantarina.

Resoplando, decidí que era mejor que ser mirado así durante una hora, por lo que confesé, rompiéndome bajo presión.

—Más o menos quiero apuñalar a cada hijo de puta que la toca.

Los labios de Beth se abrieron como si no estuviera esperando esa respuesta, pero Sarah... Sarah sabía lo que iba a decir antes que lo dijera. Ella sonrió con paciencia.

—¿Te sientes celoso?

—No.

—¿No? —Preguntó ella—. ¿Posesivo, quizás?

—No —mentí, y luego ante su mirada medida y cara baja, admití en voz baja—: Tal vez.

—¿Qué?! —Intervino Beth acaloradamente volviéndose hacia mí con una mirada incrédula—. ¡Eso es ridículo! Hoy fue realmente enorme para mí y tú... —Apretó los dientes y siseó—. Benjamin Brown huele como un casillero lleno de alimentos en descomposición por semanas. Él es repulsivo, e incluso si no lo fuera, no soy una posesión.

—Beth, Beth —intervino Sarah—. ¿Qué decimos sobre responder a la

honestidad con ira?

Ante la sugerente reprimenda, Beth respiró hondo y se acomodó en el sofá, murmurando:

—Las rabietas son para los niños.

—Correcto —alabó Sarah, y sonreí, bastante satisfecho de que *esa* maldita frase estúpida no estuviera dirigida a mí por una vez—. Limpia esa sonrisa de suficiencia de tu cara, Lane, y dime por qué no confías en Beth.

Perra.

—¡No es en Beth en que no confío! —Insistí—. Mira —empecé mientras me giraba hacia Beth con un resoplido. Ella tenía sus brazos sobre su pecho, los ojos entrecerrados. Rotundamente, le expliqué—: Los muchachos de nuestra edad solo piensan en una cosa, ¿de acuerdo? Si no fuera por el atletismo de equipo, todos los chicos en la escuela tendrían un grave problema de circulación. Toda su sangre va directamente a sus pollas.

La mandíbula de Beth cayó y me miró boquiabierta durante unos tres segundos. Luego, sus cejas se fruncieron y comenzó a jalar sus mangas.

—No haces deportes de equipo —observó.

—Y mi piel es muy pálida, ¿no es así? —le confesé en un susurró, con una sonrisa seca—. Especialmente en la ducha. Haz tus cálculos —y me giré hacia la doctora Sarah, sintiendo como si hubiese aclarado mi punto adecuadamente.

Beth ya sabía para este momento hacía donde iba toda mi sangre.

Estaba de todos los tipos de rosado y sonrojada cuando resopló.

—No hace ninguna diferencia. Incluso si ellos lo quisieran, no podrían tenerlo. —Y entonces ladeó la cabeza hacia un lado, y su cabello cayó por encima del hombro, y miró hacia abajo, y que me aspen si sus labios no se arquearon.

Pasamos el resto de la hora discutiendo mis tendencias posesivas y el conflicto entre resentimiento y disfrute de ellos por parte de Beth.

—No es que me guste —se corrigió cuando Sarah le preguntó. Me miró con una mirada curiosa, buscando mi cara—. ¿Es más como... que lo he sentido antes? Con Maddox y Lauren, y esa zorra de Mery quien languidece por completo por su pene. Ella lo dijo una vez en una carta que encontré en su habitación hace unos meses. —Puse los ojos en blanco, pero continuó—: ¿Y supongo que significa que él debe sentir lo mismo por mí que como yo me siento hacia él? Como si estuviéramos iguales —terminó, y señaló—: Mi competencia es interminable.

—¿Maddox? —Preguntó la doctora Sarah después de haber terminado—. ¿Te

gustaría decir algo sobre eso?

—Aparte de que cualquier competencia existente es total y jodidamente ridícula, no —le respondí secamente—. Pero... no estoy en el lugar para decirlo, dado en cómo batallo con las mismas...— Me callé y terminé en un gruñido—, inseguridades.

Vale, vale. Yo era un hijo de puta inseguro.

La doctora Sarah sonrió suavemente cuando finalmente lo admití.

Capítulo 47: Hijo de putas Gráficos Ácidos.

SEGUNDA PARTE.

Maddox

Esa noche, mientras me metía en la cama, todo mojado y limpio, y con mis bolas completamente azules, Beth se paró en la puerta, mirándome. Aún no había cepillado su cabello y estaba todo húmedo, enredado, cayendo en cascadas sobre sus hombros en rizos espesos.

—¿Qué? —Le pregunté apartando las mantas hacia atrás y dándole unas palmaditas en su lugar a mi lado. Tenía esta expresión extraña en su rostro, y me miraba con los labios fruncidos. Ella estaba tan limpia y húmeda y... *joder* sus pezones estaban erectos, sobresaliendo de la delgada camisa que estaba usando. Pero siendo sincero, las duchas conseguían que mi mente solo se concentrara completamente en una cosa.

Erecto era la palabra de la noche.

¿Era raro que verla en mi camisa y calzoncillos fuera igual de sexy que verla parada en la ducha completamente desnuda y puñeteramente enjabonada?

—Nada. —Se encogió de hombros, pero comenzó a medio... balancearse sensualmente a la vez que se pavoneaba hacia la cama. Enarqué una ceja y... *¿acabo de ponerme más duro? Mierda—*. ¿De qué color era la camisa que Lauren estaba usando hoy? —Preguntó de repente cuando se acercó, subiéndose a la cama... en un lugar inusual. A mis pies.

Mi respiración se detuvo cuando se montó sobre mí y aplasté mi espalda contra la cama, viendo todo su cabello mojado rozar mis piernas y muslos a medida que se arrastraba por mi cuerpo.

Cabalgándome para la mierda. De nuevo.

El cuello de su camisa se hundió y obtuve un vistazo de sus tetas. *Definitivamente, definitivamente, erecto.*

—Uh, no lo sé —respondí con incertidumbre cuando se quedó inmóvil, sentada a horcajadas sobre mis caderas. Suprimí un gemido y lancé mis ojos hacia la puerta abierta—. Beatrice —advertí en un susurro, a pesar que mis manos se fueron a sus caderas. Llevaba mis calzoncillos y mi cintura era más grande que la de ella. Se hundieron fuera sus caderas y expusieron la parte superior de sus bonitas bragas. La presioné más cerca y medio sonreí e hice una mueca al mismo tiempo porque no había mantas gruesas entre nosotros, y

mierda... podía sentirla. Cerré los ojos y presioné mi cabeza en mi almohada, levantando mi erección contra el peso de su cuerpo.

No fue exactamente involuntario. Después de todo, una gran parte de nuestra terapia era aprender a aprovechar de las indulgencias sin sentir culpa.

Sí, eso estaba destinado a ser dirigido hacia vivir en la casa de Albin y Beatrice y aceptar su amor.

Sí, estaba retorciendo su significado para justificar el frotar mi polla contra Beth.

No, no me importa una mierda.

—Hmm —tarareó, apoyando las palmas de las manos a ambos lados de mi cabeza e inclinándose para susurrarme al oído—: Beatrice nunca sube aquí, y lo sabes. Y Lauren estaba usando ese escote rojo redondo con sus tetas apuntando justo hacia ti. —Entonces ella sacudió sus caderas e hice este sonido realmente repugnante que estaba en algún lugar entre un sofoco y un "joder". Su aliento era caliente contra mí, haciéndome cosquillas en el lóbulo de la oreja, su respiración se profundizaba de manera audible.

Mis ojos se dirigieron hacia la puerta abierta de nuevo y yo... me consentí el empujar contra ella. Mi estómago se tensó.

—No me di cuenta —respondí distraído—. Tú estabas usando ese suéter marrón... bajo y... tan jodidamente apretado... —Mi voz se apagó en ese suspiro angustiado y mis manos se movieron a su culo. Metí mis dedos por debajo de los calzoncillos que ella llevaba y acaricié la piel de allí.

La miré a los ojos por un segundo, demasiado paranoico por la puerta abierta para mantener el contacto visual por más tiempo. Tenía sus ojos cerrados y sus mejillas estaban rojas mientras sus labios se separaban.

—Bésame —jadeó.

Capturé sus labios y de inmediato, su lengua estaba presionando contra mí. Abrí la boca y me encontré con su lengua, gimiendo con suavidad a la vez que frotaba mi polla contra ella, apretando mis dedos en su culo y masajeando su carne suave. Parecía como si nunca nos besáramos así... cachondos y despreocupados. Mis ojos aún estaban abiertos, fijos en la puerta, y el beso era lujurioso y paranoico y lleno de sus pequeños jadeos y sus caderas se mecían contra mi pene y... *maldición, ¿por qué no pudimos haber hecho esta mierda en la ducha?*

Cuando se apartó, apoyó su frente en la mía y respiró entrecortadamente contra mi cara. Se lamió los labios enrojecidos.

—Cada vez que me pongo celosa o lo que sea, te imagino en la cama

esperando por mí y apartando las mantas como acabas de hacer —susurró en explicación y llevó sus labios a mi cuello, besándome de golpe la oreja. Yo estaba jadeando y retorciéndome y mirando la puerta y más duro que...

Estaba tan condenadamente confuso que ni siquiera podía idear una analogía acertada.

Y yo era un hijo de puta genial en las analogías. Así de duro estaba.

Pero entonces ella tragó y estaba chillona y nerviosa y su aliento era jadeante en mi oído. Sus siguientes palabras salieron en un susurro tembloroso:

—Eso me pone... *húmeda*.

Mi cuerpo se tensó y mi aliento se atascó en la garganta.

—Santa madre de mierda —articulé, ladeando mi cabeza para mirarla a los ojos. Su mirada era tímida y se mordió el labio, atrapando la piel carnosa entre los dientes. Traté de encontrar mi voz. Estaba perdida en algún lugar de *la-villa-donde-Beth-dice-nuevas-cosas-sucias*—. Cristo, Beth, no puedes... no puedes... *decirme* ese tipo de mierda —insistí, sus palabras resonaban en mi mente una y otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

—¿Porque no te gusta? —Preguntó en esta pequeña voz, apretando sus muslos a mí alrededor.

—No —respondí, negando con la cabeza y emitiendo un gemido-casi-risa—, porque cuando lo haces, me dan ganas de investigar, y los dos sabemos que no puedo. —Recalqué esta verdad deslizando mis dedos, peligrosamente cerca de donde ella probablemente los quería, y mirando a la puerta. Me presioné contra ella y la empujé a mi polla, retorciéndome un poco porque yo era un inseguro hijo de puta caliente que estaba aprendiendo a permitirme cosas.

—Siempre puedes investigar lo que es tuyo, ya sabes. Yo no me opondría —dijo, y supe que estaba sonriendo incluso aunque no pude verla. Y entonces se deslizó contra mí, moviendo sus caderas hacia atrás y dirigiéndose a sí misma a lo largo de mi polla, que estaba metida entre nosotros.

—Beatrice —me atraganté de nuevo, pero puse mis manos en sus caderas para hacerle saber lo mucho que me gustaba todo ese asunto del deslizamiento. De hecho, «el deslizamiento» era oficialmente mi nueva cosa favorita. Había pasado demasiado tiempo. Media masturbación en seis meses no era suficiente para contener al hijo de puta hormonal adolescente dentro de mí.

Por supuesto, ahora me comprendía que el hijo de puta hormonal adolescente no existía.

Él solo era una excusa para querer algo que no creía que merecía tener.

Jodido infierno, ¿por qué estoy pensando en esta mierda ahora?

—Ya te lo dije —repitió ella, con un suspiro—. Nadie sube aquí. ¿Han venido alguna vez? —Preguntó, y luego presionó sus tetas contra mi pecho, meciéndose más fuerte contra mí. Su peso encima de mí era mínimo, pero tan puñeteramente pesado al mismo tiempo. Contraía mi pecho y hacía que sintiera como si respirar fuera imposible. Burbujeaba dentro de mí y me expandía y eso era demasiado malditamente vago para siquiera describirlo mentalmente.

—Pero... Beatrice y... Sarah, y... no es donde... cuando, tú... *mierda*, Beth, ¿por qué no pudimos haber hecho esta mierda en la ducha? —Le pregunté tenso y rígido, haciendo eco a mis pensamientos anteriores porque era obvio que sería jodidamente imposible verbalizar de forma coherente los nuevos pensamientos.

—Detente —susurró, finalmente quedándose quieta contra mí y permaneciendo en silencio hasta que la miré. Cuando lo hice, sus cejas estaban plegadas y arrugadas y un pequeño resoplido escapaba de sus labios entreabiertos—. No hice esto en la ducha porque quería hacer *esto* —explicó, deslizándose contra mí una vez más. Mi mandíbula se cerró y contuve un gemido, mirando sus ojos caídos. Continuó con la respiración agitada—. Y las cosas tienden a ser... resbaladizas en la ducha. Los accidentes pueden ocurrir y cuando tengamos relaciones sexuales, no será un accidente, ¿verdad? —Preguntó, alzando las cejas con expectación. Asentí con la cabeza y tragué, todavía desviando mi mirada de la puerta hacia ella.

Ahora tenía curiosidad acerca de este asunto del sexo. Me preguntaba si podríamos establecer una fecha o algo así, pero me imaginé que preguntar algo así sería una mierda un poco deplorable. Entonces me pregunté cuándo me había vuelto tan jodidamente codicioso.

—Por favor —suplicó emitiendo un suspiro que aplastó con más fuerza sus tetas contra mi pecho, y meciéndose en mí de nuevo, con sus ojos cerrándose mientras sus pestañas revoloteaban y sus labios se entreabrían. En un susurro desigual, casi inaudible, agregó—: Ha pasado tanto tiempo, Maddox...

Y entonces me di cuenta que Beth probablemente llevaba más tiempo que yo. Recordé lo que me había dicho ese día que nos reconciamos sobre mis imperfecciones; que yo le negaba a los otros lo que querían por mi propia creencia de que era demasiado indigno para disfrutar de los beneficios consiguientes.

Bueno, decidí entonces que podía avanzar un orgasmo a la vez.

—¿Cómo esto...? —Le pregunté, sin dejar de mirar a la puerta y deslizándola a ella por mi longitud, elevándome a mí mismo hacia ella con una inhalación brusca.

Y entonces ella gimió. En realidad no fue un fuerte gemido, sino uno de esos gemidos tipo tarareo. Reverberó, desde su garganta hasta su pecho por nuestras ingles conectadas y me hizo jodidamente *temblar*.

—Dios, sí —respondió ella, repitiendo el movimiento. Se elevó a sí misma en sus palmas una vez más y me miró mientras se mecía y suspiraba. Su cabello mojado blindaba nuestras caras y hacía difícil ver la puerta. Por supuesto, después de unos cinco o seis más de esos jodidamente deliciosos deslizamientos de cadera, era un poco como... "¿Qué puerta?"

Ella se elevó y quedó por encima de mí, minimizando el contacto de sí misma en contra de mi polla a un mero pastoreo.

—Esto... —susurró, simplemente rodando sus caderas y rozando su clítoris contra mí. Sus ojos eran oscuros mientras se movía—... se siente tan bien... — Así que me mantuve mayormente quieto, solo dejándole hacer lo que se sentía bien a la vez que mis ojos vigilaban la puerta. El movimiento de sus caderas era tan increíblemente *lascivo*, los pequeños barridos contra mí y sus jadeos cuando aceleraba sus movimientos, haciéndolos erráticos de la manera más sexy. Se sentía tan puñeteramente... privado. Como si yo estuviera de alguna manera espionando este pequeño momento sin completa restricción. Ella no escondió nada. Ni la forma en que giraba sus caderas o como se movía a un lado para conseguir el contacto de la cabeza de mi polla. Ella me permitió ver su expresión concentrada, escuchar su maullido y respiraciones ridículamente sexy y desiguales.

¿Estaba... usándome para correrse?

La idea me volvió malditamente loco. Mi cabeza estaba nublada con sus respiraciones calientes y rozaduras sobre mi polla cuando la instruí en un susurro:

—Así está bien. Simplemente se siente bien... —Y luego pensé: "*A la mierda la puerta*", y me centré en su rostro, toda enrojecida y arrugada en concentración. Moví mis ojos hacia abajo hasta el cruce donde nos encontrábamos, y la observé revolverse contra mí. Y entonces tragué. Y entonces empecé a jadear con ella, anhelando más fricción y controlándome a mí mismo hasta que ella obtuviera el suyo.

Se movía de forma frenética, fijando sus ojos en los míos, pero claramente enfocados al tiempo que su rostro se ponía brillante con una fina capa de sudor que burbujeaba.

—Toca... —jadeó, arqueando su espalda contra mi pecho. Sin dudar, mis manos se apartaron de sus muslos y se colaron bajo su fina camisa, buscando la

suave piel de sus tetas y acariciándolas con bastante entusiasmo.

Más gemidos.

Amasé y acaricié mientras se movía con urgencia contra mí, estimulándome a la vez que mis manos se hacían más insistentes, pellizcando sus pezones y palmeándolas con entusiasmo.

No podía recordar haber tenido antes este tipo de experiencia sin sentir algún tipo de vergüenza o culpa. A menudo me he preguntado de qué era todo el puñetero bombo. Tener orgasmos era divertido y todo, pero ¿qué pasa después? ¿Qué pasa cuando me acostaba en la cama por la noche y me daba cuenta que yo había experimentado el placer y había usado a alguien para conseguirlo? Estaba mal, y sin embargo ahora, era lo correcto.

Porque Beth no me estaba usando para obtener placer.

Me estaba dando el regalo de ver su placentera experiencia, mostrándome alguna parte de sí misma que probablemente estaba reservada para la exploración embarazosa muy en la noche o algo así. Era tan real, verla deshacerse por completo de esa manera. Era casi como si no le importara verse ridícula. Ella podía superar eso y dejarme disfrutar a su lado.

Fue realmente épico, verla revolverse y retorcerse y rozarse. Uno de sus huesos de la cadera sonó y fue ruidoso y a ninguno de nosotros realmente le importó una mierda sobre ello.

—Estoy muy cerca —susurró, mirándome con esta expresión seria que era casi cómica, como si yo pudiera hacer algo para inadvertidamente hacerle perder el orgasmo.

Me seguía repitiendo a mí mismo que no me riera. Su voz había sido de puñeteramente advertencia. Ella me sostuvo la mirada con la misma expresión de "No jodas esto" y empezó a ir increíblemente rápido. Todavía tenía sus tetas en mi mano, y recordaba de forma esporádica tocarlas y masajearlas. Luego sus muslos se apretaron alrededor de mis caderas y sus cejas se juntaron, succionó sus labios en su boca y comenzó a temblar. Cuando liberó sus labios, ellos se separaron y gimió.

—Oh, Dios...

Supe cuándo estaba pasando porque ella finalmente (*finalmente*) se presionó a sí misma completamente sobre mi polla y se retorció encima de ella, con los ojos completamente apretados. Con sus dientes fuertemente apretados, gimió y se sacudió con fuerza contra mí, temblando cuando los talones de sus pies se hundieron en mis muslos.

Liberando duros y bruscos jadeos, me presioné de nuevo en ella y finalmente

me permití hacer lo que se sentía bien para mí. Se dejó caer encima de mí, jadeando cuando levanté mis caderas y deslicé mi polla contra ella, con los ojos siempre vigilantes y fijos en la puerta. Agarré sus pequeñas caderas y la moví en oposición a mis embestidas, encontrando su mirada agotada con lo que probablemente fue una expresión realmente desesperada e impaciente.

Quiero decir, yo estaba teniendo sexo con ella sobre la ropa, por el amor de Dios.

¿Qué diablos era yo? ¿Un chico de doce años con deficiencia de dedos?

Pero cumplió su cometido, y yo ya estaba cerca cuando ella empezó a besar mi cuello.

—Acabo de llegar tan fuerte en tu polla... —medio ronroneó, medio resopló en mi oído.

Y entonces un pequeño pedazo de mí malditamente murió y se fue Al-Cielo-Del-Deslizamiento.

Y luego agarré sus caderas, gruñí y empujé mi polla hacia ella. Y entonces me corrí.

En mis pantalones.

Temblando, me revolví entre nosotros y la apreté con fuerza, gimiendo en su cabello húmedo que cubría mi cara. Tiré mi cabeza en la almohada y siseé a la vez que me impulsaba y retorció en su contra, llegando al orgasmo gloriosamente.

Cuando finalmente fui reducido a una pesada respiración y un desastre de murmullo incoherente, la abracé con fuerza y olvidé todo sobre la puerta y el hecho que necesitaría limpiarme de nuevo.

Yo no sentí ninguna culpa esa noche, solo las contentas pequeñas respiraciones de Beth contra mi pecho.

* * *

—Estoy como... *así* de cerca de vomitar —dijo Daphne parándose en la puerta y mordisqueando un tallo de apio. Levantó dos dedos para indicar exactamente cuán cerca estaba, pero en todo lo que podía concentrarme era en ese palo frondoso de mierda.

¿Quién coño come apio? ¿Apio solo?

—Encantador —murmuré en el cabello de Beth—. ¿Sin embargo, podrías hacer eso en otro lugar? —Le pregunté con aire ausente, frotando pequeños círculos alrededor de los huesos de la cadera de Beth.

Mi chica acababa de llegar a casa de su sesión del jueves, y yo la había tirado conmigo en el sofá. Nunca nos relajábamos así en la casa. Por lo general,

Beatrice me asustaba o yo solo me sentía incómodo. Sin embargo, hoy era diferente. Hoy, mi chica estaba en uno de esos estados de ánimo abatidos y no me importaba una mierda.

Beth suspiró encima de mí, su espalda apoyada en mi pecho mientras nos acostábamos en el sofá, contra el reposabrazos. Estaba acunada entre mis piernas, haciendo girar su anillo en mi dedo.

—¿No tienes algo que hacer, Daphne? —Preguntó ella con ligereza, apoyando la cabeza en mi hombro.

Daphne se encogió de hombros y masticó.

—Darren salió con su mamá.

—Darren... —me burlé, haciendo rebotar un poco a Beth mientras me reía.

Beth apenas esbozó una sonrisa.

Daphne pareció realmente usar sus poderes de observación y finalmente nos dejó solos.

Después que ella se hubiera ido, suspiré y me hundí más profundamente en los cojines del sofá, aplastando a Beth contra mí con fuerza.

—¿Cómo estuvo tu sesión? —Le pregunté con cautela, ya que, obviamente, la había afectado. Después de la escuela, ella había estado bien.

Se encogió de hombros y se metió el cabello detrás de la oreja, no respondiendo descaradamente.

Esa mierda no sería suficiente.

—Por favor, no dejes que esa mierda se enconé—le rogué sobre su piel, apretando mis labios en su cuello y suspirando. Yo no quería presionar, pero verla deprimirse alrededor de la casa de esta manera sin saber por qué me iba a convertir seriamente en un completo hijo de puta.

Se volvió ligeramente y cerró los ojos, presionando su cara en mi cuello.

—Podemos hablar sobre ello el lunes —prometió en voz baja y metió las manos por debajo de su barbilla.

Bueno, eso era malditamente insultante.

—¿Entonces... qué? —Le pregunté, inclinándome ligeramente hasta que se encontró con mi mirada—. ¿No podemos tener una conversación a menos que Sarah esté allí como mediadora? —Sentí que mi frente se fruncía y mis brazos se aflojaban a la vez que miraba a su cara de ¿Oh-yo-medio-la-jodí-un-poquito-verdad? *Sí, ciertamente lo hiciste.* Rígidamente decidí—: Eso es una completa mierda.

—Eso no es lo que quise decir... —insistió con el ceño fruncido.

Enderezándonos en una completa posición sentada, me aparté y reí, pasando

las manos por mi cabello en señal de frustración.

—Sé que no lo hiciste, pero creo que esta relación está cada vez más llena de jodida gente, ¿no lo crees tú? Sabes, hubo una vez en que podías hablar conmigo sin tener que pasar por un proceso. —Claro, yo mismo había utilizado la mierda de «Esperemos para hablar con Sarah» en una ocasión, pero eso había sido diferente (una espera más corta) y no lo había hecho más desde entonces.

Todo era mierda que ella ya había estado esperando que yo dijera. Lo pude ver en la forma en que hundió sus hombros mirando sus manos, jugando con sus pequeños dedos con aire de culpabilidad.

Ahora, yo estaba bien con Sarah, y era bueno con las sesiones que teníamos, pero ¿de qué servían si jamás podríamos empezar a aplicarlas en la vida real? Me di cuenta que Beth también estaba esperando que dijera esto, porque simplemente me miró, derrotada, y puso los ojos en blanco.

—Es la universidad —se quejó ella, pero inmediatamente apartó la mirada y se hundió en el sofá.

—Oh —fue lo único que pude decir para la mierda. Había estado esperando algo... bueno, no estaba seguro de lo que esperaba pero «universidad» estaba muy lejos de ello.

Entonces, cuanto más pensaba sobre ello, más me daba cuenta que era probablemente un poco obvio. Darren y Daphne habían estado buscando universidades desde que regresé a casa, (probablemente mucho antes de eso). Ellos farfullaban al respecto en el almuerzo. Daphne hacía gráficos considerando los pros y los contras de las distintas localidades. Darren veía sus tetas y asentía en acuerdo mostrándose bastante feliz por ello. Beth y yo los ignorábamos y nos ocupábamos discutiendo algún jodido tema muy distinto a la escuela, como la terapia cognitiva-conductual o por qué dejé mis toallas en el piso del baño o lo linda que sus tetas se veían todas enjabonadas y en mis manos cuando nos dimos una ducha...

Vale... eso sí es un tema un poco parecido a la escuela.

—Tú ni siquiera has pensado en ello —susurró conoedora.

La miré a los ojos. Ella ni siquiera pareció decepcionada ni nada. De hecho, se veía un poco aliviada.

—En verdad, no —le confesé.

Suspiró y metió los pies debajo de su cuerpo, tocando las puntas de su cabello.

—Bueno, no sé si importe de todos modos.

—¿Por qué dices eso? —Le pregunté.

Ahora que había sido traído a colación, me di cuenta que era bastante importante. No podía entender por qué no había pensado antes sobre ello. Cuando estaba en *Chicago*, solo había estado centrado en el allí-y-en-el-ahora, y aquí, solo estaba centrado en el aquí-y-en-el-ahora. Ni siquiera le había prestado mucha atención a Albin cuando lo había mencionado en raras ocasiones. Jamás se me había ocurrido que alguna vez tendría un futuro en el que pensar, pero ahora que lo tenía, en verdad me estaba sintiendo un poco... ¿*emocionado*?

Jodida Daphne. Yo podría hacer gráficos que pondrían avergonzar a sus pequeñas gráficas de barras blancas y negras. Quiero decir... vamos. Era planear toda una carrera profesional. Creo que podría, por lo menos, gastar dinero en algunos puñeteros lápices de dibujo extravagantes o alguna mierda así. Mejor aún, me sentía confiado de que podríamos crear posters y vallas de ese hijo de puta.

El rostro de Beth decayó, y apartó la mirada, resoplando.

—Seamos realistas, Maddox. Yo no puedo... —Negó con la cabeza, y su voz se quebró.

Vi hacia donde iba esto y no me gustó. Ni una pizca. «No puedo» no era algo que se dijera... *nunca*.

Fui a abrazarla de nuevo, pero me alejó.

—Mi recuperación es muy lenta —continuó con voz frustrada—. Estoy empezando a sentirme cómoda aquí, y... mudarme a algún dormitorio lleno de gente... Yo solo... no puedo. —Con un sorbo, terminó—: Siempre hay cursos por correspondencia o algo para estudiar en línea. Funcionara.

No había jodida manera en el infierno que mi chica fuera a ir a alguna parte que ella describiera usando las palabras "Funcionara".

—Entonces nos alojaremos fuera de la universidad —razoné encogiéndome de hombros, ignorando por completo la mierda de la universidad comunitaria.

Ella me miró y arqueó su mejilla, toda jodidamente desdeñosa.

—¡Oh vamos! Podemos vivir juntos. Podría ser una mierda llena de diversión —hice hincapié en esto con una mirada furtiva por la habitación para estar seguros que estuviésemos solos, y luego con un beso *muy* sugerente debajo de su oreja. Me incliné y presioné mis labios contra su piel, sacando mi lengua y degustándola con un tarareó—. Las puertas no importaran —le susurré con voz ronca.

Ella no pareció compartir mi entusiasmo cuando me aparté. De hecho, su rostro se puso más sombría y su mandíbula se tensó.

—Tendré que memorizar la ruta menos concurrida a todas las clases —

empezó con voz gruesa—. Tendré que encontrar el asiento más alejado de la gente y esperar atención especial de los profesores. Incluso fuera de la universidad... es solo una casa más con incontables armarios para recordarme cuán lejos estoy de ser...

Normal.

Supuse que había recorrido un largo camino, decidiendo no usar ese término muy subjetivo. No que importara. Quería decirle que dejara de ser un jodido bebé, pero... ella había sido paciente conmigo cuando yo no era más que un idiota petulante así que no pude hacerlo.

Entonces, se dio la vuelta, apartándose.

—Todavía estoy a sesenta y seis centímetros de distancia del tuyo —murmuró, casi inaudiblemente, y empujó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Qué?

—Sesenta y seis centímetros —repitió con el ceño fruncido—. Es lo más cerca que puedo llegar a estar de tu armario antes de tener un ataque. —Y luego abrazó sus rodillas, lo cual era claramente ella cerrándose a sí misma.

—Demonios, Beth —gemí, tirando de mi pelo. Yo estaba teniendo dificultades para permanecer calmado, así que tomé una respiración profunda—. Todo esto es un montón de mierda. Has estado mejorando —recordé en voz baja—. ¿Recuerdas a Benjamin? —¿y cómo quería apuñalarlo en el escroto?

—Qué se joda Benjamin —dijo frustrada, apartando los mechones sueltos de cabello de su cara y mirando al frente.

Fue entonces cuando me di cuenta que era uno de *esos días*. Uno de esos días de mierda, molestos, Vayan a derretirse todos. *Posiblemente tenga algún tipo de jodido S.P.M*, noté en silencio, habiendo aprendido a estas alturas después de vivir con tantas mujeres que eso tenía que ser pensado, pero nunca, jamás, dicho en voz alta.

Decidí que estaba enfermo y cansado de la mierda de *esos días*. Yo sabía que ellos iban y venían, y mi chica probablemente fallaría mucho más de lo que tendría éxito, y que tendría que quedarme sentado y ver esa maldición como si no me estuviera matando.

Pero no esta noche.

Ella estaba incumpliendo su parte del trato. Así como se oye. Jodidamente incumpliendo su parte. Aquí estaba yo rompiéndome el culo en ir a terapia para aprender más sobre cómo ayudarla, y ella se estaba echando para atrás. Eso era tan puñeteramente injusto. Me negaba a permitir que fuera una especie de

regresión flagrante o alguna mierda así. Ella había llegado demasiado lejos. Yo había llegado demasiado lejos.

Habíamos ganado nuestros estúpidos gráficos universitarios a jodido color.

—Vamos —ordené, poniéndome de pie y extendiendo mi mano. Ella prácticamente siguió mirando a la pared con el ceño fruncido, así que tomé su mano y la levanté del sofá yo mismo.

Me cuestionó con una mirada altiva cuando la arrastré hacia la escalera, irritada y gruñona, y matando mi subidón por la idea de los gráficos.

No señales al Midol2 en el botiquín, recité con cada paso.

Luego, cuando nos encontrábamos en la habitación, a setenta y seis centímetros de mi armario, el entendimiento iluminó su cara y sus ojos se abrieron. Mi armario no era mucho. Yo sabía que había ido a terapia con las intenciones iniciales tanto de hacerme enojar como de husmear en mi mierda. Ese pequeño espacio era inaccesible para ella, y me imagino que la volvía loca. Después de todo este tiempo viviendo aquí, no me sorprendería si ella se hubiera formado altas expectativas sobre ello. Su versión sesgada probablemente incluiría algo así como porno y fotos de chicas de la escuela... y solo Dios sabrá qué más. En realidad, mi armario era malditamente aburrido.

También la aterrorizaba. Ella evitaba toda esa parte de la habitación y siempre lo había hecho. Yo mantenía mi ropa en un canasto fuera de él (como lo había establecido antes que yo regresara a casa) y ella mantenía su ropa en la habitación de invitados o metida en su mitad de mi vestidor. Honestamente, yo no podía entenderlo. Una parte muy estúpida y simplista de mí se preguntaba por qué era tan condenadamente difícil ir a una puerta, abrirla y entrar. Pero eso era ignorancia y ya yo sabía más que eso.

A pesar que entrar en ese armario parecía fácil para mí, su temor a ello era tan real para mí como el propio armario.

Racionalmente, sabía que no podría entender nunca esa parte de su mente. Eso era tan puñeteramente frustrante para mí como sus limitaciones lo eran para ella. Sin embargo, mi frustración era sobre todo debido a mi ignorancia, a mi incapacidad para comprender o para tomar la carga por mí mismo.

Ella se giró hacia mí y me miró. Su expresión me hizo reconsiderar seriamente toda esta cosa.

Sus ojos estaban llorosos.

—Ya te dije que no puedo —insistió con esa pequeña voz temblorosa que apretaba mi pecho. Se veía tan condenadamente arrepentida, como si me estuviera fallando al recordarme que esta pequeña tarea era superior a sus

capacidades.

—Tú puedes hacerlo conmigo aquí —le rogué, haciéndola callar y tomándola de los hombros, dándole la vuelta y presionándola contra mi pecho.

Ambos sabíamos lo que estaba pidiendo. Probablemente ella necesitaba hacerlo por su cuenta, pero esto no se trataba de alguna dependencia de mierda sobre la que Sarah le gustaba insistir. Ni siquiera se trataba de un regalo que le otorgaría a ella. Si me lo permitía, entonces yo estaría a su lado todos los días para meterla en un armario. Cuando necesitara sus zapatos o necesitara poner su ropa en el cesto de ropa sucia o simplemente quisiera quitarse su chaqueta de invierno, yo estaría allí. Era una promesa.

Hay una gran diferencia entre la dependencia y el compromiso.

Vi su cara mientras ella miraba la puerta, contemplando mi oferta. Era evidente que con todos sus grandes y recientes logros, sus más pequeños fracasos causaban un gran impacto en su confianza. A ella ya le habían dicho el jodido cliché "Roma no se construyó en un día". Ella sabía que necesitaba paciencia, y técnicamente, había sido más paciente de lo que la mayoría serían en su posición. Sarah podía decirle lo que *Sarah* creía que eran sus mayores obstáculos, pero mi chica sabía cuáles logros significarían más para *ella*, y este armario estaba, obviamente, alto en esa lista. La lenta elevación de sus labios en una sonrisa acuosa me dijo que estaba bien con el intento de cruzarlo, de una vez por todas.

—Está bien —susurró finalmente con una nerviosa y pequeña inclinación de cabeza. Su pequeña sonrisa y sutil brinco traicionaron su anticipación.

Quise reír, pero no lo hice, porque me di cuenta de que todavía era muy posible que ella fuera incapaz de hacerlo, y tendría que ver la decepción y la angustia cuando no lo consiguiera.

Con una acerada respiración, re Coloqué mis manos sobre sus hombros y le di instrucciones para que cerrara los ojos.

Empecé a amasar sus músculos, utilizando el conocimiento que había obtenido de Sarah para ayudarla. Ella suspiró, y sus hombros comenzaron a relajarse poco a poco, sus manos aflojándose a los costados.

Metí mis dedos debajo de su cuello de la camisa para el contacto de piel a piel y enterré mi nariz en su cabello, ya que Sarah podría conocer todo sobre la mierda técnica, pero yo conocía sobre los métodos sutiles que funcionaban mejor. Cuando comenzó a balancearse con mis rodillas, supe que estaba tan relajada como posiblemente podría estar sin colapsar, así que la impulsé hacia delante.

Sus ojos se abrieron, e hizo los pasos para la presumible marca de sesenta y seis centímetros. No estaba «teniendo un ataque», pero yo sabía que mi presencia era la responsable. Continué masajeándola y manteniendo los dedos de los pies en sus talones, obligándola a dar los pasos conmigo. Su espalda se ponía tensa con cada pequeño paso, y tenía que trabajar mucho más para relajarla de nuevo.

Cuando finalmente llegó a la puerta, su respiración comenzó a cambiar. Fue un cambio discreto en el ritmo. Entrené mis ojos en el punto del pulso en su cuello que se aceleró minuciosamente. Fruncí el ceño mientras mis dedos se moldeaban contra la piel de su espalda. Aún no habíamos siquiera abierto la puerta, y ya llegamos al punto en el cual yo me detendría.

A ella le tomó más tiempo relajarse, y yo ni siquiera fui capaz de hacer *eso* por completo. Su espalda se movía contra mí, subiendo y bajando en cortas y agudas respiraciones mientras nosotros mirábamos al armario de madera pintado de blanco. Sus palmas se frotaban contra los muslos cubiertos por sus pantalones vaqueros, y sus ojos se ampliaban a cada segundo. Ella estaba sobre pensando sobre ello.

Cuando busqué la perilla, comenzó a temblar, su aliento escapando en pequeños jadeos erráticos.

—No puedo —dijo voz áspera, presionando la espalda contra mí y volviendo la cara para mirarme a los ojos.

Lo que vi allí me desgarró hasta la mierda.

Tenía los ojos enrojecidos y silenciosas lágrimas bajaban por sus mejillas. Ni siquiera eran de decepción o fracaso, ya no. Esto era miedo puro y sin adulterar. Alejarse del armario era (en ese momento) lo más importante en su mundo. «*Qué se joda la universidad, qué se joda Sarah, a la mierda con lo "normal". Demonios, sácame lejos de aquí*». Sus pies se movían hacia atrás, pero estaban bloqueados por los míos.

No podía decidir qué sería mejor: ¿calmarla a ella en el corto plazo, o empujarla ahora y ganar más para el largo plazo?

Había que admitir que mi chica me había envuelto alrededor de su dedo meñique. Yo era un completo y puñetero pelele. Le daría cualquier cosa para hacerla feliz, pero eso era un hecho. ¿Podría hacerla sufrir ahora, si eso significaba hacerla feliz más adelante?

Decidí que lo odiaba (lo *odiaba* para la mierda) pero sí *podía*.

Ella lo hizo por mí y valió la pena. Solo tenía que hacer que viera ese hecho de nuevo. Su miedo estaba nublándolo. Por lo tanto, sostuve su mirada con una

expresión firme y decidida.

—Repetiendo las palabras de una chica muy bonita: "deja de ser una cagada".

Ella gimió y llevó su mirada hacia adelante, dándose cuenta de cuán significativa eran mis palabras. Asintió con la cabeza pero también empezó a respirar más profundamente, su intermitente agitación transformándose en alarmantes temblores violentos. Parecía como si su mente estuviera decidida a hacerlo, y eso parecía amplificar su ansiedad por diez.

—Shhh —le susurré al oído y pasé las manos a lo largo de sus brazos, pero estaban cubiertos. Así que agarré el dobladillo de su suéter y lo elevé por encima de su cabeza, apenas logrando deslizarlo fuera sin perder el contacto.

La simple camiseta blanca que llevaba debajo era delgada, y mis palmas se frotaron dulcemente en sus brazos ahora desnudos, por su cuello, y a través de su estómago. Y entonces tomé su mano en la mía y los puse en la perilla. Casi esperaba que ella la apartara, pero no lo hizo. Sujetó esa hija de puta con tanta fuerza que la hizo temblar con la vibración de su brazo.

Su respiración estaba empezando a preocuparme, pero aún así giré el pomo, guiando lentamente su mano para girarla por completo. Me negué a decepcionarla al darme por vencido.

Ella me lo agradecerá más tarde... joder, *realmente* esperaba que lo hiciera.

Juntos la abrimos con un movimiento rápido, y entonces, yo estaba mirando a mi armario y a la oscuridad. Nuestras manos aún estaban fijas en el pomo y Beth *jadeaba*. Hacia este agudo gran sonido extraño que me recordaba a un animal moribundo.

El ruido de la perilla de bronce se hizo más fuerte, y sus inhalaciones eran tan cortas que parecía que no podía obtener ninguna cantidad de aire en absoluto.

Mi corazón comenzó a acelerarse.

Preso del pánico y un poco aterrorizado hasta la mierda de que ella se fuera a desvanecer; me apresuré a meter mi mano hasta la parte delantera de su camisa y presioné mi palma contra su pecho. Le aplasté con fuerza contra mí.

—Visualiza, como dijo Sarah —instruí con urgencia en su oído—. *Demonios, Beth*. Siente mi respiración y emparéjala, ¿de acuerdo? —Asintió con fervor y cerró los ojos, pero continuó jadeando.

Decidí darle un minuto antes de retroceder y cerrar la puerta de golpe. Esto valía la pena, pero no lo suficiente como para arriesgar su salud inmediata. Aparté el cabello de su cara (pálida y tensa) y susurré cosas ridículas en su oído. Con cada palabra mía, su respiración se profundizó poco a poco, así que seguí hablando. Dije mierda estúpida como: "El rey de corazones es el único rey sin

bigote en una baraja de naipes", y "El premio Nobel de la Paz es totalmente homosexual porque son tres hijos de puta desnudos allí parados, tocándose entre sí," y "La palabra 'testificar' fue creada por los hombres en el tribunal Romano que jurarían sobre sus testículos", y "Un percebe tiene la polla más grande que cualquier otro animal en el mundo con respecto a su tamaño, y todas las iguanas, koalas y dragones de Komodo tienen dos".

Ante eso, ella abrió un ojo, encontrando mi mirada y frunciendo el ceño.

—¿Dos penes? —Preguntó, su respiración aún no estaba cerca de lo normal, pero iba en un ritmo mucho menos aterrador.

Asentí con la cabeza y sonreí tenso.

—El pene de una ballena es llamado verga —continué.

Ella asintió con la cabeza, elevando sus cejas.

—Si que sabes mucho sobre penes y testículos y homosexuales y bigotes y... rediseñar marcas de agua potable —interrumpió esto con lo que supuse sería una expresión burlona, aunque fue una débil.

—Elegí lo que pensé que podría ser un punto de interés para ti —expliqué—. Sé que estás muy interesada cuando estás lavando el mío —y luego le guiñé un ojo.

Con una pequeña sonrisa, su casi rubor trajo un poco de color a sus mejillas, y me sentí emitir un suspiro de alivio. Girando de vuelta al armario, ella se tensó de nuevo, pero no comenzó a jadear, así que simplemente quité la mano de su camisa y seguí masajeadando sus hombros rígidos.

—Maddox —dijo nerviosamente, su cuerpo se relajó lentamente bajo mis dedos.

Yo tarareé en respuesta y la escuché tragar fuerte.

—Estoy de pie delante del armario. Y... está abierto... —se fue apagando, y no pude discernir si estaba o no asustada u orgullosa.

Una mirada a su rostro reveló una buena jodida mezcla de ambos.

Sintiendo como si ella pudiera ir más lejos (pudiera lograr más cosas) amasé sus músculos hasta que estuvo lo más relajada posible como pensé que estaría dadas las circunstancias. Su labio estaba entre sus dientes y sus manos todavía estaban frotándose contra sus muslos con ansiedad, pero pude ver sus ojos. Ellos estaban vagando en el espacio con un toque de curiosidad, aterrizando en la caja que estaba en el suelo y en el mini-estante que estaba abarrotado en la parte posterior.

Ella era tan jodidamente entrometida y adorable.

Entonces, de la nada, ella respiró hondo y asintió con la cabeza, volviéndose

hacia mí con ojos decididos.

—Vamos a entrar —decidió. Y no necesité sugerirlo porque señaló el espacio negro como si pudiera dominarlo por completo.

Así que la hice girar a la puerta del armario y deslicé los brazos alrededor de su cintura. Me imaginé que sería mejor que no lo viera, viniendo hacia ella y negro y oscuro y aterrador. Su confusión duró poco mientras nos metía en la oscuridad con lentitud. Apretó los ojos con fuerza, y parte de su estremecimiento volvió, pero continuó equiparándose con mi respiración, apretada contra mí con fuerza. Supuse que estaba visualizando cuando nos detuvimos por fin, justo en el medio de mi armario.

Pararse allí parecía un poco estúpido, así que decidí... si ella podía sentarse, haría esto mucho más enorme.

Es más fácil hacer una escapada rápida cuando estás de pie, reflexioné. Comprendí que su mente lo sabía, por instinto. También era por eso que ella prefería dormir lo más alejada de la puerta, y mirándola por las noches. Probablemente ni siquiera se diese cuenta de ello hasta que se lo señalé una tarde. Ella estaba en un estado de defensa constante, sin siquiera saberlo.

Con un suspiro tembloroso, poco a poco la bajé al suelo y sobre mi regazo, extendiendo mis piernas delante de mí y acomodándola entre ellas. Con cuidado, se sentó y comenzó a mecerse un poco, inclinándose hacia delante y apretando sus ojos cerrados. Preocupado de que fuera a tener una crisis, puse mis brazos alrededor de ella y la alenté.

—Lo estás haciendo tan jodidamente bien, Beth. Tan bien. —Entonces le di un beso en la mejilla y el cuello, y me mecí con ella, presionando mi mejilla contra su hombro mientras observaba su rostro con cuidado. Nuestras cabezas rozaban la parte inferior de mi ropa que colgaban por encima de nosotros.

Pareció como si hubiésemos pasado allí mucho tiempo, meciéndonos lentamente hacia adelante y hacia atrás mientras murmuraba afirmaciones y le decía lo orgulloso que estaba de ella. No parecía estar escuchando, pero seguí haciéndolo con la esperanza de que entendiera cuán puñeteramente monumental era esto. Estaba sentada aquí, en el armario, sin lágrimas o ataques de pánico. No importaba que yo estuviera aquí para aliviarlo. No importaba que ella hubiera estado luchando contra estos temores desde meses atrás. Ni siquiera importaba que estuviese tomando medicamentos para ayudarla a superarlo.

Lo que importaba era que lo estaba haciendo.

Tal vez no fuera una de esas noches de *Vayan a derretirse todos*, después de todo. Tal vez ella iría por *Mostachones Monumentales* por tercera vez este mes.

—¿Qué estás visualizando? —Pregunté eventualmente después de unos veinte minutos, solo por pura curiosidad. Su cara se veía tan condenadamente... centrada. Quería saber dónde estaba, para tal vez poder estar allí también. Mi voz resonó extraña en el pequeño espacio e hizo que mi susurro pareciera más fuerte de lo que realmente era.

Sus cejas se fruncieron en concentración, y cuando respondió, lo hizo muy ausentemente.

—Ese... prado junto al río.

—Deberíamos ir allí en algún momento —sugerí, con una lenta sonrisa extendiéndose por mi cara.

Su balanceo se desaceleró un poco, y asintió con la cabeza, finalmente abriendo los ojos y deslizándolos alrededor del espacio con ansiedad.

—Antes de que enfríe —murmuró en un acuerdo distraído. Se retorció las manos sobre el regazo, en búsqueda de las mangas que no estaban presentes, y giró la cabeza, evaluando las cajas y estantes y los zapatos que nos rodeaban—. ¿Qué es eso? —Preguntó de inmediato, señalando una pequeña caja de cartón de unos cuadernos viejos. Ellos estaban en su mayoría llenos de mis intentos fallidos de dibujo de sujetos que no eran ni mis padres ni la misma Beth.

—Dibujos viejos. Bastante aburridos, del estilo de naturaleza muerta y mierda así.

Calmó su balanceo completamente y estiró el cuello, con el cabello cayendo sobre sus hombros a la vez que se inclinaba hacia ellos tentativamente.

—¿Puedo ver? —Susurró, un rastro de emoción en su voz cuando los alcanzó.

Me reí y detuve su mano con la mía, enarcando una ceja.

—¿Podemos hablar un poco más de la universidad? —Intercambie astutamente, y más que un poco impresionado que sus impulsos al husmear en mi mierda triunfaran sobre su ansiedad del momento.

Su mano se quedó en el aire y se mordió los labios, explorando el espacio una vez más antes de asentir en concesión. Con una sonrisa, le permití sacar los cinco libros. Me imaginé que querría dejar el armario tan pronto como tuviera en sus manos algo interesante, así que me preparé para levantarme.

Estuve un poco jodidamente sorprendido cuando ella se presionó contra mi pecho y abrió la primera de ellas, reclinada sobre mí, no se encontraba cómoda, pero tampoco estaba tan tensa como debería haber estado. Era puñeteramente milagroso.

Esta no era ni siquiera una noche del tipo Mostachones Monumentales. Algo

como esto requería sus propias galletas, estaba seguro. Y después que las hiciera, yo le diría que me horneara un lote de Hijos de putas Gráficos Ácidos, porque si ella pudo conquistar un armario, entonces podría hacer cualquier cosa.

Me encogí de hombros y descansé mi codo en una rodilla.

—¿Así que si pudieras ir a una universidad en cualquier lugar, adónde te gustaría ir? —Empecé.

Ella estaba hojeando las páginas de dibujos a medio completar, trazando las líneas e inclinando su cabeza.

—Donde quiera que tú estés, por supuesto —fue su respuesta.

—Como si eso siquiera se cuestionara —me burlé sobre ello, pero insistí—. En serio. Iré a donde quiera que tú estés. Yo... —Aquí es donde me detuve y fruncí el ceño—. Mi promedio final en verdad es jodidamente horrendo —murmuré con remordimiento.

Ella simplemente asintió con la cabeza.

—Realmente lo es.

—Pero si quieres la Ivy League o algo así, puedo encontrar algo cercano que me acepte —resolví astutamente, poniendo mis ojos en blanco.

Beth resopló y finalmente apartó los ojos de un dibujo de mierda de los tallarines de Steven's para observarme.

—Actúas como si mi promedio final no fuera solo un poco mejor que el tuyo. —Suspirando, volvió sus ojos al libro y declaró—: Me gustaría estar cerca de Beatrice y Albin y... Sarah.

En silencio, estuve de acuerdo con esto, pero preferí no decirlo.

—¿*Washington*? —Pregunté.

Ella asintió con la cabeza y me miró a través de sus pestañas.

—La Universidad de *Washington* tiene un programa de negocios realmente excelente —susurró antes de desviar la mirada hacia el libro de nuevo.

—¿Negocios? —Murmuré, frunciendo las cejas—. Realmente espero que no te estés refiriendo a mí, porque yo nunca podría tener un negocio, Beth. —*Jodido Cristo*, tendría que actuar con ese viejo adagio de mierda: «*El cliente siempre tiene la razón*». Qué se joda toda esa mierda. El «Cliente» es por lo general un completo imbécil y merece que se lo digan. Lo cual yo haría. Frecuentemente.

Ella soltó una risita silenciosa y negó con la cabeza.

—No para ti. Para mí —aclaró con un hilo de voz, evitando mi mirada inquisitiva.

—¿Quieres estudiar negocios? —Le pregunté con incredulidad. No era que

dudara que pudiera hacerlo. Solo que siempre había asumido que se graduaría en literatura o algo así.

—Bueno —comenzó, girando hacia mí y apoyándose contra mi pierna elevada. Revoloteó sus ojos nerviosamente a su alrededor antes de volverme a mirar y explicar—: *Seattle* tiene este instituto de arte que es famoso por su programa culinario. —Apartó la mirada y se mordió el labio, encogiéndose de hombros mientras dejaba caer su cabeza—. Probablemente es un poco estúpido, pero... —se fue apagando, como si le avergonzara.

—Pero puedes aplicar los negocios para cocinar y... ¿qué? ¿Abrir un restaurante?

—No he llegado tan lejos, pero hay todo tipo de cosas que podría hacer con él. Delis6 y panaderías y tiendas gourmet... —respondió mirándome. Había este pequeño destello de emoción en sus ojos al mencionar la variedad de posibilidades.

Estaba asombrado de que ella pudiera sentir algo así, dado el hecho que estaba sentada en medio de un armario oscuro.

Con mi asombro, su cara decayó.

—Es estúpido, ¿verdad? —Preguntó hundiéndose.

—¡No! No, no creo que es estúpido —me apresuré a insistir, recuperándome—. Creo que es perfecto. —Lo recalqué con una de esas sonrisas torcidas que sabía que la ponían sonrojada y nerviosa.

—¿En serio? —Preguntó, y yo asentí, complacido con su expresión de alivio cuando comenzó a hojear las páginas otra vez—. ¿Y qué hay sobre ti? ¿Arte? —Preguntó con curiosidad, sosteniendo el libro.

Resoplé y negué con la cabeza.

—De ninguna manera. Eso es un pasatiempo, no una profesión. —Dibujar era algo que solía alejarme de la mierda. Los abogados odiaban la ley, los contadores odiaban el dinero, y las putas odiaban el sexo. No tenía sentido arruinar algo perfectamente agradable. Además, el *arte* no era algo que sentía que pudiera hacerme sentir orgulloso alguna vez. Nada de lo que dibujaba era lo suficientemente bueno. No cambiaba vidas o hacía una diferencia.

—Pero tú eres realmente bueno —insistió con el ceño fruncido, apartando una página con el viejo acústico boceto de Darren en mi cara.

—Lo estás haciendo muy bien, ¿sabes? Estar aquí. No te das suficiente crédito —declaré en voz alta, deseoso de retirar la atención de mí mismo.

Y con ello, su espalda se tensó de repente, como si estuviera simplemente dándose cuenta de dónde estaba. Llevé mi mano a su cuello y traté de alejar su

descarada tensión. Sus grandes ojos se relajaron lentamente mientras poco a poco, pero gradualmente lento, se ablandaba de nuevo a mi tacto.

Suspiró y volvió la vista hacia el libro.

—Es todo por tu causa, Maddox —contestó ella, pero no lo hizo con tristeza. Una sonrisa adornaba sus labios cuando me miró—. Gracias —susurró, su voz llena de gratitud y sinceridad insondable. Causó que algo dentro de mí se apretara, de la misma manera que siempre lo hacía cada vez que me hacía sentir necesario o valioso o como si yo pudiera hacer algo y no cagarla, para variar.

—Y tú eres mejor en *esto* de lo que *te* das crédito —añadió, con una inhalación temblorosa. Me imaginé que seguía insistiendo sobre los dibujos, pero en vez de ello, movió su mano entre nosotros e hizo un gesto hacia el armario y volvió la vista hacia el cuaderno.

Probablemente he tenido una buena cantidad de momentos decisivos en mi vida. El primero fue uno que era insoportable recordar; una rememoración de una realidad en ruinas y los restos carbonizados de lo que podría haber sido una vida perfecta con dos padres que me amaban. El segundo fue encontrar a otro padre que me pudiera amar igual de incondicionalmente. El tercero fue enamorarme de mi chica. El cuarto fue dejar ir a mi madre para poder volver con mi chica. Y el quinto estaba ocurriendo en este exacto segundo, sentado en el suelo de mi armario con alguien que, bajo toda razón y lógica, no debería haber sido capaz de siquiera abrir la puerta. Había tachado eso de su lista, y habíamos tenido una conversación entera, sentados aquí, planificando nuestro futuro. Ella iba a estudiar negocio, y luego se convertiría en la mejor cocinera o chef o panadera del mundo o lo que fuera que quisiera ser.

Y en ese segundo, mientras yo recordaba lo que era (y por mucho) *mi* mayor logro; supe lo que quería hacer con mi futuro. Esas palabras de mi última noche del viaje de mierda a *Chicago* nunca habían estado más claras.

No pude ayudar a mi madre, pero podría ayudar a alguien más.

Podría aprender todo sobre la condición de mi chica en el proceso. Podría estar tan cerca de entenderla como fuera posible. Podría esforzarme por ello y cuando llegara el momento, tal vez podría devolver parte de la esperanza que se me había dado a mí, a las gentes jodidas del mundo que no tenían ninguna. Podría hacerlo, y podría ser feliz.

Yo podría ser el doctor Maddox Lane, Jodido Manipulador Mental, PhD.

1 : Síndrome premenstrual.

2 : Pastillas para el dolor menstrual.

4 : es un tipo de artrópodo que constituye la infraclase Cirripedia en el suborden crustáceos, y por lo tanto, se relaciona con los cangrejos y langostas.

6 N/T: Es el germanismo para delicatessen.

Capítulo 48: Galletas de Fortuna Destinadas al Fracaso.

Maddox

Octubre estuvo lleno de ocupadas asignaciones y alabanzas jodidamente molestas. «¡Beth entró en el armario!», por lo tanto, fue con grandes sonrisas que Daphne y Beatrice lisonjearon los logros de Beth y juntaron toda mi mierda en un lado del closet para que cupiera la de ella. A Beatrice ni siquiera le importaba que ahora estuviéramos refiriéndonos al armario, y a toda la habitación, como *nuestra*. Estaba muy contenta con su progreso para que en verdad le importara una mierda.

Albin fue otra historia.

«Feliz» era el eufemismo del año con respecto a la reacción de *Daddy C* a nuestra decisión, o más específicamente, *mi* decisión de entrar en el campo de la medicina. Al principio, él había estado confundido y escéptico, dándome una mirada cabizbaja y encorvando sus gafas a la vez que me observaba con recelo, pero luego, cuando se dio cuenta que de hecho, estaba hablando puñeteramente en serio, se quedó sin habla (bueno, durante unos diez minutos), y luego no pude conseguir que el hijo de puta cerrara su maldita boca.

Al parecer, por entrar en la medicina, en cualquiera de sus campos, estaba siguiendo los pasos de las generaciones de los hombres Lane. Sus ojos brillaron cuando había recordado sus días en la escuela de medicina, las largas noches, el trabajo duro, los profesores que habían moldeado sus opiniones y puntos de vista, las pruebas, los ensayos, las... noches de borrachera que pasó pretendiendo que *ya* era un M.D.1 buscando echar un polvo.

Yo estaba *amenizado*.

Y esa no es una palabra que alguien me escuchara utilizar a menudo, porque es jodidamente florida y estirada.

Entonces él se había puesto serio y me había dicho que no me hiciera ilusiones, ya que mis notas no hacían que el prospecto de la Universidad fuera prometedor en ninguna forma.

Me había reventado el culo.

Beth también lo había hecho.

Enviamos descaradamente dos de los ensayos de solicitud universitaria más jodidamente deprimentes y lamentables de la historia.

Probablemente debí haberme sentido culpable por usar mi pasado

extremadamente personal y traumático con el objeto de ser aceptado, pero me negué a sentirme de esa manera. Ya era condenadamente tiempo que algo bueno saliera de esa mierda.

Acción de Gracias no fue nada parecido al del año anterior. Beth hizo un jodido y enorme y delicioso festín, pero permitió que Beatrice y Daphne ayudaran, aunque tuve que oírla quejarse más de una vez por la mierda más ridícula. Al parecer, había una cierta manera de cortar las verduras, e hizo una rabieta cuando Daphne trató de utilizar la batidora eléctrica para triturar las patatas. Se veía tan puñeteramente linda cuando arrugaba su nariz a sus espaldas y trabajaba alrededor de ellas, maldiciendo por los grumos y las «gomosas» texturas.

Sabrina y Em vinieron a casa por la festividad, y fue tan condenadamente incómodo que casi fingí algún tipo de bacteria carnívora para huir de allí. Sabrina me odiaba visceralmente. Lo admitió abiertamente a toda la habitación llena de gente, pero a pesar que podría parecer maliciosa y gSabrinara para un observador casual, nuestro pequeño círculo la conocía mejor. Sabrina había estado en los zapatos de Beth en un momento del pasado y se las había arreglado para involucrarse emocionalmente en el resultado de mis jodidas decisiones, así que solo dejé esa mierda ir con la esperanza que ella viera todo lo que habían mejorado las cosas ahora.

Antes que Austin y ella se fueran, Sabrina me había mirado apoyándose en la puerta y me envió una mirada que claramente decía: "Está bien, hijo de puta. Pero jodes esta mierda de nuevo y tus bolas me pertenecerán".

Le guiñé un ojo, sonriendo antes de cerrar la puerta.

Navidad fue... interesante. Nunca había sido un gran participante en toda la mierda navideña, y se sentía como si estuviera siendo metido en algo para lo que claramente no estaba preparado. Le rogué a Beth para que me ayudara a encontrar regalos para todos en la casa. Y por rogar, quiero decir que la acorralé en la ducha, llevándola justo al borde del orgasmo y gritando mi nombre, y negocié orgasmos por tips para los regalos.

Año Nuevo fue otro espectáculo de fuegos artificiales ruidosos y llamativos cerca del río. Debió haber sido un espectáculo aún mejor que el del año pasado. Nadie se dio cuenta que Beth y yo habíamos logrado colarnos hacia la glorieta para enrollarnos antes, durante y mucho después de la cuenta regresiva.

Cuando febrero llegó, Beth comenzó a comprobar el buzón obsesivamente en busca de noticias sobre la Universidad. Seguí tratando de decirle que era muy posible que ellos le hubieran echado un vistazo a nuestra mierda y se hubiesen

quebrado de la risa. No quería que fuera decepcionada cuando mi mierda de mala suerte mostrara su cabeza.

Beth continuó pautándose metas y cumpliéndolas. La primera fue ir a la escuela durante todo un día sin su sudadera. La segunda fue sentarse dos filas más adelante en la clase de cálculo, porque su posición actual detrás de «Mi cabello necesita su propio maldito código de área» Stanley, hacía imposible ver la pizarra. Se sentó junto a Cheney. Cuando se encontró conmigo en el almuerzo ese día, tenía una expresión seria en su rostro por lo que le pregunté qué le sucedía.

—Ese imbécil se la mantiene pidiéndome bolígrafos —me respondiósin más.

No pasó mucho tiempo para que nuestra espera también se estancara, sus pequeños pies la llevaban al buzón todos los días. Trataba de parecer despreocupada, charlando casualmente mientras la seguía con ojos cautelosos. Incluso lo abría sin ver, mirándome fijamente a los ojos sin dejar de hablar como si no estuviera jodida y completamente centrada en lo que estaba dentro de ese pedazo de hueco de aluminio.

La tercera semana de febrero, estaba junto a la caja y la abrió, tocando la pestaña con el dedo mientras su boca se movía. Luego sus ojos se desviaron hacia abajo y sus palabras se detuvieron de repente, su mano emergiendo con dos sobres.

Sus ojos estaban tan jodidamente amplios que pensé que podrían salirse de su cabeza.

Luego tuvimos la batalla de «No, abre el *tuyo* primero» parados en el medio del patio. Habría sido divertido si mi terquedad le llegara a los talones a la suya.

No lo hizo.

Aunque siendo sincero, cuando coloqué la carta de aceptación frente a su cara, toda esa porquería valió por completo la pena. Después de todo, si ellos aceptaron a una cagada como yo, mi chica ya tenía un pie dentro de la Universidad. Al parecer, ellos estuvieron de acuerdo, y Beth chilló tan fuerte que creo que mis tímpanos se seguirán recuperándose mucho después de graduarnos de esa mierda.

Pero... sí.

Recibí una mamada esa noche.

Buenos tiempos.

* * *

Veintiocho de febrero.

Día importante.

Jodido día *épico*.

Sería un mentiroso si dijera que no lo tenía claramente marcado en mi agenda escolar. Había un pequeño círculo rojo alrededor del pequeño «veintiocho» negro. Se lo escondí a Beth porque me hacía sentir como un perverso de mierda, pero con toda honestidad, había estado contando los días.

Había otra marca (mucho más oscura) en una semana a partir de este día.

Lo habíamos visto venir desde hace más de un mes, había sabido que eso se avecinaba hacia nosotros, había sido jodidamente ignorado como si no estuviéramos ambos pensando sobre ello en la noche cuando nos íbamos a la cama. Se cernía sobre nuestras cabezas como una nube negra que nos seguía a través de nuestros días como una sentencia de muerte. *Joder*, odiaba ser dramático, pero no podía evitarlo.

Una noche a la semana, a partir de siete días, íbamos a dormir solos.

La primera vez que había sido mencionado, yo había lanzado un puñetero ataque, había usado mi preocupación por mi chica para ocultar mi desprecio bastante palpable por la sugerencia. A decir verdad, tenía un montón de maldito mérito. Nunca sabríamos si nuestras mentes estaban sanando si nos seguíamos utilizando el uno al otro como vendajes sobre la herida. Teníamos que saber si no habría pesadillas. Pero no tenía ningún condenado apuro en averiguarlo. ¿Y qué si nos estábamos escondiendo? ¿A quién estábamos lastimando? Eventualmente, me había cansado y exasperado con oír lo «necesario» que era, así que mi rabieta fue de corta duración.

Beth estuvo de acuerdo, tan jodidamente cegada por su sed de recuperación que ni siquiera mostró algún signo de preocupación sobre ello. Había un deje de amargura, de mi parte, que luché por apartar. No quería ser un idiota egoísta, especialmente hacia algo que era obviamente importante. Ahora la conocía más como para creer que me dejaría atrás. Me daba cuenta que me amaba y que, para ella, yo todavía sería la persona más importante en su vida. No era la inseguridad lo que impulsaba mi miedo.

Estaba preocupado. Las cosas eran perfectas como estaban. Por desgracia, esto no se trataba de mí. Si mi chica realmente quería saber si podía dormir sola, entonces que así fuera, maldición. Mantuve mi maldita boca cerrada.

Solo deseaba que esta única cosa se mantuviera igual... que pudiera ser siempre nuestra, intocable y sagrada.

Por suerte, todavía tenía una semana antes que nos viéramos obligados a cumplir esa sentencia, y la agenda de hoy era la única cosa en la que quería pensar. Era un marcado contraste con ese otro plazo. En lugar de avecinarse, este

saltó por la puerta con una trastornada sonrisa de mierda en su rostro.

Mi lápiz corrió por la quebradiza página en blanco de un nuevo cuaderno de dibujo, presionando dentro de las fibras con los barridos de mi mano. Parecía algo tan jodidamente simple y automático para mí: ver algo, enfocar, imitar, modificar, acomodar, refinar. Tal vez en alguna otra vida podría haber encontrado el mismo goce en algo como la música; oír, enfocar, imitar, modificar, acomodar, refinar.

Carajo. ¿Por qué estaba pensando esta mierda?

Yo estaba *tratando* de echar un polvo, maldita sea.

Con un suspiro, eché un vistazo desde mi boceto, apenas dándome cuenta que ya había completado la mitad de su cara. Escasos rayos de sol brillaban por su cabello rizado, acentuando los reflejos rojos en sus puntas cuando ella frunció el ceño al libro en su regazo. La hierba era más marrón ahora que el invierno había llegado y se había ido, y me alegré de que el calor que estaba esperando para el día se estuviese manteniendo. Había chequeado los pronósticos de toda la semana para elegir el momento adecuado para venir aquí. El burbujeo del río cercano y el influjo de la hierba hacían que el ambiente se sintiera cómodo.

—Te ves... —incliné la cabeza y fruncí el ceño al notar su expresión cuando se apoyó contra el árbol en frente de mí, los pies curvados debajo de ella... concentrada.

Concentrada no era necesariamente mi plan para el día. Siempre estábamos jodidamente contemplativos. Estaba enfermo y cansado de estar perdido dentro de mi cabeza y pensamientos. Quería jodidamente... *estar*. Me hubiera gustado poder mantener mis pensamientos apagados, aunque fuera por una tarde, y simplemente no pensar en... nada.

Este es el motivo por el que las drogas ganan.

Después del invierno agotador, este era un descanso que habíamos necesitado, cosechando los beneficios y todo eso...

—Uhhmm —tarareó, frunciendo los labios cuando finalmente se encontró con mi mirada. Un caprichoso bucle de sus puñeteros rizados brillantes revoloteó con la brisa y se pegó a sus labios brillantes con la mierda rosa que Daphne le había aplicado horas atrás—. ¿Alguna vez has utilizado una tostadora? —Preguntó al azar, sus ojos vagando por el área mientras ella... seguía concentrada.

—Bueno, es el único dispositivo que puedo utilizar de forma segura y con éxito —le contesté, arqueando una ceja.

Asintió y me envió esta mirada aliviada, anotando algo rápidamente.

—¿Por qué lo preguntas? —Indagué regresando mis ojos al dibujo. Decidí que ese mechón de pelo pegado al brillo era imprescindible.

—Estoy haciendo una lista para el apartamento —respondió en un murmullo ausente—. ¿Sabes cómo Albin nunca nos dio un presupuesto o... realmente... pautó algún límite? Bueno, sí. Me estoy medio aprovechando de eso —explicó, con una pizca de vergüenza en su voz.

Sonreí.

Beth amó la jodida idea que tuviéramos nuestro propio lugar después de superar su inicial arranque frenético. Es cierto que ella había estado morando sobre ello desde que recibimos las cartas de aceptación hace una semana atrás, pero de una manera diferente, mucho más aceptable. De alguna manera había contraído la infección de diseño de Beatrice y Daphne, y firmemente se negó a que nadie más que nosotros dos opinara sobre el estado de nuestros asuntos.

Suspiré.

Mi chica era tan jodidamente linda cuando se volvía obsesiva compulsiva sobre mierda.

Con lo que se refería a la vivienda, había habido sugerencias para un aislamiento completo (en su mayoría por parte de Beatrice y Daphne) y algunas sobre utilizar los dormitorios del campus (en su mayoría de Albin y Darren), para arrojarla a los tiburones ahora para que fuera capaz de manejar la situación de la universidad llena de gente un poco mejor. Hicimos una concesión y decidimos utilizar la opción de un apartamento espacioso pero modesto. De esa manera, se produciría el aislamiento cuando necesitáramos esa mierda, sin embargo todavía habría gente por todas partes.

Y aún así, todavía estaba aquí sentado en la hierba con el ceño fruncido porque... esta no había sido la discusión planificada para este día tampoco.

—¿No podemos dejar esa mierda para después? —Suspiré dramáticamente—. Tenemos seis meses. —Su falta de atención estaba arruinando seriamente mi momento de manipulador sutil.

Se mordió el labio levantando su mirada para encontrarse con la mía y golpeó el bolígrafo sobre el papel.

—No quiero olvidar nada —se preocupó, entrecerrando los ojos mirando al cielo y reflexionó—, por ejemplo... no bebo café, entonces no voy a necesitar una cafetera, pero... ¿y si decido más adelante que me gusta, y despierto una mañana y quiero café, pero no tengo forma de hacerlo? —Sus ojos se estrecharon, un poco sospechosamente, sus hombros ansiosos y rígidos.

Sintiendo su tensión, me acerqué más a ella y sujeté su mano. Estuve

jodidamente aturdido cuando todo su cuerpo se tensó.

—El café viene como... en un *millón* de sabores diferentes —continuó con un tono chirriantemente alto, sus ojos muy abiertos, observándome—. ¡Ni siquiera sé qué tipo me va a gustar! ¿Y si compro algo asqueroso y...?

—¡Beth! —La detuve con la palma vuelta hacia arriba y mi nariz arrugada—. Tiene que haber algo así como un millar de *Starbucks*² en *Seattle*, ¿de acuerdo? Podré comprarte un jodido café cuando sea. Esto no es un problema... —Me callé confundido, cuestionándola con mis ojos antes de cerrar mi boca de golpe.

Entonces, de repente, continuó divagando sin respirar.

—Y también esta el método que utilizaré para movilizarme. Quiero decir... ¿cómo voy a trasladarme alrededor? ¿Está todo a poca distancia? ¿O debo ahorrar para un auto...?

—Mierda, Beth, tenemos el *Audi* —interrumpí con las cejas levantadas. Ahora, se sentía como si ella estuviera simplemente inventando mierda por la que preocuparse. Como si no tuviéramos ya un montón...

—No, Maddox. *Tú* tienes el Audi. ¿Pero y si te vas o...?

—Nunca me voy a marchar —discutí con incredulidad.

—¡No sabes eso! —Exclamó, lanzando sus manos al aire. Sus rizos rebotaron alrededor de sus hombros, cayendo sobre su modesto escote y haciendo que mis ojos se desviarán a su collar, enclavado calurosamente en la grieta creada por el sostén *push-up*³ aprobado por Daphne.

Algo estaba mal, y yo lo sabía. Teníamos tanto tiempo planeando y preparando la mudanza que no se debería haber estado hundiendo de este modo todavía. Incluso en la terapia, ya habíamos comenzado las largas (y debía admitir, realmente aburridas) discusiones sobre todo el asunto. Ella siempre parecía estar bien, incluso emocionada. Entonces, ¿por qué, en este día de todos los demás, estaba decidida a sacar todas las puñeteras preocupaciones sobre eso?

Entonces todo hizo clic.

Joder. Ella. Estaba. Dilatándolo.

Me reprendí a mí mismo por no prestar más atención a sus galletas de la noche anterior. Me había imaginado que la parte de «Fracaso» del nombre estaba referido a sus mensajes de fortuna tan cómicamente sosos, que estaban doblados dentro de las galletas.

"*El que recoge su toalla del piso recibe muchos besos*" simplemente no parecía algo muy inteligente. Mierda, al menos yo la soborné con orgasmos reales.

Este día se había mencionado semanas atrás, pero no desde entonces. Fue una

especie de acuerdo tácito entre nosotros que hoy era *ese* día. Incluso venir aquí era un poco puñeteramente obvio. En serio, soy la mierda más tonta del mundo e incluso yo sabía lo que estábamos haciendo afuera, en una locación silenciosa y aislada, sin vigilancia familiar por horas. La única vez que habíamos hablado de ello fue en el despacho de Sarah, cuando Beth había admitido lo nerviosa que estaba por tener relaciones sexuales de nuevo. Alguna mierda sobre el fracaso y la decepción y la forma en que temía eso: "Quizás nunca estuvimos destinados a tener sexo. Existen las parejas célibes".

Esa no era la actitud normal de mi chica hacia el sexo.

Su actitud *normal* hacia el sexo era: "Dame diez minutos para afeitarme las piernas y luego puedes montarme".

Ahora, me arrepentía por no hablar de ello de antemano. Simplemente había parecido tan condenadamente poco romántico discutirlo, planificarlo abiertamente, actuar como si fuera algún tipo de cita en lugar de hacer el amor. Y ahora, no había forma que pudiera llevarlo hasta el final a sabiendas que esos temores que había *pensado* que habíamos aplacado estaban resurgiendo y minuciosamente bloqueando mi polla en el proceso.

Sin embargo, no era un estúpido hijo de puta. La conocía lo suficiente como para diferenciar el miedo de los nervios, y ella estaba claramente nerviosa, no *asustada*. Sus ojos se encontraron con los míos y tragó grueso moviéndose ligeramente mientras probablemente reconocía mi expresión de entendimiento. Ya sabía que no podía esconderse de mí, no más de lo que yo podría esconderme de ella.

Me moví más a través de la hierba con mis rodillas, acercándome a ella lentamente. El árbol contra el que se apoyaba estaba derramando su corteza invernal, y unas cuantas piezas del mismo crujieron bajo mis rodillas cuando me moví hacia adelante, sosteniendo su mirada ansiosa. Cuando estuve a solo un suspiro de distancia me miró con esta especie de expresión aturdida y decaída, enganché mis manos alrededor de sus pantorrillas, abriéndolas y extendiendo sus piernas. Sus ojos se abrieron, y estaba resistiéndose, pero no del todo, aplanando sus palmas en el suelo y presionándose contra el árbol.

Me llevé a mí mismo entre sus piernas cuando estas se abrieron, colocando mis rodillas dobladas debajo de sus muslos y recostándome sobre mis tobillos, tan cerca de ella como fuera posible.

—No tenemos que hacerlo —le aseguré, con la esperanza que mis ojos estuvieran puñeteramente intensos y ardientes. Su respiración se aceleró y profundizó y sus manos llegaron a mis caderas y *joder*, ella era tan fácil.

—Quiero *hacerlo* —susurró con voz temblorosa, el labial de sus labios grueso y brillante, mientras apenas se movían. Pude ver la punta de su lengua deslizarse contra el interior de su labio inferior, y solo con ello ya estaba duro.

Ella había planeado esta mierda también. Mi chica odiaba los jodidos brillos de labios y los sostenes *push-up*.

Incliné la cabeza y lentamente alcé una ceja, apoyando mis manos en sus muslos y presionando mis pulgares en ellos.

—Podemos seguir haciendo lo que siempre hacemos —le prometí, sin un rastro de decepción en mi voz. Me apoyé en el hueco de su cuello y apenas rocé la piel enrojecida allí. Sellé esta promesa con un movimiento de mi mano, arrastrándola a la parte interior de sus muslos y presionando mi palma contra el calor de su entrepierna.

Emitió este pequeño gritillo de asombro y se arqueó hacia mí, tirando de mis caderas más cerca. Sonreí contra su piel, moviendo el pulgar hacia donde sabía que lo quería y comencé lo que era una serie particularmente bien practicada de actividades entre nosotros.

Las manos sobre la ropa primero, luego debajo, luego la boca, entonces... bueno, el agua de la ducha por lo general salía fría cuando llegábamos al orgasmo.

Sin embargo, eso estaba tan malditamente lejos de volverse aburrido o tedioso. Viviría feliz recibiendo únicamente oral durante toda la vida. La lengua de mi chica podía hacer cosas gloriosas, magníficas, a mi polla.

Y odiaba sonar vanidoso pero... estaba bastante seguro que mi lengua era condenadamente increíble también.

Ella me lo había dicho.

Con bastante regularidad.

Incluso aunque Darren (*el maldito pendejo*) me incitaba diariamente al encontrar formas laboriosas para decir la expresión «sexualmente activo» en cada una de sus frases, no me importaba.

En realidad, no.

Con honestidad.

—Pero... —farfulló incoherentemente cuando mi lengua se movió a través de su cuello, mis dedos presionando en los puntos que había memorizado hace mucho tiempo. Estaba bastante seguro que podría hacer que se corriera con un solo dedo. Sus dedos se presionaron en mis caderas y terminó en un susurro—: Quieres más...

—Esto es jodidamente perfecto —aseguré en un murmullo, negando con la

cabeza.

Por desgracia, sus manos fueron a mis hombros y me empujó hacia atrás. Cediendo, me encontré con su mirada y detuve mi mano aunque me negué a retirarla.

Se apoyó en mí y casi sonreí por su consentimiento, pero luego su mano se dirigió hacia el suelo detrás de mí y surgió con mi mochila y mi sonrisa se convirtió en una mueca.

Mi mochila de sexo.

Arqueó una ceja y la abrió sin mirarme. Comenzó a vaciar la bolsa, enlistándola:

—Una manta, aceite para masaje, toallas, un *iPod* con altavoces, toallitas húmedas, bolsas de plásticos, y solo Dios sabe lo que planeas hacer con esto. — Levantó una lata de crema batida (con sabor a chocolate, por supuesto) y la sacudió hacia atrás y adelante en mi cara.

¿Y qué? Había venido preparado. Demándame.

No era la única nerviosa por joder esto. Mientras ella había estado haciendo listas para el apartamento, yo había estado haciendo listas para... el sexo. Tenía todas las bases cubiertas. Si seguía revisando, encontraría un cepillo para el cabello (para que no regresáramos a casa viéndonos como si acabáramos de tener sexo), dos mudas de ropa interior para el caso que durante nuestro acto de hacer el amor apasionado, ardiente como el infierno y con mi súper fuerza, triturara la ropa interior; repelente de insectos porque nada mataba a una erección como una picadura de mosquito en el culo, y mi nuevo teléfono celular.

Lo utilizaría ya fuera para llamar a Sarah, totalmente en pánico, o para llamar a Darren, regodeándome descaradamente sobre mi completamente *activa* vida sexual. Y a pesar de que *realmente* quería regodearme, (porque, honestamente, ese imbécil se lo merecía, y *no* tendría ningún problema con embellecer mi actuación) no lo necesitaba más de lo que ella lo hacía. Porque para lo que fuera que ella no se encontrara lista estaba jodido y contaminado y no valía la pena. Los dos sabíamos esa mierda.

Mis labios se curvaron en una sonrisa perezosa, y le quité la lata de sus manos.

—No se necesita la penetración para lamer el cremoso y jodido... chocolate batido de nuestros cuerpos —dije con voz insinuante—. ¿Sabes a lo que me refiero? —Le pregunté, haciendo un guiño juguetón, porque sabía que ella todavía podría disfrutar plenamente de un montón de otras actividades.

Porque yo me había masturbado dos horas antes para evitar cualquier

contratiempo embarazoso prematuro eyaculador.

Y porque no íbamos a irnos de este prado hasta que ambos estuviéramos satisfechos y hubiéramos utilizado al menos la mitad de esos artículos.

Sus labios se abrieron un poco, sus ojos nublándose mientras miraba la lata y arrugaba la frente. La brisa levantó y llevó bucles al azar de su cabello alrededor de su rostro cuando se encontró con mi mirada. Sus ojos se oscurecieron, y se humedeció los labios.

Yo. Jodidamente. La. Tenía.

Enganchada, fija, y hundida en el fetiche de comida.

Demonios, amaba cuando se ponía pervertida.

—Está bien —decidió, apartando la lata de entre nosotros y aplastando sus labios contra los míos. Ellos eran muy cálidos y urgentes; y la empujé de nuevo contra el tronco de un árbol, moviendo mi mano contra suya de nuevo. Cuando mi lengua salió a saborearla, obtuve un grueso sabor de su brillo de labios y tararé. *Con sabor a fresa*. Nuestras lenguas se agacharon y se precipitaron y esquivaron, y, finalmente, moví mis manos a su culo y la presioné contra mi polla, empujándola hacia el árbol en el momento en que sus manos subieron mi camisa, a través de mi cuello, y la envolvieron alrededor de mi cuello.

—La manta —jadeé mientras me quitaba la camisa, y busqué en la bolsa, sacándola con movimientos calculados.

Luego tuve algunos jodidos problemas molestos con el viento y no pude conseguir hacer uno de esos movimientos de barrido rápido donde se *suponía* que la manta se extendería perfectamente sobre la hierba. *Cabrona*. La miré con rabia y tuve que arreglar el tejido yo mismo, quitándome los zapatos para usarlos como pesas en las esquinas. Cuando dos de los lados habían sido anclados me di la vuelta y estuve a punto de pedirle ayuda a Beth.

Y ella estaba allí de pie debajo del árbol.

Desnuda.

—Excelente —murmuré apreciativamente, mis ojos fijos en su carne pálida, con el ceño fruncido a la vez que mis manos fueron a mis pantalones vaqueros, desabrochándolos torpemente—. Sabes, quería ser quien hiciera eso —añadí, empujando todo fuera de mis caderas en un tirón rápido.

—La próxima vez —prometió, observando mi erecta polla rebotando mientras me equilibraba sobre un pie y trataba de sacar los malditos pantalones de mi tobillo izquierdo. Por lo general era un hijo de puta muy grácil, pero la impaciencia del momento y la distracción de sus pechos donde seguía parada bajo el sol, completamente imperturbable, me hicieron incapaz de conseguir el

equilibrio.

Me tambaleé y me las arreglé para permanecer en posición vertical cuando finalmente saqué los pantalones vaqueros de ese pie. Entonces intenté inútilmente... sacudírmelo del otro pie, a fin de evitar otro momento de casi-reventar-mi-culo-desnudo-frente-a-una-desnuda-Beth. Por supuesto, todos estos temblores hicieron que mi polla hiciera esta pequeña cosa de meneo que la hizo reír y cubrir su boca y... *qué se joda esa mierda.*

Tú nunca te ríes de una polla.

Nunca.

Jamás.

Jamás.

Me agaché y les fruncí el ceño duramente a mis pantalones cuando los saqué de mi pie, finalmente librándome de ellos y enderezándome con nada más que mis dos calcetines a medio quitar, colgando en mis tobillos. Los extremos de ellos medio cayeron cuando me acerqué a ella, y me sentí como un maldito payaso. Pisé un extremo, removiéndolo con éxito al dar un paso, y lo repetí con el otro.

Decidí que en nuestro apartamento, los pantalones y las medias serían opcionales.

Y las camisas.

Solo porque sí.

Su risa murió, me vio usar sus zapatos para completar las cuatro esquinas de la manta y luego hice un tipo de gesto a esa hija de puta con un bufido final de logro, sintiendo como si lo peor ya *tenía* que haber sucedido.

¿Cierto?

Incorrecto.

Empezamos a besuquearnos sobre la manta de cuadros azul, desnudos y con ganas. Y entonces el sol desapareció detrás de las nubes y se volvió un poco más frío. Mis bolas querían al mismo tiempo subir de nuevo dentro de mí y llenarla a ella con su esperma.

Eso fue bastante paradójico.

A medida que nos acostábamos de lado, el calor de nuestra excitación gradualmente hizo el frío del aire soportable. La besé apasionadamente, mis manos vagando por su pecho y masajeando sus tetas. Por alguna razón, sentí como si sería todo puñeteramente tierno y especial recorrer mi dedo a través de sus rizos brillantes.

Bueno, qué se joda la laca de cabello.

Mis dedos se quedaron atrapados, y siseé entre dientes, retirando mis labios mientras *trataba* de extraer mis dedos de su cabello. La miré con disculpa y luego fulminé a mis dedos a la vez que los retiraba con cuidado, acariciando su cadera desnuda con mi otra mano.

Cuando finalmente volvimos a besarnos, ella apoyó la cabeza en mi bíceps y empujó dentro de mí. Nuestras mitades inferiores comenzaron a gravitar inevitablemente hacia el otro con gemidos entrecortados y manos deambulantes. Y luego echó la pierna por encima de mi cadera y se removió contra mí.

Y entonces mi brazo se quedó dormido.

—Mierda —susurré, flexionando mi puño y sintiendo el aguijón de alfileres y agujas a la vez que levantaba la cabeza. A medida que la circulación comenzaba a regresar lentamente a mi brazo, los dos nos quedamos mirando el puño, cubierto con sus rizos, mientras lo abría y lo cerraba.

Y estaba empezando a preguntarse si tal vez no fuera cierto que *estábamos* malditos en todo el asunto del sexo.

Con suspiros mutuos de exasperación, nos miramos vacilantes y yo gemí.

—¿Quieres hacer las maletas de una puta vez y volver a casa? —Pregunté, sintiendo que la tarde era insalvable.

Podríamos besarnos donde fuera. Por lo menos en la ducha o en la cama no nos congelaríamos el trasero y apartaríamos a los bichos.

Cuando no respondió, lo tomé como un «sí» y me senté, tratando de alcanzar mi mochila y empezar a meter la mierda de nuevo en ella. Se sentó conmigo, y me entregó los elementos cercanos con una expresión de disculpa.

Entonces cogió mi cuaderno de bocetos e hizo una pausa, dobló sus pies debajo de su cuerpo y frunció el ceño.

—¿Esto es de hoy? ¿De ahora? —Preguntó mientras mis ojos vagaban por el espacio, buscando por los pantalones infernales que habían comenzado la cadena de fracaso del sexo.

La miré por un segundo y asentí en confirmación, levantando una esquina de la manta a la vez que retomaba mi búsqueda.

Se quedó en silencio durante un buen rato hasta que finalmente me encontré con su mirada con un suspiro, preparándome para levantarme.

—Se suponía que estarías dibujando la naturaleza —dijo con voz átona bajando la mirada al libro en sus manos. El blanco del papel reflejó la luz de nuevo en su cara y le hizo casi parecer radiante, sentada encima de la manta, desnuda y expuesta al aire. Vi sus ojos revolotear sobre la imagen, absorbiendo su pose anterior.

—Hay naturaleza allí. El árbol, ¿ves? —Razoné encogiéndome de hombros, señalando la figura detrás de ella en el dibujo.

Viéndome con su periférica, apretó los labios y curvó una ceja.

—Vale, vale —cedí de mal humor, tomando el libro de su mano—. ¡Bien, hice jodida trampa! Pero no es mi culpa. La naturaleza de mierda y la naturaleza muerta son aburridas como la mierda, y el arte no se supone que es trabajo. Si no me gusta el tema, no puedo dibujarlo —expliqué, cerrando de golpe el bloc y arrojándolo sobre la manta con un ahogado «golpe».

Se suponía que debía amplificar los ojos de mi mente. Al parecer, estaba demasiado concentrado en Beth, y al dibujar algo más estaría tomando el tiempo para ver otros aspectos del mundo que merecía mi apreciación... o alguna mierda así.

No me importaba una mierda lo que Sarah tuviese que decir al respecto.

Nadie «aprecia» un tronco de árbol.

A menos que haya tetas en frente de él.

Estaba a punto de levantarme y vestirme cuando su mano rodeó mi muñeca, tirando de mí hacia abajo. La miré, casi esperando una reprimenda por no seguir adelante con mis propios objetivos cuando sus labios se curvaron en una sonrisa suave.

Metió uno de sus rizos caprichosos detrás de la oreja y frotó su pulgar sobre mi piel.

—¿Entonces, soy como... tu musa? —Preguntó. Sus piernas se extendieron desde su posición, y fue sorprendentemente fácil permanecer centrado en la profundidad de sus ojos castaños, clavados en los míos, a pesar de saber que podría conseguir fácilmente una imagen de su coño.

Interiormente, suspiré aliviado de que ella estuviese quitándole importancia a lo de los bocetos y asentí, estirando mis piernas frente a mí y yéndome hacia atrás, apoyándome con mis palmas.

—Eso es realmente cursi y dulce —respondió a través de una gran sonrisa, cada vez más cerca de mí y curvándose en mi costado. Sonreí a la vez que me acostaba, concediéndole acceso al hueco de mi hombro y besando la parte superior de su cabello moleestamente rociado de laca.

—Soy un hijo de puta cursi y dulce, ¿qué puedo decir? —Bromeé, frotando mi mano arriba y abajo de su columna vertebral, haciéndole cosquillas con mis roces sobre su piel.

Reclinados sobre nuestras espaldas, no pudimos dejar de mirar hacia el cielo, y este estaba simplemente... nublado. Joder, no era uno de esos días perfectos

como los que me había esforzado para planificar. Era de un gris claro, brumoso por encima de las copas de los árboles, y un poco frío. Extendí los brazos y agarré dos puñados de la manta, doblándola sobre nosotros en un capullo cómodo mientras nos tendíamos en paz.

Tal vez este día no era un fracaso absoluto.

Su mano se deslizó a lo largo de mi estómago y pecho, los dedos trazando los bordes y contornos de mis cicatrices al mismo tiempo que respiraba de manera uniforme contra mí. Su mano comenzó a vagar, bajando hasta el lugar donde debería haber tenido uno de esos *sexys senderos*, pero que tenía ese pedazo de carne sin cicatrizar por las llamas de hace tantos años.

Y luego su mano siguió su camino, y cerré los ojos cuando acarició mi polla, un dedo deslizándose desde la punta hasta mi base y de regreso.

Levantó la cabeza, y ni siquiera tuve la necesidad de abrir los ojos para encontrar sus labios con los míos. Ellos eran como imanes, uniéndonos y moviendo mi cuerpo un poco para poder tomarlos con mayor comodidad.

Y entonces estábamos enrollándonos de nuevo, pero esta vez fue mejor y más lento y, definitivamente nada parecido a la forma jodida en que había sido minutos antes. Me puse de lado, y ella enganchó su pierna sobre mi cadera, acariciando mi lengua con la suya con languidez y empujándose a sí misma más cerca. Su mano se apartó de mi polla, solo para ir a mi cadera, donde me agarró y me acercó más.

Mi pene estaba acunado en su calor húmedo y resbaladizo y fruncí mi frente, enhebrando mis dedos por su cabello e inclinando la cabeza para profundizar nuestro beso. Mi respiración se volvió puñeteramente errática e impaciente cuando me deslicé contra ella y gemí en su boca.

Me aparté, lamiendo mis labios y aún saboreando el débil rastro de fresa de su brillo de labios a la vez que movía mis caderas y la miraba a sus ojos entornados. Clavó los dientes en su labio y apretó con fuerza contra mí, buscando más fricción. Siempre podía notar cuando estaba *realmente* en ello, porque siempre se ponía súper concentrada y toda jodidamente jadeante.

Muy parecido a como estaba haciendo ahora.

En mi pene.

—Tan malditamente hermosa —murmuré, moviendo mi mano en su culo y aplastándola contra mí. Por sobre todo lo demás, me encantaba verla así. Llámenme un hijo de puta hormonal, me importaba una mierda. Cuando sus labios se separaban y se secaban con sus jadeos y creaban estas pequeñas grietas, y cuando sus pies se enganchaban en mis pantorrillas para acercarme, y cuando

podía ver la piel de su cuello vibrar al ritmo de su pulso, ella estaba malditamente hermosa de este modo que solo yo la vería alguna vez.

Resopló y gimió, tocando su frente con la mía mientras nos movíamos de forma fluida a pesar de nuestra incómoda posición. Sus ojos miraban hacia abajo entre nosotros, los músculos de mi estómago ondulándose y contrayéndose sin dejar de moverme.

—Tú también —murmuró, mirando a mi cuerpo.

Sus manos agarraron mi espalda, y pude sentir lo que sus crecientes uñas le harían a mi piel. El pelo le caía sobre su hombro y la dejaba al descubierto, exponiendo su cuello y la clavícula para mí. Me agaché y lamí mientras nos movíamos, empujándola hacia abajo y tirando de ella minuciosamente con cada movimiento. Mis ojos se cerraron y solo disfruté de las sensaciones de su resbaladizo calor a medida que se restregaba sobre mí y jadeaba en mi piel, su pierna ya estaba empezando a temblar alrededor de mi cadera. Fui más rápido para dar cabida a su jodidamente meticuloso y fugaz orgasmo. Había aprendido a estas alturas cuán moleestamente delicado era ese momento. Mi polla se deslizó con los movimientos de nuestras caderas, resbalándose a lo largo más bien felizmente hasta que hubo un breve y pequeño resbalón.

Y entonces las cosas medio... se alinearon para la mierda.

Me paralicé, la punta de mi polla detenida en el lugar correcto para que esto fuera mucho más allá de follar con la humedad. Su cuerpo estaba caliente y en reposo contra el mío, ambos respirábamos contra el otro, su cara estaba en el hueco de mi cuello y mi nariz en su cabello.

Sintiendo nuestro dilema, se echó hacia atrás para mirarme a los ojos y apoyó la mejilla en la manta azul por debajo de nosotros. Estaba solo... *justo ahí*. Estaba caliente y húmeda y prácticamente sonriendo a mi polla y mostrando un letrero que decía: "¡Hey, tú! Ven aquí y ten una mierda de diversión, ¿sí?"

Sin aliento e inseguro, tragué fuertemente, apretando mi agarre firme en la mejilla de su culo y en consecuencia... extendiéndola más ampliamente para mí.

Oops.

Su pecho se volvió más pesado, aplastando sus tetas contra mi pecho con cada resoplido, mirándome sonrojada.

—¿Si? —Preguntó de repente, rompiendo el silencio con un suspiro, frunciendo las cejas hacia arriba y creando esta pequeña marca en su frente. Su mano, aún aferrada a mi espalda, se tensó, y me empujó más cerca.

Ella estaba caliente y bastante jodidamente perfecta.

—Bien —fue mi susurrante respuesta, y le concedí un segundo para

acobardarse, porque yo estaba considerándolo, pero maldita sea, también me sentía caliente.

Se lamió los labios en anticipación, y pude verla prepararse, los ojos muy abiertos y ansiosos a la vez que su pierna se apretaba a mi alrededor, el talón de su pie empujando en mi muslo. No necesitábamos nada más. Toda la preparación era tonta y estúpida y esto se supone que es natural, como respirar.

Pero con más empuje y un clímax bastante jodidamente desordenado.

Ni siquiera me di cuenta que estaba conteniendo la respiración cuando la extendí más y comencé un suave empujón de mis caderas. Mis ojos estaban fijos en su cara, mis oídos en su respiración, toda la mierda que, para este momento, ya era involuntaria. Había arruinado la santidad de la palabra de seguridad como un imbécil. Habíamos retirado su uso, junto con el uso del eufemismo «unicornio», y habíamos acordado que un maldito y simple: «Auch. Para.», sería suficiente. Aun así, estaba perfectamente en sintonía con cada reacción de ella, lo quisiera o no.

Así que *estaba* conteniendo la respiración, y solo me di cuenta de eso cuando me acordé de repente de lo ridículamente apretada que ella era. Hice ese raro sonido de asfixia áspera cuando me acomodé a mí mismo hacia delante y arriba, con los párpados caídos observando a sus labios abrirse con un suspiro turbulento. Sus uñas se clavaron profundamente en mi piel, y podría haber estado preocupado sobre ello si ella no hubiera estado inhalando esos pequeños jadeos, con un sonido de maullido en cada exhalación.

Nunca había tenido relaciones sexuales sin condón antes, y cada sensación era amplificadas, cosquillosa, pulsante mientras me deslizaba aún más en ella.

—¿Está... bien...? —Le pregunté, con voz tensa.

Asintió con la cabeza, presionándome más cerca e instándome a avanzar sin palabras, y si hubiera querido que me detuviera a medio camino dentro de ella, yo habría sido perfectamente feliz con la limitación.

La mitad de un coño es mejor que nada, cualquier día.

Descansando mis labios contra los suyos, la miré a los ojos, borroso y nublado al tiempo que empujaba más profundo, temblando por la moderación necesaria para ir poco profundo y lento, y sabía (estaba completamente seguro) que habría un día en que *podría* embestir en esta mierda (*amorosamente*) si pudiéramos manejar este simple momento sin joderlo.

Impaciente, me aparté un poco, la estrechez de ella apretándome de formas puñeteramente gloriosas. Y entonces empujé suavemente hacia adelante y no pude reprimir el gemido roto y estrangulado que escapó de mis labios al

finalmente, *finalmente*, sentir la sensación de esa primera y completa embestida. Volví la cara un poco y miré por encima de su hombro, dejando caer mis párpados cuando me concentré en esa sensación, caliente y ardiente y tensa de la boca de mi estómago con las ganas de hacerlo una y otra y otra vez y más rápido y más duro y más profundo y *gracias al jodido Dios que me masturbé para la mierda antes de salir de casa*, porque habría estallado por completo en este momento.

Inhaló profundamente, su mandíbula colgando ligeramente entreabierta cuando su aliento me heló la mejilla y me empujó más cerca, más profundo, más fuerte.

Pude sentir un temblor en su cara interna del muslo y el ligero balanceo inconsciente de sus caderas.

—¿Está bien? —Preguntó contra mi mejilla con voz gruesa, frunciendo por completo su ceño.

—Mierda... es solo... tan jodidamente... *Cristo* —intenté decir, curvando los labios en torno a las palabras y capturando una entre mis dientes mientras repetía el movimiento, echándome hacia atrás y embistiendo de nuevo.

—Dios —gimió, el sonido vibrando contra mi piel a la vez que mis caderas se detenían y se retiraban una vez más, y para un observador casual, juraría que habíamos sonado como unos malditos religiosos o algo así.

No podría ser vendido en un porno, pero mi chica y yo estábamos teniendo oficialmente coito.

Embebido de la lujuria y las sensaciones que me rodeaban con tanta fuerza, volví la cara y capturé sus labios entreabiertos. Ellos estaban secos y fríos, pero su lengua estaba húmeda y caliente y amplificaba las sensaciones de mis embestidas lentas abajo. Nuestros besos, todos jodidamente distraídos y descuidados, se detenían y seguían. Me salía y empujaba y nos olvidábamos de mover nuestras bocas, recordándolo repentinamente y rápidamente moviendo nuestras lenguas y labios al mismo tiempo. Ella permaneció inmóvil, dejando que mis caderas hicieran todo el trabajo.

Y luego, de repente, empezó a rodar con rigidez en su espalda, y ni siquiera me congelé o vacilé porque estaba empezando a darme cuenta que había un cierto flujo en esta mierda, y cuanto más lo interrumpas se hace menos probable que lo superemos sin incidentes.

Sin dudarlo, rodé con ella, colocándome encima y aplastando mis palmas contra la manta para apartar el peso de mi pecho. Sus piernas estaban abiertas y me encajé perfectamente entre ellas, mirando fijamente su rostro rosado y

reanudando los movimientos de mis caderas sin ninguna interrupción.

Su pecho se levantó y cayó, los picos de sus pezones duros y mostrándose y apuntando hacia mí, mientras yo era capaz de empujar más profundo, la libertad de la posición permitiendo a nuestros caderas finalmente encontrarse.

Su respiración se profundizó una vez más y sus ojos, vidriosos, brillaron cuando extendió sus dedos a través de mi cabello. Y entonces, sin previo aviso, su cuerpo volvió a la vida, levantó las caderas y se retorció contra mí, encontrando mis caderas y creando la fricción que probablemente deseaba. Siseé entre mis dientes apretados, porque se sentía más apretado y más cerca y si esos pequeños movimientos de cadera fueran un cuadro, yo enmarcaría esa mierda como un hijo de puta.

Se paralizó y me miró, alarmada, como si no se hubiera dado cuenta de lo que había estado haciendo.

—¿Está... Yo...? —Se preocupó, repentinamente insegura. Pude sentir sus piernas tensándose y ver la rigidez de sus hombros, y me apresuré a tranquilizarla. Ahuequé su culo, levantándola contra mí.

—Bueno... justo... así, ¿ves? —La animé. Y luego se contoneó contra mi pelvis con más confianza, un pequeño dulce gemido escapó de sus labios al mismo tiempo que sus cejas se encorvaban hacia abajo y ella se elevaba más alto.

Apartando mi mano de ella, me acomodé contra el suelo de nuevo y pauté un ritmo lento, girando mi cadera baja y saliendo casi por completo de su resbaladizo calor con un gemido. Sus caderas igualaron las mías y muy pronto, habíamos establecido un ritmo sincronizado de empujones y tirones y contoneos.

Nunca había cogido así antes. La chica había estado siempre arriba, rebotando sobre mi regazo mientras yo la jalaba con avidez. Esto era muy diferente y mucho *mejor*. Su cuerpo suave debajo de mí era invitador, acogedor, y estábamos contra el suelo a la vez que con suavidad me deslizaba en ella una y otra vez.

Aunque lo cierto era que esto no se trataba en absoluto de una follada.

Su cuello se estiró hacia arriba cuando nuestro ritmo aumentó y pude detallar el endurecimiento de las cuerdas en su cuello mientras jadeaba en busca de aire, mirando distraídamente hacia el cielo a través de los párpados entornados. Rodeé su barbilla con mi boca y empuñe el tejido de las mantas en mis palmas, la hierba debajo desgarrándose en el suelo debajo de ella, mi respiración escapando por mi nariz en silbidos breves y cortantes.

Sus gemidos pronto se transformaron en maullidos sin aliento y su mirada se

volvió intensa, casi malditamente *suplicante*, ya que nuestras sacudidas se tornaron más y más sucintas y exactas, finalmente penetrando de la forma en que lo deseaba. Mis brazos comenzaron a temblar a medida que mis rodillas se clavaban en el suelo blando y mis embestidas se volvían cada vez más erráticas. La besé y ella apretó más fuerte, y yo gemí contra sus labios, presionando besos torpes donde podía llegar y apretando los ojos cerrados.

—No... casi... —se atragantó, con el cuerpo rígido por la tensión, nuestras caderas contorneándose y retirándose en cortos movimientos más firmes. Empuñé la manta con más fuerza, mis manos jodidamente temblando cuando apreté los dientes y luché para evitar mi orgasmo extremadamente inminente. Se volvía más húmeda a cada segundo, y estaba desesperado por enterrarme profundamente dentro de ella, agarrar sus caderas y malditamente explotar ya. Su cuerpo empezó a temblar, pero no podía estar seguro si era de placer o esfuerzo. Con un gemido sin aliento, me esforcé más y la miré a los ojos, cerrando la mandíbula cuando cedí a mi impulso y agarré la manta con fuerza, empujando con fuerza dentro de ella con un gruñido.

Nuestra condenada piel se unió con un chasquido.

Luego sus ojos se abrieron como platos, y sus manos fueron a mi culo, agarrando dos puñados de carne y me empujó hacia ella echando la cabeza hacia atrás, arqueando su cuerpo en un arco delicado y apretando sus tetas contra mi pecho.

Vi sus ojos cerrarse con fuerza mientras se estremecía y se retorció en mi contra, toda jodidamente enrojecida y conteniendo la respiración al mismo tiempo que se apretaba alrededor de mi polla. Su boca se abrió con un grito silencioso, y supe que se estaba corriendo, así que dejé caer mis labios en su cuello y le di dos embestidas finales, con golpes sonoros por el efecto piel con piel, antes que fuera incapaz de aguantar más.

Metí mi boca en su cuello y di un gruñido en su piel, enterrándome a mí mismo dentro de ella. Mi gruñido, amortiguado por su piel húmeda cuando presioné mi lengua contra él, retumbó en mi pecho hasta que levanté mis labios y no fue nada sino un gemido.

—Mierda, Beth. *Joder*. —La manta se amontonada en mis manos al tiempo que jalaba mis puños hacia su cabeza, tirando y retorciéndome en su interior. Me estremecí y empujé y apreté la tela con tanta fuerza que sentí mis uñas atravesarla. Pude sentir sus dedos en mi cabello; sus piernas y brazos flácidos cuando me agité contra ella por última vez.

Después me derrumbé, jadeando y sintiéndola acariciar mi pelo y jadear

debajo de mí. Joder, el aire frío era bastante bienvenido *ahora*, y enfrió la ligera capa de sudor que cubría mi cuello cuando giré la cabeza y besé su garganta, buscando sus labios con los míos.

Nuestro beso fue breve, y me retiré, deslizándome de ella solo para descansar mi frente en su estómago antes de mirarla los ojos.

Ellos estaban cálidos y agotados y esta pequeña media sonrisa perezosa se extendió en su rostro. Le devolví la sonrisa y volví la cara, mirando a los árboles balanceándose y sintiéndome... cansado (en el buen sentido).

En una semana, era completamente posible que perdiéramos esa jodida conexión sagrada que nos había unido durante mucho tiempo.

Al menos donde perdíamos una, ganábamos otra.

Beth

Fracaso.

Era una palabra que parecía dictar todos mis hábitos en la actualidad. Le temía, me escondía de ello, le eludía cada vez que podía, aterrorizada de perderlo todo por un momento. Mis pensamientos huyeron cuando él descansó su mejilla en mi estómago, con sus rodillas dobladas en mis caderas, mis piernas todavía estaban envueltas a su alrededor y mis dedos se deslizaban a través de su cabello.

Estaba suave y ligeramente humedecido en las raíces, sus ojos elevados mirando los árboles. Él tarareaba ocasionalmente cuando mis dedos acariciaban su cabello desordenado, a veces se estremecía, a pesar de haber insistido que no tenía frío.

Cerré mis pies a su alrededor, yaciendo completamente inmóviles, sus manos aplanadas a los lados de mis pechos y esporádicamente acariciando mi piel.

Era como si yo estuviera esperando que algo malo sucediera. Tal vez el cielo se abriría y desataría un rayo, o mi corazón palparía, o Maddox sufriría uno de esos muy mortificantes calambres en las piernas o algo así.

Pero nada sucedió.

Esto no fue un fracaso.

Era casi demasiado surrealista para siquiera considerarlo. Claro, yo *podría* haber estado exagerándolo en mi cabeza, meditando sobre todas las diferentes formas en que lo arruinaría, pero ¿quién me podría culpar? Había estado convencida después que pautamos esa fecha que no habría ninguna manera que ocurriera. Probablemente, Beatrice o Albin elegirían actuar como padres fastidiosos ese día, o yo tendría mi periodo, o algo pasaría entre ese momento y ahora que haría que alguno de nosotros fuera físicamente incapaz.

Incluso cuando estaba disfrutando de mi raro antojo de cocina China, mis preocupaciones habían sonsacado su camino en la atmósfera de la noche anterior y obstinadamente habían creado una receta de *Galletas de Fortuna Destinadas al Fracaso*. No había sido capaz de librarme de ello.

No estaba acostumbrada a que las cosas fueran bien. Demonios, me había resignado a una vida de abstinencia, por el amor de Cristo. Me había convencido a mí misma que el sexo realmente no era tan bueno.

Dios, sí que estaba equivocada...

Fue como perder la virginidad de nuevo (sin todo el dolor y el llanto y la

humillación). No se pareció en nada a las veces anteriores. Fue... dulce y lento y tierno y aun así, completa y endemoniadamente caliente.

Y sabía que Maddox pensaba que solo él lo quería, pero... yo no podía esperar a restregarle esto en la cara a Darren.

Maddox suspiró de repente, moviendo un poco la cabeza para mirarme a los ojos. Había pasado el tiempo suficiente para que el sol se moviera casi por completo detrás de los árboles, y le iluminaba el cabello de cobre con un brillo de color naranja pálido. Mis piernas se estaban poniendo tiesas de estar acostada en esta posición, pero aun así era cómodo, así que no dije nada. Sus labios enrojecidos se apretaron en una línea delgada, sus ojos verdes estaban indagando en los míos así que arqueé una ceja con curiosidad.

—La semana que viene... —comenzó, la lengua saliendo para humedecer sus labios mientras sus parpados caían. Volvió el rostro, dándole un beso a mi estómago debajo de mi ombligo.

—Es solo experimental —le interrumpí antes que pudiera continuar—, una noche no es nada. ¿Siete horas? Hemos pasado más tiempo —aseguré solo notando vagamente mi suave indirecta a su ida cuando sus manos apretaron firmemente mi piel, sus ojos oscureciéndose a la vez que colocaba su barbilla sobre mi estómago. Con la voz cargada de remordimiento, pedí disculpas—: Lo siento. No quise decirlo de esa manera... —y él asintió, aunque su mirada permaneció llena de tristeza y me odié a mí misma por inducirla. Para completar, yo sabía que estaba preocupado por mí, sin importar lo inútil que fuera preocuparse por eso.

Pude verlo endurecer la mandíbula cuando movió sus manos por debajo de mi espalda, llevando sus brazos alrededor de mi torso y apretándose.

—No pareces muy preocupada por ello —murmuró en mi piel, mirándome través de sus pestañas.

Usé mis dedos para apartar el cabello de su frente, exponiendo sus ojos.

—Tú estarás a solo veintidós pasos de distancia.

Sus labios se curvaron en una sonrisa apretada contra mi piel y levantó una ceja.

—¿Así que has contado los pasos a la habitación de invitados? —Preguntó, su cálido aliento haciéndome cosquillas en mi piel—. Tal vez podríamos conseguir unos *walkie-talkies* o alguna mierda así —bromeó, sus ojos brillantes cuando levantó las cejas.

Puse mis ojos en blanco y deslicé mis dedos por su cabello, apartando la idea de la ansiedad que surgió en mi pecho

—Creo que vamos a sobrevivir—descarté su idea con sequedad.

En secreto, no podía pensar en verdad sobre ello. No le quería mostrar mi vacilación o nerviosismo por el próximo experimento. Él había estado conmigo en cada paso hasta ahora y no podía soportar la idea de decepcionar a *nadie*. Yo tenía que hacerlo. Yo *podría* hacerlo. Solo tenía que hacer retroceder el miedo y dejar de pensar en ello, y estaría bien. *Tenía* que estar bien.

Sus risas cesaron abruptamente, y simplemente me miró, sus intensos ojos verdes clavados en los míos mientras tragaba y finalmente se levantó a sí mismo. Se pasó los dedos por el pelo y apartó la mirada.

—Claro —murmuró.

* * *

Exactamente una semana después, me desperté jadeando, apretando las mantas en mis puños y mis ojos se abrieron de golpe. Me tambaleé y giré mi cabeza a mi alrededor, temblando y sudando a la vez que buscaba en la oscuridad. La habitación se llenó con mis respiraciones irregulares, fuertes y haciendo eco en las paredes blancas y desnudas cuando mi corazón se agitó violentamente en mi pecho. Inmediatamente, mis pies picaron para sacar mi cuerpo de la habitación, pero había un obstáculo en el espacio al lado de la cama, y, de repente, tuve visiones de manos agarrándome los tobillos. Esa visión fugaz me aterrorizó mucho más de lo que debería.

Yo era una maldita adulta, no una niña asustada.

Cerré los ojos y traté de calmar mi pulso, imaginándome en la extensión cubierta de hierba del prado soleado al otro lado del río. Traté de visualizar la brisa y los brazos de Maddox alrededor de mi cintura, abrazándome, sana y salva. Él susurraba en mi oído y jugaba con mi cabello y sonreía contra mi cuello. La visión de esto me calmó lo suficiente como para que poder abrir los ojos.

Después que mi pecho se hubiese recuperado a un ritmo más constante, me acosté de nuevo con rigidez, girando en mi lado. Me quedé mirando fijamente la pared, amontonando la sábana cuando me acurruqué debajo de ella hasta la barbilla. Las sombras de los árboles más allá de la puerta del balcón se filtraban por las cortinas transparentes y pintaban las paredes con largas y ramificadas venas, subiendo hasta el techo y alcanzando la lámpara. La luna más allá de las nubes bañaba todo en azul, y me estremecí, tirando de las mantas más hacia arriba. Mis ojos revolotearon hacia el armario, y tragué, viendo la perilla con ansiedad.

Cinco meses atrás, cuando por primera vez le había permitido a Maddox

coaccionarme a entrar, la sensación de acceder a él me había hecho sentir orgullosa y poderosa, pero ahora... ahora me hacía estremecer al pensar que había estado en ese pequeño espacio. Todo el mundo había estado tan emocionado esa noche (muy distinto al estado de ánimo sombrío de la casa en esta noche en particular antes de irnos todos a la cama). Maddox me había estado ayudando a entrar desde entonces, una vez al día por el simple propósito de tomar y dejar la ropa.

Pude oír el viento barriendo a través de los jardines exteriores, soplando los restos de las hojas del invierno a través del patio con un aullido espeluznante. Esta sugerencia de Sarah era una locura, y ella no tenía ni idea de lo que me había estado pidiendo. Bajé la mirada, la pulsera que Albin me había regalado por Navidad reflejaba el tono azul de la habitación e iluminaba mi almohada en un suave resplandor. El grabado en relieve de la familia Lane estaba creado en plata, unido a una banda simple de cuero que se sujetaba cómodamente.

Le había dado a Daphne un collar de plata con piedras preciosas y mucho más llamativo que el mío. Dejé que el recuerdo de su rostro en aquel día calmara mi ansiedad, cerrando los ojos con un suspiro tembloroso. Daphne nunca había conocido a su padre (había pasado varios eventos de padres e hijas a través de los años en la escuela y seguramente había sentido el vacío cuando Sabrina y el señor Hale asistían sin ella). Nunca me había confiado esta tristeza, pero ese día, yo había conocido a ciencia cierta que eso siempre había existido. Había lanzado sus brazos alrededor del cuello de Albin, enterrando la cara en su hombro y ocultando sus lágrimas.

Ella odiaba ser vista cuando estaba tan emocional.

Todo el mundo se había mostrado particularmente sorprendido por su reacción, los ojos de Albin amplios e inquietos buscaron la acuosa mirada compungida de Beatrice.

Perras cursis.

Maddox me había contado del nerviosismo de Albin sobre darnos uno de esos. Antes que yo hubiera tenido la oportunidad de abrir el regalo, Maddox me había suplicado:

—Significa mucho para él, ¿de acuerdo? Si te sientes rara llevándolo, entonces solo... sonríe y escóndelo en algún lugar. —Había temido que no entenderíamos su significado, o que nos sentiríamos como si Albin estuviese haciendo un intento de reemplazar a nuestros padres.

Bueno, por mi parte, estaba perfectamente contenta con ser parte de la familia de Albin, nunca había conocido a mi padre biológico, y ya había considerado a

Albin como el mío de todos modos. El hecho que la joyería gratis no estuviera toda adornada y llamativa y gruesa fue solo un bono.

Un rasguño distante me apartó de mi meditación, y me puse rígida, con mis piernas presionándose aún más cerca de mi pecho mientras mis ojos vagaban por la habitación a oscuras. La puerta del baño estaba entreabierta, la toalla de Maddox se asomaba desde donde la había dejado cuatro horas atrás. Mi respiración se transformó en ráfagas de poca profundidad cuando mis ojos se detuvieron en la oscuridad, el silencio de la sala pesado y sofocante.

Los pelos de mi nuca se erizaron, y me sentí como si alguien sin duda me estuviera observando.

Era estúpido y totalmente irracional, me daba cuenta de eso.

No había posibilidad que alguien pudiera entrar en la casa con el extravagante sistema de seguridad de Albin. Incluso lo había actualizado una semana anterior para este propósito específico. Él sabía que yo estaría aquí, en esta habitación oscura, completamente sola, y Beatrice y él estaban tratando de hacer esto más fácil para mí.

Y Maddox.

Traté de imaginarlo en la habitación, justo al final del pasillo. Él estaba cerca, y esto *debería* haberme hecho sentir un poco de paz, pero no lo hizo. No podía sentir su proximidad o ver su cara ni oír sus respiraciones. No había nada lo suficientemente tangible para calmarme. Era una tortura saber que estaba muy cerca, pero a la vez tan lejos.

Todo lo que tenía que hacer era abrir la boca y producir el grito más ruidoso y espeluznante que pudiera crear y sabía que tendría una habitación llena de gente de pie delante de mí, Maddox entre ellos.

En mis sueños, mis gritos eran silenciosos, mi garganta no producía ningún sonido, sin importar cuánto intentara hacerlo. Sabía que no sería el caso ahora, y sin embargo mi garganta se sentía seca y reseca, y mi confianza vaciló.

¿Y si no podía gritar? Me entró el pánico. Suponía por mi estado de alerta total que los medicamentos para dormir que había tomado antes de acostarse para noquearme habían desaparecido en su mayoría, a pesar que mis miembros todavía se sentían pesados y lentos. Sin ellos, no estaba segura si habría sido posible incluso quedarse dormida así en primer lugar. Cada centímetro de la habitación estaba negro y azul y me hizo recordar a mi antigua habitación de la casa de al lado. No me gustaba ese recuerdo ni un poquito. Me puso imposiblemente más nerviosa, mi cuerpo rígido bajo las mantas. Temía que si me movía, arruinaría toda la noche con mis miedos estúpidos y ridículos al huir

de la habitación.

Me imaginé la cara de Albin cuando se diera cuenta que fracasé en esta prueba, tan paciente y comprensivo, y sin embargo inevitablemente decepcionado. Imaginé a Beatrice y a Sarah y Daphne y... sobre todo... a Maddox. Todo el mundo contaba conmigo, y a pesar que tener éxito en esta tarea en realidad significaba muy poco para mí en comparación con la idea de rendirme, mi *familia* era una historia diferente. Esto era importante para ellos. Esto era un progreso tangible, aún más monumental que entrar en el interior del armario ese día.

Entonces, ¿por qué no podía concentrarme en nada más que en la sensación de la alfombra bajo mis pies cuando por fin huyera?

Por supuesto que tenía una opción. *Siempre* he tenido una opción. Era sopesar qué opción era la mejor para todas las partes involucradas lo que resultaba imposible. Era aprender a ser desinteresada y fuerte y enfrentar este miedo de estar sola en la oscuridad que era tan difícil.

Pero no *tenía* que estar sola, y, ¿quién (teniendo la opción) lo escogería alguna vez mientras yacían en la cama, asustados, tensos y tan aterrorizados de moverse que sus músculos comenzaban a dolerle?

Era una locura, decidí, rodando sobre mi espalda y mirando al espacio frío y vacío a mi lado. Así fue cómo me sentí cuando Maddox estaba en el otro lado del país, completamente perdido para mí. Habría dado cualquier cosa en ese entonces (probablemente habría vendido mi alma y jurado lealtad al diablo) si me hubieran ofrecido la oportunidad de tenerlo a mi lado.

Pero Maddox ya no estaba a cientos de kilómetros de distancia e intocable.

Veintidós pasos.

Veintidós pasos y estaría en su puerta. Fue en ese momento que oí otro ligero rasguño y mi cabeza giró en dirección a la ventana, una rama solitaria golpeaba contra el revestimiento de la casa. Mi cuello estaba todavía húmedo por el sudor; las lágrimas se secaron sobre mis mejillas mientras mis ojos revoloteaban salvajemente alrededor de la habitación y se asomaban entre las grietas y esquinas oscuras. Tragando con fuerza, aparté las sábanas de mi cuerpo y me levanté de nuevo, cogiendo las sábanas mientras mis ojos se fijaban en la puerta de la entrada.

Veintidós pasos.

Eso era todo lo que se necesitaría para estar en sus brazos, segura, satisfecha y en paz.

Mi pecho se contrajo durante el tiempo que me senté inmóvil en el colchón y

sentí la oscuridad de la habitación rodeándome, jalando de las esquinas de las paredes y presionándose aún más cerca. No podía quitarme esa sensación de ojos en mi cuerpo, mirándome mientras mi respiración empezaba a emerger en soplos agudos a través de mis fosas nasales. Mi pulso se aceleró y mis manos estaban pegajosas, frías y húmedas, y simplemente no podía imaginarme quedándome allí un segundo más.

Triunfar de repente parecía muy inútil.

Me asomé por encima del colchón y temerosamente busqué en la franja de negro debajo de la cama. Y entonces salté, mis pies volando por el suelo, mi corazón acelerándose. Empecé a contar los pasos al acercarme a la puerta; cinco pasos menos de lo que podría haber sido si no hubiera estado tan impaciente por salir de la habitación. Abrir la puerta no fue tan reconfortante como me lo había imaginado, el pasillo estaba igual de negro y oscuro que lo demás. Mis pasos eran golpes sordos contra la alfombra mientras corría por el pasillo, la puerta de la habitación fija en mis ojos, alta y blanca.

Me arrojé a ella, más fuerte de lo previsto y agarré el pomo, girándolo y empujando para abrirla.

Para mi sorpresa, la cabeza de Maddox se elevó desde donde estaba sentado en el medio de la cama, ya despierto. Dos cuerdas blancas colgaban de sus orejas a la vez que su mano se detenían en el cuaderno de dibujo colocado sobre su regazo. Tenía el cabello más desordenado de lo habitual, una clara señal que había estado preocupándose durante una gran parte de la noche. Sus ojos estaban oscuros y cansados, los labios apretados en una línea sombría al mirar a mis salvajes ojos llorosos. Sus manos subieron y arrancaron los pequeños auriculares de sus orejas y yo ya estaba volando hacia la cama.

Sus brazos ya estaban abiertos cuando me lancé sobre el colchón, atrapándome cuando salté sobre él. Nuestros pechos chocaron y sacudieron el respaldo de la cama al capturar su cuello en un apretado abrazo tembloroso. Nuestros cuerpos fundidos y moldeados, su calor se filtraba a través de mi fina camisa al mismo tiempo que su palma se elevaba a la parte de atrás de mi cabeza. Entretejió sus dedos por mi cabello y me apretó la cara aún más en el cuello. Empujó su nariz en mi cabello, respirando profundamente y sosteniéndolo al parecer, su pecho se agrandó y amplió contra mí.

Y en ese momento, por fin pude oler su piel y sentir sus brazos a mí alrededor y me sentí egoísta por no haber venido *antes*. Había estado tan condenadamente centrada en no fallar que no me detuve siquiera a pensar que Maddox siempre había querido fallar en esto. Se me ocurrió que él no se había molestado en tratar

de dormir sin mí y un sollozo apretado se construyó en mi pecho. Apreté en un puño la parte posterior del cuello de su camisa y finalmente comprendí que no había estado bromeando con lo de los *walkie-talkies* el día que habíamos hecho el amor en el prado. Él era muy malditamente obstinado para siquiera considerar pedirme eludir este reto, para admitir que sería igual de duro para él. Había rechazado las pastillas para dormir y se había encogido de hombros por mi preocupación y me lo había creído como un total idiota.

Lloré en su piel y lo jalé más cerca, enojada por haber tardado tanto tiempo en darme cuenta de ello. Sus antebrazos eran duros y se clavaron satisfactoriamente en mis costillas, machacando nuestros cuerpos como si nuestras almas fueran capaces de fusionarse y convertirse en una entidad. Sus brazos se movían inquietos mientras me sujetaban, como tratando de encontrar una posición más eficiente para acercarme aún más, incluso gruñó de frustración cuando los movió de nuevo. Mis piernas temblaron con el esfuerzo de empujar en él, mi nariz hincándose dolorosamente en su hombro.

Ni siquiera preguntó por qué estaba llorando cuando tiró sus cosas a un lado y nos levantó de la cama. Guió mis tobillos para envolverlos alrededor de su cintura y metió los brazos por debajo de mí, llevándome a la puerta. Miré a la habitación desaparecer detrás de nosotros a medida que caminaba los veintidós pasos a *nuestra* cama, cerrando *nuestra* puerta detrás de él con el pie.

Me bajó en el colchón y se metió a mi lado, mis manos nunca dejaron su camisa mientras se deslizaba bajo las sábanas y me atraía hacia él. Su cara era inexpresiva, las líneas de su mandíbula afiladas contra las oscuras sombras que se proyectaban a través de su piel. Limpió mis lágrimas llenas de arrepentimiento con las yemas de su dedo pulgar, lo que le permitió vagar por mi mejilla.

—Tal vez la próxima vez —susurró, el verde de sus ojos casi imperceptible a través de la oscuridad de la habitación. Su cabello caía sobre su frente y enmarcaba su mirada, cautelosa e inquisitiva.

Puse mi pie alrededor de sus piernas y lo tiré más cerca, enterrando mi cara en su pecho y negando con la cabeza con vehemencia.

—No habrá próxima vez —exigí con voz gruesa, apartando mis lágrimas sin soltar su camisa—. Haré toda la otra mierda, y mantendré la boca cerrada, a pesar que sea todo estúpido y lo odie, pero no esto. Esto se queda, sin importar lo que suceda. Prométemelo —le rogué, mi cuerpo perdiendo poco a poco su rigidez cuando su palma comenzó a deslizarse con firmeza por arriba y abajo de mi espalda.

—Qué se jodan los demás. Esto es algo nuestro, te lo prometo. —me aseguró con una voz dura y decisiva que atravesó la oscuridad, apretando las manos a mi alrededor. Entrelazó sus piernas con las mías y aplanó su palma alrededor de mi cuello, sosteniéndome contra él.

Asentí, exhalando un profundo suspiro en el calor de su pecho al mismo tiempo que mi mano instintivamente se deslizó por su espalda para acariciar su cabello. Era suave como la seda entre mis dedos. Permití que mis párpados finalmente se cerraran, su camisa absorbiendo mis lágrimas. Su respiración se mantuvo estable y calmada contra mí y pude sentir sus labios en mi cabello, presionando un beso en mi cabeza. Y supe por esas doce palabras pronunciadas con una voz clara y concisa, que él no podría soportarlo más de lo que yo podría, que mi debilidad era un alivio para él, porque también la compartía.

Habíamos fallado esta prueba, este análisis que probaría cuán lejos nuestras psiques habían llegado. Yo había tenido pesadillas, y Maddox ni siquiera lo había intentado. Mañana tendría que ir a ver a Sarah, y tendría que admitir mi debilidad a ella y a toda mi familia. Tendría que confesar cómo había cedido y había ido a buscarlo. Pero nuestro fracaso no sería la parte clave de esa conversación.

Me centraría en cómo había ido por él a buscar consuelo en su amor, no en su toque.

Y que con esto recordé que siempre habría pequeñas oportunidades y chances fugaces para volver a intentarlo, pero que a veces, no se podía arreglar lo que nunca se había dañado.

Empecé a tararear su canción, y recordé haber visto mi cara una semana atrás, perfectamente grabada en grafito y papel en la página de un cuaderno de dibujo que había sido *destinado* a la belleza. Había ayudado a darme cuenta que podríamos *trabajar* para no necesitarnos el uno al otro desesperadamente. Que siempre *trataríamos* de amarnos uno al otro en la versión «saludable» que nos otorgaba otra persona. Podríamos, y probablemente lo haríamos, esforzándonos para cumplir con estos objetivos, y que nunca importaría.

Esos siempre serían ejercicios inútiles.

Sin embargo, cuando salió el sol por la mañana, brillando a través de las puertas del balcón, abrimos los ojos, y estábamos bien. No perfectos, ni tampoco completamente sanos, o siquiera racionales en lo que se refería a la forma de amar al otro. *Simplemente* bien. Meramente adecuados, en el mejor de los casos. Pero solo hubo aceptación (nunca vergüenza) en ser dos divinos fracasos mientras salíamos del sueño, perfectamente imperfectos, y completamente

despiertos.

1 Doctor en medicina.

2 *Starbucks Corporation* es una cadena internacional de café fundada en *Seattle, Washington*. Es la compañía de café más grande del mundo, con aproximadamente 17.800 locales en 50 países. *Starbucks* vende café elaborado, bebidas calientes, y otras bebidas, además de bocadillos y algunos otros productos tales como tazas y granos de café. También ofrece libros, CD de música, y películas.

3 Mecanismo en el mismo sujetador que hace que los pechos se eleven y se vean más grandes de lo que normalmente son.

4 Un walkie-talkie, transmisor-receptor portátil, o comunicador portátil, es un transceptor de radio portátil. Los primeros walkie-talkie fueron desarrollados para el empleo militar. Sus características principales incluyen un canal semi dúplex (solo una radio transmite a la vez, aunque puede ser escuchada simultáneamente por numerosas unidades) y un interruptor de push to talk (ptt) que comienza la transmisión.

Epílogo.

PRIMERA PARTE

Beth.

—Espera. Gira un poco... *síp*, justo ahí. *Mierda*. —Maddox agarró mis caderas y se apoyó sobre sus talones, empujando hacia mí con una expresión intensa. Descansando en mi lado, agarré un puñado de la sábana de cama y empujé mis rodillas a mi pecho, jadeando—. ¿Te gusta esta? —Preguntó, tirando de mis caderas con sus dedos rítmicamente.

Le ofrecí un ferviente asentimiento sobre mi almohada.

¿Existiría alguna posición que no me gustara?

Lo dudaba.

Se dejó caer sobre sus palmas y se cernió sobre mí metiendo su barbilla en su pecho, mirando nuestra piel encontrándose mientras sus embestidas se volvían erráticas.

—Tienes menos-de-diez-segundos-y-contando para conseguir el tuyo —me advirtió con voz tensa y los dientes apretados

Eh, ajap. Eso no iba a pasar.

Con un estremecimiento, gruñó mi nombre, sus palmas se encresparon en puños alrededor de las sábanas cuando se quedó quieto. Se dejó caer sobre la cama con la respiración jadeante.

—Vale, esa está descartada —dijo. Me volví hacia él con la mandíbula abierta, interrogante.

—¿Por qué?! Me gustó esa.

—Eh. —Se encogió de hombros y besó la punta de mi nariz, explicándome claramente—: No puedo hacer que te corras. Hay que extenderse jodidamente demasiado.

Puse los ojos en blanco, descansando sobre su pecho.

—Solo porque no tenga un orgasmo no quiere decir que no disfrute.

Resopló en mi cabello a la vez que pasaba su nariz sobre este.

—Sí, claro. Si hubiésemos pasado todo ese tiempo follando y yo no hubiese tenido uno, me habría sentido puñeteramente estafado.

—Eres un chico —le recordé—. Nunca tienes relaciones sexuales sin llegar al orgasmo. —Y cuando lo ponía de esa manera, tal vez sí me *hacía* sentir un poco estafada.

—Tío, debe apearstar ser una chica —reflexionó—. Como si todo eso de tener un útero no fuera suficiente putada, ni siquiera tienes garantizado un orgasmo.

Quiero decir, el chico mayormente dicta cuando termina el sexo.

Me encontré con su mirada y asentí. Entonces su rostro se quedó en blanco, justo antes que se echara a reír, haciéndome saltar sobre su pecho mientras sus ojos se arrugaban.

—Yo dicto cuando termina todo.

—Oh, Jesús —gemí—. ¿Cuántos años tienes, diez? —Su resoplido infantil me siguió hasta el baño cuando abrí la ducha, dando un paso por debajo de la corriente a la vez que ponía mis ojos en blanco.

Él acababa de regresar de que Darren y Daphne, lo cual explicaba todo. Lo juro, cada vez que Darren y él se juntaban, se producía algún tipo de cambio cuántico en el cual perdían diez años de madurez. Hacía falta toda una noche para que regresaran.

Esperé a que Maddox se me uniera, como era su costumbre. Nuestro nuevo apartamento era menos cutre de lo que había querido. Le dije específicamente a Albin que quería por lo menos sentir como si estuviera pasando «adversidades», como les pasaba a todos mis compañeros. Era solo un deseo extraño, para conseguir la completa experiencia universitaria, con vivienda de porquería y todo.

Teníamos nuestro propio maldito lavadero, por el amor de Cristo.

Sin embargo, deje de quejarme en el momento exacto en que vi la cocina. Fue amor a primera galleta horneada. El tamaño de ese horno era ridículo. Tristemente, la escuela me dejaba muy poco tiempo para hacer uso de todo. Acabábamos de terminar con los finales, lo cual era la razón principal de nuestro juego «vamos a explorar las posiciones sexuales del número seis a la veinte». ¿Qué mejor manera de relajarse después de un largo y estresante semestre?

Después de unos treinta minutos de disfrutar de nuestra bastante extravagante ducha, me di cuenta que Maddox no iba a unirse a mí, ante lo cual mi frente se arrugó por la confusión. Salí del baño en toalla y comencé a limpiar el suelo de nuestra ropa, la cual había sido esparcida al azar después que Maddox hubiera vuelto a casa para encontrarme usando lo que él se refería cariñosamente como «el Chaleco de Tetas».

Después de acomodar brevemente la habitación, empecé a buscar a Maddox. Teníamos una habitación libre que yo había convertido en un estudio para él después que hubiese expresado su interés en la pintura, así que pensé que lo encontraría allí.

Estaba vacío.

Tampoco estaba en la sala de estar, una rápida pasada por el pasillo

descubierto mostró sonidos emergentes del cuarto de baño de invitados. La puerta estaba entreabierta, así que ni pensé antes de empujarla para abrirla.

Él estaba inclinado sobre la taza del baño, con la espalda desnuda arqueándose con arcadas gorjeantes que salpicaban en el recipiente.

—¡Oh, no! —Grité caminando hacia él, frotando tentativamente su espalda mientras él vomitaba. Patéticamente pregunté—: ¿Estás enfermándote o algo así? —Una vez que lo dije, puse mis ojos en blanco. *Obvio*. No podía ver su rostro, pero su cuerpo entero estaba temblando, su piel estaba pálida.

No fue hasta que oí una voz pequeña y lejana que me di cuenta que el teléfono celular de Maddox estaba abierto y tirado en el suelo a su lado.

—¿Hola? —Pregunté cuando lo recogí del suelo.

Era Albin.

—¿Qué está pasando? —Preguntó, frenético.

—Maddox está vomitando —le respondí—. Creo que podría estar contagiado con algo. —De nuevo, declarando los hechos evidentes.

Maddox se quedó en silencio con la excepción de sus toses estranguladas mientras yo acariciaba su espalda compadeciéndolo.

—No está contagiado con nada —susurró Albin—. Yo quería esperar y decirle en persona cuando vinieran la semana que viene con Sarah, pero... ni siquiera tuve que decir las palabras, Beth, él solo supo por qué había llamado. Lo siento mucho.

—¿Por qué lo lamentas? —Le pregunté, palideciendo.

La respuesta de Albin fue triste y baja, pero fue enfatizada por otra ronda de arcadas violentas por parte de Maddox.

—Su madre falleció anoche.

Enero.

El año nuevo trajo consigo una sensación de entumecimiento sombrío. Él no fue al funeral, y aunque no pude entender por qué, respeté su decisión. Albin había prometido que había usado sus conexiones en *Chicago* para otorgarle una ceremonia respetuosa, pero eso no pareció calmar a Maddox.

—¿Todavía no tienes hambre? —Le pregunté a la vez que limpiaba mi propio plato, el de Maddox estaba sin tocar. Simplemente lo miró con una expresión vacía.

—No, no realmente. —Se apartó de la mesa.

Después de ofrecermelo un rápido beso en agradecimiento por la cena, desapareció a su estudio, donde sabía que estaría por el resto de la noche.

No sé por qué no lo vi venir. Había planeado tantas cosas durante nuestro último año juntos. Tenía que anticipar los grandes eventos para el propósito de mi terapia, pero por alguna razón, la muerte de Janice Adler nunca fue incluida en esa lista de posibilidades.

No esperaba que viviera para siempre. Tal vez solamente esperaba que Maddox nunca conociera su destino, o quizás había sido egoísta y había pasado tanto tiempo enfocada en mis demonios que me había olvidado que él tenía unos cuantos propios.

Él no había comido una comida completa desde antes de esa llamada. A veces, escarbaba en su comida y picaba, únicamente para correr al baño minutos después y vomitarla. Ese particular problema era mi principal prioridad en este momento. Si pudiera hacerlo comer y que eso se mantuviera en su estómago, entonces podría empezar a trabajar en las otras cosas.

En silencio raspé la comida de su plato hacia la basura.

Febrero.

—Tal vez él reconsideraré tomar algo de tiempo libre en la Universidad y venir a quedarse aquí por un tiempo —dijo Albin esperanzado. Negué con la cabeza.

—Nunca lo haría, y lo sabes.

Albin asintió con un movimiento de cabeza forzado.

—Ahora también es el sueño. —Estaba sentada frente a él en el sofá de cuero rígido—. Cuando era solo la comida, me sentía como que podía... no sé. No creía que pudiera arreglarlo, de verdad, pero no era abrumador. Ahora, él no está durmiendo, incluso cuando le tarareo, y es solo... —carraspeé con frustración, y concluí—: Es demasiado para mí, Albin. La comida y el sueño es lo que hago por él, y no puedo. Necesita ayuda.

Albin se sentó desplomándose en la silla delante de mí, con los codos apoyados en sus rodillas.

—Voy a tratar de hablar con él, pero no puedo prometer nada —dijo, con los ojos azules desesperanzados.

—Eso es lo peor de todo —insistí, porque mi sesión con Sarah no había sido lo suficientemente larga y necesitaba sacarlo de mi pecho. Tiré de un hilo suelto de mi sudadera raída y continué—: Él está totalmente callado. Habla cuando se le habla, a veces, pero... es como si ni siquiera estuviera ahí. Va a clase y se mueve, pero es como un video reproduciéndose una y otra vez.

Había perdido a mi madre también, así que debería haber sentido como si pudiera ofrecer mi percepción de la situación. Pero Maddox era diferente. Me

sentía culpable por no ser capaz de salvar a mi madre, claro, pero él era una historia diferente.

En su mente, él la había *abandonado*.

Ni siquiera me atreví a decirle a Albin sobre las otras cosas que me preocupaban. Me sentía avergonzada por ser egoísta y querer de regreso a mi novio, por querer sus besos y afecto y conversación. Una parte ridícula de mi mente había pensado que conmigo sería diferente, que estaría exenta de su comportamiento distante.

—Le daremos una semana —decidió Albin con una sonrisa confortante pero aún así triste—. Si todavía no está comiendo o durmiendo, entonces intervendré. ¿Suena bien?

Salí de la casa con una sensación de impotencia.

Marzo.

Había dos piezas faltantes de pan.

Llámenme loca por contarlos, pero lo hacía, y estaba de pie ante la panera con una expresión frenética. *¿Y si conté mal? ¿Y si él había hecho un sándwich para un invitado? ¿Y si él intentó hacerse uno, pero había terminado vomitándolo?*

Cuando entró por la puerta esa noche, no se veía muy diferente. Tenía círculos alrededor de sus ojos y sus labios estaban secos cuando me besó la mejilla. Su cara estaba todavía muy hundida. Su piel estaba todavía igual de pálida.

—¿Has comido hoy? —Solté antes que pudiera desaparecer en su estudio. Parpadeó ante mí, los ojos revoloteando hacia la cocina.

—Me comí como... la mitad de un sándwich para el almuerzo.

Quería preguntarle si no lo había vomitado, pero eso se sentía muy controlador de mi parte, y no estaba segura de siquiera querer saber la respuesta. Estaba muy entusiasmada.

—¿Crees que está ayudando? —Le pregunté. Se encogió de hombros y se rascó la mandíbula, mirando a otro lado.

—No lo sé —respondió con torpeza, y añadió en un susurro—: Tal vez. —Se quedó allí por un momento mientras yo contenía mi chillido interior.

—Si quieres algo más tarde, ¿me lo dirás? —Supliqué, emocionada ante la perspectiva de prepararle una cena.

Asintió y me miró a través de sus pestañas antes de desviar sus ojos a sus zapatos de nuevo. Pareció tímido cuando arrastró sus pies hacia donde estaba parada, deteniéndose para presionar un suave beso en la frente, sus brazos

envolviéndose alrededor de mis hombros.

—Gracias por ser tan paciente —susurró, pasando los dedos por mi cabello. Había sido lo más que me había tocado en meses sin pedírselo—. Sé que soy un dolor en el culo, pero... Creo que esto en verdad está ayudando y tal vez la mierda empiece a mejorar. —Su pequeña sonrisa cuando se apartó fue una prueba más que sus palabras eran ciertas.

Esa noche antes de ir a la cama, tomé mi medicación, y Maddox tomó la suya.

Abril.

—Necesito un *brassier* —declaró Darren parado en nuestra sala de estar, la línea severa en su entrecejo transmitía su seriedad.

Maddox suspiró desde el sofá mientras pasaba los canales de televisión.

—Demasiado fácil.

—¿Qué? —Le pregunté. Darren se movió hacia un lado y resopló.

—Hay una guerra de globos de agua muy importante en los dormitorios y Daphne no quiere darme un *brassier*. Eres mi única amiga mujer, por lo que naturalmente tiene que haber algún tipo de acceso a *brassiers* en nuestra relación. Te proporciono historias divertidas de Maddox siendo-un-pendejo, y tú me proporcionas ropa interior. Esta es una mierda bastante simple, Beth.

—No te daré un *brassier*, Darren.

Darren me miró boquiabierto antes de pasar a Maddox.

—Amigo, ¿por qué en el jodido infierno sigues estando *sentado* allí? —Imploró con desesperación—. ¿No acabas de escuchar que utilicé las palabras "guerra de globos de agua" y "*brassier*" en la misma frase? Esto no puede desperdiciarse. Razona con tu mujer.

Maddox se quedó en silencio durante tanto tiempo que Darren movió su mirada hacia la mía, su expresión oscureciéndose gradualmente. Sabía lo que estaba haciendo, así que le ofrecí una sonrisa de agradecimiento, pero sin alegría. La atmósfera de la habitación se volvió más incómoda y pesada, y los hombros de Darren finalmente se hundieron en derrota.

Entonces Maddox preguntó en voz baja:

—Oye, ¿no tienes todavía el blanco con la cosa del broche jodido? —Se volvió hacia mí con los labios fruncidos.

—Uh —tartamudeé y lancé mi mirada hacia Darren, cuyo espíritu prácticamente podía ver elevándose hasta el techo—. ¿Con la cosa del broche jodido? —Le pregunté tontamente.

—Sí, ya sabes —explicó, mirándome con ojos serios—, el que nunca puedo quitar porque se atasca y me cabrea hasta la mierda. Espera. —Sin esperar una respuesta, se levantó del sofá y desapareció en nuestra habitación.

Darren y yo nos sonreímos el uno al otro.

Mayo.

—¿Te lo pusiste correctamente? —Preguntó Daphne.

Acuné el teléfono entre la oreja y el hombro mientras jugueteaba con las cintas, casi tropezando.

—Bueno, Jesús, Daphne. Si me lo hubiera puesto correctamente, no estaríamos teniendo esta conversación —le susurré.

—No puedo ayudarte si no puedo verlo —respondió distraídamente.

Manoteé mi cabello lejos de mi cara y maldije en voz baja.

—¿Puedo quitarme el jodido ligüero? En serio, ¿cuál es su importancia? —Ya estaba tirando el pedazo de porquería en el bote de basura antes que pudiera responderme.

Colgué el teléfono y me abaniqué la cara, la cual estaba caliente y sonrojada. No podía creer que estaba a punto de hacerlo. Parecía tan desvergonzado y... una falta de respeto. ¿Y si no estaba listo? ¿Y si lo enfurecía por siquiera intentarlo? ¿Cuánto tiempo era suficiente tiempo? ¿Había pasado el tiempo suficiente?

Nosotros ni siquiera nos habíamos enrollado desde que recibió la llamada telefónica de Albin. Me ofrecía un beso en los labios o en la mejilla o en la frente, pero nunca era íntimo. Era un enorme salto de fe incluso suponer que él estaría interesado.

Estaba tan pérdida y aterrada cuando salí del baño, que lancé mis manos al aire y puse mis ojos en blanco.

—Entonces, esto parecía una buena idea esta mañana, pero ahora me siento ridícula —le expliqué sin rodeos—. Feliz cumpleaños.

Maddox siempre había apreciado nuestra política de «sin pendejera».

Cuando finalmente me creció un par y me encontré con su mirada, descubrí sus grandes ojos fijos en mi pecho, el material transparente dejaba poco a la imaginación.

—Maldita sea —susurró, inclinándose lentamente a una posición sentada. Su cabello había crecido lo suficiente para que cayera en su cara de nuevo. Lo apartó, sus ojos sin parpadear—. No se ve ridículo —aseguró, finalmente mirándome a los ojos.

El alivio me inundó cuando me metí en la cama grande, sus ojos oscuros

siguiendo mi piel durante todo el camino. No parecía ofendido o desinteresado, lo cual me dio la confianza necesaria para no sumergirme inmediatamente debajo de las sábanas.

Estaba dudosa e insegura cuando lo besé, mis labios reacios encontrándose con el sorprendente entusiasmo de Maddox. Dejó caer al suelo el libro de bocetos con el que había estado ocupado y pasó las manos a lo largo de mi carne apenas cubierta. Se separó y acercó su rostro a mis pechos, honrando el espacio entre ellos con un beso mientras los acariciaba entre sus manos.

Yo ya estaba jadeando.

Pero entonces, poco a poco, su entusiasmo pareció desvanecerse, y sus caricias se volvieron tentativas. Miré a su cara, la cual estaba completamente sin emoción y se alejó, pasando los dedos por su cabello.

—¿Es, uh...? —Hizo una pausa y miró hacia su regazo, la punta de su oreja tornándose en un rojo alarmante—. Esta es una mierda imperdonablemente de mi parte, pero, ¿puedo aplazarlo para otro día?

Mi estómago se desplomó a la vez que apresuradamente me ponía las sábanas para cubrirme, deseando que mis lágrimas siguieran sin caer.

—Síp —me atraganté.

—No es por ti —prometió, negándose a mirarme a los ojos.

—Está bien —medio le aseguré—. Me imaginé que sería demasiado pronto. Debería haberlo sabido.

—No es que yo no quiera... —argumentó. Lo interrumpí.

—Por favor, no lo hagas. Está bien. *En serio*. —Le ofrecí lo que esperaba fuera una sonrisa convincente.

La noche siguiente, él dejó de tomar su medicación.

Agosto.

—No voy a salir, Daphne, y no puedes obligarme. Háganlo sin mí —rogué la última parte, golpeando mi frente calentada contra la madera de la puerta.

Su voz en el otro lado estaba amortiguada, y aún así de alguna manera surgió a través de la madera como un chillido.

—¿Hacerlo *sin* ti? ¡No podemos hacerlo sin ti! Beth, por favor. —Y luego, casi pude oír su suspiro mientras declaraba—: Piensa en Beatrice.

Perra. Tirando la artillería pesada.

—Beatrice va a entenderlo —insistí, rascándome una rodilla medio cubierta con el talón del pie—. ¿Ella... me ama...? —Sonreí esperanzada.

—¿Sabes qué? ¡Bien! —murmuró Daphne. Entonces oí el sonido de sus

tacones contra el suelo yéndose, haciendo que mis hombros se relajaran. Casi me desplomé contra la puerta en alivio porque desistió voluntariamente. Había cedido más fácil de lo que me esperaba.

Me tomé un momento para distraerme con el grabado de fantasía en el pomo de la puerta, las intrincadas tallas de madera que rodeaban cada puerta y ventana, y luego me sentí culpable. Beatrice y Albin habían gastado mucho dinero en esto, y yo estaba arruinándoselo. Sabía que estaba siendo difícil, pero me temblaban las manos, mi cabeza se sentía confusa, y en realidad no podrían esperar que hiciera esto, ¿podrían? Respirar se volvió más fácil ahora que Daphne había parado con su persuasión persistente, sin embargo, la vergüenza impregnada de mi petulancia parecía superar mi falsa sensación de tranquilidad.

Con el ceño fruncido me aparté de la puerta y retrocedí, rechazando darme la vuelta y mirarme en el espejo.

Negué con la cabeza con vehemencia.

De ninguna manera iba a hacer eso. *Eso* me había enviado a un ataque de pánico que casi me había hecho orinarme. Por alguna razón, dudaba que esa fuera la razón por la que eligieron los vestidos amarillos.

Por desgracia, al poco tiempo escuché el pequeño taconeo de Daphne acercándose a la puerta de nuevo. Inmediatamente me puse tensa. Más alarmante fue el sordo golpeteo de zapatos que parecía seguir y mis oídos se apoyaron contra la madera.

Ella no habría...

—¿Beth? —Oí una voz grave, la preocupación palpable en su tono.

Mi mandíbula cayó mientras miraba boquiabierto a la puerta y decidí ignorar momentáneamente a Maddox.

—¡Daphne! ¿Cómo pudiste? ¿Por qué no podías solo dejarlo ser? —Mi voz temblaba de furia y dolor y... más culpa. Él no podía ser molestado con esto, y le había dicho que lo dejara en paz. Por supuesto, si Daphne alguna vez escuchara una puñetera cosa que yo le decía, probablemente moriría de la impresión. Debería haber comprendido eso para este momento y solo haber salido del maldito baño.

Sin decir palabra, Daphne se fue, los clics de sus zapatos rápidos y boyantes.

—¿Déjame entrar? —Preguntó en voz baja, moviendo la perilla de la puerta.

Tragando con fuerza, agarré la manija y giré la cerradura, inclinando mi cabeza a la vez que me apartaba hacia un lado. Entró, y no pude encontrarme con su mirada cuando la abrió, sintiéndome muy avergonzada por molestarlo con mi ridiculeces en este día en particular.

—¿Qué va mal? —Susurró, acercándose tanto que pude ver sus zapatos negros contra el suelo blanco—. Te ves tan jodidamente hermosa, Beth. Por favor, no actúes así —declaró con una voz rota que atrajo automáticamente mis ojos hacia arriba.

No me sorprendió lo que vi allí.

La piel debajo de sus ojos era de un alarmante púrpura, oscura y caída contra su palidez casi transparente. Sus labios secos estaban pálidos, y tenía un ceño duro mientras sus oscuros ojos estaban fijos en los míos. Estaba impresionante en su esmoquin, y nunca lo había visto vestido así antes. Me hubiera gustado poder disfrutar de ello y centrarme en las líneas nítidas abrazando su cuerpo, pero el efecto se encontraba empañado por su rostro, afeitado, por una vez, pero pálido y hundido. Había perdido peso durante el verano, y se notaba. Le había hecho lasaña la noche anterior, únicamente para escucharlo vomitarla antes que nos fuéramos a la cama.

Su esmoquin necesitó dos arreglos adicionales en un mes para compensar.

Mi corazón se hundió al sentir mi mirada calentarse, con lágrimas empujando en la parte posterior de mis párpados que luchaban desesperadamente por caer. No quería que me viera llorar. No debería ser yo quien llorara. Estaba harta de ser la consolada. Anhelaba ser la consoladora.

—Es que es... —Mi voz se quebró, y tuve que apartar la vista por la falta de brillo de su mirada—... muy... revelador. —No podía mentir, y no podía superar mi vestido, todos los volantes y los encajes y amarillo que estaban destinados a atraer a cientos de ojos por la profundidad de mi escote. Nunca había sido vista por muchos usando tan poco. Incluso Beatrice había pagado para que alteraran el mío para que fuera menos revelador, pero no fue de mucha ayuda. Sentía como si mis pezones estuvieran a punto de salirse, el *brassier* que Daphne me había puesto estaba diseñado para levantar y levantar y levantar y aplastar.

Un suspiro exasperado escapó de la boca de Maddox, con sus manos subiendo para agarrar mis hombros mientras me daba la vuelta. Cerré los ojos con fuerza, abrazando mi torso y yendo a mi «lugar especial». Allí, estaba vestida con un gran suéter de Maddox y un agradable y cómodo pantalón vaquero.

—Mira —ordenó en voz baja, apartando el cabello de mi cuello y apoyando la barbilla en mi hombro. El calor de él presionado contra mí y su delicado zumbido eléctrico me aplastó contra su pecho, relajando mis músculos por instinto.

Sintiendo que no podía causarle más problemas, obedecí su solicitud y abrí

los ojos, encontrándome con sus verdes de inmediato. Su cabello cobrizo estaba colgando en su cara, completamente alborotado. Me sorprendía que nadie le hubiera hecho que lo peinara hacia atrás o hacia abajo, pero probablemente no habrían querido molestarlo tampoco, no desde que se había revertido por completo a la forma en que había sido antes de la medicación.

Él simplemente me miró de vuelta, sus largas pestañas pastoreando su cejo mientras sus manos se deslizaban de mis hombros a mi garganta.

—¿Por qué será —preguntó en un susurro, sosteniendo mi mirada a la vez que sus largos dedos vagaban por mis clavículas, metiendo sus dedos alrededor de los huesos y haciéndome temblar—, que te puedo decir lo jodidamente hermosa que eres todos los días, y nunca crees una puñetera palabra que sale de mi boca...? —Detuvo su mano, ahuecándose y frotando el pulgar de una manera extrañamente afectuosa sobre mi pezón cubierto.

Era muy injusto. Mi respiración se detuvo y aceleró, la carne roja de mi pecho subía y bajaba al mismo tiempo que lo miraba boquiabierto. Había pasado mucho tiempo desde que me había tocado así. Yo estaba un poco aturdida.

Mis ojos recorrieron el agotamiento total de su expresión, el dolor en sus ojos, el cansancio de su cuerpo encorvado, y gemí por la frustración.

—Esto no tiene nada que ver con la inseguridad —le prometí, llevando mi mano a la suya y sosteniéndola sobre mi pecho. Sus cejas se fruncieron, mirando rápidamente a mi pecho y de vuelta a mis ojos—. Es un vestido muy bonito. Si acaso... uhm... exagera mis atributos... —Me callé, tratando de encontrar una manera elegante de decir: *Mis tetas se ven bien*.

—¿Entonces, lo que estás diciendo es que... —Su frente se arrugó aún más, y sus ojos estaban de nuevo en mi pecho— crees que hace que tus tetas se vean bien?

Suspiré, poniendo mis ojos en blanco y preguntándome por qué siquiera me molestaba en tratar de ser elegante alrededor de Maddox.

—Sí —confirmé, sonrojándome—. Creo que hace que mis tetas se vean bien. ¿Qué crees tú? —Pregunté, levantando mis cejas hacia mi pecho en el espejo. Sus labios se levantaron en una de esas sonrisas pícaras, y me dio un apretón.

—Malditamente correcto. No que no me gusten tus tetas de cualquier manera, pero... podrás quedarte con toda esa mierda extraña de *push-up*, ¿verdad?

Me reí, dándole un empujón en broma y saboreando este raro momento de alegría. Era tan impropio de él en la actualidad. Había extrañado verlo sonreír y hacer bromas crudas sobre tetas más de lo que me había dado cuenta. Valía la pena la tortura del sujetador y la humillación del vestido amarillo con volantes

para verlo.

Sabía que esto no duraría para siempre. *Tenía la esperanza* que esto no durara para siempre. Todo el mundo me decía que le diera tiempo. Que era algo de día a día, que él comenzaría a comer más, dormir más, sonreír más, estudiar más. Que el tiempo curaría sus heridas sin la necesidad de productos químicos.

—Entonces, ¿por qué estás encerrada? —Preguntó a la vez que apretaba mi cintura y su sonrisa decaía.

Aspiré una respiración profunda, mis manos empapadas.

—Es que no estoy acostumbrada a tanta gente... *viéndolas...* — Racionalmente, me daba cuenta que cada par de ojos que asistieran al servicio no se fijarían en mi pecho. Eso era bastante improbable. Sin embargo, todavía me sentía incómoda con otorgarles innegablemente la opción.

—¿Eso es todo? —Preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Solo no quieres a la gente mirando tus tetas? —Asentí, preparándome para el inevitable giro de ojos y el discurso de «qué se joda lo que la gente piense», pero me sorprendió cuando me dio una sonrisa de alivio—. Oh, gracias al jodido Dios —susurró, apoyándose para descansar la espalda contra la puerta. Sus ojos se mostraron cansados cuando bajó la barbilla, murmurando—: No soy un gran fan de esa mierda tampoco.

Se quedó en silencio mientras mi escote se hinchaba y se contraía con cada respiración, Maddox jugueteaba con el dobladillo de la chaqueta, mirando fijamente a un hilo suelto. Finalmente, sus ojos se elevaron de golpe hacia los míos, y se apartó de la pared.

—Espera aquí, ¿de acuerdo? —Ordenó. Antes que pudiera responder, él se había deslizado por la puerta, cerrándola al salir y dejándome parpadeando a su paso.

Me paseé por la habitación, cruzando los brazos sobre el pecho y rezando para que Beatrice no se molestara conmigo. Traté tanto de soportarlo y ser normal, sobre todo hoy de todos los días. Incluso en las pruebas, practiqué autoafirmaciones e hice una prueba con los propietarios de la boutique a quienes les permití ver el escote. Eso había contado para algo, y la gente había estado orgullosa de mí.

Qué desperdicio...

El escote no era siquiera mi más difícil obstáculo del día. Había algo mucho más importante para mí cerniéndose encima, y posiblemente exacerbando mi ansiedad. Meses atrás, yo había estado tan obsesionada con ver que sucediera, pero ahora... bueno...

No había manera de que fuera capaz de abrazar a Albin después de la recepción, no sin la ayuda de Maddox.

Me imaginaba que era probable que él ya lo hubiese olvidado de todos modos, y ahora, además de fijar una meta totalmente inalcanzable, estaba prácticamente retrocediendo en mi recuperación.

Tan perdida estaba en mi odio interior silencioso, que no oí a Maddox acercarse a la habitación. Cuando la manilla comenzó a dar vuelta, entré en pánico, levantando el dobladillo de la capa superior de la falda hasta mi barbilla.

Él me enarcó una ceja cuando entré, sosteniendo un bulto familiar de tela bajo su brazo.

Mi falda cayó en un sacudimiento rígido, cada centímetro de mi piel hormigueó en deleite.

—¿Puedo usarlo?! —Exclamé con alegría a la vez que brincaba sobre los dedos de mis pies. Mis dedos se morían por estirarse y arrebatársela, sentir la tela hecha jirones, frágil y suave en mi piel.

Su sonrisa fue complaciente cuando se acercó a mí con mi vieja sudadera con capucha negra tan invitante en sus manos. Amablemente extendí mis brazos para que él cuidadosamente la pasara por mi mano, cubriendo de forma segura mi espalda. Para la mayoría de la gente, estaba segura que parecería horrible, todos los agujeros y dobladillos deshilachados y los hilos sueltos y bordes delgados, pero para mí, simplemente se veía como comodidad y segunda piel.

Tenía permitido usarla por un número determinado de veces al mes, y vergonzosamente ya los había gastado todos, a pesar que solo era el octavo día del mes. Maddox estaba u optando por pasar por alto eso o incluso puede que no hubiese mantenido la cuenta. Cualquiera era una posibilidad. Sin embargo, en realidad no me importaba.

—Solo la abrocharemos hacia arriba... —murmuró, con los ojos enfocados mientras luchaba con el mecanismo difícil. Tiró y gruñó de frustración cuando la cremallera no se deslizó, antes de pararse detrás de mí para un mejor ángulo. Con un tirón rápido, un rotundo y glorioso *zzzziiipppp* hizo eco a través de la habitación. Suspiré de satisfacción.

Había una sonrisa en su voz cuando aseguró el viejo material por debajo de mi barbilla.

—Así es. Haz que estén todas acogedoras y ocultas. —Jalo y manipuló el material hasta que fue así, terminando con un gesto apreciativo mientras me evaluaba—. Ya está. A Beatrice no le importara una mierda.

—Gracias —le contesté distraídamente, ya que estaba ocupada abrazándome

y finalmente pudiendo disfrutar de la forma en que la exuberante tela de la falda se balanceaba elegantemente alrededor de mis piernas.

¿Quién dice que los vestidos no podían llevar capuchas?

—¿Lista? —Dijo al final, la voz de nuevo más sombría y distante mientras sostenía la puerta para mí. Traté de no mirar a su expresión al pasar y levantar mi capucha, pero una rápida mirada con mi periferia me dijo que nuestra interacción rara no había cambiado nada.

* * *

Nosotros no nos paramos a su lado. Daphne estaba junto a Beatrice, Austin se paró al lado de Albin y Maddox y yo nos sentamos en la primera fila, cabizbajos y concentrados. Teníamos la intención de estar con ellos, de verdad, pero yo estaba ansiosa, y Maddox estaba estoico, y arruinaríamos su día feliz. No quería que eso ocurriera.

Observé sus rostros (sus sonrisas), y supe que iban a estar bien. El pobre Albin había estado tan nervioso durante toda la semana que parecía totalmente drenado, los hombros un poco bajos, los ojos un poco hinchados, las mejillas un poco hundidas. Beatrice no había estado mucho mejor. Ella seguía preguntándonos si pensábamos que estaba cometiendo un gran error al hacer esto. Por supuesto, Daphne y yo habíamos puesto nuestros ojos en blanco y le habíamos dicho que: "se callara y se depilada sus piernas".

Beatrice no era una mujer perfecta, y Albin no era un hombre perfecto, pero a pesar de toda la ansiedad y las disputas y las expresiones pálidas, se veían radiantes y emocionados en ese momento mientras estaban parados allí intercambiando sus votos.

Sí, era un poco repugnante.

El brazo de Maddox estaba colgando a través de la parte posterior de la banca detrás de mí a la vez que extendía sus piernas, descansando cómodamente. Su otra mano estaba dentro de su bolsillo, y estaba masticando un pedazo de goma de mascar, su mandíbula flexionando y extendiéndose con cada mordida.

Sus ojos se desviaron a los míos y permanecieron allí, aquietando su mandíbula. Me moría de ganas de que dijera algo al respecto, mientras sus ojos verdes se clavaban en los míos con intensidad. Quería que reconociera el momento y mostrara siquiera una pizca de nostalgia por *esto*. Quería que me dijera que cada uno hacía al otro perfecto, al igual que Albin y Beatrice, y que nada podría interponerse entre nosotros. Quería que me dijera que esos seríamos nosotros algún día, que estaría de pie ante toda nuestra familia y amigos y haría esos votos.

Para bien o para pendejeras...

Su mandíbula comenzó a moverse de nuevo, y apartó su mirada con una brusquedad que me atravesó. Mi pecho se contrajo y luché por no apretar mi estómago y curvarme en mí misma. El momento se rompió con ese aire incómodo y sombrío de resignación. Él tuvo que haberlo sentido, tuvo que haberlo visto en mis ojos y por la forma en que contuve mi respiración con anticipación.

Cuando su mano encontró mi hombro y suavemente lo apretó, se sentía mucho como consuelo, una pizca de disculpa, y culpa.

Siempre la culpa.

Esperé a las palabras oficiales "Yo los declaro", y luego el beso, y después que se voltearan, antes de huir rápidamente del lado de Maddox.

Estuve agradecida por mi deber de preparar el pastel cuando salí por las puertas de la iglesia, quitándome los tacones con frustración. Corrí por el cementerio hacia el salón de banquetes que quedaba al lado, aunque todos los demás seguramente conducirían. La hierba estaba cubierta de rocío y frío que envolvió los dedos de mis pies cubiertos por medias. El viento estaba golpeando y picando mis mejillas, mi cabello flotando sin vida cuando se asomaba de la capucha. Me di cuenta demasiado tarde que mis mejillas estaban húmedas de lágrimas, y aceleré mis pies, la falda con volantes de mi vestido obstaculizando mis piernas.

Quería seguir corriendo, huyendo de ese momento durante la ceremonia, huyendo de los ojos verdes, agotados y perdidos de Maddox, huyendo de las comidas sin comer y el silencio de nuestra habitación, huyendo de los últimos ocho meses.

Yo quería ser quien huyera primero en esta ocasión.

Cinco minutos más tarde, llegué a la sala del banquete, jadeando. La parte inferior de mi vestido estaba empapada, briznas de hierba y motas de tierra manchaban la tela amarilla prístina. Me llevé mis manos a mis rodillas y me incliné hacia delante, obligándome a disipar mis sollozos para poder salvar el día por el bien de Beatrice. Purgué los gritos de mi cuerpo, metiendo meses de angustia en el período acelerado de un minuto. Me faltaba la catarsis de sollozar libremente, de volverlas profundas y significativas, de experimentar la sensación de adormecimiento que normalmente vendría después de una explosión tal.

Con una respiración firme que empujó mi corpiño dolorosamente contra mi piel, me sequé las lágrimas y sorbí hasta que estuve segura que mi nariz no se correría. Confiada de que podría pasar los ojos hinchados como el resultado de

«lágrimas de felicidad», entré en la sala y me dirigí hacia la prometedora comodidad de una cocina de acero frío.

Epílogo.

SEGUNDA PARTE.

Maddox

La vi corriendo por la hierba, ese vestido jodidamente ridículo aleteando y retorciéndose alrededor de sus piernas torpes. Tenía miedo de que pudiera caerse, así que no tomé el auto como había planeado. La seguí a un ritmo lánguido, con los ojos siempre en su espalda, esperando que se cayera, y agradeciendo al puñetero Dios cuando no lo hizo.

Ella se encorvó cuando llegó a la puerta de atrás. Al principio no lo vi, pero a medida que más me acercaba, se hacía más obvio que estaba llorando. Quiero decir, eso no era algo muy sorprendente. Tenía que haberse escapado después del servicio y corrido por la hierba mojada por una razón. También estaba el hecho que no había sido feliz en... *meses*.

Ese era un muy gran letrero parpadeante.

Cambié el peso de un pie a otro en la hierba analizando si debía o no ir hacia ella. Sin embargo, no hacía falta ser un maldito científico aeroespacial para averiguar quién había causado tanto dolor en primer lugar. Ella no me necesitaba ni a mí ni a mi frialdad allí, empeorándolo todo.

Así que solo esperé.

Fue algo ligeramente fascinante de ver, como actuaban la mayoría de las personas cuando creían que se encontraban a solas. Beth lloró como un árbol cayéndose, como si estuviera derrumbándose en picada muy lento y silencioso a través del aire, y aunque podía verlo venir y sabía que el choque estaba *jodidamente allí*, los sonidos de destrucción y los temblores debajo de mis pies todavía se robaron el aliento de mis pulmones.

Tiré de mi cuello cuando aparté mi mirada y traté de respirar, como si eso fuera posible. Me arrodillé y tragué aire, queriendo que mis pulmones se expandieran y contrajeran y dejaran de sofocarme. Agarré mis rodillas e imité su pose, porque éramos jodidos *Quid pro quo*, y cuando ella caía, también lo hacía yo.

Pero me había caído primero, y esa era la razón por la que ella se estaba cayendo ahora, porque esa mierda iba en ambos sentidos.

Lo había visto venir, claro. Había sabido lo que estaba haciendo, el daño que estaba causando. Podía verlo en sus ojos todos los días cuando me negaba a comer o dormir. Pensé que había visto lo peor esa noche tres meses atrás, cuando había llegado a la cama en algo que parecía unido por dos escasas tiras de

encaje. Pensé que no podría verla más devastada como esa noche cuando rechacé su descarado intento de seducción.

Cristo, me había dado meses antes de siquiera intentarlo, y yo tenía que darle crédito por eso. Estaba agradecido por su paciencia, pero la realidad del asunto era que el tiempo no curaba una mierda. Estaba tan jodidamente cansado de escuchar eso.

"Nunca va a desaparecer, pero va a mejorar", dijo Albin.

Joder, sí, por supuesto.

Quería saber *cuándo* mejoraría. Estaba puñeteramente harto de todo. El único propósito que esperar había conseguido lograr fue una sensación de falsa esperanza. Nunca conseguiría mejorar, siempre estaría un poco muerto por dentro, Beth siempre caería a causa de ello, y jamás sería capaz de atraparla porque estaba jodidamente ocupado tratando de atraparme a mí mismo.

Cuando por fin se metió dentro, me enderecé aliviado, mirando la distancia entre la iglesia y el salón de banquetes con ojos vacíos. Esperé ahí fuera, en el medio, el tiempo suficiente para que todos los invitados hubieran hecho el viaje a la recepción. El cielo empezaba a oscurecerse y hacía tanto frío que congelaba mis bolas, pero esperé hasta que el sol se hubiese puesto antes de caminar hacia las puertas.

Todo el mundo estaba tan arreglado y tan asquerosa y condenadamente feliz que tuve que reprimir una mueca de desprecio. Mi estómago me estaba matando. Mis articulaciones me dolían. La cabeza me latía con fuerza. Todo mi cerebro se sentía como papilla. Mis ojos ardían. Mis entrañas se sentían como si estuvieran decayendo poco a poco, órgano por órgano. Mi sangre se sentía espesa y turbia y no podía esperar por solo... *irme a mi maldita casa*, a casa en *Seattle*, al apartamento de mi chica y mío y a todas nuestras palabras no dichas y resentimiento silencioso.

Por lo menos cuando estaba allí, el entorno se sentía apropiado.

—¿Olvidaste algo? —Giré a la voz a mi lado y me encontré a Darren parado tranquilamente contra el arco del comedor. Su cabello estaba recogido hacia atrás, estaba más largo ahora, y sus manos estaban llenas.

—Bonito bolso, Darrenica. —Me arqueó una ceja, asintiendo al pequeño sobre negro que había metido debajo de su brazo—. Realmente complementa el conjunto.

Puso los ojos en blanco, pero secretamente lo cubrió un poco más con su chaqueta con el ceño fruncido.

—Eres un jodido payaso. Mi *prometida* tenía que ir al auto por un segundo,

así que estoy siendo un caballero o una mierda así —replicó, con los ojos todo puñeteramente estrechos y petulantes. La porquería de la boda de Beatrice y Albin había sido totalmente infecciosa en las chicas. Daphne se había dejado llevar tanto por el concepto que Darren finalmente había comprendido la indirecta y se lo había propuesto.

Bueno... más o menos.

En realidad, había tomado ocho chupitos de tequila y había entrado en pánico después de una ronda particularmente horrible de vómitos. "*Me estoy muriendo, chicos. Malditamente muerto. Nunca me voy a casar, o aprenderé Klingon1, o romperé el récord mundial por la mayor cantidad de cucharas equilibrándose sobre mi cara...*". Por supuesto, esto fue seguido por una promesa mal articulada de cumplir los tres objetivos de toda su vida.

Llegó a las tres cucharas, y a pesar que solo se había molestado en aprender obscenidades en *Klingon*, había cumplido con su promesa de proponerle matrimonio a Daphne.

Sabrina y Austin, habiendo sido picados por el insecto de la boda también, ya se habían casado un mes atrás. Creo que Sabrina tenía que ir primero, como la perra impaciente que era. El hecho que ya estuviera preñada podría haber acelerado las cosas un poco también.

Idiotas de mierda.

Suspiré y froté mi frente, la fuente del dolor palpitante, obligando a mis ojos a cerrarse.

—¿Ya es hora de comer? —Pregunté. Me imaginé que podría conseguir comer algo, tal vez un poco de azúcar o cafeína, para por lo menos hacer que mi dolor de cabeza desapareciera. Darren se encogió de hombros como respuesta.

—¿Por qué no le preguntas a tu chica? —Contestó, y luego en voz más baja que elegí ignorar, añadió—: *O lo que queda de ella...*

—Probablemente está en la cocina —deduje dándole un vistazo a la habitación ante nosotros. Había estado extrañamente distraída por atender los planes de catering durante los últimos dos meses.

El tiempo de esto no me pasó desapercibido.

Su tarareó fue irritantemente sospechoso mientras se movía hacia un lado, evaluándome con sus ojos de malditamente sabelotodo.

—En realidad, ella está sentada allá en la esquina. —Asintió con la cabeza en dirección hacia la sala de comedor y mi mirada lo siguió. Añadió—: No puedes evitar saber quién es ella. Es la que está usando la sudadera con capucha negra que parece como si su novio acabara de pasar todo el año anterior actuando

como un completo pedazo de mierda.

Por supuesto, cuando por fin la vi, estuve totalmente en desacuerdo. Yo no era un pedazo de mierda, yo era toda una mierda. Como... una pila humeante de ella, también. Tal vez un par de pilas. Quizás incluso era toda una vida colectiva de mierda. Sí, eso sonaba bastante bien. Para la mayoría de los hijos de puta, eso hubiera sido realmente un gran insulto, y probablemente habría dado lugar a la violencia física. Pero para Darren (siendo el pendejo que era) sería una obviedad. Así que me limité a asentir.

—Si. —Metí las manos en los bolsillos e inspeccioné la punta de mis zapatos, todo sucio y carente del brillo apropiado de los «zapatos de boda». Darren no había terminado.

—No la mereces —declaró, los labios fruncidos en contemplación ante de asentir, apartando la mirada. La forma en que lo dijo fue tan jodidamente objetiva y simple, como decir que el cielo era azul. Negué con la cabeza.

—Nop.

—No eres lo suficientemente bueno —añadió.

—Ni siquiera un poco.

Él se echó a reír entonces, una sonrisa llena de dientes y el bolso aferrándose a su estómago rebosante.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad, maldito enfermo?

—Sí, Darren. Es bastante divertido —dije finalmente explotando, poniendo los ojos en blanco.

Lo dejé allí en la entrada con el sobre en su mano y su arrogancia, porque Darren pensaba que me conocía, y tal vez lo hacía, pero él no me *entendía*. Solo una persona realmente me entendía, y ella estaba sentada sola en un rincón, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, los ojos fatigados, el ceño enojado, y los labios en una fina línea que contaba una historia silenciosa de «*Odio mi puta vida*».

—¿Te importa? —Le pregunté, mostrando una débil sonrisa y haciendo un gesto hacia la silla a su lado. No sé lo que me esperaba. Tal vez estaba esperando que finalmente se hartara y me dijera que empacara mi mierda. No podría pasar mucho tiempo antes que lo hiciera. ¿Cuánta más de mi patética pendejera soportaría?

En cambio, simplemente asintió y se sentó, jugueteando con una extravagantemente gruesa servilleta de cóctel.

Un incómodo silencio se extendió entre nosotros a medida que mirábamos a través de la pista de baile. Los colegas de Albin eran todos tipos viejos que

estaban tratando de hacer... *algo*. No lo llamaría bailar, porque no lo era. Más bien parecía que estaban tratando de masturbarse sin usar las manos.

—¿Tienes hambre? —Preguntó Beth sin mirarme. Su voz era plana, pero claramente indiferente. Supuse que probablemente estaba esperando que dijera que no, pero...

—En realidad, sí. —Solté un suspiro duro, mi rodilla rebotaba mientras explicaba—: estoy jodidamente hambriento. —Y en verdad lo estaba, lo cual era un poco inesperado.

Su cabeza giró tan bruscamente para mirarme a los ojos que su capucha cayó hasta la mitad de su cabeza. Tenía los labios fruncidos en un asombrado «O», los ojos muy abiertos.

—¿En serio? —Preguntó, y ante mi asentimiento entusiasta, se enderezó. Comenzó a coger los extremos de sus mangas, doblándolas alrededor de sus puños mientras ofrecía—: Hay carne de res. Y pollo. Y algunos mariscos, pero sé cómo te sientes sobre los mariscos. —Tomó un pequeño respiro y estaba visiblemente conteniéndolo, hombros altos, ojos cautelosos.

Estaba ciertamente sorprendido por su reacción. ¿En verdad había estado tan mal? ¿Tan mal que incluso la idea de que quisiera comida sin la ayuda de intervención química era algo tan malditamente importante? *Síp, probablemente.*

—Oh —susurré en medio entendimiento, medio reconocimiento—. Eh, ¿carne de res? —Dije, y luego lo pensé mejor cuando se me revolvió el estómago. Entrecerré los ojos ante esto, reflexionando—. ¿Pollo? —Cuando mi cuerpo no me dio respuesta inmediata de asco, suspiré de alivio, asintiendo—. Puedo manejar un poco de pollo.

Estuvo, literalmente, ida antes que pudiera terminar la frase. Miré su espalda mientras se abría paso entre la multitud, tan jodidamente valiente e implacable. Vi como el doctor Corbet hacía su rutina totalmente-masturbándose-sin-manos y procedió a tropezar con ella al pasar. Él murmuró una disculpa rápida, pero ella ni siquiera se detuvo.

Mi chica se estaba volviendo tan buena en esa mierda.

Su progreso nunca dejaba de sorprenderme. Nuestro primer año en la universidad había sido sorprendentemente fructífero para su recuperación. Parecía como si consiguiera una nueva meta cada mes. Sin embargo, ahora estaba en lo que a la doctora Sarah le gustaba referirse como «una estancada», que básicamente significaba que el progreso era más lento que dos condenados caracoles, sobre todo ahora que sus problemas ya no eran ni siquiera una prioridad a nuestros problemas.

Aun así, era casi difícil de creer que alguna vez había estado tan mal que ni siquiera podía sentarse en una silla al lado de Austin. Me sorprendí al encontrar que no me molestaba tanto como esperaba. Claro, ella probablemente podría irse con algún otro hijo de puta. Probablemente *debería* irse con algún otro hijo de puta. Pero, ¿sabes qué? Si irse con otro la haría feliz, entonces yo solo tendría que lidiar con esa mierda, porque por mucho que quisiera que fuera mía, necesitaba que fuera feliz, lo cual era algo en lo que le había fallado.

Dos minutos más tarde, la pude ver arando a través de la multitud hacia mí de nuevo, con la barbilla alta, los ojos determinados, viéndose toda negra y amarilla como un pequeño abejorro adorable.

Puso un plato de comida delante de mí, se acomodó en su asiento, y entonces solo... esperó.

—¿No vas a comer? —Le pregunté, un poco ansioso al ser observado cuando comía. Quiero decir, solía encontrar esa mierda muy linda, pero esto era algo más o menos de mucha importancia, y si iba a devolverlo todo en los diez minutos siguientes, prefería ahorrarme la humillación inevitable que solía sentir siempre cuando ella observaba mi patético culo desplomado sobre la taza del inodoro.

—Ya comí —insistió, con las manos cubiertas en las mangas de su sudadera y entrelazadas en su regazo.

Con un suspiro nervioso, miré el plato con ojos cautelosos. Se veía bien, lo cual era prometedor. Me había dado demasiado, y lo evalué con temor, tragando cuando tomé mi tenedor.

El primer bocado fue el más difícil. Se sentía incómodo en mi boca, y la textura, aunque lejanamente familiar, se sentía ajena en mi lengua. Beth se mordió el labio con ansiedad cuando bajé la comida con un vaso de agua fría. El segundo bocado fue un poco mejor, y la tercera mordida estaba bordeando a casi decente. Con cada uno, sus hombros se aliviaron un poco más y esas líneas apretadas alrededor de sus ojos comenzaron a suavizarse. Pero esta era la forma en que normalmente funcionaba para mí.

Nunca comía para sustentarme a mí mismo.

Comía para sustentarla a ella.

Por lo general, lo devolvía.

Sin embargo, esta vez fue un poco diferente. Joder, estaba sinceramente muriéndome de hambre, y con cada bocado, ella podría haberse aliviado, pero con cada bocado, dejé de tomar nota de sus reacciones y solo... *quería*. Quería *más*. Y no era tan horrible. Golpeaba mi estómago incómodamente, pero quizás

la próxima vez (*Dios, esperaba que hubiese una próxima vez*) sería un poco mejor.

Qué me jodan, tal vez Albin tuviese razón.

Me comí todo. Me comí el pollo sin hueso y las patatas y la cosa que se veía condenadamente rara y era salada que ni siquiera sabía cómo se llamaba, y para el momento en que terminé, estaba bastante seguro que había sido bueno, no maravilloso o «jodidamente delicioso» (porque no estaba seguro que nada pudiera saber malditamente delicioso de nuevo), pero estaba bueno. Bueno era algo. Bueno era definitivamente un progreso. Y fue un progreso que hice por mi cuenta.

Beth estaba malditamente *brillando*.

—¿Quieres otro plato? —Preguntó, aunque sonaba más como mendicidad esperanzadora. Su entusiasmo fue visible cuando se inclinó hacia mí, retorciéndose las manos, una sonrisa escondiéndose detrás de las contracciones de sus mejillas.

Decidiendo errar por el lado de la precaución, decliné un segundo plato. Me senté en mi asiento, sintiéndome saciado en el más insignificante de los sentidos, y esperé a que las náuseas llegaran. No me merecía disfrutar de la comida así. No merecía ser invitado a esta puñetera fiesta elegante o conocer a toda esta maldita gente elegante. No me merecía a mi chica, Darren tenía razón en eso. No me merecía a mi familia... al menos, no a los que me tendrían. No merecía nuestro apartamento o la habitación que Beth había convertido en un estudio para mi arte o mi matrícula o el anillo de *Claddagh* en el dedo o sus labios contra los míos o los zapatos en mis pies o ese condenado pedazo de pollo.

Podía sentir lo que venía, y apreté mis labios cerrándolo, los ojos explorando por la salida más cercana mientras mi rodilla continuaba rebotando, vibrando el contenido de mi estómago. Los ojos de Beth se ampliaron, y joder, quería tan desesperadamente mantenerlo dentro por ella, más que nada, pero no creía que pudiera. Su labio tembló y sus ojos comenzaron a humedecerse, y me di cuenta que estaba como... *así de jodidamente cerca* para decir *a la mierda con todo*.

Pero luego soltó la única cosa en toda esta tierra que podría posiblemente distraerme.

—Esos viejos tíos parecen totalmente un cero a la izquierda, ¿eh? Como... como si estuvieran tratando de masturbarse sin las manos o algo así. —Su risa era tensa e innegablemente forzada, pero mi rodilla se quedó quieta y mis cejas se elevaron, y yo... yo también me reí.

—¿No jodas? Acabo de pensar exactamente lo mismo —dije.

La risa se sentía extraña y un poco malditamente espeluznante, y me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza, pero por primera vez en meses, me había comido una comida completa sin medicación, y no estaba vomitando. Tal vez me estaba recuperando de mi propio estancamiento, y al igual que mi chica, el progreso era muy lento... *más lento que dos caracoles follando*.

Pero había algo de optimismo en ese sentimiento.

Después de todo, había una *mierda* de caracoles en *Forks*.

* * *

Me sentía mucho mejor para cuando manejábamos de vuelta a casa. Mi cabeza ya no me dolía, y a pesar que todavía estaba exhausto, me sentía como si mi cerebro finalmente pudiera funcionar. Era increíble la cantidad de diferencia que una simple comida podía hacer. Por desgracia, esto me hizo sentir como si me hubiera olvidado de algo. Parecía importante, pero cuanto más fallaba en recordar lo que era, más pensaba que no debía de ser tan importante en verdad.

Aun así, estaba molestándome hasta la mierda.

Repasé una lista mental a la vez que aceleraba hacia la casa de Albin. Todos nosotros (los chicos) nos alojaríamos allí mientras Beatrice y él se iban de luna de miel, en parte con el propósito de mantener la casa segura, pero sobre todo porque Austin iba a ser papá en cinco meses, y ese idiota quería hacer una fiesta y tener una salida estelar, como en los viejos tiempos.

Beth estaba callada en el asiento a mi lado, mirando hacia la oscuridad del bosque, que pasaba como una bala. Su estado de ánimo había mejorado un poco después de haber comido, pero por alguna razón, tan pronto como nos fuimos de la recepción, se volvió muy puñeteramente tranquila y huraña, de nuevo.

—¿Qué pasa? —Le pregunté, rompiendo el silencio con un suspiro nervioso. La mierda había ido muy bien, y aunque solía dejarla resolver su porquería sin intervenir así, quería de vuelta la ligereza que habíamos dejado en la jodida mesa entre los platos vacíos y servilletas de cóctel trituradas. Yo había hecho algo bien en ese momento, y estaba buscando a tientas aferrarme a ello todo lo que pudiera. Se encogió de hombros.

—Nada. —Luego se encontró con mi mirada por un momento y apretó sus labios en una sonrisa que fue casi creíble. Antes que pudiera expresar mi objeción, comenzó a divagar—. ¿Puedes creer que van a una isla? Albin se las sabe todas. —Se rio débilmente antes de girarse hacia la ventana.

—Sí, ese hijo de puta cursi probablemente tenía esa mierda planeada desde años atrás. —Solté un bufido.

Ella ofreció un suave *Uhhmm*, en respuesta.

Y, bueno, no era el hijo de puta más inteligente que hubiese nacido, pero podía sumar dos más dos: me había olvidado de algo, y Beth estaba actuando tranquila y distante. Ella sabía lo que era. Probablemente la había cabreado. Pero no tenía maldita idea por qué no terminaba de explotar y decirme lo que era.

Eso era algo que había aprendido acerca de las mujeres desde que Beth, Daphne y Beatrice habían entrado a nuestras vidas. No querían *recordarte* que hicieras una mierda. De alguna manera, ellas querían que recordaras milagrosamente fechas y aniversarios y colores preferidos y los «*brassiers* especiales» que «no estaban destinados a ser utilizados para las guerras de globo de agua».

Sí, pues yo no era un endemoniado lector de mente.

—¿Podemos no hacer esto? —Imploré, posiblemente un poco más frustrado de lo necesario—. Solo dime en qué la cagué para que pueda cortar la mierda y empezar a arreglarlo. —La miré enfurruñado, mis manos apretándose alrededor del volante.

Se encontró con mi mirada, y es posible que se haya dado cuenta que se trataba de uno de nuestros momentos de «sin pendejeras», porque sus hombros se tensaron por completo y sus mejillas se sonrojaron.

—En verdad es estúpido —susurró ella, tímida a la vez que desviaba su mirada a sus manos.

—Si fuera "en verdad estúpido" no estarías actuando toda... como sea que estás actuando. Sin pendejeras, ¿recuerdas? —Argumenté.

El silencio que siguió únicamente sirvió para frustrarme más y estaba cansado y había sido un largo día de mierda y quería acostarme y...

—No llegué a abrazar a Albin.

El auto nos lanzó hacia delante cuando mi pie pisó el freno, las manos de Beth volaron para evitar golpearse en el salpicadero al tiempo que yo maldecía.

—¡Mierda! Mierda, mierda, mierda... —Continué repitiendo a la vez que me estacionaba y sacaba mi teléfono celular, con la esperanza que tuviera tiempo suficiente para alcanzarlos, y sinceramente dudando tenerlo.

—¡No los molestes! —Gritó cuando comencé a marcar, a lo que simplemente resoplé. Ella jugueteó en su asiento y su rostro estaba todo tenso y preocupado y culpable y... *mierda, mierda, mierda*.

Debería haberlo recordado.

—¿Dónde están? —Pregunté tan pronto como contestó Beatrice, ignorando las protestas enfurruñadas de Beth.

—A punto de cruzar la línea de condado. ¿Por qué?

—Uhm, solo... deténganse y quédense allí hasta que lleguemos, ¿de acuerdo?
—Ordené jalando de mi cabello.

La vergüenza de Beth era evidente cuando nos acercábamos a la línea de condado, yo tenía un dedo entre mis labios a la vez que mordía una puñetera uña dolorosamente corta. *Esta* era la porquería que solía controlar antes que todo se fuera a la mierda. Había mantenido el registro de sus metas y progresos, y había hecho *gráficos*. Así de devoto había sido una vez, y ahora... ¿ni siquiera podía recordar la meta más grande de todo su año?

Cristo, tenía que arreglar mi mierda.

Beatrice y Albin se mostraron confundidos cuando paramos en seco al lado de su auto, ambos saliendo con iguales expresiones preocupadas.

—¡Se me olvidó el maldito abrazo! —Me apresuré a explicar. Debí parecer furioso cuando rodeé el auto en una carrera y reboté en mis talones, porque todos ellos me miraron con ojos muy abiertos. Cuando tanto Beatrice como Albin se dirigieron hacia mí con los brazos extendidos, le espeté—: ¡No a mí! ¡Ella!

Se veía muy pequeña y mortificada mientras se mantenía parada torpemente junto al *Audi*, tocando sus pantorrillas con sus pies y retorciéndose las manos.

—No es importante —repitió ella, sonrojándose.

—Pendejeras —argumenté, ordenándole—: Vamos a hacer esto.

Así que fue al lado de una carretera oscura y espeluznante, justo al sur de la línea del condado de *Clallam*, que los cuatro nos quedamos de pie durante cuarenta y cinco minutos, mientras yo acercaba a Beth centímetro a centímetro a Albin Lane, el hombre que se había dedicado a sí mismo al jodido acto completamente desinteresado de criar cuatro hijos que ni siquiera había experimentado el placer de concebir, sin importar la mierda extraña y terriblemente ridícula que ese título particular implicara.

Ver sus brazos alrededor de mi chica se volvería uno de esos momentos que recordaría tanto con alegría como con vergüenza. Alegría, porque fue obviamente un gran logro para Beth, y vergüenza, porque esa oportunidad había estado siempre abierta para mí, y yo la había desperdiciado.

Y en realidad, *esa* era la clase de mierda por la que debería haberme sentido culpable. Eso era algo que se podía evitar, algo que podría solucionar si solo terminaba de sacar mi cabeza fuera de mi culo por un segundo.

Así que cuando Beth se había desenredado de sus brazos, con los labios curvados en una sonrisa tímida pero también satisfecha, yo también lo abracé.

Cuando me separé, las puntas de mis oídos se sentían en llamas, pero le dije que se cuidara, y le llamé «Papá», y fue tan cursi como la mierda, y

automáticamente me reduje una mierda de puntos de genialidad, porque realmente, no tenía que dejarme llevar tanto, y si Darrenica me hubiese visto, nunca habría dejado de molestarme.

Pero ya no recordaría ese momento de nuevo con alegría y vergüenza.

Solo lo recordaría y vería a Albin sonriendo mientras nos alejábamos a la casa que él había convertido en nuestro hogar.

* * *

Gemí en cuanto nos detuvimos en la entrada.

Oh, esto es una mierda.

¿Era mucho pedir? Únicamente quería ir a mi antigua habitación, acostarme sobre mi cama, envolverme alrededor de mi chica y tratar de malditamente dormir. Pero, no. Por supuesto que eso sería jodidamente fácil. Mi día épico de mierda no estaría completo sin Austin invitando a todas las personas que asistieron a la recepción por debajo de la edad de veintiséis a destrozar el lugar.

—Pensé que él esperaría un par de días —comentó Beth cuando salimos del auto, el auge del bajo haciendo vibrar las ventanas.

Puse los ojos en blanco antes de mirar a las ventanas oscuras de la tercera planta, con añoranza.

—Hasta aquí la idea de relajarnos... —Compartimos una mirada agotada antes que Beth se animara de repente.

—Podemos ir a la parte de atrás —declaró, agarrando mi mano y arrastrándome alrededor de la casa. En realidad hacía un poco de frío, y aunque ella tenía su sudadera y yo tenía mi esmoquin completo, todavía me sentía enojado al respecto—. He tenido muchas ganas de pasar algún tiempo aquí, ¿sabes? Como en los viejos... —Su detención fue tan repentina que casi choqué contra ella de nuevo—. ¿Qué *mierda* le pasó a la glorieta? —Jadeó.

Miré hacia adelante, evaluando la estructura cubierta de maleza, y pasé mis dedos por mi cabello, encogiéndome de hombros.

—Probablemente han estado muy ocupados.

Beth no se aplacó. Pisoteó hasta la pequeña plataforma y se puso delante de la mesa en la que una vez nos habíamos sentado, con las palmas hacia arriba, y los ojos heridos.

—¡Se ve horrible! —Se lamentó, girando en su lugar—. Mira toda esta... — Se detuvo y tiró de una enredadera, agarrando y apretándola en su puño... *mierda*. —No podía discernir si estaba realmente cabreada o si seriamente estaba a punto de llorar.

Fruncí el ceño, pero en última instancia me derrumbé sobre el banco, la mesa

a mi espalda apoyándome mientras descansaba contra esta.

—Es prácticamente otoño —razoné—. Apuesto a que lo arreglaran en la primavera o algo así.

Mis esfuerzos en consolarlas fueron aplanados por el agotamiento de mi voz y la caída de mis hombros.

Beth hizo una mueca, tomando su lugar a mi lado.

—Estoy siendo toda cursi y sentimental, ¿verdad? —Bajó la mirada hacia la vid seca, recogiendo las hojas de la misma.

Simplemente negué con la cabeza en respuesta y traté de ahogar los sonidos de la música que emanaban de la casa ante nosotros. Podía oír débilmente el río a nuestra espalda, adormeciéndome y calmándome como una canción de cuna y... *jodidamente genial*. Pasé una mano sobre mi cara, pero cayó en mi barbilla hasta el pecho, mientras decidía que podría... simplemente descansar los ojos. Solo un poco.

El susurro de Beth me despertó de mi casi letargo.

—¿Podemos hacer lo de "sin pendejeras" de nuevo? —Cuando levanté la cabeza, estaba sentada a horcajadas sobre el banco, su vestido estaba todo amontonado entre nosotros.

Asentí.

Ella estaba royendo su labio inferior, los ojos se estrecharon examinándome.

—¿Te arrepientes? —Preguntó, en voz tan baja que tuve que forzar mis oídos para oír.

—¿Me arrepiento de qué? —Pregunté parpadeando, pero en vez de aclarar, ella envolvió sus brazos alrededor de su torso y esperó. Tomó varias miradas de cerca a su expresión aterrorizada para descifrar el significado, pero cuando finalmente me di cuenta, fue como ser golpeado en el estómago.

Por un camión.

—¿Por qué diablos siquiera preguntarías eso? —Le susurré cuando pude encontrar mi voz. Sabía que había estado jodido últimamente, pero nunca me arrepentiría de tener a Beth. Que incluso pudiera contemplar esa idea me hacía sentir mal.

—¿Qué más se supone que debo pensar? —Reflexionó, sacudiendo lentamente su cabeza—. Tal vez si te hubieras quedado serías feliz. Quiero decir... todo lo que tengo es lo que me muestras, y... —Su voz se desvaneció, rompiendo nuestra mirada—. No tienes idea de lo mucho que me preocupo por ti.

—Comí hoy —declaré rápidamente, a pesar que sabía que me estaba

agarrando a un clavo ardiendo. Ella asintió.

—Lo sé, y no estoy diciendo que eso no sea importante. Es que... —insistió.

—Sin pendejeras, ¿recuerdas? —Le recordé en voz baja cuando no continuó. Levantó los ojos a los míos entonces, la vergüenza era evidente en la elevación de sus cejas.

—Me siento tan egoísta por mencionar esto —indicó, llenando su puño de grueso tul de color amarillo—. *Puedes* estar mejorando, fundamentalmente, pero tú y yo seguimos estando tan... en el aire. —Hizo hincapié en esto con un movimiento nervioso de sus manos.

Mis dientes se apretaron y tuve que luchar para aflojar la mandíbula lo suficiente para aventurar un rígido:

—¿Estamos en el aire?

—Lo que me muestras, ¿recuerdas? —Expuso tímidamente

—Quiero ser mejor para ti—le prometí a toda prisa, girando hacia ella.

Su sonrisa era triste (lastimosa) y me rozó los nudillos tensos con el dorso de los dedos.

—Lo sé.

—Es solo que es realmente jodido y... Cristo, lo siento —continué en un apuro—. Me prometí puñeteramente a mí mismo y a todos los demás, incluso a ella, que aprovecharía esto. —Mi mano fue a mi cabello y lo envolví en un puño lleno en frustración, concluyendo—: Y sé que no lo estoy haciendo, pero no puedo evitarlo. Este... este sentimiento nunca se va. Sé que no es racional culparme a mí mismo, pero *no* puedo ser racional. Lo intentó, Beth. Juró por el maldito Dios que lo hago, pero luego me acuerdo que simplemente la dejé para que se pudriera y...

—¿Entonces es la culpa lo que evita que me toques, también? —Me preguntó con sus ojos brillando de irritación. Sus fosas nasales se dilataron, y para el observador común probablemente parecía muy enojada. Pero conocía a mi chica mejor que eso. Su frente se arrugó, y su respiración era poco profunda, y conocía su inseguridad como la palma de mi maldita mano.

Justo cuando pensaba que no podía sentirme más mortificado...

—Eso ni siquiera es justo —me defendí, con opresión en el pecho le ofrecí un cortado—: Sabes por qué no podemos... hacer *eso*... —*Dios*, tenía la esperanza que lo abandonara. De todas las malditas discusiones totalmente castrantes, tuvo que escoger esta conmigo, precisamente hoy.

Yo he *comido*. ¿Qué demonios le ha pasado a los pasos de bebé?

—¡Eres un mentiroso! —Escupió. Me senté aturdido cuando se enfureció

conmigo—: ¿Qué le pasó a sin pendejeras? Dejaste de tomar los antidepresivos el mes pasado. — Pequeñas nubes de vapor salieron de sus labios.

Podía sentir el calor irradiando de mi cuello mientras mis labios se apretaban. Mi piel zumbaba con vergüenza, y luchaba por ocultar la reacción, no porque delataría mi deshonestidad, sino porque ya había perdido suficiente dignidad para toda una vida.

No había pensado mucho sobre intentar con los antidepresivos en el momento. No había podido comer o dormir, y parecía una solución fácil, y realmente lo fue. Durante mucho tiempo, la mierda había estado cerca de lo normal. Pero había... *efectos secundarios*. En realidad al principio no importaba que el hijo de puta hormonal adolescente estuviera inquietantemente perdido en acción. La cosa más lejana de mi mente en ese momento había sido que mi polla se endureciera.

Ese sentimiento se había desvanecido la misma noche que Beth había tratado de seducirme en vano. En serio, no había nada más completa y jodidamente humillante que un pene flácido viendo tetas con poca ropa. Me dije rápidamente "*qué se joda eso*" y dejé de tomarlos, lo que había demostrado ser completamente inútil, porque a pesar que podía actuar *físicamente*, mi mente no estaba realmente en el juego, por así decirlo.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —Le supliqué, tocando mi frente con mis palmas.

Se levantó para colocarse entre mis piernas.

—¿Es raro o algo así? —Preguntó en voz baja, aferrándose a sus mangas. La miré a los ojos y me encogí de hombros, incapaz de explicar cuando mi boca se abrió. De mala gana, ella agregó—: ¿Es algo... que *estoy* haciendo? ¿O que no estoy haciendo? —Batió las lágrimas de sus pestañas, y aunque no estaba pidiendo nada, sonaba como si me estuviera rogando.

Negué con la cabeza con vehemencia sin dejar de mirarla.

—No —me ahogué, apenas un susurro.

—¡Entonces, ¿qué?! —Gritó, pero antes que pudiera organizar mis pensamientos y formar una explicación coherente, su boca se encontró con la mía—. ¿Por qué no lo intentas? —Susurró contra mis labios, besándome tentativamente.

—¿Aquí? —Murmuré, poniéndome rígido.

—¿Por qué no? —Preguntó, moviéndose y tomando su vestido mientras se sentaba a horcajadas sobre mi regazo. Su boca fue dominante contra la mía, forzando su lengua a través del pliegue de mi labios, y fue agradable, pero *fue*

raro. Por mucho que me hubiese gustado tener algún tipo de marco de tiempo definido para cuando empezaría a estar bien querer algo como esto de nuevo, su peso en mis piernas, (su lengua suave y caliente contra la mía), no lo tenía. Como resultado, se sentía tan jodidamente inapropiado.

—Hace mucho frío —le dije sin expresión, alejándome. Pequeñas ondas de vapor se elevaban entre nosotros, y chupó sus labios en su boca, sus ojos de color marrón abatidos. Antes que pudiera hacer esa misma expresión derrotada y devastada que había visto esa noche un mes antes, agarré su mano y envié una mirada cautelosa hacia la casa justo antes de presionar su mano a mi entrepierna, tragando saliva.

No podía creer que estaba haciendo esta mierda.

—Solo... eh, ¿frótalo un poco? —Guie su mano, y ambos miramos hacia mi regazo mientras se movía contra mí, como si los dos estuviéramos a la espera de algún tipo de sonido haciendo *bang* o alguna mierda así.

Y luego hubo de repente toda esta ansiedad y presión y *más* ansiedad, y yo literalmente *tenía* que hacerlo, lo que hacía que fuera *imposible* hacerlo, lo cual medio me hacía odiar mi polla un poco, y estaba bastante seguro que me lo estaba haciendo pagar, lo que me hacía preguntarme por qué no había sido un poco más amable con mi polla en primer lugar.

Cerré los ojos y traté de imaginar cada imagen excitante que había visto alguna vez, repitiendo en mi cabeza: "*Por favor, por favor, por favor endurecete...*". Beth empezó a chupar mi cuello, su boca caliente y húmeda contra mi piel. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja e hice un gesto de aprobación y elogio.

—Sí, me gusta eso. —Su lengua trazó el lóbulo de la oreja, y traté de imaginar algo del encaje que había usado en la cama esa noche de hace un mes.

Ella se había visto tan jodidamente bien con su culo mostrándose en ese camisón, y el pecho, *mi Dios*, el pecho. Sus tetas habían estado completamente visibles a través del encaje, todas sonrojadas y suaves y acogedoras y cálidas. Había enterrado mi cara en medio de ellas en un débil intento de complacerla en el momento, pero recordándolo ahora, había estado bastante caliente.

Bastante malditamente caliente.

—Oh —jadeó en mi cuello, aquietando la mano y apretándola a mí alrededor. Se apartó para mirarme a los ojos, pero la jalé de su sudadera, mirando nerviosamente hacia el patio.

—Déjame ver tus tetas —solicité en voz baja.

Buscó por la cremallera a toda prisa, extendiendo su mano hacia la espalda

del vestido y después cambiando hacia un lado. Jaló y tiró y, finalmente, trató de bajar los hombros, y pude sentirme perder la paciencia.

—Qué se joda esta mierda —maldije, metiendo mis manos dentro de su escote y ahuecando sus pechos. Con un tirón persuasivo, hice que se derramaran fuera del vestido. Me lamí los labios al sentir su peso en mi mano, eventualmente agachando la cabeza para pasar mi lengua a través de un pezón erecto de color de rosa.

Beth soltó un gemido entrecortado en señal de aprobación y soltó mi entrepierna, optando en su lugar con menearse contra mi muy orgullosa erección. Capturó mis labios y habló entre nuestros besos acelerados.

—Realmente no tenemos que hacer esto ahora, sabes. Solo estaba siendo impulsiva y egoísta.

Solté sus labios y resoplé un soplo de niebla, mientras luchaba con el botón de los pantalones.

—Está duro *ahora*. Hay que hacer algo con él —le respondí, ligeramente irritado.

Hizo una mueca, ofreciendo un suave y tímido "lo siento", a la vez que se levantaba para permitirme maniobrar. Finalmente conseguí liberarme de algo que se llamaba «faja», cuyo nombre esperaba se volviera jodidamente apropiado².

Me liberé de mis pantalones y luego comencé la tarea de sumergirme en la cantidad horrorosa de su vestido de tul de color amarillo para encontrar sus bragas. Estaba metido hasta el codo en esa mierda, tratando de apartarla toda mientras maldecía por la frialdad del aire. Se mordió los labios y movió sus caderas hasta que mis dedos tocaron el encaje suave, optando simplemente a empujarlo hacia un lado.

Nuestros ojos se encontraron cuando comenzamos condenadamente a alienarnos, y luego hubo ese momento justo antes, donde mantuvimos una intensa mirada y suspiré con anticipación, saboreando, y luego cayendo, y luego empujando, y luego...

Mi palma cogió la mesa detrás de mí con un porrazo fuerte al tiempo que soltaba un siseo.

—Miiiiieeerdaaaa. —Nuestros rostros se contorsionaron en el mismo momento, con las cejas fruncidas, las narices todas puñeteramente arrugadas, los dientes marcando los labios con hendiduras satisfechas.

Maldita sea, ocho meses era demasiado tiempo...

Apreté los dedos en la madera y lancé la cabeza hacia atrás. Ella abrió su

boca contra mi garganta para chupar la piel allí cuando comenzó a levantarse y caer a su satisfacción. Vi con mi visión las nubes errantes de aliento que escapaban de mi boca abierta, con una mano explorando ciegamente bajo la falda.

Su ritmo era lento y hechizante, pero después de unos segundos, levanté la cabeza y gruñí:

—Más rápido. —Sus ojos se encontraron con los míos, y me sostuvo la mirada mientras aceleraba, una de sus manos sujeta en la solapa de mi chaqueta de esmoquin—. Más rápido —le animé de nuevo. Ella me atrajo hacia sí y jadeó contra mis labios a la vez que se conducía a sí misma en mi regazo una y otra y otra vez. Aspiré superficial y jadeantemente, rogando eventualmente rogué—: *Más rápido*. Fóllame.

Al oír esto, fue hacia abajo implacablemente. Asaltaba mis muslos con golpes planos a la vez que nuestras bocas y lenguas comenzaban a enredarse alrededor de la otra. Sus gemidos eran húmedos y cálidos contra mis labios, nuestros muslos y puños temblorosos.

Finalmente cogí su cara entre mis manos y ladeé la mía lo suficiente para explorar a fondo su boca. Mi punto culminante llegó en una serie de empujones erráticos y gruñidos patéticamente rotos.

Las nubes de niebla se arremolinaban alrededor de nosotros mientras normalizábamos nuestra respiración. Los brazos estaban envueltos alrededor de cinturas y cuellos. Besos torpes y húmedos se presionaban a las mejillas y la garganta y el escote expuesto, y *gracias a Dios...* el hijo de puta hormonal adolescente no había desaparecido. Él probablemente había estado tomando unas vacaciones o algo así, porque solo Dios sabe que ciertamente lo habíamos agotado antes que la mierda se hubiera ido cuesta abajo.

La risa de Beth fue liviana y ligera, e hizo que mis labios se curvaran en una sonrisa cuando me soltó y se puso de pie, la piel de un rosa agradable a pesar de la temperatura.

—Vale, eso sin duda hizo que el vestido valiera la pena —admitió ella, derrumbándose a mi lado de nuevo.

La acomodé a mi costado cuando todo fue guardado, y esperamos a que los invitados de Austin empezaran a irse de la casa. Ahora, yo quería una ducha y mi cama, y tal vez, dado todo el progreso que el día había traído, podría incluso pasar unas pocas horas de sueño tranquilo.

—¿Empezaste a tomar antidepresivos de nuevo? —Beth finalmente rompió el silencio, acariciando mi pecho después que le hubiera ofrecido mi chaqueta.

—No.

—Entonces, ¿todo esto es obra tuya? —Declaró, mirándome—. ¿La comida... y todo lo demás? —Asentí con la cabeza, una pequeña llama de orgullo calentando mi pecho. Ella sonrió—. Me alegro que sea solo tu obra. A veces me gustaría poder hacer cosas sin tomar mis medicinas, ¿sabes? Significaría mucho más.

—El hecho que tomes mierda que te ayuden no disminuye lo que has logrado —argumenté rápidamente—. Yo solo soy... diferente —supuse, analítico—. Supongo que mis problemas son auto-impuestos. Es algo que necesito resolver en mi propia mente, a mi propio ritmo.

Mierda, estaba siendo tan malditamente profundo.

—¿Y qué fue lo que resolviste en tu propia mente hoy? —Preguntó, observándome curiosa—. Algo debe haber cambiado.

Fruncí el ceño.

—Vi a un árbol caer —le dije, confundiéndola hasta el infierno.

—Vale —dijo desconcertada cuando no di más detalles. Y luego, tomó en cuenta lo que nos rodeaba.

—Estoy un poco disgustada con este lugar. Espero que tengas razón y que lo arreglen de nuevo en la primavera. —Luego, en un tono pensativo, añadió—: Me he estado preguntando por qué no se casaron aquí. Podría ser tan hermoso... —Su voz se desvaneció en un tono caprichoso, suspirando.

—Oh, le pedí a Albin que no lo hiciera —le respondí sencillamente, buscando otro chicle en mi bolsillo.

—¿Por qué? —Preguntó con una mirada confusa.

Me encogí de hombros a la vez que hacía estallar el chicle en mi boca.

—¿Y si queremos casarnos aquí después? —Explicué—. ¿No es como... una regla de etiqueta de bodas no casarse en el mismo lugar? Como ver a otra chica en una fiesta con el mismo vestido o algo así.

Su cabeza se sacudió de pronto de mi hombro, y me miró boquiabierta con estos enormes ojos abiertos como platillos. Rápidamente volví sobre mis pasos en un intento de salvar mi masculinidad.

—Quiero decir, no es que me importe ni nada, pero pensé que podrías ser así de sentimental, lo cual es cierto, ¿verdad? Tú misma lo dijiste antes. —Seguía mirándome boquiabierta, así que me defendí—: Y en verdad no conozco bien las etiqueta de bodas, solo escuché a Daphne cabreándose sobre que alguien ya se había casado en el Museo Nacional de *Klinton*, lo cual es un poco raro, porque ella ni siquiera quería continuar con eso hasta que descubrió que alguien más lo

había hecho. —Detuve mis divagaciones con una respiración profunda, y concluí —: Pero, sabes, era por precaución o lo que sea.

Levantó una palma, entrecerrando los ojos.

—¿Boda? ¿Cómo... en tú y yo casándonos?

Mi mascar se detuvo en forma abrupta, y de repente me di cuenta por qué los tipos se molestaban con toda la mierda estúpida de «proponerse».

—¿No quieres casarte conmigo? —Le pregunté rígidamente, totalmente devastado, pero preparándome para lo que había estado esperando durante meses.

—¡No! —Corrigió, negando con la cabeza—. Solo no me di cuenta que habías siquiera pensado en ello.

—¿Por qué no iba a pensar en ello? —Me burlé. No era como si la mierda de la boda no hubiese estado golpeando contra mi cabeza durante el último año. La verdadera pregunta era: ¿cómo podía pensar en otra cosa?

—Has estado distraído... —explicó.

—Quiero decir, es un hecho —argumenté, aunque por dentro, me sentía como una porquería por siquiera hacerle creer que estaba tan distraído en ser miserable que no había pensado alguna vez en nuestro futuro, juntos. Entonces le susurré —: ¿Cierto? —Y me arriesgué a mirarla a los ojos.

—Supongo —decidió, por fin descansando de nuevo en su posición a mi lado. Como si sintiera mi expresión de preocupación, se apresuró a enmendar—: Quiero decir, sí. Es un hecho para mí, sin duda.

—Oh —suspiré, jodidamente aliviado mientras la abrazaba—. Genial.

Junio.

—Gira a la derecha aquí —la dirigí desde el asiento del pasajero, mi piel sudorosa pegándose incómodamente a la tapicería de cuero.

Beth giró a la derecha y luego a la izquierda y luego otra vez a la izquierda, y luego dio la vuelta, ya que la última izquierda había sido un error, y luego giró a la derecha, y luego estacionamos en el pequeño cementerio de la colina donde mi papá había sido enterrado.

Me enderecé en mi asiento cuando nos acercábamos a su parcela, de brazos cruzados observando cómo nada había cambiado desde que lo había visitado en *Chicago* durante aquel jodido verano tres años y medio atrás. Todavía existía ese mismo árbol raro en el extremo sur que se veía como cualquier árbol de cementerio totalmente cliché.

No había mucha sombra cuando llegamos, y el calor de *Chicago* era

puñeteramente sofocante este año. Me limpié la frente cuando caminamos hacia el maletero de nuestro auto, levantando la escotilla y extrayendo los paquetes exorbitantes de flores que había comprado.

Mi competitividad con las lápidas no había disminuido en absoluto.

Medio me quedé en el auto por un momento, mirando a los dedos de mis botas pateando alrededor la grava mientras Beth ponía una de esas feas viseras de sol de mierda en el parabrisas.

—Pero es como... la única vez que alguna vez llegaremos a usar uno —había dicho al comprarlo en la parada de descanso en *Wyoming*.

Tenía malditos cachorros en él.

—¿Estás listo? —Preguntó, viéndose un poco insegura cuando entornó los ojos contra el sol—. Puedo quedarme aquí.

Puse los ojos en blanco.

—Eres la mitad de la razón por la que vinimos en primer lugar. Solo... hagámoslo —concluí, aclarando mi garganta y caminando alrededor de las lápidas con ella siguiéndome.

Su tumba estaba descuidada, y provocó una punzada profunda que hizo arder mi pecho. Beth miraba mientras yo quitaba las malas hierbas que habían crecido en los grabados de algunas de las palabras más queridas.

Mi padre parecía un sueño para mí ahora. Como si cerrara mis ojos los primeros ocho años de mi vida y evocaba a este ser humano idílico. Estoy seguro que no era realmente perfecto. Probablemente había estado viciado de alguna manera. Tal vez él siempre había dejado sus toallas en el suelo o nunca había dado dinero a la caridad o había hablado en las salas de cine o algo así. Jamás lo sabría. Para mí, el concepto de él se había vuelto abstracto y distante, y en esa distancia, existía como un modelo de perfección en mi mente, lo cual estaba bien. Solo podía esperar ser recordado así cuando mi culo se hubiese ido.

—Hola, señor Adler —saludó Beth, con las manos respetuosamente a su frente. Su rostro era tan estoico y serio cuando lo contemplaba que tuve que ocultar una sonrisa. Ociosamente recordé mi última visita y cómo hablar con un trozo de piedra se había sentido incómodo y ridículo.

Beth no tenía ese problema, en absoluto.

De hecho, cuando habíamos visitado la tumba de su madre en *Phoenix* hace unos meses, había estado convencido que deberíamos haber llevado una tienda de campaña. El cementerio de Renée era más bonito, pero estaba más lleno de gente. No que a Beth le importara en lo más mínimo que grupos de personas le dirigieran sus miradas extrañadas mientras descansaba contra la lápida vertical

de su mamá. Ella habló y habló y habló y preguntó en voz alta dónde carajo estaban mis modales cuando no me presenté.

Dios, estábamos tan jodidos que ya ni siquiera era trágico.

—Mi nombre es Beth —continuó, mostrándose un poco nerviosa, retorciéndose los dedos—. Su hijo y yo hemos estado viéndonos desde hace algún tiempo. Es posible que le interese saber que él es un perfecto caballero, bueno, con la excepción de su lenguaje, pero he hecho lo mejor que he podido, y sabe, es como le sigo diciendo a Beatrice, (esa es mi tía), son solo palabras. No es gran cosa. —Colocó su cabello detrás de la oreja y me lanzó una mirada, pronunciando con molestia evidente—: Di hola.

Jesús.

—Oh, hola —le dije, prefiriendo simplemente pararme y pasar unos momentos pensativos dando mis respetos. No todos podemos ser tan descaradamente locos como mi chica.

Encogiéndose de hombros, agarró un mechón de su cabello y le dio vueltas alrededor de su dedo índice.

—Vivimos en *Seattle* en estos momentos —balbuceó—. El clima allí es un poco más fresco. De todos modos, tenemos un apartamento, pero no se preocupe. La mayoría de los estudiantes de segundo año viven en residencias de la universidad, o en uno de esos apartamentos totalmente asquerosos tipo estudio, pero Albin, (es el padre adoptivo de Maddox), nos malcría y nos hace vivir en edificios con seguridad, entonces...

Hizo una pausa y me miró para ver si podría asumir el control, pero *infierno*. Le hice una señal para que continuara. Lo hizo felizmente.

—La universidad va bien, también. Debería ver algunas de las notas de Maddox. Él es muy inteligente. Y talentoso. Como... monstruosamente talentoso. Puede esbozar cualquier cosa de memoria. Es casi inquietante. Él va a hacer un gran doctor también, lo cual parece casi injusto. Yo me estoy especializando en negocios y tengo la esperanza de dirigir el mío propio algún día. Eso no cambiará vidas ni nada, pero Maddox sí lo hará, lo sé. Él cambió la mía... —Se mordió pensativamente el labio antes de concluir en una respiración—: No puedo esperar para conocer a su esposa.

Mi cuerpo se puso rígido, y fijé mi mirada al árbol espeluznante sobre la colina, tragando rápidamente.

—¿Maddox? —Me acosó Beth, envolviendo mi mano entre la suya.

—Estoy bien —le respondí, pero no quería verla. Verla lo haría real, y hacerlo real me hacía enfermarme físicamente, más a menudo que no, a pesar que había

pasado todo un año.

Entrelazó su brazo con el mío e hizo un semi giro, empezando en un hilo de voz:

—Hola, señora Adler. Soy Beth Michaels. Es un placer conocerle. Maddox me ha hablado mucho de usted, sobre todo cosas buenas. He visto dibujos suyos y del señor Adler, y Maddox se parece tanto a usted. —Una breve ráfaga de viento arrasó la zona y enfrió mi cara, haciéndome retroceder ligeramente. Continuó con voz más suave—: Él tiene algunas cosas que le gustaría decir.

Finalmente vislumbré al gran espacio junto a la lápida de mi padre, y mi aliento se detuvo mientras miraba hacia abajo.

Era tan jodidamente *simple*, casi genérica.

Mi estómago dio un vuelco y luché para no vomitar, frotándome el sudor de la parte de atrás de mi cuello. Beth suspiró disculpándose conmigo, frotando su palma hacia arriba y abajo de mi espalda, pero yo podía manejar esta mierda.

Me aclaré la garganta y me moví con torpeza de un pie a otro, deseando por un instante *haberle* pedido a Beth que se quedara atrás.

—Lamentó mucho haberte dejado aquí para que te pudieras —empecé.

Ante esto, Beth respiró fuerte y me clavó las uñas en el brazo.

—Maddox —advirtió.

—Lo sé, lo sé —me quejé, pero me negué a retractarme—. De todos modos, solo quería visitar y... decir que lo siento y pedir tu perdón y mierda, lo que es probable que me des, aunque no lo merezco...

—En verdad estoy a punto de regresar al auto —interrumpió Beth, sacudiendo la cabeza—. No puedo oírte hablar de ti mismo de esta manera. —Encontró mi mirada con una expresión suplicante.

—Síp, lo siento. Viejos hábitos. —Sonreí con tristeza, pero no me retracté tampoco. Miré de nuevo a las lápidas, acabando—: Y también quería que conocieras a mi chica.

—Y... —me engatusó Beth.

—Y... dejar algunas flores y mierda —expresé. Su expresión fue evidente sin siquiera tener que mirarla. Con un bufido, admití en voz alta—: Y quería decirte que al no vivir mi vida al máximo estaba faltándole el respeto a tu memoria, y prometo no volver a hacerlo. —Miré a Beth con las cejas arqueadas—. ¿Está bien?

Asintió a regañadientes, pero me tiró al suelo, donde nos sentamos en la hierba.

Un silencio se instaló entre los cuatro de nosotros que terminó siendo menos

incómodo de lo esperado. La brisa estaba subiendo y refrescándonos, y el cabello de mi chica se veía tan jodidamente hermoso y surrealista volando en la luz del sol que me distrajo.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro y cruzó los tobillos.

—Gracias por permitir que los conociera —declaró. Su expresión era tranquila y aliviada, y al oírla, sentí mi propio indulto.

—Gracias por convencerme —le ofrecí, porque ver el lugar de descanso final de mi madre no me había roto, después de todo. Sí, era doloroso y jodido, pero eso era algo que hubiera sentido independientemente de las circunstancias.

Nos quedamos hasta que el sol finalmente empezó a ponerse, enfriando el aire y oscureciendo el cielo. Mi chica pronunciaba comentarios al azar que me hacían sonreír o reír o asentir a las lápidas con una cara seria.

Y sin embargo, aunque en el exterior, estaba manteniendo estas jodidas conversaciones absurdas y casuales con dos trozos de granito, por dentro, estaba teniendo una conversación muy diferente con las dos personas que representaban. Creo que Beth probablemente sabía esto, porque cuando se hizo el silencio, no me interrumpió, optando en su lugar entrelazar sus dedos con los míos.

Les dije que era feliz, y que iba a intentar lo más malditamente que pudiera ser más feliz, porque tenía esta hermosa chica y una familia que me amaba, y que me tomó un tiempo entenderlo, pero finalmente comprendí que nada de eso era mi puñetera culpa.

Era irónico cómo, después de todo, mi conclusión final podría resumirse en un simple encogimiento de hombros murmurando: "la mierda sucede".

Cuando nos fuimos, el aire entre nosotros tenía la última parte de resolución que necesitaba. Todo había comenzado con un árbol cayendo, y terminado en el pequeño cementerio en la colina donde mi madre, mi padre y mi adicción a la culpa estaban enterrados ahora.

—Deberías guardarlo —le aconsejé sobre el parasol mientras entraba en el auto. Ante su ceño fruncido, sus ojos todos brillantes, y su visión jodidamente hermosa le expliqué—: Podríamos volver de nuevo algún día.

FIN.

1 El idioma *Klingon* (*tlhIngan Hol*, transcrito fonéticamente como /'tɪŋan xol/) es una lengua construida y artística, desarrollada por Marc Okrand para los estudios *Paramount Pictures*, como lengua vernácula de la raza Klingon en el universo de *Star Trek*. Fue diseñado con un orden de palabras tipo Objeto Verbo

Sujeto (OVS) para hacerlo menos intuitivo y darle un aspecto más alienígena.

2 En inglés faja es "cummerbund", "cummer" en inglés es venirse, por eso tiene esa esperanza.

EXTRAS

Outtake 1 Parejas de San Valentin de Piña. A.

Beth

Fui una idiota. Accediendo a la tortura hedonística y realmente creyendo que no era gran cosa. Solo un viaje «rápido» al centro comercial con Daphne.

Esa palabra debería haber sido un gran letrero rojo intermitente. Si Maddox estuviera sosteniendo ese gran letrero rojo e intermitente, diría *Pendejadas*.

Me encogí dentro de mi sudadera con capucha y la seguí a través del centro comercial con mi cabeza baja y abrazando las paredes. La estaba siguiendo bastante ciegamente mientras me hacía dar vueltas alrededor, aún intentando decidir si debería o no irme y esperarla en la comodidad del *Porsche*.

Los hombres estaban por todas partes. Casi podía sentir a Daphne disparándome lanzas por encima de su hombro como si ella hiciera su mejor esfuerzo para acelerar la excursión. Nosotras realmente deberíamos haber tomado en cuenta el día en que nos encontrábamos.

El centro comercial está decorado horrorosamente en profundos rojos escarlatas que parecían más apropiados para una película de terror con clasificación B que en el pequeño y pintoresco centro comercial de *Olympia*. Y todo esto, Daphne comprando, yo estando de acuerdo, la horrorosa decoración y los enjambres de hombres tropezando alrededor con expresión nerviosa, era todo debido a un evento anual tristemente horripilante.

Día de San Valentín.

Y aquí estamos en el centro comercial, haciendo compras de último minuto, como completas y total idiotas. Yo no estaba realmente comprando nada. No estaba segura de qué comprarle a un chico para *San Valentín*. Había resuelto hacer las galletas favoritas de Maddox o algo así.

Daphne tenía planes diferentes para Darren. Ella no me contó exactamente cuáles eran, pero durante el recorrido, compró algunas cosas muy interesantes. Tenía una peluca, una que se veía bastante parecida a la de la Princesa Leia con los bollos dobles para oídos. Después de ver eso, dejé de preguntarme. Demasiado raro.

Estaba arrastrando los pies detrás de ella con mi cabeza levantada lo suficiente para ver sus talones cuando me guio a una tienda. Yo no estaba prestando atención a dónde iba y la seguí en silencio. Pero uno de los exhibidores me hizo elevar la mirada.

Mis ojos se agrandaron cuando me percaté del escenario de tienda de lencería

hacia donde había entrado. Sin embargo, tenía un lado positivo. Cada hombre en el centro comercial parecía como si quisieran entrar, pero nunca lo hacían. Fue un soplo de aire fresco que me hizo sonreír siguiéndola hacia la tienda.

Ella estaba callada, deslizándose sus manos a través de todos los conjuntos atrevidos con encaje con sus labios fruncidos, mirándome un par de veces; mientras yo esperaba pacientemente con las manos en los bolsillos de mi sudadera con capucha. Generalmente este tipo de compras me harían estremecerme e irme, pero no había forma que fuera a volver a entrar a la «Villa de regalos de últimos minutos para hombre».

Me mordí el labio cuando me acercó al mostrador de *brassiers*, mirando hacia todos los sujetadores atractivos, que en nada se parecían a los que yo tenía. El mío era todo plano y cómodo. Funcionalidad en vez de moda.

Daphne sabía esto.

Levantó un sujetador de encaje y me arqueó una ceja con una sonrisa.

—Es sábado, cariño —se burló a la vez que lo sostenía en el aire.

Seguí mordiéndome el labio y lo miré con escepticismo. Maddox y yo no habíamos llegado al punto en el que la ropa fuera removida. Él solo había sido capaz de acariciarme sin la palabra de seguridad por dos noches. Y siempre a través de mi suéter. Sin piel.

Pero eso estaba destinado a cambiar eventualmente. Y yo ya le había mostrado mi feo y liso sujetador blanco una vez. Y dudaba seriamente que lo hubiese encontrado siquiera un poquito sexy. El sujetador azul que ella estaba sosteniendo era probablemente sexy. Delicado. De encaje. Parecía tener un milagroso *push up* y cualidades que me harían mostrar un escote más falso del que en verdad tenía. Imaginaba que eso era lo que se buscaba en los *brassier* sexys. Así que tímidamente levanté una mano y lo agarré de su mano.

Daphne me puso los ojos en blanco cuando lo miré en mis manos como si fuera un antiguo instrumento de tortura china.

—Jesús, Beth, solo estaba bromeando. —Suspiró negando con la cabeza.

Me sonrojé. Por completo. Porque ella probablemente esperaba que lo lanzara de vuelta al mostrador cuando en vez dejé caer mi brazo y lo sujeté a mi lado. Me miró confundida por un segundo antes que sus ojos se abrieran como platos.

Jadeó, poniendo su mano sobre su boca.

—Lo quieres, ¿verdad? —Preguntó con incredulidad a través de su palma.

Hice una mueca y me giré fingiendo estar interesada en algo más. Lo que fue una mala idea; porque el *brassier* en mis manos era probablemente la cosa más modesta que la tienda tenía que ofrecer. De repente me sentí identificada con

todos los hombres que necesitaban comprar algo en la tienda, pero que estaban muy avergonzados para ser vistos haciéndolo.

Bufé y me volví hacia Daphne que aún estaba boquiabierta con la mandíbula un poco abierta.

—Es solo un *brassier*, Daphne. —Suspire, rogándole en silencio con la mirada que lo dejara ir y que no le diera tanta importancia.

Síp. Porque eso siempre funcionaba.

Sus labios flojos se transformaron lentamente en una sonrisa.

—Lo vas a comprar por Maddox —canturreó su nombre como si de repente tuviéramos diez años de nuevo y los niños tuviesen piojo. Yo casi esperaba que empezara a cantar la canción de besándose en un árbol.

Me sonrojé aún más, porque ella estaba en lo cierto. Pero no ofrecí ninguna información y mantuve mi cabeza baja a la vez que pateaba la barata alfombra con la punta de mi zapato. Se rio.

—Pequeña zorra —dijo taimadamente, haciendo que mi cabeza se elevara y la mirara completamente aturdida.

—¿Esto lo dice la Princesa Leia? —Espeté con incredulidad, realmente no tenía la intención de decir nada de lo que estaba pensando, pero no sentí ningún remordimiento.

Su sonrisa desapareció en un instante. Y fue la primera vez que vi a Daphne sonrojarse, mientras apartaba su mirada hacia el mostrador de los sujetadores. Bufó señalándolos.

—Compraré por internet el año que viene —murmuró.

Resoplé.

—Síp, yo también. —Asentí de acuerdo apretando el *brassier* en mi mano, esperando que nadie estuviera mirando.

Después de un segundo, se giró hacia mí de nuevo. El rubor había desaparecido de su cara y suspiro mirándome con cautela.

—Sería una total hipócrita si te diera un sermón —susurró suavemente con una expresión preocupada—. Pero, por favor, dime que estás siendo cuidadosa —Suplicó con los ojos.

Negué fervientemente con la cabeza, horrorizada por su suposición. Luego la negué por el terror más genuino cuando sus ojos se abrieron como platos cuando malinterpreto mis acciones. Paré de sacudir mi cabeza, y resoplé.

—No estamos teniendo sexo, Daphne —le susurré en voz baja, mi rostro volviéndose increíblemente caliente y desvié mis ojos alrededor de la tienda.

Me miró con escepticismo por un segundo antes de agachar la cabeza y

empezar a mirar a los *brassier* de nuevo.

—Bueno, cuando lo hagas —suspiró en voz baja mientras elegía un sujetador de color rojo brillante del mostrador y se volvía hacia mí sosteniéndolo en mi cara con una risita. Puse mis ojos en blanco y aparté su mano. Rio con suavidad antes que su expresión se volviera seria—. Lo digo en serio, Beth. Si tuvieras alguna idea de donde esa cosa ha estado... —se interrumpió con un pequeño estremecimiento soltando el sujetador.

Hice una mueca, deseando que ella no hubiese traído a colación la historia sexual de mi novio.

—Estoy muy consciente de ello, gracias. —Entrecerré los ojos cuando ella se giró hacia mí. Elevó sus manos a la defensiva.

—Bueno, solo lo digo. Únicamente con ver a Mery Stanley siento la necesidad de una agresiva dosis de antibiótico. —Se estremeció y dejó caer sus manos—. Ese coño ha tenido más visitantes que la Gran Estación Central.

—¡Por Dios, Al! —Metí mi mano delante de su cara con los ojos muy abiertos—. Por favor detente —le rogué desesperadamente, lanzando miradas alrededor de la tienda de nuevo—. Lo último que quiero escuchar es sobre el... —me detuve con un medio estremecimiento, medio encogimiento, apretando los ojos con fuerza y sacudiendo la cabeza.

Se rio en voz baja y finalmente me llevo lejos de los sujetadores a otra parte de la tienda. La seguí cabizbaja, sintiendo un poco de nauseas y tratando desesperadamente de disipar la horrible imagen mental de la muy abierta y posiblemente infectada vagina de Mery parecida a un abismo.

Me sentí aliviada de que no me sermoneó. Ella tenía razón sobre una cosa. Sería una total hipocresía. Y en lugar de amenazar a Maddox con castrarlo como había esperado que hiciera, empezó a apilar artículos en mis manos con una sonrisa. Bragas. Bragas sexy de encaje que me hacían abrir la boca hacia ella mientras empezaba a tirarlas hacia mí.

Yo quería ser difícil y ruborizarme y lanzárselo todo de vuelta, ofendida. Pero al igual que con el sujetador, mantuve mi boca cerrada y la cabeza gacha a la vez que ella recogía y elegía los que eran más adecuados para mi tono de piel.

* * *

El viaje a casa fue incomodo. Me moví inquieta en mi asiento por todo el camino a casa y Daphne empezó a sugerir cosas como el control de natalidad y condones profilácticos mientras tamborileaba sus pulgares nerviosamente en el volante. Yo me dejé caer más y más en mi asiento sin decir palabra, deseando simplemente desaparecer y borrar las dos últimas horas de mi vida.

Cuando llegamos, estuve fuera del carro y en la casa tan rápido que hice que mi capucha volara fuera de mi cabeza. Suspiré aliviada cuando finalmente entré en la seguridad de la cocina. Era extraño. Todo este tiempo que había estado con Maddox, realmente había querido a alguien con quien pudiera hablar sobre este tipo de cosas. Pero estaba tan acostumbrada a nuestra extrema privacidad que se sentía mal hablar con alguien sobre ello.

Fui a dejar la bolsa de la humillación en mi habitación y hacer planes para la cena.

Outtake 1 Parejas de San Valentín de Piña. B.

Beth

Era particularmente horrible. Los rojos. La variación en tonos desde color escarlata hasta el rosa, y probablemente combinaba con el color de mi cara cuando levanté el *brassier* de encaje que Daphne me estaba obligando a usar con este atuendo.

Debería haber guardado el veto.

Se veía tan triunfante, parada en medio de mi habitación mientras sostenía la falda roja con una sonrisa irónica y una ceja delicadamente arqueada. Era sábado, y yo estaba bastante segura que ella había estado planeando este atuendo la misma cantidad de tiempo que había estado planeando su noche con Darren.

Me senté en la cama, mirándola fijamente. Tenía dos opciones. Podía huir y negarme a usar su elección. Y en el proceso arruinar por completo la tregua entre ella y Maddox. O podría admitir la derrota, lidiar con ello y esconderme en la casa todo el día.

Suspiré. E hice una mueca. Incluso me encogí un poco también, antes de levantarme de la cama y arrancarle la malvada falda de su mano, con el ceño fruncido.

—Hace demasiado frío para esta porquería. —Sostuve la falda con desprecio en los ojos como un último intento para salvarme a mí misma.

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor. Ya has visto lo que voy a usar esta noche. —Puso su mano en la cadera y arqueó una ceja.

Oh. El horror. La imagen mental de lo que Daphne iba a usar para Darren era... traumatizante, por decir lo mínimo. Los pantalones de cuero eran modestos en comparación con eso.

Todo empezó horas atrás con el viaje al centro comercial. Los rojos estaban allí también. En todos lados. Y había un enjambre de hombres tropezando nerviosamente mientras caminaban torpemente con los regalos de última hora.

Fui descuidada al haber accedido a ir con ella. Creyendo que como había avanzado tanto con Maddox podría manejarlo sin problemas y ser normal con Daphne por una tarde. Realmente debería haber tomado en cuenta el día exacto en que nos encontrábamos.

Díade San Valentín.

Ella me llevó a toda prisa por el centro comercial lleno de gente, haciendo todo lo posible para acelerar la excursión por mi seguridad. Y, dulce amarga

ironía, el único lugar en todo el edificio en que me sentí remotamente cómoda fue en la tienda de lencería.

Todos los hombres querían entrar, dando a la vitrina miradas curiosas, pero nunca tenían el coraje de ser visto haciéndolo. Estaba lleno de mujeres. Y eso lo podía manejar. Así que la seguí alegremente alrededor de la pequeña tienda cuando empezó a coger «suministros» para su noche con Darren. Fui tan estúpida, pidiéndole detalles por cada nuevo artículo que despertaba mi curiosidad.

Había una peluca de dobles bollos, esposas mullidas, una lata de crema batida, un extraño libro que no me dejó ver, y un traje que Daphne me informó era muy específico para una fantasía de Darren. Creo que las palabras «Princesa Leia» y «esclava» estaban escritas en alguna parte de la descripción del embalaje. Me sonrojé y aparté la mirada cuando ella pagó por ello, lo cual fue algo muy estúpido. Porque si yo hubiera estado mirando, me habría dado cuenta que ella estaba comprando suministros para mí también. El *brassier* y las bragas que coincidían perfectamente con el miserable atuendo.

Bufé y tomé la asquerosa blusa rosa de la cama y pisoteé hacia el baño sin otra mirada en su dirección. Aunque igual lo único que podría ver en ella en todo ese día era el disfraz pervertido. Cerré la puerta, un poco más fuerte de lo absolutamente necesario y me quité mi sudadera con un ceño sombrío en su dirección mientras la tiraba en el interior del cesto.

Lo admito, estaba un poco agradecida por el asunto del sujetador. No poseía nada ni remotamente cercano a ello. Todos mis sujetadores eran sencillos, blancos y cómodos. Funcionalidad en vez de moda. Y normalmente, no me importaría en absoluto.

Pero Maddox había sido capaz de tocar mis pechos durante casi una semana sin usar la técnica. Era absolutamente divino. La forma en que me tocaba y me agarraba como si él realmente quisiera hacerlo, y no solo porque me estaba ayudando o haciéndome sentir mejor. Como si realmente me deseara. Sus manos siempre eran suaves y sensuales. Y siempre estaban sobre mis suéteres y nunca tocando mi piel.

Parecía que tal vez ya estábamos listos para llevar las cosas al siguiente nivel. Y quitarme la camisa solo parecía ser el siguiente paso natural.

Normalmente, no me sentiría tan a gusto sobre la idea de exponerme. Pero, en realidad, él ya me había visto sin camisa.

Usé ese pensamiento para disminuir mi ansiedad mientras deslizaba el sujetador de color rojo oscuro y me colocaba frente al espejo.

Se ajustaba a todos los requisitos de Daphne para un sujetador «sexy». Ella me había dado la lista en el regreso a casa a la vez que yo miraba por la ventana con una fachada de indiferencia. Como si no estuviera pendiente de todas las sugerencias y grabándolo todo en la memoria.

Encaje. *Listo.*

Color fuerte. *Listo.*

Delicado y femenino. *Listo y listo*

Tener milagrosas cualidades de *push up* que me hacían ver los senos más grandes de lo que realmente eran. *Listo yaleluya.*

Me miré de lado a lado en el espejo con los labios fruncidos. Era bastante impresionante. Personalmente hubiera ido por otro color. Tal vez un bonito azul. Pero me dije que la ocasión lo exigía, así que no pude quejarme. El rojo sí hacía que mi piel pareciera menos pálida. Dejé que mis ojos vagaran debajo de la milagrosa hendidura de mis costillas y el estómago, hice una mueca.

Me veía como un intento morboso de vestirme para la demostración de bichos raros de un decadente sitio de striptease.

Me apresuré a colocarme la blusa rosada encima, ya que estaba poco dispuesta a ver las cicatrices junto a la prueba de que yo podía ser ligeramente normal.

La blusa era tan escotada que tenía que jalarla para ocultar la parte superior del sujetador. Era completamente loco que ella pensara que estaría mínimamente a gusto en esto. Ni siquiera quería que Beatrice me viera usando esto. Ni hablar de los demás.

Pero la falda tenía que ser lo peor. Yo tenía una lista de especificaciones cuando se trataba de ellas. La longitud tenía que ir por la mitad del muslo, por lo menos. Ella puso mala cara hasta que le dije por qué. Técnicamente, tenía cicatrices en todas mis piernas. Unas pequeñas que podrían ser atribuidas a torpeza o algo así. Pero los que están en mis muslos seguramente llamarían demasiado la atención.

Tenía la esperanza de que eso la asustara por completo sobre la idea de usar falda. Yo estaba muy equivocada. Me puse la falda con espanto, tomando un último segundo para mirarme en el espejo. Toda blusa rosada y falda escarlata y escote milagroso.

Me puse mis usuales botas negras en una muestra directa de rebelión y desafío. Y justo antes de salir de la puerta, eché un vistazo a la canasta y me detuve con mi mano en el pomo.

Qué se jodan las reglas.

Lo cogí y me lo puse, medio suspirando de alivio mientras salía del baño medio buscando, medio ocultándome de Daphne. La sudadera con capucha no la complacería. Ella nunca era muy aficionada con las concesiones.

Me dirigí a su habitación después de unos minutos, lista y dispuesta a someterme a la parte de mi tarde de tortura de cabello para poder finalmente relajarme en el sofá y ver la usual programación no educativa y desagradable no apta para la juventud de América.

Cuando llegué a la habitación, me quedé en la puerta y fruncí los labios. Vacía. Me encogí de hombros y me arrastré hacia el tocador, preparándome para cualquier estilo de cabello que estuviera «de moda» para estas fechas. Golpeé ligeramente mis dedos sobre la madera mientras la esperaba, moviendo con incomodidad mis piernas desnudas y permitiendo que mi mirada vagase alrededor por la parte superior de la superficie.

Había un libro en la esquina que llamó mi atención. No era por el hecho de que fuera un libro que conociera o me gustara. Sino porque era el mismo libro que ella había comprado en la tienda y no me había dejado ver. Me mordí el labio aún golpeando ligeramente mis dedos sobre el escritorio y comprobando la puerta desde el espejo para ver si la costa estaba libre.

Lo cogí y le di la vuelta para leer el título de portada. Entonces me quedé sin aliento y lo dejé caer en el tocador de madera con los ojos abiertos. Y fue aún peor que el traje o las esposas.

La Guía de la mujer contemporánea para la seducción.

Cerré mis ojos y me deslicé de vuelta a la esquina, negando con la cabeza, y absolutamente horrorizada de que Daphne estuviera comprando... material de referencia.

Apoyé el codo en el tocador y descansé la barbilla en la palma de mi mano con un suspiro a la vez que me miraba a mí misma en el espejo. Era tan... Daphne. Siempre tan meticulosa.

Golpeé ligeramente mis dedos sobre la madera de nuevo, aún esperando que viniera a su habitación y arreglara mi cabello.

Desvié mis ojos del libro y de vuelta al espejo y me mordí el labio inferior. Yo no iba a revisarlo. No había manera de que fuera a ser atrapada revisando ese tipo de literatura. Si eso pudiera llamarse así.

Golpeé mis dedos sobre la madera durante unos cuantos minutos. Entonces mis ojos se precipitaron de nuevo al libro con los labios fruncidos. *Seducción.*

Solté un bufido y sacudí la cabeza a mi reflejo con la barbilla apoyada todavía en mi mano mientras golpeaba la madera. Me incliné en el espejo para limpiar

una marca que había estado molestándome durante los últimos días antes de suspirar y recostarme en el asiento.

Deslicé mis ojos de nuevo al libro y de vuelta al espejo para verificar la puerta antes de levantar mi mano y atraer el libro en frente de mí.

Abrí una página al azar con mi mirada aún fija en la puerta de la habitación, y luego bajé mis ojos hacia ella.

Jadeé. Después, lentamente, fruncí mi ceño, apretando los labios e inclinando la cabeza a la página delante de mí.

Outtake 3 Cumpleaños con chispas de Jengibre. Versión caliente.

Maddox

—No te vayas —jadeó cuando soltó mi cuello, sus manos llegando a tejer su puño en mi cabello, y de repente *ella* me estaba controlando. Llevaba una mueca desafiante en su mandíbula a la vez que le permitía tirar mi cabeza hacia atrás, observando el cielo gris.

Siseé y cerré mis ojos con fuerza por el ardor de ello. El dolor penetró el adormecimiento y causó una sacudida brillante a través de mi cabeza, y hasta la punta de mis orejas. Gemí y me moví contra ella, a la vez que me jalaba con más fuerza. Tan fuerte que sus manos temblaron.

Pero ella todavía estaba pidiendo y siendo egoísta aprovechando mi obediencia completa a todos sus caprichos. No quería que me fuera. Quería que me quedara y aceptara todas estas pendejeras para que... Ni siquiera sabía lo que quería. No podía imaginar cómo iba a beneficiarla ya.

Pero yo asentí con un movimiento de cabeza agudo y un silbido, haciendo que mi cuero cabelludo quemara más por la resistencia. De nuevo obediente a cada uno de sus caprichos.

Ella pareció aliviada, liberó mi cabello y de nuevo regresó a su posición sumisa contra el muro.

Y ahora era mi turno.

Yo jadeé y apoyé mis palmas a la pared con un fuerte golpe, fascinado por la forma en que se mordía el labio e inclinaba la cabeza hacia atrás retorciéndose un poco contra mí.

No tenía derecho a pedirle (*ordenarle*) que no lo hiciera. Era egoísta y cruel siquiera pensar en ello, y los últimos veinte minutos probablemente demostraron lo que todos pensaban de mí. Pero ella recibió lo suyo y éramos *quid pro quo*, ¿por qué diablos no debería recibir el mío?

—Sin jodida terapia —gruñí a centímetros de sus labios, teniendo la misma visión que me hizo sentir furioso al pensar en ella con alguien más a quien pudiera amar. Alguien mejor.

Para mi sorpresa, ella aceptó sin dudarlo. Asintiendo obedientemente en resignación y permaneciendo totalmente sumisa ante mí mientras la atrapaba contra la pared.

Tomé sus labios de nuevo con fervor, hundiendo mi lengua en su boca y moliendo mi erección en sus caderas, sin siquiera pensar. Ella gimió y se apretó contra mí, con las manos aferradas a mis costados y acercándose más, con

nuestras lenguas presionándose entre sí.

Toda la frustración parecía hincharse a la vez que jadeábamos y comenzábamos a frotar nuestras entrepiernas uno contra el otro, la fricción aumentando nuestra adrenalina a medida que nosotros solo... nos follábamos el uno al otro descaradamente contra la pared de ladrillo.

Su sudadera con capucha se había ido, abandonada en la hierba húmeda en alguna parte, así que tomé la oportunidad para manosear su pecho entre nosotros, y ella gimió en mi boca. La dominación de repente paso a ser lujuria y desesperación y antes que pudiera siquiera darme cuenta que era probablemente una mala idea, mis manos estaban debajo de sus camisa, forzándolas bajo su sujetador, y frotando sus pechos mientras ella comenzaba a lloriquear de nuevo.

Separé mis labios de suyos, nuestras caderas continuaban creando la deliciosa fricción, su cabeza cayendo hacia atrás a la pared. Levantó la mirada hacia el cielo, jadeando y tirando de mis caderas más cerca a la vez que me movía contra ella, y ella se veía casi tan desesperada como yo.

Probablemente no estaba pensando bien dado mi agotamiento y mi reacción con todo el asunto de la terapia. Por no mencionar el hecho de que ahora me tenía que quedar en la maldita casa de Albin, y vivir bajo sus reglas. Y luego tenía que ir y tratar a mi chica como si fuera una maldita posesión, y no la persona que amaba más que a nada en el mundo. Estaba resultando ser un día de mierda. Semana. Mes. Lo que sea.

Yo no estaba feliz.

Pero a medida que nuestras caderas se frotaban una contra otra y nuestros gemidos llenaban el pequeño espacio junto a los ruidosos acondicionadores de aire, decidí... yo podría *hacerla* feliz. Yo podría hacer que ella se sintiera bien. Probablemente fuera un consuelo de mierda para todo lo demás, pero en el momento exacto cuando ella gimió y rogó en silencio por más, me imaginé que ella lo aceptaría alegremente.

Retrocedí minuciosamente, haciéndola gruñir en frustración y que sus manos lucharan por detenerme. Pero mis ojos comenzaron a explorar el área por encima de mi hombro con mi polla temblando con anticipación. Cuando tuve suficiente confianza de que pudiéramos continuar con seguridad, me volteé a mirarla y desabroché sus vaqueros.

Los ojos de mi chica se abrieron y comenzaron a mirar alrededor de la zona, pero no me impidió deslizar mi mano en el interior, debajo de sus vaqueros y ropa interior. Por supuesto, no hubo objeciones cuando mis dedos encontraron sus pliegues, ya húmedos y esperándome. Gemí al sentir su excitación, y su

agarre en mi camisa se hizo más fuerte.

Apoyó la cabeza contra la pared de ladrillo de nuevo, sus labios estaban entreabiertos mientras jadeaba y se retorció contra mis dedos con un gemido ahogado. Enterré mi cara en su cuello y comencé a lamer y besar sin dejar de acariciarla y trabajar para darle placer.

Sus jadeos eran fuertes en mi oído, transformándose en gemidos cuando sus dedos se enredaron en mi cabello, empujando mi cara lejos en su cuello. La forma en que estaba moviendo sus caderas contra mí con desesperación me puso más duro, y empecé a preguntarme si ella me tocaría al tiempo que tomé su lóbulo entre los dientes y lo mordisqueé suavemente.

Le estaba mostrando lo mío, ¿no? Compartir es bueno.

Pero yo no podía pedirlo, porque no se suponía que fuera para mí. Así que centré mi atención en lo que mis dedos estaban haciendo y busqué su entrada. Porque mi chica *realmente* le gustó esa mierda la última vez.

A ella le gustó también esta vez, y me empujó a ir más profundo y más rápido a la vez que jadeaba en mi oído. Involuntariamente, comencé a mover mis caderas con las suyas, porque no podía evitar la necesidad de encontrar más fricción. Por desgracia, no era realmente satisfactorio, y de repente me encontré con mi mano libre yendo a mi entrepierna y tocando mi polla a través de mis pantalones vaqueros.

Quiero decir, sin duda ella no podría oponerse a que me masturbara, ¿verdad? Yo puñeteramente esperaba que no al tiempo que me apresuraba a desabrocharlos y metía mi mano dentro.

Ni siquiera estoy seguro de que ella se diese cuenta que agarré mi erección y me comencé a acariciar al unísono con la otra mano, que estaba trabajando frenéticamente debajo de sus vaqueros. Su cabeza todavía estaba echada hacia atrás, los ojos herméticamente cerrados mientras su respiración entrecortada causaba que su pecho se moviera con esfuerzo.

Realmente deseaba poder haber arrancado esa maldita camisa que llevaba puesta. Quería estar más cerca, piel con piel. Pero esto era lo máximo que iba a conseguir.

Mi mirada viajó por su cuerpo mientras mis dos manos trabajaban sin descanso y me centré en el punto en el que mi muñeca desaparecería en sus bragas blancas. La visión me hizo gemir e impulsó a mi mano a la vez que luchaba para hacer los movimientos duales sin vacilar. Lo cual realmente no funcionó *en absoluto*.

Maldita sea porno ser unambidiestro de mierda. Pensé con molestia. Después

de luchar para hacer ambas acciones a la vez, al final me di por vencido y quité mi mano de mis pantalones vaqueros para centrarse por completo en ella. Ya que no valía una mierda una masturbada a medias. Decidí esperar hasta después que la hiciera correrse, y mientras sus gemidos se hacían más fuertes y trataba de acallarlos hundiendo mi lengua en su boca una vez más, me di cuenta de que estaba cerca.

Sus manos comenzaron a arañar mi espalda para atraerme más cerca, y sus caderas se mecían sin descanso para conseguir la fricción adicional requerida. Mis dedos se enterraron profundamente dentro de ella y le permitieron a mi pulgar hacer su trabajo dentro de las limitaciones de sus vaqueros.

En serio, Beth. Una falda habría hecho esta mierda mucho más fácil.

Me di cuenta cuándo estuvo en el borde porque sus ojos se abrieron de repente, enfocándose en nada en particular a la vez que sus caderas giraban en mis manos y sus piernas comenzaban a temblar. Con un grito suave, se mordió el labio y se apretó alrededor de mis dedos.

No había nada más sexy en todo este maldito planeta que ver a mi chica correrse para mí.

Sus hombros temblaban contra la pared y sus ojos rodaron un poco tras sus párpados. Me di cuenta de que estaba luchando por mantener sus gemidos silenciosos, porque todo lo que salió de sus labios fue un susurro ahogado de éxtasis en forma de "Maddox." Y Gemí cuando mi nombre salió de sus labios. *Solo... ¿por qué no me matas de una puñetera vez?*

Sin aliento, ella finalmente levantó la cabeza para mirarme a los ojos, toda adormecida y agotada. Quité mi mano de sus vaqueros y me incliné para darle un suave beso en los labios. Yo no podía darle noches de sueño, y no podía ser lo suficientemente bueno para que Beatrice o Albin nos dejaran estar juntos, pero... Yo podía hacer a mi chica venirse, y ningún otro hijo de puta podría hacer eso... por ahora.

Cuando mis labios dejaron los suyos, me apresuré arreglando su apariencia. Abotonando sus pantalones vaqueros y enderezando su camisa antes de siquiera pensar en encargarme de mí, porque debía mostrar mi consideración. ¿Cierto? Me preguntaba si iba a besarme el cuello, tirar de mi pelo, tal vez... mordisquear mi piel un poco, o decir algo jodidamente sucio mientras mi mano volvía a mis pantalones y me agarraba mi polla de nuevo.

¿Es realmente una buena idea? Mi conciencia de repente me incordió con su preocupación, y mi yo interior se burló. *Perra. Vete.*

Calmé mis acciones y busqué sus ojos para detectar cualquier signo de asco o

repulsión, o... algo al tiempo que estaba de pie justo en frente de ella con mi polla en mi palma. Simplemente no valía la pena si la hacía sentirse incómoda. Traté de pensar en cómo reaccionaría yo si de repente empezara a masturbarse delante de mí, pero... *mierda*. Eso simplemente estaba haciendo a mi mano moverse.

Afortunadamente, cuando nuestros ojos se encontraron, no vi ninguna señal de disgusto o cualquier otra mierda. Sorprendentemente, ella parecía un poco... excitada y curiosa, y tal vez incluso arrepentida, por alguna razón que no pude comprender.

Al no ver ninguna objeción, comencé a acariciarme lentamente con la mano, permitiéndome a mí mismo relajarme tanto como fuera posible al hacer esto en su presencia. La cintura de mis pantalones y la falta de lubricación no lo hacían tan agradable como podría haber sido, pero conseguí mirar cómo crecía la excitación de Beth al observarme, y eso fue suficiente para que mi puño comenzara a bombear más rápido.

Me apoyé contra la pared al lado de su cabeza con mi mano libre, y dejé que mi mano se moviera con abandono mirando fijamente a sus ojos al tiempo que me iba sintiendo lo suficientemente cómodo para solo... masturbarme para la mierda. Ella gimió sin dejar de mirarme, malditamente sexy, y dejé que mis labios descansaran contra los suyos. Nosotros realmente no nos besamos; yo solo jadeé y gemí contra su boca.

Mis jadeos se transformaron rápidamente en gruñidos desesperados al tiempo que bombeaba mi puño salvajemente alrededor de mi polla. Mis ojos no estaban pidiendo nada; yo solo estaba tratando de recordar lo que se sentía estar dentro de ella mientras mi mirada probablemente se volvía bruscamente intensa.

Así que cuando de repente se puso de rodillas, deslizándose hacia abajo hasta el duro ladrillo a la hierba, y me agarró la muñeca para detener mis movimientos, me quedé un poco jodidamente aturdido. Yo no estaba pidiendo, queriendo, o incluso esperando que ella hiciera algo a cambio.

Mi chica me miró con los ojos llenos de lujuria y sacó su lengua para lamer deliberadamente sus puñeteros labios. Yo todavía la tenía atrapada contra la pared, con las rodillas entre mis piernas abiertas mientras sostenía mi mirada y tiraba de la cintura de mis pantalones para liberar mi dura polla. Quería detenerla y decir no...

Vale. Ni siquiera yo me creía *esa* mierda. Yo realmente *quería* decir, "Beth, qué Dios me ayude... si pones mi polla en tu boca en este instante, joder te adoraré por el resto de mi existencia".

Por suerte, yo todavía tenía el menor atisbo de conciencia para hacer que mi cara mostrara desaprobación. Un poco. Quizá. Probablemente. Lo que sea. No sé qué tan bien actué, pero ella no se mostró indecisa cuando envolvió su mano alrededor de ella, y le dio un bombeo largo.

Mi respiración se detuvo, y medio miré a su alrededor por encima de mi hombro con un temor paranoico. Si me encontraban en esta posición, atrapando a Beth, una menor de edad de la cual fui *ordenado* mantener las distancias, en contra de una pared de ladrillo con la polla en su mano... Yo *definitivamente* iba a la cárcel. Y tampoco sería la mierda de detención juvenil, sino la real "hija de puta terrorífica" cárcel.

Nunca me consideré una persona presumida ni nada, pero... yo estaba bastante seguro que mi culo era demasiado bonito para todo eso.

Beth no compartía mi temor en esto, porque mientras mis ojos seguían mirando con ansiedad alrededor de la zona, rápidamente puso su boca caliente alrededor de mi polla. Siseé a través de mis dientes apretados, y se mezcló con un gemido a la vez que colocaba mis manos extendidas de lleno en el ladrillo delante de mí para sostenerme.

Movió sus labios lentamente sin dejar de mirar mis ojos y mi pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares. Mis manos se aferraron a la pared de ladrillo cuando el tira y el afloja de la boca forzaron un gemido de mis labios. La pared de ladrillo detrás de su cabeza realmente no le daba mucho espacio para el movimiento, y empecé a reflexionar distraídamente cuan de mala educación sería solicitar un cambio de posición. Entonces me di cuenta... estoy recibiendo una mamada, quejarse de la logística sería algo jodidamente idiota.

Por desgracia, mi polla era lo suficientemente egoísta como para desear un mejor movimiento, y en contra de mi voluntad y buen juicio, mis caderas empujaron suavemente en su boca, y otra vez. Ella gimió profundamente a mí alrededor, y sus manos fueron a agarrar mi culo. Me quedé helado. Había imaginado que follar la boca de mi chica era un poco demasiado depravado para mí... incluso en *este* día, pero sus manos movían mis caderas hacia ella indicándome que... quería. *Por supuesto que lo quiere.*

—Mierda —susurré con voz temblorosa y me repantigué hacia adelante, permitiendo que mi frente se apoyara contra los ladrillos fríos y ásperos. Mi perra y molesta conciencia había desaparecido convenientemente para el momento en que las manos de Beth guiaron mis caderas para repetir el movimiento de nuevo, y mis manos comenzaron a cavar y dar arañazos en los ladrillos a la vez que reproducía la acción, esta vez sin la necesidad de su

probable estímulo. Beth mantenía la cabeza inmóvil contra los ladrillos, y sus labios estaban bien envueltos alrededor de mi carne.

Fijé mi mirada en la parte superior de su cabeza al tiempo que movía mis caderas suavemente hacia adelante y hacia atrás, dentro y fuera de su boca, y la visión de eso me provocó más. Ella gimió alrededor de mi polla con cada imple, y eso me hacía rechinar los dientes y gemir de placer. Sabía que follar su boca estaba mal, y que más adelante me sentiría como una mierda por hacerlo, pero por ahora, decidí que ser un anti-adolescente-hormonal-hijo-de-puta no era *de ninguna manera* agradable. Así que seguí empujando mi pene en su boca, bañándome de sus gemidos, y agradeciendo a toda la mierda de la privación del sueño y los años de discutible civilidad que me habían concedido el magnífico don de la deficiencia moral temporal.

Sí. Mi polla estaba *sin duda* disfrutando como una hija de puta.

Mis labios se abrieron mientras jadeaba y me movía, al mismo tiempo luchaba contra el instinto de agarrarla del pelo y empujarla en contra de mis embestidas. Ella siguió gimiendo y empujando mi culo aún más hacia ella, forzando mi polla más profundamente en su garganta, ya que estaba siendo cuidadoso de no hacerlo. Estaba tratando de mantener mis gemidos y gruñidos lo más silenciosos posibles, dada la amenaza de la exposición, y mis dedos seguía arañando en el ladrillo para inhibirse a sí mismo de las ganas de agarrarle su cabello.

Podía sentirlo intensificándose rápidamente, y estaba debatiendo la posibilidad de prolongar la experiencia, o simplemente rendirme mientras presionaba mi frente contra la pared y mantenía mis ojos fuertemente cerrados. Sus gemidos y su lengua estaban incitando el movimiento casi frenético de mis caderas, y se estaba volviendo ridículamente difícil reprimirme de explotar en su boca.

Como si supiera que estaba retrasando mi placer, de repente sentí sus dientes ligeramente rozar mi carne y mi jadeo como respuesta fue largo y aturdido contra la pared. *Tan jodidamente astuta*. Ella sabía que los dientes me iban a conseguir cada maldita vez.

Gemí, y mis manos dejaron abruptamente del ladrillo para sujetar su rostro al instante que levanté mi cabeza para mirarla a los ojos. Sus grandes ojos marrones brillaron hacia mí al tiempo que yo seguía con embestidas suaves y acariciaba sus mejillas con mis pulgares.

—Vas a hacer que me corra —jadeé, para darle una salida, a la vez que mis caderas seguían moviéndose suavemente. Odiaba la idea de hacer eso en su

boca. Sus manos agarraron mi culo, como para mantenerme cerca, y gimió de nuevo, dejando que sus ojos se cerraran mientras chupaba más fuerte en mi empuje una clara indicación de que ella deseaba que ocurriera.

Michica, suspiré para mis adentros. Siempre era una maldita luchadora. Con una respiración temblorosa, calmé mis caderas, apreté mi mandíbula con fuerza, y finalmente sucumbí al placer.

El temblor de mi cuerpo, a la vez que intentaba acariciarle las mejillas con cariño y venirme al mismo tiempo, era... más allá de lo humillante con toda honestidad, pero no hice ningún esfuerzo por mantener la compostura. Sabía lo mucho que mi niña disfrutaba viéndome perder el control. Un ronco y nítido gemido escapó de mi pecho y me retorcí y tiré ligeramente de sus labios, su rostro estaba completamente vacío de asco cuando se lo tragó apresuradamente. Ella probablemente nunca lo supiera, pero Beth era la única chica que me había permitido correrme en su boca. Era una espléndida experiencia de mierda, y yo estaba jadeando y temblando cuando me dio un último barrido de su lengua, y finalmente me soltó de sus labios enrojecidos.

Rápidamente me acomodé mis vaqueros y me los abotoné mientras se levantaba, mis piernas se sentían como gelatina al tiempo que luchaba por recuperar el aliento. Cuando todas las partes del cuerpo estuvieron de nuevo ocultas, de repente me acordé de lo que mi chica consideraba apropiado como gratitud post-oral. Ella acababa de recuperar su sudadera del suelo y estaba deslizándola sobre sus hombros cuando mis manos agarraron sus brazos y la estreché contra mi pecho en un abrazo firme.

Su risa ahogada y satisfecha calentó mi pecho cuando sumergí mi nariz en su cabello y apreté mis brazos alrededor de ella. Apenas pudo devolver el abrazo dado que su sudadera estaba cubriendo solo parcialmente sus hombros, pero apretó su cara contra mí, y puso sus brazos alrededor de mí por lo menos hasta donde la constricción de la tela permitía.

Permanecemos de pie durante un buen rato mientras olía su pelo con satisfacción y la abrazaba con cariño; plantando un beso ocasional en la parte superior de la cabeza en señal de agradecimiento silencioso a la vez que ella suspiraba en mi pecho. Ciertamente había tenido razón. Un abrazo es una muy apropiada gratitud post-oral.

Eventualmente, y bastante desagradablemente, la estúpida campana de la escuela interrumpió nuestra euforia-post-orgasmo, y nos vimos obligados a apartarnos con expresiones de molestia. Recogí mi chaqueta de la hierba y me la puse, y en un momento de recogimiento, vi su mochila y la agarré antes que ella

podiera.

Yo quería... Yo en verdad quería amarla con cariño y ternura. Quería tomarla de la mano y llevar sus libros como algunos maridos perfectos de mierda. Recordé mis pensamientos anteriores.

Me colgué su mochila al hombro, junto con la mía, y cuando se encontró con mi mirada, puso los ojos en blanco.

—¿En serio? No soy discapacitada. —Resopló, y la mirada de diversión en sus ojos hizo que mis labios temblaran cuando me encogí de hombros y le mostré una pequeña sonrisa. Refunfuñó algo en voz baja, pero me dejó deslizar mi brazo alrededor de su cintura mientras nos alejaba lejos del estruendo de los aparatos de aire acondicionado. Yo podría amar a mi chica *de esta manera* también, y aunque no compensaba ninguna de la otra mierda, me hizo sentir infinitamente digno de su sonrisa de satisfacción cuando me miró y levantó la capucha.

Hice todo lo posible para ignorar la sensación amenazadora que comenzó a florecer en el fondo de mi pecho; un cosquilleo de premonición que alude a un presentimiento. Yo quería alejarlo, pero quería absorberlo todo al mismo tiempo. Quería meter a mi chica detrás de mi cuerpo y ponerme entre ella y cada pequeña cosa que amenazaba con arruinarnos. Quería protegerla de ellos, y... a lo mejor también un poco de mí mismo. Pero ella era *mía*, y yo no iba a ceder tan fácilmente.

Cuando salimos del camino escondido entre los edificios, me di cuenta que ninguno de nosotros realmente quería volver a ese lugar donde nada salía bien, y nadie entendía. Queríamos quedarnos por la pared de ladrillo sucio y los acondicionadores de aire de metal sonoros y dejar que nuestra necesidad nos consumiera durante un poco más de tiempo.

Pero yo todavía tenía un hogar adonde ir. Todavía tenía un papel que desempeñar. Todavía tenía que mantener mis notas. Y a pesar que odiaba esa maldita sensación de impotencia que llenaba la boca de mi estómago con un profundo y familiar temor que me infectaba y me asfixiaba, todavía tenía obligaciones con todas estas cosas.

Pero no iban a ganar, porque todavía tenía a *mi* chica

Outtake 4. Cumpleaños con chispas de jengibre.

Albin

Eran casi las cinco cuando recibí la llamada de Beatrice con respecto a la visita de Beth. Nunca lo hubiera demostrado por el tono de mi voz al teléfono pero yo estaba infinitesimalmente resentido por la forma en que ella tan casualmente puso la responsabilidad sobre mis hombros. Era el cumpleaños del pobre chico y ella tenía la intensión de colgar la fruta prohibida ante sus ojos y hacer que a mí me tocara decidir cuando arrebataréla. Ella no se vería obligada a sobrevivir las secuelas.

Pero era su cumpleaños, y aunque parecía un método cruel de conceder lo que probablemente era uno de sus deseos, abrí la puerta con una gran sonrisa ante el golpe suave y tímido de Beth.

Se quedó parada sumisa y tímidamente, o lo que alguien podría asumir como timidez sino entendían completamente su estado mental. Ella acunó una gran caja en sus brazos. Pastel de cumpleaños, como Beatrice me informó. Me sentí obligado, mientras me apartaba, en decirle a esta chica que Maddox no apreciaba los pasteles de cumpleaños. Cada cumpleaños que habíamos intentado celebrar con él, dejó muy claro que cualquier festejo sobre el evento sería atacado rápidamente. No podía imaginar ver su espíritu ser aplastado cuando él hiciera tal cosa. Ella debía haber estado bastante emocionada por el escape de su castigo, solo para verse abatida por la dura posición de Maddox sobre las celebraciones.

Ella no me saludó, o en realidad ni siquiera reconoció mi presencia aparte de una pequeña mirada a mi dirección que parecía más impulsada por la ansiedad que para cumplir con la cortesía cuando entró en el vestíbulo.

Beatrice estaría profundamente decepcionada por su falta de modales. Me hice un recordatorio de omitir esto de mi resumen de los acontecimientos a menos que expresamente me pidiese tal información.

La guíé al comedor con solo unas pocas palabras que no la hicieran sentir más incómoda hasta que Maddox hubiera llegado. Cuando llamé a su puerta, ya me había preparado para su sombrío tratamiento de silencio hacia mí. Había sido así durante catorce días y aunque yo más bien detestaba la inmadurez del acto, estaba resignado a la espera de la ruptura el silencio. Yo había presionado lo suficiente.

Me sorprendió gratamente cuando comenzó a hablar. Era progreso en mi mente, a pesar que las palabras que decía estaban destinadas a ser sarcásticas y

mordaces. Muchas personas tenían dificultades para relacionarse con Maddox, pero yo había visto lo suficiente como para saber que los insultos mordaces eran su método de apartar a la gente. La gente a la que él sentía podía ser cercana. Si todavía era una de esas personas, yo me consideraba afortunado.

—Beth —comencé cuando me di cuenta que él estaba volviendo excepcionalmente furioso conmigo. Sus ojos se enfocaron en los míos, finalmente, y pude sentir su postura cambiar por completo—. Está en el comedor esperándote. —*Conpastel. Por favor, no seas tan duro con la pobre chica. Ellano podía saberlo.*

Me empujó para sobrepasarme, y de repente me di cuenta que llevaba puesta la misma ropa del día anterior. Fruncí el ceño a la parte posterior de su cabeza mientras se abría camino por las escaleras. Él se estaba descuidando a sí mismo y estaba fallando en tomar su salud en consideración. Sus ojos estaban más oscuros por la falta de sueño y... no crean que no me di cuenta de la forma en que casi tropezó con el último paso. Siempre me daba cuenta. Era una completa agonía verle deteriorarse de tal manera, pero no podía presionarlo. *No sobre esto.*

Contuve la respiración cuando lo vi entrar en el comedor, preparándome para... cualquiera que fuera la forma en que se irritaría con esta extraña chica. La capturó en un fuerte abrazo antes que pudiera entender lo que estaba ocurriendo, y por un breve instante, yo estaba irracionalmente preocupado por verme obligado a separarlos. No hice tal cosa.

Observé fascinado como él los balanceaba de lado a lado con cariño durante mucho tiempo. Finalmente me moví incómodo y me apoyé en el marco de la puerta, sintiéndome completamente disgustado por tener que ser tan intrusivo en este momento particularmente íntimo. Mi resentimiento hacia Beatrice creció de nuevo ante esta sensación. Vi como él volvía su rostro a su oreja y parecía estar susurrando algo. Ella negó con la cabeza. Estaba frustrado por el intercambio que no podía supervisar. No quería decepcionar a Beatrice.

Beth soltó repentinamente su cuello, mirándome por encima del hombro.

—Todo el tiempo que el doctor Lane lo permita. —Habló lo suficientemente alto para poder escucharle, y yo estuve agradecido. Ellos estaban discutiendo sobre la duración de la visita. Miré hacia ella y traté de dejar claro en mi expresión amistosa que yo haría todo lo posible para que fuera el mayor tiempo posible.

—Por favor, llámame Albin —le corregí. Era bastante innecesario para ella usar mi apellido. Había estado durmiendo en mi casa durante tres meses, después de todo. Creo que ya sobrepasamos las formalidades. Vi cómo lo guiaba a la

mesa y...

La mirada de Maddox finalmente aterrizó en el pastel.

Me puse rígido en anticipación de su ira inminente.

Él le sonrió y se sentó en una silla.

Fruncí el ceño mirando hacia mis zapatos con un suspiro. Beth claramente caía en una norma separada que Austin y yo. Estuve brevemente frustrado y envidioso de que él pudiera celebrar con esta chica y que aún así su familia estuviera destinado a pasar por alto este tipo de ocasiones, mientras él se escondía en su habitación. ¿Habría sido tan horrible disfrutarlo, por lo menos para nuestro beneficio?

Y entonces cuando lo vi empezar a comer su comida y hablar con ella con una sonrisa grande que no había visto en años..., de nuevo recordé que Beth siempre caía bajo otro conjunto de reglas para Maddox. Me sorprendió cómo mi presencia fue de repente completamente olvidada. Le tomó la mano debajo de la mesa y la sostuvo. Hizo gemidos satisfechos que parecían hacer su sonrisa más amplia. Ella habló de su familia y amigos y cuando la hora del pastel llegó, yo estaba desconcertado por su capacidad de someter a Maddox a comer sin ningún tipo de resistencia.

La única vez que le había comprado un pastel, fue un completo desastre. Yo había pasado incontables horas en el teléfono con un decorador gourmet muy costoso para perfeccionar la decadente torta. Cuando la vio, parecía más bien disgustado por todo el gesto y se sentó en estado latente hasta que finalmente le permití a Austin comérsela por su cuenta.

Fue la última vez que le compré un pastel de cumpleaños.

Y ahora él estaba comiendo el de ella con una gran sonrisa y una gran cantidad de sonidos para atestiguar el hecho que estaba disfrutándolo.

Lo vi empujar el plato a un lado cuando terminó de comer. Se movieron más cerca uno del otro, con la cabeza situada casualmente en sus brazos encima de la mesa, mientras hablaban en susurros. Me sentí completamente ridículo teniendo que supervisar una exhibición tan inocente.

Pero aun así era necesario.

Supervisé su intercambio con variados sentimientos de temor, vergüenza y envidia. Yo estaba muy impresionado con su intimidad sin siquiera ser... íntimo. Un simple toque de sus manos era suficiente para hacer que ambos estuvieran visiblemente a gusto. Era bastante fascinante. Esto me hizo sentir avergonzado. Estar viéndolos tan de cerca y examinar su contacto era ridículo. Pero sobre todo me daba envidia.

Yo había visto esta versión de Maddox solo una vez antes. Hace años, en una habitación de hospital cuando nos conocimos. Cuando yo había decidido primero en llevarlo a mi casa y verlo crecer y florecer bajo mi cuidado. Mucho antes del día de hoy, cuando nuestra relación se había reducido a insultos mordaces y rencor desenfrenado, no era raro para mí ver esa sonrisa.

Supongo que él no era el único culpable. Había puesto demasiada fe en mi sabiduría en aquel entonces. Yo era devoto en mi creencia de que mi visión y tutoría del niño lo llevarían a la trayectoria ilustre a la que estaba destinado. Fui un tonto por no considerar su negativa a permitirlo hacerlo.

Había probado todos los métodos posibles para comunicarme con él. Pasé años tratando de romper la barrera entre lo que él me enseñaba, y lo que realmente le estaba molestando. Pasé mis días con colegas específicos obteniendo la información sobre las diversas técnicas para penetrar las defensas de los adolescentes profundamente traumatizados. Y no se necesitaba un profesional para entender que Maddox estaba, de hecho, profundamente traumatizado.

Todos me decían lo mismo cuando regresaba a ellos, sin obtener éxito en mis intentos de ganar su confianza. Se necesitaba tener paciencia.

Durante años me mantuve tan paciente como posiblemente podría permitir dadas las circunstancias. Pero entonces Beth Michaels se mudó a *Forks* y de pronto, Maddox dejó caer esa barrera. Me tomó mucho tiempo darme cuenta que siquiera eran cercanos, pero una vez que lo vi, sosteniéndola en el medio del piso del gimnasio de la escuela secundaria, yo solo lo supe.

Todo por su cuenta y sin ningún tipo de aproximaciones cuidadosas, él había encontrado por fin alguien en quien confiar. Y mientras los veía interactuar después del incidente, me di cuenta que había encontrado algo mucho mayor que un simple confidente.

Era un signo positivo, y a pesar que sentía una sensación de pesar por no poder ser esa persona, alenté la relación por mucho tiempo. Por todo el tiempo en que me fue posible.

Vi cómo se movían más cerca en la mesa del comedor. Beth estaba contándole un recuerdo de infancia que me hizo ahogar una risita. Daphne siempre había sido perfeccionista. No fue una sorpresa verla molesta por un castillo de arena destruido.

Pero empezaron a acercarse. Demasiado cerca. Y de repente, sus frentes se tocaban y yo estaba incómodo con su íntima proximidad en mi presencia.

—Creo que tal vez Beth debe ir a casa ahora. —Hablé con la voz menos

intrusiva que pude, y aun así pareció que asusté a la pobre chica que había fracasado por completo en darse cuenta que yo todavía estaba en la habitación. Sus labios se hundieron y se frunció al mirar hacia atrás y adelante entre Maddox y yo, y me sentí enojado con Beatrice, de nuevo. Ella me estaba volviendo el malo hoy.

Maddox estaba excepcionalmente perturbado mientras se enderezaba y se encontraba con mi mirada.

—¿Por qué? No estamos haciendo nada malo —Preguntó, claramente agitado y doloroso de la partida inminente.

Mi estómago se retorció en ansiedad al mirar hacia abajo a mis zapatos y rascarme la nuca.

—Por favor, Maddox. No hagas una escena —le supliqué. No ayudaría en nada hacer un espectáculo tan hostil enfrente de Beth. Me podría atacar una vez que ella estuviera segura en la puerta de al lado, y podría soportarlo, porque yo siempre lo hacía.

Pareció como si se estuviera preparando para desafiarme cuando Beth finalmente se puso de pie y lo desarmó con un beso en la sien y una bolsa de galletas.

Se movió para salir, así que le di una gran cantidad de espacio para salir cuando partió.

—Adiós doctor Lane. —Se fue arrastrando los pies por la puerta de entrada a la sala de estar y había abierto la boca para corregirle una vez más antes de darme cuenta que era inútil. Omitiría esto de mi conversación con Beatrice también.

Maddox se sentó en su silla durante mucho tiempo mientras yo me quedaba parado estoico, y completamente compungido por arruinar lo que estaba destinado a ser un día feliz para él. Había muchas cosas que quería decir mientras miraba la parte posterior de su cabeza. Quería decir feliz cumpleaños, pero se sentía ofensivo e irónico dadas las circunstancias. Quería decir que lo sentía y que haría todo lo posible para fomentar una nueva autorización de Beatrice, pero no quería verlo decepcionado cuando fallara. Así que me quedé en silencio y oré para que todavía me concediera el don de sus insultos mordaces, porque era en absoluto lo mejor que podía esperar.

Pero los insultos mordaces nunca llegaron, y yo eventualmente renuncié dejándolo solo en la habitación, mirando el pastel de cumpleaños, al que le faltaba la rodaja que había comido.

Outtake 5 La luz y la Oscuridad.

Janice Adler

El sueño no es un escape. Me susurraron mis pensamientos traidores al tiempo que miraba la parte posterior de mis párpados. La oscuridad con destellos afilados de colores que sobresalían de los bordes en pirotecnia díscolos bailaba delante de mi iris.

Esa era probablemente una mentira. Incluso si no fuera una mentira, no importaba. Era un escape para mí, y en las horas raras que era bendecida por la dicha vacía que creaba, yo estaba tranquila. Adormecida. No había mucho que esperar durante el día, pero eso era algo.

Necesitaba más de ello. Horas, o preferiblemente días, si era posible.

El chirrido incesante de un Arrendajo Azul¹ eufórico interrumpió mi sueño inquieto a las seis y media de la mañana. Era demasiado temprano para reunir la energía necesaria para espantar a la criatura estúpida de su percha detrás de la ventana manchada, así que en su lugar elevé a ciegas una mano débil a mi lado y puse la almohada arrugada sobre mi oreja con un gemido ronco.

La almohada olía a moho y a alcohol rancio. Empujé mi nariz más profundamente y respiré con resentimiento... reverentemente. El moho era impúdico, pero el olor de la ambrosia del licor era más que suficiente para que fuera soportable.

Eso *era* un escape. Incluso yo no era tan estúpida como para negarlo. Aunque la negación no fuera algo que mereciera o buscara. La verdad de mi Oscuridad me infectaba diariamente, arrastrándose en lo más profundo de mi ser y hundiéndome cada vez más. Hacía mucho tiempo que dejé de luchar contra su atracción; eligiendo adormecerme con licor y sueño. Esperando.

Pero ahora había despertado de nuevo. Sola en mi cama descuidada con el hedor familiar de mi existencia y los sonidos de la vida fuera de la ventana de mi apartamento. Burlándose. Empujé la almohada más profundamente en mi cara, preparándome a la vez que mi mano creaba un puño débil en el material grumoso. Yo sabía que los recuerdos me asaltarían como hacían todas las mañanas cuando me despertaba. Sobria.

Vinieron en breves y afilados destellos, apreté mis ojos cerrados y empujé la almohada contra mi cara con todo lo que permitió mi fuerza mínima.

Regaliz y menta. Pana y terciopelo. Flores Dalia y sonrisas lobunas. Mocasines marrones y cabello sedoso. El tintineo suave de metal. Frescas cortinas de lino ondulantes adornadas con encajes. Luz del sol y risa. Algodón

blanco sucio y susurros excitados. Manos fangosas. Cabello bronce. Ojos verdes.

Yo estaba enferma de nuevo. Me apiñé sobre el inodoro de porcelana manchada sin vomitar nada en el recipiente oscuro. Arcadas secas. Ni siquiera bilis. No había comida. Ni líquido. Nada.

Yo estaba vacía.

No me miré al espejo cuando me levanté. Nunca lo hacía. Jamás pude. En cambio me puse una gran gabardina marrón que serviría como mi barrera para el poco tiempo que lo requeriría. No había ninguna razón para vestirse. Nunca estaba desnuda.

Mi cabeza me dolía, un rotundo silbido pulsando a través de mis oídos mientras me tambaleaba por el pasillo del apartamento oscuro en forma descuidada. El hedor estaba en todas partes. Había pequeñas grietas cuando pasé la cocina, toda sucia. El olor húmedo rodeaba el aire en algo que únicamente podía ser descrito como la muerte. Todo este lugar apestaba a ello. Penetrando dentro de los poros de las paredes desconchadas y la tela áspera de la alfombra que conducía a la sala de estar sin uso.

Por supuesto que no se utilizaba. Estaba destinada para los vivos, ¿no era así?

Cuando mi pálida mano giró el pomo de la puerta y la abrió, siseé, apartando la cara lejos de la luz brillante del cielo naranja y rosado matutino. Entrecerré los ojos, moviendo mi cara hacia la luz para ajustarme.

Hacía calor fuera y había un olor claramente familiar en el aire cuando caminé por la acera con mi rostro hundido hacia abajo. Esos dos hechos eran mis únicas pistas en mi estimación de la actual temporada. Verano en *Chicago*. No podía recordar la fecha porque nunca llevaba la cuenta. El tiempo era desagradable y cada vez se volvía más ilógico tomarlo en cuenta.

Hice mi recorrido hacia la tienda de la esquina en Setenta y Cinco y Lexington, la ruta diaria familiar me saludó sin emoción a la vez que la miraba sin ver. Pocas personas deambulaban por las calles que pasaba; algunos en sus porches esperando por taxis, y algunos pasándome con desinterés.

Una familia de cuatro salió de un taxi mientras me acercaba a la tienda familiar, por lo que detuve mi mano cerniéndose sobre el mango de metal. Primero surgieron una mujer y una niña. Eran similares con el cabello rojo y ojos azules. Madre e hija, agarrándose de la mano y apartándose para que los otros dos salieran. Había un hombre, asumí que era el padre, con unas cómicas entradas en el cabello y una camisa de un amarillo repulsivo que se asemejaba al color del vomito envejecido.

El hombre pareció enfurecido cuando agarró la muñeca de su niño y lo ayudaba a salir del vehículo.

—¿Qué te dije sobre responderme de vuelta? —Le preguntó con rabia al chico.

El chico simplemente lo miró con una expresión bastante aburrida, que pareció alimentar el disgusto de su padre. El joven no podía tener más de ocho años. Su cabello era del mismo color de sus padres. Rubio oscuro como si cayera sobre su cuero cabelludo sin fuerzas. Si sus genes servían de alguna indicación, sería mejor que lo disfrutara mientras pudiera.

Se suponía que debía ser una pregunta retórica. Incluso el muchacho lo comprendió cuando se encogió de hombros sin convicción y se volvió hacia su madre. Ellos no se veían felices. La madre parecía agotada y desasosegada mientras el hombre pagaba al taxista y elevaba la muñeca sujeta del muchacho, arrastrándolo a la tienda con siseos bajos y enfurecidos con un borde de amenaza. El chico no pareció importarle lo que su padre estaba diciendo.

Él no se parecía a nada a...

Papel y pasta. Risa hasta hacerte llorar y cosquillas enérgicas. Plumas y reflejos dorados. Pasos y carcajadas. Tarareos y dedos calientes. Suave y dulce. Cabello bronce. Ojos verdes.

Cerré mi palma dolorosamente en un puño alrededor de la manija de metal, sacudiendo la puerta hasta abrirla con la campana tintineante destinada a alertar a los empleados dentro de mi entrada resonando contra la puerta grande.

No era necesario en mi caso. Sabían cuándo esperarme todos los días. Yo era tan puntual como el Arrendajo Azul eufórico fuera de mi ventana sucia era fiable. Elegí mi veneno del estante, la botella habitual que probablemente duraría solo cinco horas. Me pregunté si debería comprar una extra al tiempo que miraba fijamente el estante abastecido con anhelo. La escena de la familia sin duda haría que este día fuera peor que ayer.

Compré dos. Pagando en silencio mientras la mujer anciana y curtida detrás del mostrador me miraba de lado y me entregaba el cambio. Nunca hablábamos, y yo fingía no ver la pena en sus ojos cuando me daba la vuelta para salir de la tienda con mis tesoros en mis manos. Su piedad era algo que ni merecía ni buscaba. La lástima y negación eran extrañamente similares de esa forma.

Volví a casa a ciegas, mi recuerdo del camino habitual estaba nítido y claro a pesar de la fatiga de mi cuerpo debajo de mis pasos frágiles. La puerta de la casa estaba abierta, y se abrió con facilidad, pero mis manos temblaban cuando empujé. Temblando cuando me encontré de nuevo con el hedor de mi realidad.

Me fui a mi cama, y había serenidad en la forma en que me estaba esperando cuando llegué. El colchón sucio y las sábanas arrugadas me atrajeron a la rutina diaria mientras me quitaba el abrigo y me hundía en el colchón chirriante en el centro de la habitación.

El Arrendajo Azul había huido hace mucho tiempo. Siempre lo hacía para el momento en que regresaba.

Mis manos temblorosas sacaron mi consuelo de la bolsa de papel marrón y arrugado. Me lamí los labios en anticipación, buscando quitar la tapa con la mínima cantidad de fuerza que la necesidad me proporcionaba.

Estaba cálido cuando se deslizó por mi garganta. Amargo en la forma más dulce cuando tiré mi cabeza hacia atrás y tomé tanto de él como podía sin asfixiante. Era asqueroso y despreciable, pero también lo era yo. Pertenecíamos juntos mientras me dejaba llevar por el lento adormecimiento que ansiaba.

Tomaba más y más tiempo llevarme a la comodidad de su embriaguez cuando me relajaba en la comodidad del colchón duro, pero valía la pena. Este era el momento en el que podía recordarlo todo con una pizca de paz. En contra de mi voluntad, la visión de la familia en la calle volvió a mí.

Era irritante.

Porque ninguno de ellos se veía feliz, y ninguno de ellos se daba cuenta de lo que estaban tomando por sentado. Veía lo mismo cada día que hacía el viaje a la tienda de la esquina entre la Setenta y Cinco y Lexington. Las madres y los padres no se tomaban el tiempo para apreciar realmente sus bendiciones. Ellos discutían y peleaban y eran infieles en callejones oscuros y asientos traseros sin mostrar ningún signo de remordimiento mientras rompían sus familias.

Tuve mi oportunidad una vez. Con un hombre gallardo con una sonrisa arrebatadora que aplastó mis miedos y me elevó para superar las pequeñas diferencias que nos separaban. No era el ideal de cualquier mujer contraer matrimonio a los dieciocho años; y tener un hijo a los veintitrés. Pero éramos Maddox y yo porque supimos desde la primera que nos vimos en la fiesta en *Cleveland* que estábamos pertenecíamos el uno con el otro. Entrelazados e inseparables desde el primer segundo del primer día de la primera semana del primer año de nuestro felices para siempre.

A veces, si bebía lo suficiente para perder las funciones motoras, todavía podía oler su aroma persistente en el aire viciado de la vivienda deteriorada de alquiler. Regaliz y menta y lluvia cálida. Olía como un hogar.

Olía como devastación. Como el final de mi voluntad de vivir porque se había ido, y yo nunca lo olería de nuevo a menos que estuviera así. Borracha y

completamente inútil.

Teníamos planes, esperanzas y sueños. Una cabaña en el bosque apostada en el oeste de la ciudad donde podríamos escapar. Unas vacaciones a *Francia* y un paseo por el muelle del río, mientras el sol se ponía detrás de las nubes de París. Me reiría y me lanzaría sobre sus brazos cuando él lo mencionara. Maddox era un romántico empedernido. Él era romántico conmigo todo el tiempo. Envolviéndome alrededor de su dedo con un destello de su sonrisa deslumbrante, y un toque de sus labios suaves.

Él lo era todo. La gravedad que plantaba mis pies en el piso de nuestra casa cuando trabajaba todo el día. Yo lo esperaba con impaciencia, a veces perdiendo la batalla contra mi voluntad y llevándole el almuerzo como un gesto espontáneo. Por supuesto, a él le encantaba, siempre me daba la bienvenida con los brazos abiertos cuando saltaba en ellos con entusiasmo. La separación nunca fue fácil para nosotros, así que incluso una hora de almuerzo en un banco del parque con él a mi lado era suficiente para hacerme querer desear que durara para siempre en ese momento.

Él me dio la vida y Luz brillante en el vacío Oscuro que ni siquiera sabía que existía. Todavía recuerdo con perfecta claridad el día en que nos enteramos que estaba embarazada. Nuestras familias y amigos estaban consternados, insistiendo que éramos demasiado jóvenes, o demasiados prometedores para contemplar dicha noción. Nos reímos y pasamos la noche solos. Su gran mano cálida apoyada sobre mi desnudo vientre, aún plano, y su cabeza en mi pecho. *Él* estaba absolutamente extático.

Pasé los dedos por su cabello oscuro mientras seguíamos tumbados en la cama en la noche.

—¿Qué preferirías? —Le pregunté, en referencia al sexo de un niño.

Su cuerpo se estremeció con una risa silenciosa que reverberó hasta mis dedos donde nuestros pies estaban tan entrelazados como nuestros corazones.

—No me importa —respondió con una sonrisa en su voz.

A él no le importaba. Niño o niña, el bebé era producto de nuestro amor y devoción. Un ser perfecto que nuestros corazones habían creado hace mucho tiempo, y que se acurrucaba y crecía dentro de mi vientre. Fueron los más felices nueve meses de miseria que uno podría esperar experimentar.

Yo fui quien eligió su nombre. Maddox Senior insistió en que era anticuado y detestaba la idea de las burlas que nuestro hijo podría sufrir por tener algo tan tradicional, como lo había sufrido él cuando fue niño. Pero se llamaría Maddox. A mí me parecía un Maddox. Como si fuera la mitad de Maddox y la mitad de

mí, y la encarnación completa de una creación insondable.

Maddox era la perfección.

Él *era* la Luz que Maddox brilló en mi alma. Irradiaba vida e inocencia con sus brillantes ojos verdes y cabello bronce alborotado. Todo lo que tenía que hacer era sonreír y Maddox y yo estábamos inclinados a darle lo que quisiera. No que él alguna vez se aprovechara de eso. Incluso como un niño pequeño mostraba una increíble cantidad de preocupación e integridad.

Esa era la cosa sobre mi Maddox. Él tenía un corazón más grande de lo que él sabía. Era avisado e ingenioso y podía llegar a cualquier parte en este mundo con sus increíbles dotes de inteligencia y compasión. Era Maddox y yo multiplicados hasta el infinito.

Toda madre debía tener tales nociones con respecto a su hijo, pero era diferente con Maddox y yo. Éramos más cercanos que otros, conectados en la noche mientras lo mecía con cariño y le tarareaba la misma vieja nana que mi madre me tarareaba cuando yo era solo una niña.

Le dimos solo lo mejor. La mejor educación, la mejor ropa, los mejores lecciones de música, lo mejor de... todo. Porque él no merecía menos. Y dándole esas cosas nos hacía sentir felices y contentos. Una familia feliz.

Así que en esa noche ventosa de mayo cuando recibí la llamada sobre el incendio de la casa, mi mundo se vino abajo a mí alrededor.

Quería gritar cuando me paré fuera de las ruinas ardientes de nuestro hogar feliz. Pero ningún sonido escapó de mis labios y yo simplemente me hundí hasta mis rodillas en la grava oscura de la carretera. Había luces intermitentes y sirenas mientras las personas corrían por nuestro césped. Pero lo único que pude hacer fue mirar todo lo que amaba incendiarse y elevarse hacia el cielo oscuro.

Era nuestro aniversario.

Quería llorar, pero no tenía idea si las lágrimas de alguna manera lograron escapar de mis ojos ampliados, aterrorizados y asolados. La Oscuridad que el peso de la pena trajo sobre mi alma amenazó con hundirme y jamás liberarme. Y le di la bienvenida a la paz de su alivio al sentir que el hilo que me sostenía en este mundo se cortaba irrevocablemente. Me derrumbé en el suelo duro y vi a mi familia feliz arder en llamas.

Fue entonces cuando lo vi. Un bombero alto usando un traje amarillo lleno de hollín corrió desde el patio con un niño en sus brazos. No *un* niño. *Mi Luz*. Mi Maddox. Él había sobrevivido al fuego que ardía enfebrecido ante mí.

Fue en ese momento que vi sus pies negros y descalzos colgando contra el fondo de la casa en llamas que supe que tenía que bloquearlo. Sin importar lo

imposible que pudiera parecer, tenía que controlar el dolor por él. Tenía que levantarme y caminar hacia la camilla en la que estaban colocando su cuerpo.

Él estaba apenas consciente mientras yacía en sus pijamas chamuscada. Estaba quemada en la parte de su pecho y estómago, y la visión de la carne quemada que estaba derritiéndose y creando ampollas en su piel suave e inocente me hizo tener arcadas violentamente al lado de la ambulancia estacionada.

Las personas estaban hablándome a la vez que luchaba por recuperar el control de mis funciones corporales y acercarme, pero no los oí. Lo único visible para mí era la cara tiznada y manchada por lágrimas de Maddox y sus mechones bronce quemados mientras lo llevaban a la parte trasera de la ambulancia.

Fui con él. Y no porque me lo dijeran, o pidieran, y ni siquiera porque necesitaba saber si estaba bien, aunque ese instinto seguramente estaba presente en mi mente. Fui con él para tararearlo a dormir cuando lo sedaron. Le acaricié el cabello lleno de cenizas y mantuve mis ojos apartados de las ministraciones de los paramédicos mientras lo arrullaba en la inconsciencia por los sedantes.

A medida que trabajaban en él detrás de las puertas cerradas de una sala de triaje, las autoridades me transmitieron la historia del incendio y el destino de mi marido. Me dieron los detalles más truculentos respecto a la condición de sus restos carbonizados. Detalles que nunca olvidaría y perseguirán mis recuerdos en los años venideros.

Maddox estuvo en el hospital solo por dos noches, y yo realmente deseaba poder decir que el trabajo de cuidar de él fue suficiente para mantener mi mente ocupada y lejos de la gran pena de perder a mi esposo y compañero del alma. Pero todavía estaba allí. Luché para bloquearlo y alejarlo con cada onza de control que tenía a medida que atendía a mi Luz, pero todavía se hinchaba dentro de mí y me amenazaba con hundirme en la Oscuridad de mi desesperanza.

Mi Maddox sufrió mucho por ello. Debía cuidar de él y curar sus heridas, ya fueran físicas o emocionales. Pero mis propias heridas nos lastimaban, y yo estaba incapacitada cada vez que la Oscuridad se deslizaba en mi mente y veía a sus ojos verdes vacíos.

No pasó mucho tiempo antes que me diera cuenta que este dolor era inevitable. Que comería mi alma por tiempo indefinido; hundiéndome y transformándome en una cáscara rota que apenas podría funcionar por el peso del mismo. Me desgarraría hasta salir a la superficie e infectaría a todos los que quería mientras ellos hacían todo lo posible para salvarme. Los destruiría cada momento que siguiera hundida.

Maddox crecería viéndome sufrir, y él sufriría también. Pasaría su infancia

cuidando de su madre rota y viendo los restos de lo que ella había sido resbalarse lejos de sus manos. Le rompería y apagaría esa chispa que tanto amaba.

Y yo me negaba por completo en dejar que la Oscuridad se llevara la Luz. Él era demasiado especial y demasiado puro para permitir que tal blasfemia lo profanara.

Fue en el funeral en que me decidí. Bajé la cabeza sobre el ataúd de mi marido y me juré que haría todo lo que estuviese a mi alcance para asegurar que Maddox tuviera la mejor oportunidad de un futuro feliz. La única manera de hacer dicho voto fue con hacer un sacrificio. Enviarlo a alguien mejor. Con alguien que no pudiera envenenarlo.

Esa noche, dormimos en la gran casa de campo de los padres de Ed. Yo no le había tarareado a Maddox para dormir como solía hacer y él bajó las escaleras, probablemente buscándome mientras yo seguía sentada en la mesa de la cocina y ahogando mi dolor en el vodka rancio del gabinete de licor que nunca había sido utilizado de la casa de los Adler.

Fue una tortura negarle a mi hijo esta última cosa. Tenerlo en mis brazos y tararearle mi canción y ver como se dormía plácidamente. Pero yo sabía que si subía las escaleras con él y lo cargaba no sería capaz de dejarle ir. Así que me quedé donde estaba sentada mientras se lo decía, sin mirarlo a los ojos por temor a que el dolor se mostrara y la Oscuridad penetrara y profanara mi Luz.

Cuando las palabras salieron de mi boca sin dejar de mirar a mi copa, me di cuenta que él necesitaría consuelo por esto. Él no entendería la lógica y el sacrificio que estaba haciendo, y se sentiría lastimado por ello. Me enfureció no poder ser la persona que aliviaría ese dolor en él. Tenía la esperanza que se desvanecería con el tiempo. Y oré a cualquier Dios que fuera que adoraba que su nueva familia lo arreglara y le diera el hogar feliz que yo ya no podía proporcionarle.

Hice los arreglos antes que los Adler pudieran siquiera descubrirlo. Ellos querrían tenerlo para sí, y eso no era lo suficientemente bueno. Yo todavía sabría dónde estaba, y el anhelo de verlo todos los días sería demasiado fuerte para poder resistirlo. Y lo más importante, ellos se enfrentaban a su propia Oscuridad por la pérdida de su hijo. No era lo *suficientemente bueno* para él.

Una vez que se lo llevaron los trabajadores sociales del estado, me fui de la casa sin decirle nada a la pareja anciana que estaba sufriendo su propio duelo. No podría soportar la acusación en sus ojos mientras me alejaba del país en mi auto, sola.

Dejé que el bullicio de la ciudad me escondiera mientras me quedaba en

varias habitaciones de motel en mal estado. Siempre con el único objeto que me concedía el entumecimiento para enfrentar la Oscuridad, y llevarla dentro de mí por completo. Yo estaba bebiendo con propósito e intención cada día que hice un viaje a una tienda de la esquina o un concurrido mercado.

Había pensado en el suicidio muchas noches solitarias mientras yacía en una confortable cama incómoda. La necesidad de hacerlo era a veces abrumadora. Solo por la idea de poder volver a verlo.

No sabía si podía considerarme una mujer profundamente religiosa. Pero mi familia me había criado con ciertas creencias y costumbres que acaté fielmente. No estaba muy segura de que si existiera un cielo, sería siquiera admitida en un lugar así. Pero Maddox y yo éramos dos partes de un todo, y yo sabía en mi corazón que me gustaría ir donde él estuviese. Me estaba esperando en algún lugar, y yo estaba lista para encontrarme con él.

Pocas cosas me retenían aquí. Mayormente el miedo. El miedo que no hacerlo bien, y que terminaría herida y siendo atendida en algún hospital de segunda en la parte mala de la ciudad. También existía el temor de que tal pecado me desterrara del cielo. Yo no era muy religiosa, pero no quería correr ningún riesgo en lo que se refería a Ed.

Así que bebía hasta el estupor diariamente, y si Dios se veía obligado a explorar la semántica de mis intenciones y acciones, él podría haber pensado que de igual manera era un suicidio. Por supuesto, a pesar que sabía que no debía hacerlo, no podía encontrar la fuerza para rechazar beberme una botella con avidez y darle la bienvenida a la Oscuridad.

Esos eran los momentos de la noche, cuando la Oscuridad había consumido mi propia fibra, que permitía que mis pensamientos se desviaran a mi Luz. Me preguntaba dónde estaba Maddox y cómo le estaría yendo. Si sus calificaciones eran buenas, y cómo era la pareja que lo estaba cuidando. Me pregunté si alguna vez le llegaron a gustar los deportes cuando cumplió la edad necesaria, o si aún seguía teniendo sus clases de piano.

Más que todo, me pregunté si era feliz. Oré por ello, lo anhelaba, rogando a la Oscuridad sin descanso por ello. Me permití tener grandes ilusiones sobre sus rutinas y hábitos diarios normales. Me imaginé que estaba en algún lugar sonriendo en ese momento exacto, y eso siempre hacía que el sueño en que la Oscuridad me sumía fuera mucho más pacífico.

Por supuesto, no tenía forma de saberlo en verdad. No podía contar el número de veces que tuve que contenerme para no buscar su ubicación exacta. Razonaba en que solo necesitaría verlo a la cara una vez, o tener un segundo para escuchar

su voz. Solo un vistazo para ver cuánto había crecido, o qué partes de Maddox habían aparecido con sus características ya maduras. Él seguramente sería igual de gallardo, tal vez más.

Sin embargo, seguí cumpliendo mi voto al pasar de los años, y nunca me desvié de la ruta que la Oscuridad inevitablemente forzaba y me empujaba a diario. No podía hacer tal cosa y no cometer semejante traición.

Mi Maddox tendría diecisiete años esta noche. Yo jamás llevaba la cuenta del tiempo o las fechas, pero siempre me aseguraba de darme cuenta de cuando se estaba convirtiendo en un hombre. Y mientras seguía acostada en mi cama con la Oscuridad acercándose y retándome para arrastrarme y hundirme en mi glorioso vacío, me imaginé que él se estaba riendo y brillaba como la luna de plata que suavemente iluminada las paredes desconchadas de mi olvido postigo y húmedo.

Mi sueño me saludó con esa misma visión magnífica que trascendía a mi Oscuridad lo suficiente para permitirme una pequeña sonrisa mientras la botella vacía caía de mi mano y rebotaba en la alfombra sucia con un golpe suave.

Porque en algún lugar del mundo, mi Luz estaba brillando entre las estrellas titilantes de la clara medianoche de mayo.

1 El arrendajo azul o urraca azul (*Cyanocitta cristata*) es un córvido norteamericano. Su plumaje es predominantemente azul de medio cuerpo para arriba, de la cabeza a la cola. Tiene una cresta pronunciada. El color cambia a negro, celeste y con listas blancas en las rémiges y las caudales. El canto se parece al de otros córvidos en que es muy variado, pero el sonido más común es la voz de alarma, que es un grito ruidoso, casi como el de una gaviota. También emiten un agudo *yaie-yaie*, cuya frecuencia aumenta a medida que el ave se excita.

Outtake 6: Dragones Trágicos. Un vistazo al pasado de Maddox.

Maddox

No hay peor verde que el verde del hospital. Especialmente en este particular hospital (de mierda). Jalé la manta rígida alrededor de mi cuello y arrugué la nariz por ello a la vez que me tragaba las nauseas. Odiaba este jodido lugar. Mi habitación era pequeña pero por suerte era privada, y no tenía que compartir una con los chicos enfermos y llenos de gérmenes. De hecho, esta era la mayor cantidad de tiempo que había pasado sin niños en años. Los dueños del «hogar» en que actualmente vivía de alguna manera habían logrado convencer al Estado que eran perfectamente capaces de cuidar diez niños.

Resoplé ante la idea del monstruoso cheque que recibían mensualmente, pero se convirtió en un ataque de tos que me obligó a enderezarme para que mis pulmones lucharan contra la sustancia invasora de la gripe. Cuando por fin pude controlarme volví a acostarme sobre la arrugada almohada y alcancé el control remoto del televisor. Empecé a cambiar los canales sin ningún interés. Era seriamente patético cómo deseaba el ajetreo y bullicio del patio de la escuela pública en contraposición a esta sala. Estaba relajado y había escondido cómodamente mi familiar y esponjoso dragón debajo de mi brazo libre. Era muy puñeteramente esponjoso y lindo para cualquier respetable niño de trece años como para aferrarse a él, pero no podía soportar estar separado de ese cabrón.

Me lo dieron el primer día que entré al sistema de crianza. Mi trabajadora social estaba luchando para hacerme sonreír cuando me llevó a mi primera vivienda, pero yo estaba demasiado roto y hueco para conseguir esbozar alguna. Ella lo intentó todo. Comida rápida, salones recreativos, helados de chocolate, incluso películas sangrientas.

Cuando llegamos a la pequeña casa donde iba a vivir, ella buscó en su asiento trasero y lo sacó para mí mientras yo recorría la casa por primera vez.

Siempre me devolvía a ese doloroso y lejano recuerdo, pero lo guardaba a mi lado como recordatorio cada vez que intentaba dormir. *Nunca te apegues.*

Había sido golpeado tan duro por ello que me había resignado a esconderlo bajo las mantas y en el fondo de las maletas, pero nunca lo deje ir. Le había dado incluso un apodo ridículamente embarazoso que jamás admitiría. Y mientras me sentaba en mi cutre cama de hospital, expectorando baldes de flema, decidí que podría admitirlo... si pudiera salir de este maldito infierno.

Por el otro lado, me sentía mejor. La tos todavía era una hija de puta, pero era mejor que la fiebre y los escalofríos que recién habían disminuido esta mañana.

Me sentía... mejor. No bien, solo mejor.

Dejé de darle al botón de cambio del control remoto cuando vi a Oprah, y vi como hablaba de los suicidios de las amas de casa por veinte minutos e hice mi mejor esfuerzo en sentirme cómodo en la cama eléctrica, que como era de esperar, no funcionaba. Al parecer las deudas que las amas de casa habían adquirido en sus flácidos matrimonios las tenían un poco deprimidas. Fruncí el ceño burlonamente y puse mis ojos en blanco. *Qué horrible existencia.*

Escuché el familiar sonido de pequeños pasos detrás de mi puerta y rápidamente quité el canal hasta que estuve seguro que no entrarían en mi habitación. Porque... jodido Cristo... si Jordan se daba cuenta de esta mierda, nunca viviría para contarlo. Iría por toda la casa diciéndoles a todos que pasaba mi día viendo a Oprah-jodida-Winfrey y probablemente tendría que volver a encerrar su culo en el armario. Sonreí ante ese pensamiento. Ese pequeño pendejo era el niño de seis años más lindo con el que hubies vivido.

Él era también fastidioso hasta el infinito, y me visitaba con demasiada frecuencia.

Diez minutos después escuché otro par de pasos. Pero era un par que conocía. Mayor. Refinado. El *doctor Lane*.

Me senté de forma manual, porque este maldito hospital carecía de los fondos para arreglar sus malditas camas y le esperé mientras estaba fuera de la puerta, probablemente revisando mi historia con su buen ojo. Sonreí de nuevo, ligeramente orgulloso de que finalmente estuviese mejorando, aunque yo no mereciera ningún crédito por ello.

Él entró a la habitación como lo hacía usualmente, con un ligero golpe y una demora de tres segundos antes de abrir la puerta y caminar dentro con una sonrisa. Llevaba la misma chaqueta blanca de laboratorio que lo hacía lucir limpio y estéril, con su pantalón caqui y zapatos negros brillantes. Siempre se veía muy bien peinado y emitía un aire de calma que lo hacía perfecto para su profesión.

—Bien, bien, bien... —murmuró acercándose con mi historial en su mano—. ¿Te sientes mejor hoy? —Preguntó, con una pizca de satisfacción en su voz a la vez que miraba la carpeta en su mano y garabateaba algo con rapidez.

Me encogí de hombros contra la almohada que había colocado contra la pared y crucé mis pies debajo de las cobijas.

—Peor que normal, pero mejor que la mierda —Contesté con una sonrisa irónica, ganándome una sonora risa por parte del doctor Lane que hizo por fin contacto visual conmigo.

—Uhhmm... —reflexionó en silencio con las cejas fruncidas dramáticamente—. Asegúrate de escribir eso en mi evaluación cuando te vayas. —Sonrió removiendo el estetoscopio de su cuello y colocándolo en sus oídos—. Mis superiores adorarían eso. —Sus cejas se elevaron y su mano se elevó fingiendo escribir en el aire—. Estimados superiores, su personal médico calificado ha logrado hacerme sentir... mejor que la mierda. —Sonrió, y yo solo pude reír, porque en realidad, no era común escuchar algún comentario de ese estilo salir de su boca.

Puso el metal frío del estetoscopio en mi espalda y empezó con la rutina normal. "Inhala, Exhala", antes de finalmente apartarse y regresar a la historia al lado de mi cama. Miré con fascinación como garabateaba sus hallazgos en tinta negra.

El doctor Lane me fascinaba. Y no lograba determinar por qué. Tal vez fuera por cómo se salía de su rutina para hacerme compañía durante las noches. Él siempre venía entre turnos y jugaba a las cartas conmigo, como una jodida versión estirada de *Patch Adams* o alguna mierda así. Normalmente ese tipo de cosas me exasperaban, pero él era diferente.

No me trataba como un chico de un caso de caridad cuando me hacía compañía. Siempre me involucraba en intrigantes conversaciones acerca de todo. Literatura, música, incluso política. ¿A qué clase de adulto le valía una mierda la opinión de un niño sobre política? Pero siempre parecía genuinamente interesado; ofreciendo sus propios pensamientos y opiniones, al mismo tiempo que usualmente perdía en nuestros juegos de cartas. Me parecía algo intencional, pero nunca lo mencionaba. Porque jamás nadie me había dejado ganar antes. Todos los chicos en el «hogar» tenían la misma mentalidad.

Supervivencia del más apto.

Ellos eran totalmente carentes de compasión para cuando alcanzaban los quince años. Ese era el motivo porque me gustaba tanto Jordan. Él no había pasado el tiempo suficiente en el sistema para volverse hastiado y cínico con todo. Aún conservaba esa chispa en sus ojos que brillaban de genuina emoción e inocencia vulnerable. No estaba endurecido. Pero lo estaría.

El doctor Lane me sacó de mis pensamientos, cuando rodó un taburete a través de la habitación para verme desde la encimera al otro lado de la habitación. Tenía una expresión extraña en su rostro. Había un poco de precaución en sus brillantes ojos azules cuando se encontraron con los míos, pero también había una punzada poco característica de ansiedad, y pasó su mano a través de su cabello en un gesto que demostró claramente nerviosismo.

Enarqué una ceja ante su anormal comportamiento. Él siempre era tan sereno. Excepto, recordé de repente, esa tarde hace cinco días cuando puso a la perra del hogar de acogida en su lugar. La fiebre había alterado mis recuerdos en su mayoría y se volvían incluso más confusos por la falta de sueño a la que me había acostumbrado en los últimos cinco años. Pero ese recuerdo en específico destacaba prominentemente.

Su estado de ánimo había cambiado ligeramente desde esa tarde; pero me di cuenta que estaba tratando de ocultar algo que le molestaba. No podía imaginarme qué sería. Yo estaba acostumbrado a esa mierda. Sin embargo, a lo que no estaba acostumbrado era a tener gente que me defendiera. Me habría enojado, pero me sentía muy enfermo y débil para oponerme a su indignación en mi nombre.

Y ahora me sentía un poco avergonzado sobre todo el asunto. No era porque necesitara su protección o algo así, aunque eso no ayudaba en absoluto a mi orgullo. Me daba vergüenza que él hubiese visto esa parte de mi mundo. Tenía miedo que pensara mal de mí y me viera como lo que realmente era. Solo una cagada de chico de acogida que mantenían cerca por el cheque mensual del gobierno.

Pero él regresó esa noche y jugó a las cartas como si nada hubiese ocurrido. Y a pesar que aún podía ver un destello de furia silenciosa en sus ojos de vez en cuando, me rehusaba a creer que guardase relación con esa tarde.

Me estaba carcomiendo un poco mi cabeza por él, porque no decía nada y solo me miraba para la mierda con esos intensos y penetrantes ojos y... me hacía sentir incomodo.

En ese instante su rostro colapsó en una expresión a la vez agonizante y atribulada que hizo que mi estomago subiera hasta mi garganta. No era exactamente la cara más reconfortante de ver en la persona que se había vuelto... en una especie de amigo.

—Serás dado de alta en tres días —me informó con una tensa y extraña voz. El tacón de su mocasín comenzó a sonar en el piso mientras hacía saltar su rodilla. Asentí lentamente. Estaba jodidamente emocionado por eso, pero él no pareció compartir mi entusiasmo por la libertad.

Sus mejillas se hincharon repentinamente a la vez que sostenía su aliento y bajaba un poco la cabeza. Un suspiro se mezcló con las palabras cuando expulsó el aliento de sus labios.

—Me preguntaba si te interesaría venir a quedarte conmigo —habló precipitadamente mientras su talón rebotaba en el suelo.

Me quedé mirándolo sin expresión y sin comprender por unos segundos, antes que finalmente pudiese procesar sus palabras.

—¿Ah? —Pregunté desconcertado con mi mandíbula colgando, ligeramente descolocada.

Él suspiró nuevamente y finalmente levantó la cara para encontrarse con mi mirada.

—No puedes regresar con esa gente horrible, Maddox. —Metió sus manos en los bolsillos de su chaqueta limpia y noté de nuevo un destello de furia en sus ojos, antes que siguiera con su diatriba—: Ellos te usaran y derrocharan cada trocito de tu potencial hasta que no seas más que una estadística en el noticiero, y yo... —se detuvo abruptamente inhalando profundamente, aparentemente calmándose a sí mismo. Una vez más me debatí entre el temor y la vergüenza que abarcaba toda la situación. Él sí vio mi yo real. Solo que vio la distante posibilidad de mi futuro, y no la persona en la que me había convertido.

Me reí sin humor y me incliné sobre mi almohada enfocando mi atención en Oprah de nuevo.

—No tiene que preocuparse por mí, doctor Lane. —Moví mi mano en un gesto desdeñoso—. Puedo cuidar de mí mismo. Siempre lo he hecho. —Mis palabras salieron mucho más amargas de lo que pretendía al principio, y supe cuando lo miré de reojo que se dio cuenta que el proceso había empezado en mí.

Entonces estaba enojado conmigo mismo, y quizás un poco con él. No quería ser el caso de caridad que nunca pensé que era para él. Y esto se sentía mucho como eso para mi comodidad. En un minuto, toda nuestra dinámica de iguales cambió a una de un adulto y un niño. Mantuve mis ojos en Oprah mientras su taburete rodaba ruidosamente al lado de mi cama, y luché por retraer la mueca junto con la arcada que se estaba formando.

—¿Maddox? —Me llamó suavemente cuando la siguiente ama de casa en Oprah finalmente rompía en llanto—. No estoy pidiendo que me respondas de inmediato. —Su mano se elevó para cubrir la mía en la manta a mi lado y la aparté.

Entonces me debatí entre estar conmovido profundamente por una demostración de afecto que rara vez recibía o estar seriamente aterrorizado. No sabía quién era este hombre en verdad. Pasé tiempo con él en las noches cuando me rehusaba a dormir o aceptar los sedantes, pero... *realmente* no lo conocía. Y ahora él me estaba pidiendo que fuera a su casa... y me tocaba fuera de los límites de la relación médico-paciente.

Pasé un difícil momento determinando si mi paranoia estaba justamente

fundada, o simplemente surgía de años de convivencia con los niños que habían sido lanzados a hogares con gente buena; que resultaron luego ser engañosas y amenazantes. Sus historias de terror nocturno susurradas en la oscuridad silenciosa de los dormitorios, me habían vuelto vigilante a contactos afectuosos como ese.

Él no pareció sentirse ofendido con mi incomodidad.

—Tengo un hijo de tu edad, ¿sabes? —Preguntó con una voz que no era defensiva, sino de mera información, como en un intento por aplacar mis sospechas.

Lo miré con curiosidad porque no sabía que tenía una familia.

—¿Eres casado? —Inquirí tranquilamente, más como una declaración que como una pregunta, a la vez que buscaba en la mano sobre mi cama un anillo de bodas.

Él negó con la cabeza, pareciendo arrepentido cuando retiró su mano.

—No. Yo adopté a Austin hace seis años. Él tiene catorce ahora. —Sonrió con sus ojos brillando con algo parecido a orgullo y... algo más. *¿Adoración?* Fruncí el ceño a su expresión, y a la forma en cómo se transportó con la mención de su hijo adoptivo.

Despertó este sentimiento en lo profundo de mi pecho y tuve que apartar la mirada, antes que viera el dolor parpadeando en mis ojos. Era un tipo de amor que podía ver en cualquier lugar. *Paternal*.

—Tenemos un apartamento en el lado este de la ciudad —continuó a la vez que miraba la televisión en una fachada de desinterés—. Somos solo los dos, así que tendrías un montón de espacio y más tranquilidad que a la que estas acostumbrado ahora. —Lo vi en mi periferia sonreír y sacudir la cabeza, riéndose entre dientes como si fuera de sí mismo, antes de continuar—: No soy Don Perfecto o algo así pero estarás bien cuidado tanto financiera como medicamente. —Sus palabras cambiaron a un extraño tono como de negocio, lo cual aprecié bastante. Todo este asunto de padre sentimental estaba empezando a irritarme—. Esperaré que mantengas buenas calificaciones en la escuela como Austin, pero dudo que eso sea un problema para ti. —Noté su sonrisa por el rabillo de un ojo a la vez que el ama de casa número cuatro admitió tener una aventura sexual con el hermano de su esposo. Él suspiró e insistió, aunque yo estaba tratando de parecer bastante desinteresado de la conversación—. Hemos estado planeando mudarnos fuera de la ciudad durante mucho tiempo, así que mantén eso en consideración. —Se levantó, y examinó mi mirada por un segundo antes de alejarse de la cama con mi historia en la mano—. Solo piensa

sobre ello —dijo suavemente por encima de su hombro y dejó la habitación.

Oí la puerta hacer clic al mismo tiempo que las lagrimas negras empezaban a bajar por las rosadas mejillas de la ama de casa número cinco, y apreté el peluche de dragón bajo mi brazo ferozmente.

Ella se limpió las lágrimas con un jadeo tembloroso que hizo que su escote temblara y me miró desde la pantalla de la televisión.

—Nunca pensé que terminaría aquí —habló a la cámara con voz hueca y carente de emoción.

* * *

Pasé mi día pretendiendo que no estaba considerando la oferta del doctor Lane. Cuanto más trataba de no pensar en ello, más lo hacía.

Él podría estar mintiendo, y planificando llevarme lejos a algún jodido y húmedo almacén en medio de la puñetera nada. Pensé en la manera en que sentí su mano sobre la mía. Tierna, gentil y cariñosa. El pensamiento me hizo estremecer. Alternativamente, él podría estar diciendo la verdad, y realmente ser un tipo completamente normal que a veces adoptaba niños porque tenía un corazón justo. Compasivo y se sentía obligado a ayudar donde pudiera.

No estaba seguro de cuál sería el peor escenario. Si realmente estaba siendo amable y cariñoso entonces yo estaría jodiendo su vida. Porque todas esas cualidad probablemente significarían que él pensaba que podría arreglarme. Yo sabía que eso no era posible.

La enfermera entró en la tarde con mi merienda, y mientras picoteaba la formación de grumos de mierda con un contorno de mierda, hice algo que era inexcusable.

Permití a mis pensamientos disfrutar de una visión de lo que podría ser.

Era bastante elaborado porque concluí que si iba a soñar, podría soñar en grande. Traté de imaginar su condominio, probablemente impecable y estéril al igual que su bata de laboratorio nueva y blanca. Traté de imaginar a este chico Austin, quien posiblemente fuera alguien formal y sereno como el pequeño buen niño del que el doctor Lane habló tan cariñosamente. Aunque en su mayoría, traté de imaginar dónde podría encajar yo entre toda su perfección y esterilidad, y si yo sería feliz. O... lo más feliz que podría llegar a ser.

Después de todo, el doctor Lane se veía como un buen tipo. De repente me sentí culpable por verlo como un espeluznante pederasta cuando sabía que era diferente. No podía explicar cómo lo sabía, o qué había hecho para ganar esa cantidad de confianza de mi parte, pero solo lo sabía. Nunca había actuado de forma inadecuada conmigo y había tenido más de una oportunidad para

intentarlo.

Para el momento de la cena, había decidido que yo era una mierda de persona por siquiera pensar tales cosas sobre el doctor Lane. Lo cual me dejaba solo con una conjetura. Él realmente tenía un corazón noble. Meforcé aún más en no pensar más sobre ello, pero siguió resurgiendo. No ayudó que no tuviera visitas durante el día. De repente me sentí solo y sofocado en el pequeño cuarto mientras miraba la luz del atardecer a través de las ranuras de las persianas en la ventana.

¿Qué tan malo podría ser realmente?

Ese mismo argumento mental surgía una y otra vez en mi cabeza que se preguntaba... cómo iba a... decepcionar por completo a este jodido hombre. ¿Cuáles eran sus expectativas conmigo? ¿Cuánto tiempo pasaría antes que me enviase de vuelta? Ya me había pasado antes. Las familias amables y honestas nunca querían problemas con sus adolescentes y usualmente preferían a niños más pequeños como Jordan. Traté de imaginar las abundantes formas en que podría defraudarlo a él (y a mí mismo) antes que se cansara de mis fracasos.

Para las diez, estaba cansado de visionarlo, y en general cansado por completo. Había dormido durante mi fiebre... sin haberlo querido, y aunque fue imposiblemente vigorizante considerando mi condición, la falta de sueño ya estaba atrapándome de nuevo.

La televisión nocturna era mucho mejor que esa basura que pasaban en el día, así que mantuvo mi atención durante mucho tiempo. Esperé a la medianoche, curioso de si el doctor Lane entraría a mi habitación como usualmente hacía, o si en cambio ya estaba lamentando haber hecho su oferta. No podía decidir cuál opción prefería. Entonces escuché sus delatores pasos acercándose a mi puerta, y me encontré sintiendo la sombra de una extraña punzada dentro de mi pecho.

Pareció cauteloso cuando entró a mi cuarto, dejando la puerta entreabierta lo cual no era algo que usualmente hiciese. Me sentí mal y avergonzado de nuevo porque lo estaba haciendo para aliviar mi miedo paranoico. Su sonrisa fue genuina cuando se sentó en su sitio habitual junto a mi cama y sacó el paquete de cartas del bolsillo de su bata de laboratorio con una ceja levantada.

Me senté en respuesta a su pregunta silenciosa, y tomé mi lugar en el centro de la cama con las piernas dobladas debajo de mí y el dragón de peluche abandonado en mi almohada. Él sonrió fugazmente antes de aplicar su falsa «cara de juego». Esta había sido nuestra rutina durante casi tres semanas, y el simple pensamiento de tener una rutina me hizo sonreír mientras él barajaba y repartía mi mano boca abajo sobre la manta verde.

Estar en el hospital era jodido y lo odiaba hasta el infinito, pero... no podía negar que ansiaba este tipo de estabilidad. Un lugar que estaba limpio donde a la gente generalmente le importabas una mierda. Los niños que estaban en estos los pasillos estaban enfermos, pero eran normalmente niños dulces. Era un gran contraste con los niños con lo que generalmente tenía que compartir mi espacio. Mi mente empezó a crear una especie de lista de pros y contras contra de mi voluntad, a la vez que observaba al doctor Lane fruncir sus labios pensativamente mirando su mano de cartas.

Él era tan malditamente *normal*.

Me horrorizó, pero empecé a preguntarme si eso era lo que me hizo sentir fascinación con él durante todas estas semanas. Esa cosa que, al igual que la sombra que sentía en mi pecho, no podía ponerle bien un nombre.

Él puso una carta boca arriba. Tres de trébol. Sonreí y deposité mi cuatro de trébol para ganar. *A escarbar en la pila*. Pensé con aire de suficiencia. Siempre le ganaba en este juego, sabía que no había forma que él pudiera hacer trampa para perder.

Jugamos la mano en un silencio bastante peculiar. No era completamente incómodo, pero estaba lleno de profunda contemplación. Aplasté su As de diamantes con mi Gran comodín y de repente...

—Cuéntame más —dije en una voz ronca que todavía tenía gruesos rastros de gripe y enfermedad, con una punzada de derrota y precaución. Su mirada se elevó hacia la mía, y frunció los labios cuando me miró. Me imaginé que no haría daño hacer una decisión informada, aunque sabía que realmente quería más material para elaborar las fantasías que rodaban en mi cabeza.

De hecho, inexcusable.

Sus labios se elevaron en una sonrisa irónica y empezó a hablar mientras yo... simplemente escuchaba.

—¿Si tienes un hijo, entonces por qué coño estás pasando tiempo conmigo toda la noche? —Pregunté después de haberlo escuchado hablar por treinta minutos.

Él se rió entre dientes, y se llevó mi Reina de Corazones por su Dos de Espadas.

—Austin es bastante autosuficiente. Puedo confiar que él se mantendrá fuera de problemas o que me contactará en caso de emergencia. Él sabe lo demandante que puede ser mi trabajo. —Se encogió de hombros.

Quise sentirme ofendido porque pasar tiempo conmigo era considerado «trabajo», pero razoné que no era totalmente justo, viendo que estaba haciendo

un esfuerzo por hacerme personal.

Continuó hablando, deteniéndose únicamente para contestar mis breves preguntas y estaba tan avergonzadamente absorto en sus respuestas que perdí el juego. Él lo noto, pero no se burló de mí. En cambio guardó las cartas y siguió hablando. Y no fue la condescendiente charla adulta, ni siquiera fue como una de negocios. Fue solo el doctor Lane hablando sobre adoptarme.

Después de dos horas de discutir mierda legal y arreglos de vivienda, Albin (como me dijo que lo llamara ahora) dejó mi habitación con una cuidadosa expresión en blanco.

Y entonces estaba confuso y un poco asombrado de nuevo. Porque la forma en que habló sobre que fuera a vivir con él fue como...

No podía entender por qué. Yo nunca llegaría a ser mucho, y probablemente le causaría un montón de jodidos problemas, pero no parecía importarle el hecho que yo estuviese jodido. Fue concentrado en ese pensamiento que me encontró el sol saliente.

No estaba fascinado porque Albin fuera rico, normal y estéril. Estaba fascinado con él porque podría estar haciendo lo que quisiera en la medianoche en un fin de semana. Podría estar tomando unas copas con alguna enfermera caliente o en casa con el formal y adecuado buen chico. Pero estaba aquí conmigo.

Porque *me quería*.

Había pasado tanto tiempo desde que alguien realmente me quisiera, que tenía esta fantasmal sensación en mi pecho, que creó un nudo en mi garganta. Había una voz persistente en mi subconsciente susurrando que él se arrepentiría, y se daría cuenta que yo sería más problemas de los que valía. Y que realmente lo que haría sería ponerme en una situación donde saldría puñeteramente herido. Podría ser la mejor cosa que me hubiese sucedido en mi vida, o una de las peores para añadir a la lista.

Giré para estar de lado y cerré los ojos, abrazando al dragón de peluche firmemente en mi pecho lleno de cicatrices. Cuando los rayos naranjas del sol se filtraron perfectamente proporcionales a través de mi cama de hospital, enterré mi nariz en toda la verde piel y suspiré profundamente derrotado.

Porque sabía que no había forma de alejarme de la única persona en el mundo que me quería.

* * *

Estaba nervioso cuando su turno se acercaba, jugando con mi intravenosa y removiéndome en la cama de nuevo. Quiero decir, en serio. ¿Cuán

puñeteramente caro es arreglar una maldita cama? Pensé en los dólares pagados en impuestos por esto. ¿Y por qué estaba tan caliente aquí? Demonios, mi boca de repente se sentía seca. ¿A dónde coño se había ido mi agua? ¿Por qué estoy enloqueciendo tanto?

Podía oír sus pasos acercándose y tragué fuertemente. Me tragué mi sequedad. Me tragué mi orgullo. Me tragué esa insistente voz que me decía que yo saldría muy jodido al hacer esto cuando oí su leve golpe.

Tres segundos más tarde, como un reloj, entró en la habitación; con los ojos fijos en mi historia y mordiendo ociosamente el interior de su mejilla haciendo su camino hacia la encimera.

—No has tenido fiebre en dos días. ¿Cómo está la tos? —Preguntó mirándome por encima de su hombro, y preparando la jeringa.

Casi hice una mueca a la aguja antes de acordarme que tenía una intravenosa.

—La tos ha disminuido —respondí viéndolo acercarse a la cama. Asintió y arrugó su frente en concentración a la vez que inyectaba el medicamento en mi tubo intravenoso.

—Antibióticos de amplio espectro —explicó con una sonrisa y empezó a garabatear una vez más en la historia—. Solo para estar seguros —concluyó.

Reí pero sonó pequeña y ansiosa.

—Síp. No querrás llevarte a un niño enfermo a tu casa, ¿eh? —Mi sonrisa se volvió más ansiosa a la vez que mis dedos jugueteaban con mi intravenosa de nuevo y mi corazón estaba acelerado y no pude siquiera mirarlo a la cara... mierda. ¿Cuándo me convertí en un jodido maricón?

El cuarto fue sumido en un tenso y pesado silencio que se asentó en mi estomago en el momento en que miraba hacia las mantas removiéndome inconscientemente. Él no había hablado y probablemente ya se estaba dando cuenta que la había cagado al pedírmelo. Quería morir un poco. Quería levantar la manta sobre mi cabeza y jodidamente... morir de de vergüenza por permitirme creerlo.

Pero tuve que actuar como un hombre aquí, porque fue mi culpa por creer en ello en primer lugar.

Suspiré y giré mi cabeza para encontrar su mirada. Para decirle que estaba bien, y que no me importaba una mierda su lujoso acomodamiento y su mano afectuosa y el jodidamente estúpido de Austin que podía mantenerse alejado de los problemas. Pero mis palabras se quedaron atascadas en mi garganta cuando mis ojos hicieron contacto con los suyos.

Él estaba sonriendo y quizás un poco pagado de sí mismo mientras sus ojos

azules me miraban con satisfacción y simplemente asintió. No me obligó a decir las palabras, y nunca me forzó a tragarme todo mi orgullo. Solo jodidamente asintió y palmeó mi hombro por un instante poniendo el estetoscopio en mi espalda y pidiéndome que respirara profundo.

* * *

Entré a mi habitación desordenada y completamente asolada mientras me pasaba una mano por mi cabello, mirando alrededor con frustración. Este lugar era una total y puñetera pocilga. Gracias a Dios que el doctor Cull-Albin... probablemente podría permitirse pagarles a personas para que limpiaran su casa. Saqué el bolso de lona verde debajo de la cama y empecé a llenarla con todo lo importante. Los cuadernos de dibujo primero. Tenía cinco ya llenos y los dejé caer en la bolsa y llegaron el fondo con un golpe seco en el piso. Apeataba aquí, pero debía compartirlo con otros tres chicos pre-adolescentes, por lo que eso no era muy sorprendente.

Oí vagamente a las chicas en la casa discutiendo sobre algo mientras abría el armario y empezaba a descolgar mi ropa de las perchas. Esto no era nuevo para mí. Me había mudado diez veces en los últimos cuatros años y siempre mantenía solo lo que importaba. Sin afiches o discos compactos, o incluso fotos de todas las personas que había conocido. Esas cosas tendían a perderse o a ser robadas y no tenía sentido encariñarse porque cuando llegase el día en que no lo encuentres, te sentirás como la mierda. Es más fácil empacar ligero.

Estaba justo terminando con mi ropa cuando Jordan entró pisando fuerte al cuarto. Estaba de espalda a él, pero siempre me daba cuenta cuando la pequeña mierda estaba detrás de mí. Él podría no entenderlo aun, pero su tabique desviado era ruidoso como el infierno. Sonreí cuando me giré y lo miré. Todo su cabello rojo llameante y rizado brillaba a la luz de la mañana y estaba haciendo un puchero enojado luciendo feroz mientras saltaba a mi cama, cayendo aireadamente.

—Esto es una mierda —dijo en su engañosamente inocente voz de niño.

Lo miré con total desaprobación, pero no podía decirlo porque él aprendió esa palabra de mí. Y un millón más. Me encogí de hombros y cerré la cremallera del bolso, porque no sabía que decirle. *¿Eso es lo que obtienes por apegarte a alguien?*

Lo entendería cuando se hiciera mayor y se endureciera por el sistema. Era un mal necesario, y mi partida no destacaría en cinco años entre cientos de otros que él conocería y despediría.

Su puchero me rompió un poco el corazón mientras lo suavizaba y pinchaba

mi colchón desnudo con sus deditos.

—¿Puedo ir contigo? —Susurró en una pequeña vocecita y me miró a través de sus naranjas pestañas y sus labios temblaron y... jodida mierda. Este chico iba a obligarme a actuar todo suave con él.

Inflé mis mejillas con un gran aliento, como Albin había hecho unos días antes y negué con mi cabeza, recogiendo mi bolso y colgándolo sobre mi hombro.

Su rostro decayó aun más y siguió recogiendo pelusas en el colchón con sus deditos, aguantando las lágrimas.

—¿Quién va a acompañarme en las mañanas a la escuela? —Preguntó con un pequeño sollozo que me hizo suspirar.

—Nunca te he llevado a la escuela, Jordan —murmuré a la vez que pateaba la alfombra manchada con la punta del zapato—. Me has seguido durante los últimos seis meses. Hay una diferencia —repliqué secamente a la vez que él se secaba una lágrima invisible.

—Cassie nunca me deja caminar con ella. —Me miró de nuevo, y él estaba tan triste que yo trataba desesperadamente de bloquear el remordimiento y la culpa por dejar atrás al pequeño cabrón. ¿Y, por qué? Él me irritaba hasta el infinito, y sin embargo aquí estaba sintiéndome mal por él.

—Cassie es una jodida zorra —le contesté con tono arrepentido, ganándome un distintivo "Vete a la mierda" de la habitación de al lado que me hizo sonreír y soltar una risilla. Simplemente me encogí de hombros, porque ella en verdad lo era. Toda rubia y ardiente y demasiado buena para un pegoste como Jordan que arruinaría su reputación. Gracias a Dios el doctor Lane no tenía ninguna hija.

Estaba a punto de dejar la habitación y esta casa y esta jodida vida cuando él de repente saltó del colchón y embistió contra mi pierna, capturando mi muslo en un mortal abrazo y sus ojos verdes abiertos fijamente en mí. Chasquéé mi lengua, y puse mis ojos en blanco melodramáticamente a la vez que lo pateaba con suavidad.

—Demonios, Jordan, déjame ir —me enfurecí aireadamente. Vi los hoyuelos en sus mejillas desvanecerse en un puchero más definido y se apartó hundiéndose en el suelo, con sus piernas en su pecho. Entonces enterró su cara y comenzó a llorar como el niño de seis años que era, y si fuera alguien más en esta casa, me iría y lo dejaría para que aprendiera su lección.

Pero me sentía como una mierda. Porque no podía llevarlo conmigo y no podía salvarlo de esta realidad de mierda. Tenía que irme y solo esperar que pudiera conseguir su propio Albin algún día. Yo no mantendría el contacto y

nunca miraría hacia atrás porque no había razón para hacerlo.

Con un profundo suspiro y lleno de remordimiento, dejé caer mi bolso de lona y corrí el cierre, buscando en lo profundo y refunfuñando cuando mi mano emergió con el esponjoso dragón. Me arrodillé delante de él y pasé mis dedos por mi cabello torpemente mientras lo sostenía frente a él, mostrándoselo. Era lo más cercano que tenía a un recuerdo, y no podía encontrar una razón para guardarlo por más tiempo. Él lo mantendría consigo durante todo el tiempo, y como yo, recordaría que los lazos se rompen y en el lapso de algo tan simple como una tos infecciosa, hay una oportunidad con el personal de un hospital barato.

—Toma. —Suspiré, viendo como sorbía la nariz terriblemente, y tomaba vacilante el dragón de mi mano. Lo miró con curiosidad y lo sujetó antes que en su rostro manchado de lágrimas estallara una sonrisa llena de hoyuelos.

Sus ojos verdes se ampliaron brillantemente, sorbió su nariz y miró intercaladamente al dragón y a mí.

—¿Puedo tenerlo? —Preguntó puñeteramente excitado y con los ojos aún llorosos lo abrazo en su pecho como el nuevo y orgulloso dueño de un pedazo de piel de mierda sintética.

Asentí con la cabeza, y me puse de pie haciendo una mueca, dando una mirada cautelosa sobre mi hombro por algún espectador al acecho.

—Su nombre es... —me detuve, cerrando los ojos por toda la vergüenza y tragándome todo mi orgullo por enésima vez en la semana—. Señor Dragoncito Fantástico —me quejé vergonzosamente mientras tiraba la bolsa sobre mi hombro.

La pequeña risita musical de Jordan me siguió fuera de la puerta de la pocilga cuando salí de la casa y caminé hacia el costoso *Mercedes* de Albin, donde estaba esperándome pacientemente. Y no tenía idea si estaba haciendo algo imprudente y estúpido como la mierda al subirme a su auto y dejar que me llevara a su hogar, pero alejé el miedo que brotó en el interior de mi pecho a la vez que el fantasmal sentimiento volvió cuando él miró hacia mi dirección.

Durante los dos días que Albin se tardó en hacer los arreglos, llegué a descubrir que el fantasmal sentimiento tenía nombre.

Era *Esperanza*.

Y por mucho que luché para justificar la vergüenza de sentirlo, no pude. Lo necesitaba jodidamente demasiado como para negarlo. Lo necesitaba para mantenerme y probarme que era digno de toda la mierda y problemas que lo haría pasar, porque yo había estado muy convencido de que no lo era durante

mucho tiempo.

—Entonces —empezó saliendo a la calle y empezando a conducir hacia el lado oeste de la ciudad—. ¿Cómo estás? —Preguntó, mirándome con recelo por el rabillo del ojo.

Me reí entre dientes ante su preocupación y me incliné contra el exuberante cabecero con un profundo suspiro a la vez que veía los barrios pobres de *Chicago* desaparecer detrás de nosotros.

—Mejor que la mierda.

1 Hunter Doherty "Patch" Adams, mayormente conocido como el doctor de la risa terapia, es un médico estadounidense, activista social, diplomático y escritor. Es el inventor de la risoterapia con fines médicos y terapéuticos, y el responsable de la inclusión de ésta en la medicina moderna. Adams es un médico diferente. No solo es payaso sino que cree que «curar puede ser un intercambio de amor y no una transacción económica».

Fin